

OBRAS COMPLETAS

DEL EXCMO. SEÑOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

HISTORIA

DE LA

POESÍA HISPANO-AMERICANA

TOMO II

HISTORIA

DE LA

POESÍA HISPANO-AMERICANA

POR EL DOCTOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Real Academia de la Historia

TOMO II

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1913

Madrid. Imp. de Fortanet. Libertad, 29.—Teléfono 991.

CAPÍTULO SÉPTIMO

COLOMBIA

La cultura literaria en Santa Fe de Bogotá, destinada á ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la conquista misma (1). El primero de sus escritores es precisamente su fundador, el dulce y humano cuanto rumboso y bizarro abogado cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador y Adelantado del que llamó *Nuevo Reino de Granada*. Como hombre de letras que era en sus principios, manejó alternativamente la pluma y la lanza, y fruto de sus ocios fueron unas Memorias ó compendio historial de sus conquistas, que llamó *Ratos de Suesca;* libro que en 1568 estaba para imprimirse, según consta por Real cédula; libro que existió hasta nuestros días en América y en España, que quizá existe hoy, aunque no sepamos á punto fijo su paradero, y

(1) D. José María Vergara y Vergara, varón digno de buena memoria, cristiano y simpático ingenio, prosista ameno é investigador diligente, aunque muy dado á la improvisación ligera en todas materias, publicó en 1867 una *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, desde la conquista hasta la independencia (1538-1820), obrita digna de aprecio como primer ensayo y punto de partida para investigaciones ulteriores. En sus páginas se encuentran abundantes noticias de casi todos los autores que florecieron en el Nuevo Reino antes de 1820; pero es libro que ha de consultarse con cautela, porque abunda en errores de hecho. De todos modos, no habiendo sido sustituído hasta ahora por otro alguno, á sus noticias tenemos que acudir para los primeros tiempos, ampliándolas y rectificándolas con el fruto de nuestra propia indagación. La obra de Vergara ha sido reimpresa con prólogo y anotaciones de nuestro amigo el elegante poeta colombiano, D. Antonio Gómez Restrepo (Bogotá, 1905).

que parece haber servido de fondo á las narraciones de otros cronistas, empezando por el más antiguo de todos, Juan de Castellanos. Escribió también el piadoso Adelantado unos sermones de las festividades de Nuestra Señora, para que se predicaran los sábados de Cuaresma en la misa que ordenó que se dijera por las almas de los conquistadores. D. Juan Bautista Muñoz vió además unos *Apuntamientos* ó correcciones suyas sobre las historias de Paulo Jovio; y recientemente el Sr. Jiménez de la Espada, aventajadísimo entre nuestros americanistas, ha dado á conocer un *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino*, que es de Quesada, á lo menos en parte, y diverso de los *Ratos de Suesca.* Una curiosísima noticia de Juan de Castellanos en el canto XIII de la 4.ª parte de sus *Elegías*, recientemente descubierta y dada á luz con el título de *Historia del Nuevo Reino de Granada* (1), nos autoriza también para poner al Adelantado en el catálogo de los poetas ó versificadores, con la circunstancia de haber sido partidario de la escuela de Castillejo y de los metros antiguos contra el endecasílabo italiano. Sobre esto tenía grandes pendencias con Juan de Castellanos:

Y esta dificultad hallaba siempre
Jiménez de Quesada, licenciado,
Que es el Adelantado deste Reino,
De quien puedo decir no ser ayuno
Del poético gusto y ejercicio;
Y él porfió conmigo muchas veces
Ser los metros antiguos castellanos
Los propios y adaptados á su lengua,
Por ser hijos nacidos de su vientre,
Y éstos advenedizos adoptivos,
De diferente madre y extranjera;
Mas no fundó razón, porque sabia
Haber versos latinos, que son varios
En la composición y cantidades,
Y aunque con diferentes pies se mueven,
Son legítimos hijos de una madre,
Y en sus entrañas propias engendrados;
Como lo son también en nuestra lengua,
Puesto que el uso dellos es moderno...

(1) Tomo I, págs. 366-67.

Al mismo parecer se inclinaba otro poeta improvisador que andaba entre los conquistadores; de quien da Castellanos larga noticia. Llamábase el tal Lorenzo Martín,

... aquel que dió principio
Al pueblo hispano de Tamalameque.
. . . .
Éste fué valentísimo soldado,
Y de grandes industrias en la guerra,
El cual bebió también en Hipocrene
Aquel sacro licor que manar hizo
La uña del alígero Pegaso
Con tan sonora y abundante vena,
Que nunca yo vi cosa semejante,
Según antiguos modos de españoles;
Porque composición italïana,
Hurtada de los metros que se dicen
Endecasílabos, entre latinos,
Aun no corría por aquellas partes;
Antes cuando leía los poemas
Vestidos desta nueva compostura,
Dejaban tan mal son en sus oídos,
Que juzgaba ser prosa que tenía
Al beneplácito las consonancias,
Con ser tan puntual esta medida
Que se requiere para mayor gracia
Huir las colisiones de vocales.
Y el Lorenzo Martíu con ser extremo
En la facilidad al uso viejo,
Al nuevo no le pudo dar alcance.

Y ciertamente que si todos los endecasílabos que pudo alcanzar el pobre Lorenzo Martín eran de la fuerza de estos y otros tales de su compañero Castellanos, no le faltaba razón para quejarse de que *dejaban mal son en sus oídos*, y para renegar de la *nueva compostura* y volverse á sus «coplas redondillas repentinas», de las cuales era *manadero redundante*, y con las que alentaba el ánimo y distraía el hambre de sus compañeros en los trances más duros de la conquista. Castellanos nos da una muestra de estas improvisaciones en el canto XVII:

Sus, sus, hermanos míos;
Trastornemos y busquemos
Algo así que reformemos
Los estómagos vacíos.
Sacad de flaqueza bríos,
Aunque estéis puestos de lodo,
Si no queréis que del todo,
Nos quedemos patifríos.
Tenemos las camisetas
Flojas, y anchos los jubones;
Pretinas de los calzones
Encogen las agujetas.
Todos bailamos gambetas
Al son de los estrompiezos,
Y tenemos los pescuezos
Más delgados que garcetas.
Quedan de los cerviguillos
Solamente los hollejos;
Los más mancebos son viejos
En rostros y colodrillos.
Nuestros vientres tan sencillos,
Que ternía cada uno
Por liviano desayuno
Menudo de dos morrillos.
. . . .
Los pasos que dáis oblicos,
Flojos, remisos y tardos,
Se volverán en gallardos
En cebando los hocicos.
En esto seréis más ricos
Que aquel Herodes Antipas,
Y sosegarán las tripas
Que nos hacen villancicos.
. . . . (1)

Nada de esto es poesía ciertamente; pero ¡cuánto agrada encontrar en aquel pequeño grupo de heroicos españoles perdidos en las soledades de los Andes un eco de las contiendas literarias que en la Península traían los petrarquistas enamorados del arte italiano, con los partidarios de la *medida vieja!*

(1) Tomo II, págs. 50-52.

Eran los primeros pobladores del Nuevo Reino, según expresión del mismo Castellanos,

> Gente llana, fiel, modesta, clara,
> Leal, humilde, sana y obediente.

A lo selecto de esta población, que no había manchado su conquista con ninguna de las ferocidades y excesos de sórdida codicia que anublaron la gloria de la del Perú, correspondió desde el principio la paz inalterable en que vivió aquella colonia, la moderación de su gobierno, la templanza de las costumbres y lo arraigado de las tradiciones domésticas, más fáciles de conservar en una población agrícola y sedentaria, aislada en la meseta de los Andes y separada de la costa por inmensos desiertos y ríos caudalosísimos, que en la muchedumbre abigarrada y levantisca que acudía á los puertos ó á las grandes explotaciones mineras.

A tal estado de cosas acompañó desde muy pronto el celo por la común instrucción, y aunque es cierto que el virreinato de Santa Fe no participó de los beneficios de la imprenta hasta el siglo XVIII, quedando en esto muy inferior á México y Lima, también lo es que tuvo desde los primeros días establecimientos de enseñanza. Ya por Real cédula de 27 de Abril de 1554 se mandó á la Chancillería del Nuevo Reino proceder al establecimiento de un colegio para indios. Otra cédula de 18 de Febrero de 1555 mandó crear otro colegio para huérfanos españoles y mestizos. El Seminario de San Luis, fundado por el Obispo D. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, obtuvo organización definitiva en 1592, en tiempo de su sucesor D. Bartolomé Lobo Guerrero, y de él se encargaron los jesuítas, que le rigieron hasta su expulsión en 1765, con estudios de artes, gramática y teología y una cátedra de lengua *muisca*. Los dominicos, primeros religiosos que habían penetrado en el Nuevo Reino con el Adelantado Jiménez de Quesada, de cuyo nombre es inseparable el de Fr. Domingo de las Casas, enseñaban en su convento gramática desde 1543, y artes y teología desde 1572. Estos estudios fueron la base de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, que no llegó á existir definitivamente hasta 1627, después de largo y reñido pleito ganado por los dominicos contra los jesuítas. Estos, no obstante,

continuaron llamando á su colegio *Universidad Xaveriana*, y sucesivamente establecieron otros en Honda, Pamplona, Tunja, Cartagena y Antioquía, hasta el número de 13. Con ellos, y los que tenían los dominicos, y el de San Buenaventura y otros que fundaron los franciscanos, llegó á haber 23 en todo el Nuevo Reino, siendo de los más importantes por su dotación el del Rosario, fundado en 1653 por el Arzobispo D. Fr. Cristóbal de Torres (1).

De este modo, y á pesar de la enorme dificultad de tener que enviar á la Península todo libro ó papel para imprimirse, lo cual fué causa de que muchos quedasen inéditos, pudo Nueva Granada dar á la bibliografía española del siglo XVII un número de escritores no insignificante, ya teólogos, ya juristas, ya arbitristas, como Luis Brochero, ya autores de crónicas, como Rodríguez Fresle y el agustino Fr. Andrés de San Nicolás, ya verdaderos historiadores, como el Obispo Piedrahita, cuya obra, aunque impresa en los peores días del siglo XVII (1688), no se resiente mucho en el estilo de la corrupción literaria de aquel tiempo (2), ya gramáticos de lenguas indígenas, como el dominico Fr. Bernardo de Lugo, y los jesuítas José Dadey y Francisco Varaix, alguno de los cuales llegó á versificar en el idioma de los chibchas ó de los muiscas.

Los monumentos de la poesía castellana en el virreinato de Nueva Granada son escasísimos, y el más importante, sin comparación, entre todos ellos, es el más antiguo, que aquí, por ser nacido en España su autor, sólo puede entrar como de soslayo. Fácilmente se entenderá que me refiero al beneficiado de Tunja, Juan de Castella-

(1) En el libro de D. Vicente G. Quesada, *La vida intelectual en la América Española durante los siglos XVI, XVII y XVIII (Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. XI), pueden verse noticias más detalladas sobre la Universidad de Bogotá (págs. 89-98) tomadas principalmente de la *Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada, del orden de predicadores. Por el P. M. Fr. Alonso de Zamora, su cronista, hijo del convento de Nuestra Señora del Rosario de la ciudad de Santa Fe, su patria.* Barcelona, Joseph Llopis, 1701, folio.

(2) *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada.* Edición hecha sobre la de Amberes de 1688. Bogotá, Imp. de Medardo Rivas, 1881. Con un excelente prólogo de D. Miguel A. Caro.

nos, infatigable rapsoda, que en más de 150.000 endecasílabos, unos rimados y otros sueltos, nos dejó escritas todas las entradas y conquistas de los españoles en las Antillas, en Costa Firme, en Nueva Granada y en la gobernación de Popayán, con los nombres, proezas y casos trágicos de todos los descubridores, capitanes y aventureros. Es el poema más largo que existe en lengua castellana (aun incluído el *Templo Militante y Flos Sanctorum*, de Cairasco), y quizá la obra de más monstruosas proporciones que en su género posee cualquier literatura. Sólo alguna crónica rimada, francesa ó alemana, de los tiempos medios, puede irle á los alcances en esto de la extensión, con la diferencia de ser ellas, por lo común, mera compilación de textos anteriores en prosa ó en verso, al paso que la obra de Castellanos es de todo punto original, y en parte se refiere á hechos que el mismo autor presenció ó que oyó contar á testigos fidedignos.

La patria de este versificador irrestañable, á quien no pueden negarse algunas dotes de poeta, consta en el canto segundo de su elegía VI, y se ha confirmado por el hallazgo de su partida de bautismo:

> Y un hombre de *Alanís*, natural mío...

Nació, pues, en 1522, en Alanís, pueblo del Arzobispado de Sevilla, quedando así deshecha la absurda opinión que le suponía nacido en Tunja, ciudad que no se fundó hasta 1539. Su vida escasamente puede rastrearse por las indicaciones que acá y allá dejó esparcidas en sus *Elegías*, aunque, ya por modestia, ya por otras causas, gusta de hablar de los otros mucho más que de sí propio. Lo averiguado es que pasó en edad temprana á Indias, que anduvo peregrinando por diversas partes de Costa Firme, que demoró largo tiempo en las pesquerías de perlas (y esclavos) de Cubagua y el golfo de Paria, que luego encontró una especie de Capua ó paraíso de deleites en la isla Margarita, servido por *mestizas mozas diligentes*,

> Instruídas de mano castellana,
> Lascivos ojos, levantadas frentes,
> De condición benévola y humana;

y que después de haber *gastado por allí su primavera*, extinguida ya la granjería de las perlas, y cansado de la guerra *cruel, feroz y airada*, determinó enmendar su turbia y azarosa vida, *haciendo como los malhechores que suelen recogerse á sagrado*, y en 1559 cantó misa en Cartagena de Indias. De allí pasó en 1561 de beneficiado á Tunja, donde *con medianía de sustento* vivió el resto de sus días, los cuales fueron larguísimos, puesto que en 1606, á los ochenta y cuatro años de edad, pudo otorgar testamento ológrafo, que es de la mayor curiosidad, sobre todo por el inventario de sus bienes, en que, al lado de un *Agnus Dei* y un crucifijo, aparecen una espada corta de camino y una rodela blanca de madera de higuerón, curiosa mezcla de los hábitos del viejo conquistador y del sacerdote (1).

(1) Las *Elegías de varones ilustres de Indias* aparecieron en la Biblioteca de Rivadeneyra limpias y escuetas de toda noticia acerca de su autor; pero después se ha trabajado mucho para restaurar su biografía. Citaremos los principales trabajos:

Acosta (Coronel D. José Joaquín): artículo en el tercer número de la *Antología española*, Madrid, 1848.

Vergara: *Literatura en Nueva Granada*, cap. II. Leyó en las *Elegías* la verdadera patria de Castellanos; pero en su conato biográfico comete gran número de errores.

Fernández Espino: *Curso Histórico-Crítico de Literatura española*. Sevilla, 1871, t. I, pág, 496. Descubrió y publicó la partida de bautismo de su paisano Castellanos.

Caro (D. M. Antonio): tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, 1879 y 1880. Descubrió y extractó el testamento que se conserva en Tunja.

Paz y Melia (D. A.): primer editor de la cuarta parte de las *Elegías*. En su *Introducción* resume hábilmente cuanto se sabe ó conjetura sobre Castellanos.

Jiménez de la Espada (D. M.): *Juan de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1889. (Extracto de la *Revista Contemporánea*.) Trabajo de ingeniosa crítica y peregrina erudición, en que se amengua mucho el valor del testimonio histórico de Castellanos, aun en lo relativo á su persona.

He aquí el título de la rarísima edición de la primera parte:

Primera parte de las Elegías de Varones Ilustres de Indias, compuestas por Juan de Castellanos, Clérigo Beneficiado de Tunja en el Nuevo Reino de Granada. En Madrid, en casa de la viuda de Alonso Gómez, impresor de S. M. Año

Mucho debía dar de sí el ocio de Tunja, y extraordinaria era, sin duda, la facilidad de Castellanos para versificar, cuando, además de su enorme poema, mandó á España para imprimir «un libro, en octavas rimas, de la vida, muerte y milagros de San Diego de Alcalá», para cuya estampación dejó 100 pesos de veinte quilates, de que probablemente darían mala cuenta sus albaceas, puesto que el libro por ninguna parte aparece. Aun de sus *Elegías* sólo llegó á ver impresa la primera parte en 1589, habiéndose salvado las otras tres como de milagro. Todavía hoy no están reunidas las cuatro bajo un mismo techo. De todos modos, la caprichosa fortuna ha dado al buen cura de Tunja, corriendo los tiempos, el honor, no enteramente proporcionado á sus méritos, de ocupar nada menos que un tomo íntegro de la *Biblioteca de Autores Españoles*, donde no pudieron meter la cabeza ni D. Alonso el Sabio, ni el Marqués de Santillana, ni Juan de Mena, ni Boscán, ni Juan de Valdés, ni Fr. Jerónimo de Sigüenza, ni el bachiller Francisco de la Torre, ni otros innumerables próceres y maestros de la poesía y de la prosa, que en ninguna colección clásica podían ni debían faltar. Es de presumir que las diez ó doce mil octavas de Castellanos no hayan tenido muchos lectores de buena voluntad que les hinquen el diente y prosigan hasta el fin, aun engolosinados con la extrañeza de las cosas que cuenta; pero no hay duda que por este azar de la suerte, más feliz para Castellanos que para los suscriptores de la Bibliotoca de Rivadeneyra, las *Elegías de Varones Ilustres* son libro muy conocido, si no de trato, á lo menos de nombre y vista, aun por los menos versados en las cosas de Indias.

1589, 4.°, 202 págs. Tiene una especie de retrato del autor, grabado con la tosquedad más horrible.

Las partes 2.ª y 3.ª de las *Elegías* se imprimieron (juntamente con la 1.ª) en el t. IV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, por copias sacadas de la colección Muñoz.

La 4.ª y última parte, descubierta en estos últimos años, ha sido dada á luz con mucho esmero y con un índice muy útil de todos los nombres propios mencionados en la obra entera de Castellanos, por D. Antonio Paz y Melia: *Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1887. Forma dos volúmenes de la *Colección de Escritores Castellanos*.

La gran desdicha de este libro es estar en verso. Y no porque, mirado á trozos, no los tenga felices, y episodios y descripciones variados y deleitables, y no pocas octavas bien hechas, que pueden entresacarse y lucir solas; sino por la exorbitante cantidad de ellas, por las innumerables que hay desmañadas, rastreras y prosaicas, por la dureza inarmónica que comunican al metro tantos nombres bárbaros y exóticos, y por la obscuridad que muchas veces resulta del empeño desacordado en que el autor se puso de versificarlo todo, hasta las fechas, valiéndose para ello de los rodeos más extravagantes. Y lo más doloroso es que Castellanos había empezado por escribir su Crónica en prosa, que hubiera sido tan fácil y agradable como lo es la de sus proemios, y luego, mal aconsejado por amigos que habían leído la *Araucana*, y le creían capaz de competir con Ercilla, gastó nada menos que diez años en la estéril tarea de reducir la prosa á verso, «*ingiriendo á sus tiempos muchas digresiones poéticas y comparaciones y otros colores poéticos con todo el buen orden que se requiere*». Pésimo consejo, en verdad, y malhadada condescendencia la suya, puesto que así, en vez de un montón de versos casi ilegibles de seguida, hubiéramos tenido una de las mejores y más caudalosas crónicas de la conquista.

Llamó á su poema *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, título que nada tiene de impropio en el sentido en que él lo aplica, atendiendo á los casos desastrados y trágicas muertes de la mayor parte de los conquistadores, á cada uno de los cuales suele dedicar un epitafio en latín y castellano; porque también versificaba, y no mal, en la lengua clásica. Dividió su obra, como dicho queda, en cuatro partes. Comprende la primera las navegaciones de Colón y conquista de la isla Española, las de Cuba, Puerto Rico, Trinidad, Paria, Margarita y Cubagua, con las primeras entradas por el Orinoco, y los románticos sucesos de Pedro de Ursúa y el tirano Lope de Aguirre. La segunda parte abraza los sucesos de Venezuela y Santa Marta; la tercera la historia de Cartagena, Popayán y Antioquía; la cuarta los sucesos de Tunja, Santa Fe y otras partes del Nuevo Reino de Granada.

Dos juicios distintos pueden recaer sobre el conjunto de la obra de Castellanos. Considerada como testimonio histórico, su valor es

evidente, aunque no pueda admitirse sin algunas restricciones. Castellanos cuenta en gran parte lo que vió y lo que oyó á los conquistadores, y cuida siempre de mencionar los nombres de los que le informaron; disfrutó también algunas relaciones manuscritas, entre ellas el *Compendio historial* de Gonzalo Jiménez de Quesada. Pero Castellanos escribió sus *Elegías* en edad avanzadísima, cuando flaquea la memoria más firme y privilegiada; y aunque la suya fuese de las más monstruosas, como lo prueba el inmenso número de sucesos y de personajes, muchos de ellos obscuros, de que hace mención en su libro, no pudo menos de equivocarse muchas veces, ya en el orden de los acontecimientos, ya en su fecha exacta. De esto hay continuos ejemplos que le hacen guía poco seguro en cuanto á la cronología, como ya apuntó el coronel Acosta y ha demostrado en gran número de casos el Sr. Jiménez de la Espada. Y aun esto por lo tocante á las cosas de su tiempo; que en otras más remotas, como los viajes de Colón, escribió por tradición vaga, consignando algunas patrañas que andaban en boca de marineros y soldados, por lo cual su autoridad no puede ni debe ser invocada sin la prudente cautela que él mismo insinúa en aquellos dos tan conocidos versos:

Y si, lector, dijerdes ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento.

Por lo que toca al valor literario de las *Elegías*, hay juicios muy encontrados. Mientras unos las desdeñan como libro útil sólo para el estudio de los americanistas, pero del cual debe huir toda persona de gusto, otros hacen de ellas tales encarecimientos, que obligarían á tenerlas por joya de nuestro Parnaso. El prologuista anónimo de la Biblioteca de Rivadeneyra, de quien es de presumir que las recorrió muy por encima, puesto que ni siquiera acertó á leer en ellas la patria del autor, pondera en términos un tanto hiperbólicos «la facundia inagotable de Castellanos, la increíble facilidad de su versificación, la cual, generalmente correcta y flúida, aunque á veces demasiado trivial y desaliñada, no se detiene en los obstáculos que le ofrecían la exactitud numérica de las fechas, ni los extraordinarios nombres de los indios y de las regiones que habitaban.» «Las

escenas terribles y las graciosas—añade—; las batallas más sangrientas y las caminatas más difíciles; fiestas lucidas, cultos solemnes, paisajes floridos y voluptuosos, espectáculos naturales llenos de horrorosa grandiosidad, todo se presta con igual holgura y ligereza al ritmo de este grande y fecundo versificador; para todo encuentra en su imaginación fértil y variada ritmos sonoros, cortes de verso naturales, consonantes propios y escogidos, y frases, si no eminentemente poéticas, á lo menos elegantes, bien construídas y muy raras veces torcidas de su prosodia para formar la cadencia legítima y llenar el número requerido.»

Menos entusiasta el coronel Acosta, afirma, sin embargo, que «en las descripciones de comarcas, en las de refriegas y encuentros con los indígenas, y particularmente en la pintura de las impresiones que causaban á aquellos animosos y duros conquistadores lo peregrino de la tierra y de las gentes que tenían que domeñar, y lo inaudito de sus propias andanzas y aventuras, no conocemos cronista que le aventaje».

Vergara, que era la indulgencia personificada, llega á llamar á Castellanos «gran poeta», y hasta darle la palma sobre Ercilla, lo cual francamente nos parece una herejía literaria. Pero apartada toda comparación con la *Araucana*, que á pesar de sus defectos está á cien codos sobre todos los poemas de asunto americano, no hay duda que Castellanos supera á los restantes, y que sin grave injuria no se le puede comparar con los autores de *El peregrino indiano*, ó de la *Argentina*, ó del *Puren indómito*. Su obra, más monstruosa que ninguna en cuanto al plan, no es realmente un poema, ni siquiera una crónica, sino un bosque de crónicas rimadas, en que pueden distinguirse tantos poemas como personajes; pero el que tenga tiempo y valor para internarse en esta selva, no dará por perdida la fatiga, cuando tropiece con episodios como el del naufragio del licenciado Zuazo, ó la tremenda historia de Lope de Aguirre, ó la amena descripción de la isla Margarita. Hay que distinguir también entre las diversas partes de la obra: la primera es poéticamente muy superior á las demás. Es evidente que conforme avanzaba la edad de Castellanos, decrecían sus fuerzas poéticas, y el cronista, árido y monótono, se iba sobreponiendo al abundantí-

simo versificador. La parte compuesta en octavas es agradable á veces; pero los versos sueltos, que ya abundan mucho en la tercera parte y dominan en la cuarta, son de todo punto intolerables. Juan de Castellanos no tenía idea del arte peculiar de construirlos, y no es maravilla cuando en España y aun en Italia casi todo el mundo lo ignoraba. Los escogió sencillamente porque le parecieron más fáciles, y resultaron tales que, sin ningún esfuerzo, pudieron reducirlos á prosa los cronistas Fr. Pedro Simón y D. Lucas de Piedrahita, que nos dieron á leer esta parte de la obra de Castellanos en forma mucho más aceptable. Participó, pues, en cierta manera el buen clérigo de Tunja, no por su genio, sino por su veracidad, del privilegio de los genuinos poetas épicos, rapsodas primitivos y autores de cantares de gesta, cuyas narraciones han venido con el tiempo á ser material de historia y á transcribirse casi á la letra en compilaciones del género de nuestra *Estoria d'Espanna.*

Pero dejados aparte los versos sueltos, y también todo aquello que en las octavas es pura prosa (y será en buena cuenta más de la mitad de tan tremendo librote), todavía un espíritu curioso, y no excesivamente rígido, puede encontrar cierto placer en leer á saltos las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, aun prescindiendo del grande interés histórico, y á veces novelesco, de su contenido. Encontrará en Castellanos, no sólo viveza de fantasía pintoresca, que es, sin duda, la cualidad que en él más resplandece, sino arte progresivo en ciertas narraciones; mucha franqueza realista en la ejecución, cuando este realismo no degenera en chocarrería trivial y soldadesca, más propia de un mariscador de la playa de Huelva que de un clérigo anciano y constituído en dignidad; sabrosa llaneza y castizo donaire, cierto decir candoroso y verídico, que nos hacen simpatizar con el poeta, que era un espíritu vulgar sin duda, de conciencia un tanto laxa y acomodaticia con las tropelías y desmanes de los conquistadores, pero muy despierto y muy aleccionado por la vida; curioso de muchas cosas, sin excluir la historia natural ni las costumbres de los indios; menos crédulo y más socarrón de lo que á primera vista parece; dado á cuentos y chismes de ranchería más de lo que á la gravedad de la historia conviene, pero por eso mismo más interesante y divertido para nosotros; viejo gárrulo y prolijo,

cuya charla unas veces entretiene y otras ayuda á conciliar el sueño. Como versificador, no se para en barras y rompe por donde puede, pero su facilidad es realmente asombrosa. Y si se repara que salió de España cuando todavía estaba muy lejos de haber triunfado la grande escuela del siglo XVI, no se alcanza bien cómo en las selvas de América llegó á adquirir el dominio de la octava toscana, que á veces construye como maestro, con notable desenvoltura y gentileza. El caso de D. Alonso de Ercilla, hombre culto y nutrido con el estudio de los poetas italianos, especialmente del Ariosto, es muy diverso. Castellanos era un aventurero de ínfima condición; hubo de pasar á Indias de doce ó catorce años, sin haber cursado en escuela alguna, que sepamos; lo que aprendió debió de aprenderlo solo, y esto no únicamente de poesía y de humanidades, sino de náutica y cosmografía. Y, sin embargo, pudo decir de él un historiador tan sesudo y respetable como Agustín de Zárate, en la censura que por comisión del Consejo de Indias hizo de las *Elegías*, que «cuando trata de materia de astrología, en las alturas de la línea y puntos del Norte y sol y estrellas, se muestra ejercitado astrólogo, y en las medidas de la tierra muy cursado cosmógrafo y geógrafo, y cursado marinero en lo que toca á la navegación..., finalmente, que ninguna cosa de la Matemática le falta». Y si á esto se añade que escribió de primera intención la historia de una parte muy considerable del Nuevo Mundo, la cual sólo Gonzalo Fernández de Oviedo había tocado en la parte entonces inédita de su obra, que Castellanos no pudo conocer, no habrá razón para regatearle los servicios que realmente prestó como primero, y aun puede decirse como único cronista antiguo del Nuevo Reino, puesto que Piedrahita y él son en rigor una misma cosa. Bien considerado todo, hay que respetar á Castellanos con la carga de sus ciento cincuenta mil versos, y reconocer que, como él decía, «no comió de balde el pan» de su beneficio de Tunja.

Al frente de las diversas partes de las *Elegías*, se encuentran versos laudatorios de otros ingenios de la colonia; epigramas latinos nada despreciables de los dominicos Fr. Alberto Pedrero y Fr. Pedro Verdugo, del tesorero eclesiástico de Santa Fe, Miguel de Espejo, del Arcediano Francisco Mexía de Porras, de Pedro Díaz Ba-

rroso y Miguel de Cea; sonetos castellanos del licenciado Cristóbal de León, vecino de Santa Fe, de Sebastián García, *natural de Tunja en el Nuevo Reino*, de D. Gaspar de Villarroel y Coruña, de Francisco Soler y Diego de Buitrago, vecinos también de Tunja, pueblo entonces tan importante como venido hoy á menos, y donde parece haberse formado en torno de Castellanos un pequeño grupo poético. Otros ingenios le elogiaron también, pero los omitimos porque no consta que fuesen americanos ni moradores en América. Si á estos versos, que no son ni peores ni mejores que los que suelen encontrarse en principios de libros, se añaden los elogios que Castellanos hace de varios poetas amigos suyos en el contexto de sus *Elegías*, tendremos reunido todo lo que hasta ahora se sabe del primer siglo de la poesía *neo-granadina*, que, tratándose de estos tiempos, no nos parece bien llamar *colombiana* (1).

El siglo xvii fué en aquella colonia, no sólo de mal gusto, sino de grande esterilidad poética. Sólo pueden citarse algunos versificadores gongorinos, pero aun éstos fueron poco fecundos, ó han dejado corto número de poesías impresas (2). Dejando, pues, á la piadosa diligencia de los eruditos bogotanos el apurar el catálogo de

(1) Al principio de la *Milicia y Descripción de las Indias*, del capitán Vargas Machuca (Madrid, 1599), hay versos de dos poetas neo-granadinos: una *Epístola persuasoria del capitán Alonso de Carvajal, natural de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, al sabio y prudente lector* (en verso suelto), y un *Soneto* del licenciado Francisco de la Torre Escobar, natural de Santa Fe, del Nuevo Reino de Granada.

(2) Véase, además del libro de Vergara, el notable prólogo de D. José Rivas Groot al *Parnaso Colombiano* de D. Julio Añez. Bogotá, 1886, 2 tomos.

Citaremos dos papeles rarísimos que se describen en el cuarto tomo del *Ensayo*, de Gallardo:

—«*Funebre panegírico en la muerte de Pedro Fernández de Valenzuela, y en la dulce memoria de su amable consorte Doña Juana Vázquez de Solís, vecinos de la muy noble y muy leal ciudad de Santa Fe de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada, Indias Occidentales. Escriviolo su hijo el P. D. Bruno Solís y Valenzuela, Monje de la Real Cartuja de Santa María del Paular. Embiolo al Bachiller D. Pedro de Solís y Valenzuela, Presbítero su hermano, y también a sus amantísimas hermanas Feliciana de San Gregorio y María Manuela de la Cruz, Monja de Santa Clara, y á sor Clara de San Bruno, Monja de Santa Inés.*» (4.°, 12 pá-

aquellos, cuyas obras se han perdido, ó de quienes sólo se conserva algún soneto laudatorio ó alguna otra composición de circunstancias, hablaremos solamente de Hernando Domínguez Camargo, que probablemente no fué el peor, y que por lo menos tuvo la suerte de dejarnos bastantes muestras de su ingenio. Su *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola* (1) es, sin duda, uno de los más tenebrosos abortos del gongorismo, sin ningún rasgo de ingenio que haga tolerables sus aberraciones. Pero en el *Ramillete de varias flores*

ginas. Sin lugar de impresión: la dedicatoria está fechada en Jerez de la Frontera, á 10 de Marzo de 1682.)

—«*Víctor y festivo parabien y aplauso gratulatorio a la Emperatriz de los çielos, Reina de los Ángeles, María Santíssima Señora Nuestra, en la victoria de su purissima Concepción, conseguida en Roma á ocho de Diciembre de 1661. Y á Nuestro SS. P. Alejandro VII, Pontífice Máximo, y a nuestro muy Catholico Rey Felipe IV el Grande, Monarca de ambas Españas, y Emperador del Nuevo Mundo, y a los demás que concurrieron en esta felicissima vitoria. En ciento y ocho redondillas españolas, glosando este antiguo verso: «Sin pecado original». Escriviolas un sacerdote, natural de la muy Noble y Leal Ciudad de Santa Fe de Bogotá, cuyo nombre va en las mismas.*»

... 4.°, de 4 hojas, con grabados en madera, y sin señas de impresión.

El *presbítero* declara sus dos apellidos, *Solís* y *Valenzuela*, en el contexto de las coplas, y debe de ser el Bachiller D. Pedro, hermano del monje cartujo autor del papel anterior. De este D. Pedro cita Vergara un *Epítome de la vida y muerte del ilustrísimo señor doctor don Bernardino de Almansa... Arzobispo de Santafé de Bogotá* (Madrid, 1647).

(1) *S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Poema heroyco. Escriviólo el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá del Nuevo Reino de Granada en las Islas Occidentales. Obra postuma. Dala á la estampa y al culto teatro de los doctos el Maestro D. Antonio Navarro Navarrete... En Madrid, por Joseph Fernández de Buendía. Año de 1666*, 4.°

El Maestro Navarro, que era quiteño, nos dice hablando de Camargo: «*Fuí siempre estimador de su ingenio y apreciador de sus versos; y aunque deseé comunicarle en vida, nunca pude por la distancia de muchas leguas que nos apartaban, hasta que supe de su muerte con harto dolor mío... No acabó el poema, devotamente confiado en que el Santo, con su intercesión, le había de dilatar la vida, hasta que marcado con el sello del último primor y elegancia lo sacrificara en sus aras.., Pero en tan honrosa confianza le cogió la muerte; o fuese por excusarle esta vanidad á su ingenio, o por dejar más impresa con dolor esa mayor memoria suya, viendo que al mediodía del sol de su lucido ingenio se había anticipado el funesto ocaso de su muerte.*»

poéticas que en 1675 formó con versos propios y ajenos el guayaquileño Maestro Jacinto de Evia, hay algunas composiciones de Domínguez Camargo menos malas, y que le acreditan siquiera de versificador robusto y valiente, aunque anulado como tantos otros por el mal gusto. En los romances, sobre todo, tiene algo de lo bueno de Góngora, mezclado con muchísimo de lo malo. No puede negarse bizarría al romance de *La muerte de Adonis*, por ejemplo, que parece eco lejano del de *Angélica y Medoro*.

Las formas predilectas de este desaforado versificador, culterano á un tiempo y conceptista, son la metáfora y la antítesis. Cuando describe el salto del arroyo de Chillo, unas veces le presenta como un toro, y otras como un potro que va á estrellarse en las peñas:

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos,
Que enjaezado de perlas
Es un potro cristalino.
. . . .
Bátenle el ijar sudante
Los acicates de espinos,
Y es él tan arrebatado,
Que da á cada paso brincos.
. . . .

Ciertos chispazos de talento que entre la lobreguez de sus poesías tiene Camargo, como decir de Cristo en la pasión, que mostraba

Feo hermosamente el rostro...

inducen á ponerle entre los ingenios malogrados por la educación y el medio (1).

Algo semejante puede decirse de otro poeta santafereño de principios del siglo XVIII, D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, gobernador y capitán general de las provincias de Neiva y la Plata.

(1) Las poesías de Camargo se leen en el *Ramillete* de Evia, págs. 235 á 248, con el título de *Otras flores, aunque pocas, del culto ingenio y floridissimo Poeta el Doctor D. Hernando Domínguez Camargo...*

Y dice el colector Evia: «El dolor que tengo es que sean tan pocas, siendo tan buenas... mas las distancias de estas partes del Perú á aquellas del Nuevo Reyno de Granada, donde floreció, nos franqueó tan poco de estas *riquezas*...»

Vergara asegura haber visto, aunque de prisa, un tomo entero de obras suyas, impreso en Madrid en 1703. La única poesía suya que aquel crítico inserta (tomándola del *Papel Periódico*, de Bogotá, de 1792), es una carta en endechas á sor Juana Inés de la Cruz, escrita con soltura y gracejo de buena ley, familiar y culto á un tiempo:

Paisanita querida
(No te piques ni alteres,
Que también son paisanos
Los ángeles divinos y los duendes):
Yo soy éste que trasgo,
Amante inquieto, siempre
En tu celda, invisible,
Haciendo ruido estoy con tus papeles... (1)

Ya antes de ahora he tenido ocasión de notar que, aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se conservó no marchita, en los claustros de religiosas, la delicadísima flor de la poesía erótica á lo divino, conceptuosa y discreta, á la vez inocente y profunda; la cual, no sólo en las postrimerías del siglo XVII, sino en todo el XVIII, y á despecho del general entibiamiento de la devoción, derramaba todavía su exquisito perfume en los versos de algunas monjas, imitadoras de Santa Teresa. Tales fueron en Portugal sor María do Ceo, en México sor Juana Inés de la Cruz (prescin-

(1) En la Biblioteca Nacional he examinado un voluminoso tomo colecticio, en que están juntos los papeles de Álvarez de Velasco, con este título general:

«*Rhytmica sacra, Moral, y Laudatoria, por D.n Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, Gobernador, y Capitan General de la Provincia de Neyba, y la Plata, y Procurador General para esta Real Corte de Madrid por la Ciudad de Santa Fé, cabeça y corte del Nuevo Reyno de Granada. Compuesta de varias poesías, y metros, con vna Epistola en prosa, y dos en verso, y otras varias Poesias en celebracion de Soror Inés Juana de la Cruz, y vna Apologia, ó discurso en prosa, sobre la Milicia Angelica, y Cingulo de Santo Thomás. Dedícala su autor al Excelentissimo D.n Joseph Fernandez de Velasco y Tobar Condestable de Castilla y de Leon, Duque de la Ciudad de Frias, &c.*

Adviertesse, que aunque van algunas Poesias á otros assumptos sin coordinacion de numeros, su legitima colocacion es por averse impreso las obras de que esta se compone, por distintos Impressores en diferentes lugares y tiempos.»

Aunque el libro poéticamente vale poco, su singular rareza y algunas cu-

diendo de sus méritos en la poesía profana y en otros estudios), en Sevilla sor Gregoria de Santa Teresa, en Granada sor Ana de San

riosidades que contiene, me mueven á dar una noticia algo detallada de él, prescindiendo de su varia y confusa foliatura, y citando las composiciones por el orden en que aparecen encuadernadas en este ejemplar.

Álvarez de Velasco es un innovador en la métrica, versado, no sólo en los primores de Rengifo, sino en los de la *Rythmica* del Obispo Caramuel, á quien más de una vez cita.

«Y assi me atrevi (dice en el prólogo al lector) a fabricas nuevas de metros, y a otras varias inventivas, nunca de mi vistas, ni aprendidas de otro, cautivandome a violencias no faciles de emprender, sin este motivo, y sin los molestos ocios de mi melancolico retiro, como se reconocerá en las Elegías... y en otras obras de composiciones nuevas, como son los Eneametros, en que presa y engrillada la expresion de los conceptos entre las guardas de los dos proparoxitonos, o esdrujulos, apenas puede salir a explicarse por la estrecha puerta del medio; porque aunque entre las primorosas obras de Soror Juana ay un elegante Eneametro de vna pintura a la Señora Virreyna, gustó solo de hacerlo con los primeros esdrujulos *(a)*, reconociendo yo que estaria más sonoro (aunque tambien mas trabajoso) me fatigué en hazer esta nueva composición, hasta que llegué a conseguirla. No siendo de menos violencia y dificultad para mi los laberintos de las cruzes, que yo compuse en su obsequio, los Acrosticos, y Paranomasias; y principalmente el soneto a los dos libros suyos, en que encontre tales espinas, que no me atreviera oy a empeñarme a hazer otro del Arte; cuya disgression no he podido escusar; porque si por baxos despreciares los versos de este libro, les hagas algun agasajo por el merito que tienen en su trabajo, como también lo reconocerás en otras nuevas inventivas de varios metros, y composiciones, que tengo en otras obras Comicas, que por algunos motivos las retiro por ahora de la Imprenta...»

Parte del tomo aparece impreso en Burgos, «con licencia de los señores D. Juan de Salazar y la Vega, y D. Antonio Martínez de los Prados, Provisores en Sede vacante de dicha Ciudad, ý su Arzobispado: Año 1703», y allí están dadas las aprobaciones del P. Maestro Juan Pablo de Aperreguía, S. J. (que además dedica al poeta americano composiciones laudatorias) y del P. Fr. Manuel de la Gándara Cossío, Comendador del Convento de la Merced.

La colección empieza con las *Elegías decametras á los Dolores de la Virgen Santissima, ajustadas de distintos centones de Virgilio.* Las *Elegías decámetras* están en cuartetos endecasílabos, y á cada uno de ellos siguen los versos de Virgilio de donde están sacados los pensamientos.

Van á continuación otras poesías á lo divino, algunas de ellas de extrava-

(*a*) De este capricho métrico de Sor Juana hemos hablado en el tomo I de la presente *Historia*, pág. 76.

Jerónimo, y otras que, sin gran esfuerzo, podrían citarse. A estos nombres pide la justicia que se añada el de sor Francisca Josefa de

gante estructura, v. gr.: *Á los Dolores de la Virgen. Romance eneámetro, que empieçan y acaban todos los pies con esdrújulos:*

Ánimo, corazón, y si tímido,
Prófugo en tus lágrimas pávidas
Náufrago oy presumes atónito
Unicas tus congoxas fantásticas...

Hay bastantes sonetos, algunos de ellos en agudos. Las composiciones más extensas son cuatro Silvas á los Novissimos ó Postrimerías del Hombre, y otra que se títula: «Moribundo que naufraga desamparado de todo humano consuelo, en las borrascas de las últimas agonías, en la metáfora de un navegante.»

Sin portada, pero con nueva foliatura, muy irregularmente llevada, empieza otro grupo de composiciones. Las más curiosas son:

«Sonora música á la Purissima Concepción de la Virgen, quien por Madre de Dios lleva el punto más alto, cuyo assumpto se explica en los términos músicos de *Mi*, *Sol* y *La*, en la glossa de truncados siguiente.»

«A la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá» (quintillas).

«Mysterios del Rosario, que se cantan en la ciudad de Sta. Fee.»

«Villancicos al Nacimiento de Christo, Señor Nuestro.»

«A la Concepción de la Virgen Santissima.»

«A la profession y velo de la Sra. D.ª Maria Ana de Valençuela Faxardo, Religiosa del Convento de la Purissima Concepción de la Ciudad de Santa Fe.»

«Letra para cantar un domingo en el Convento de la Purissima Concepción, en la Hermandad de la Escuela de Christo, en que está descubierta su Divina Magestad.»

«Al Nacimiento de Christo, Villancico y Ensalada», que es un género de versos y composición, que no va atento á precisos consonantes.»

«Vida y milagros del nuevo taumaturgo y apostol de las Indias San Francisco Xavier» (en quintillas, dignas de Benegasi).

«Vida y charidad del gran Patriarca de Alexandria San Juan Limosnero» (quintillas).

«Tres qualidades singulares que tiene el oro se hallan sólo en la ceniza» (romance).

«Glossa, ó troba del *Laudate pueri dominum*, para cantar en la Escuela de Cristo» (endechas).

«Desengaño que ofrece la Soledad» (romance).

«Interés y utilidades de la Paciencia» (romance).

«Soliloquio, en que contrapesa el alma su ser de nada, con el sublime de Dios» (romance, con estribillo).

«Reconvenciones tiernas, que haze la Iglesia el Viernes Santo, en nom-

la Concepción (conocida por *la Madre Castillo)*, religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja († 1742), que escribió

bre de Christo Nuestro Señor», «Popule meus quid feci tibi?» (endechas).

«La Sequencia del Santísimo Sacramento», en esdrújulos.

«Oración de un enfermo sobre el Cántico del Santo Rey Ezechías» (endechas).

«El Apolo Africano, y águila de la Iglesia, el Grande Augustino. Su vida y milagros, escrita en cien canciones.»

«Sermón *eneuclástico* estoyco sobre la doctrina de Epiteto, de que solo se debe cuidar lo que está en mi propio alvedrío» (es una paráfrasis de una parte del *Enchiridion*, teniendo presente la versión de Quevedo, á quien sigue muchas veces á la letra).

«Suspiros de San Agustín para antes de la Confesión, pidiendo misericordia á Dios y dolor de sus culpas, y que su espíritu muera á sí, y viva á su Divina Magestad.»

Al fin del *Suspiro 3.º:* «Sólo huvo estos fragmentos de la traducción de los Suspiros de San Agustín; y assi no se continúan, porque otros que ay, están aún sin corregir.»

«Para la fiesta del Gran Padre y Doctor de la Iglesia San Agustín» (villancicos.)

«A San Gerónimo en el Desierto sobre aquel lugar del Psalmo 101.» «Similis factus sum pelicano solitudinis» (silva).

«A la conversión y llanto de Santa María Magdalena» (lyras).

«Al felicissimo y mejor ladrón San Dimas» (idilion).

«A honra y gloria de la Beatissima Trinidad, y de la Inmaculada Virgen María» (Romance Endecasylavo).

«Letras para la comedia y Loa de Sta. Bárbara».

«Laberyntho, que se lee por muchas partes al nombre de Santa Bárbara.»

En los sonetos, que son muchos, imita bastante á Quevedo.

«Al muy reverendo P. M. Fr. Alonso de Zamora, Prior Provincial del Orden de Predicadores de la Provincia del Nuevo Reyno, en alabança del Libro que escribió de los Annales de su Religion, y Varones Ilustres della, en su Provincia.»

«A Lelio, sentencias metafóricas y morales, ajustadas de solos principios de distintos sonetos de Quevedo: y para que si el Curioso quisiere averiguar si van fieles, ó no, se pondrá el número de cada uno dellos al margen, y la Musa donde los hallará... En ocasion de estar el Autor retirado por las molestias de un Governador, que con pretexto de realista, le tenía a él y a todos mortificados y perseguidos.»

«Epitafio al Sepulcro del señor D. Juan de Austria, Infante de las Españas.»

«Al doctor D. Augustin de Tovar Buendia, Racionero de la Santa Iglesia Metropolitana de la Ciudad de Santa Fé, en opinion de aver orado con la

en prosa digna del siglo XVI una relación de su vida por mandato de sus confesores, y un libro de *Sentimientos Espirituales*, que viene

elegancia que siempre, en las honras funerales, que hizo aquella Universidad a su incomparable Maestro el M. R. Geronimo de Escobar.»

«Vuelve a su quinta Anfriso solo y viudo» (endechas).

«Don Francisco Alvarez de Velasco. Poema Panegírico, al Licenciado Don Gabriel Alvarez de Velasco, su padre, Oidor y Alcalde de Corte de la Real Audiencia del Nuevo Reyno, y proveido Fiscal y Visitador de la de Lima, cuyas plazas renunció, por darse no menos que al estudio, a la perfección; logrando de aquel tan felices efectos, quanto publican sus libros, y de esta las glorias que pregona la fama general de sus virtudes. Dedicado á Juana María de San Estevan, y María de San Gabriel, sus hijas y hermanas del autor, religiosas del Convento de Santa Clara, en el muy ilustre de la Ciudad de Santa Fé» (son veinticuatro octavas reales).

«Carta laudatoria á la insigne Poetisa la señora Soror Inés Juana de la Cruz, Religiosa del Convento de Señor San Geronimo de la Ciudad de Mexico, Nobilissima Corte de todos los Reynos de la Nueva España. Escrivela desde la Ciudad de Santa Fé, Corte del Nuevo Reyno de Granada, D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla.» Folleto en 4.° de 75 págs. con un retrato de Sor Juana.

«Carta que escrivio el Autor a la señora Soror Juana de la Cruz» (es una larga Silva).

«Al mismo assumpto, romance endecasílabo de esdrújulos.»

«Al último nombre de Soror Inés Juana de la Cruz, Laberinto, en que se lee la copla endecasílaba que se verá por los intermedios de la Cruz; y en el medio de ella, el nombre de Inés y Nise, que se lee por todas partes.»

«A los dos libros de Soror Inés Juana de la Cruz habla este Soneto, hallando razones para que cada uno de por sí es el mejor; y leidas las primeras dicciones dél ázia abaxo, forma una redondilla a favor del segundo; y leidas las segundas dicciones para arriba, deshazen la redondilla a favor del primero. Hase de leer, para que haga perfectas oraciones, con la advertencia, de adonde huviere estrellita, haze asterisco o pausa, y que allí se acaba una oración.»

«Cuatro sonetos en alabanza de Sor Juana; uno de ellos en consonantes agudos, y otro en esdrújulos.»

«A las obras y segundo libro de Soror Inés Juana de la Cruz, y especialmente a la Silva del Sueño» (romance).

«A la misma Señora, endechas endecasílabas.»

«Segunda carta laudatoria, en jocosas Metaphoras, al Segundo libro de la sin igual Madre Soror Inés Juana de la Cruz» (silva).

«Carta al Reverendissimo Padre Maestro Fr. Diego de Ochoa, de la Orden de Predicadores. (En prosa.) Firmada en Sta. Fé, a 16 de Febrero de 1698.»

á ser primoroso mosaico de textos de las Sagradas Escrituras (1). Dos romancillos intercala, no tan felices como la prosa, pero de la misma tradición y escuela.

Entretanto, los jesuítas habían introducido la imprenta en la co-

Sirve de dedicatoria á la pieza siguiente: «Panegyrica Apologia a la Anual celebracion que haze esta Ciudad de Santa Fe a la Milicia Angelica por diez dias, descubierto el Santissimo, a cuyo assumpto por el superior precepto del muy R. P. M. Fr. Diego Ochoa, Patron y Fundador de esta Festividad, escrivio este papel D. Francisco Alvarez de Velasco Zorrilla...» (En prosa.)

«Documentos Morales á un amigo» (romance).

«Advertencia y protesta del Autor, con que da fin este Libro:

»No puedo escusar el prevenir a los letores, que aviendo visto estas obras algunas personas tan discretas como elegantes, de las muchas que ay en esta Corte, han reparado en algunas vozes, que unas no están por acá en uso, otras se tienen por demasiado baxas, y otras (porque lo ha querido assi el antojo de la malicia) por impuras; y creyendo yo en las Indias, que eran corrientes en todo España, porque no de otra parte nos han ido los Maestros, que han enseñado en ellas la Lengua Castellana, siendo los dichos términos en quienes se ha reparado, allí muy usados, no cuidé de evitarlos, por creer que acá seria lo mesmo; y porque aviendo escrito estas imperfectas obras en Indias, y no en Castilla, y que en ellas tambien tenemos nuestros Indianismos, naturalmente avré usado de algunos, como de inmemoriales locuciones de que usamos los Americanos, como acá de otros hispanismos; lo qual advierto porque me dissimulen los letores las impropriedades de vozes, frases ó metáforas en que tropezare su discrecion, por lo desaseado de mis borrones, cuyos defectos huviera procurado enmendar, a no avermelos advertido despues de estar ya todos impressos, como protesto hazerlo en los demás que tengo que dar á la estampa: mereciendo bien la absolucion de qualquier letor, por escrupuloso que sea, por la integridad de esta confession, protesta de la enmienda y penitencia de la nota ó burla, que harán algunos de mis yerros.»

Esta profesión de americanismo literario es lo más curioso que contiene el libro de Álvarez de Velasco, versificador fácil y abundante, pero contagiado con todos los resabios del mal gusto de su tiempo, que los poetas *á lo divino* exageraban todavía más que los profanos.

(1) *Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo, Religiosa en el convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en la República Neo-Granadina del Sur-América. Escritos por ella misma de orden de sus confesores. Dados á luz por su sobrino A. M. de C. y A. En Santa Fe de Bogotá, Imp. de Bruno Espinosa, por Benito Gaitán. Año de 1843*, 8.º—*Vida de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción, escrita por ella misma.* (Filadelfia, 1817.)

lonia por los años de 1738, y precisamente un sermón predicado en las honras de la Madre Castillo fué de las primeras cosas que se estamparon. Esta imprenta del colegio de Santafé tenía carácter casi doméstico, y apenas produjo más que algunos catecismos, novenas y otros libritos de devoción. Desapareció con la expulsión de la Compañía; pero en 1782 fué sustituída por otra de más recursos y mayor importancia, la llamada *Imprenta Real*, dirigida por el tipógrafo segoviano D. Antonio Espinosa, que en 1787 publicó ya un trabajo de cierto empeño y ejecución bastante esmerada, la *Historia de Cristo paciente*, traducida por el Dr. D. José Luis de Azuola y Lozano. Un D. Diego Espinosa, hijo ó deudo del D. Antonio fué quien hizo, en 1794, la edición clandestina de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, traducida por el patriarca de la revolución neo-granadina, D. Antonio Nariño (1).

La poesía dormitaba de todo punto, y no hay para qué traer á cuento los insulsos versos laudatorios que se leen en la *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta*, que escribió en 1739 el alférez D. José Nicolás de la Rosa, ni menos un esperpento dramático-alegórico que Vergara poseyó manuscrito, sin nombre de autor, y cuya portada decía á la letra: *No se conquistan las almas con violencias, y un milagro es conquistarlas: Triunfos de la Religión y prodigios del valor: los Godos encubiertos: los Chinos descubiertos: el Oriente en el Ocaso, y la América en la Europa: Poema épico-dra-*

(1) Vid. *La Imprenta en Bogotá* (1740-1823). *Notas Bibliográficas por J. T. Medina*. (Santiago de Chile, 1904.)

Antes de pasar á Bogotá en 1776, bajo los auspicios del Virrey D. Manuel Antonio Flores, Espinosa había estado algún tiempo en Cartagena de Indias, pero no se conoce ningún impreso de sus oficinas, dedicadas únicamente, según parece, á facturas, guías de embarque y otros documentos mercantiles. El primer opúsculo de fecha conocida y carácter literario que se estampó en aquella plaza fué el poemita de D. José Fernández Madrid, *España Salvada*, en 1809. El más antiguo producto de las prensas de Tunja es de 1814. En Popayán funcionaban desde 1816, y del mismo año hay un librito religioso impreso en Santa Marta. Panamá no tuvo imprenta hasta 1822.

Cf. Medina. *La Imprenta en Cartagena de las Indias* (1809-1820). Santiago de Chile, 1894.—*Notas bibliográficas referentes á las primeras producciones de la Imprenta en algunas ciudades de la América Española*. Idem id.

mático soñado en las costas del Darien: Poema cómico, dividido en dos partes y cinco actos, con unas disputas al fin en prosa.

Pero aunque estéril para la poesía, la segunda mitad del siglo xviii fué en Bogotá de gran movimiento y transformación intelectual, la cual puede decirse que se desarrolla entre dos fechas memorables, la expedición botánica de D. José Celestino Mutis en 1760, y el viaje de Humboldt y Bonpland en 1801. El gaditano Mutis, de quien dijo Linneo: «*nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*», y á quien apellidó Humboldt «ilustre patriarca de los botánicos del Nuevo Mundo», fué el verdadero iniciador de la vida científica en el Ecuador y en Nueva Granada (1). En 1762 abrió una cátedra de Matemáticas y Astronomía en el Colegio del Rosario, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aún en las escuelas de la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de D. Francisco Antonio Zea, que andando el tiempo llegó á ser Director del Jardín Botánico de Madrid; de D. José Domingo Duquesne, que escribió una disertación sobre el *Calendario de los Muiscas;* de D. José Manuel Restrepo, autor del *Ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquía;* de D. Francisco Ulloa, que lo fué del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada;* de D. Jorge Tadeo Lozano, D. Eloy Valenzuela, D. Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre que todos

(1) La biografía de este preclaro varón, que es una de las páginas más brillantes de la historia de la ciencia española en el siglo xviii, ha recibido amplia ilustración en dos libros recientes, uno de autor colombiano, otro de un naturalista español.

Expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas, por Diego Mendoza. Madrid, ed. Suárez, 1909.

Biografía de José Celestino Mutis con la Relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada, reunidos y anotados por A. Federico Gredilla, Director del Jardín Botánico de Madrid, y Catedrático de Organografía y Fisiología vegetales en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central. Madrid, Fortanet, 1911.

Obra riquísima en datos y documentos.

ellos, D. Francisco José de Caldas, á quien España debe un monumento expiatorio. Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y á quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco á seis mil plantas y dió grande impulso á la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles de las diversas ramificaciones de los Andes en la extensión de nueve grados de latitud, para dar á conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene á su desarrollo; inventó un método para medir alturas mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó en 1805 el Observatorio astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y le dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente á veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus Memorias sobre la Geografía del Virreinato y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt. Estos y otros estudios de vulgarización científica, animada y brillante, se imprimían en el *Semanario de la Nueva Granada*, memorable Revista que desde 1808 á 1810 dirigió Caldas (1). Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de la de todas las demás regiones americanas, sin excluir á México, donde paralelamente había comenzado á desarrollarse un movimiento análogo. Bogotá, que tuvo el primer Observatorio de América, como México la primera Escuela Mineralógica y el primer Jardín Botánico, precedió también á la mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo, si no á todas, en abrir una Biblioteca pública desde 1777. Bajo el paternal gobierno del Arzobispo-Virrey D. Antonio Caballero y Góngora y de D. Joaquín de Ezpeleta, se ampliaron las dotaciones de los establecimientos de enseñanza, se crearon otros nuevos de Medicina y Ciencias, se reformaron los planes de estudios en el sentido de la investigación experimental y de la libertad científica, y una masa enorme de libros, introducida, ya directamente, ya

(1) Hay una reimpresión de París, 1849, no completa, pero aumentada con varios escritos inéditos de Caldas, y útiles notas del General Acosta.

por medio del contrabando, vulgarizó en la colonia todas las ideas, buenas y malas, del siglo XVIII. Si nuestros gobernantes no llegaron á prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente á las extremas consecuencias políticas que quizá en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa imprevisión es para sus nombres un título de gloria.

Si la prosa científica apareció adulta y perfecta, casi por instinto, en algunas páginas de Caldas y de sus colaboradores del *Semanario*, no podía esperarse otro tanto de la poesía entregada á copleros adocenados, que copiaban sin discernimiento lo más prosaico de la literatura peninsular. Ya, al tratar de Cuba, hicimos mérito del famoso mulato D. Manuel del Socorro Rodríguez, primer bibliotecario y primer periodista de Bogotá, hombre honrado, laboriosísimo y por muchos conceptos benemérito, que desde 1791 hasta 1797 publicó, bajo los auspicios del Virrey Ezpeleta, el *Papel Periódico de Santa Fe*, en 1806 *El Redactor Americano*, y más adelante otros papeles. Escribió innumerables poesías, ó más bien prosas rimadas, de que tengo algunos cuadernos manuscritos, y en Bogotá existen muchos más: todo ello frío, prosaico y arrastrado, como de quien se proponía por único modelo á Iriarte, remedándole en la falta de fuego, pero no en la discreción ni en el buen gusto, ni en otras cualidades muy relevantes con que Iriarte la disimula.

Casi al mismo tiempo que el periodismo, nació el teatro, que tuvo desde 1794 local estable, construído á expensas del comerciante español D. Tomás Ramírez. Existían con más ó menos actividad varios círculos literarios. D. Antonio Nariño, uno de los pocos que ya en 1793 conspiraban de verdad contra la Metrópoli, proyectó establecer uno, consagrado á *la Libertad*, *la Razón y la Filosofía*, *al divino Platón* y á *Franklin;* pero su persecución y destierro á causa de haber impreso clandestinamente el opúsculo de los *Derechos del hombre*, hizo que naufragase el proyecto y quedasen con nota de sospechosos los afiliados, aunque por entonces no se procediese más que contra Nariño y Zea, que fueron enviados á España bajo partida de registro. Contrastaba con el carácter tenebroso y revolucionario de esta Sociedad, la muy inofensiva *Tertulia Eu-*

trapélica que se juntaba por las noches en casa del humilde y devotísimo bibliotecario Rodríguez, para leer é improvisar coplas festivas de lo más candoroso que puede imaginarse. Otra tertulia por el estilo se reunía en casa de Doña Manuela Santamaría de Manrique, con nombre de *Academia del Buen Gusto*, que ya había tenido en Madrid otra muy famosa y aristocrática en tiempo de Fernando VI. De los versificadores que pululaban en estos círculos de Bogotá, Socorro Rodríguez era el más fecundo; pero Vergara trae noticias, y á veces muestras de otros varios. Ante todo, presenta un pequeño grupo de poetas nacidos en Popayán, extremo meridional del Virreinato: el improvisador D. José María Valdés, el satírico D. Francisco Antonio Rodríguez, y el elegíaco D. José María Gruesso, á quien la repentina muerte de su amada dictó unas *Noches* en romance endecasílabo, imitando á Young y á Cadahalso (1). Este trágico desengaño le llevó al sacerdocio, pero no le hizo abandonar el trato de las Musas durante toda su vida, que no fué corta, puesto que murió en 1835, de canónigo de la Catedral de Popayán. Su inspiración continuó siendo lúgubre, pero su gusto mejoró algo; tradujo en verso *Los Sepulcros*, de Harvey, y escribió un poema original en dos cantos, *Lamentaciones de Pubén*. De ellos transcribe Vergara estos versos, que no son enteramente malos:

¡Oh bosquecillos de frondosos mayos,
Románticos doquiera y hechiceros!
¡Sombras amables del jardín silvestre
Y de los altos robles corpulentos!
En donde el Payanés, á quien natura
Dió un corazón sensible, dulce y tierno,
Iba á gemir de humanidad los males,
Ó á pasear sus caros pensamientos.
. . . .
Do tantas veces con su dulce lira
Cantó Valdés sus expresivos versos,
Ó el sabio Caldas, con pensar profundo,
En pos de Urania se subió á los cielos.

(1) *Las Noches de Zacarías Geussor* (anagrama de Gruesso), *socio de la Junta Privada del Buen Gusto*... En la ciudad de Santa Fe de Bogotá (Manuscrito citado por Vergara.)

. . . . Yo así prefiero
La pobreza y miseria, y las desdichas;
Por pisar de Payán el triste suelo,
Para ofrecerle mi sensible llanto,
Para abrazar sus desdichados restos,
Para hacer un sepulcro en sus rüinas
Y mi vida acabar con sus recuerdos.

Cítanse de él también cuatro himnos para las escuelas, uno de ellos en estrofas sáficas. Gozó fama de orador sagrado, y los sermones suyos que andan impresos reflejan fielmente los cambios políticos de su tiempo y los de sus propias opiniones, realistas primero, republicanas después; una de estas oraciones fué predicada en las exequias de la segunda mujer de Fernando VII, otra en la fiesta de acción de gracias por el triunfo de Ayacucho. Contribuyó mucho á que se fundase la Universidad del Cauca, donde leyó en 1822 un discurso inaugural sumamente celebrado, pero que hoy pasaría por trozo de retórica palabrera.

Don José María de Salazar (1), que, andando el tiempo llegó á ser Magistrado en Venezuela y Ministro plenipotenciario de la Colombia de Bolívar, y autor del primitivo himno colombiano, era otro poeta prosaico, pero muy culto, que logró transitoria fama, debida en parte á su importancia oficial. Siendo estudiante compuso *El Soliloquio de Eneas* y *El Sacrificio de Idomeneo*, dos de las primeras piezas originales que se representaron en el teatro de Bogotá. Suyo es también el *Placer público de Santa Fe*, poema en que se conmemora la llegada del Virrey Amar y Borbón en 1804. En 1810 hizo una traducción en romance endecasílabo de la *Poética*, de Boi-

(1) Nació en Ríonegro (actual provincia de Antioquía) en 1785, y murió en París en 1828, después de haber desempeñado altos cargos diplomáticos. Además de varios opúsculos en prosa, publicó:

El Placer público de Santafé. Poema en que se celebra el arribo del excelentísimo Sr. D. Antonio Amar y Borbón, Caballero profeso del orden de Santiago, Teniente general de los Reales Ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán general del Nuevo Reino de Granada, por D. José María Salazar, colegial de San Bartolomé... Con licencia. En Santafé de Bogotá. En la Imprenta Real. Por don Bruno Espinosa de los Monteros. Año de 1804.

Arte Poética de Monsieur Boileau, traducida al verso castellano por el doctor

leau, traducción muy inferior á las de Arriaza y el P. Alegre, y casi tan desmayada y prosaica como la de Madramany y Carbonell. En tiempo de la Independencia publicó dos poemas: *La Campaña de Boyacá* y *La Colombiada;* uno y otro yacen en el olvido más profundo.

A los *Soliloquios trágicos* de Salazar hay que añadir *El Zagal de Bogotá*, de D. José Miguel Montalvo, representado en 1806, otra de las primeras, aunque infelices tentativas del teatro neo-granadino, que nunca ha medrado mucho. Montalvo murió fusilado en 1816 con Caldas y otros patriotas.

Como poeta jocoso, de aquellos cuyos donaires, en demasía triviales y caseros, no resisten á la dura prueba de los años, se cita al clérigo insurgente D. José Angel Manrique, autor de dos poemas burlescos: *La Tocaimada* y *La Tunjanada*, que andan manuscritos. Más ingenio tuvo, aunque con frecuencia mal empleado, el Dr. Don Juan Manuel García Tejada, á quien cuelgan generalmente la paternidad de cierto poemita en alto grado ofensivo á la pulcritud del olfato, y que será conocido de cualquier español por estas señas. Fué García de Tejada fidelísimo partidario de la causa realista; redactor de la *Gaceta de Santa Fe* en tiempo del general Morillo, llevó su lealtad hasta aceptar los rigores de la expatriación perpetua, y murió muy anciano en Madrid en 1845. Se perdió un largo poema

José María Salazar, quien la dedicó al Sr. José Ignacio Pombo, en el año de 1810. Bogotá. Impresa por Valentín Martínez. Año de 1828.

Empieza:

Piensa en vano subir un mal poeta
Á la elevada cima del Parnaso,
Cuando se empeña temerariamente
En el arte de Apolo soberano:
Si no siente del cielo la influencia,
Si su estrella al nacer no lo ha formado,
En aquella impotencia retenido,
Ó de su propio genio siempre esclavo,
Sordo le viene á ser el mismo Febo
Y de tardías alas el Pegaso...

La Colombiada ó Colón, el Amor á la Patria y otras poesías líricas. Caracas, 1852.

Empieza:

No hazañas canto de inhumana gente,
Mas la de aquel varón esclarecido
Que de Occidente á descubrir la tierra
Atravesó el Atlántico temido...

que había compuesto sobre la revolución de Nueva Granada. Vergara le atribuye el siguiente soneto, que anda anónimo en algunos libros de devoción, y que si realmente fuese suyo, bastaría para que le perdonásemos aquel insufrible pecado de mal olor y mala crianza á que principalmente va unido su nombre:

Á JESÚS CRUCIFICADO

Á vos corriendo voy, brazos sagrados,
En la cruz sacrosanta descubiertos,
Que para recibirme estáis abiertos
Y por no castigarme estáis clavados.
Á vos, ojos divinos, eclipsados,
De tanta sangre y lágrimas cubiertos,
Que para perdonarme estáis despiertos,
Y por no confundirme estáis cerrados.
Á vos, clavados pies para no huirme;
Á vos, cabeza baja por llamarme;
Á vos, sangre vertida para ungirme;
Á vos, costado abierto, quiero unirme,
Á vos, clavos preciosos, quiero atarme
Con ligadura dulce, estable y firme (1).

Otro soneto agradeciendo al Arzobispo de Bogotá, Mosquera, una cuantiosa limosna que envió al pobre y anciano poeta, empieza con estos agradables versos:

Escucha Dios en su encumbrado cielo
De humildes golondrinas el gemido,
Cuando, lejanas del paterno nido,
Vagan desamparadas en su vuelo...

Poeta de festivo humor como García Tejada, aunque más limpio y comedido en sus gracias, y fidelísimo como él á la corona de España, fué el gaditano D. Francisco Javier Caro, tronco de la familia

(1) Tengo casi la seguridad de haber leído este soneto en las obras de algún poeta muy anterior á Tejada, pero no puedo recordar quién sea. Por su parte, el Sr. Gómez Restrepo (notas á la *Literatura* de Vergara, p. 452) hace notar que «en el número 4.° del *Investigador Católico*, periódico que se publicaba en Bogotá en 1838 (cuando aún vivía el Dr. García, aunque lejos de la patria) aparece reproducida tal composición con las iniciales *P. de V. y P.*, que no sospechamos á quién puedan corresponder».

más ilustre en las letras colombianas, abuelo del vehemente y filosófico poeta José Eusebio Caro, y bisabuelo del grande humanista, poeta y crítico á quien debemos la mejor traducción de Virgilio que hay en nuestra lengua. Quedan de Caro, el abuelo, muchas décimas satíricas y burlescas en que campea la chispa andaluza más que el arte ni el estudio, al cual no era ajeno, sin embargo, puesto que dejó notas manuscritas á la *Poética* de Horacio, y sostuvo victoriosas polémicas con D. Manuel del Socorro Rodríguez y su *Papel Periódico*. Tenía Caro especial inquina á la literatura de los criollos, pero envolvía esta desaprobación suya en formas tan chistosas y era de carácter tan inofensivo y benévolo, aunque dado á chanzas y zumbas, que ninguna de sus víctimas literarias llegaba á enojarse con él, ni sus golpes hacían nunca sangre (1).

La familia de Caro vino á emparentar, andando el tiempo, con la de otro poeta, el Dr. D. Miguel de Tobar, natural de Tocaima, jurisconsulto insigne é incorruptible magistrado, de quien hace honrosa mención Groot en el tomo III de su *Historia Eclesiástica y civil de Nueva Granada* (2). Por los años de 1814 á 1818 compuso el Dr. Tobar con fácil numen algunas odas horacianas, ó más bien del género y estilo de Fr. Diego González y Meléndez cuando querían imitar á Fr. Luis de León. Conozco las dirigidas *al Muña*, *al Tequendama*, y alguna otra, que guardaba inéditas su ilustre nieto Don Miguel Antonio Caro.

(1) En 1904 publicó en Madrid el profesor de Medicina D. Francisco Viñals un manuscrito muy curioso de D. Francisco Javier Caro, que lleva el extraño título siguiente:

Diario de la Secretaria del Virreynato de Santa Fee de Bogotá. No comprehende más que doce dias. Pero no importa, que por la uña se conoce el leon, por la jaula el paxaro, y por la hebra se saca el ovillo. Año de 1783. Es un cuadro interesante y divertido de las costumbres oficinescas de la colonia.

En el tomo X del *Repertorio Colombiano* se ha publicado con el título de *Santafé en 1812* una correspondencia familiar de Caro (gran parte de ella en verso) con su amigo D. Juan Jurado; «muestra interesante (dicen los editores del *Repertorio*) del cristiano y apacible estilo de vida que llevaban nuestros abuelos, aun en aquellos dias en que ya empezaban á ofrecerse las escenas saugrientas de la Revolucion de Independencia».

(2) Primera edición, Bogotá, 1870, págs. 672 y 673.

Si á estos nombres se añade el del presbítero de Popayán Don Mariano del Campo Larraondo y Valencia, que en 1801 envió al *Correo Curioso de Santa Fe de Bogotá* (periódico dirigido por Don José Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, y D. Luis Eduardo Azuola) algunas odas de Horacio, traducidas con bastante llaneza y prosaísmo, pero acompañadas de una excelente carta sobre el arte de traducir, que Larraondo entendía tan bien y practicaba tan mal (1), tendremos casi agotado el catálogo de los buenos y malos versificadores de la escuela del siglo XVIII que florecían más ó menos obscuramente en los últimos días del virreinato de Nueva Granada, acompañando, aunque muy de lejos, el movimiento científico que dirigían Mutis, Caldas y sus amigos.

La guerra de la Independencia no suscitó en Nueva Granada ningún Olmedo. Débilmente está representada la poesía de este período por dos ingenios de la escuela clásica, Fernández Madrid y Vargas Tejada, que conservan cierta celebridad por los azares de su vida más que por el mérito de sus versos, apenas leidos ya de nadie. El Dr. Fernández Madrid, médico de Cartagena de Indias, se había dado á conocer como poeta en el *Semanario* de Caldas, insertando una oda *Á la Noche*, notable sólo por el artificio *polimétrico* con que, apartándose del rigorismo clásico y siguiendo las huellas de Arriaza (el poeta español más aplaudido entonces en las colonias), se atrevía á introducir en una sola composición sextillas endecasílabas, octavitas de final agudo, y alejandrinos, preludiando en esto la libertad romántica. El torbellino revolucionario envolvió á Fernández Madrid, llevándole primero á la junta patriótica de Cartagena, luego al Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada y Venezuela, en el cual se distinguió por su fácil y ardorosa elocuencia, y finalmente, aunque por breve tiempo y en circunstancias enteramente desesperadas, á la presidencia de la República, que sucumbió en sus manos en 1816. Fernández Madrid, que no tenía temple de héroe ni vocación de mártir, no sólo se rindió al pacificador

(1) En la Biblioteca de Bogotá se conservan dos cuadernos manuscritos intitulados: *Rasgos morales, filosóficos, históricos y políticos, en verso y prosa, compuestos y dedicados á la juventud de Popayán, por el Dr. D. Mariano del Campo Larraondo y Valencia, presbítero.* De ellos me dió noticia el Sr. Caro.

Morillo, sino que en humildísima representación fingió retractarse solemnemente de sus antiguas ideas, y aun afirmó que sólo por evitar mayores males y facilitar la sumisión del país había consentido en ponerse al frente de la insurrección. Esta representación (según el dicho atroz del historiador D. José Manuel Restrepo) (1) «le salvó la vida, pero no el honor». El Dr. Madrid se quedó tranquilamente en la Habana ejerciendo su profesión y escribiendo versos, y cuando triunfó la independencia de Colombia, Bolívar no tuvo reparo en enviarle de ministro plenipotenciario á Londres, donde residió hasta su muerte, acaecida en 1830.

Con estos antecedentes cualquiera puede dar su justo valor á las feroces diatribas contra España, que son el principal tópico de las odas del Dr. Madrid. La firmeza que en sus actos públicos le había faltado, quiso compensarla desde el quieto y seguro asilo de Londres con alardes declamatorios de un *miso-hispanismo* frenético, creyendo que con esto tenía bastante para que los patriotas de Colombia olvidasen su historia. Nadie abusó tanto como él de *los tres siglos de vil servidumbre*, de *la ferocidad castellana nunca saciada de sangre y venganza*, de *la eterna ignominia del déspota ibero*, del *férreo*

(1) Vindícase la memoria del Dr. Madrid de los cargos políticos que por su conducta en la Presidencia de la República se le hicieron, en la excelente *Biografía de D. José Fernández Madrid*, arreglada por D. Carlos Martínez Silva sobre los documentos recogidos y clasificados por el eminente hombre público D. Pedro Fernández Madrid, hijo del poeta (Bogotá, 1889). No puede negarse que la vindicación es enérgica y victoriosa en casi todos los puntos; pero para nosotros queda en pie siempre un cargo, que podrá ser menos grave, pero que atañe á la delicadeza artística del poeta, no menos que á la moral del ciudadano: el haberse desatado desde Londres, y sobre seguro, en injurias contra los españoles, á quienes, de un modo ó de otro, debía la salvación de su vida.

Restrepo, en la segunda edición de su obra histórica (Besanzón, 1858), rectificó la mayor parte de sus juicios adversos al Dr. Madrid, cuyo carácter bondadoso y dulce, aunque falto de la firmeza necesaria para descender á la arena política en épocas turbulentas, ha dejado muchas simpatías entre los hombres más ilustres de Colombia. No contribuyó poco á que el prestigio de su nombre se conservase y acrecentase, el ejemplo de la noble vida y mucha doctrina de su hijo D. Pedro Fernández Madrid, sabio educador de la juventud colombiana.

cetro del León quebrantado por la libertad. Relegó á España á vivir *en el rincón tenebroso incierto entre el África y la Europa;* y para sus soldados, ante los cuales había huído y se había humillado en 1816, nunca tuvo más blandas calificaciones que las de *bandidos*, *prófugos*, *salteadores infames de caminos*, *ciervos*, *tigres* y otras lindezas tales. Parece que en alguna ocasión él mismo se avergüenza de su propio vilipendio, y exclama:

Sangre española corre por mis venas;
Mío es su hablar, su religión la mía;
Todo, menos su horrible tiranía...;

pero á renglón seguido vuelve á renegar de su raza, y se extasía con la esperanza de ver restaurado el trono de los Incas y las paternales leyes de los hijos del Sol:

En fuego divino los Andes se inflaman;
De doce monarcas la voz paternal
Repiten sus ecos, que al mundo proclaman
De América el triunfo, la gloria inmortal.
¡Oh manes sagrados,
Volved aplacados!
Volved á las tumbas, familia imperial.
No más servidumbre; no, sombras augustas;
Cesó la ignominia del yugo español:
Ya estamos vengados,
Y reinan de nuevo, con leyes más justas,
Más dignos del padre, los hijos del Sol...

La prisión y muerte de Atahualpa le arrancaban lágrimas á cada momento, haciéndole prorrumpir en interminables elegías, en que á su sabor vengaba en la sombra de Pizarro las tribulaciones que le había hecho pasar el general Morillo.

Las odas políticas de Madrid son de la más intolerable y hueca patriotería, una sarta de denuestos en estilo de proclama. Los mismos críticos americanos han llegado á reconocerlo, y el *Juicio* de los hermanos Amunáteguis (1), por duro que parezca, es en esta

(1) *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Santiago (de Chile), Imprenta del Ferrocarril, 1861.*

parte inapelable, y ha hundido para siempre al poeta cartagenero, astro de falsa luz, que sólo pudo deslumbrar un momento á los que equivocaban la verdadera grandeza con el énfasis bombástico. En vano usa y abusa de toda la máquina retórica, y no se harta de personificar las provincias y las ciudades, la discordia, la traición, la libertad, la gloria, la paz, la victoria, la tiranía, y todo género de abstracciones; ave de vuelo rastrero, jamás asciende á la región tempestuosa á donde sube la canción triunfal de Quintana y de Olmedo. Todo el incienso que empalagosamente se tributa al Libertador en estas odas, declarándole superior á todos los grandes personajes históricos, á Fabio en la prudencia, á Aníbal en intrepidez, á César en saber y elocuencia, á Pelópidas, á Temístocles, á Foción, á Camilo, á Cincinato, á Washington... todo este pedantesco y ridículo catálogo que el Dr. Madrid repite siempre que habla de su héroe, no puede dar ni aun remotamente la idea de Simón Bolívar que dejan en la memoria aquellos solemnes versos del gran poeta de Guayaquil:

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?...

Considerado meramente como versificador, el doctor Madrid tiene cierto valor relativo de corrección y facilidad elegante, que contrasta con lo escabroso, desaliñado y malsonante de otros muchos autores de himnos y poemas de la independencia americana, muchos de los cuales (en Chile, por ejemplo, y en Buenos Aires) parecían haberse rebelado, más que contra España, contra las más triviales nociones de nuestra prosodia (1). Por el contrario, la versificación de Fernández Madrid es habitualmente limpia y muchas veces sonora y armoniosa, combinándose bastante bien en su estilo los opuestos caracteres de la escuela de Quintana y de la de Arriaza.

(1) Bello y Olmedo, los dos mayores poetas americanos de su tiempo, estimaban personalmente á Fernández Madrid, pero creo que sentían muy tibia admiración por sus versos. El segundo escribía al primero en Marzo de 1827: «Madrid está imprimiendo sus poesías, y, aquí entre nosotros, lo siento. Sus versos tienen mérito, pero les falta mucha lima. Corren como las aguas de un canal, no como las de un arroyo... Le daña su extrema facilidad en componer. En una noche, de una sentada, traduce una *Mesceniana* de Delavigne, ó hace todo entero el quinto acto de una tragedia.»

Sus condiciones nativas le llevaban más bien á imitar al segundo que al primero; así es que brilla más y se deja leer con menos disgusto en la poesía ligera que en los raptos de la oda pindárica. En la Habana, donde no podía imprimir versos contra España (aunque no dejó de cultivar la poesía política, aprovechándose de la libertad constitucional de 1820), se dedicó al cultivo de la anacreóntica, y entonces compuso y dedicó á su mujer las diez composiciones que llamó *Rosas*, llenas de erotismo tan sensual como candoroso. Por entonces compuso también *Mi Bañadera* y *La Hamaca*, que se recomiendan por cierta languidez criolla bastante agradable. Estos dos juguetes son casi lo único que sobrevive de sus versos. Tradujo una parte del poema de Delille *Los Tres Reinos de la Naturaleza*, y el *Ditirambo* del mismo autor *sobre la inmortalidad del alma*. Compuso dos tragedias originales: *Atala* y *Guatimozín*, que consideraba como principio de un teatro americano. Ni una ni otra sobrevivieron al éxito pasajero de las primeras representaciones, puesto que el autor parecía haber prescindido hasta de las condiciones más elementales del drama (1).

Si el Dr. Madrid, que con candorosa satisfacción de sí mismo exclamaba:

¡Feliz el que ha nacido
Al mismo tiempo médico y poeta!
Dos veces laureado
Por Minerva y Apolo...,

(1) La primera edición de las *Poesías del Ciudadano Dr. José Fernández de Madrid* (con título de tomo primero, aunque no salió el segundo), es de la Habana, 1822, *Imprenta Fraternal*. Al fin del tomo está la tragedia *Atala*. En 1828 hizo en Londres otra edición más completa y añadió la tragedia *Guatimozín*, que ya el año anterior se había impreso suelta en París, y las *Elegías nacionales peruanas*, que lo habían sido en Cartagena de Colombia en 1825. Dejó, además, algunas Memorias sobre asuntos de Medicina, dos ó tres vindicaciones personales, y muchos artículos políticos. Existe una edición completa de sus *Obras* hecha en Bogotá en 1889, con ocasión del centenario del poeta, á quien su ciudad natal, Cartagena de Indias, erigió una estatua. El Sr. Martínez Silva, en la *Biografía* ya citada, ha publicado muchas cartas de Fernández Madrid, que para mi gusto escribía mejor en prosa que en verso. Su correspondencia diplomática de París y Londres es muy instructiva y sabrosa.

dejó en sus escritos datos suficientes para juzgar lo que como poeta; y aun como médico, valía; el malogrado joven Luis Vargas Tejada fué víctima de hados tan adversos, que escasamente puede decidirse si había en él la esperanza de un poeta. A esto último nos inclinamos, recordando entre sus versos líricos la delicada y armoniosa silva *Al Anochecer*, y algún otro rasgo fugitivo de poesía íntima y dulce, y entre sus ensayos dramáticos la comedia, ó más bien largo entremés, de *Las Convulsiones*, picante y libre en demasía, pero de chiste espontáneo y genial. Por entonces estaban muy en auge en Bogotá las tragedias clásicas, especialmente las de Voltaire, Alfieri y sus imitadores españoles, prefiriéndose naturalmente las que contenían ardientes efusiones de liberalismo y apóstrofes contra la tiranía y la superstición. Vargas Tejada, que hubiera podido brillar en lo cómico, se empeñó infelizmente en calzar el coturno, escribiendo tres tragedias, *Sugamuxi*, *Doraminta* y *Aquimín*, y dos monólogos trágicos, *Catón en Utica* y *La Muerte de Pausanias*.

En Vargas Tejada es más interesante la vida que los escritos. Era un tipo perfecto de conspirador de buena fe, de tiranicida de colegio clásico, admirador de Bruto y de Catón, en cuya boca ponía interminables romanzones endecasílabos contra el dictador y la dictadura. Fué de los *Septembristas* que en el año 28 asaltaron la casa de Bolívar y estuvieron muy á punto de asesinar al que llamaban *tirano*. De resultas, varios de los conspiradores murieron en el patíbulo, y Vargas Tejada, proscripto y fugitivo, escondido durante catorce meses en una caverna, acabó por perder el juicio ó poco menos, y se ahogó involuntariamente en un río cuando intentaba refugiarse en la Guayana. Tenía el infeliz veintisiete años; había demostrado talento precocísimo componiendo versos, no sólo en castellano, sino en francés, alemán y latín; era, á despecho de su fanatismo político, dulce, afectuoso, sencillo, inclinado á la piedad y devotísimo de su familia, sentimientos que se declaran bien en una carta mucho más poética que sus versos, escrita á su madre desde la cueva en que vivía, en 8 de Diciembre de 1829 (1). Estas cuali-

(1) Véase la excelente *Noticia biográfica de Luis Vargas Tejada*, escrita por D. José Caicedo Rojas en el *Anuario de la Academia Colombiana*, año de 1874.

Nació Vargas Tejada en Bogotá, en 1802, y murió, del modo que queda

dades, unidas á su trágico destino, dejaron en el ánimo de cuantos le habían conocido un melancólico recuerdo, y explican en parte la exagerada estimación que en algún tiempo se hizo de sus méritos literarios. Se le consideró como un iniciador; se le llamó el *Chénier* colombiano, «el ave que cantó primero en la mañana de Colombia, tras la obscura y tempestuosa noche que le precedió». Truncada en flor aquella existencia, que parecía tan llena de promesas, sólo es lícito hoy repetir, como epitafio del mísero poeta, aquellos versos suyos que parecen un vaticinio lúgubre:

> Á los rigores de una suerte acerba
> El hado me arrojó desde la cuna,
> Cual flor ignota entre la humilde hierba.

La muerte de Vargas Tejada abre un paréntesis en la historia literaria de la República de Nueva Granada, desgarrada por las facciones y hundida en la anarquía durante muchos años. Pero la cultura poética tiene allí tan hondas raíces, que no tardó en volver á brotar más pujante que nunca, acariciada por el mismo viento de la tempestad política, que dió al nuevo lirismo un vigor y una independencia formidables. El romanticismo penetró por Venezuela, más abierta al trato y comercio con Europa; pero así como en Caracas no pudo engendrar, con raras excepciones, más que una poesía efectista, relumbrante y chillona, llena de impropiedades de concepto y de forma, en Bogotá y en Popayán arrancó magníficos acentos de amor y de ira á los espíritus ardientes é indómitos de José Eusebio Caro y de Julio Arboleda, y en las montañas antioqueñas suspiró con inefable melodía en las dulces estrofas de Gregorio Gutiérrez González. Al mismo tiempo, la escuela lírica del siglo pasado, renovada y transformada en cuanto al espíritu, tuvo en D. José Joaquín Ortiz un excelso representante. En estos cuatro

dicho, en 1829. Su principal maestro y consejero fué el poeta argentino Miralla. Fué Secretario de la Convención de Ocaña, y allí figuró entre los más ardientes demócratas. Disuelta aquella asamblea, se lanzó á la conspiración de que fué víctima. Sus *Poesías* fueron publicadas en 1855 por D. José Joaquín Ortiz, juntamente con las de D. José Eusebio Caro. Faltan en esta edición las tragedias *Doraminta* y *Aquimín*, que se conservan manuscritas.

poetas líricos, tan diversos entre sí, se cifra lo mejor del tesoro poético colombiano, al cual la posteridad juntará las obras de algunos ingenios vivos, de los cuales hay tres, por lo menos, que escasamente encuentran rivales en América. A nadie se hace ofensa con afirmar verdad tan notoria como que el Parnaso colombiano supera hoy en calidad, si no en cantidad, al de cualquier otra región del Nuevo Mundo. Pero circunscribamos nuestra tarea á los límites que voluntariamente nos hemos impuesto.

José Eusebio Caro fué el más lírico de todos los colombianos, por lo profundo é intenso de su vida afectiva, la cual expresó con rara franqueza y viril arrojo en versos de forma insólita, que bajo una corteza que puede parecer áspera y dura, esconden tesoros de cierta poesía íntima y ardiente, á un tiempo apasionada y filosófica, medio inglesa y medio española, que antes y después de él ha sido rarísima en castellano. La extraña y selvática grandeza de la poesía de Caro procede enteramente de la grandeza moral del hombre, que fué acabado tipo de valor y dignidad humana.

Poeta fué, y altísimo poeta,
No por poeta, empero, mas por grande...

ha dicho de él D. Rafael Pombo, uno de los espíritus más dignos de comprenderle. El heroísmo de su vida pública; la altísima noción que tuvo del deber, cumplido siempre por él sin vacilación ni desmayo; la magnánima altivez de su carácter, inflexible ante el ceño de los déspotas y el puñal de los demagogos; la austera independencia con que sacrificó patria, hacienda, reposo, y finalmente la vida misma, al culto de la ley hollada y á la vindicación de la justicia escarnecida, hicieron de su persona la encarnación del perfecto ciudadano, y dieron á su poesía aquella íntegra y honrada sinceridad, que es su mayor precio. Y aquí prosigue Pombo:

Serio, elevado, independiente, fiero,
No supo hacer reir, ni *hablar mentira.*
  Por ser gran corazón, es gran poeta,
Que hace creer, sentir cuanto nos dice...
. . . .

Su estudio, el corazón; única fuente
Del verbo que arde y late y saca llanto,
Que acera el verso, dardo de la frente,
Y da su eterna resonancia al canto.

Jamás, como no fuese en los días de aprendizaje, escribió versos Caro por el sólo placer de escribirlos, sino porque su alma grande, tempestuosa y bravía necesitaba este medio de expansión, y tenía que trasladarse entera á sus canciones. Huérfano, amante, esposo, padre, guerrillero, combatiente político, su musa fué siempre la pasión, grande, generosa, humana, desbordada é irresistible en su oleaje. El alma de Caro era un volcán que en breve tiempo debía consumirle. Todo lo sentía líricamente, es decir, en un grado máximo de exaltación, concedido á pocos mortales. Su vida se compenetra con sus versos, y sus versos son inseparables de su vida. Ora truene y fulmine contra el tirano en las estrofas vengadoras de *La Libertad y el Socialismo*, ora exprese en versos divinos los éxtasis del amor conyugal, ora acaricie su hacha *espléndida y cortante*, ora quiera rasgar el velo del porvenir y adivinar los destinos de su primogénito aún no nacido, ora al presentarle en las fuentes bautismales, entone un himno vigoroso á la acción civilizadora del cristianismo; Caro, no por odio afectado á lo vulgar, sino por privilegio de su exquisita naturaleza, nada siente y nada dice como el vulgo de los autores. Recorre siempre una órbita excéntrica, pero tan de buena fe y con tanta sencillez como si anduviese por los rumbos de todo el mundo. Las fuentes de su poesía son ciertamente las de la poesía universal y eterna; Dios, el amor, la libertad, la naturaleza; pero todo ello concebido y expresado de una manera tan individual y solitaria, que parece que el poeta es el primero que lo canta. No hay allí recuerdo, ni aun lejano, de otras armonías anteriores; se conoce que Caro había leído mucho á los poetas ingleses, y especialmente á Byron, pero deliberadamente no los imita nunca, como no sea en su manera de acentuar los endecasílabos. Es imposible confundir los versos de Caro con los de ningún otro poeta. Según sea la disposición del lector y el temple de su alma, serán diversos los efectos: á uno parecerá estrambótico lo que á otro sublime; pero ni la extravagancia en él es deliberada, ni la sublimidad deja nunca

de ser espontánea. No hay verso de Caro sin idea, y á veces las ideas se acumulan en tan pequeño espacio, que el molde poético resulta estrecho para contenerlas, y entonces, por uno ó por otro lado, acaba por romperse. Así y todo, ¡cuánto más vale este poeta abrupto, escabroso, pero lleno de alma, este poeta que hace sentir y pensar siempre, que tanto versificador de insípida elegancia, de cuyos cantos sólo queda el fútil rumor que pronto se disipa en los aires! La técnica de Caro agradará más ó menos; tiene las ventajas y los defectos de toda innovación radical y violenta; pero no hay quien al cerrar el libro de Caro, y hechas todas las salvedades que puede hacer el gusto más escrupuloso y menos amigo de temeridades artísticas, no diga con plena convicción: «Este poeta sería un genio ó un excéntrico; pero no hay duda que era *un hombre*, y uno de aquellos que honran y ennoblecen la especie humana.»

Para nosotros era un genio lírico, á quien sólo faltó equilibrio en sus facultades, y cierta sobriedad en el modo de administrarlas. Su visión de las cosas tenía algo de desproporcionado; su sensibilidad rayaba en una especie de calentura moral un tanto fatigosa para espíritus mesurados; su ardiente bondad le arrastraba á divagaciones de una filantropía nebulosa; el tormento sutil de su razón se comunicaba á sus versos, y, finalmente, su seriedad ingénita, el grave modo que tuvo siempre de considerar la vida, la pureza envidiable de su alma, alejaban de su mente hasta la más remota idea de lo cómico, y le hacían de todo punto insensible á ciertas disonancias de gusto. Grande, bello y sublime es, por ejemplo, el pensamiento de la *Bendición del feto*, y sólo á censores torpes ó malévolos ha podido parecerles otra cosa; pero ¿quién duda que hay cierto candor heroico en abordar de frente tal asunto, y que no puede exigirse á todos los lectores el temple de alma necesario para ponerse al nivel de tal poesía, cerrando los ojos al importuno recuerdo *tocológico?*

El carácter peculiar del estilo de Caro está admirablemente definido en los versos siguientes de Pombo:

Él del Albano desdeñó indolente
Las tintas exquisitas y graciosas:
No era el raudal do muelle y blandamente
Van resbalando lágrimas y rosas.
. . . .

Sus palabras, del Numen al tormento,
Se entrechocan tal vez y se atropellan,
Como al rapto del Niágara violento
Rocas, troncos y témpanos se estrellan.

. . . .

Él siempre *piensa* y dice. Tosco ó bello,
Cada verso de Caro es una idea.

. . . .

Mas bien rebosa atropellado acaso
El raudo hervir de sangre y pensamiento;
Circunda la figura un aire escaso,
Y lo suple el lector tomando aliento.

Que Caro es rudo, tosco, áspero, inarmónico, dicen muchos. Pero es cierto que la dureza de Caro no procede de ignorancia ó desaliño, ni mucho menos de falta de oído, sino de haber exagerado en la práctica cierto sistema prosódico que él juzgaba inseparable de la mayor profundidad del concepto y de la mayor intensidad del sentimiento, y de haber roto demasiado bruscamente con ciertos hábitos de versificación rápida y dactílica que predominan en la moderna poesía castellana. Para comprender estas innovaciones de Caro, hay que distinguir en él, como ha distinguido su hijo, tres y quizá cuatro distintas maneras. En la más antigua, en la de formación y aprendizaje, Caro, lector asiduo y entusiasta de Quintana, de Gallego, de Lista, de Reinoso, de Martínez de la Rosa, era un versificador rotundo y numeroso, con aquel mismo género de número amplio, libre y un tanto oratorio que domina en nuestros excelentes poetas de principios del siglo XIX, los cuales, poco ó nada afectos á las estrofas regulares ni á la disposición simétrica de los períodos poéticos, se encontraban más á sus anchas en el molde holgadísimo de la silva, ó del verso suelto, ó del romance endecasílabo. De la canción italiana restaba sólo el simulacro, puesto que ni ya las estancias tenían el mismo número de versos, ni se combinaban los consonantes conforme á la misma ley, y aun por añadidura muchos versos quedaban sin rima. Esta libertad métrica, en que no se ha reparado bastante, fué sin duda ocasión de grandes bellezas, y trajo consigo cierto género de emancipación literaria en cuanto al pensamiento; pero no puede dudarse que abrió las puertas á la amplifica-

ción y á la palabrería, é hizo que el ritmo oratorio, vago y no *mensurado*, se sobrepusiese excesivamente al ritmo poético. Los primeros ensayos de Caro pertenecen á esta escuela noble y pomposa, y entre ellos sobresalen los fragmentos del poema *Lara ó los Bucaneros* (1834), en los que no sin razón reconoce el ilustre editor de sus obras influencia directa del estilo y dialecto propios del autor de la *Poética* y del *Edipo*, si bien debe añadirse que en el título mismo del poema, en la elección de un héroe pirata, en la trágica historia de una venganza, y en las escenas de subterráneo, algo se ve que delata la lectura fresca de los poemas cortos de Byron. Para el gusto todavía hoy dominante en la mayor parte de los lectores y juzgadores de versos, así estos fragmentos como las composiciones tituladas *El Ciprés*, *Desesperación*, *Mi Juventud*, resultan más flúidas y en apariencia más correctas que los versos posteriores de Caro. Pero ya en ellos comienza á verse algo de atrevido y desusado, si no en la construcción material, á lo menos en la elección de las imágenes y en cierta grandiosidad sombría y vago sentimiento de lo infinito:

¡No! En la callada eternidad no sopla
El huracán del reino de los vivos;
Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos...
. . . .

Para comprender á qué punto de perfección, pero con qué tinte de originalidad, había llegado Caro en el manejo de la silva clásica, en el arte de recoger con gallardía los ondulantes pliegues de la toga en que se envolvían Quintana y Olmedo, léase íntegra esta descripción que tomamos del poema *Lara*, advirtiendo que todo él está escrito con la misma firmeza:

Así el divino Ganges ve en su orilla
Á la gran fiera semejante á un monte
Luchar con el feroz rinoceronte:
El animal del asta retorcida
Arrójase furioso á su enemigo,
Bajo él se pone, la cerviz abaja,
Y alzándose con ímpetu del suelo,
Abre su vientre, arráncale la vida,

Y ufano ya de la victoria habida,
Sobre su frente lo levanta al cielo.
Tremendo muge el monstruo traspasado,
En los aires suspenso: en breve, en breve,
Lanza el postrer bramido prolongado,
Con que el eco á lo lejos se conmueve:
La sangre á mares llueve,
Con las ondas se mezcla, el suelo riega,
Y al matador, que en vano se remueve,
Inunda la cerviz, los ojos ciega.
La luz súbito escápasele de ellos,
Cual ráfaga vivísima: la carga
Aún sobre el cuello pertinaz sustenta;
Mas ya la muerte, silenciosa y lenta,
Adelántase, llega, extiende el brazo,
Tócalo, y confundido,
Rodando se derrumba
El vencedor debajo del vencido.
Al golpe el monte cóncavo retumba;
Gime el valle profundo, el bosque umbrío;
Y lejos de su orilla profanada,
Huye veloz el espantado río (1).

Pero el espíritu impaciente de Caro no podía encerrarse largo tiempo en una forma cuya virtualidad parecía ya agotada por grandes poetas anteriores, y quiso abrirse nuevo camino, comenzando por ensayar la imitación prosódica del hexámetro clásico, ya solo, ya combinado con el endecasílabo. Los hexámetros de Caro, más parecidos á los ingleses que á los latinos, cumplen todavía menos que los de Villegas con la semejanza ó aproximación al tipo clásico y con las condiciones de acentuación que requiere todo verso para serlo. Así es que no tuvieron éxito, y el autor desistió muy pronto de su tentativa. Pero buscaba su métrica propia, y no tardó en encontrarla. Este poeta, tan audaz en el pensar, tan arrebatado en el sentir, gustaba hasta con exceso de la proporción matemática en la estrofa, y del ritmo preciso y musical en cada verso. De los esfuer-

(1) En este último verso se habrá reconocido una feliz imitación de otro de Virgilio, en el episodio de Caco (Æneid., lib. VIII, 240):

Dissultant ripae, fluitque exterritus amnis.

zos, no siempre victoriosos, que hacía para lograrlo, resulta la dureza, monotonía y falta de flexibilidad de que se le acusa. Era práctica de Caro, por lograr más perfecta cadencia, recargar de acentos en las sílabas pares sus endecasílabos, como si oyera resonar constantemente en sus oídos aquel famoso verso de una silva de Rioja:

Que blandas rompe y tiende el ponto en Chío.

De aquí resulta cierto amaneramiento de factura que, aun autorizado como está por el ejemplo de los poetas ingleses de la escuela clásica, especialmente de Pope, no puede ni debe recomendarse entre nosotros, sobre todo para composiciones largas y no destinadas al canto. También se empeñó en regularizar y dar carácter más musical y lírico al ritmo del octosílabo, quitándole la libertad con que nuestros poetas le han manejado en el teatro y en la narración épica. Y fué tan sistemático en esto, que llegó á refundir todos sus romances, con el sólo fin de poner acentos en todas las sílabas impares de cada verso, dándoles así un ritmo rigurosamente trocaico. Por ejemplo, había dicho al principio:

Soberbia estás, hacha mía,
Ancha, afilada, brillante,
Que puedes partir la frente
Al toro que ose probarte.

Y luego sustituyó:

Fina brillas, hacha mía,
Ancha, espléndida, cortante,
Que abrirás la frente al toro
Que probar tu filo osare...

Júzguese como se quiera de este sistema, no hay duda que lo es, y que está seguido con entera regularidad en la tercera y más característica manera de Caro, á la cual pertenecen sus más bellas poesías amatorias, filosóficas y religiosas, si bien este rigor comienza á mitigarse en la última, y para mí la más arrogante y magnífica de sus inspiraciones líricas, en la oda *La Libertad y el Socialismo*, donde hay, si no más efusión y arranque que en las piezas anteriores, por lo menos más *ambiente*. Con ella parece que se inicia una cuarta y

definitiva manera que, por la muerte casi inmediata del poeta, no llegó á desarrollarse.

Lo que dejó escrito, así en verso como en prosa, basta para explicar la aureola de veneración que rodea en Colombia el nombre de Caro. Nadie ha expresado en América con tanta vehemencia como él la pasión indomable, reconcentrada y devoradora, *aquel amor fogoso, extraño, inmenso, que hacía bullir su sangre de español.* Nadie ha afilado como él el hierro de la invectiva política, convirtiéndole en altísimo instrumento de justicia y de vindicta social. Ningún poeta de los nacidos en Indias ha santificado con tan nobles acentos de filosofía religiosa los goces y dolores del hogar, ni ha dicho palabras más elocuentes sobre Dios y la eternidad, sin que el verbo inflamado de la poesía lírica perdiese nada de su calor al contacto de la materia filosófica. Nadie podrá dividir en Caro el poeta, el filósofo y el hombre: hay que tomarle en su integridad, lo mismo cuando escribía versos que cuando refutaba las enseñanzas del utilitarismo, ó cuando alzaba su voz en los parlamentos, ó cuando *fusil al hombro y sable y daga al cinto* corría los llanos y las sierras, ó cuando *dormía entre cadenas, en calabozos fétidos y fríos*, ó cuando *desnudo, hambriento y fugitivo vagaba de selva en selva*, afrontando las iras de la dictadura socialista. Tal fué este varón egregio, pensador espiritualista y sansimoniano convertido, todavía más grande hombre que gran poeta, y de quien puede decirse, por final elogio, que su mejor obra fué su hijo (1).

(1) La vida de D. José Eusebio Caro ha sido magistralmente escrita por su hijo D. Miguel Antonio al frente de sus obras publicadas en 1873. Nació el padre en Ocaña (de Nueva Granada) el 5 de Marzo de 1817. Quedó huérfano en 1830, acontecimiento que influyó mucho en la melancolía de su carácter y en el tono de sus versos. La pobreza y el trabajo fueron asiduos compañeros de su juventud. Estudió filosofía y jurisprudencia en la Universidad de San Bartolomé, educándose en las teorías materialistas y utilitarias, que luego fué abandonando por grados é impugnó resueltamente en el célebre opúsculo, publicado en 1840, *sobre el principio utilitario enseñado como teoría usual en nuestros colegios, y sobre la relación que hay entre las doctrinas y las costumbres.* Sus amores largos, y al principio contrariados, con la que llamó *Delina*, son un episodio de su vida muy importante para la comprensión de sus poesías. Desde 1840, Caro tomó parte muy activa en las luchas

Del nombre de José Eusebio Caro es inseparable el de Julio Arboleda, otro hombre de corazón, otro poeta romántico en la vida, no menos que en los escritos. Su destino fué todavía más trágico é infausto que el de Caro, con quien tuvo estrecha amistad y grandes semejanzas de carácter, además de la comunidad de doctrina social, conservadora en ambos, aunque con matiz diverso. Julio Arboleda, *D. Julio,* como le llamaban á secas en toda la región del Cauca, tierra volcánica y engendradora de tempestades políticas, fué el tipo más caballeresco y aristocrático que en los sangrientos anales de la democracia americana puede encontrarse. Descendiente de una de las más nobles y antiguas familias de Popayán, poseedor de cuantiosos bienes de fortuna, educado clásicamente en Inglaterra y en Italia, entró en la vida pública en 1840, y ya como soldado voluntario, ya como periodista, ya como orador de parlamento no menos vigoroso y grandilocuente que hábil en la ironía y en el sarcasmo, fué terror de los Ovandos, Mosqueras y López y de cuantos con uno ú otro disfraz ejercieron la tiranía en Nueva Granada. Cuando por torpe imitación del socialismo europeo, dióse en 1851 el raro caso de un gobierno que oficialmente plantea-

políticas, militando en las campañas civiles de 1841 y 42, redactando *El Granadino* (en cuyo último número anunció que dejaba la pluma para tomar las armas), figurando como diputado en el Congreso de 1845, y desempeñando luego los cargos de director del Crédito Nacional y de ministro de Hacienda. Su vigorosa actitud en 1849, después del allanamiento del Congreso por una turba armada, y del entronizamiento de la facción socialista acaudillada por el general J. Hilario López, le obligó á emigrar á los Estados Unidos, de donde no pudo regresar hasta 1853. Poco después de arribar al puerto de Santa Marta, en 29 de Enero, falleció de la fiebre amarilla. El Congreso granadino decretó extraordinarios honores á su memoria.

Hay tres principales ediciones de sus poesías: la de 1855, publicada por D. J. J. Ortiz, con las de Vargas Tejada; la de 1873 *(Obras escogidas en prosa y en verso, publicadas é inéditas de José Eusebio Caro, ordenadas por los redactores de El Tradicionalista, con una introducción por los mismos y una poesía apologética por Rafael de Pombo.* Bogotá, 1873), y la de Madrid, 1885, en la *Colección de Escritores Castellanos.* Es la más elegante y completa de todas; pero falta en ella (y es grave falta) la biografía del autor, aunque se insertan dos recuerdos necrológicos de D. Pedro Fernández Madrid y D. José Joaquín Ortiz.

ba la anarquía, Arboleda retó á aquel gobierno desde las columnas de *El Misójoro*, acusándole de prevaricación y tiranía; y encarcelado, vejado de mil modos, despojado de su hacienda y amenazado de muerte, pronunció aquellas valientes palabras, que muy pronto habían de tener tan fatídico cumplimiento:

¡Oh! si pudiera yo tender el brazo,
Saliendo de esta cárcel triste y fría,
Sobre el tirano de la patria mía,
Y pecho á pecho batallar con él.....

. . . .

¡Y ved! no me acechéis en los caminos
Con ocultos y viles asesinos;
¡La bala que de frente me señala
Mata tan bien como cualquiera bala!

Contra los llamados *gólgotas* ó radicales, tomó Arboleda las armas en 1851, con infeliz fortuna, que le obligó á emigrar al Perú: aliado transitoriamente con los *gólgotas* contra otros fautores de la dictadura y adversarios del orden social, volvió á empuñarlas en 1854; general improvisado en servicio de la legalidad constitucional en 1860, demostró positivos talentos estratégicos y singular denuedo personal en las campañas de Santa Marta y del Cauca, resistiendo á un tiempo al dictador Mosquera y al presidente del Ecuador, García Moreno, que con frívolos pretextos había invadido el territorio de Colombia, y á quien derrotó é hizo prisionero con todo su ejército. La fama militar de Arboleda había llegado á su apogeo: estaba electo para la presidencia de la República: en él descansaban todas las esperanzas de los hombres de orden, cuando una bala alevosa, la misma bala anunciada diez años antes por el poeta, vino á cortar de súbito aquella brillante existencia, parecida en algo á las de los guerreros poetas de nuestro siglo de oro, salvo que á Arboleda no fué concedido, como á Garcilaso, morir con la muerte de los bravos, á la luz del sol, asaltando una plaza de armas, como á su valor cuadraba, sino que cayó en una emboscada nocturna, bajo el plomo de vulgar asesino pagado, en una de las trochas de la sombría montaña de Berruecos, casi en el mismo sitio donde en 1830 había sucumbido, víctima de un crimen análogo, Sucre, *el in-*

maculado, el Gran Mariscal de Ayacucho; que así pagó la revolución americana las deudas que había contraído con sus grandes hombres.

Una vida no larga y gastada en tan azarosas contiendas, no podía dejar muchos frutos literarios. Pero si no fueron muchos, fueron á lo menos de sabor peregrino, dignos al fin de un espíritu de tan rara distinción y que no fué vulgar en nada. Cuando Arboleda volvió de Inglaterra, competían en él las dotes de *scholar* con las de *gentleman;* pero nunca pudo hacer del cultivo de las letras su ocupación principal, salvo en el período relativamente pacífico de 1842 á 1850 en que vivió en sus haciendas de Popayán. Las posteriores vicisitudes de su vida, los repetidos saqueos de su casa por las bandas enemigas, sus destierros y emigraciones, hicieron que se extravíase ó pereciese gran parte de sus papeles. Así es que de su obra literaria apenas tenemos más que reliquias. Sus poesías sueltas son casi todas de amor ó de política, impregnadas las unas de suavísima ternura, de una como devoción petrarquesca y espiritualista; rebosando las otras férvida indignación, entusiasmo bélico, odio y execración á toda tiranía. Las *Escenas democráticas*, *Estoy en la cárcel*, *Al Congreso granadino*, son versos que huelen á pólvora; parecen rugidos de león más que obras de arte.

Pero la gran reputación de Arboleda no descansa tanto en sus versos líricos cuanto en los fragmentos de su poema *Gonzalo de Oyón*, que incompleto y todo, es el más notable ensayo de la poesía americana en la narración épica, así como los cuentos de Batres son el principal modelo en la narración jocosa. En primores de dicción y de estilo vence á todos el *Orlando Enamorado*, de Bello; pero el *Orlando* es una traducción.

Para apreciar rectamente el poema de Arboleda, hay que tener en cuenta, no sólo que no le poseemos entero, sino que ni siquiera conocemos la última y definitiva forma que el autor había dado á los 21 cantos que llegó á escribir, de los 24 que había de tener la obra. Estos manuscritos se perdieron en 1860, y lo que hoy conocemos es sólo una parte de los borradores primitivos, salvados casi de milagro, y recogidos y ordenados con piadoso celo por la inteligente mano de D. Miguel Antonio Caro, que los ha distribuído en catorce cuadros.

Falta en estos fragmentos, no sólo la última lima que Arboleda seguramente les habría dado, sino á veces ilación y consecuencia entre ellos, ó por haberse perdido muchos trozos intermedios, ó por haber modificado el autor su plan mientras iba componiendo. Las líneas generales del poema se destacan, sin embargo, con toda claridad, y podemos formar cabal idea de los personajes y del argumento.

Si se atiende á su acción, obscura en la historia y de interés muy secundario en la conquista de América, el *Gonzalo de Oyón* más bien merece el título de leyenda ó de novela en verso, como algunas de Walter Scott, que el de poema épico en el sentido clásico. La cuestión de nombre importa poco, y no hubiera detenido ni por un momento á Arboleda, que era partidario de la libertad romántica; pero es cierto que el *Gonzalo de Oyón*, aunque en algunas cosas se aparte del tipo de los poemas italianos y españoles del siglo XVI, en otras muchas los recuerda, y para leyenda resulta demasiado largo y solemne. Tampoco puede decirse que carezca de aquel valor representativo y simbólico que suelen tener las verdaderas epopeyas, aun fuera de la intención de sus autores. En Arboleda se ve intención deliberada de envolver en su sencilla fábula (que no es más que la rebelión obscura de uno de los facciosos compañeros de Gonzalo Pizarro, que quiso renovar en Popayán los tumultos del Perú) un pensamiento mucho más alto, una especie de filosofía de la conquista española en sus relaciones con las razas bárbaras y con el futuro destino de las sociedades americanas. En este sentido, el *Gonzalo de Oyón* tiene mucho de épico, en la más noble acepción de la palabra. Los dos hermanos, Álvaro y Gonzalo, personifican en él las dos opuestas tendencias que han luchado y luchan en el nuevo continente, y cuyos gérmenes estaban ya en la época colonial: uno, el espíritu anárquico, sin ley ni freno, representado en el siglo XVI por los llamados *tiranos*, los Aguirres, Pizarros, Carvajales y Girones, y en lo moderno por tantos demagogos y revolvedores de repúblicas; otro, el espíritu tradicional, español, religioso y caballeresco, por el cual combatía y murió Arboleda. La controversia entre los dos hermanos sostenida en el canto XIII, no deja la menor duda sobre este propósito del autor, el cual, además, en otras partes procura en-

grandecer con notables consideraciones de religión y de filosofía histórica su argumento, que, exteriormente considerado, podía no parecer más que una anécdota de crónica antigua, un cuento de armas y amores, de una india, de un conquistador y de un rebelde. En el principal personaje, Gonzalo, puede decirse que Arboleda se retrató á sí mismo, imprimiendo la huella de su espíritu hidalgo y generoso en todos los actos y palabras de su protagonista. Pero artísticamente mostró mayor fuerza (como casi siempre sucede) en la pintura del hermano foragido y rebelde, haciéndole hombre de altos pensamientos, de ambición desmesurada, de satánica grandeza. Arboleda, ni en el arte ni en la vida, podía tolerar lo ruin y lo pequeño. Hay, pues, verdadera grandeza, no sólo en Álvaro de Oyón, sino en el pirata Walter, cuando, sentados junto al fuego, desarrollan sus planes de imperio marítimo y de dominación americana.

Bellezas de todo género contiene este incompleto poema. Las tiene principalmente descriptivas: magníficos paisajes del Cauca, familiares al autor y que dan á la obra color topográfico muy encendido; mucho vigor en la pintura de caballos y de batallas, con aquellos detalles que ignora el humanista de gabinete y sabe el soldado de profesión ó de afición, como las sabía Ercilla, el gran maestro de la poesía castellana en esto de dar tajos y mandobles. Bellezas de sentimiento también, en el tipo ideal de Pubenza, en su misma carta, demasiado byroniana para una india. Si á estos méritos se añade la fervorosa elocuencia de los discursos y de las intercalaciones líricas, aunque demasiado extensas y demasiado frecuentes; y la elegante franqueza de la ejecución, que no por eso degenera en abandonada, será justo decir con M. A. Caro que los fragmentos del poema de Arboleda han de conservarse con la misma estimación que «rescatado torso de gallarda escultura», como conservamos, por ejemplo, los fragmentos del poema de *La Pintura* de Céspedes ó del *Hermes* de Andrés Chénier.

Hay en la parte lírica de *Gonzalo de Oyón* muestras de varios metros; pero en la narración impera la octava en dos distintas formas: una, la clásica y tradicional, la octava italiana del Ariosto y del Tasso, que Arboleda maneja con singular gallar-

día (1); y otra octava romántica, compuesta de dos cuartetas, sin más enlace que el de los finales agudos, octava que en América llaman *bermudina*, por haberla usado con mucha gala y muy á menudo nuestro D. Salvador Bermúdez de Castro, poeta injustamente olvidado en su patria, aunque fué de los mejores entre los líricos románticos de segundo orden (2). Muestra sea de esta combinación la siguiente octava de Arboleda:

Ambos se buscan y se evitan ambos
Con la aguzada punta y dura hoja;
Ora se aparta diestro, ora se arroja
Éste, y el otro prevenido está.
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
Ya por los pomos quédanse trabadas
En ángulos salientes las espadas,
Y el pomo duro sobre el pomo da.

(1) Véanse estas dos para muestra; no las hubiera desdeñado Maury:

Y más allá, como inmortal gigante,
Alza la frente el Puracé sublime;
Á veces terso, cándido, brillante,
Sus anchas basas en silencio oprime;
Otras envuelto en nubes, retumbante,
Arroja el fuego que en sus antros gime,
Y en sus esfuerzos ó estremece el suelo,
Ó incendia en llamas la extensión del cielo.
Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
Y ora se encumbra en desigual terreno,
Ora se mecen las silvestres cañas
De contrapuestos riscos en el seno;
Y nacen del calor plantas extrañas
Que guardan de la víbora el veneno,
Cabe el torrente bramador y estrecho
Que ha cavado por siglos su hondo lecho.
. . . .

(2) Si hay ejemplos de esta falsa octava antes de la época romántica, deben de ser muy raros. Bermúdez de Castro nunca se dió por inventor de esta combinación, pero fué más constante y más feliz que nadie en su uso; v. gr.:

Hay consuelos y vida para el alma,
Donde del aura al suspirar sonoro,
Se eleva un sol espléndido de oro
Sobre un cielo de nácar y zafir.
Hay un recuerdo allí donde los mares
Besan las playas con amantes olas,
Donde riza entre sauces y amapolas
Su corriente de azul Guadalquivir...

Antes, ó al mismo tiempo, las usó Tassara en *La Fiebre*, en el *Himno al Sol*,

Esta pseudo-octava es, en realidad, una estrofa lírica, de engañosa facilidad y muy propensa al amaneramiento, por lo cual juzgamos que en narraciones largas debe proscribirse; pero si algún ejemplo pudiera redimirla, sería ciertamente el del *Gonzalo de Oyón* (1).

Notable contraste hace con los dos poetas hasta aquí estudiados el vate antioqueño D. Gregorio Gutiérrez González, romántico también, pero de muy diversa manera que el pensador poeta de Ocaña y el caballeresco *D. Julio*, el de Popayán. Nacido en una región áspera y montuosa, que por sus singularidades geográficas, no menos que por la industria tenaz y el laborioso y emprendedor esfuerzo de sus naturales, hombres de recia fibra y voluntad entera, en lucha con una naturaleza ingrata, se distingue de las demás provincias colombianas, Gutiérrez González, que empezó por ser un melifluo poeta romántico, pero que había conservado, aun en sus imitaciones de Zorrilla, de Abigáil Lozano y Maitin, una ingenuidad y frescura de sentimiento que pudiéramos llamar primitivas, acabó por ser poeta del trabajo humano, cantor de las más humildes labores rústicas, inventor de una nueva especie de *geórgicas* realistas. Hay en el conjunto de las obras poéticas de Gutiérrez González dos maneras igualmente deliciosas: una la del casto amor y la inefable ternura, la de los versos *Á Julia:*

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,

en *La Nueva Musa*, y en otras muchas composiciones. Popularizóse luego en América, principalmente por la colección de Ochoa: *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos* (1842), que ha sido muy leída allí. El ejemplo más memorable es el de Bello en la *Oración por todos*.

(1) Vid. *Poesías de Julio Arboleda. Colección formada sobre los manuscritos originales, con preliminares biográficos y críticos, por M. A. Caro, Nueva York, D. Appleton y Comp.*, 1883. (Contiene los versos líricos y los fragmentos del poema.)

Nació Arboleda el 9 de Julio de 1817 «en un desierto, en medio de las selvas incultas que orlan el mar Pacífico»; pero se le considera, y él se consideraba, como hijo de Popayán. Murió asesinado en 12 de Noviembre de 1861. Los principales sucesos de su vida van recordados sucintamente en el texto.

Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.....
....
Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;
Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes que la brisa unió.....

Intimas, suaves, cadenciosas son las composiciones de este grupo: la pura sencillez de los afectos y la música melancólica que parece acompañar las gentiles estrofas, las han hecho popularísimas en Colombia, donde no sólo los literatos, sino el pueblo, saben de memoria gran número de versos de Gutiérrez González, especialmente las dos composiciones *Á Julia* y las tituladas *Auras*, *¿Por qué no canto? Una lágrima* y otras varias, cuyo efecto expresa el crítico Camacho Roldán con aquella frase de uno de los poemas ossiánicos: «Son como la memoria de las alegrías pasadas, que es á un tiempo agradable y triste al alma.»

Pero aunque valga mucho Gutiérrez González como espontáneo y delicado poeta de sentimiento, resulta mucho más original en el extraño poema que tituló *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquía*, y que es, sin duda, lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas.

El autor no se propone aplicar á nueva naturaleza y á nueva materia poética el arte de Virgilio, como se lo propuso, y en parte lo consiguió, D. Andrés Bello. Pero como apenas hay cosa que en los antiguos no esté, á lo menos en germen, viene á encontrarse, seguramente sin conocerlo, no con la aristocrática y refinada inspiración de las *Geórgicas*, última perfección del estilo poético, sino con un vigoroso cuadro de género, titulado *Moretum*, que anda, no se sabe con qué fundamento, entre los poemas menores atribuídos á Virgilio, y en el cual, con minuciosidad de detalle que pudiéramos llamar flamenca ú holandesa, se describen las faenas con que el pobre labrador Simylo «*exigui cultor rusticus agri*» prepara su frugal al-

muerzo con ajo, apio, ruda y otras hierbas, mezclando queso, aceite y vinagre para componer un cierto almodrote. Dicen que el autor de este raro idilio le tradujo ó imitó de otro poemita griego de Parthenio, que hoy no se conserva; pero, sea como fuere, es ejemplo solitario en las literaturas clásicas, y supera mucho en rusticidad á los pasajes menos pulidos de Teócrito. El que haya leído y recuerde este poema, que Heyne caracterizó muy bien con estas palabras: «*argumentum ex vita privata et tenui hominum humili loco natorum petitum*», podrá formarse idea aproximada de la poesía muy sana, robusta y confortante, pero de todo punto montaraz, que constituye el mayor hechizo de la *Memoria* de Gutiérrez González. Algunas pinturas de la vida rústica en insignes novelistas modernos, en nuestro Pereda, por ejemplo, pueden servir también de tipo de comparación muy aproximado.

Todo es original, ó más bien exótico, en la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, pero no todo es igualmente digno de alabanza. Pase la humorada del título y la forma de *Memoria científica;* pero no pueden pasar una porción de versos prosaicos, compuestos adrede para hacer reir con la extravagancia, ni el abuso afectado (no el *uso)* de un vocabulario provincial, ó más bien local, exigido en parte por la novedad y extrañeza de la materia, pero del cual hace el autor intemperante alarde, para cumplir aquel dicho suyo:

Yo no escribo español, sino *antioqueño.*

Y tan *antioqueño* escribe, que si este poema no llevara, como en las ediciones lleva, un centenar de notas, sería con todas sus bellezas una arca cerrada, no sólo para los españoles y para los americanos de otras partes, sino para los mismos colombianos nacidos fuera del rincón en que escribía el poeta. El lenguaje popular y rústico, el vocabulario especial de cada labor y de cada industria, es, sin duda, una de las fuentes más caudalosas y salubres en que puede vigorizarse y rejuvenecerse la lengua literaria; pero la adaptación de este vocabulario, y, por decirlo así, su compenetración con la lengua culta, requiere singular talento y gusto muy ejercitado, y no hay duda que Gutiérrez González, poeta nativo, pero de muy cortos

estudios y dado á la ejecución rápida y descuidada, traspasó muchas veces el justo límite en esto.

Fuera de estos lunares, bien disculpables en tentativa tan original, la *Memoria sobre el cultivo del maíz* cumple admirablemente con su objeto: es, como ha dicho Pombo, «la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles labores, por la simpatía de su cantor al asunto, y por la música del verso». Realmente Gutiérrez González poseía el don divino de convertir en poesía la más desdeñada y cotidiana prosa. La suya es poesía descriptiva directa, sin selección, si se quiere; pero no prosaica y ridícula como la del *Observatorio Rústico* de Salas, sino de gran potencia de color y de mucho relieve; graciosa y viril á un tiempo. El autor lo describe todo, desde los terrenos propios para el cultivo y la manera de hacer los barbechos ó rozas, hasta el método de regar las sementeras y espantar los animales que hacen daño en los granos. Y es admirable la fecundidad que ha sabido descubrir en un asunto á primera vista tan pobre, trazando cuadros tan admirables y tan diversos como el de la quema, el de la ranchería, el de las rogativas, el de la recolección de frutos y el de la cocina de la roza. Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería sin duda la más nacional de América (1).

Los tres poetas hasta ahora analizados, aunque tan diversos en estilo y tendencias, concuerdan en pertenecer á la escuela romántica, y aun puede decirse que Gutiérrez González sirve de puente entre el romanticismo y el realismo limpio y de buena casta. Por el

(1) *Poesías de Gregorio Gutiérrez González.* Bogotá. Imprenta de Medardo Rivas, 1881, 8.º, con dos magníficos prólogos, uno de D. Salvador Camacho Roldán, y otro de D. Rafael Pombo, y un prólogo y notas sobre la *Memoria del maíz*, por D. Manuel Uribe Ángel.

Nació G. González en la Ceja del Tambo (estado, hoy provincia, de Antioquía). Hizo sus estudios en el seminario de Bogotá y en el colegio de San Bartolomé, graduándose de doctor en Jurisprudencia. Fué varias veces diputado y senador, y ocupó cargos en la Magistratura. En los últimos años le fué muy contraria la fortuna y vino á suma pobreza. Murió en 6 de Julio de 1872. La primera edición, muy incompleta, de sus *Poesías*, fué hecha en 1867 por D. José María Vergara, y hay otras posteriores; pero la más completa y esmerada es la que antes citamos de 1881, publicada por sus hijos.

contrario, D. José Joaquín Ortiz, egregio poeta lírico y ardiente controversista católico, que en edad muy avanzada acaba de descender al sepulcro, representó con majestad, pompa y decoro la escuela de Quintana, no sin hacer repetidas concesiones al gusto moderno (1). Ortiz rechazaba tal filiación, por considerarla incompatible con sus principios religiosos; pero aquí no se trata del espíritu, que en Ortiz era ortodoxo y aun ascético, sino de su temperamento lírico y de la forma grandilocuente en que se vaciaron sus mejores inspiraciones. Cuando quiso apartarse de ella, como en muchas composiciones de sus últimos tiempos, fué para caer en un piadoso pero muy desmañado prosaísmo. Los hábitos vulgares y funestos del periodismo de propaganda, labor muy meritoria sin duda, pero en alto grado pedestre, estropearon aquella mente elevada, le quitaron algo de su serenidad y vigor, le llenaron de escrúpulos nimios, contagiaron su gusto, poniéndole al nivel de su público timorato y asustadizo; y recelando sin duda que la pureza clásica fuese una tentación del demonio, acabó por vestir sus versos de estameña. Los hay que no merecen salir de la colección de *El Correo de las Aldeas*, donde pueden servir de inocente recreo á las familias cristianas. Pero antes que el periodista se sobrepusiese en Ortiz al poeta, éste había producido con superabundancia lo que necesitaba para su gloria: cinco ó seis odas desiguales, pero espléndidas, y trozos admirables en muchas otras. Fantasía poderosa ya que no muy pintoresca, sentimiento ardiente y profundo, elocuencia avasalladora, como que nacía de íntima convicción y sincero entusiasmo, grandeza en el plan, desarrollo progresivo y solemne, que tiene mucho de oratorio sin dejar de ser esencialmente poético, son las cualidades dominantes en Ortiz, realzadas por una versificación

(1) No fué extraño Ortiz á la influencia de Víctor Hugo en su primera manera. La idea de la enumeración de los pabellones nacionales en *La Bandera Colombiana*, está evidentemente inspirada por la muy arrogante que hay en la Oriental 2.ª, titulada *Canaris*. Pero si no me engaña el amor á nuestra lengua y poesía, la imitación de Ortiz resulta superior al original. En la oda á *Boyacá* hay una imitación deliberada, pero mucho menos feliz, de tres estrofas del *Cinco de Mayo* de Manzoni. «Oh quante volte all tacito — morir »d'un giorno inerte...»

magnífica y robusta cuando el calor no le abandona. Porque ha de advertirse que es uno de los poetas más desiguales que pueden leerse: capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo de alma; pero incapaz de sostenerse, por falta de gusto ó de atención, en la esfera de noble grandeza en que siempre habita su maestro, hasta cuando parece menos inspirado. Ortiz no sabía borrar, y aunque profesor toda su vida, no puede decirse que fuera humanista como Bello ó como D. M. A. Caro. Escribía con abundancia de corazón, dominado por su asunto, y ansioso de desarrollarle hasta los últimos ápices, con efusión, con énfasis sincero, en inmensos períodos poéticos que se van ensanchando como las ondas concéntricas que forma la piedra arrojada á un estanque. No hay que pedirle concisión y sobriedad líricas, que no eran propias de su temperamento ni de su escuela; pero sí hay que deplorar, aun dentro de ella, el exceso de verbosidad con que recarga sus mejores pensamientos, la pompa inútil con que abruma sus estancias, el afán de decirlo todo sin dejar campo libre á la imaginación del lector. En *La Bandera Colombiana*, en *Boyacá*, en la oda *Al Tequendama*, Ortiz deslumbra, pero fatiga por demasiado estrépito y brillantez demasiado continua. En la poesía de sentimiento, por el contrario, quiere ser familiar, y resulta demasiado casero, como todos los llamados poetas del hogar. En sus versos no hay medio: ó son admirables de número y cadencia, ó suenan como prosa. Parece imposible tener á un tiempo tan prosaica y tan poética dicción, estilo tan puro y tan abandonado, tan bueno y tan mal oído. Y es que en Ortiz, naturaleza algo contradictoria en todo, idólatra de Bolívar y enemigo del espíritu de la revolución americana, poeta clásico y partidario de la absurda ojeriza del abate Gaume contra los estudios clásicos, paloma sin hiel en sus acciones y violentísimo é intransigente en sus polémicas, dábase también el raro caso de trabajar en un género retórico, siendo él la espontaneidad misma. Cuando tenía que decir algo grande, los versos nacían hechos en su cabeza: cuando el pensamiento era débil, obscuro, vulgar, él no conocía artificio alguno para disimularlo, y escribía en estilo de periódico ó de libro de educación infantil. Nunca hubo artista menos

preocupado de su arte, y por esto es más de admirar que sean tantos y tan frecuentes sus aciertos.

Escribió mucho, pero con cierta monotonía de asuntos y de imágenes. De grandes poetas puede decirse otro tanto, y quizá el sentimiento lírico implica algo de reconcentrado y exclusivo. La patria, la naturaleza, la muerte, fueron los tres habituales temas de sus canciones. No conozco versos suyos de amor: si en algún tiempo los hizo, su extraordinaria severidad moral le llevaría á ocultarlos ó á destruirlos. En las composiciones patrióticas fué felicísimo: allí podía mover libremente las alas de su numen, que, como el águila, había nacido para posarse en las cumbres, y que se ahogaba en el estrecho recinto de la poesía doméstica, á la cual se empeñaba en tributar un culto por lo general tan infeliz. Cantó la patria moderna, la patria colombiana, como quien había visto pasar delante de sus asombrados ojos de niño la figura ya heroica, ya magnánima, ya resignada, del *Libertador* Simón Bolívar. Esta visión era el gran recuerdo de su vida, y de tal modo le dominaba, que llegó á exagerarle en términos harto disonantes con su piedad meticulosa:

Y vi después al triunfador volviendo
Del suelo de los Incas deleitoso,
No cual Camilo en el ebúrneo carro
Arrastrado por rápidos corceles,
Ni de purpúrea clámide cubierto
Y la frente ceñida de laureles.....
Y vi después al héroe, entristecido
Como un morir del sol, partir en busca
De nuevo hogar en extranjera tierra
....
Quien hechos tan espléndidos ha visto,
Es cual viajero que á sus lares torna
Después de haber cumplido el pío voto
«Y el gran sepulcro visitar de Cristo».
Se le escucha con ánimo devoto,
Porque puede decir: «Yo vi; yo estuve;
Yo al Calvario subí; yo el mármol santo
Que encerró á mi Señor empapé en llanto»;
Y el que atónito lo oye, se imagina
Envuelto contemplarlo en una nube
Que exhala los aromas
De la remota tierra palestina.

Cantó también otra patria más antigua, raíz y fundamento de la moderna, la patria colonial, y con ella el triunfo de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo. ¡Espléndido canto éste de *Los Colonos*, y salvo algunas caídas de estilo, no muy frecuentes, la mejor composición de Ortiz, y una de las más finas joyas de la poesía americana! Poesía descriptiva á un tiempo y lírica, con algunos rasgos del estilo de Virgilio y de Bello, ajenos á la habitual manera de Ortiz, pero que indican lo que en este género hubiera podido hacer, aplicando á su estilo una labor más severa y paciente, y buscando en sus descripciones la precisión más que el lujo (1). Poesía, no obstante, que de la escuela de Quintana conserva el carácter de predicación social, el entusiasmo por el progreso humano, aunque diversamente entendido, la consideración del hombre y de sus obras y de su misión histórica, sobreponiéndose á la consideración del mundo físico, que el hombre doma y sujeta á cultivo y hace servir para los fines de su propia perfección. Entre la oda *A la Vacuna* y *Los Colonos* media un abismo de ideas: Quintana, español y patriota, pero hijo del siglo XVIII, adepto de su filosofía, filántropo y apenas deísta, execra la conquista americana: Ortiz, americano, hijo de un *insurgente*, y ciudadano de una República, pero cristiano hasta lo más profundo de su alma, educado en la gran reacción espiritualista del siglo XIX, bendice con más clara comprensión de la historia la obra santa de los colonos españoles, que allanaron las selvas, que las despoblaron de bestias feroces, que importaron los animales útiles al hombre: el generoso caballo, el toro bienhechor, los cereales, sustento de la vida, el germen de las flores, encanto de los ojos; de los que á las razas inferiores redimieron de las tinieblas de la idolatría y de la barbarie; de los que levantaron el primer molino, el primer palomar, la primera iglesia, el primer hospital, la primera imprenta. Y con ser tan distinto el rumbo de las ideas en Quintana

(1) Véase, por ejemplo, este final de una estancia:

Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,
Recogerá, saltando en leves ondas,
El blanco río de menuda harina.

y en Ortiz, todavía vienen á coincidir en un punto, que es la glorificación del trabajo humilde, de las artes de la paz y de la ciencia, ya en Jenner y en Guttenberg, ya en los humildes colonos españoles del Nuevo Reino.

Dejó Ortiz pocas composiciones exclusivamente religiosas; pero puede decirse que el espíritu religioso las penetra á todas, y no sólo de un modo general y vago, sino con admirable firmeza y precisión dogmática, con aquel acento que sólo brota del alma que es cristiana con cristianismo positivo, el cual nunca se puede confundir con la vaga exaltación sentimental del cristianismo literario de Chateaubriand ó de Lamartine. En este punto, Ortiz pertenece á la escuela de Manzoni, de quien, por otra parte, presenta reminiscencias directas en la oda *A Boyacá* y en otras partes, aunque el estilo difuso y grandilocuente en que las expresa, nada tenga que ver con la divina condensación lírica de las estrofas del poeta milanés. Ortiz, como Manzoni, no sólo siente el cristianismo, sino que cree en él con fe viva y práctica, engendradora de buenas obras. Aun en composiciones muy desigualmente ejecutadas, se encuentran admirables trozos de filosofía religiosa, que brotan de lo más profundo y sustancial de la doctrina cristiana. Véase, por ejemplo, esta exposición del misterio del dolor:

¡El dolor no es el crimen! Es la herencia
Del infelice genitor primero,
Legada, no á sus hijos solamente,
Sino también á su linaje entero.....
¡Ah! Si el hombre entre penas agoniza,
Naciones hay que bajan á sentarse
Sobre el estercolero
Como el antiguo Job, roto el vestido
Y la frente cubierta de ceniza.....
¡No es crimen el dolor! Es como el fuego
Que purifica en el crisol el oro;
Es cual la tumba fría y silenciosa
En que la humilde larva se sepulta,
Y de donde triunfante saldrá luego
Con ala tinta en oro, azul y rosa
Á volar por el éter cristalino
Transformada en festiva mariposa.

Esta es la eterna ley de nuestra raza,
Este el destino irrevocable y justo:
Por el dolor alzarse hasta la gloria,
Por el placer bajar hasta el abismo.....
¿No se llamaba un Hombre de dolores
El gran libertador del mundo mismo?
Quiso nacer en un pesebre obscuro
Y en el taller vivir de un artesano,
Y escogió sus amigos
Entre los pescadores y mendigos.
Sólo una vez entró, y esa en cadenas,
De Herodes al palacio:
Una vez y no más subió al Pretorio,
Y esa en medio de bárbaros sayones.
Hijo de augustos Reyes, la corona
Que sus sienes divinas
Adornó, fué de abrojos y de espinas;
. . . .
Y el cetro de oro que empuñó su mano
Una caña marchita
Del Jordán arrancada en la ribera.
Cuando después cual jefe valeroso,
Al frente de las huestes que cejaban
Se arrojó generoso
Al puente del dolor por Dios echado
Desde la tierra al cielo,
Sacudiendo la piedra de su tumba,
Apareció de gloria circuído,
Mostrando á las naciones
La cruz de su ignominia y de su gloria,
Y entonando su canto de victoria:
«El mundo finalmente está vencido».

¡Bello, ó por mejor decir, sublime; y este género de sublimidad no es raro en Ortiz, derivándose todavía más de su fe ardorosa que de su talento poético! Si no se sostiene de continuo á igual altura; si por querer acomodarse demasiado, aun en el estilo, á la comprensión de los ignorantes y de los humildes, fracasa Ortiz á veces en sus poesías religiosas, de índole que pudiéramos llamar democrática y llana, y quitándoles el nervio teológico, declina en las puerilidades de la devoción francesa, que ha infestado á América como á

España, no por eso deja de levantarse á la gran poesía, siempre que encuentra en su camino estos sublimes tópicos del dolor y de la muerte. Pintó demasiados entierros de pobres y demasiados cementerios de aldea, repitiéndose mucho; pero ¡qué graduada y solemne aquella puesta del sol detrás de la tumba del poeta, con que termina *La Última Luz*, poesía, por otra parte, muy incorrecta, y que fué probablemente la postrera de las suyas!

Luego las negras sombras de los Andes
Se irán haciendo cada vez más grandes;
Del pueblo oiráse lejos el murmullo
Cual voz de un río entre las piedras sordas;
Y más lejos el lúgubre lamento
Con que en la grey el padre toro muge;
Y el chirrido del carro
Que de puro repleto se desborda
Y atormentado con la carga cruje;
Luego el agudo son de la campana
Volará al monte, al valle, á la alquería,
Saludando á la Reina Soberana;
Luego saldrá la luna difundiendo
Sus secretos de gran melancolía:
Luego sombra y silencio.....
Y después morirá por fin el día.

En la poesía descriptiva Ortiz es muy brillante, pero monótono; vista una de sus composiciones, por ejemplo, las primeras estancias de la oda *A Vasco Núñez de Balboa*, puede decirse que se han leído todas. La silva *Al Tequendama*, es buena; pero no creo, de ningún modo, que obscurezca la de Heredia *Al Niágara*, ni siquiera que compita con ella, y además la perjudica el mismo empeño que parece puso el autor en que no apartásemos de la memoria á Heredia, no sólo en el *Niágara*, sino en el *Teocalli de Cholula*.

En resumen, Ortiz, á pesar de todos los defectos que en obsequio á la justicia van notados, es uno de los más inspirados, sinceros y fervientes poetas líricos que ha producido la América española; y aunque muy distante de la pulcritud y perfección del valenciano Querol, es, á mi juicio, después de Querol, el que mejor ha conser-

vado en estos últimos tiempos las tradiciones de nuestra oda clásica, adaptándola á la expresión de sentimientos modernos (1).

Estudiados los cuatro grandes poetas líricos de Colombia, anteriores á la brillante generación actual, quedan aún otros varios muy dignos de atención, aunque menos fecundos ó menos geniales.

(1) *Poesías de José Joaquín Ortiz. Bogotá, Imp. de Echevarría, Hermanos*, 1880; 8.º Esta colección dista mucho de ser completa; pero contiene las mejores poesías del autor.

La biografía más detallada que conozco de Ortiz es la que mi fraternal amigo y colega el Dr. Rubió y Lluch, catedrático de la Universidad de Barcelona, publicó en *La Defensa Católica*, de Bogotá (número del 18 de Agosto de 1892).

Nació Ortiz en Tunja el 10 de Julio de 1814, y murió en Bogotá el 14 de Febrero de 1892. Dedicó toda su vida á la enseñanza y al periodismo. En 1852 fundó un colegio que, con el nombre de *Instituto de Cristo*, obtuvo gran celebridad: después enseñó en otros varios. Son innumerables los periódicos que dirigió ó en que colaboró: *La Estrella Nacional*, *El Condor*, *El Día*, *El Conservador*, *El Porvenir*, *El Catolicismo, La Caridad*, *El Correo de las Aldeas*, etcétera. Publicó además gran número de libros, ya de controversia política y religiosa, ya de enseñanza, entre los cuales recordamos: *Cartas de un sacerdote católico al redactor de «El Neogranadino»*, Bogotá, 1857 (muy buenas: el mejor de sus escritos en prosa).—*Las Sirenas, discurso contra la moral sensualista de Jeremías Bentham*, París (sin fecha).—*Testimonio de la historia y de la filosofía acerca de la divinidad de Jesucristo*, 1855.—*Lecturas selectas en prosa y verso*, 1880.—*Ó todo ó nada*, 1880.—*Lecciones de Literatura Castellana*, 1879. *El Parnaso Granadino*, *colección escogida de poesías nacionales* (sólo salió el tomo 1), 1848.—*El Liceo Granadino*, *colección de los trabajos de este Instituto* (sólo el t. 1), 1856.—*La Guirnalda* (otra antología de poetas y prosistas neogranadinos).—*El Libro del Estudiante* (del cual se han hecho hasta siete ediciones).—*El Lector Colombiano* (libro de lectura para las escuelas).—*Compendio de Historia Sagrada*, etc.

Pueden añadirse algunos ensayos de novela: *María Dolores ó Historia de mi casamiento*, *El Oidor de Santafé*, *Huérfanos de madre.....;* y algún ensayo dramático: *El Hijo Pródigo*, proverbio; *Sulma*, tragedia: esta tragedia se imprimió juntamente con las poesías juveniles de Ortiz, en un tomo que no hemos visto, titulado *Mis Horas de descanso*, Cartagena de Indias, 1834. Dejó inéditos tres poemas: *Yopalín*, *Colón* y *Los Cantos de la Patria;* y una *Historia de la Conquista del Nuevo Reino de Granada.* Fué diputado varias veces, y al tiempo de su muerte era senador. Perteneció á una fracción político-religiosa análoga á la que en España se conoce con el nombre de *integrismo.*

Indicaremos algunos nombres, limitándonos casi á aquellos autores de quienes en nuestra *Antología* presentamos alguna muestra, y á quienes, naturalmente, tenemos por los mejores. Adviértase que la fecha de aquel tomo es 1894.

Joaquín Pablo Posada es digno de encarecimiento, no por la pobre materia poética de sus composiciones, sino por sus admirables dotes de versificador, en que pocos ó ninguno de su tierra le han igualado. Conviene echar un velo sobre su vida pública y aun privada: demasiadas cosas confesó el poeta festivo de inagotable desenfado, en cuyas manos era la lengua blanda cera; hubiera podido ser émulo de Bretón, ó á lo menos de Villergas, y sólo consiguió dejar las diatribas personales y odiosas de *El Alacrán*, una serie de *camafeos* ó semblanzas satíricas, de cuyo parecido sólo pueden juzgar sus paisanos, y un tomo de poesías muy donosamente metrificadas, cuyo tema más original consiste en pedir dinero á sus amigos en variedad de metros, y con alguna diferencia en las cantidades monetarias que solicitaba, desde cuatro á veinte duros. La indisciplina de su carácter y el desapego á todo trabajo continuado y formal, le sometieron desde muy temprano (como dice un escritor de Colombia) «á vivir una vida como prestada, en la que con talento se consolaba de sus escaseces, burlándose á menudo de la cruel necesidad». Vivió como Villasandino ó como cualquier otro de los poetas mendicantes del *Cancionero de Baena*, componiendo ó improvisando cuantos versos se le encargaban, y siempre con amenidad de estilo, con elegante sencillez de expresión, con gracia natural y armoniosa, que es la principal dote de su estilo:

Figúrate que le debo
Á todo el que en torno miro;
Debo el aire que respiro
Y debo el agua que bebo.
Casi ni á salir me atrevo,
Porque, si salir consigo,
Mis acreedores, amigo,
Me atacan de llano en plano,
Desde el primer ciudadano
Hasta el último mendigo.
. . . .
. . . .

Quiero acabar: necesito
Diez y seis pesos cabales,
Para conseguir los cuales
Estas décimas he escrito;
Mándamelos, que infinito
Será mi agradecimiento,
Como lo es el firmamento
Y como el poder de Dios,
Quien, acá para *inter nos*,
Me tiene muy descontento.
Ninguna promesa haré,
Porque á ti no se te esconde
Que cómo, cuándo ó en dónde
He de pagarte, no sé;
Pero que te pagaré,
Y que á pagarte me obligo,
Poniendo á Dios por testigo,
Es tan seguro y tan cierto,
Como lo es que sólo muerto
Dejaré de ser tu amigo.

Con Posada colaboró en el malhadado *Alacrán* otro poeta más desaliñado, pero que no carecía de numen: Germán Gutiérrez de Piñeres, que, al revés de Posada, solía ser satírico en sus artículos en prosa, y quejumbroso y melancólico en sus versos, como quien había empezado en una de sus más antiguas composiciones por despedirse de la vida en las inevitables octavas *bermudinas:*

El puro sol de mis brillantes días
Va declinando hacia su triste ocaso,
Y de mi vida adelantando el paso,
Mis ilusiones decayendo van.
Ya de mí se desprende marchitada
Mi juventud, mi juventud querida:
Queda el recuerdo al alma dolorida
De las horas que nunca volverán.....

Poeta festivo, pero de muy distinta cuerda que Posada, fué don Ricardo Carrasquilla, benemérito institutor y autor de libritos de propaganda católica, muy bien hechos. Su tomito de poesías, que él modestamente llamó *Coplas*, está lleno de gracejo decoroso y fino:

compuso excelentes letrillas, cuadros de costumbres como las *Fiestas de Bogotá*, y acertó á tratar con sentimiento y viveza, aun sin salir de su manera familiar y sencilla, asuntos más elevados, ya de leyenda histórica como en *El Abrazo*, ya de naturaleza pintoresca como en *Una visita al salto del Tequendama.*

El general Pinzón Rico ha sido uno de los poetas más celebrados de Colombia, y poeta de valiente inspiración en ocasiones. No conozco más composiciones suyas que las insertas en el *Parnaso Colombiano*, y éstas no bastan para caracterizar su manera, aunque sí para graduarle de versificador gallardo. En su estilo palabrero y redundante, pero cadencioso, parece un romántico mejicano ó venezolano más bien que colombiano. Su *Despertar de Adán* ha sido muy celebrado; pero prefiero la *Eva*, de Flores, cuyo pensamiento erótico es el mismo.

Entre los polígrafos más fecundos hay que contar á D. Manuel María Madiedo, D. Felipe Pérez y D. José María Samper. Madiedo era un publicista de talento brillante, pero desigual, que escribía medio en francés páginas elocuentes sobre cuestiones sociales. No sé si pertenecía ó no á la raza de color; pero sí sé que odiaba de muerte á los hijos y nietos de españoles, suponiéndolos culpables de todas las guerras civiles y de todos los escándalos, crímenes y desgracias que afligen á los pueblos de la América española. Lo más singular es que solía militar en partidos conservadores, por donde resultaba en sus ideas una extraña inconsecuencia. De su tomo de *Poesías* (precedido de un tratado de Métrica), lo más celebrado ha sido el romance endecasílabo *Al Magdalena*, que Camacho Roldán, en el prologo á las poesías de Gutiérrez González, califica de «uno de los cantos indígenas de nuestro suelo», añadiendo que «vivirá mientras nuestro río arrastre sus turbias ondas al través de soledades cubiertas de ceibas y caracolíes, y por en medio de playas

. . . . que marcado había
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable cola,
Y de los tigres la terrible garra.

Pérez (D. Felipe) es más conocido como periodista y hombre político y como geógrafo bueno ó malo que como poeta, y se le

acusa de haberse aprovechado con poco escrúpulo de trabajos ajenos (1).

Samper fué un improvisador fecundísimo en todos géneros: historiador, geógrafo, estadista, orador político, escritor de viajes, poeta lírico, dramaturgo, novelista, profesor de Derecho público y fundador ó redactor principal de más de veinte periódicos; el más fecundo de los escritores modernos de Colombia, y uno de los más conocidos en Europa y de los que más han dado á conocer el estado político de su patria. Pero no parece que entre el inmenso cúmulo de sus libros, producidos como á destajo y con facilidad peligrosa, haya nada cabal ni de primer orden. De todos modos, sus bocetos biográficos y sus relaciones de viajes se leen con agrado y logran y merecen más fama que sus poesías.

D. José María Vergara y Vergara, ya mencionado en estas páginas, no fué grande escritor, pero sí escritor muy ameno y simpático. La bondad y la efusión de su carácter, su entusiasmo por la belleza moral, su fe viva y ardiente, su caridad inagotable, su patriotismo de buena ley, su gracejo natural é inofensivo, se reflejan fielmente en sus artículos de costumbres, novelitas é impresiones de viaje, y en todos sus escritos fugitivos, en prosa ó en verso, no muy correctos de lengua, pero muy sanos y muy españoles en el fondo. Era hombre de devociones literarias ardentísimas, aunque fugaces, y

(1) El Sr. D. Diego Mendoza, persona para mí muy respetable, me llama la atención sobre esta noticia, que cree nacida de algún informe equivocado. Con mucho gusto inserto la rectificación que el Sr. Mendoza me envía:

«Siendo muy joven el Sr. Pérez, hizo con el General D. Tomás Cipriano de Mosquera, Presidente de la República, un contrato para la publicación de la Geografía del sabio italiano D. Agustín Codazzi, Jefe que fué de la Comisión Corográfica. El Sr. Codazzi murió en una de sus excursiones, y no pudo publicar sus trabajos. D. Manuel Ponce de León y D. Manuel María Paz se encargaron de la publicación de los mapas, y el Sr. Pérez del arreglo de los manuscritos y de darlos á la estampa. Tanto en el prólogo de la primera edición (dos volúmenes), como en el de la segunda (de la cual sólo alcanzó á publicar uno), y que es, propiamente hablando, el mismo de la anterior, explica con sinceridad y buena fe, que su labor había sido la de poner en orden y publicar conforme á los deseos del Gobierno, los trabajos póstumos de Codazzi.»

que perdía mucho de su propia originalidad por caminar demasiado servilmente detrás de las huellas de los maestros que sucesivamente adoptaba: primero Larra y Mesonero Romanos; después Fernán Caballero, Trueba y Enrique Conscience, y últimamente Selgas. Sus poesías adolecen de este mismo prurito de imitación exagerada, y ciertamente que el *Libro de los Cantares*, con todo su mérito relativo que no negamos, no justificaba bastante el empeño con que Vergara se dió á glosarle y á repetir sus temas, muchas veces más vulgares que populares, y á veces ni vulgares siquiera, sino trivialmente sentimentales. La afectada llaneza de Trueba contagió á Vergara como á varios otros, y es lástima, porque algunas poesías humorísticas suyas prueban que hubiera podido distinguirse en este género sin deber nada á nadie. Improvisó demasiado, y el periodismo devoró su ingenio, como el de tantos otros escritores de Colombia y de España.

Finalmente, mencionaremos los nombres de Arsenio Esguerra (muy delicado y pulcro), José David Guarín, Hermógenes Saravia, José María Rojas Garrido, Domingo Díaz Granados (amigo é imitador de Gutiérrez González), Arcesio Escobar (feliz traductor de poetas ingleses), César Conto, Joaquín González Camargo (autor del delicioso *Viaje de la luz*), José Joaquín Borda, Benjamín Pereira Gamba, y la dulce poetisa mística Doña Silveria Espinosa de Rendón, de todos los cuales he leído agradables poesías en el *Parnaso Colombiano*, pero á quienes no me atrevo á caracterizar por falta de suficientes datos (1).

(1) Joaquín Pablo *Posada*. Nació en Cartagena (de Indias) en 1825, y murió en 1880. Sus *Poesías* se imprimieron en 1857, con un prólogo del doctor Felipe Pérez. En 1879, sus *Camafeos* ó *Bosquejos de notabilidades colombianas en política, milicia, comercio, ciencias, artes, literatura, trápalas, malas mañas y otros efectos, bajo su triple aspecto físico, moral é intelectual.* (Barranquilla, imprenta de los Andes.)

Germán *Gutiérrez* de *Piñeres* (1816-1872). Sus *Poesías*, precedidas de un juicio de D. Pedro Neira Acevedo, se imprimieron en Bogotá, 1857. Fué autor también de *El Oidor*, drama histórico.

Ricardo *Carrasquilla*. Nació en 1827 y ha fallecido recientemente. *Coplas*. (Bogotá, por Foción Mantilla, 1866. Hay tres ediciones posteriores aumentadas.)—*Sofismas anticatólicos vistos con microscopio.*

José María *Pinzón Rico*. Nació en 1834. Fué magistrado primero y militar

revolucionario después. Residió algún tiempo en Venezuela, redactando *El Porvenir* de Caracas. En Bogotá fué colaborador de *La Discusión*, de *El Nuevo Mundo* y de *La Pluma*. No sé que hayan sido coleccionados sus versos.

Manuel María *Madiedo*. Nació en Cartagena (de Indias) en 1815. Sus *Poesías precedidas de un tratado de Métrica* fueron impresas en Bogotá, 1859. Hay poesías posteriores en la miscelánea titulada *Ecos de la Noche* (1870). Compuso en su primera juventud dos tragedias, *Coriolano* y *Lucrecia ó Roma libre*, y más adelante el drama *Una idea abismo* (sic) y el juguete cómico *Tres diablos sueltos*. Entre sus escritos de materias sociales y filosóficas, se citan principalmente: *Tratado de derecho de gentes* (1874), *La Ciencia social ó el Socialismo filosófico: derivación de las grandes armonías morales del Cristianismo* (1863), *Una gran revolución, ó la razón del hombre juzgada por sí misma* (Caracas, 1876), *El Dedo en la llaga* (Caracas, 1876), *El Arte de probar* (Bogotá, 1874), *Tratado de Crítica general, ó Arte de dirigir el entendimiento en la investigación de la verdad* (1868), etc., etc.

Felipe *Pérez*. Nació en 1834. La edición de sus *Versos* es de 1867. Escribió además novelas *(Atahualpa, Los Pizarros, Jilma, Los Gigantes, Imina, Carlota Corday.....)*, y dramas *(Gonzalo Pizarro.....)*. Pero sus escritos más conocidos son: *Análisis política, social y económica de la República del Ecuador.....* (1853), *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia* (1862-63), y otras análogas. Otras muchas obras suyas se citan en la extensa *Vida de Felipe Perez*, por D. Enrique Pérez (Bogotá, 1911).

José María *Samper*. Nació en 1828. El solo catálogo de sus obras ocupa cinco ó seis páginas en la *Bibliografía Colombiana* de Laverde Amaya. Sus primeras *Poesías*, con el título de *Flores marchitas*, se publicaron coleccionadas en 1849; sus *Piezas dramáticas*, en 1857; una nueva colección lírica *(Ecos de los Andes)*, en 1860; *Un Vampiro*, poema satírico, en 1863; *Martín Flórez*, novela, en 1866; *Un drama íntimo*, novela, en 1870; *Últimos cantares* (tercera colección lírica), en 1874; *Florencio Conde*, novela, en 1875; *El Poeta soldado*, ídem, en 1881; *Los Claveles de Julia*, ídem, en 1881. De sus restantes obras, las más conocidas son *Pensamientos sobre moral, política, literatura, religión y costumbres* (1856); *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas hispano-americanas* (París, 1861); *Viajes de un colombiano en Europa* (París, 1862); *El Libertador Simón Bolívar* (Caracas, 1878); *Galería Nacional de Hombres ilustres* (Bogotá, 1879); *Historia de una alma* (1881), autobiografía muy interesante, en que refiere su conversión al catolicismo.

José María *Vergara y Vergara* (1831-1872). Incansable periodista y promotor de la buena literatura. Redactó *La Siesta*, *El Mosaico*, *El Hogar*, *La Fe*, la *Revista de Bogotá* y otros muchos periódicos. Sus principales obras son: *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1866); *Olivos y aceitunos todos son unos* (novela de costumbres políticas); *Versos en borrador* (1868); *Artículos escogidos*, colección selecta (Londres, 1881); *Vida y escritos del general Nariño*. Co-

leccionó el *Museo de cuadros de costumbres*, de varios escritores colombianos; el *Parnaso Colombiano*, en tres pequeños volúmenes, que contienen las obras de Gutiérrez González, Caicedo Rojas y Marroquín; *La Lira granadina* (1860). Hay dos biografías de Vergara, una de D. José Manuel Marroquín, en el *Anuario de la Academia Colombiana* (1874), y otra de D. Carlos Martínez Silva en el *Repertorio Colombiano*.

Sobre los restantes poetas, nos remitimos á las breves noticias que pueden encontrarse en el *Parnaso Colombiano* de Áñez, y mejor en los *Apuntes sobre bibliografía colombiana, con muestras escogidas en prosa y verso, por Isidoro Laverde Amaya, con un apéndice que contiene la lista de las escritoras colombianas, las piezas dramáticas, novelas, libros de historia y de viajes escritos por colombianos.* (Bogotá, 1882.)

Es imposible omitir la lectura de las muy discretas y sabrosas *Cartas Americanas* de nuestro D. Juan Valera (primera serie, Madrid, 1889), que contienen un largo estudio sobre el *Parnaso Colombiano*. El Sr. Valera hubiera hecho inútil nuestro trabajo y nos habría dado con ventaja un juicio cabal sobre la poesía de Colombia, á haber podido disponer de fuentes más copiosas y seguras que el mencionado *Parnaso*, compilación deficientísima por una parte, y por otra llena de fárrago y broza, como casi todas las de su género que se han formado en América.

Para el estudio de la mejor literatura moderna de Colombia es de inapreciable auxilio la colección de los trece tomos del *Repertorio Colombiano*, excelente revista que duró desde 1878 hasta 1887, bajo la dirección de D. Carlos Martínez Silva y la inspiración de D. Miguel Antonio Caro. Es la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América española.

Finalmente, para el conocimiento de los poetas novísimos, puede acudirse á *La Lira Nueva*, de D. José María Rivas Groot. (Bogotá, 1886.)

VIII

ECUADOR

En el *Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, del Dr. D. Pablo Herrera (1), y en la *Ojeada Histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, de D. Juan León Mera (2), puede verse cuán antiguo abolengo tiene la cultura literaria en la antigua Presidencia de Quito, que abarcaba en sus cuatro Gobiernos Mayores la mayor parte del territorio de la actual República del Ecuador (3). A las órdenes monásticas, y especialmente á la de San Francisco, se debió la primera cultura del país y el establecimiento de las primeras escuelas, así como á un franciscano, el P. Jodoco Rickle, se había debido la introducción de la primera semilla de trigo.

En noble emulación pretenden las diversas religiones que dieron apóstoles á la primitiva colonia, el lauro de haber establecido la primera casa de enseñanza; pero sin negar que los dominicos tuviesen estudios en su convento de San Pedro Mártir, fundado en Quito por el Venerable Fr. Alonso de Montenegro poco después de la con-

(1) Publicado por primera vez en 1860 y luego, con bastantes ampliaciones, en el primer tomo de la *Revista Ecuatoriana* (1889), si bien esta segunda edición no llegó á terminarse, que sepamos.

(2) Quito, 1868. Imprenta de J. Pablo Sanz. Hay una segunda edición, de Barcelona, 1893, en que se conserva el primitivo texto, pero se añaden algunos apéndices.

(3) Guayaquil perteneció en lo militar al Virreinato del Perú, hasta que Bolívar le anexionó en 1824 á la primitiva Colombia. Quito y lo restante de la República dependía del Virreinato de Santa Fe desde 1721; hasta entonces había dependido también del Perú.

quista de la ciudad por el adelantado Sebastian de Belalcázar, todavía es cierto que el primer colegio de cuya formal organización se tiene noticia es el de San Andrés, establecido por los franciscanos en 1556, y dotado en 1562, por Real cédula de Felipe II, con 300 pesos anuales. En dicha cédula consta que allí se enseñaban «las cosas pertenecientes á la salvación y buena doctrina de los indios naturales, letras, buenas costumbres y habilidades, para que puedan vivir cristiana y políticamente» (1).

Pero la enseñanza para los hijos de españoles, la propiamente literaria ó de humanidades, fué introducida en el Ecuador, como en otras partes de América, por los PP. de la Compañía de Jesús, cuyo colegio de Quito contaba ya por los años de 1585 más de ciento ochenta estudiantes, siguiendo cuarenta de ellos el curso de Artes. La emulación era grande, frecuentes las conclusiones y actos públicos, con asistencia del Obispo, del Corregidor y vecinos principales, y tan grande el crédito que lograban los jesuítas, que cuando el Obispo Fr. Luis López de Solís fundó, á fines del siglo XVI, el colegio Seminario de San Luis, también le puso bajo su dirección, con parecer y acuerdo de la Real Audiencia y del Cabildo. Emulando el celo de franciscanos, dominicos y jesuítas, los agustinos establecieron la Universidad de San Fulgencio, autorizada por bula apostólica de Sixto V, en 20 de Agosto de 1586. Pero no fué ésta la Universidad definitiva, la que obtuvo los títulos de Real y Pontificia, sino la establecida en 1620 con título de San Gregorio Magno, bajo la dirección de los jesuítas.

El más antiguo de los españoles de quien sabemos que, pasando al reino de Quito, compusiese algunos versos, es D. Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús y muy conocido de los lectores de la incomparable correspondencia de la mística Doctora, puesto que á él están dirigidas algunas de sus mejores cartas sobre materias familiares y espirituales. Estuvo en Indias D. Lorenzo más

(1) Vid. *Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, desde la fundación de Quito hasta nuestros días, por Fr. Francisco María Compte, Misionero Apostólico y Cronólogo del Colegio de San Diego de Quito.* (Quito, 1885 y 1886, 2 vols.)

de treinta y cuatro años: en 1550 era regidor del Cabildo de Quito, alcalde primero en 1551, y después tesorero de las Cajas Reales, hasta 1567, en que, fallecida su mujer, D.ª Juana de Fuentes, natural de Trujillo en el Perú, abandonó todo empleo, para volver á España, y darse por entero á la vida contemplativa y á los ejercicios de piedad, bajo la dirección y consejo de su hermana, á cuyas fundaciones contribuyó con el cuantioso caudal que había granjeado en el Nuevo Mundo. Además de una relación de la vida y virtudes de su mujer, escribió algunos versos de devoción; pero sólo se ha conservado la siguiente glosa sobre el altísimo tema de que «Dios incluye en sí todas sus criaturas, y que ninguna está fuera de Él, y que, por consiguiente, el mismo Dios está en ellas más que ellas mismas, y Él es el centro del alma, y si la hubiere tan limpia que no impida esta admirable unión, hallarse ha á sí en Dios y á Dios en sí, sin rodeo:

El Sumo Bien en su alteza
Dice al alma enamorada
Que se busque en su grandeza,
Y que á su inmensa belleza
Busque en su pobre morada.
De amor la suprema fuente,
Sin bajar de sus alturas,
Con su amor omnipotente,
Hállase siempre presente
Y encierra en sí sus criaturas.
Y el mismo amor que fué de ellas
Su principio sin tenerle,
Ama tanto estar con ellas,
Que está muy más dentro en ellas,
Que ellas mismas sin quererle.
Pues el alma limpia y pura
Que amare en esto pensar,
Se hallará con gran ternura
En esa misma hermosura
Y á sí mismo sin rodear (1).

(1) Publicó por primera vez estas quintillas D. Vicente de la Fuente en su notable edición de las *Obras de Santa Teresa* (B. de AA. EE.), tom. I, pág. 362.

Sobre el mismo tema de *Búscate en mí*, que es, sin duda, lo más profundo y sutil de la mística, escribieron papeles en prosa, y como en certamen, San Juan de la Cruz, Julián de Ávila y Francisco de Salcedo, y sobre todos ellos recayó el donairoso *vejamen* que, en virtud de obediencia al Obispo de Avila, dió Santa Teresa, la cual por su parte trató el mismo asunto en la glosa así encabezada:

«Alma, buscarte has en Mí,
Y á Mí buscarme has en ti...

que no me parece tan superior á la de su hermano como da á entender el docto colector de las obras de la Santa.

En las Crónicas monásticas de la provincia de Quito se encuentran bastantes nombres de escritores teológicos, de filósofos escolásticos, de gramáticos cultivadores de la lengua quichua, pero no se encuentra poeta alguno hasta el siglo XVII, lo cual no quiere decir que no los hubiera, sino que sus obras se perderían por falta de imprenta, calamidad que también pesó sobre la literatura colonial de Venezuela y Nueva Granada hasta muy entrado el siglo XVIII. Si algún escritor quiteño llegó á ver publicadas sus obras, fué de los que por sus oficios eclesiásticos ó jurídicos tuvieron ocasión de salir de su país, como el obispo Fr. Gaspar de Villarroel, que no fué sólo gran prelado en Santiago de Chile y Arequipa, y profundo canonista, como lo prueba su obra del *Gobierno Eclesiástico* (1656), célebre en su línea como la *Política Indiana* de Solórzano en la suya, sino también prosista no vulgar, de los mejores de América en su tiempo.

Es claro que si los libros voluminosos, y tocantes á las ciencias más estimadas entonces, tropezaban con tal obstáculo para imprimirse, aún había de ser más precaria la suerte de poesías fugitivas, y que probablemente no tendrían más mérito que el de primeros ensayos. Lo cierto es que en 1630, cuando el Fénix de los Ingenios compuso *El Laurel de Apolo*, florecía en Quito una poetisa llamada D.ª Jerónima de Velasco, que era otra Safo, otra Erina, otra Pola Argentaria, al decir de Lope:

Parece que se opone á competencia
En Quito aquella Safo, aquella Erina,
Que si doña Jerónima divina

Se mereció llamar por excelencia,
¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia,
Podrá oponerse á perfecciones tales,
Que sustancias imiten celestiales,
Pues ya sus manos bellas
Estampan el Velasco en las estrellas?

(Silva 1.ª)

Era esposo de la señora tan estrepitosamente elogiada un don Luis Ladrón de Guevara; por lo cual añade Lope, jugando galantemente del vocablo:

¡Dichoso quien hurtó tan linda joya
Sin el peligro de perderse Troya!
Pero diósela el cielo, aunque recelo
Que puede la virtud robar el cielo.

De D.ª Jerónima sólo ha quedado esta memoria; y el primer ingenio ecuatoriano que llegó á ver de molde el cuerpo íntegro de sus poesías (aunque realmente tales son ellas que no hubiese importado mucho su pérdida) es el Maestro Jacinto de Evia, natural de Guayaquil, que en 1675 publicó en Madrid un *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años* (1). La fecha de la publicación, ominosa para la poesía lírica, hará ya sospechar lo que el libro puede ser, y es en efecto: un ejemplar de hinchazón y pedantería. No todo lo que en él se contiene es de la propia cosecha del Maestro Evia: con sus flores poéticas van mezcladas algunas no mucho más lozanas y olorosas del bogotano Domínguez Camargo, y otras en mayor número del jesuíta sevillano P. Antonio Bastidas, que había sido maestro de Mayores y Retórica del poeta de Guayaquil. Los tres colaboradores del *Ramillete* eran gongorinos furibundos, los tres versificadores numerosos y entonados: prenda común en la escuela á que pertenecían. Apenas hay en el tomo composición que no sea un puro disparate; pero son disparates sonoros. De los tres poetas, quizá Evia, que es

(1) Madrid: en la imprenta de Nicolás de Xamares, mercader de libros, año de 1675, 4.°, 9 hs. prls. y 406 folios.

el que da nombre al *Ramillete*, sea el de menores vuelos. Nada hay en el fárrago de sus composiciones *fúnebres* (así con toda propiedad denominadas), *heroicas*, *sagradas*, *panegíricas*, *amorosas* y *burlescas*, que compita con algunos rasgos de los romances de Domínguez Camargo, ni con la gala y bizarría que en medio de sus extravagancias tiene la paráfrasis que el P. Bastida hizo del idilio de la Rosa,

Ver erat et blando mordentia frigora sensu,

atribuído por algunos gramáticos á Virgilio é inserto entre sus poemas menores, pero que parece ser de Ausonio. Es, sin disputa, la mejor poesía del *Ramillete.* Véase alguna muestra:

«De los tiempos del año era el verano»,
El de Mantua cantó en su dulce lira,
Y el día alegre en rayos en que gira,
Esmalta nubes con que sale ufano.
El Austro templa, porque su aire aliente,
Y así con blando diente
Muerde la flor que, aun tierna, no se esquiva
Si aun solicita alientos más lasciva;
Cuando abreviando sombras el aurora
Precede bella á la carroza ardiente,
Y en luces de esplendor, en luz canora,
Despierta el sol, madrúgale á su oriente.
«Entonces (dice en dulce melodía
Aqueste cisne) el campo discurria,
Y cuando en sendas de este sitio ameno
Buscaba abrigo en esa adulta llama
Del sol que salamandra ya se inflama,
Vi entre su vasto seno
En la grama pender blando rocío,
Que á breve globo aprisionaba el frío,
Y en su lacio verdor me parecía
Lágrimas que lloró la noche fría...

. . . .

Al nacer el lucero luminoso
Vi con primor y aliño cuidadoso
Del esmero Pestano
Del mejor hortelano,
Un rosal tan de gotas salpicado,
Que sudor se ha juzgado,

Que en la lucha valiente
Por escala de sombra subió ardiente.

. . . . , ...

Uno es todo el rocío de la rosa,
Y el que suda la aurora luminosa
En su estación primera;
Un color entre ambas persevera.

. . . .

Allí una rosa infante
Mece en su cuna el céfiro inconstante,
Y en claustro de esmeralda detenida
Virgen se oculta menos pretendida;
Otra al prado se asoma diligente
Por celosías de su verde oriente;
Mas al mirarla trueca vergonzosa
En carmín el candor su tez hermosa,

. . . .

Siendo cada hoja en que ella se dilata
Gota de sangre que de sí desata.

. . . .

Pero ¡ay! que toda aquella pompa hermosa
Del verjel, esta antorcha luminosa,
Esta hoguera que roja al prado inflama,
Siendo cada hoja suya ardiente llama;
Este sol, que á sus rayos fomentaba
Cuanto aseo al jardín le coronaba,
Con desmayo fatal se descompone,
Su luz se apaga al inconstante viento,
Al Occidente el esplendor transpone,
Y la llama consume su ardimiento.
¡Oh, qué breve esta flor tiene la vida,
Pues edad fugitiva la arrebata
De su beldad pirata...
Caduca y lacia cuanto más florida,
Siendo la cuna en que la mece el viento
Su fatal pira y triste monumento!

. . . .

¡Oh tiempo, oh dias, oh naturaleza!
Avara en cuanto ostentas más grandeza

. . . .

Pero ¿qué importa, oh rosa, que tu llama
Tan temprana se apague, aun cuando ardiente,

. . . .

Si permanece fija en la memoria
De tu belleza la pasada gloria?
¡Oh, qué ejemplo tan vivo al desengaño
De una grande belleza!
Lograd, oh Virgen pura,
Este cortés recuerdo en la pureza;
Coged la rosa, pues, de la hermosura,
Cuando ayuda la edad, la edad florida,
Y en vistosas guirnaldas recogida,
Si intacto su verdor guardáis constante,
Vuestra cabeza ceñirán triunfante.
No ajéis su lozanía;
Mirad que la beldad más grata y bella,
Como la flor, fenece con el día...

No hay duda que las sombras del mal gusto empañan todo esto pero tampoco faltan rasgos que recuerdan el tono de las silvas de Rioja; y el que de tal modo escribía y versificaba, merecía, seguramente, haber nacido en edad menos infeliz y tener discípulos más aprovechados que el maestro Evia. Lo cierto es que en Guayaquil no se hicieron mejores versos antes de Olmedo.

Á falta de otro más positivo mérito, tiene el *Ramillete* el de ser uno de los tipos del gongorismo americano y un curioso documento para la historia de las costumbres de la colonia, por estar lleno de versos de circunstancias, elogios fúnebres, sonetos, inscripciones y motes con que en Quito se solemnizaron las honras de la reina Doña Isabel de Borbón, del príncipe D. Baltasar Carlos y del rey Felipe IV; el *Mausoleo Panegírico* de la venerable fundadora del convento de Santa Clara, D.ª Francisca de la Cueva; jeroglíficos, emblemas y anagramas á virreyes y oidores; romances para felicitar al General de la caballería de Quito en días de vistoso regocijo público, ó jácaras para profesiones de monjas; loas sagradas y humanas á Nuestra Señora de Payta, á Nuestra Señora de Guapulo, á los días del arzobispo de Quito, á la festividad de San Ignacio de Loyola, á grados y funciones universitarias. Completan el *Ramillete* algunos opúsculos en prosa: una especie de novela con el título de *El sueño de Celio;* algunas oraciones de certamen, unas en latín y otras en castellano; una invectiva apologética en apoyo de un romance de Domínguez Camargo: curiosa muestra de lo que eran las polémicas

literarias en el infeliz lugarejo de Turmequé por los años de 1652. Si todo ello estuviese escrito con más llaneza, sería interesante y divertido, aunque nada valiese poéticamente; pero el mal gusto llega á tales excesos, que la lectura se torna imposible. ¿Cómo hincar el diente á un cartel de justa poética que empieza con este encabezamiento: «Acorde, plectro, canora cítara y resonante lyra, á »cuyo dulce contacto provoca á las mejores plumas de los más dies- »tros Apolos, sonoros Orfeos y numerosos Amfiones, convida á las »más delicadas voces del coro de las Nueve Hermanas, para que »en armoniosa competencia con los nueve coros, soberanos ruise- »ñores, divinas Filomenas de la gloria, celebren, festejen y aplau- »dan con suaves acentos la cítara del encarnado Verbo, cuya dulce »melodía en el venturoso teatro de Belén gozosos escucharon esos »celestes globos: festivos los arroyos, las flores y plantas, si antes »quebraron grillos de cristal al erizado Diciembre, agora gustosos »aprisionan de nuevo su libertad al encanto dulce de sus divinas »cuerdas». Todo este rótulo para un opúsculo de ocho hojas mal contadas. Y qué diremos de este otro con que el émulo de Domínguez Camargo preludia su invectiva, creyendo, sin duda, lanzar mortífero dardo contra el pobre poeta adversario suyo: «Lucifer en Ro- »mance de Romance en Tinieblas, Paje de Hacha de una noche »culta, y se hace prólogo luciente ó proemio rutilante, ó babadero »corusco, ó delantal luminoso, este primer razonamiento al lector.» Y lo más gracioso es que los que tal escribían hacen alarde á cada momento de su amor á la pureza y sencillez del estilo, llegando á decir Jacinto Evia en un proemio *á la juventud estudiosa*, que «sus poemas *se asemejan mucho á lo cristalino de las fuentes*, por »la suma claridad que hallarás en todos ellos; porque sigo lo que »solía repetir mi maestro, que quería parecer antes humilde en »el estilo y concepto, que levantado por obscuro». Si estas eran las *aguas cristalinas* que tenía que beber la *juventud estudiosa* de Quito y Guayaquil, ¿qué tales serían las lagunas turbias y cenagosas?

Los chispazos de poesía en el maestro Evia son rarísimos: apenas puede leerse con tolerancia otra cosa que el romance

Sol purpúreo de este prado...

que pusimos en nuestra colección, y algún rasgo todavía más fugitivo, como este final de una décima, de sabor calderoniano:

Mas ¡ay! cuán en breves plazos
Llegué mi dicha á gozar,
Pues solo vino á estribar
Del alma tan dulce empeño,
En breves sombras de un sueño
Que se acabó al dispertar

En los villancicos tiene cierto sabor popular y llaneza relativa; por ejemplo, en el de la buena ventura de la gitana al niño Jesús:

Dame una limosnita,
Niño bendito,
Dame las buenas pascuas
En que has nacido:
Niño de rosas,
Dale á la gitanilla
Pago de glorias.
Si me das la mano,
Infante divino,
La buenaventura
Verás que te digo.
Miro aquí la raya
Que muestra que aun niño
Verterás tu sangre,
Baño á mis delitos.
Serás de tres reyes
Rey reconocido,
Y á este mismo tiempo
De un rey perseguido.
En tu propia patria,
Con ser el rey mismo,
Vivirás humilde,
Vivirás mendigo...

Parece que descansa el ánimo cuando de las lobregueces del *Ramillete Poético* (y de fijo no serían menores las de otros poetas culteranos de quienes no conocemos más que el nombre, puesto que de algunos de ellos se dice por gran elogio que «escribía en lenguaje hispano-latino») se pasa al pequeño grupo de los jesuítas poetas, no muy inspirados, pero sí muy sensatos, que salieron de los colegios

de Quito y Guayaquil, en el siglo XVIII, y que víctimas de la catástrofe de su orden, honraron el nombre de su patria en los centros de la cultura italiana. No hay entre ellos ninguno comparable á los Alegres, Abades, Landívares, Clavijeros y Molinas, que procedían de otras partes de América donde la cultura había echado más raíces; pero como historiador y aun como naturalista tiene mérito indisputable el P. Velasco, y los poetas, aunque por lo general de escaso numen, prueban que había llegado bastante pronto á las regiones ecuatorianas el cambio de gusto. Sólo el P. Juan Bautista Aguirre, guayaquileño, conserva resabios del conceptismo, ó más bien del equivoquismo de Gerardo Lobo y de Benegasi, y á juzgar por la única poesía suya que hemos visto (las décimas que compuso burlándose de Quito y elogiando á Guayaquil), más bien debe ser puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque no se le puede negar cierta gracia descriptiva, y ésta no solamente en lo burlesco:

Guayaquil, ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
De la mar perla preciosa,
Cuya costa poderosa
Abriga tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto,
Entre nácares divisa
Congelado en bella risa,
Lo que el alba vierte en llanto.

. . . .

Tribútanla con desvelo,
Entre singulares modos,
La tierra sus frutos todos,
Sus influencias el cielo:
Hasta el mar, que con anhelo
Soberbiamente levanta
Su cristalina garganta
Para tragarse esta perla,
Deponiendo su ira al verla
Le besa humilde la planta.

Los elementos de intento
La miran con tal agrado,

Que parece se ha formado
De todos un elemento:
Ni en ráfagas brama el viento,
Ni el fuego enciende calores,
Ni en agua y tierra hay rigores;
Y así llega á dominar
En tierra, aire, fuego y mar,
Peces, aves, frutos, flores.
Los rayos que al sol repasan
Allí sus ardores frustran,
Pues son luces que la ilustran
Y no incendios que la abrasan.
. . . .
Templados de esta manera
Calor y fresco entre sí,
Hacen que florezca allí
Una eterna primavera;
Por lo cual, si la alta esfera
Fuera capaz de desvelos,
Tuviera, sin duda, celos
De ver que en blasón fecundo
Abriga en su seno el mundo
Este trozo de los cielos.
. . . .

Mayores alientos tuvo el P. José Orozco, natural de Riobamba, autor de un poema épico en cuatro cantos y en octavas reales sobre *La Conquista de Menorca* en 1782, que por primera vez dió á luz el Sr. Mera en su libro ya citado acerca de la poesía ecuatoriana. El poema es uno más entre los innumerables de su clase y de su tiempo; pero no puede decirse que carezca de cierto mérito relativo. No falta, por supuesto, la consabida *máquina*, y es de las más estrafalarias que pueden imaginarse: *un personaje raro*, que resulta ser el propio dios Marte, se presenta en el palacio del bueno de Carlos III y después de rendirle *cortés obsequio*, le exhorta á emprender la conquista de Menorca y confiar el mando al Duque de Crillón.

Pero á despecho de tan disparatado plan, que tiene muchos similares en cantos épicos del siglo XVIII y aun de más acá, el autor acierta á veces con octavas tan felices como ésta, en que se reconocerá sin esfuerzo el original de unos famosos versos de Heredia.

Como en contrario clima degenera
No pocas veces desgraciada planta,
Aun cuando cuidadoso más se esmera
En su cultivo aquel que la trasplanta,
Tal mi musa infeliz en extranjera
Región se ve degenerar, si canta;
Aura nativa fáltale, y con ella
El dulce influjo de benigna estrella.

No creemos que Heredia, que de exceso de erudición no pecaba, hubiese leído *La Conquista de Menorca*, que, según creemos, estuvo inédita hasta 1868, pero la semejanza es tan próxima y evidente, que no podemos explicarla sino por la existencia de un modelo común, que hasta ahora no hemos podido descubrir cuál sea. De todos modos, quien fué capaz de escribir esta octava no era poeta vulgar, por más que haya dejado otras pésimas y ninguna igual á ésta.

Tuvo el P. Orozco un hermano, jesuíta como él, autor de una interminable elegía en doscientas décimas, con el título de *Lamentos por la muerte de la Compañía de Jesús, y consuelos al ver que comienza á resucitar en la Rusia*, que si no honran mucho su talento poético, prueban á lo menos su filial amor á la Compañía, de la cual dice entre otras cosas:

No hubo lugar que se hallase
Aunque remoto é inculto,
Donde á Dios el sacro culto
Tu celo no tributase:
No hubo nación que quedase
Á tus ojos escondida,
Y que no diese rendida
Á Jesús el corazón,
Por ti hallando salvación
En las fuentes de la vida.

El P. Ramón Viescas es, de todos estos poetas, el que muestra más arte, mejor gusto y más sólidos conocimientos de humanidades. Tradujo é imitó mucho del italiano y aun del francés, pero con estilo propio y con soltura. *El sueño sobre el sepulcro de Dante*, la canción *á la extinción de la Compañía de Jesús*, la elegía *á la mnerte del P. Ricci en las prisiones*, son paráfrasis ó imitaciones; pero sea lo

que quiera de su originalidad, son poesías de noble asunto, de entonación lírica, de sabor clásico, de mucho jugo en las ideas, y de versificación armoniosa y pulcra en general, aunque no enteramente libre de prosaísmos y descuidos, bien perdonables en versos que su autor no parece haber destinado nunca á la publicidad. Los romances y décimas de donaire, que componía con mucha facilidad, no carecen tampoco de gracia.

De otro jesuíta de Riobamba, el P. Ambrosio Larrea, se conservan sonetos no despreciables en castellano y en italiano, mejores éstos que aquéllos (1). Su hermano el P. Joaquín Larrea versificó únicamente en italiano. El P. Joaquín Aillón dejó algunos versos latinos de poca monta.

Todavía no hemos apurado la lista de esta brillante emigración. Al P. Juan de Velasco hay que perdonarle sus versos desaliñados é insulsos, ó más bien olvidarlos de todo punto, en consideración á su verídica y noticiosa *Historia del reino de Quito*, que es su verdadero título al agradecimiento de la posteridad. Basta citar al vuelo los nombres del P. Juan Ullauri, del P. José Garrido, del P. Nicolás Crespo y el P. Juan Arteta, versificadores latinos, y finalmente del P. Mariano Andrade, autor de un romance bastante sentido despidiéndose de Quito:

Esa ciudad donde el cielo
Gastó todos sus aliños,

(1) Creemos digno de transcribirse, sin embargo, un soneto castellano *á la Virgen de los Dolores:*

No al sol la nube afea si le encubre,
Ni del alba el llorar quita á las flores
Sus hermosos, vivísimos colores,
Antes más agradables los descubre;
Las lluvias, más frecuentes en Octubre,
Aumentan en el prado los verdores;
Con ellas el jazmín crece en candores
Y la rosa de púrpura se cubre:
Tal, oh Virgen bellísima, tu llanto,
Como el tierno rocío de la aurora,
Muestra sólo el dolor, muestra el quebranto;
Pero así como el alba cuando llora
Es de los ojos peregrino encanto,
Así el llorar en ti más enamora.

Como si plantase allí
El celeste paraíso;
Esa ciudad donde el arte
Supo excederse á sí mismo,
Viéndose lo natural
Junto con el artificio;
. . . .
Esa ciudad donde todo
Tiene en sí tales hechizos,
Que aun las piedras de las calles
Parecen de imán activo.
Allí es donde siempre el aire,
Adulando los sentidos,
Es respiración vital,
Templadamente benigno;
Allí donde amante el sol,
Con inseparable giro,
Está siempre vertical
Por contemplar aquel sitio;
Allí donde los vergeles,
Con su natural cultivo,
Deliciosamente juntan
Lo fértil con lo florido;
. . . .
Allí entre tantos verdores,
Donde todo está florido,
Quedó mi esperanza muerta,
Reverdeciendo el olvido;
Allí la gente que habita
Tiene por lengua el cariño,
Por corazón la blandura,
Y por alma el beneficio.
. . . .
La planta que se ha arrancado
De su terreno nativo,
Muere, perdiendo aquel suelo,
Y á quien debió su cultivo:
Así también yo, arrancado
Del propio suelo patricio,
Daré la vida, perdiendo
El terreno en que he nacido (1).

(1) Nótese la coincidencia de estos versos con los ya citados del P. Orozco y de Heredia.

Recibe, pues, patria mía,
Estos amantes suspiros.
¡Oh, quién te enviara hasta el alma
Con los suspiros que envío!
Recíbelos, y si acaso
Su dueño no has conocido,
En viendo turbado tu aire,
Conocerás que son míos.

. . . .

No es mi dolor como aquellos
En que manda el albedrío,
Sino tan forzoso, que
Sale el llanto sin arbitrio.
Mas ¿qué mucho que así sea,
Si en la causa por que gimo,
Hasta lo invencible llora
Con tristes, mudos gemidos?
Mis ayes vienen á ser
Como aquel eco preciso
Qué repite el tronco ó bronce
De algún duro golpe herido.

. . . .

Hay en estos versos una simpática mezcla de ingenuidad y discreteo, que nos hace lamentar la pérdida de las demás composiciones que sin duda escribiría el P. Andrade (1).

Honda brecha abrió la expulsión de los jesuítas en la cultura literaria del Ecuador, que apenas tenía más profesores de humanidades

(1) Al P. Velasco se debe la conservación de todas las poesías de jesuítas ecuatorianos citadas en el texto y de otras muchas de menos importancia que omitimos. Fueron recogidas por él en una miscelánea en seis volúmenes que formó, llamándose *El Ocioso de Faenza.*

El P. Velasco murió en 1819, á la avanzadísima edad de noventa y dos años, y sus papeles, confiados á un sobrino suyo, fueron trasladados al Ecuador por D. José Modesto Larrea, en 1825. Después de varias vicisitudes, estos manuscritos fueron depositados en la Biblioteca Nacional de Quito, por orden del presidente García Moreno. Pero parece que en estos últimos años han desaparecido los tres últimos volúmenes. Afortunadamente, las principales composiciones habían sido dadas á luz por el Sr. Mera en 1868. No todos los versos contenidos en el ms. de Faenza son de jesuítas; hay también algunos de

que aquellos Padres; pero allí, como en Nueva Granada, la influencia de las expediciones de astrónomos, geodestas y naturalistas europeos, vino á levantar el nivel de la cultura científica en la segunda mitad del siglo XVIII, despertando al mismo tiempo cierta fermentación del espíritu crítico, que no podía menos de ser precursora de otro género de novedades. De 1735 á 1744, con objeto de determinar la verdadera magnitud y figura de la tierra, por la medida de algunos grados del meridiano terrestre, visitaron las regiones equinocciales los sabios franceses Godin, Bouguer, La Condamine y Jussieu, y los españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, que consignaron sus *Observaciones astronómicas y físicas* en un libro memorable. Quito dió cinco dibujantes á la expedición de Mutis, y una especie de Mecenas científico en la persona de D. Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, que había de ser, andando el tiempo, uno de los principales miembros de la Junta revolucionaria de 1809 y una de las primeras víctimas de las represalias de los realistas. En 1801 Humboldt y Bonpland llegaban á Quito, ampliamente favorecidos por el Gobierno de Carlos IV, para sus grandes estudios sobre la Física del Globo y la Geografía de las plantas. Poco después, el inmortal y desventurado neogranadino Caldas, emprendía un viaje botánico al Ecuador, con el principal objeto de estudiar en su terreno nativo las quinas de la provincia de Loja. «Sobre este importante asunto (dice un docto biógrafo de Mutis) (1) escribió Caldas una Memoria llena de oportunas observaciones, y trazó un plano geográfico para manifestar el estado de los montes donde crecen aquellos preciosos arbustos: comisionado por el presidente Carondelet, recorrió las montañas de Malbucho, y delineó y trazó el camino que pretendía abrir desde la ciudad de Ibarra hasta el Pacífico aquel virtuoso

poetas seglares, entre los cuales se citan un romance de una Musa Quitense *Á las Siete Palabras del Redentor en la Cruz*, y una canción burlesca *Á una dama de travieso genio, por un ingenio travieso quitense*. Vid. en los *Anales de la Universidad Central del Ecuador* (Serie 4.ª—1890) un artículo del Dr. D. Manuel M. Pólit, sobre *Poetas Ecuatorianos del siglo* XVIII.

(1) Don Federico González Suárez, actualmente Arzobispo de Quito, *Memoria Histórica sobre Mutis y la expedición botánica de Bogotá en el siglo pasado* (1782-1808)... Quito, 1888, pág. 95.

magistrado. Rico en ciencia y abundantemente provisto de un copioso herbario de plantas ecuatoriales, de planos geográficos y de preciosas observaciones, regresó á Bogotá, donde, á la muerte de Mutis, se le confió el cargo de director de la Expedición Botánica.»

No necesitaba mayores estímulos el ingenio vivo y agudo de los quiteños para dar brillante muestra de sí, á pesar del embarazo de la falta de imprenta (1). En 1779 empezó á correr de mano en mano en la ciudad de Quito y luego en otras de América, no sin que algunas copias llegaran á España, un libro que agitó poderosamente la opinión, con el título de *Nuevo Luciano ó despertador de ingenios.* Su autor seguía resueltamente las huellas de Feijóo y del famoso arcediano de Évora Luis Antonio de Vernei, comúnmente llamado *el Barbadinho*, atacando de frente y sin contemplaciones ni miramien-

(1) Los jesuítas tuvieron en su colegio de Ambato una pequeña imprenta doméstica, dirigida por el hermano coadjutor Adán Schwartz. El primer opúsculo que se conoce es el Catálogo de los religiosos que componían la provincia Quitense en 1754. Esta imprenta fué trasladada á Quito en 1760, bajo la dirección del mismo lego alemán. Sólo se conocen nueve producciones de esta oficina, y ninguna importante. En 1767 fué embargada con todos los demás bienes de la Compañía. Ya en 1754 había presentado una solicitud al Consejo de Indias D. Alejandro Coronado, vecino de Quito, para establecer imprenta en aquella ciudad. D. Dionisio de Alcedo y Herrera, persona tan entendida en cosas de América, y que acababa de desempeñar la Presidencia de Quito, esforzó pronto esta solicitud, alegando entre otras cosas que «la Universidad y Colegio de los jesuítas, poblados de estudiantes y catedráticos distinguidos, después de leer los cursos de facultades mayores, perdían en seguida su trabajo por falta de imprenta; que las órdenes circulares del Gobierno se repartían tarde y á mucho costo; que los litigantes, allí donde había Audiencia, carecían, por eso, de los medios de presentar impresos los informes de sus letrados; y que aun en los actos ordinarios de la vida social, los particulares se veían obligados á repartir de mano sus esquelas y convites, á costa de mucho trabajo y gasto; para cuyo remedio, en ciertos casos, como para el reparto de las cédulas de comunión, se ocurría á un molde de madera, y las novenas y libros de devoción se enviaban á Lima, para ser impresos allí á crecido precio por causa del transporte, y con la pérdida de tiempo consiguiente». Aunque el Consejo otorgó á Coronado la licencia ó privilegio que solicitaba, no llegó á hacer uso de él, y el establecimiento de la imprenta en Quito se retrasó todavía veinte años. Desde 1767, fecha de la expulsión de los jesuítas,

to alguno el vicioso método de estudios que prevalecía en las colonias, trasunto fiel, aunque todavía más degenerado, del que imperaba en la Península durante la primera mitad del siglo XVIII. Era autor de esta aguda y violenta sátira, dispuesta en forma de diálogos, en que no escaseaban los nombres propios ni los ataques personales, un descendiente de la raza indígena, el Dr. D. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, médico y cirujano, con fama de muy hábil en el ejercicio de su profesión, y con fama todavía mayor y bien merecida de hombre de conocimientos enciclopédicos, de gran variedad de aptitudes, de ingenio despierto y mordaz y de grande inclinación á las ideas novísimas, así en lo científico como en lo social y en lo religioso. Arrastrado por estas propensiones suyas, hizo en una sátira posterior al *Nuevo Luciano*, amarga censura del régimen colonial, encarnizándose con el ilustre Marqués de la Sonora, cuya política ultramarina como ministro de Carlos III ensalzan y ponen hoy en las nubes los mismos americanos que profesan doctrinas análogas á las que el Dr. Espejo difundía. Esta sátira, calificada por el Presidente de Quito de *sangrienta y sediciosa*, valió al Dr. Espejo un año de cárcel, y luego un largo destierro á Bogotá, donde se entendió con Nariño y otros criollos de ideas afines á las suyas, y contribuyó á preparar el movimiento insurreccional de 1809. Las ideas que hervían en la cabeza del médico ecuatoriano, bien claras se revelan en el famoso y en algunos pasajes elocuente

hasta 1773, hay un nuevo paréntesis, y otro mucho más largo é inexplicable hasta ahora, desde 1799 hasta 1817.

Vid. Anrique (D. Nicolás): *Noticia de algunas publicaciones ecuatorianas anteriores á 1792*, [en el *Diario Oficial* de 1891].

González Suárez (D. Federico): *Bibliografía Ecuatoriana* (en el núm. 48 de los *Anales de la Universidad de Quito).*

Medina (D. José Toribio): *La Imprenta en Quito* (1760-1818). Santiago de Chile, 1904. De Guayaquil no se conoce ningún impreso anterior á 1810.

Es cosa muy digna de notarse que el arte del grabado apareció en Quito medio siglo antes que la imprenta. La primera muestra que se conoce es el plano del curso del río Marañón, trazado por el célebre jesuíta P. Samuel Fritz y grabado por Juan de Narváez en 1707. Se reprodujo en el tomo XV de las *Lettres ediffiantes* (Paris, 1717). Los ejemplares del mapa original son rarísimos.

discurso que desde Bogotá dirigió al Cabildo de Quito y á los fundadores de una especie de sociedad económica que tomó el título de *Escuela de la Concordia*. El autor empieza diciendo: «Vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplorable.» ¡Como si sus propios escritos, nacidos bajo el régimen colonial y al calor de ideas venidas de España, no fuesen la prueba más perentoria de lo contrario!

La *Escuela de la Concordia* duró poco, y todavía menos el periódico que ella fundó en Enero de 1792 con el título de *Primicias de la cultura de Quito* (1). El Dr. Espejo, acusado, con razón ó sin ella, de complicidad en nuevos planes revolucionarios, murió en un calabozo por los años de 1796, y sus obras quedaron inéditas, incluso el *Nuevo Luciano*, que es la más importante de todas, y que esperamos ver pronto de molde por diligencia de la Academia Ecuatoriana.

Esta obra crítica está dividida en nueve conversaciones, siendo interlocutores dos personas reales y verdaderas, el Dr. D. Luis de Mera, natural de Ambato, que defiende la causa de la razón y del buen gusto y lleva la voz del autor, y el poetastro D. Miguel Murillo, en cabeza del cual se ponen todas las corruptelas literarias. Sucesivamente van discurriendo sobre la Retórica y la Poesía, sobre el criterio del buen gusto, sobre la Filosofía, sobre là Teología Escolástica, sobre un nuevo y reformado plan de estudios teológicos, sobre la Teología Moral de los jesuítas y sobre la Oratoria sagrada. Las fuentes principales de la doctrina literaria del Dr. Espejo son las *Reflexiones* de Muratori *sobre el buen gusto*, las *Conversaciones de Aristo y Eugenio* del P. Bouhours, y más especialmente el *Verdadeiro methodo d'estudar* del *Barbadinho*, con la misma mala voluntad de este último contra las escuelas de los jesuítas, y aun acrecentada y subida de punto. Del gusto de los de la provincia de Quito nos da extrañas noticias, afirmando que imitaban y admiraban á Lucano con preferencia á cualquier otro poeta latino, y que no tenían en sus bibliotecas un Longino ni un Quintiliano. De aquí deduce que ignoraban totalmente el alma de la Oratoria y de la Poesía,

(1) Sólo llegaron á publicarse siete números, cuyo índice puede verse en *La imprenta en Quito*, de Medina, págs. 68-74.

«que consiste en la naturalidad, moderación y hermosura de imágenes vivas y afectos bien expresados», y que, por el contrario, preferían siempre lo brillante á lo sólido, lo metafísico á lo propio, lo hiperbólico á lo natural, siendo sus autores favoritos en el Parnaso español, Villamediana y Bances Candamo, el portugués Antonio de Fonseca Soares (Fr. Antonio das Chagas) y un cierto D. Luis Verdejo, autor de un poema gongorino sobre el *Sacrificio de Ifigenia.* Lo que asombra verdaderamente, é indica cuán débil era el sentido del arte en este reformador tan audaz, es que á renglón seguido de tales censuras, conceda la palma entre todos los poemas españoles á la *Farsalia* de Jáuregui (que además de ser una traducción, aunque parafrástica y valiente, es en el estilo tan obscura, inextricable y culterana como el mismo *Polifemo*), y á la *Lima fundada* del Doctor Peralta Barnuevo, que fué sin duda un monstruo de erudición, pero hombre de muy escasas dotes poéticas, y además conceptista furibundo, grande amigo de sentencias simétricas y de rebuscadas antítesis..

El *Nuevo Luciano*, cualquiera que sea su valor intrínseco, es (después del *Apologético* de Espinosa Medrano) la más antigua obra de crítica compuesta en la América del Sur. En tal concepto, y á título de curiosidad histórica, era imposible omitirla (1).

(1) Mi difunto amigo el eminente humanista D. Miguel A. Caro me facilitó copia de la parte del *Nuevo Luciano* referente á la Retórica y la Poesia; y además las siguientes noticias acerca de una impugnación que se escribió en Lima:

«*Marco Porcio Catón* ó *Memorias para la impugnación del «Nuevo Luciano de Quito». Escribiólas Moisés Blancardo, y las dedica al Ilmo. Sr. Dr. D. Blas Sobrino y Minayo, dignísimo obispo de Quito, del Consejo de S. M.*—En Lima, año de 1780. Ms. de 90 folios en 8.°

»Apuntes macarrónicos, más bien que Memorias, debía haberse intitulado esta obrilla, escrita en culto y dividida en veinte capítulos cortos. El autor del *Nuevo Luciano*, hombre de claro y sagaz talento, pero imbuído en el espíritu revolucionario que soplaba en Francia, atacó en conjunto y por su base el sistema tradicional de educación, y en especial los métodos jesuíticos. Blancardo respira la saña de que estaban poseídos los que se consideraban ofendidos y afrentados por el autor del *Nuevo Luciano.* En esta impugnación, gongórica al par que virulenta, hallamos algunos, aunque pocos, datos cu-

No fué Espejo el único ni el principal hombre de ciencia que el siglo XVIII produjo en el Ecuador. Él mismo, en el discurso ya citado, hace patriótica, aunque hiperbólica conmemoración de algunos otros, y especialmente de D. Pedro Maldonado, «una de esas almas »raras y sublimes que tienen en la una mano el compás y en la otra »mano el pincel, quiero decir un sabio profundamente versado en »la geografía y geometría, y diestro escritor de la Historia; un sabio »ignorado en la Península, no bien conocido en Quito, olvidado en »las Américas y aplaudido con elogios sublimes en aquellas dos »cortes rivales, en donde, por opuestos extremos, la una tiene por »patrimonio la severidad del juicio, y la otra el resplandor del in-

riosos, respecto de la obra y autor impugnados. El *Nuevo Luciano* circuló primero anónimo, y en la segunda publicación (no impresión) de aquella obra, el autor tomó los nombres fingidos de «Dr. D. Javier de Cía, Aróstegui »y Perochena», no habiendo—añade su impugnador—«en la República Lite- »raria ni en el distrito político de Quito ningún hombre honrado que así se »nombre» (cap. III). El *Nuevo Luciano* andaba en manos de todos. «¿Y acaso »no se oyó también—dice Blancardo—que se había remitido á Lima, para »que añadido volviera impreso? ¿Y acaso no hay quien diga que anda publi- »cado por medio de la prensa, y que se le ha visto en los estudios de algunos »amigos de la novedad?»

»No parece haberse confirmado la noticia de tal publicación que el anónimo impugnador creía realizada. Consta, sí, por una carta de Espejo, que éste remitió ó pensó remitir su obra á Madrid, para que se imprimiese bajo los auspicios del Conde de Campomanes.

»Hacia el fin de su impugnación, anuncia Blancardo una segunda parte, que, según creemos, no llegó á escribirse. El Dr. Espejo respondió á la primera en su opúsculo *La ciencia blancardina, ó contestación á las Memorias de Moisés Blancardo*.»

Véase, acerca del Dr. Espejo, el *Ensayo* de D. Pablo Herrera *sobre la historia de la literatura ecuatoriana*, páginas 82-86, y 125-146.

En Cuenca (del Ecuador), 1888, se han publicado, como folletín de *El Progreso*, las *Cartas Riobambenses* del Dr. Espejo y las *Primicias de la cultura de Quito*. En el número 5 de estas *Primicias*, un Dr. Antonio Marcos anuncia desde Cuenca, con fecha de 11 de Febrero de 1791, tener muy adelantada una traducción parafrástica del Salterio en variedad de metros castellanos, y pone como muestra el primer salmo, en estilo bastante parecido al de Olavide.

»genio. Londres y París celebran á competencia al insigne Maldo- »nado... Sus obras de gran precio, que contienen observaciones so- »bre la Historia Natural y la Geografía, las reserva Francia como »fondo precioso... La Sociedad á su tiempo deberá destinar un so- »cio que pronuncie un día el elogio fúnebre del Sr. D. Pedro Mal- »donado, gentilhombre de Cámara de Su Majestad Católica y á cuya »no bien llorada pérdida, el famoso Sr. Martín Folkes, presidente »de la Sociedad Real de Londres, tributó las generosas lágrimas de »su dolor. Habiendo yo hecho memoria de un tan raro genio quite- »ño, que vale por mil, excuso nombrar los Dávalos, Chiribogas, Ar- »gandoñas, Villarroeles, Zuritas y Onagoytias. Hoy mismo el intré- »pido D. Mariano Villalobos descubre la canela, la beneficia, la »acopia, la hace conocer y estimar. Penetra las montañas de canelos, »y sin los aplausos de un Fontenelle, logra ser en su línea superior á »Tournefort, porque su invención, más ventajosa al Estado, hará su »memoria sempiterna.»

Pero sea lo que fuere del mérito de estos hombres de ciencia, á cuyos nombres puede añadirse el del guayaquileño D. Pedro Franco Dávila, organizador y primer Director del Gabinete de Historia Natural de Madrid, al cual sirvieron de base sus propias colecciones adquiridas por Carlos III, es lo cierto que el grande agitador de las ideas en aquella parte de América fué el Dr. Espejo, quien dando nueva dirección á los estudios, educó aquella briosa y alentada generación, que pudo enviar á las Cortes de Cádiz á Don José Mejía, como representante de Quito (1), y á D. José Joaquín de Olmedo, como representante de Guayaquil. Desde sus primeros discursos, Mejía arrebató á todos los diputados americanos la palma de la elocuencia, y si su prematura muerte no hubiese agostado tantas esperanzas, sería hoy mismo venerado como una de las glorias de nuestra tribuna, puesto que á ninguno de nuestros diputados reformistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura, y á todos aventajaba en la estrategia parlamentaria, que pareció adivinar por

(1) Realmente Mejía fué diputado por Santa Fé de Bogotá, y así se consigna en su epitafio que escribió Olmedo. Quito dependía entonces del Virreinato de Nueva Granada.

instinto en medio de aquel Congreso de legisladores inexpertos.

Olmedo apenas dejó otro recuerdo de su paso por aquella memorable asamblea que su firma al pie de la Constitución de 1812; pero aquel viaje no fué indiferente ni para la dirección de su gusto ni para la exaltación de sus ideas. Mas antes de hablar de él y de sus poesías, conviene abrir un breve paréntesis para recordar que el movimiento de independencia de 1809 y el sangriento conflicto entre peninsulares y criollos, despertó en el Ecuador, como en lo restante de América, la inspiración poética del vulgo, dando ocasión á un número considerable de versos de circunstancias, de los cuales ha formado interesante colección el Sr. Mera, por apéndice á la de *Cantares del pueblo Ecuatoriano*. Estos versos, como casi todos los de su clase, suelen ser triviales, pedestres y chabacanos, así en la forma como en el concepto; pero siempre tienen curiosidad histórica, como expresión fiel de las opuestas pasiones que dominaron en épocas ya remotas. Abundan bastante las décimas y ovillejos de los realistas, y no es de suponer que todos fuesen compuestos por españoles. La opinión hubo de estar al principio muy dividida, y sin la hórrida matanza del 2 de Agosto de 1810, quizá no hubiesen llegado tan pronto las cosas al punto á que llegaron. Las poesías más notables, entre las coleccionadas por el Sr. Mera, son gritos de indignación después de aquella catástrofe. Una de estas composiciones, con título de *Canto lúgubre*, está interpolada con textos de la Sagrada Escritura, y no parece obra de poeta iliterato. Tampoco serían tales los que en otras composiciones emplean endecasílabos, y aun estrofas sáficas. Sólo en su condición de anónimos pueden pasar por versificadores populares. Por sus improvisaciones alcanzaron fama cuatro hermanos de Riobamba, D. Juan, D. Benigno, D. Fortunato y D. Lucas Larrea; y algunas de las décimas y letrillas satíricas que se les atribuyen, no carecen de gracia, y expresan el desencanto que se apoderó del ánimo de muchos patriotas en vista de las calamidades que siguieron á la Independencia.

Y con esto llegamos á la presencia del cantor de Junín, de quien no parece fácil decir nada nuevo, después de los excelentes y maduros fallos que sobre sus versos han formulado tantos y tan excelentes críticos, entre los cuales merecen la palma D. Miguel Anto-

nio Caro, D. Rafael Pombo y D. Manuel Cañete. Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres ó cuatro grandes poetas del mundo americano: no falta quien le dé la primacía sobre todos, y, dentro de cierto género y estilo, no hay duda que la merece. Bello es más perfecto y puro, más acrisolado de dicción, mayor humanista y de arte más exquisito: Heredia más apasionado y también más espontáneo, pero lleno de tropiezos y desigualdades cuando no acierta soberanamente. Si al cantor de la Zona Tórrida fué concedida la ciencia profunda de la dicción, y al poeta del Niágara la contemplación melancólica y apasionada, Olmedo tuvo, en mayor grado que ninguno de ellos, la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes, que á la par hinchen el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía. El *os magna sonaturum* de Horacio, parece inventado para poetas como Quintana y Olmedo.

Con decir que Olmedo es el Quintana americano, todo español, aun sin haber leído los versos del vate del Guayas, puede formarse cabal idea de sus perfecciones y también de sus defectos. El énfasis oratorio, transportado á los dominios de la poesía lírica, puede dejarnos fríos hoy á los que no participamos, sino tibiamente, de aquella explosión de afectos que fué en su tiempo enérgica y sincera; pero ¿cómo negar que en aquella forma grande y majestuosa se alberga un numen poético, digno habitador de tan solemne templo? Si no se leen los versos con los ojos de la historia, ¡cuán pocos versos habrá que sobrevivan! Y no porque les falte belleza, sino porque son rarísimas en arte aquellas bellezas evidentes é inmaculadas que no requieren interpretación alguna para que á su sola presencia todo el mundo las reconozca y las admire. Y el arte lírico de Quintana, de Gallego y de Olmedo, si en algo y aun en mucho es eternamente admirable, en algo y en mucho también está ligado á condiciones de tiempo y de lugar, á tradiciones de estilo, á hábitos de escuela, que subjetivamente pueden agradar más ó menos, pero cuya clave sólo puede encontrarse en el desinteresado estudio de la historia literaria, que es la más eficaz medicina contra las prevenciones de todo gusto exclusivo.

Era esta escuela clásica en las formas, pero moderna en el espíri-

tu. Clásica por la educación de los poetas, y á veces por reminiscencias de pormenor, pero con cierto género de clasicismo general y difuso, que, manteniendo la nobleza de estilo y dando con ello indicio de su alcurnia, dejaba, no obstante, al genio poético espaciarse fuera de la imitación deliberada de tal ó cual clásico de la antigüedad greco-latina. Y como al propio tiempo eran ideas enteramente modernas, ideas del siglo XVIII, y en grado no corto revolucionarias, las que tales poetas profesaban, este género de pasión contemporánea ardorosamente sentida, tenía que dar temple y nervio singular á sus canciones, haciendo de ellas un producto nuevo, una creación viva, de cuya eficacia social no hay que dudar, puesto que los hechos políticos dan de ella irrefragable testimonio. No fué, no, una musa de academia la que dictó la oda *Á la Imprenta*, ni el *Dos de Mayo*, ni el *Canto á Junín*, ni hubo nadie que en aquellos inflamados acentos viera entonces, como hoy quieren ver algunos ignorantes, la mano de un declamador ó de un sofista. No hay siglo alguno destituído de poesía, y el mismo siglo XVIII, tan prosaico en apariencia, tuvo, ya próximo á expirar en medio de la tormenta revolucionaria, una explosión magnífica de cantores de su ideal filantrópico, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en España. Limitándonos á nuestra lengua, Meléndez, aunque tímidamente, y Cienfuegos, de un modo incorrecto y nebuloso, abrieron el camino á la potente musa de Quintana y á la más severa y disciplinada, si menos genial y fecunda, de D. Juan Nicasio Gallego. Equidistante de uno y otro, como tercer luminar de la escuela, hay que poner á Olmedo, aún más avaro que Gallego en la producción, nimio á veces como él en la cultura de los detalles, si bien no llega á su perfección sostenida, émulo suyo en la variedad de tonos y en el concierto de luces y sombras, ya impetuoso y arrebatado, ya apacible y ameno, pero sobre todo lleno de férvida animación en el conjunto.

Recibió Olmedo en las aulas de San Marcos de Lima educación enteramente clásica, que robusteció luego con el estudio privado, y seguramente con el trato de los principales poetas españoles durante su residencia en Cádiz. Estaba penetrado, empapado, digámoslo así, de la poesía antigua, y sin querer se le venían á la mente y á la

pluma recuerdos de sus lecturas favoritas. No los buscaba trabajosamente, sino que por sí mismos llegaban á incrustrarse en sus cantos, y por eso todo lo que traduce ó imita conserva en él tanta frescura y tanta juventud. No es un centón, no es un mosaico el *Canto de Junín*, aunque esté lleno de reminiscencias antiguas, que son como piedras arrancadas de los monumentos de Grecia y Roma para labrar con ellas el monumento de un héroe moderno.

Píndaro americano se ha llamado á Olmedo, como *Píndaro español* á Quintana; pero conviene entenderse sobre esto. La poesía pindárica, en sus caracteres formales, enlazada con una música que casi desconocemos, ligada á juegos y fiestas cuyo sentido hemos perdido, escrita en un ritmo que á duras penas percibimos, llena de digresiones mitológicas, genealógicas y arqueológicas muy interesantes para el triunfador de Olimpia ó de Nemea y para sus parientes y conciudadanos, pero que son para nosotros letra muerta sin el auxilio del comentario, es manjar de helenistas muy curtidos, pero no es imitable en lenguas modernas. Desde la infeliz tentativa de Ronsard y su *pléyade* francesa del siglo XVI, hasta el italiano Filicaia y el portugués Antonio Diniz, los fracasos han sido tantos como los ensayos. Lo que hay que tomar de Píndaro no es lo material y exterior, no son las divagaciones ni el plan aparentemente descosido, no es la división en estrofas, antistrofas y épodos (como lo hizo alguna vez nuestro inmortal Quevedo), sino el alma lírica, la solemne y religiosa elevación del pensamiento, que transforma la victoria de un día, el caso humano particular y transitorio, el certamen del púgil ó del conductor de carros, en materia ideal de altísima contemplación sobre el destino humano (iniciación la más sublime que los misterios eleusinos podían transmitir á sus adeptos, y sin duda la más pura que conoció la gentilidad); la cadena de oro con que el lírico tebano liga todas las cosas humanas y divinas, y, finalmente, la devoción patriótica y doméstica que en sus metros lo ennoblece y transfigura todo. La forma de Píndaro es ya inasequible, su estudio pura materia de recóndita erudición, pero el espíritu de Píndaro continúa volando sobre las frentes de todos los grandes líricos dignos de este nombre, y suelen encontrarle más los que menos le buscan. Fr. Luis de León, que en su hermosa traducción de la *Olimpiaca primera* fijó

para siempre la única forma de adaptación castellana en que Píndaro cabe, se guardó mucho de imitarle en sus odas originales; y Herrera, que no acertó á ser pindárico la única vez que se le ocurrió ensayar la imitación directa, resultó poeta de la familia de Píndaro, y aun émulo suyo, en sus dos canciones bíblicas, en que la inspiración y hasta las palabras no bajan del Citerón, sino del Sinaí.

Quintana también (aunque por muy distinto rumbo, como amamantado á los pechos de la Enciclopedia, y no á los de la Biblia), fué pindárico en la substancia ya que no en el modo, gran poeta *social*, intérprete de ideas y sentimientos trascendentales á su siglo y á su pueblo. Y si como poeta bélico tiene más afinidad con Tirteo, cuya lira él quería desenterrar para lanzar por los campos castellanos *los ecos de la gloria y de la guerra*, tampoco aparta nunca de su memoria, como ideal de altísima poesía lírica,

Á ti, divino Píndaro, que elevas
En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas.

Este mismo género de pindarismo hay en Olmedo, del cual no sabemos que fuera helenista, pero que de todas suertes acertó á compendiar en una magnífica estancia los caracteres más brillantes, si no los más profundos, de la musa pindárica, tal como él la concebía y aspiraba á emularla:

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía,
Y en estro hirviendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente,
Pulsa su lira de oro sonorosa,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más victorioso
Ó al más afortunado;
Pero luego, envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,

Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita,
Y desatando armónicos raudales,
Pide, disputa, gana,
Ó arrebata la palma á sus rivales.

Pero si en cuanto al vuelo lírico y al tono general puede calificarse el *Canto á Bolívar* de pindárico, en el sentido en que aplicamos esta denominación á las odas de Herrera y de Quintana, para distinguirlas de las horacianas aclimatadas en nuestro parnaso por Luis de León, en los detalles hay mucho más de Horacio, de Virgilio, y aun de otros poetas latinos, que de Píndaro, de Homero ó de cualquier otro poeta griego, por mucho que el poeta invoque al numen de la *Iliada*

La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos que la lumbre
De la egida de Palas espantaba.

Es cierto que no puede darse cosa más lejana de la nerviosa concisión de Horacio y de sus más felices imitadores, que el plan y estilo del *Canto de Junín*. ¿A qué poeta verdaderamente horaciano se le hubiera ocurrido hacer un canto lírico de tan colosales dimensiones? Pero en este poema, tan distante de la manera lírica de Horacio si se le mira en conjunto, abundan extraordinariamente los fragmentos de obras del poeta latino, comenzando por los primeros versos y acabando por los últimos:

El trueno horrendo que en fragor revienta,
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera...

trae en seguida á la memoria el *Cœlo tonantem credidimus Jovem regnare* (oda 5.ª, lib. III), y á la verdad resulta un trueno demasiado estrepitoso para Simón Bolívar, que con toda su innegable grandeza, no parece bastante personaje para compartir con Jove

el imperio del mundo, como á los ojos de un poeta romano (acostumbrado, además, á fuer de gentil, á este género de apoteosis), podía parecerlo Augusto, dueño de todo el orbe entonces conocido. Hay, sin duda, exceso de hipérbole y de énfasis, como le hay, aunque más tolerable, en llamar á Bolívar, copiando (sin duda por reminiscencia involuntaria) un verso de Quevedo,

Árbitro de la paz y de la guerra.

El bello final del *Canto:*

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
Humilde Musa mía? ¡Oh! No reveles
Á los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales...

suena á cosa conocida á quien guarda en la memoria la oda 3.ª del libro III de Horacio, allá hacia lo último:

Non hæc jocosæ conveniunt lyræ:
Quo, Musa, tendis? Desine pervicax
Referre sermones Deorum, et
Magna modis tenuare parvis.

De la misma manera, en el centro de la composición reaparecen el *Crescit occulto velut arbor aevo*, aplicado á Sucre, el *Serus in cœlum redeas:*

Tarde al Olimpo el vuelo arrebatares...

el *bella matribus detestata:*

... las guerras sanguinosas
Que miran con horror madres y esposas...

el *micat inter omnes:*

Y á todos los guerreros
Como el sol á los astros obscurece...

el *Ilion, Ilion, fatalis incestusque judex:*

Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos...

y todavía podría ampliarse el número de estas semejanzas tan obvias, y en su mayor parte advertidas ya por los hermanos Amunáteguis, por Caro y por Cañete en sus respectivos trabajos sobre Olmedo (1).

También la segunda de las grandes composiciones líricas de Olmedo (y por la constante perfección de la forma quizá la primera), la oda *Al general Flores*, *vencedor en Miñarica*, empieza con versos horacianos, como si fuera hábito en Olmedo abrir su Horacio y robar como en religioso sacrificio un rayo de aquella lumbre, siempre que emprendía algún trabajo lírico. El águila del *Qualem ministrum fulminis alitem*, la que había arrebatado en sus alas, sublimándole mucho sobre su nivel ordinario, al dulce Meléndez, para que cantase la gloria de las artes, es la misma que se levanta con tan majestuoso vuelo en las dos primeras magníficas estrofas del *Canto de Miñarica:*

Cual águila inexperta que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo,
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo;
Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber dónde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega,
Ó, por su solo peso descendiendo,
Se encuentra por acaso
En medio de la selva conocida,
Y allí, la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece...

(1) De la *Iliada* tomó Olmedo aquella sublime respuesta de Héctor: «*El mejor agüero es pelear por su tierra*», para convertirla en estos dos versos puestos en boca de Bolívar:

Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.

Imitar de esta manera, con tal amplitud y tal señorío del pensamiento poético ajeno, equivale ciertamente á crear de nuevo (1).

Menos frecuentes las reminiscencias de Virgilio, no faltan, sin embargo, ni en el *Canto á Bolívar*, ni en el *Canto á Flores*, v. g.:

Mira la luz, se indigna de mirarla,

. . . .

Quæsivit cœlo lucem, ingemuitque reperta.

La descripción del caballo en el *Canto de Miñarica*, procede de las *Geórgicas*, pero quizá á través de Pablo de Céspedes; y de las *Geórgicas* también, la descripción de los presagios que antecedieron á la batalla.

Se ha notado, finalmente, en el coro de las Vírgenes del Sol con que termina la *Victoria de Junín*, un reflejo lejano de la invocación de Lucrecio, pero quizá haya otra fuente más inmediata en una oda de las primeras y de las más olvidadas y endebles de Quintana, *A la paz de 1795:*

QUINTANA

En esto ¡oh diosa! emplea
Tu protección sagrada;
Tú fecundas el mundo y le sostienes,
Tú le das ornamento y se hermosea.
Bajo la sombra de tu augusto velo
Las artes viven en concierto amigo,
Y seguro contigo,
El genio extiende su brillante vuelo.
Á ti en los templos el incienso humea,
Á ti las musas su divino acento
Sonoramente envían,
Y en cuanto el mar rodea,
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
De ti sola su bien los pueblos fían.

OLMEDO

¡Oh padre! ¡Oh claro sol! No desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.

(1) Entre otras innumerables reminiscencias, que notará sin advertírselas todo el que esté familiarizado con la lectura de Horacio, todavía señalaremos el *Cantaber sera domitus catena:*

Y el cántabro feroz, que á la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero.

Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce: por ti viven
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
. . . .
Recuerda ¡oh Sol! tu tierra
Y los males repara de la guerra.
   Da á nuestros campos frutos abundosos,
Aunque niegues el brillo á los metales:
Da naves á los puertos,
Pueblos á los desiertos,
Á las armas victoria,
Alas al genio y á las musas gloria.

Aquí la imitación es indudablemente superior al original, pero no borra del todo sus huellas. «De la escuela de Quintana (dice con razón Caro) aprendió Olmedo el modo de disponer y asociar las ideas, la selecta elocución poética, los giros sinuosos y gallardo movimiento de la silva.» ¿Qué más? Hasta el *americanismo* de Olmedo, sus declamaciones contra la conquista, la filantropía sentimental (género Marmontel) que informa todo el razonamiento del Inca, tenían su prototipo en la oda *A la propagación de la vacuna*, con el apóstrofe á la virgen América y aquello de *los tres siglos infelices de amarga expiación*, lugar común que reaparece, lo mismo en las proclamas del Secretario de la Junta central, que en las de las Juntas insurrectas de América; porque Quintana, á despecho de su fervoroso patriotismo, fué inspirador y maestro, no sólo literario, sino político, de los americanos, y aun puede decirse que continúa siéndolo.

Una cualidad hay en Olmedo que falta de todo punto á Quintana: el sentimiento y amor de la naturaleza. Quintana no la sentía ni poco ni mucho: testigo su oda *Al mar*, que no es sino un himno soberbio á la audacia del hombre que le surca, ó su epístola *A Cienfuegos*, en que para convidar á su amigo á gozar de los encantos de la vida campestre, tiene que invocar la sombra de Gessner y acordarse de sus idilios. No así Olmedo, que da por fondo á su cuadro épico el espléndido paisaje de las selvas americanas, con toques muy sobrios, pero muy oportunos y felices, con cierta grandiosidad de pincel que los hace tan imborrables de la memoria como las graciosas miniaturas de Bello. ¿Quién olvidará nunca, cuando

una vez han pasado por delante de la fantasía, suscitados por el arte mágico del poeta,

Los Andes..., las enormes, estupendas
Moles, sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse...?

¿Quién aquel rapidísimo crepúsculo vespertino de la zona tórrida:

El Dios oía
Los votos de su pueblo, y de su frente
El cerco de diamantes desceñía;
En fugaz rayo el horizonte dora;
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece?

El penúltimo verso es admirable de verdad física y de verdad poética.

De esta virtud descriptiva suya, se sirvió Olmedo con mucha habilidad y mucho arte para suavizar el rudo empuje de su carro marcial, que en pieza tan larga como el *Canto de Junín*, hubiera resultado fatigoso. Aquella plácida brisa

de las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas...

viene de vez en cuando á atravesar el campo de batalla, oreando el vapor de la sangre; y por sí sola era una novedad en la escuela á que Olmedo pertenecía. Y no lo es menos «el bosque de naranjos y opacos tamarindos», «el trono piramidal y alta corona de la piña», y otros rasgos de grato sabor local que lucen y se destacan más, por lo mismo que están distribuídos con tan sabia parsimonia.

Considerado como estilista y como versificador, Olmedo tiene de todo, y dista mucho de la intachable pureza de Bello. Es cierto que no abusa ni de los arcaísmos ni de los neologismos, y habla en general una lengua abundante y sana, pero no rehuye los epítetos gastados, la adjetivación parásita, lo que pudiéramos llamar la *obra muerta* del estilo poético. Hay mucho de *lira sonorosa*, *hondo valle*,

negro averno, *inflamada esfera*, *trueno horrendo*, *águila caudal*, *corcel impetuoso*, *alazán fogoso*, *mar undoso*, y demás moneda de cobre con que saldaban sus cuentas los versificadores clásicos del siglo XVIII y sus imitadores del XIX. En este punto flaco se parece también á Quintana, que rara vez brilla por el genio de la invención pintoresca, como brillan, por ejemplo, Bello y Maury. Pero á Olmedo hay que concedérsele en mayor grado que á Quintana, aunque no le tuviera continuo sino intermitente, y aunque esta minuciosa labor de dicción no parezca á primera vista muy compatible con el ardor vehemente, que es el alma de su estilo. La estancia que voy á citar, y que es, á mi juicio, la más bella de *La victoria de Junín*, aunque no sea la más famosa, presenta en la larga corriente de un período poético pomposo, magnífico y admirablemente sostenido durante veinticuatro versos, un gran número de frases notables por la vivacidad y por el atrevimiento de buen gusto, como si el poeta hubiera querido en corto trecho hacer alarde de sus fuerzas, aun en aquel género á que parecía menos inclinado. Tildaban los recios combatientes de Venezuela y Colombia de blanda y afeminada á la joven milicia peruana, que, sin embargo, dió buena muestra de sí en Junín á las órdenes del general Miller. Y Olmedo, que como hijo de Guayaquil se consideraba medio peruano, toma sobre sí la vindicación de aquellos *garzones delicados*,

Entre seda y aromas arrullados,

(verso cuyas sílabas parece que respiran languidez y molicie), y para mostrar cómo habían llegado á romper

Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,

usa de esta asombrosa comparación, que parece un bajo relieve antiguo:

Tal el joven Aquiles,
Que en *infame disfraz* y en ocio blando
De lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros;

Los ojos pace (1) en el vistoso alarde
De arreos y de galas *femeniles*
Que de India y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen:
Mas á su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo, que *entre gasas*
El Ithacense astuto le presenta;
Pásmase..., se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja *las indignas tocas*,
Parte, traspasa el mar, y en la troyana
Arena, muerte, asolación, espanto,
Difunde por doquier: todo le cede...
Aun Héctor retrocede...
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado,
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del *sagrado muro* (2).

El que de este modo escribía, graduando y adaptando á los matices de la idea el movimiento de la frase poética, acelerándola ó retardándola como artista consumado, merecía haber alcanzado la perfección continua; pero es cierto que se quedó muy lejos de ella. Olmedo adolece de la desigualdad propia de todos los poetas americanos, desigualdad de que ni el mismo Bello se libra en la infelicísima parte segunda de su *Alocución á la poesía*. No hay en *La victoria de Junín* versos mal construídos, porque Olmedo tenía excelente oído; pero hay, sobre todo en el razonamiento del Inca, versos prosaicos, desgarbados, pedestres, indignos del lenguaje de

(1) *Oculos pascit*, latinismo que sonaría mal en otra parte, aquí naturalísimo y muy en la entonación general de este cuadro virgiliano.

(2) En el tomo primero de la presente *Historia de la poesía hispano-americana*, pág. 220, reproduje cierto romancillo heptasilábico de un ingenio anónimo cubano (*Papel Periódico de la Habana*, 8 de Abril de 1798), que tiene el mismo asunto y algún rasgo común con la estancia de Olmedo. No es seguro que este conociera los versos del poeta habanero, pero lo que de fijo había leído, como todos los humanistas de su tiempo, era la *Poética* de D. Ignacio de Luzán, quien trae como ejemplo de las rimas que llama *de eslabón*, estos versos de su propia cosecha:

las Musas, y son, por castigo providencial, todos aquellos en que el autor se desata en injurias contra los conquistadores españoles:

> ¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
> Feroces, y, *por fin*, supersticiosos,
> . . . .
> Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
> Los sacramentos santos que trajeron!...

Estas y otras miserables aleluyas (que prueban que lo mal pensado sale siempre mal dicho) estropean la obra capital de Olmedo, no menos que las frecuentes asonancias indebidas y el abuso de las rimas verbales. Pero *ubi plura nitent* no debe la crítica formal detenerse en tales pequeñeces, que entregamos desde luego á la voracidad de los pedantes. Por otra parte, aunque en el *Canto de Junín* están las mayores bellezas poéticas que produjo Olmedo, en igualdad y corrección de estilo le aventajan otras poesías suyas, sobre todo la traducción de la primera epístola de Pope y el *Canto de Miñarica.* Olmedo componía muy despacio, con grandes descansos é intermitencias, y mientras duraba el fervor de la composición, limaba sus versos con todo el buen gusto que podía esperarse de un humanista tan cabal; pero después de escrito el último verso, le entraba incurable pereza y dejaba volar sus poesías sin retocarlas casi nunca.

Fué Olmedo, por temperamento ó por falta de voluntad y constan-

> Reprimir tienta en vano
> El corazón humano
> Su natural inclinación primera.
> *De la trompa guerrera*
> *El sonido animoso*
> *Al belicoso Achiles que se encubre,*
> *A su pesar descubre.*
> Del *mujeril* estrado
> Se levanta irritado
> Y del *mentido adorno* se despoja,
> *Avergonzado arroja*
> *Las indignas labores,*
> Y, con mejores armas va del Xanto
> A ser fatal espanto...

La Poética ó Reglas de la Poesía, 2.ª edición, Madrid, Sancha, tomo 2.°, página 399.

cia, sobremanera infecundo. No es voluminosa la colección de Quintana; pero de las poesías que él definitivamente reunió en 1813, no hay una sola que pueda rechazarse, y hay por lo menos nueve ó diez que todo el mundo calificará de obras maestras, dentro de su escuela y género: *Padilla*, *La Vacuna*, *La Imprenta*, *El Panteón del Escorial*, *Trafalgar*, las dos odas patrióticas de 1808, *La Hermosura*, *La Danza*, la epístola *A Jovellanos*, y aun convendría añadir alguna de las escritas posteriormente. El mismo D. Juan Nicasio, que con tan pequeño equipaje ha llegado á la posteridad, tiene, además de su tragedia y de sus versos ligeros, siete grandes composiciones entre odas y elegías, que no pueden faltar en ninguna colección selecta. Bello compensa la escasez de poesías originales con el número, variedad y primor de sus traducciones. De todos los poetas clásicos del siglo XIX, Olmedo es quizá el único que á duras penas puede dar materia para un pequeñísimo volumen. Entre buenas y malas, largas y cortas (una de ellas tiene tres versos), traducidas y originales, ensayos de la primera mocedad y tardíos conatos de la vejez, apenas llegan á veinte las composiciones suyas que ha podido recoger la diligencia de sus apasionados, ni hay esperanza de encontrar más, porque probablemente no existieron nunca (1).

(1) En la colección más completa, que es la ordenada por D. Clemente Ballén (Paris, Garnier, 1896), llega á veintiséis el número total. Ninguna de las añadidas merece citarse, excepto la «Alocución recitada en el Convictorio de San Carlos, de Lima, al comenzar la representación, por los alumnos de ese colegio, de la tragedia de Quintana titulada *El Duque de Viseo*» (1808). Bastante mejores son las tres inéditas que después ha publicado D. Enrique Piñeyro (*Bulletin Hispanique*, tomo VII, 1905; reproducidas en su libro *Biografías Americanas*, Paris, Garnier, s. a., págs. 207-212). Son versos anacreónticos de la escuela de Meléndez, fáciles y suaves (*Himno á Diana*, *La Palomita*, una imitación de la *Despedida* de Metastasio). Reproduce también Piñeyro una curiosa «Loa al Excmo. Sr. D. José Fernando Abascal y Sousa, Caballero del Orden de Santiago, Mariscal de Campo de los Reales Exércitos, Virrey y Capitán general del Perú... En la tercera comedia que le dedica el 27 de Noviembre el Teatro de Lima. Imprenta Real de Expósitos. Año de 1806».

Esta Loa se imprimió anónima, pero el mismo Olmedo la reconoció por suya, copiando pasajes enteros en otra Alocución que escribió en 1840 para la apertura del teatro de Guayaquil.

Aun de éstas hay que descartar más de la mitad por endebles é insignificantes: versos de album, una desdichada alocución recitada por una actriz en el teatro de Guayaquil, el romance poco chistoso del *Retrato*, el *Alfabeto moral* para los niños, dos breves traducciones, una de *La Nave*, de Horacio, y otra de un fragmento del *Anti-Lucrecio*, la *Canción indiana*, que está sacada de *Atala*. El soneto *En la muerte de mi hermana* no está libre de tachas, pero tiene este soberbio apóstrofe que no es para olvidado:

Yo no te la pedí. Qué, ¿es por ventura
Crear por destruir, placer divino,
Ó es de tanta virtud indigno el suelo?
. . . .
Díme, ¿faltaba este ángel á tu cielo?

Descartado todo lo secundario, viene á quedar reducido el repertorio poético de Olmedo á dos composiciones de su juventud: la *Elegía en la muerte de la princesa Doña María Antonia de Borbón* (1807), y *El Árbol* (1808), y á cuatro magistrales poemas de su edad madura: la *Silva á un amigo en el nacimiento de su primogénito* (1817), *La victoria de Junín* (1824), la oda *al General Flores*, y la traducción de las tres primeras epístolas del *Ensayo* de Pope *sobre el hombre*. Afortunadamente, los versos no se estiman por la cantidad, ni por el peso, y aun con el solo *Canto á Bolívar*, Olmedo sería el mismo gran poeta que conocemos. Las dos poesías juveniles están escritas con mucha desigualdad de estilo (especialmente *El Árbol)*, pero deben conservarse, no sólo por el curioso contraste entre el entusiasmo monárquico y español que respiran y la posterior exaltación frenética con que su autor maldijo el nombre de España después de haber llamado *dioses* y *padres* á sus reyes; sino porque abundan en hermosos versos y presentan ya muy firme y caracterizada la manera del poeta, y aun algunas ideas é imágenes que aprovechó y mejoró luego (1). Al revés de lo que acontece con Bello, en

(1) La introducción de *El Árbol* pasó á ser parte de la introducción del *Canto á Bolívar*. Había dicho Olmedo en 1808:

Aquí mi alma desea
Venir á meditar: de aquí mi musa,

cuyas primeras poesías, sobre todo en el canto gratulatorio á Carlos IV, nadie podría adivinar al futuro autor de las *Silvas americanas*, Olmedo tuvo desde el principio el énfasis solemne y la arrogancia lírica que le caracterizaron siempre. Cuando en 1807 decía de España:

Desplegando sus alas vagarosa,
Por el aire sutil tenderá el vuelo;
Ya cual fugaz y bella mariposa,
Por la selva florida
Irá en pos de un clavel ó de una rosa;
Ya, cual paloma blanda y lastimera,
Irá á Chipre á buscar su compañera;
Ya, cual garza atrevida,
Traspasará los mares,
Verá todos los reinos y lugares;
Ó, cual águila audaz, alzará el vuelo
Hasta el remoto y estrellado cielo.

Y en 1824 escribió, superándose incomparablemente á sí mismo; que tanto pueden el estudio y la lima:

Siento unas veces la rebelde Musa
Cual Bacante en furor vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas,
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guayas;
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes, y de allí desciende
Al campo de Junín...

Puede decirse que Olmedo, como Bello, estaba continuamente asediado por las reminiscencias de sus propios versos y de los ajenos. Las tiene hasta de poetas obscuros y olvidados. Así estos versos del *Canto de Miñarica:*

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo cuando el sol declina...

parecen un eco de aquellos otros de Sánchez Barbero en su bella *Elegía á la muerte de la Duquesa de Alba:*

Así cuando una nube tormentosa
En el Oriente cárdeno aparece...

Cotéjense ambas estancias, y se verá que la semejanza continúa. Si Sánchez Barbero habla de

Torrentes que á porfía
Chozas, rebaños, vegas, arrebatan...

Olmedo escribe, esta vez con menos numen:

Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan y caen confundidos
Ganados y cabañas y pastores...

> En sus débiles hombros ya ni puede
> Sostener el cadáver de su gloria...

y llamaba á los males y dolores:

> Soldados indolentes que militan
> Bajo el pendón sombrío de la muerte...

podía perfeccionar sin duda su educación y estilo, pero había encontrado ya su instrumento.

El resplandor vivísimo del *Canto de Junín* ha perjudicado sin razón á otras felices inspiraciones de Olmedo, dejándolas en la penumbra. No obstante, así era forzoso que sucediese, porque el *Canto*, además de su valor intrínseco y de presentar reunidas en un sólo alarde todas las fuerzas del poeta, participa de la celebridad histórica del grande acontecimiento que conmemora, y vivirá cuanto viva en los fastos de América el nombre de Simón Bolívar, del cual fué la más espléndida corona. Infinitos versos produjo el patriotismo americano de aquella era, pero apenas merecen vivir otros que los de este canto, y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu.

Harto hemos dicho de este famoso poema al apuntar los caracteres del genio lírico de Olmedo. Ahora procede añadir algo acerca de los primores y defectos de su plan y composición, respecto de lo cual ¿quién lo diría? el juez más severo y no el menos atinado fué el mismo Libertador Bolívar, en cuyo obsequio se escribió el canto.

Poseemos afortunadamente la correspondencia que medió entre Olmedo y su Aquiles, mientras el *Canto de Junín* iba componiéndose. Si conociésemos de igual modo la génesis de cada una de las obras maestras, mucho adelantaría la crítica histórico-literaria. Publicados estos preciosos documentos por el Sr. Caro y reproducidos en su mayor parte por el Sr. Cañete, nos es dado asistir día por día á la elaboración del himno triunfal, y ver cómo el hierro, al salir de la fragua, iba depurándose de las escorias. Olmedo, fiel en todo á los procedimientos de la escuela de Quintana, empieza por trazar en prosa el plan de su *Canto;* los versos vienen después; y sucesiva y lentamente va trabajando cada una de las partes; borra, rompe, en-

mienda, y sólo al cabo de cinco meses da por terminada su obra, y remite una copia al Libertador.

El *Canto* tenía más de 800 versos (1), y éste es quizás su defecto capital y la razón de sus desigualdades. No faltará quien se niegue á llamarle *oda*, pero el nombre y la clasificación técnica importan poco: más larga es la *Pítica IV* de Píndaro, habida cuenta de la diferencia de concisión entre las lenguas clásicas y las modernas. El trabajo de Olmedo es propiamente lo que los italianos llaman un *carme*, un poema corto, mixto aquí de lírico y épico, como las *Silvas* de Bello son mezcla de lo lírico y lo didáctico. El tono que domina en el vate del Guayas es la efervescencia del rapto pindárico, pero con él alternan largas y precisas narraciones de los sangrientos choques de Junín y Ayacucho, sin omitir rasgos de esfuerzo individual, nombres de jefes y oficiales. No se tenga, sin embargo, por híbrida y monstruosa tal combinación de elementos líricos y narrativos, que es por el contrario frecuentísima en los más clásicos maestros; la ya citada *Pítica IV* contiene un largo relato de la expedición de los Argonautas; y aun Horacio, en el cuadro mucho más estrecho de sus odas, encuentra dónde colocar, rápidamente narrados, en tono que usando de términos románticos pudiéramos decir de *balada*, el rapto de Europa y su llegada á Creta potente por sus cien ciudades, el parricidio de las hijas de Danao, la fuga de Teucro de Salamina y el razonamiento que dirigió á sus proscritos compañeros exhortándoles á ahogar en vino sus pesares.

Si en esto se mostraba Olmedo tan fiel á los modelos más genuinamente clásicos, tampoco se le puede hacer grave cargo por la supuesta infracción de unidad que en su obra han creído notar muchos críticos. Si tal falta existe, redúcese á la aplicación de un título inexacto: quítese el de *Victoria de Junín*, que no abarca ni con mucho todo el tema de la composición; déjese el de *Canto á Bolívar*, y nada habrá que reparar en esto. Porque realmente lo que allí se canta en primer término no es Junín ni Ayacucho ni otra ninguna victoria aislada (aunque una de ellas sea causa ocasional del entusiasmo lírico), sino el conjunto de todas las empresas de Bolí-

(1) En la segunda edición, 909; en la tercera y definitiva, 906.

var; su acción suprema en la epopeya americana; por eso el poema termina con su entrada triunfal en Lima, y con el canto de las Vírgenes del Sol, que celebran los beneficios de la paz y auguran todo género de prosperidades á la nueva república. Ni Junín ni Ayacucho, cada una de por sí, bastaban al poeta para su intento; Junín no fué más que una brillante carga de caballería, de la cual pronto se rehizo el ejército realista, y que por sí sola no hubiera decidido del éxito de la guerra; Ayacucho fué una capitulación decisiva, pero en Ayacucho no estuvo Bolívar; *había prestado su rayo al joven Sucre*, según la expresión de Olmedo. Pero aunque en Ayacucho triunfase el brazo de Sucre, lo que moralmente triunfó fué el espíritu de Bolívar, y esto ni á Olmedo ni á ningún otro americano de su tiempo había de ocultársele. Sucre no podía ser el héroe del canto, aunque fuese el triunfador de última hora. Había que enlazar las dos victorias, y esto fué lo que Olmedo realizó, con más ó menos acierto en los medios, pero sin contravenir de modo alguno á la unidad del pensamiento de su obra.

El medio ciertamente podía ser más nuevo é ingenioso, y en esto hay que dar la razón á los censores. Redúcese á una *máquina*, de las más gastadas en toda epopeya de escuela, y rodeada además de circunstancias extravagantes y aun risibles. En medio de la algazara nocturna con que los vencedores de Junín celebran su triunfo, *consumiendo los dones de Ceres y de Baco*, aparece entre nubes la sombra del inca Huayna-Capac, que después de llenar de improperios á los españoles, vaticina la próxima victoria de Ayacucho y dirige á Bolívar consejos políticos más ó menos embozados. Después del larguísimo discurso del Inca, comparecen las Vírgenes del Sol y le rodean entonando un bellísimo coro. Todos quedan atónitos (la cosa no era para menos), hasta que de pronto desaparece toda esta fantasmagoría, tornando el poeta á las orillas de su caro Guayas.

La belleza de ejecución, que es grande en algunas partes, no basta para velar lo que hay de frío y pueril en esta concepción. El empleo de lo sobrenatural en un asunto contemporáneo, es de las cosas más arriesgadas que pueden intentarse; sólo como visión en sueños ó como efecto de alucinación podía aparecer el tal Inca, y aun entonces, reducido su vaticinio á pocas palabras de sabor mis-

terioso y profético; no poniendo en sus labios una especie de parte de Gaceta, en que manifiestamente se olvida Olmedo de que no es él, sino Huayna-Capac, quien va leyendo en las páginas del libro del destino. Prescindiendo por ahora de las mil cosas absurdas y contradictorias que el Inca revuelve en su prolija arenga, es ridículo que Bolívar y los suyos, por muy perturbada que tuviesen la cabeza *con los dones de Baco* y con la embriaguez de la victoria, pudiesen ver y oir despiertos á semejante fantasma. Lo que parece naturalísimo y es legítimo recurso poético, tratándose de épocas remotas en que lo divino andaba mezclado con lo humano, resulta chillona discordancia aplicado á una prosaica guerra moderna y escrito ocho días después del suceso para que lo leyese el mismo capitán vencedor. Bolívar, que según se trasluce por sus cartas era hombre de buen gusto y de no vulgar literatura, mejor de lo que pudiera creerse por el énfasis de sus proclamas, fué el primero en encontrar incómoda la presencia del tal Inca, que le usurpaba la mitad del poema consagrado á su gloria, *mostrándose hablador y embrollón, cuando debía ser más leve que el éter, puesto que viene del cielo.*

En los poetas de la escuela á que Olmedo pertenecía, abundan máquinas semejantes á la aparición del Inca, y que indudablemente le sirvieron de modelo; pero todas son más racionales que ella, y en ninguna hay espectro que se aparezca á todo un ejército acampado. Cuando Gallego, en la oda *Á la defensa de Buenos Aires*, hace levantarse, cual matrona augusta, la América del Sur y convocar á sus hijos á la resistencia y á la victoria, la ve sólo con los ojos de la fantasía lírica, y no pretende que materialmente la viese nadie, ni que se mezclase con los combatientes. Cuando Quintana evoca y llama á juicio las sombras del *Panteón de El Escorial*, invade los dominios de la fantasía romántica, pone el pie en regiones que no son las de este mundo, y así produce el solemne y terrorífico efecto que se proponía. En el poema *Zaragoza* de Martínez de la Rosa, que Olmedo tenía muy estudiado como Caro largamente prueba, la sombra de Rebolledo el Grande se aparece á Palafox en el silencio de la noche, y el poeta no dice claro si fué realidad ó sueño.

Todas estas apariciones tuvo, á mi juicio, presentes Olmedo para la suya; y aunque se trata de cosas harto conocidas, me parece mo-

tivo de curiosa comparación ponerlas juntas y en orden inverso de antigüedad, para que se vea la identidad de procedimientos literarios, y quede más y más establecida la filiación del poeta; se verá este proceso genealógico hasta en el giro de la frase y en los epítetos.

OLMEDO (1824)

Cuando improviso *venerable sombra*
En faz serena y ademán *augusto*
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige;
Su mirar *noble*, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban á su planta
Penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

MARTÍNEZ DE LA ROSA (1809)

Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio,
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó, se abrió la tierra.
Y sobre negra nube se levanta
La venerable sombra
De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
Se ve centellear su faz divina...
Cércanle en torno insignias y trofeos;
Cúbrelo con su manto la victoria,
Y en el *noble* ademán fiero y sombrío
Ostenta grave su valor y gloria.

GALLEGO (1807)

Alzase en tanto cual matrona *augusta*
De un alto monte en la fragosa cumbre
La América del Sur; vese cercada
De súbito esplendor de viva lumbre (1),
Y en *noble* ceño y majestad *bañada.*

(1) *Y en rósea luz bañado resplandece,* dice Olmedo del Inca.

No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce ponderoso *escudo*,
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero.

QUINTANA (1805)

Cuando las losas del sepulcro hendiendo,
Se vió un espectro *augusto* y *venerable*
Que á los demás en majestad vencía.
El águila imperial sobre él tendía
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentación de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se vía,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus pies indómitos yacía,
Despojos que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.

Ningún hombre de buen gusto negará la palma, entre estas cuatro apariciones, á la de Carlos V. En Quintana parece natural y grandioso lo que en sus imitadores tiene ya visos de artificio (1).

No es sólo lo extraño de la visión, sino la falsedad intrínseca del razonamiento lo que ofende en el episodio del Inca, y Bolívar fué el primero en encontrar impropio que Huayna Capac alabase indirectamente la religión cristiana que destruyó los templos de sus dioses, y todavía más impropio que en vez de desear el restablecimiento de su dinastía, *diese la preferencia á extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, son descendientes de los que aniquilaron su imperio*. El buen sentido habló por boca de Bolívar, y nadie más autorizado que él para rechazar aquella ilusión local del

(1) Aun en el vaticinio del Inca dejó alguna huella aquel apóstrofe de Gallego:

¿Dó mis Incas están? ¿A dónde es ido
El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
Domeñó su poder?...

patriotismo americano, que en los versos de Olmedo llegaba hasta el extremo profundamente cómico de poner en el empíreo de los Incas á Fr. Bartolomé de las Casas á la diestra de Manco-Capac, y prometer el mismo género de inmortalidad á Bolívar en premio de haber restaurado el templo portentoso de *Pacha-Cámac.*

Todos los demás lunares del canto fueron también señalados con admirable sagacidad por Bolívar. La introducción le pareció *rimbombante*, como en efecto lo es; encontró *prosaicos* y *vulgares* muchos versos que calificó de *renglones oratorios*, y, finalmente, aunque parte interesada, no dejó de reconocer, con loable modestia, el principal flaco de toda la composición, es á saber, lo hiperbólico y desmesurado de la alabanza: «Usted dispara donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter, de Sucre un Marte, de Lamar un Agamenón y un Menelao, de Córdoba un Aquiles, de Necochea un Patroclo y un Ayax, de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises... Usted nos hace á su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa como el águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. Usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y usted no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que *usted había querido hacer una parodia de la «Iliada» con los héroes de nuestra pobre farsa.* Usted sabe bien que *de lo heroico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español le leerá como un canto de «El Facistol» de Boileau».*

Conservar tan buen sentido después de haberse hecho árbitro de

un continente, vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín. ¿Qué hubiera dicho Bolívar, que llamaba *pobre farsa* á sus asombrosas campañas desde el Orinoco hasta el Potosí, si hubiera alcanzado á leer la magnífica oda que Olmedo dedicó en 1835 *Al general Flores, vencedor en Miñarica?* Y no porque la función de guerra de Miñarica hubiese sido menos sangrienta que la de Junín, puesto que más de mil cadáveres quedaron tendidos en el campo, sino porque en Junín, ó más bien en Ayacucho, de que Junín fué como preludio, quedó definitivamente roto, para bien ó para mal del Nuevo Mundo (que este es punto muy opinable, aunque ya no lo fuese para el sereno y desengañado juicio de Bolívar en sus postreros días), el lazo que unía las colonias con la metrópolí: asunto noble de suyo por su magnitud y sus consecuencias; al paso que Miñarica fué una de tantas estériles luchas civiles en que vencidos y vencedores se aplicaban mutuamente el dictado, tan de moda en América, de *tiranos*. Á tanta distancia, y en cosa tan embrollada como la política interna de las repúblicas americanas, es difícil y poco importante averiguar quién tenía la razón de su parte: es probable que nadie la tuviese del todo; pero lo único que con certeza sabemos, es que los resultados de aquella hecatombe se redujeron á sustituir un presidente por otro. Para tan poca cosa resulta desproporcionado aquel soberano apóstrofe, que sólo á Pizarro ó á Bolívar ó á San Martín, podría hasta hoy dignamente aplicarse:

¡Rey de los Andes! la ardua frente inclina,
Que pasa el vencedor...

Los críticos americanos, y aun los que no lo son, como nuestro malogrado compañero Cañete, arman larga contienda sobre si Olmedo hizo ó no hizo bien en cantar al general Flores, á quien unos pintan como un tiranuelo funesto para la tranquilidad de su patria, mientras otros, con mejor acuerdo, á lo que yo alcanzo, reconocen en él ciertas dotes de guerrero y de estadista, prendas estimables de hombre privado, celo del bien público, condición apacible y amena y aficiones cultas y literarias, aunque desgraciadas: todo lo cual parece que nada tiene que ver con los rasgos tradicionales del grotesco personaje llamado *tirano*, inventado por los retóricos antiguos *ut*

pueris placeat, et declamatio fiat, y realizado muy al pie de la letra, según dicen, en algunas repúblicas de América. Por mi parte, ni puedo creer que fuese un soldado ambicioso y vulgar el que inspiró tal canto y en alas de él pasará á la posteridad aun más que por la memoria de sus hazañas; ni encuentro digno de censura á Olmedo por haberle cantado; aunque después contribuyese á su caída llamándole *ángel exterminador*, y estuviese á pique de sucederle en la presidencia del Ecuador. Para hacer buenos versos, siempre es ocasión oportuna, y á los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos. Si la victoria del general Flores tuvo virtud para despertar el numen de Olmedo, que parecía aletargado hacía más de diez años, y obligarle á prorrumpir en un canto que, salvo la inferioridad de la materia, no cede en pompa, boato, sonoridad y nervio al *Canto de Junín*, y en madurez de estilo y buena distribución de partes seguramente le vence, las Musas tienen que darle las gracias por su victoria y hasta por su *tiranía*.

Completan el número de las obras de Olmedo que tienen aparejada larga vida entre lo más selecto del parnaso americano, la grave y melancólica *Silva á un amigo en el nacimiento de su primogénito*, que *sabe* á Leopardi en algunos pasajes, aunque indudablemente procede de la escuela de Cienfuegos; y la traducción incompleta y algo parafrástica (como forzosamente ha de serlo toda versión de poesía inglesa) del *Ensayo sobre el hombre* de Pope. De las tres epístolas que Olmedo alcanzó á traducir, sólo la primera fué por él definitivamente corregida: las otras están versificadas con más negligencia, pero en todas ellas hay trozos de la más bella poesía filosófica que puede encontrarse en castellano (1).

(1) Nació D. José J. de Olmedo en Guayaquil el 20 de Mayo de 1780, de padre malagueño y madre americana. Hizo sus estudios de gramática en Quito, y los de filosofía y derecho en el colegio de San Carlos y Universidad de San Marcos de Lima, donde recibió el grado de doctor en 1805. Desempeñó en aquella universidad cátedras de derecho romano, y luego se dedicó en Guayaquil al ejercicio de la abogacía. En 1810 fué nombrado diputado para las Cortes de Cádiz, en cuyas actas se encuentra algún breve discurso suyo, especialmente el que pronunció sobre la abolición de las *mitas*, ó servicio personal de los indios. Permaneció en España hasta la vuelta de

Por mucho tiempo Olmedo fué el único representante de la poesía del Ecuador, aunque en hecho de verdad él hubiese nacido peruano. Es casi el único que figura en la *América poética* de 1846. El mediano fabulista D. Rafael García Goyena, que también está incluído allí, suena indebidamente como guatemalteco, por lo cual suele ponérsele en las antologías de Centro-América. Es cierto, sin embargo, que nació en Guayaquil en 1766; aunque desde la edad de doce años residió en Guatemala, y allí escribió y publicó sus apólogos, correctos pero insípidos.

Hay, pues, un largo paréntesis entre la deslumbradora aparición de Olmedo, hijo del régimen colonial, y los frutos mucho más modestos de la nueva generación literaria, que luchando con dificulta-

Fernando VII en 1814. Regresando á America, formó parte de la *Junta de Gobierno* de Guayaquil en 1820, y del Congreso Constituyente del Perú en 1823, así como también de la diputación peruana que fué á implorar el auxilio militar de Bolívar, con quien antes había estado en desacuerdo político y de quien se convirtió entonces en amigo y admirador entusiasta. Después de Ayacucho, Bolívar le envió de Ministro plenipotenciario á Londres, donde contrajo estrecha amistad con D. Andrés Bello. Permaneció en Europa hasta 1828: en 1830 concurrió á la Convención ó asamblea constituyente de Riobamba, que separó definitivamente la república del Ecuador de la de Colombia. Sucesivamente fué electo vicepresidente de la República y gobernador del departamento del Guayas. Presidió la convención nacional de Ambato en 1835, y desaviniéndose con el general Flores, se puso en 1845 al frente del Gobierno provisional en la revolución que contra aquel general estalló triunfante en Guayaquil. Candidato para la presidencia de la República, fué derrotado por D. Vicente Ramón Roca, en las elecciones de aquel año. Murió cristianamente en su ciudad natal, en 19 de Febrero de 1847.

La mayor parte de las poesías de Olmedo se fueron publicando sueltas, á raíz de los acontecimientos que las inspiraron.

El *Ensayo sobre el hombre* (1.ª epístola con el texto inglés) se imprimió con bastante esmero en Lima en 1823. La primera y rarísima edición del *Canto á Bolívar* es de Guayaquil, 1825; pero yo no he visto otra más antigua que la de Ackerman, de Londres, del año siguiente. Casi todas las poesías importantes de Olmedo salieron juntas en la *América Poética* de Gutiérrez (Valparaíso, 1846), y el mismo Gutiérrez las recogió aparte, algo aumentadas, en un tomito, también de 1848, que fué reimpreso por Boix en París en 1853. Estas dos ediciones añaden las epístolas 2.ª y 3.ª de Pope, que Olmedo había publicado en 1840 en *La Balanza*, periódico de Guayaquil. En 1861, D. Manuel

des indecibles, nacidas de los trastornos políticos y del abandono casi total de los buenos estudios, fué levantando poco á poco la cabeza hacia la segunda mitad de nuestro siglo y empezó á dar muestra de sí en la *Lira Ecuatoriana* que en 1866 compiló el Dr. D. Vicente Emilio Molestina. En ella figuran versos dolientes y apasionados de una infeliz poetisa de Quito, D.ª Dolores Ventemilla de Galindo, á quien pesares domésticos arrastraron al suicidio en 1857, á la temprana edad de veintiséis años. Su composición *Quejas* es un *ay* desgarrador que debe recogerse, tanto más cuanto que la sincera expresión del sentimiento no es lo que más abunda en la poesía americana.

Entre los poetas de la primera *Lira Ecuatoriana*, dos descuellan sobre todos: D. Juan León Mera y D. Julio Zaldumbide. Mera vive (1) y continúa escribiendo, no sólo versos, sino exquisita prosa, de que

Nicolás Corpancho, literato peruano, acrecentó algo la colección en un cuaderno publicado en Lima con el título de *Poesías inéditas de Olmedo: apuntes bibliográficos para formar una edición más completa que las conocidas.*

Hay excelentes trabajos biográficos y críticos sobre Olmedo. Los principales son:

Pombo (D. Rafael). Artículo en *El Mundo Nuevo*, de Nueva York, 1872, tomo I, pág. 332.

Caro (D. M. Antonio). *Olmedo:* tres artículos en el *Repertorio Colombiano*, tomos II y III (Bogotá, 1879).

Cañete (D. Manuel). *El Dr. D. José Joaquín de Olmedo.* (En su libro *Escritores Españoles é Hispano-americanos*, Madrid, 1884.)

Herrera (D. Pablo). *Apuntes biográficos de D. J. J. Olmedo.* Quito, 1887.

Mera (D. Juan León). *Carta al Sr. D. Manuel Cañete* (sobre varios puntos de la vida de Olmedo). Quito, 1887.

— *Cartas inéditas de Olmedo, precedidas de un breve estudio sobre ellas.* Quito, 1892. Estas cartas, que contienen curiosos juicios de Olmedo sobre Lucrecio, á quien admiraba mucho, y sobre Lucano, cuyo genio poético estimaba superior al de Virgilio, fueron dirigidas de 1823 á 1825 al Dr. D. Joaquín de Araujo.

Rendon (D. Víctor María). *Olmedo homme d'Etat et poète américain, chantre de Bolívar.* París, 1903. Traduce en verso francés la mayor parte de las poesías de Olmedo, enlazándolas con el relato de su vida.

Piñeyro (D. Enrique). *Biografías Americanas*, París, 1906, págs. 197-247.

(1) Falleció después de escritas estas líneas.

su linda novela *Cumandá* es buen ejemplo. Zaldumbide ha descendido no ha mucho á la tumba, y, por consiguiente, entra ya en nuestra antología académica. En 1851 se dió á conocer por su *Canto á la Música*, y en 1888 cerró su carrera poética con dos bellas traducciones, una del *Lara* de Byron, y ótra de los *Sepulcros* de Pindemonte, honrándome con la dedicatoria de la segunda (1). El género predilecto de Zaldumbide fué la meditación poética; sus cualidades sobresalientes: gravedad en el pensar, mezclada con cierta amable languidez en el sentir; elevación moral contemplativa y serena con intervalos de flaqueza, desfallecimiento y obscuridad, de que llegaron á triunfar al fin su recto corazón y bien disciplinado entendimiento. Comenzó por la duda sobre el destino humano, y acabó por entregarse en brazos de la fe. Sus poesías son, por decirlo así, el diario psicológico de esta batalla suya. Nunca fué pesimista dogmático; pero navegó por mucho tiempo en las olas del escepticismo, como lo demuestran sus composiciones *Eternidad de la vida* y *Meditación*. En la hermosa meditación titulada *La noche*, exclamaba con amarga ironía que parece *leopardiana:*

Tuyo es el universo: alza la frente:
Espacia tus miradas orgullosas
Por el vasto, encumbrado firmamento:
Las estrellas que ves esplendorosas,
Las que ver no te es dado, y las que en vano
Pretendiera alcanzar tu pensamiento,
Súbditas son de tu potente imperio;
Tu ley gobierna su ordenado giro;
Brillan para tu bien. El rayo ardiente
Que el cielo airado contra tí fulmina,
El mal granizo que tus campos daña,
Los vientos que en los mares se sepultan,
El volcán que tus obras arruïna,
Parece, sí, que tu poder insultan.
Mas son para tu bien, y su guadaña
¡Oh feliz colmo de felice suerte!
Para tu mismo bien blande la muerte.

(1) Hay sobre las poesías de Zaldumbide unas *Observaciones* apreciables del Dr. D. Luis Cordero en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*, tomo I (Quito, 1889).

En medio de la tormenta de sus dudas, Zaldumbide permaneció *afectiva* ya que no *especulativamente* cristiano, porque, como él decía:

Arcanos de la muerte los concibe
Más bien el corazón que no la mente...

Quiso creer, y al fin le visitó la Gracia. En unos versos á la Virgen había escrito:

Jamás al que te ruega desamparas
Ni hay súplica por tí desatendida;
La flor que pone en tus benditas aras
El que te ofrenda, nunca va perdida...

La súplica fué oída, y Zaldumbide dió en los últimos años de su vida y á la hora de su muerte ejemplos de viva y fervorosa piedad, que por la importancia del sujeto fueron de grandísima edificación para la sociedad del Ecuador, que atravesaba entonces grave crisis religiosa (1).

Tenía Zaldumbide, á diferencia de otros muchos poetas ecuatorianos, sólida educación literaria, basada en el estudio directo y reflexivo de los modelos latinos, italianos é ingleses, y de los nuestros del siglo de oro, entre los cuales prefería á Garcilaso y Fray Luis de León. Así es que, aun los pocos versos románticos que en su mocedad compuso, son relativamente correctos, y en los posteriores hay, no sólo decoro y pulcritud en la dicción, sino estudio de la parte musical del idioma, que fluye manso y apacible en una versificación generalmente esmerada. Á estas buenas partes de prosodia y estilo, juntaba Zaldumbide condiciones descriptivas no vulgares; sentimiento no fingido de la naturaleza, aunque más en el conjunto que en los detalles, más en la expresión moral que en la expresión física; y una suave y reposada tristeza, que por ser tan suya ennoblece y renueva en él hasta los tópicos más vulgares de la poesía campestre. La oda *Á la Soledad del Campo*, *La Mañana*, *El Mediodía*, *La Tarde*, *La Estrella de la Tarde*, donde se admi-

(1) Nació Zaldumbide en Quito en 1833 y murió en 1887.

ran estos delicados versos, que son vaga reminiscencia de una elegía de Herrera (1):

> Después tú viste, estrella de los cielos...
> Mas ¿quién podrá contar lo que tu viste?...,

son buenos fiadores de lo que digo. No tuvo Zaldumbide la fortuna de concentrar sus fuerzas en una composición inolvidable que deba ir perpetuamente unida á su nombre; pero si por falta de nervio ó de audacia ó de ocasión no pudo ser contado entre los líricos de primer orden de la América del Sur, merece á lo menos un puesto distinguido entre los de segundo, al modo que lo obtiene entre los cubanos, por prendas muy parecidas de sentimiento y de gusto, el dulce y simpático Mendive.

Otros poetas ya fallecidos figuran en las *Antologías Ecuatorianas* (2): el general D. Francisco Javier Salazar, el Dr. D. Rafael Car-

(1)
> Lo que más entre nos pasó no es dino,
> Noche, de oir el Austro presuroso,
> Ni el viento de tus lechos más vecino...
> (HERRERA.—Elegía IX.—Lib. II).

(2) Las que conozco son:

—*Lira Ecuatoriana. Colección de poesías nacionales, escogidas y ordenadas por el Dr. Vicente Emilio Molestina.* Guayaquil, 1865. Juzgada con dureza pero no con injusticia, por Mera, en su *Ojeada crítica sobre la Poesía Ecuatoriana.*

—*Parnaso Ecuatoriano, con apuntamientos biográficos de los poetas y versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de* 1879, *por Manuel Gallegos Naranjo* (Quito, 1879). *Desdichadísimo* llamó á este *Parnaso* el Sr. Mera, y Cañete añade que *en él abunda mucho la broza.*

—*Nueva Lira Ecuatoriana. Colección de poesías escogidas y ordenadas por Juan Abel Echeverría* (Latacunga, 1879). Puede considerarse como un segundo tomo de la *Lira* del Dr. Molestina, porque no repite ninguna composición.

—*Antología Ecuatoriana.—Poetas.* Quito, 1892. Colección formada por la Academia del Ecuador, correspondiente de la Española. Es mucho más copiosa y de mejor gusto que las anteriores, pero adolece de excesiva benevolencia. Lleva un segundo tomo de poesía popular titulado:

—*Cantares del pueblo ecuatoriano. Compilación formada por Juan León Mera.* Quito, 1892. De estos cantares nada hemos dicho, como tampoco de

vajal, D. Vicente Piedrahíta, D. Miguel Riofrío (autor de *Nina*, leyenda quichua), D. Miguel Angel Corral, D. Joaquín Fernández Córdoba, D.ª Angela Caamaño de Vivero (que tradujo con felicidad algunos versos de Byron), el festivo improvisador D. Joaquín Velasco y el joven estudiante de Medicina D. José Bernardo Daste. En los versos que conocemos de estos autores hay cosas dignas de estimación, pero ninguna de mérito muy relevante; y como, por otra parte, no tenemos á la vista más que una pequeñísima porción de sus obras, nos expondríamos á dar un fallo injusto y atropellado, si aquí pretendiésemos juzgarlas.

Séanos lícito, pues, cerrar esta sección con el nombre para los creyentes tan grato, tan odiado por los sectarios, del adalid y mártir de la causa católica en el Ecuador, el presidente D. Gabriel García Moreno, que si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola á Fabio* nativas dotes para la alta poesía satírica, y en otras composiciones suyas, desgraciadamente escasas, ya originales, ya traducciones de Salmos, tampoco encontró difícil ni reacio el idioma de las Musas. Tienen estas piezas los descuidos inherentes á todo lo que se escribe para no ser impreso; pero en ellas, como en sus escritos en prosa, quedó un reflejo de la grande

los que en pequeño número se han publicado de otras regiones de América, porque exigiría un estudio especial y muy minucioso el distinguir en ellos lo verdaderamente americano é indígena de lo mucho que se encuentra también en las numerosas colecciones de coplas españolas y singularmente andaluzas, formadas por Lafuente Alcántara, Rodríguez Marín y otros. Hay también en el libro del Sr. Mera algunos versos políticos y varias composiciones modernas en la lengua de los indios llamada *quichua*, que sigue siendo cultivada artificialmente por varios literatos del país, entre los cuales se ha distinguido el Dr. D. Luis Cordero.

Falta á esta *Antología* un tercer tomo de prosistas, que está confiado á la docta dirección de D. Pablo Herrera y será quizá el más interesante, porque la agitadísima vida política del Ecuador ha hecho que el ingenio de sus hijos brille y se desarrolle principalmente en el campo de la polémica social y religiosa. No tengo noticia de que este tomo se haya publicado. Los nombres de Espejo, Mejía, el P. Solano, García Moreno y otros, á los cuales conviene añadir ya, con las necesarias reservas de ortodoxia y de gusto, el del sofista agudo é ingeniosísimo, y brillante y castizo, aunque abigarrado y algo pedantesco prosista, Juan Montalvo, pueden dar especial interés á esta sección.

alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra, si no hubiese preferido el arte más enérgico de la vida y de la acción. Pudo por flaqueza humana cometer errores; pudo pecar de terco é inflexible; quizá en alguna ocasión solemne puso á pique de ruina en Colombia los mismos intereses que tan heroicamente defendía en el Ecuador; quizá no realizó en todo y por todo el ideal del gobernante cristiano, pero la grandeza de su administración, la entereza de su carácter y la gloria de su muerte, hacen de él uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar á nuestra raza. La república que produjo á tal hombre puede ser pobre, obscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia (1).

(1) Nació García Moreno en Guayaquil el 25 de Diciembre de 1821, y murió asesinado en la plaza de Quito el 6 de Agosto de 1875. Para el conocimiento de su vida y opiniones sirve todavía más que ninguna de sus biografías (incluso la muy vulgarizada del P. Barthe, *García Moreno vengeur et martyr du Droit Chrêtien*), la colección de sus *Escritos y Discursos publicados por la Sociedad Católica de Quito y anotados por su presidente D. Manuel María Pólit* (Quito, 1887 y 1888, 2 vols.)

IX

PERÚ

Fué el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó á ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo XVI, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que México, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente todas las reliquias del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado incompletísimo, sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado á enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada.

De sus investigaciones resulta que la poesía castellana en el Perú es casi tan antigua como la conquista misma: se remonta al período de las guerras civiles. El más antiguo poema conocido, obra de autor anónimo, no está aún en el metro italiano, sino en coplas de arte mayor, en el metro de Juan de Mena. Titúlase *Nueva obra y breve en prosa y en metro sobre la muerte del Ilustre Señor el Adelantado D. Diego de Almagro, Governador y Capitán General por su Cathólica y Real Magestad del Emperador y Rey Nuestro Señor en el nuevo Reyno de Toledo llamado Perú, Descubridor y Conquistador y sustentador desta rica provincia.*

La prosa se reduce á una corta introducción ó argumento sumario. El metro á treinta y nueve estrofas ó coplas de arte mayor; la primera dice:

Cathólica, Sacra, Real Majestad,
César augusto, muy alto Monarca,
Fuerte reparo de Roma y su barca
En todo lo humano de más potestad:
Rey que procura saber la verdad,
Crisol do se funde la reta justicia;
Pastor que no obstante cualquier amicicia,
Conserva el ganado por una igualdad.

La última:

Debiendo Pizarro haber de cumplir
El pleito homenaje por él otorgado
Venir á esta corte y á vuestro mandado
Donde el jüez le mandó remitir;
No solamente no quiso venir,
Mas quebrantarlo con otros tiranos,
Y la venganza tomó por sus manos;
Solo por esto se debe punir.

La obra es, pues, de un ferviente partidario de Almagro y enemigo de los Pizarros, que en la introducción se declara testigo del suceso, y al propio tiempo confiesa su poca habilidad para versificar.....: «el marqués D. Francisco Pizarro y sus hermanos, los cuales mataron á D. Diego de Almagro de su honra, vida y hacienda, según el metro adelante veréis, porque pasó así verdaderamente, y antes fué más en efeto, por el defeto de no hallar consonantes por darlo más sabroso, aunque según fué cruel no dejará de amargaros de lo que aquí se cuenta, aunque mucho más lo sentiríades, si como lo leéis *lo hubieseis visto como el que lo escribe, que se halló en ello y lo vió.*»

Parece que este poema, á pesar del carácter arcaico del metro, no puede ser anterior á 1548, puesto que en la *Introducción* se lee: «*Y después el Rey ha mandado degollar á Gonzalo Pizarro.*» Pero tampoco es imposible que la introducción se escribiera mucho después del poema, y cuando el autor pensó en publicarle, según se

infiere de la censura de Fr. Félix de León que acompaña á esta rarísima pieza en el manuscrito del Archivo de Indias, donde se conserva. Hay de ella copia incorrecta en la colección de manuscritos de D. Martín Fernández de Navarrete.

D. Alonso Enríquez, aquel estrafalario aventurero que se decía *el Caballero Desbaratado*, y cuyas divertidísimas Memorias, sólo comparables con las de otro fanfarrón de la misma laya, D. Diego Duque de Estrada *(el Desengañado de sí mismo)*, frisan tantas veces con la novela de aventuras y con la picaresca, incluyó en el *Libro de su vida y costumbres* (1) la *obra* anterior, descartando la prosa y la censura, añadiendo una copla más, y encabezándolo todo de esta suerte: «*Obra en metro sobre la muerte que fué dada al ilustre Don Diego de Almagro, la cual obra se dirige á S. M. con cierto romance lamentando la dicha muerte, y no la hizo el autor del libro, porque es parte, y no sabe trovar.*»

El texto de D. Alonso Enríquez difiere bastante del manuscrito de Sevilla, ya por errores de copia, ya por cambios de palabras, de frases y aun de versos enteros, que pueden ser correcciones.

El romance prometido en el encabezamiento viene en seguida con este epígrafe: «Síguese el romance hecho por otro arte sobre el mismo caso, *el cual se ha de cantar al tono de «El buen conde Fernán González.*» Curiosa prueba de la costumbre que en el siglo XVI duraba, de aplicar á romances nuevos los tonos de los antiguos. Este romance, sumamente prosaico y desmayado, consta no menos que de 362 versos.

Quedan otros romances históricos del tiempo de las guerras civiles: dos versan sobre la rota del rebelde Francisco Hernández Girón en Pucará, y se encuentran al fin de la *Relación de lo acaecido en el Perú desde que Francisco Hernández Girón se alzó hasta el día que murió*, recientemente publicada (2); otro sobre las crueldades del tirano Lope de Aguirre (3).

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo LXXXV, págs. 369-379.

(2) *Colección de libros españoles raros ó curiosos*, tomo XIII, págs. 225-233.

(3) *Breve romance de los hechos de Lope de Aguirre.* Hállase al fin de la segunda parte de la *Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río del Ma-*

Suelen consignarse en las crónicas y relaciones históricas de la conquista algunas coplillas populares y anónimas, muchas de ellas de carácter soldadesco, y todas de sabor arcaico. Es de las más curiosas la que cantaban los soldados del campo real en la campaña contra el rebelde Francisco Hernández Girón por los años 1553-54, aludiendo al Dr. Fr. Hierónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, y al Licdo. Hernando de Santillán, oidor de aquella Audiencia, y después presidente de la de Quito, y, por último, obispo de las Charcas:

El uno jugar, y el otro dormir,
¡Oh, qué gentil!
No comer y apercibir,
¡Oh, qué gentil!
El uno duerme y el otro juega:
Así va la guerra.

El dormilón era Santillán, el jugador (de ajedrez) el Arzobispo (1).

rañón en la provincia del Dorado, hecha por el gobernador Pedro de Orsúa... Escrita por Gonzálo de Zúñiga, uno de los soldados de la expedición. El título particular de esta segunda parte es de *Lo sucedido en la Margarita.*

Principia:

Riberas del Marañón,
Do gran mal se ha congelado,
Se levantó un vizcaíno,
Muy peor que andaluzado.

Acaba:

Á nadie *da* confesión,
Porque no lo ha acostumbrado,
Y así se tiene por cierto
Ser el tal endemoniado.

Por estos últimos cuatro versos se prueba que aún vivía Aguirre cuando se compuso el romance, y antes que Zúñiga redactase la parte tercera, que trata de la entrada del sanguinario vizcaíno en Tierra Firme, por Agosto de 1561. (*Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias*, tomo IV, págs. 225 y 282. El Romance, 267-269.)

No fué el Perú teatro de las atrocidades de Lope de Aguirre (cantadas también por Juan de Castellanos), pero del Perú salió la expedición de Pedro de Orsúa, y por consiguiente no huelga aquí esta noticia.

(1) Publicó esta coplilla por primera vez el Sr. Espada, en la carta dedicatoria de su libro *Tres relaciones de antigüedades peruanas.*

Tampoco es para olvidada la de *los mis cabellicos, madre*, que cantaba el diabólico Carvajal el día de Xaquijaiguana. Otra copla sonaba en el campo de los almagristas por el año de 1537:

> Almagro pide la paz,
> Los Pizarros ¡guerra, guerra!
> Ellos todos morirán
> Y otro mandará la tierra... (1).

Si la conquista del Perú no tuvo la suerte de encontrar un Ercilla, no por eso faltó quien en pésimos metros se arrojara á cantarla dentro del mismo siglo XVI. Existe en la Biblioteca Imperial de Viena un poema anónimo, *Conquista de la Nueva Castilla*, obra al parecer desconocida hasta que en 1848 un librero de Lyón la sacó á luz en forma por demás incorrecta y desaliñada, y sin dar bastantes señas del manuscrito que le sirvió de original. Tiene por verdadero título: *Relación de la conquista y del descubrimiento que hizo el Gobernador Don Francisco Pizarro en demanda de las provincias y reinos que ahora llamamos Nueva Castilla. Hace principio desde la primera vez que partió de Panamá hasta todo lo que en la prisión de Atabalipa sucedió, la cual está partida en dos partes: la primera comienza describiendo el tiempo en que se hizo á la vela en Panamá.*

La segunda parte lleva este encabezamiento: «*Aquí hace principio la segunda parte, que habla en la segunda vez que el magnífico señor gobernador don Francisco Pizarro partió de Panamá en demanda de la provincia de Tumbez, hasta la prisión de Atabalipa y conquista de la gran ciudad del Cuzco, la cual comienza así, hablando el Gobernador.*»

La primera parte tiene cinco cantos, la segunda tres: todo el poema consta de doscientas ochenta y tres octavas, pero construídas, no al modo ordinario, sino rimando entre sí los versos primero, cuarto, quinto y octavo, el segundo con el tercero y el sexto con el séptimo. Se ve que el autor quiso hacerlos endecasílabos, pero hay muchos de doce y diez sílabas, ó por impericia suya, ó por descui-

(1) Cieza de León, *La guerra de las Salinas*. En el tomo LXVIII de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, pág. 266.

do del copista, ó por ignorancia del editor francés. De todo esto resulta un conjunto bárbaro y desapacible, y no sin razón ha podido escribir Ticknor que no hubiera hecho peor poema el más rudo de los soldados de Pizarro. Tiene, no obstante, la curiosidad de ser anterior á la *Araucana*, y, por consiguiente, el primogénito, aunque enteco y raquítico, de la interminable familia de poemas históricos de asunto americano, cuya elaboración todavía no ha cesado. De la dedicatoria «Al muy magnífico señor Juan Vázquez de Molina, secretario de la Emperatriz é Reina, nuestra señora, y de su Consejo», se infiere que el anónimo poeta escribía á mediados del siglo XVI (1).

Otros dos poemas se compusieron en el Perú durante el siglo XVI, aunque ninguno de ellos llegó á ver la luz pública, y parecen haber sido ignorados por todos nuestros bibliógrafos. Titúlase el primero *Los actos y hazañas valerosas del capitán Diego Hernández de Serpa, dirigidos al Illustrísimo señor don Diego de Zúñiga y de Avellaneda, Conde de Miranda, enviados de las Indias por Pedro de la Cadena, perpetuo servidor de su Señoría Ilustrísima.* Consta la obra de un *Introyto* y diez y siete cantos que el autor llama *actos*, todos en versos sueltos, ó más bien en prosa vil, como puede juzgarse por este principio del *acto* primero:

En la felice y fuerte y noble España
Nasció este gran varón tan venturado,
En la fresca ribera del Océano,
En la villa de Palos estimada...
. . . .
Sobre mil y quinientos veinte y cuatro
Llegó á la rica isla de Cubagua (2).

El capitán Serpa, héroe de este infeliz poema, había acompañado á Ordax en la desastrosa jornada del Orinoco (1532): en 3 de Agos-

(1) *Conquista de la Nueva Castilla, poema heroico publicado por la primera vez por D. J. A. Sprecher de Bernegg. París y León, Saint-Hilaire, Blanc y Cormon, editores*, 1848, 8.°

(2) Biblioteca de El Escorial, D-i i j-25, folio 221. Cuaderno en 4.° escrito en papel que forma parte de un tomo de *Varios*. Noticia que me comunicó el Sr. Espada, junto con las biográficas relativas al autor y al protagonista.

to de 1549 concertó con la Audiencia de Santo Domingo la conquista y población del territorio comprendido entre el Marañón y el Orinoco, ó sea la actual Guayana, y aunque por entonces tuvo que suspender la empresa de orden superior, no desistió de su pensamiento, y en 15 de Mayo de 1568 volvió á capitular con el Rey la misma conquista (más un trozo de la costa de Cumaná) con el nombre de *Nueva Andalucía*. En aquella costa fundó las ciudades de Nueva Córdoba y Santiago, y queriendo internarse á buscar las orillas del Orinoco, murió en un reencuentro con cierta nación de indios Cumanagotos.

Como se ve, las hazañas de Diego Hernández de Serpa acaecieron muy lejos del Perú, y dentro de la gobernación de Venezuela. Pero no sucede lo mismo con su biógrafo y cantor Pedro de la Cadena, que era vecino de Zamora de los Alcaides en la provincia de Quito. Además de su poema, escribió y presentó al Consejo de Indias un libro en prosa del gobierno de las Indias, sobre el cual informó el secretario de dicho Consejo Licdo. Benito López de Gamboa, en 16 de Marzo de 1676, diciendo que aunque escrito con método, tenía poca substancia, pero que atendida la buena intención del autor, convenía gratificarle y juntar su libro con otro que ya estaba en el Consejo y era de más provecho, obra del Licdo. Juan de Matienzo, oidor de las Charcas, y tenerlos ambos en secreto por ser cosa de gobierno, consultándolos cuando conviniera.

Otro poeta, llamado D. Diego de Aguilar y Córdoba, florecía en Huánuco á fines del siglo XVI. En 25 de Febrero de 1596 firmaba allí la dedicatoria de su poema *El Marañón*, terminado en 1578 y revisado después por diferentes testigos del suceso que en él se narra, que no es otro que el desgraciado viaje de Pedro de Ursúa. Los preliminares de la obra nos dan razón de otros versificadores, que son, sin duda, de los más antiguos de la colonia: Carlos de Maluenda, poeta polígloto, que por raro caso escribe un soneto *en francés* y otro en italiano: el general Alonso Picado, probablemente de la familia de este apellido naturalizada en Arequipa: Miguel Cabello de Balboa, eclesiástico muy erudito y práctico y entendido en viajes y exploraciones de los Andes, autor de la *Misceláanea Austral*, que es una especie de compilación histórica dividida en tres

partes, de las cuales la última (que anda traducida al francés por Ternaux-Compans) contiene interesantes noticias relativas á la historia antigua de Quito y conquista del Perú: Gonzalo Fernández de Sotomayor, D. Sancho Marañón, D. Pedro Paniagua de Loaisa, hijo, según parece, de otro del mismo nombre, extremeño, que sirvió á Gasca en negocios muy arduos, así de guerra como de diplomacia en tiempo de la rebelión de Gonzalo Pizarro, y murió en 1554 en la batalla de Pucará: D. Diego Vaca de la Vega, gobernador de Mainas, fundador de la ciudad de San Francisco de Borja del Marañón; y, finalmente, *un religioso amigo del autor*. De estos sonetos me ha comunicado el Sr. Espada los siguientes, que son muy aceptables, sobre todo el de Cabello Balboa:

DE MIGUEL CABELLO BALBOA

La casta abeja en la florida vega,
Con susurro süave y bullicioso,
Para su laberinto artificioso
De varias flores el manjar congrega.
No menos á la adelfa el gusto allega
Que al romero y al cárdamo oloroso,
Porque todo lo vuelve provechoso
Después que á su sutil boca se apega.
Igual te juzgo, cordobés ilustre,
Después que renació de tu memoria
El Marañón, de sangre y muerte lleno;
Que de su obscuridad sacaste lustre,
Y de su vituperio tanta gloria,
Que en bálsamo conviertes su veneno.

DE D. PEDRO PANIAGUA DE LOAISA

Celebre el mundo, oh Marañón famoso,
Tus claras ondas y tesoro ardiente,
Obscureciendo la caudal corriente
Del sacro Nilo y Ganges caudaloso.
Pues el supremo vuelo victorioso
Desta águila sin par, divinamente
Sube al cielo tu nombre y clara fuente
Do eternamente has de quedar glorioso.
Mas tú entre las doradas aguas canta

Con dulce son el suyo celebrando
Deste tu insigne historiador tan grave;
  Que á tal grandeza otra grandeza tanta
Sólo basta á dar gloria, eternizando
Lo que en ser de mortal hombre no cabe.

DE D. DIEGO VACA DE LA VEGA

  Si el lauro se le debe justamente
Al que pretende con insigne historia
Hacer firme y eterna la memoria
De algún valor heroico ó eminente;
  Si con divino ingenio y llama ardiente
Librándole del tiempo le da gloria,
Haciendo de finita y transitoria
Que sea infinita y dure eternamente.
  Á vos se os deben tres (sin otros ciento),
Uno por este libro tan famoso,
El otro porque á vuestra patria ha dado
  Inmortal nombre vuestro fundamento,
Otro á vuestro discurso milagroso
Á quien el mundo está tan obligado (1).

Aunque del siglo XVI no tenemos ninguna justa ó certamen poético del Perú, ni relación de fiesta en que se intercalen versos, desde muy temprano vemos asociada la poesía á los grandes regocijos públicos. Así nos refiere el palentino Diego Fernández en su *Historia del Perú* (parte 1.ª, lib. 2.º, cap. LXLIII), que cuando entró el presidente Gasca en la ciudad de los Reyes (Lima) el 27 de Septiembre de 1546, y fué recibido con grandes festejos, «salieron con una hermosa danza tantos danzantes como pueblos principales había en el Perú, y cada uno dijo una copla en nombre de su pueblo, representando lo que en demostración de su fidelidad había hecho». Y el historiador inserta las coplas, que por malas se omiten aquí.

Desde mediados del siglo XVI tenía Lima universidad: desde fines

(1) El ms. de *El Marañón* (8 hojas de preliminares y 317 de texto, dividido en tres libros y dedicado á D. Andrés Fernández de Córdoba, del Consejo Real), existe en Asturias en la librería que fué del Sr. Soto Posadas, y fué examinado en 1875 por el Sr. Jiménez de la Espada.

del mismo siglo, imprenta. Fué aquélla la muy célebre de San Marcos, émula de la de México y la más concurrida, próspera y opulenta de la América del Sur, fundada por Real cédula del emperador Carlos V y su madre D.ª Juana, dada en Valladolid á 21 de Septiembre de 1555, y confirmada por Bula pontificia de San Pío V en 25 de Julio de 1571. Sus cátedras eran de Jurisprudencia, Teología, Medicina y Filosofía, y conservó su crédito y su antigua organización hasta después de la guerra de la independencia americana. En el Cuzco se fundó en 1598 otra universidad de menos nombre, que logró algún desarrollo en el siglo XVII, al cual pertenecen muchas fundaciones de enseñanza como los Seminarios de Arequipa, Trujillo y la pequeña Universidad de Huamanga, además de los numerosos colegios de humanidades que los jesuítas fueron estableciendo en todos los puntos principales del Virreinato, llegando á doce sus casas en tiempo de la expulsión.

La imprenta fué más tardía que la universidad: apareció cuarenta años después que en México, y bajo los auspicios y protección de los Padres de la Compañía. Fué Antonio Ricardo, que ya había tenido taller en México, el *primero impresor en los reinos del Pirú*, como él se titula en sus libros. El más antiguo en que se encuentra estampado su nombre es la *Doctrina Christiana y cathecismo para instrucción de los Indios y de las demás personas que han de ser enseñadas en nuestra sancta Fe. Con un conffesionario y otras cosas necessarias para los que doctrinan..... Compuesto por auctoridad del Concilio Provincial que se celebró en la Ciudad de los Reyes el año de 1583. Y por la misma traduzido en las dos lenguas generales de este Reyno, Quichua y Aymara. Año de 1584* (1). Sólo de diez obras salidas de aquella imprenta en el siglo XVI dan razón hasta ahora los más diligentes bibliógrafos, y sólo una de amena literatura hay entre ellas: el *Arauco Domado*, del chileno Pedro de Oña. Las restantes son confesionarios y catecismos, un arte y vocabulario de la lengua

(1) En la *Revista del Río de la Plata*, núm. 6, pág. 171, el general D. Bartolomé Mitre sostuvo que el *primer libro publicado en Sud América* por Antonio Ricardo fué otra *Doctrina cristiana*, más breve, que lleva la fecha de 1583, y que hoy se conserva en el Museo que legó á Buenos Aires aquel ilustre historiador y hombre de Estado argentino.

quichua, constituciones y ordenanzas, un libro de reducciones de plata y oro, y algún papel en derecho (1).

No puede decirse, sin embargo, que, aun siendo escaso, sea nulo el caudal literario del Perú en el primer siglo de la colonia. Es verdad que no produjo ningún poeta, pero sí un prosista de primer orden, nacido en el Cuzco en 1540, y no criollo, sino mestizo, hijo de un conquistador de ilustre linaje montañés, célebre en armas y en letras, y de una india principal, sobrina de Huayna Capac. El primer libro de autor peruano que salió de las prensas de Europa fué, seguramente, la *traduzión del Indio de los tres diálogos de amor de León Hebreo*, *hecha de italiano en español por Garcilasso Inga de la Vega*, *natural de la gran Ciudad del Cuzco*, *cabeza de los Reynos y provincias del Pirú*, trabajada en Córdoba é impresa en Madrid, en 1590.

Aunque el inca Garcilaso, como él gustaba de llamarse, se preciase por aquel entonces más de *arcabuces y de criar y hazer caballos que de escribir libros*, es grande ya en la versión de aquel libro filosófico que él devolvió á España, primera patria de su autor, la belleza y gallardía de la prosa, que tanto contrasta con el desaliño del texto italiano, traducción del original castellano que se ha perdido.

Pero la celebridad de Garcilaso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras históricas, ó que dió por tales: «*La Florida del Inca ó Historia del Adelantado Hernando de Soto*»; los «*Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas*, *reyes que fueron del Perú; de su idolatría*, *leyes y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas*, *y de todo lo que fué aquel imperio*, *y su República*, *antes que*

(1) Harrise. *Introducción de la Imprenta en América, con una bibliografía de las obras impresas en aquel hemisferio desde* 1540 *á* 1600, *por el autor de la «Bibliotheca Americana Vetustissima»* (traducido y adicionado por M. Zarco del Valle). Madrid, Rivadeneyra, 1872.

Medina (J. T.) *La Imprenta en Lima. Epítome* (1584-1810). *Santiago de Chile, impreso en casa del autor*, 1890.

— *La Imprenta en Lima* (1584-1824). *Santiago de Chile*, *impreso y grabado en casa del autor*, 1904-1905. Cuatro tomos.

los españoles pasaran á él»; la «*Historia General del Perú, que trata el descubrimiento de él, y cómo lo ganaron los españoles; las guerras civiles que hubo entre Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra; castigo y levantamiento de los tyranos y otros sucessos particulares*».

El primero y el último de estos libros pertenecen en rigor á la literatura histórica; pero deben utilizarse con cierta cautela. En *La Florida* ha notado Bancroft errores de detalle, que fácilmente se explican porque Garcilaso no conocía la América del Norte, y tuvo que fiarse de los relatos orales y escritos de algunos compañeros de Hernando de Soto. Para los sucesos del descubrimiento y conquista del Perú, la autoridad del inca es muy secundaria por lo tardía y porque generalmente se reduce á transcribir ó glosar las narraciones de autores ya impresos como López de Gomara, Agustín de Zárate y el palentino Diego Fernández. Cuando abandona el testimonio de estos historiadores, no siempre copiosos pero sí fidedignos, es para extraviarse en compañía del jesuíta Blas Valera, cuyos manuscritos utilizó en parte; mestizo como él, y como él apasionado de la antigua civilización indiana. El crítico que con más habilidad ha defendido á Garcilaso de la nota de historiador anovelado, reconoce la falsedad del colorido general en las principales narraciones de los dos primeros libros de su Historia (por ejemplo, la de la de la prisión de Atahualpa). «Movido del afán de presentar á los incas por el lado más favorable y halagüeño, altera y desnaturaliza el carácter de este período. La dura majestad, la bárbara grandeza del imperio del Inca, que tanto se destacan en la pintoresca relación de Jerez, se borran y se pierden en la suya para dar paso á una pintura, que aquí merece plenamente el calificativo de *novelesca*» (1). En otras cosas *habla* de *memoria*, como dijo el licenciado Montesinos, ó se fía de anécdotas soldadescas. No conoció las riquísimas crónicas de Cieza de León, que son la principal fuente para la historia de las guerras civiles, pero al tratar de las rebeliones de Gonzalo Pizarro (en que su padre estuvo gravemente complicado), y de

(1) Vid. Riva Agüero (D. José de la), *La Historia en el Perú, tesis para el Doctorado de Letras*, Lima, 1910.

Francisco Hernández Girón, la cual presenció él mismo, tiene valor original su relato.

Pero donde suelta las riendas á su exuberante fantasía es en los *Comentarios Reales*, libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas. Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio «*an emanation from the indian mind*». Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, ó más bien ha de completarse advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa, hirviese tan alborotadamente en sus venas, él, al fin, no era indio de raza pura, y era, además, neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara, semieducada (1). Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana ó la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado á inventar (2), pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar á la posteridad, porque había empezado por

(1) «Residiendo mi madre en el Cuzco, su patria, venían á visitarla casi cada semana los pocos parientes y parientas que de las crueldades de Atahualpa escaparon; en las cuales visitas siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad dellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiesen acaecido, que no la trajesen á cuenta. De las grandezas y prosperidades pasadas, venían á las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Estas y otras semejantes pláticas tenían los incas y pallas en sus visitas, y con la memoria del bien perdido, siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: «trocósenos el reinar en vasallaje». En estas pláticas yo, como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oir, como huelgan los tales de oir fábulas.» (*Comentarios Reales*, primera parte, lib. I, cap. XV.)

(2) Entre ellos el ya citado jesuíta peruano Blas Valera, de cuya obra manuscrita se extravió gran parte en el saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Garcilaso cita textualmente los principales fragmentos que llegaron á sus manos.

engañarse á sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa (1). Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba á Voltaire la *Alzira* y á Marmontel su fastidiosa novela de *Los Incas*, y que en el canto de Olmedo evocaba tan inoportunamente, en medio del

(1) Esta credulidad tenía, sin embargo, sus límites. Garcilaso dudaba de muchas de las cosas que cuenta, pero muestra gran candidez aún en estas veleidades de escepticismo. «Después de haber dado muchas trazas y tomado muchos caminos para entrar á dar cuenta del origen y principio de los Incas, reyes naturales que fueron del Perú, me pareció que la mejor traza y el camino más fácil y llano era contar lo que en mis niñeces oí muchas veces á mi madre y á sus hermanos y tíos, y á otros sus mayores, acerca de este origen y principio..., y será mejor que se sepa por las propias palabras que los Incas lo cuentan, que no por las de otros autores extraños... Digo llanamente las fábulas historiales que en mis niñeces oí á los míos. Tómelas cada uno como quisiere y deles el alegoría que más les cuadrare. Á semejanza de las fábulas que hemos dicho de los Incas, inventan las demás naciones del Perú otra infinidad dellas del origen y principio de sus primeros padres, diferenciándose unos de otros, como lo veremos en el discurso de la historia: que no se tiene por honrado al indio que no desciende de fuente, río ó lago, aunque sea de la mar; y de animales fieros, como el oso, león ó tigre, ó de águila ó del ave que llaman *cuntur*, ó de otras aves de rapiña, ó de sierras, montes, riscos ó cavernas; cada uno como se le antoja, para su mayor loa y blasón. Y para fábulas, baste lo que se ha dicho.» (*Comentarios Reales*, primera parte, lib. I, caps. XV y XVIII.)

Estas singulares palabras nos revelan la verdadera vocación de Garcilaso, que á haber vivido en nuestros tiempos, no hubiera sido un historiador, sino un *folklorista*.

Lo mejor que sobre Garcilaso, y en general sobre la historiografía del Perú conocemos, es el erudito é ingenioso libro del ya citado Dr. Riva Agüero (págs. 33-214), y allí están cuantos argumentos pueden alegarse en pro de la veracidad del cronista de los Incas, á quien hoy es moda desestimar, así como antes se le concedía ilimitada confianza.

campo de Junín, la sombra de Huayna Capac, para felicitar á los descendientes de los que ahorcaron á Atahualpa. Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior á la vulgar, y es cierto que el inca Garcilaso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su discernimiento crítico. Como prosista, es el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón, el dramaturgo, los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América.

Y con esto ya es hora de volver los ojos á la numerosa falange de poetas que en los últimos años del siglo XVI y en los primeros del XVII, es decir, en la época más venturosa para las letras españolas, alegraban y ennoblecían con su canto las márgenes del Rimac. Si de sus obras resta muy poco, queda á lo menos honorífica mención de algunos de ellos en las páginas inmortales de Lope de Vega y de Cervantes, que citan poetas peruanos en mayor número que poetas de México. Consultemos primeramente, el *Canto de Caliope*, impreso en 1584 con la *Galatea*. Llega Cervantes á hablar de los *ingenios soberanos* de la región antártica, y nos presenta ante todo al mexicano Terrazas, y á un poeta arequipeño, Diego Martínez de Rivera:

Uno de Nueva España y nuevo Apolo;
Del Perú el otro, un sol único y solo,
. . . .
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera:
Este es *Diego Martínez de Rivera*.

De Arequipa era también el general Alonso Picado, de quien conocemos un soneto en loor del poema *El Marañón*. Cervantes le elogia en estos términos:

Aquí, debajo de felice estrella,
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de Oriente al Occidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor: nació *Alonso Picado*;

Nasció mi hermano (1) y el de Palas junto;
Que ambas vimos en él vivo trasunto.

De otros ocho poetas, al parecer residentes todos en el Perú, hace mención Cervantes, aun sin incluir á Enrique Garcés, de quien haremos mérito tratando de Bolivia. Uno de estos poetas es don Diego de Aguilar, el autor de *El Marañón:*

En todo cuanto pedirá el deseo,
Un *Diego* ilustre de *Aguilar* admira,
Un águila real que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira;
Su pluma entre cien mil gana trofeo;
Que ante ella la más alta se retira:
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

De los citados en las siguientes octavas, no tenemos noticia alguna:

Pues si he de dar la gloria á ti debida,
Gran *Alonso de Estrada*, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu ser y entendimiento peregrino;
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Betis mil tesoros da contino,
Y aun no da el cambio igual; que no hay tal paga
Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro *don Juan*, te nos ha dado el cielo,
De *Ávalos* gloria y de *Ribera* lustre,
Honra del propio y del ajeno suelo...
. . . .

El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando,
Venga, y veréis por suma deste cuento,
Su heroico brío y discreción mirando,
Que es *Sancho de Ribera*, en toda parte

(1) De la Musa Caliope que habla en este canto.

Febo primero y sin segundo Marte.

. . . .

Un *Gonzalo Fernández* se me ofrece,
Gran capitán del escuadrón de Apolo,
Que hoy de *Sotomayor* ensoberbece
El nombre con su nombre heroico y solo;
En verso admira y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.
Un *Rodrigo Fernández de Pineda,*
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad, gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente;
Pues cuanto quiere dél no se le veda,
Pues de tal gloria goza en Occidente,
Tenga también aquí tan larga parte,
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.
Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado
Que en toda la Tesalia se levanta,
Planta que ya dichoso fruto ha dado,
¿Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre *don Pedro de Alvarado*,
Ilustre, pero ya no menos claro
Por su divino ingenio al mundo raro?

De Pedro de Montesdoca, llamado por antonomasia *el Indiano* tenemos algún dato más. Era sevillano, y al parecer, muy amigo de Cervantes, que volvió á acordarse de él en el *Viaje del Parnaso*. Primero había dicho:

Este mesmo famoso insigne valle (1
Un tiempo al Betis usurpar solía
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía;
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envía:
Éste, ya en vuestro Tajo conoscido,
Pedro de Montesdoca es su apellido.

(1) El de Lima.

Y treinta años después le recordaba de esta cariñosa manera en el cap. IV del *Viaje del Parnaso:*

Desde el indio apartado, del remoto
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,
Y el que anudó de Arauco el hilo roto (1).

Pero todavía es más expresivo el elogio que Vicente Espinel, no tan pródigo de ellos, le tributa en el canto 2.º de su poema alegórico *La Casa de la Memoria*, impreso con sus *Rimas* en 1591:

Tú, que las ondas y el caudal corriente
Del patrio Betis sin razón negaste,
Y en alto estilo de un ingenio ardiente
Á Lima en Occidente celebraste,
Vuelve el tributo á quien tan justamente
Debes el claro nombre que ganaste,
Pedro de Montes de Oca, que no es Lima
Dino de tan aguda y pura lima.
Nunca ha podido la interior carcoma
Del ignorante vulgo derribarte;
Que la razón al fin lo vence y doma,
Y vive la verdad en toda parte:
Las armas en defensa tuya toma
El propio Apolo para eternizarte;
Viva *Clarinda* y viva tu memoria,
Que es tu nombre y será dina de gloria.

Esta *Clarinda*, que era sin duda una muy principal dama limeña, no fué sólo señora de los pensamientos del indiano Montesdoca, sino de otro poeta de los elogiados en el *Canto de Calíope*, el capitán Juan de Salcedo Villandrando, de quien dijo Cervantes:

Del capitán *Salcedo* está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto más subido, agudo y raro
Que puede imaginar el pensamiento...

De este Salcedo, pues, dijo la anónima poetisa peruana, autora del *Discurso en loor de la Poesía*:

(1) Pedro de Oña.

Á ti, Juan de Salcedo Villandrando,
El mesmo Apolo Délfico se rinda,
Á tu nombre su lira dedicando,
Pues nunca sale por la cumbre Pinda
Con tanto resplandor, cuanto demuestras
Cantando en alabanza de *Clarinda.*

Del capitán Salcedo hay versos laudatorios al frente de la *Miscelánea Austral* de D. Diego de Ávalos y Figueroa (1602), y los hay también de un D. Diego de Carvajal, que puede ser muy bien el D. Diego de Sarmiento y Carvajal elogiado por Cervantes:

Feliz don Diego de Sarmiento ilustre
Y Carvajal famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido.
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(Á pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras excelentes,
De lengua en lenguas y de gente en gentes.

De los ingenios americanos para quienes hay palmas en la silva 2.ª del *Laurel de Apolo*, dos por lo menos pertenecen á Lima: *Cristóbal de la O*, sobre cuyo nombre hace Lope de Vega un insulso juego de palabras, y un hermano de León Pinelo, Juan Rodríguez de León, presbítero, de quien D. Nicolás Antonio cita varias obras en prosa y verso: *La Perla*, *vida de Santa Margarita*, *virgen y mártir* (Madrid, 1629); *El Predicador de las gentes San Pablo*, *ciencia*, *preceptos*, *avisos y obligaciones de los predicadores evangélicos, con doctrina del Apóstol* (1638); *Panegírico castellano-latino al rey D. Felipe IV* (México, 1639); *Parecer sobre la ingenuidad del arte de la pintura* (impreso con los diálogos de Vicente Carducho, 1633); *Cuaresma meditada*, en epigramas; *El Martyrologio de los que han padecido en las Indias por la Fe; Relación del viaje de los galeones de la Real Armada de las Indias el año de 1607*, *con descripción de los puertos en que entraron.*

Peruana era también la desconocida poetisa *Amarilis*, que antes de 1621 escribió á Lope de Vega, de quien era ferviente admiradora, una elegante epístola en silva, que con la respuesta de Lope

de Vega en tercetos *(Belardo á Amarilis)*, fué inserta á continuación de su *Filomena*. Persona muy docta y muy enterada de las cosas de Lope de Vega (1) ha insinuado alguna duda sobre la existencia de tal poetisa indiana, juzgando mera ficción poética su carta, y equivalente el nombre de *Amarilis* al de D.ª Marta de Nevares Santoyo, postrera amiga de Lope. Pero aun prescindiendo de que el Fénix de los Ingenios aplicó el nombre poético de *Amarilis* á diversas personas, como por sus cartas y versos parece, hay tal tono de verdad en la epístola, y son tales las señas que la encubierta poetisa da de su patria, y aun de su familia, que no sólo no puedo dudar de que tal carta fué dirigida real y efectivamente desde América á Lope, sino que me atrevo á señalar, de acuerdo con La Barrera, el nombre probable de la encubierta Musa (2) que hace de este modo su autobiografía:

Quiero, pues, comenzar á darte cuenta
De mis padres y patria y de mi estado,
Porque sepas quien te ama y quien te escribe:
Bien que ya la memoria me atormenta,
Renovando el dolor, que aunque llorado,
Está presente y en el alma vive...
En este imperio oculto que el sol baña,
Más de Baco piadoso que de Alcides,
Entre un trópico frío y otro ardiente,
Á donde fuerzas inclitas de España,
Con varios casos y continuas lides
Fama inmortal ganaron á su gente:
Donde Neptuno engasta su tridente
En nácar y oro fino:
Cuando Pizarro con su flota vino,
Fundó ciudades y dejó memorias,
Que eternas quedarán en las historias:
Á quien un valle ameno,
De tantos bienes y delicias lleno,
Que siempre es primavera,
Merced del sueño de la cuarta esfera,

(1) Alúdese á D. Francisco Asenjo Barbieri que, con el anagrama de José Ibero Ribas y Canfranc, publicó en 1876 los *Últimos Amores de Lope de Vega*.
(2) *Nueva biografía*, pág. 19.

La Ciudad de León fué edificada,
Y con hado dichoso
Quedó de héroes fortísimos poblada.
Es frontera de bárbaros y ha sido
Terror de los tiranos, que intentaron
Contra su rey enarbolar bandera:
Al que en Jauja por ellos fué rendido
Su atrevido estandarte le arrastraron,
Y volvieron el reino á cuyo era.
Bien pudiera, Belardo, si quisiera,
En gracia de los cielos,
Decir hazañas de *mis dos abuelos,*
Que aqueste nuevo mundo conquistaron
Y esta ciudad también edificaron,
Do vasallos tuvieron
Y por su rey su vida y sangre dieron:
Mas es discurso largo,
Que la fama ha tomado ya á su cargo,
Si acaso la desgracia desta tierra,
Que corre en este tiempo,
Tantos ilustres méritos no entierra.
De padres nobles dos hermanas fuimos,
Que nos dejaron con temprana muerte
Aun no desnudas de pueriles paños.
El cielo y una tía que tuvimos
Suplió la soledad de nuestra suerte:
. . . .
De la beldad que el cielo acá reparte
Nos cupo, según dicen, mucha parte,
Con otras muchas prendas:
No son poco bastantes las haciendas
Al continuo sustento;
Y estamos juntas, con tan gran contento,
Que una alma á entrambas rige y nos gobierna,
Sin que haya tuyo y mío,
Sino paz amorosa, dulce y tierna.
Ha sido mi *Belisa* celebrada,
Que éste es su nombre, y *Amarilis* mío,
Entrambas de afición favorecidas:
Yo he sido á dulces musas inclinada;
Mi hermana, aunque menor, tiene más brío,
Y partes, por quien es, muy conocidas.

Al fin todas han sido merecidas
Con alegre himeneo
De un joven venturoso, que en trofeo
Á su fortuna y vencedora palma,
Alegre la rindió prendas del alma.
Yo siguiendo otro trato,
Contenta vivo en limpio celibato,
Con virginal estado,
Á Dios con gran afecto consagrado,
Y espero en su bondad y su grandeza
Me tendrá de su mano
Guardando inmaculada mi pureza.

Las señas no pueden ser más explícitas. Si la incógnita dama había nacido en la ciudad de León de Huánuco (situada en el actual departamento de Junín, á cuarenta y tantas leguas al Norte de Lima) y descendía de los conquistadores de aquella tierra y fundadores de aquella ciudad, su apellido debía de ser el muy ilustre de Alvarado, puesto que el fundador de la ciudad de León de Huánuco, llamada también León de los Caballeros, fué el capitán Gómez de Alvarado, hermano del Adelantado D. Pedro, de inmortal memoria en los fastos de América. Y aunque es cierto que la primitiva fundación de Alvarado en 1539 quedó luego casi desierta, hasta que la reedificó Pedro Barroso y acabó de asentarla Pedro de Puelles, los términos en que la poetisa se explica, cuadran más bien al fundador primero y á su hermano, de quienes podía decirse con más razón que de Barroso,

Que aqueste nuevo mundo conquistaron.

Y si atendemos á que el nombre poético de *Amarilis* es, por lo común, rebozo del de *María*, tendremos completos el nombre y apellido de la discreta doncella de Huánuco: D.ª María de Alvarado.

No se tenga por inútil esta disquisición, porque quien tales versos hacía en América á principios del siglo XVII, y no en ninguno de los grandes emporios de cultura, como México ó Lima, sino en uno de los más apartados rincones de los Andes, ofrecería un curioso fenómeno de historia literaria, aunque no tuviésemos en consideración

su sexo. Apenas hay en su Epístola el menor vestigio de mal gusto ni de amaneramiento; todo es natural, llano y decoroso, con cierta sencilla gravedad y no afectado señorío. La poetisa hace su corte literaria á Lope de Vega, pero con tanta discreción, con tan insinuante y cortés gentileza, con tacto tan femenino y delicado, que el gran poeta debió de quedar lisonjeado con la alabanza y no ofendido con las nubes del importuno incienso. Viene á declararse platónicamente enamorada de él, amor inofensivo á tan larga distancia, pero único que ella estima digno de su noble naturaleza:

El sustentarse amor sin esperanza,
Es fineza tan rara, que quisiera
Saber si en algún pecho se ha hallado;

. . . .

Mas nunca tuve por dichoso estado
Amar bienes posibles,
Sino aquellos que son más imposibles.
Á éstos ha de aspirar mi alma osada,
Pues para más alteza fué criada
Que la que el mundo enseña;
Y así quiero hacer una reseña
De amor dificultoso,
Que sin pensar desvela mi reposo,
Amando á quien no veo, y me lastima:
¡Ved qué extraños contrarios,
Venidos de otro mundo y de otro clima!
Al fin en éste donde el Sur me esconde
Oí, Belardo, tus conceptos bellos,
Tu dulzura y estilo milagroso,

. . . .

Y admirando tu ingenio portentoso,
No pude reportarme
De descubrirme á ti, y á mí dañarme.

. . . .

Oí tu voz, Belardo; mas ¿qué digo?
No, Belardo, milagro han de llamarte:
Este es tu nombre, el cielo te le ha dado;
Y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
Te me representó parte por parte,
En ti más que en sus fuerzas confiado.
Mostróse en esta empresa más osado,

Por ser el artificio
Peregrino en la traza y el oficio,
Otras puertas del alma quebrantando.
No por los ojos míos, que velando
Están con gran pureza;
Mas por oídos, cuya fortaleza
Ha sido y es tan fuerte,
Que por ellos no entró sombra de muerte,
Que tales son palabras desmandadas,
Si vírgenes las oyen,
Que á Dios han sido y son sacrificadas.
Con gran razón á tu valor inmenso
Consagran mil deidades sus labores,
Cuando *manijan* perlas en sus faldas:
Todo ese mundo allí te paga censo,
Y éste de acá, mediante tus favores,
Crece en riquezas de oro y esmeraldas:
Potosí, que sustenta en sus espaldas
Entre el invierno crudo
Aquel peso, que Atlante ya no pudo,
Confiesa que su fama te la debe;
Y quien del claro Lima el agua bebe,
Sus primicias te ofrece,
Después que con sus dones se engrandece,
Acrecentando ofrendas
Á tus excelsas y admirables prendas:
Yo que aquestas grandezas voy mirando,
Entretenida en ellas,
Las voy en mis entrañas celebrando.

¡Qué galano y qué exquisito elogio! Entre los innumerables panegiristas españoles, latinos é italianos de Lope, cuyos versos llenan volúmenes enteros, nadie alcanzó á este grado de admiración profunda y concentrada. Pero aún es más hermoso lo que sigue: Lope había escrito *El Peregrino en su patria*, y la docta poetisa le exhorta á buscar su verdadera patria en el cielo, donde ella espera unirse á él en amor santo é imperecedero:

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,
No sientas mucho verte peregrino...
. . . .

Que otro origen tuviste más divino
Y otra gloria mayor, si la buscares.
¡Oh, cuánto acertarás, si imaginares
Que es patria tuya el cielo,
Y que eres peregrino acá en el suelo!

. . . .

Pues, peregrino mío,
Vuelve á tu natural: póngante brío,
No las murallas, que elevó tu canto
En Tébas engañosas,
Mas las eternas, que te importan tanto.
Allá deseo en santo amor gozarte,
Pues acá es imposible poder verte,
Y temo tus peligros y mis faltas:
Tabla tiene el naufragio, y escaparte
Puedes en ella de la eterna muerte,
Si del bien frágil al divino saltas;
Las singulares gracias con que esmaltas
Tus soberanas obras,
Con que fama inmortal continuo cobras,
Empléalas de hoy más en versos lindos,
En soberanos y divinos Pindos:
Tus divinos concetos
Allí serán más dulces y perfetos;
Que el mundo á quien le sigue,
En vez de premio al bienhechor persigue,
Y contra la virtud apresta el arco
Con ponzoñosas flechas
De la maligna aljaba de Aristarco.

. . . .

Con hechicero candor se declara Amarilis inexperta *en sucesos amorosos*, como quien emplea su tiempo en *dulces coloquios con el cielo*, y termina pidiendo á Lope un don poético

Para bien de tu alma y mi consuelo.

Le ruega, pues, que escriba en verso la vida y martirio de una santa de su particular devoción y de la de su hermana:

Yo y mi hermana una santa celebramos,
Cuya vida de nadie ha sido escrita,
Como empresa que muchos han temido:

El verla de tu mano deseamos;
Tu dulce musa alienta y resucita,
Y ponla con estilo tan subido,
Que sea donde quiera conocido
Y agradecido sea
De nuestra santa virgen Dorotea.
¡Oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes,
Con que de lauro coronar tus sienes!

. . . .

Desta divina y admirable santa
Su santidad refiere,
Y dulcemente su martirio canta.

Engolosinado con la belleza de esta epístola, que es sin duda la mejor pieza poética del Perú en sus primeros tiempos, la he ido transcribiendo casi toda. Séame lícito añadir algunos versos más, notables unos por la gala, bizarría y aun despilfarro de la dicción poética, semejante á la del mismo Lope y á la de Valbuena, otros por la suave y afectuosa modestia:

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
Una alma pura á tu valor rendida:
Acepta el don, que puedes estimallo;
Y dándome por fe lo que merezco,
Quedará mi intención favorecida.

. . . .

Y para darte más, no sé si hallo.
Déte el cielo favores,
Las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambaya sus diamantes, Tíbar oro,
Marfil Sofala, Persia su tesoro,
Perlas los orientales,
El Rojo mar finísimos corales,
Balajes los Ceilanes,
Áloe precioso Sárnaos y Campanes,
Rubíes Pegugamba, y Nubia algalia,
Ametistes Rarsinga,
Y prósperos sucesos Acidalia.

. . . .

Ya veo que tendrás por cosa nueva,
No que te ofrezca censo un mundo nuevo,
Que á ti cien mil que hubiese te le dieran;

Mas que mi musa rústica se atreva
Á emprender el asunto á que me arrojo,
Hazaña que cien Tassos no emprendieran:
Ellos al fin son hombres, y temieran;
Mas la mujer, que es fuerte,
No teme alguna vez la misma muerte.
Pero si he parecídote atrevida,
Á lo menos parézcate rendida;
Que fines desiguales
Amor los hace con su fuerza iguales;
Y quédote debiendo,
No que me sufras, mas que estés oyendo
Con singular paciencia mis simplezas,
Ocupado contino
En tantas excelencias y grandezas.
Versos cansados, ¿qué furor os lleva
Á ser sujeto de simpleza indiana,
Y á poneros en mano de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva
Os vendrán á probar, aunque sin gana,
Y verán vuestro gusto bronco y tardo:
El ingenio gallardo,
En cuya mesa habéis de ser honrados,
Hará vuestros intentos disculpados:
Navegad: buen viaje: haced la vela:
Guiad un alma que sin alas vuela.

Lope de Vega contestó en la epístola de *Belardo á Amarilis*, que tiene buenos trozos y curiosas noticias de su persona y de su vida, pero que dista mucho de ser la mejor de las suyas. Por esta vez perdone Lope: la humilde poetisa ultramarina lleva la palma. Él, que tanto pecaba por el lado de la galantería, fácilmente hubiera perdonado este juicio, y aun se hubiera complacido en la derrota; ni quien es opulento en grado tan soberano y excepcional, pierde nada por algunos tercetos más ó menos felices. De los requiebros que dirige á su encubierta admiradora, pondré alguna muestra, para completar este curioso capítulo de costumbres literarias:

Bien sé que en responder crédito empeño;
Vos, de la línea equinoccial sirena,

Me despertáis de tan profundo sueño.
¡Qué rica tela, qué abundante y llena
De cuanto al más retórico acompaña!
¡Qué bien parece que es indiana vena!
Yo no lo niego: ingenios tiene España;
Libros dirán lo que su musa luce,
Y en propia rima imitación extraña;
Mas los que el clima antártico produce
Sutiles son, notables son en todo;
Lisonja aquí ni emulación me induce.
Apenas de escribiros hallo el modo,
Si bien me le enseñáis en vuestros versos,
Á cuyo dulce estilo me acomodo.
En mares tan remotos y diversos,
¿Cómo podré yo veros, ni escribiros
Mis sucesos, ó prósperos, ó adversos?
Del alma que os adora sé deciros
Que es gran tercera la divina fama;
Por imposible me costáis suspiros.
Amo naturalmente á quien me ama,
Y no sé aborrecer quien me aborrece;
Que á la naturaleza el odio infama.
Yo os amo juntamente, y tanto crece
Mi amor, cuanto en mi idea os imagino
Con el valor que vuestro honor merece.
Á vuestra luz mi pensamiento inclino,
De cuyo sol antípoda me veo,
Cual suele lo mortal de lo divino.
. . . .
Que no son menester las esperanzas
Donde se ven las almas inmortales,
No sujetas á olvidos ni á mudanzas.

Y cortésmente se excusa al fin de la epístola de no escribir el poema de Santa Dorotea, dejándolo á la devoción de la misma poetisa:

Y pues habéis el alma consagrado
Al cándido pastor de Dorotea,
Que inclinó la cabeza en su cayado,
Cantad su vida vos, pues que se emplea

Virgen sujeto en casto pensamiento,
Para que el mundo sus grandezas vea (1).
. . . . , ...

¿Es esta *Amarilis* la misma poetisa celebrada en el *Laurel de Apolo* como *fénix rara* de Santa Fe de Bogotá? No es inverisímil que de Huánuco pasara á establecerse al Nuevo Reino de Granada, pero no me atrevo á afirmarlo.

Ni menos á identificarla, porque diferencias de estilo lo vedan, con otra egregia poetisa peruana, discípula del sevillano Diego Mexía, cuyo *Parnaso Antártico* honró con su *Discurso en loor de la Poesía*, que íntegro va en nuestra colección académica, no sólo como precioso documento de historia literaria, por las noticias rarísimas que contiene de ingenios del Virreinato, sino como un curioso ensayo de *Poética*, como un bello trozo de inspiración didáctica, del cual ha dicho, no sin razón, el ilustre colombiano Pombo que «rara vez en verso castellano se ha discurrido más alta y poéticamente sobre la poesía» (2). Compárese, por ejemplo, con el *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva, que es del mismo tiempo y de la misma escuela y hasta del mismo metro, y se verá cuánto más excelsa concepción de la poesía tenía la *grande anónima*, y qué forma tan elegante y graciosa alcanzó á dar á sus nociones estéticas, á pesar de las sombras de pedantismo que empañan algunas páginas, y la flaqueza de versificación que se advierte en otras (3).

(1) Las dos epístolas de Amarilis á Belardo y de Belardo á Amarilis se hallan en el tomo I de las *Obras sueltas* de Lope de Vega, edición de Sancha, páginas 457 y 468, y fueron reimpresas en un cuadernito, Lima, 1834, imprenta de Félix Moreno. El editor, que fué D. Manuel Antonio Valdizán, natural de Huánuco, trata de probar, con débiles argumentos, que la incógnita dama tenía el apellido Figueroa, y era hermana de Doña Isabel *(Belisa)*, que casó en primeras nupcias con el encomendero D. Bartolomé Tarazona, y en segundas con el licenciado Diego Alvarez, que fué corregidor del Cuzco y de Potosí (tiene artículo en el *Diccionario* de Mendiburu).

(2) En el prólogo á las *Poesías de Doña Agripina Montes del Valle* (Bogotá, 1883), pág. XLVIII.

(3) El concepto estético, como hoy diríamos, de la incógnita poetisa, era, no ya platónico, sino profundamente místico:

Quién fuera ella, parece hoy imposible adivinarlo. Mexía nos la presenta como «una señora principal de este Reino, muy versada en la lengua Toscana y Portuguesa, por cuyo mandamiento y por justos respetos no se escribe su nombre, con el qual discurso (por ser de una heroica dama) fué justo dar principio á nuestras heroicas epístolas». Ni era ella sola la mujer que honrase entonces las letras en el Perú, puesto que habla de otras tres, aunque sin nombrarlas:

Y aun yo conozco en el Perú tres damas
Que han dado en poesía heroicas muestras...

Una de ellas sería probablemente la *Amarilis*, que escribió á Lope; otra, quizá, la D.ª Jerónima, de Quito, que entonces se consideraba como parte del Perú. En cuanto á los poetas, fué la anónima

El don de la poesía abraza y cierra,
Por privilegio dado de la altura,
Las ciencias y artes que hay acá en la tierra.
Esta las comprehende en su clausura,
Las perfecciona, ilustra y enriquece
Con su melosa y grave compostura.
Y aquel que en todas ciencias no florece,
Y en todas artes no es ejercitado,
El nombre de poeta no merece.
Y por no poder ser que esté cifrado
Todo el saber en uno sumamente,
No puede haber poeta consumado...
Pues ya de la Poesía el nacimiento
Y su primer origen ¿fué en el suelo?
¿Ó tiene aqui en la tierra el fundamento?
Oh Musa mía, para mi consuelo
Dime dónde nació, que estoy dudando.
Nació entre los espíritus del cielo...
De esta región empírea, santa y bella,
Se derivó en Adán, primeramente,
Como la hueste Délfica en la estrella.
¿Quién duda que advirtiendo allá en la mente,
Las mercedes que Dios hecho le había
Porque le fuese grato y obediente,
No entonase la voz con melodía,
Y cantase á su Dios muchas canciones,
Y que Eva alguna vez le ayudaría?
Y viéndose después entre terrones,
Comiendo con sudor por el pecado,
Y sujeto á la muerte y sus pasiones,
Estando con la reja y el arado,
¿Qué elegías compondria de tristeza,
Por verse de la gloria desterrado?

más explícita, dándonos como el *Laurel de Apolo* ó el *Canto de Calíope* de la colonia. Hasta diez y siete cita por sus nombres: unos venidos de España, otros naturales de las regiones antárticas. De algunos hemos hablado ya; otros son totalmente desconocidos ó no han dejado más memoria que algún soneto laudatorio ó composición de certamen; y de los restantes pasamos á dar breve razón, conforme á lo que de sus obras resulta (1).

Tuvo el Perú, de igual suerte que México, la fortuna de ser visitado en el siglo de oro por muy preclaros ingenios españoles, que

(1) He aquí la lista completa de los poetas que cita: El Dr. Figueroa, Duarte Fernández, Montesdoca, Sedeño, el licenciado Pedro de Oña, Miguel Cabello de Balboa, Juan de Salcedo Villandrando, los PP. Ojeda y Gálvez, Juan de la Portilla, Gaspar Villarroel, D. Diego de Ávalos, Luis Pérez Angel, Antonio Falcón, Diego de Aguilar y Córdoba, Cristóbal de Arriaga y D. Pedro de Carvajal.

La epístola termina como empezó, con un bello elogio de la Poesía, donde se glosan felizmente algunos conceptos de Marco Tulio en la oración *pro Archia poeta:*

Es la Poesía un piélago abundante
De provechos al hombre; y su importancia
No es sola para un tiempo ni un instante.
Es de provecho en nuestra tierna infancia,
Porque quita y arranca de cimiento,
Mediante sus estudios, la ignorancia.
En la virilidad es ornamento,
Y á fuerza de vigilias y sudores
Pare sus hijos nuestro entendimiento.
En la vejez alivia los dolores,
Entretiene la noche mal dormida,
Ó componiendo ó revolviendo autores.
Da en lo poblado el gusto sin medida,
En el campo acompaña y da consuelo,
Y en el camino á meditar convida.
De ver un prado, un bosque, un arroyuelo,
De oir un pajarito, da motivo
Para que el alma se levante al cielo.
Anda siempre el poeta entretenido
Con su Dios, con la Virgen, con los Santos,
Ó ya se baja al centro denegrido.
De aquí proceden los heroicos cantos,
Las sentencias y ejemplos virtuosos,
Que han corregido y convertido á tantos.
Y si hay poetas torpes y viciosos,
El don de la Poesía es casto y bueno,
Y ellos los malos, sucios y asquerosos.

dejaron allí una tradición castiza y de buen gusto. Casi todos estos poetas eran andaluces, y los más pertenecían á la escuela sevillana, de la cual la primitiva poesía de la América española puede considerarse como una rama ó continuación. Fué de los primeros el ya citado Diego Mexía, el más feliz traductor de las *Heroídas* de Ovidio que hasta ahora ha logrado nuestra lengua, traductor fiel no tanto á la letra, como al espíritu poético, lánguido y muelle del original; hábil en la expresión de los afectos y ternezas de amor; versificador desigual y negligente, en quien no son raros los aciertos exquisitos, contrapesados por gran número de prosaísmos y locuciones forzadas. La ley rígida y estrecha del terceto que en toda su versión adoptó, no es molde adecuado para el dístico latino, y hubo de arrastrarle muchas veces á desleir los pensamientos en larga y soñolienta paráfrasis. La *Epístola de Safo á Faón* descuella entre todas por el mayor número de bellezas: no sin razón la eligió Quintana para muestra en su *Colección de Poesías Selectas*, honra que á poquísimas traducciones quiso dispensar su severo juicio. «El tono elegíaco (dice aquel gran maestro) está bastante sostenido en toda la obra, y son pocas las de su clase que presenten trozos tan naturales, tan bien sentidos y tan felizmente expresados, como la pintura que Safo hace de sí misma cuando le dan la noticia de la fuga de su amante, la del bosque donde entra á veces á meditar en su tristeza y á recordar sus pasadas delicias, y la de su ilusión, en que se figura que Faón viene surcando los mares á buscarla» (1).

El trabajo de Diego Mexía, aunque por la patria de su autor no sea americano, lo es por la tierra en que se emprendió y terminó, como largamente declara el autor en su curiosísimo prólogo: «Navegando el año passado de noventa y seis, desde las riquíssimas provincias del Pirú á los Reinos de la Nueva España (más por curiosidad de verlos que por el interés que por mis empleos pretendía), mi navío padesció tan grave tormenta en el golfo llamado comúnmente del Papagayo, que á mí y á mis compañeros nos fué representada la verdadera hora de la muerte. Pues demás de se nos rendir todos los árboles (víspera del gran Patrón de las Españas, á las doze horas de

(1) *Colección de Poesías Selectas Castellanas*, t. III (ed. de 1830), pág. 429.

la noche), con espantoso ruido, sin que vela ni astilla de árbol quedasse en el navío, con muerte arrebatada de un hombre, el combatido bajel daba tan temerarios balances, con más de dos mil quintales de azogue que por carga infernal llevaba, sin mucho vino y plata y otras mercaderías de que estaba suficientemente cargado, que cada momento nos hallábamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso padre) milagrosamente y fuera de toda esperanza humana (habiéndonos desahuciado el piloto) con las bombas en la mano y dos bandolas, nos arrojó día de la Transfiguración en Acaxu, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona y plata, y no queriendo tentar á Dios en desaparejado navío, determiné ir por tierra á la gran ciudad de México, cabeza (y con razón) de la Nueva España. Fuéme dificultosísimo el camino, por ser de trescientas leguas; las aguas eran grandes por ser tiempo de ivierno; el camino áspero, los lodos y páramos muchos, los ríos peligrosos y los pueblos mal proveídos, por el cocoliste y pestilencia general que en los indios había. Demás desto, y del fastidio y molimiento que el prolijo caminar trae consigo, me martirizó una continua melancolía por la infelicísima nueva de Cádiz y quema de la flota mexicana, de que fuí sabidor en el principio deste mi largo viaje. Estas razones y caminar á passo fastidioso de requa (que no es la menor en semejantes calamidades), me obligaron (por engañar á mis propios trabajos) á leer algunos ratos en un libro de las Epístolas del verdaderamente poeta Ovidio Nasón, el cual, para matalotaje del espíritu, por no hallar otro libro, compré á un estudiante en Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme á él, y la afición me obligó á repassarlo, y lo uno y lo otro y la ociosidad me dieron ánimo á traducir, con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje, algunas epístolas de las que más me deleitaron. Tanto duró el camino y tanta fué mi constancia, que cuando llegué á la gran ciudad de México Tenustlitan, hallé traduzidas, en tres meses, de veinte y una epístolas las catorce... Y considerando que mi entrada en la Nueva España (respecto de la grande falta de ropa y mercaderías que en ella había) se dilataba por un año, me pareció que no era justo desistir desta impresa; y más, animado de los pareceres de algunos hombres doctos: y así mediante la perseverancia le dí el fin que pretendía.»

Conste, pues, que el lauro poético de Diego Mexía ha de repartirse entre México, Guatemala y el Perú, y que esta traducción no fué obra de pacífico humanista, labrada y pulida en quieto y estudioso retiro, sino diversión y alivio de interminables jornadas por tierras bárbaras y remotas, tras de tormentas, huracanes y naufragios. «El ingenio (dice el autor) y talento que Dios fué servido de darme, si es alguno, es bien poco, y esse ocupado y distraydo en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios á la vida; la inquietud del espíritu es tan grande como la del cuerpo, pues ha veinte años que navego mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado... La comunicación con hombres dotos (aunque en estas partes hay muchos) es tan poca, cuan poco es el tiempo que donde ellos están habito, demás que en estas partes se platica poco desta materia, digo de la verdadera poesía y artificioso metrificar; que de hacer coplas á bulto, antes no hay quien no lo profese. Porque los sabios que desto podrían tratar, sólo tratan de interés y ganancias, que es á lo que acá los trajo su voluntad, y es de tal modo que el que más doto viene se vuelve más perulero... ¡Oh, dichosos (y otra vez dichosos) los que gozan de la quietud de España, pues con tanta facilidad y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en ejercicios virtuosos y darse á los estudios de las letras! y ¡oh, mil veces dinos de ser alabados los que á cualquier género de virtud se aplican en las Indias, pues demás de no haber premio para ella, rompen por tantos montes de dificultades para conseguirla!» (1).

(1) *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias. Con las veintiuna Epístolas de Ovidio y el «In Ibim» en tercetos. Dirigidas â don Iuan de Villela, Oydor en la Chancillería de los Reyes. Por Diego Mexía, natural de la ciudad de Sevilla, i residente en la de los Reyes, en los riquíssimos Reinos del Pirú. Año 1608. Con privilegio; en Sevilla. Por Alonso Rodriguez Gamarra*, 4.º

Las *Heroídas* se reimprimieron en el tomo XIX de la Colección Fernández, y recientemente en la *Biblioteca Clásica;* pero en una y otra edición hubo el mal acuerdo de suprimir la mayor parte de los preciosos preliminares del libro, y con ellos la *carta* de la señora peruana. Tampoco está en las reimpresiones modernas la traducción del *Ibis*. De modo que el *Parnaso Antár-*

Mucho más que del culto ingenio de Mexía puede gloriarse Lima de haber dado hospitalidad en su convento de Predicadores, como regente de Estudios y maestro y Lector de Teología, al que sin

tico sólo puede ser conocido íntegramente consultándole en la primera edición. Exórnanla sonetos laudatorios del Licenciado Pedro de Oña, *en nombre de la Antártica Academia de la ciudad de Lima en el Perú;* del Dr. Pedro de Soto, catedrático de Filosofía en México, *en nombre de su claustro*, y de Luis Pérez Ángel, natural, ó á lo menos vecino, de Arica, según se infiere del elogio de la incógnita poetisa:

> Con gran recelo á tu esplendor me llego,
> Luis Pérez Ángel, norma de discretos,
> Porque soy mariposa y temo el fuego.
> Fabrican tus romances y sonetos,
> Como los de Anfión un tiempo á Tebas,
> Muros á Arica, á fuerza de concetos.

Una segunda parte inédita del *Parnaso Antártico* se conserva en la Biblioteca Nacional de París (núm. 599 del Catálogo de Morel-Fatio). El manuscrito perteneció al Virrey Príncipe de Esquilache, cuyas armas lleva, y á quien fué dedicado por el propio *Diego Mexia de Fernangil*, *ministro del Santo Oficio de la Inquisición*, *en la visita y corrección de los libros de la ciudad de Sevilla.* El autor residía entonces en la villa de Potosí, después de haber perdido la mayor parte de su fortuna, en la «deshecha tormenta que corrió por sus negocios». Todo induce á creer que era mercader ó tratante. De sus quiebras se consolaba con el cultivo de las letras, «desenvolviendo muchos autores latinos y frecuentando los umbrales del sagrado templo de las Musas». «Conozco (añade), que en treinta y tres que ha salí de España, es ya otro el lenguaje, y otra la perfección y alteza de la poesía; pero con esta que entonces traje y acá se ha disminuído, quise hacer este servicio á aquel señor que estimó en más el cornadillo de la pobrecita que las magníficas ofrendas de los ricos y poderosos... Es esta mi poesía como los ídolos que Alcibíades consagraba al dios Sileno, que en lo exterior eran feos y mal compuestos, y dentro de sí encerraban joyas y piedras preciosas, y ninguna de más valor ni estima que las obras de Cristo N. S.»

Esta segunda parte, en efecto, es de carácter enteramente distinto de la primera, pues sólo contiene versos religiosos. Ocupan la mayor parte del tomo 200 sonetos sobre la vida de Cristo, escritos con idea de que acompañaran á unas estampas del P. Jerónimo Natal, de la Compañía de Jesús. Después se encuentran una *Epístola á la Serenísima Reina de los Ángeles, Santa María Virgen; La Perla de la vida de Santa Margarita, Virgen y Mártir*, dirigida al licenciado Alonso Maldonado de Torres, presidente de la Real Audiencia de

empacho podemos llamar el primero de nuestros épicos sagrados, émulo victorioso del obispo Jerónimo Vida y digno de emparejar á veces con Milton y Klopstock. Fué éste el dominico sevillano Fray Diego de Ojeda, grande entre los raros poetas de su orden, y de primera nota entre los de España, por más que tanto tiempo pesara sobre él un injustísimo olvido, de que por fin vino á redimirle la alta y serena crítica de Quintana. No hay en la *Cristiada*, ni cuadraba al sublime y tremendo asunto que el religioso poeta eligió, la fantasía intemperante y deslumbradora, el lujo oriental ó tropical del *Bernardo*, ni tampoco la novedad de materia y color que realzan la *Araucana;* pero es, sin disputa, el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas del sentimiento poético, el más lleno de calor, de elocuencia patética, de afectos humanos, de viva y penetrante efusión, que en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pío. La ardiente elocuencia de nuestros ascéticos, la del venerable Granada, sobre todo, en sus *Meditaciones sobre la Pasión*, nadie la ha igualado entre nuestros poetas, salvo el P. Ojeda. Si en España no estuviera el gusto tan rematadamente estragado, no andaría la *Cristiada* confundida y olvidada en un rincón de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sino que se multiplicarían sus ediciones para deleite de las almas devotas, no menos que de los hombres de buen gusto. Quintana harto hizo con sacarla de la obscuridad y recomendarla, venciendo su genial indiferencia respecto de la poesía religiosa. «La pompa y brillantez de las descripciones (dice), la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos... El lenguaje de la *Cristiada* es propio, puro, natural, ajeno enteramente de la afectación, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron después la elocuencia y la poesía castellana... No se hallarán en Ojeda imitaciones de otros poetas antiguos ni modernos; el lenguaje de la Escritura y de

Charcas, y luego oidor en el Consejo de Indias; una *Oración en alabanza de la Señora Santa Ana*, *Las Novísimas*, una *Égloga del Buen Pastor* y otra *del Dios Pan* al Santísimo Sacramento.

los libros ascéticos son las fuentes de su dicción, que hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces, y frecuentemente también tocando en familiares y bajas por su extremada naturalidad y sencillez» (1).

A esta familiaridad, que á veces degenera en prosaísmo y bajeza; á ciertos resabios escolásticos y de controversia teológica (que no sería difícil encontrar también en Dante y en Milton); á la falta de plenitud y cadencia en algunos versos y de esmerada construcción en muchas octavas; á la falta de energía con que están presentados los caracteres, atribuye principalmente Quintana el que la *Cristiada*, con valer todo lo que vale, y ser, bajo muchos respectos, superior á todos los productos de nuestra musa épica, no pueda clasificarse sin reserva entre las obras maestras de su género, aunque, mirada á trozos, llegue á confundirse con ellas. Yo creo que lo que principalmente la daña es cierto género de ejecución menuda y algo candorosa, cierto abandono infantil, más propio de libro de devoción que de poema épico, y una verbosidad desatada que roba nervio á la dicción y energía á las situaciones, y deja ver con frecuencia detrás del poeta al orador sagrado. Pero cuando Ojeda acierta, ¿quién de nuestros épicos acierta como él? La vestidura que lleva el Salvador al Huerto, en la cual estaban representados los pecados del mundo; la Oración personificada que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo; el hermoso movimiento lírico con que el poeta interviene en el cuadro de los azotes *Yo pequé, mi Señor, y tú padeces...*; los consuelos del arcángel Gabriel á la Virgen María vaticinándole la resurrección de su hijo; el cuadro todo de la Crucifixión, y especialmente el momento del eclipse...; estas y otras innumerables cosas que hay en el poema de nuestro dominico, son de magnífica y soberana poesía, y todo hombre de buen gusto dirá como dijo Quintana del último de los trozos mencionados: «Yo no conozco cosa que se aventaje en grandeza á este pedazo de poesía, y puede ir á la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Angel, Milton y los demás poetas y pintores de esta fuerza.»

(1) Prólogo de la *Musa Épica* (t. I, edic. de 1833), pág. 48.

¡Singular privilegio del suelo americano, el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas de nuestro siglo de oro: la histórica en Chile, la sagrada en el Perú, la novelesca y fantástica en México, Jamaica y Puerto Rico! (1).

Juntamente con el P. Ojeda daba culto á las musas otro dominico sevillano, Fr. Juan Gálvez, residente en el convento de Trujillo cuando la poetisa anónima escribía, dándonos razón de su patria:

El uno está Truxillo enriqueciendo;
Á Lima el otro, y ambos á Sevilla
La estáis con vuestra musa ennobleciendo.

«Fr. Juan de Galves y Fr. Diego de Ojeda, uno en su *Historia de Cortés* y otro en su *Cristiada*, bien osarán publicar que las aguas del río Lima, que baña la ciudad de su nombre, no envidiarán jamás á las de Beocia», añade el Licdo. Bermúdez y Alfaro en el prólogo

(1) *La Cristiada, del P. Maestro Fr. Diego de Hojeda, Regente de los estudios de los Predicadores de Lima; que trata de la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador. Dedicada al Excmo. Sr. D. J. de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros y Virrey del Perú... Impreso en Sevilla en la imprenta de Diego Pérez, en la calle de Catalanes, año de* 1611, 4.° Las aprobaciones están fechadas en Lima. Hay versos laudatorios de Lope de Vega, Mira de Amescua, Gregorio Rico y el Licdo. D. Gabriel Gómez.

La primera reimpresión completa de este raro y precioso libro fué la contenida en el t. 1 de los *Poemas Épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, que coleccionó D. Cayetano Rosell. Entre las posteriores merece especial recuerdo la muy lujosa de Barcelona, hecha por la casa editorial de González y C.ª en 1896, con un prólogo de D. Francisco Miquel y Badía. (Fol. máximo, con muchas cromolitografías y dibujos intercalados.) Un peruano, D. J. Manuel de Berriozábal, publicó en 1841 en París una refundición, ó más bien compendio, del poema, con el título de *La Nueva Cristiada,* y tengo idea de que esta refundición volvió á imprimirse en Barcelona.

Un joven dominico, de quien espera mucho la historia literaria de su Orden *(a)*, presentó años hace á la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid una tesis doctoral acerca del P. Ojeda, con datos biográficos que no hemos visto en ninguna otra parte.

(a) Estas esperanzas se han convertido ya en realidades, que irán siendo mayores cada día. Alúdese aquí á Fr. Justo Cuervo, á quien debemos la primera edición fiel y correcta de las Obras de Fr. Luis de Granada, y de quien esperamos el mismo trabajo respecto de la *Cristiada.*

de la *Hispálica* de Luis de Belmonte. Nada sabemos de este poema sobre Hernán Cortés, y si su autor merecía realmente ser nombrado en compañía de tal poeta como Ojeda, nunca nos consolaremos de su pérdida.

Mucho se ha perdido también, pero bastante conservamos, de las excelentes obras de Luis de Belmonte Bermúdez, aunque en la memoria de los curiosos apenas le sobreviva otra cosa que su comedia de *El Diablo Predicador*, de tan atrevida y fantástica invención en la parte seria, de tan intenso y picante donaire en la parte cómica, la cual sirvió de remoto ejemplar á una de las escenas episódicas del incomparable *Don Álvaro*. Pero el repertorio dramático de Belmonte ya escribiendo sólo, ya en colaboración, es mucho más copioso y de los más notables entre los de segundo orden.

Perdióse un libro suyo de doce novelas, muy celebrado por el donaire, invención y agudeza de su prosa, en que comenzaba Belmonte por reanudar el hilo de la postrera de las *Ejemplares* de Cervantes, haciendo la vida del perro *Cipión* como el manco sano había escrito la de *Berganza*. De sus obras poéticas, aún permanece manuscrita en dos códices, uno de la Colombina y otro de Granada (biblioteca de los duques de Gor), la principal de todas; es decir, *La Hispálica*, poema sobre la conquista de Sevilla, rico de valientes octavas, y por todo extremo superior á la *Bética* de Juan de la Cueva. Con ser tan varia la fecundidad literaria de Belmonte, aún fué mayor la variedad y extrañeza de los sucesos de su vida, desde que muy joven abandonó las orillas del patrio Betis, «gastando los años mejores de su vida en peregrinaciones navales». El Licdo. Bermúdez y Alfaro, amigo, y, al parecer, deudo suyo, nos refiere sus andanzas en el prólogo que puso al frente de *La Hispálica* (1):

«Pasó á Nueva España en sus primeros años, y como su inclinación le guiase á ver nuevas provincias, navegó á las del Pirú el año siguiente (2), donde, á ejemplo de los floridos ingenios de Lima, volvió al estudio afable de las musas, alcanzando gran parte de la

(1) Impreso en el *Ensayo* de Gallardo, t. II, páginas 62-69.

(2) Estaba ya en Lima el año 1605, según él propio advierte en el prólogo de la comedia *Algunas hazañas... de D. García Hurtado de Mendoza*.

doctrina que en sus obras descubre... Escribió Luis de Belmonte un poema vario en la invención, porque lo pedía el sujeto, de sucesos de aquellas provincias, con la sucesión de los virreyes suyos, que otro lo tuviera por caudal principal, y él apenas se acuerda de haberlo hecho; tanto se ha vencido con la fuerza del trabajo.

»Ofrecióse á la sazón salir una armada á las regiones del Austro, y como semejantes armadas tienen necesidad de cronistas, que así lo encarga S. M. expresamente, buscó el general Pedro Fernández de Quirós persona que hiciese este oficio, y asimismo quien usase el de secretario, que no siendo menester mucho para persuadir á nuestro autor, por su inclinación natural, aceptó la plaza, hallándose en él las partes que requerían ambos oficios, porque en razón de letra no conocemos en España quien le exceda, y no sin dificultad se podrá hallar quien le iguale, si bien estima en poco un don tan excelente, siendo, como es, con el extremo que en él se conoce.

»Hizo su peregrino viaje, descubriendo en tres bajeles la armada incultas y no domadas regiones, costeando la Nueva Guinea y las islas que llaman de Salomón, y parte de las dos Javas, Mayor y Menor, engolfándose después en el extendido archipiélago de San Lázaro, y, en fin, poniendo (como él mismo dice en una estancia) nombres á los mares, puertos y ríos; y más copiosamente en los últimos capítulos de un libro suyo en prosa, que saldrá entre las demás obras, guardando en silencio la historia de su jornada, que escribió en versos heroicos, hasta darle la última lima, por lo poco que se agrada de sus mismas obras.

»Gastó en la mar once meses y veinte días, que en golfos jamás descubiertos, con hambre y sed, tanto de la tierra como del sustento, claro es que serían los peligros grandes y los trabajos inmensos. Su almirante y lancha arribaron á las Malucas, á la sazón que acababa de ganarlas D. Pedro de Acuña, gobernador de Filipinas; y la capitana en que venía Luis de Belmonte, destrozada y perdida con la fuerza de los vientos, que pareció milagro, cobró á los seis meses últimos la costa de la Nueva España, prolongándola ochocientas leguas por la banda del Sur. Al fin, por varios casos, llegó á seguro puerto; pasó á México segunda vez, donde, no pudiendo olvidar el manjar sagrado de las Musas, escribió, entre muchas comedias,

que algunas hay impresas, la *Vida del patriarca Ignacio de Loyola,* en versos castellanos, que de su género dudo que alguno se le aventaje. Haráse en España la *segunda impresión* (1), y le concederán el lugar que ha tenido en todas las provincias de Indias...

»Llegó á Madrid Luis de Belmonte queriendo con su General volver á la conquista de las regiones que dejaron descubiertas; pero causas legítimas, bien contra su inclinación y gusto, le forzaron á no proseguir la empresa, si bien ha gastado el tiempo aprovechada-

(1) Nunca he visto esta segunda edición, ni hallo que ningún bibliógrafo la mencione. Es probable que no pasase de proyecto. Sobre la de México, que es rarísima, véase el tomo I de la presente *Historia*, pág. 65.

De los ingenios que en Lima conoció Belmonte, hace curiosa enumeración su panegirista Bermúdez, con noticias que probablemente le había comunicado el mismo poeta.

«El licenciado Pedro de Oña, hijo de la robusta Chile, bien muestra en su *Arauco domado* la luz que pudieran envidiar los mejores de Italia, si ya confiesa hoy, con la ventaja que se hace á sí mismo, que fué trabajo de sus primeros años, con sola la bizarría del natural gallardo: será (si pone los últimos pinceles al *Poema del Padre Javier*, apóstol de la India, y discípulo del Beato Ignacio), no el menor de los que blasonan en nuestro tiempo.

»Fr. Juan de Galves y Fr. Diego de Ojeda, uno en su *Historia de Cortés*, y otro en su *Cristiados*...

»El Dr. Figueroa, aunque hijo de España, tiene hoy con justa razón por patria aquella nobilísima ciudad, que le honra como á natural suyo; es también uno de los que pueden entrar á la parte en el laurel de Apolo, en igualdad de pocos.

»El Dr. Rivadeneira Villarroel y el Secretario Obregón, claro manifestador de los conceptos de Italia, no menos tienen el lugar que sus elegantes versos merecen.»

El Dr. Figueroa, del cual se habla aquí, y á quien menciona también la poetisa anónima:

Testigo me serás, sagrado Lima,
Que el doctor Figueroa es laureado
Por su grandiosa y elevada rima.
Tú, de ovas y espadañas coronado,
Sobre la urna transparente oíste
Su grave canto, y fué de tí aprobado...

no es el poeta complutense Francisco de Figueroa, ni el valisoletano Dr. Cristóbal Suárez, que nunca estuvieron en América, sino un Dr. Figueroa, profesor de Medicina en la universidad peruana, de quien hay versos en los preliminares de algunos libros.

Aprovecharé esta nota para subsanar la omisión del curioso pasaje del li-

mente es los estudios que sigue, no dejando por ver las mejores ciudades de España, sólo á fin de comunicar los ingenios dellas.»

El mismo aventurero poeta alude bizarramente á sus descubrimientos y peregrinaciones navales en una digresión de *La Hispálica:*

> Yo, apenas conocido en nuestro Polo,
> ¿Cómo podré sonar en la sujeta
> Región del Austro, de fiereza armado,
> Si bien la visité como soldado?
> Penetra el mundo, sin moverse el dueño,
> La fama de la pluma y de la espada,
> Y en tanto que reposa en blando sueño,
> Llega su nombre á la región helada.
> Pues yo que, alegre, la persona empeño
> Por la región del sol más abrasada,
> No quisiera más fama que en aquellas
> Provincias que medí con propias huellas.
> Más ondas nuevas penetré que vieron
> Colón, Cortés, Pizarro y Magallanes,
> Pues tocando las que ellos descubrieron,
> Pasé con los cruzados tafetanes.
> Un capitán seguí de quien temieron,

cenciado Bermúdez, relativo á los poetas mexicanos contemporáneos de Belmonte.

«De Indias salió (Luis de Belmonte) aficionado con razón á los divinos ingenios de México, que no es su lugar el que menos luce en los concilios de Apolo. Y puedo decir por algunos escritos que he visto suyos y dignos de la opinión que alcanzan, que comienzan por donde acaban muchos.

»Es aventajado en tan loable ejercicio el licenciado Arias de Villalobos, y no menos excelente en la historia por su justa erudición, de que dará testimonio la que felicísimamente prosigue de la Casa de Austria.

»Bernardo de Balbuena tiene no inferior asiento en el Museo.

»El Dr. Martínez y Dr. Cano no menos se precian de poetas, que del asunto principal que profesan; que tal vez, vacando á sus ejercicios, muestran el esplendor de sus ingenios.

»Mucho siento que he de ofender á muchos que les igualan en México: pero como es otro mi intento, habré de dejar quejosos tantos como florecen, por no ser este el lugar de sus alabanzas, si acaso han menester de mi pluma, entrando en su número el Dr. Airolo, el Dr. Sarmiento, Arrarte, Cristóbal Núñez, Medina y Barrientos, Cristóbal Porcel y Luis de Zárate, hijos de aquella ilustrísima ciudad; que por ser esta breve alabanza dellos, dejo los que de

Midiendo estrellas y afijando imanes,
Las no domadas ondas de Anfitrite,
Que ya no tiene el orbe quien le imite.
  El pecho puse á la mayor jornada,
Llegando al sol los pensamientos míos,
Y tocando en la tierra, en vano armada,
Nombre dimos al mar, nombre á los ríos,
Como de Arauco en la jamás domada
Región, notaba los soberbios bríos
Ercilla, de los bárbaros chilenos:
Si bien yo anduve más y escribí menos.

No toca á nuestro propósito la controversia en estos últimos años suscitada acerca del autor probable de la *Relación del descubrimiento de las regiones australes,* que su editor atribuyó á Luis de Belmonte, contrariando tal opinión el malogrado cronista de nuestra marina D. Francisco Javier de Salas (1). Lo cierto es que gran parte de esta relación pasó á la letra al libro de los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete,* que compuso en 1613 el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, así como la galana prosa de este libro, en la parte que se refiere á la sumisión del valle de Arauco por D. García, sirvió de base á la desatinadísima comedia que Belmonte, asistido de otros ocho ingenios, entre los cuales los había tan insignes como Alarcón, Guillén de Castro, Mira de Amescua y Luis Vélez, dieron á los teatros en 1622 con el título de *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete* (2).

España han pasado á México el sagrado monte Febo; de quien, y de los clarísimos ingenios de Sevilla, no es justo que trate en discurso tan breve, que sería más ofenderlos que alabarlos.»

(1) Vid. *Historia del descubrimiento de las regiones australes, hecho por el general Pedro Fernández de Quirós, publicada por D. Justo Zaragoza.* Madrid, 1876, 3 vol.; y *Boletín de la Academia de la Historia*, t. I, (1878).

(2) En Madrid, por Diego Flamenco, año 1622. Reimpresa al fin de las *Comedias de Alarcón* en la Biblioteca de Rivadeneyra. Los poetas colaboradores, amén de los citados, fueron el Conde del Basto (nieto de Antonio de Leiva), D. Fernando de Ludeña, D. Jacinto de Herrera y D. Diego de Villegas. Puede conjeturarse, con el Sr. Fernández-Guerra *(D. Juan Ruiz de Alarcón,* pág. 359), que todos estos ingenios andaban por aquella fecha rostrituertos con Lope de Vega, puesto que se atreven á decir de sí mismos por

No sabemos que ninguna de las obras de Belmonte saliese de las prensas de Lima. No así las de D. Diego de Avalos y Figueroa y D. Rodrigo de Carvajal y Robles, que por este tiempo se contaban entre los más lucidos ingenios de la colonia. Es curiosísimo y entretenido libro, cuanto apreciable por su rareza bibliográfica, el de la *Misceláneá Austral* que en 1603 estampaba el patriarca de la imprenta peruana, Antonio Ricardo. Dividióle su autor, D. Diego de Avalos, en cuarenta y cuatro coloquios, de que son interlocutores Delio y Cilena, y en los cuales, sin orden alguno, se trata de las materias más diversas: del amor y de las cualidades que debe tener el amante, de los celos, de la música, de las calidades de los caballos, de la verdad, de la vergüenza, de la perfección de las damas, del origen de las sortijas ó anillos, de la conversación, de las imágenes y templos de Venus, de los sueños y del sueño, de las ventajas de la lengua toscana para la música, del uso de las estampas y daños de la ociosidad, del ave Fénix, del pelícano, del cisne y del águila, de los minerales, animales y vegetales del Perú, de las propiedades de la piedra bezoar, de los edificios antiguos del Perú, del origen de los Incas y de sus leyes y ritos, de los sacrificios que los indios usaban, de la antigua riqueza de España en oro y plata, elogio de la ciudad de Écija, de donde era oriundo Avalos, etc. Es, pues, una *Silva de varia lección*, harto semejante á la de Pero Mexía en lo inconexo y abigarrado de las materias. Intercálanse en ella muchos y no despreciables versos, entre los cuales merecen citarse un fragmento de traducción en verso de las *Lágrimas de San Pedro* de Tansillo, y un largo poema en octava rima y en seis cantos, que viene á ser como la segunda parte del libro, y lleva por título *Defensa de Damas..... donde se alegan memorables historias, y donde florecen algunas sentencias, refutando lo que algunos philósophos decretaron contra las mujeres, y provando ser falso, con casos verdaderos, en diversos tiempos succedidos* (1).

boca de Belmonte que «son los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia». Como en despique de esta comedia compuso Lope tres años después la suya de *Arauco domado*, cuyo fondo histórico está sacado del poema de Pedro de Oña.

(1) *Primera parte de la Miscelánea Austral de D. Diego d'Avalos y Figue-*

En nuestra Biblioteca Nacional se conserva un ejemplar del rarísimo poema *La conquista de Antequera*, por el capitán D. Rodrigo de Carvajal y Robles, impreso en Lima en 1627: obra dignísima de reproducirse, tanto por la curiosidad histórica de las noticias que contiene, como por su indudable mérito poético, superior al de otros que han sido muy celebrados.

De otro poema inédito del mismo autor, sobre *La batalla de Toro*, no queda más recuerdo que la cita de N. Antonio. Aparte de estas obras de asunto no americano, sólo podemos juzgar á D. Rodrigo de Carvajal por un poema de circunstancias, donde no es de celebrar otra cosa que la habitual lozanía de la versificación, en que no desmiente Carvajal y Robles el carácter distintivo de aquel floridísimo grupo de poetas antequeranos, que él fué á representar en

roa, en varios coloquios... Con la defensa de Damas. Dirigida al Excellentissimo señor Don Luys de Velasco, Cavallero de la Orden de Santiago, Visorey y Capitan General de los Reynos del Pirú, Chile y Tierra Firme. Con licencia de su excelencia. Impreso en Lima por Antonio Ricardo. Año 1602, 4.° El autor firma la dedicatoria en la ciudad de la Paz, en 6 de Septiembre de 1601.

Lleva gran número de versos laudatorios del general D. Fernando de Córdoba y Figueroa, D. Diego de Carvajal, D. Lorenzo Fernández de Heredia, Dr. D. Francisco de Sossa, Dr. Hormero, Dr. Francisco de Figueroa, Licenciado Bartolomé de Acuña, Ldo. Pedro de Oña, Ldo. Francisco Núñez de Bonilla, Ldo. Cristóbal García de Rivadeneyra, Ldo. Antonio Maldonado de Silva, Juan de Salcedo Villandrando, Leonardo Ramírez, *Un religioso grave* y Francisco Moreno de Almaraz. Al principio de la *Defensa de Damas*, nuevas composiciones laudatorias de Pedro de Oña, Ldo. Bartolomé de Acuña Olivera, D. Sancho de Marañón, Ldo. D. Francisco Fernández de Córdoba, capitán Gabriel d'Oria y Rui López de Frías Coello.

Esta *Miscelánea Austral* impresa no ha de confundirse con la otra *Miscelánea Antártica* inédita (pues lo traducido al francés por Ternaux Compans es sólo una parte) de Miguel Cabello de Balboa, natural de Archidona, autor también de otras obras mencionadas por la poetisa anónima:

La *Volcánea* horrífica terrible,
Y el *Militar Elogio*, y la famosa
Miscelánea que al Inga es apacible:
La *entrada de los Moxos* milagrosa,
La *comedia de El Cuzco* y *Vasquirana*,
Tanto verso elegante y tanta prosa
Nombre te dan y gloria soberana,
Miguel Cabello, y ésta redundando
Por Hesperia, Archidona queda ufana.

el Nuevo Mundo: los Tejadas, Espinosas, Martínes y Cristobalinas. Lope de Vega cantó de él en la silva 2.ª del *Laurel de Apolo:*

Aquí con alta pluma don Rodrigo
De Carvajal y Robles, describiendo
La famosa conquista de Antequera,
Halló la fama, y la llevó consigo;
Tantas regiones penetrando y viendo,
Que del Betis le trajo á la ribera,
Y haciendo por su hijo
Festivo regocijo,
Las bellas ninfas el laurel partieron,
Y como ya sus dulces musas vieron
Restituídas á su patria amada,
Tomó la pluma Amor, Marte la espada.

Es autor Carvajal de la descripción en quince silvas de las *Fiestas* que celebró Lima al nacimiento del príncipe D. Baltasar Carlos; libro de la mayor rareza, impreso en aquella ciudad el año 1632, cuando el poeta se hallaba de Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Colesuyo por Su Majestad. Ocurrió durante las fiestas un terremoto, y el trozo en que se describe es de los más valientes del poema. Elogiáronle en términos cultos y ampulosos, conforme al gusto crespo y enmarañado que comenzaba á prevalecer en nuestras letras de aquende y allende, el Maestro Fr. Lucas de Mendoza, agustino, catedrático de Escritura en la Universidad de Lima, y el Chantre de Arequipa Fr. D. Fulgencio Maldonado. «Grandes fueron las fiestas (dice el primero), mas nunca tan del todo grandes, como en la relación de D. Rodrigo de Carvajal y Robles; que son por extremo dichosos en crecer los asuntos que este caballero cría al calor de sus manos. Antequera, su patria, debe la inmortalidad á su poema con más verdad que á sus muros. Y estas fiestas que ya por humanas pasaron presto, tendrán de divinas la duración, perpetuándose en este libro, en quien he hallado mucho que admirar y nada que corregir.» «Embósquese en estas silvas (pondera el Chantre arequipeño) el que quisiere sentir como Lope, y hallaráse una vez y otra y mil veces cogido de suspensión, causada, ya de lo dulce de sus descripciones, ya de la hermosura y pompa de las voces;

y los que entraren más adentro, hallarán más rigurosas observaciones del arte.» Un poeta anónimo que escribe un soneto en alabanza del autor, se atreve á decir, jugando con su apellido, que, con la publicación de tal poema,

> Ya vuelve el siglo de oro; ya los *robles*
> Sudando miel como en la edad primera,
> El reino de Saturno pronostican.

Tan desaforadas hipérboles no deben prevenirnos desfavorablemente contra el libro de las *Fiestas*, que es de los mejores ó más tolerables de su género (1). No he visto la *Relación* en verso que el franciscano Fr. Juan de Ayllón publicó en 1630 de las que se celebraron en Lima con motivo del octavario de los XXIII mártires del Japón; pero el Sr. Palma afirma que en ella campean los más extravagantes retrúecanos y las más enigmáticas antítesis (2).

Otras hubo de mejor estilo: la *Relación de las exequias de la reina D.ª Margarita de Austria*, siendo virrey el Marqués de Montes-Claros (1613), contiene fáciles versos que deben de ser de la vena del mismo Padre agustino Fr. Martín de León, á quien pertenecen el *Sermón de honras* y la *Relación* en prosa (3).

Pero la dominación del buen gusto fué tan efímera en el Perú

(1) *Fiestas que celebró la ciudad de los Reyes del Pirú, al nacimiento del Serenissimo Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria nuestro señor. A D. Francisco Fausto Fernández de Cabrera y Bobadilla, niño de dos años y primogénito del Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey del Perú. Por el capitán D. Rodrigo de Carvajal y Robles, Corregidor y Justicia mayor de la provincia de Colesuyo, por Su Majestad. Impreso en Lima (á costa de la ciudad) por Gerónimo de Contreras, año de 1632*, 4.º

(2) Discurso leído en la inauguración de la Academia Peruana, correspondiente de la Española, el 30 de Agosto de 1887.

(3) *Relación de las exequias que el Excmo. Sr. D. Juan de Mendoza y Lima, Marqués de Montes-Claros, Virrey del Pirú, hizo en la muerte de la Reina nuestra señora Doña Margarita..... Por el Presentado Fr. Martín de Lima, de la Orden de San Agustín.* En Lima, por Pedro de Merchán y Calderón, año 1613, en 4.º, con una grande estampa que contiene el diseño del túmulo real, dibujado en Lima por J. Martínez de Arrona, y grabado por el P. León. Versos laudatorios de Bernardo Montoya, Pedro de Oña, el almirante D. P. Orozco,

como en México. Puede decirse que el último rayo de pura luz literaria que en el siglo XVII atravesó las tinieblas que comenzaban á espesarse sobre las escuelas de Lima, fué el virreinato del Príncipe de Esquilache D. Francisco de Borja, verdadero príncipe á la italiana y verdadero poeta, aunque distase bastante de ser príncipe de la poesía, como le llamó la adulación de sus contemporáneos. Pero de esto al injustificado olvido en que desde fines del siglo XVIII yacen sus obras, hay mucha distancia. Es de los poetas de segundo orden que vienen inmediatamente después de los grandes; y entre los líricos del siglo XVII, pocos son los que merecen más que él una rehabilitación cumplida, que algún día ha de serle otorgada. No tuvo fuerzas ni nervio para el cultivo de los géneros superiores de la poesía. Su *Nápoles recuperada* es una insípida y amanerada imi-

Fr. Lucas de Mendoza, el Dr. Cristóbal de Rivadeneyra, Fr. Blas de Acosta, Fr. Diego Fernández de Córdoba, Fr. J. de Zárate.

Sin pretender apurar esta fastidiosa literatura de fiestas, pompas fúnebres y certámenes, mencionaremos la *Relación de las fiestas á la Inmaculada Concepción de la Virgen*, de Antonio Rodriguez de León (1618); la *Relación de las fiestas al nuevo reynado de D. Felipe IV*, de Fr. Fernando Valverde (1622); las *Fiestas de Lima en la canonización de San Pedro Nolasco*, de Fr. Bartolomé Vadillo (1632); la *Pompa fúnebre en la muerte de Doña Isabel de Borbón*, de Gonzalo Astete de Ulloa (1645); la *Pompa funeral y exequias á la muerte de Doña Angela de Guzmán* (1654); la *Pompa fúnebre en la muerte del Conde de Salvatierra*, de Gabriel Barreda Ceballos (1663); la *Celebridad y fiestas con que Lima celebró la beatificación de Santa Rosa*, de D. Diego de León Pinelo (1670); la *Triunfal encomidástica aclamación del Conde del Castellar*, de Andrés de Paredes y Solier (1674); el *Acto glorioso: fiestas en la canonización de San Luis Beltrán* (1674); el *Parnaso del Real Colegio de San Marcos, postrado á los pies del Conde de la Monclova* (1694); las *Exequias de la reina Doña Mariana de Austria* (1697); el *Certamen panegyrico historial poético por la reedificación de la ciudad de los Reyes* (1673).

Esta reedificación es la que siguió al espantable terremoto de 20 de Octubre de 1687, de que hay relación en verso, muy rara y curiosa: *Relación poética de la fatal ruina de la gran ciudad de los Reyes, Lima, con los espantosos temblores de tierra sucedidos á 20 de Octubre de 1688. Va al fin un romance al nunca visto alboroto de la misma ciudad en la noche del lunes 1.º de Diciembre del mismo año, ocasionado del rumor falso de la salida del mar, por un ingenio desta corte. Con licencia en Lima, año de 1687.*

tación del Tasso, sin jugo, sin interés, sin grandeza y hasta sin verso alguno que se grabe en la memoria, porque todos son iguales en su fría y monótona corrección. Pero en las epístolas morales y en los sonetos, como discípulo al fin de Bartolomé Leonardo de Argensola, conservó una tradición de gusto maduro y severo, opuesta á los extravíos reinantes; y en los romances cortesanos y amorosos, en las letrillas y en todo género de versos cortos, que eran el legítimo campo de su numen, rivalizó á veces con Lope de Vega en gracia y frescura. Haría buen servicio quien del enorme tomo que forman sus obras poéticas en las dos ediciones de Amberes, entresacase en un pequeño volumen todo lo que merece vivir, condenando al olvido lo restante.

De 1615 á 1622 tuvo Esquilache el mando supremo de los reinos del Perú, con honra suya y provecho de la nación. Bajo su gobierno fueron rechazados los piratas y filibusteros que infestaban aquellas costas, fortificado el puerto del Callao, erigido el Tribunal del Consulado; recibieron sabias ordenanzas los establecimientos mineros de Potosí y Huancavélica; se fundó el Real Convictorio de San Bernardo para la educación de los hijos de los conquistadores, y el colegio de San Francisco de Asís, para los hijos de indios nobles; se hizo la conquista de la comarca de los Maynas en el Marañón, y se fundó la ciudad de San Francisco de Borja, sintiéndose en ésta como en todas las demás providencias del Virrey el prepotente influjo que en su ánimo ejercían los jesuítas. Es maravilla que en ninguna de sus obras, con ser tantas, haga Esquilache la menor alusión (que yo recuerde) al Perú, ni á América, de tal modo que por ellas nadie inferiría que hubiera pisado siquiera las tierras antárticas. El picante y donosísimo cronista de la vida colonial de Lima, le atribuye la fundación de una academia literaria en su palacio, y hasta da los nombres de los que á ella concurrían; pero como no encontramos rastro de tal academia en ninguna parte, nos inclinamos á pensar que ésta es una de tantas ingeniosas travesuras del autor de las *Tradiciones peruanas*, que ni pretenden ser libro de historia, ni pierden nada por no serlo (1). Academia en el palacio virreinal no

(1) Tengo que rectificar esta especie y volver el crédito al Sr. Palma, que tomó sus noticias del *Diccionario* de Mendiburu (tomo II, pág. 59). «Como

hallamos hasta el tiempo del Marqués de Castell-dos-Rius; aunque hubiese virreyes muy cultos y estudiosos, como lo fué, además de Esquilache, el Conde de Santisteban del Puerto, D. Diego de Benavides y de la Cueva (1661-1666), autor de un tomo de versos latinos que lleva por título *Horæ Succisivæ* (1).

Fué lástima que el período de mayor paz, abundancia y prosperidad de la colonia, coincidiese con la época más fatal de nuestra decadencia literaria. Lima, que era el principal centro de cultura de la América del Sur; Lima, que se honraba con Universidad tan floreciente y tan bien dotada como la de San Marcos (2); Lima, donde la imprenta tomó tantas alas en el siglo XVII, puesto que pasan de cuatrocientas las publicaciones de aquel siglo que han llegado á catalogar los más diligentes bibliógrafos, raras todas y de alto precio en el mercado, aunque muchas sean breves opúsculos, sermones, alegaciones en derecho, vidas de santos, exequias y fiestas;

amante de las letras no era posible que Esquilache pasara sin fomentarlas y sin rodearse de los ingenios más distinguidos que ofrecía Lima en tan remota época; y así se reunían semanalmente, en Palacio, diferentes personajes á cuyos estudios se agregaba la ilustrada capacidad que enaltecía su mérito. El coronel D. Pedro de Yarpe y Montenegro, el oidor D. Baltasar de Laso y Rebolledo, D. Luis de la Puente, jurista de mucho nombre, el religioso Fr. Baldomero Illescas, de la orden de San Francisco, el poeta D. Baltasar Moreyra, y otros que no nombramos por falta de noticias, tenían con el Virrey discusiones sobre materias científicas; cultivando su saber literario con los ensanches que en sus debates académicos avivaban la más noble de las aspiraciones».

Todo esto tiene trazas de ser verdad, pero mientras no pueda citarse más documento que el dicho de un escritor del siglo XIX, por docto y bien informado que sea, hay que dejar en duda la existencia de la academia ó tertulia literaria de Esquilache.

(1) *Horæ Succisivæ D. Didaci Benavidii Comitis S. Stephani*, *studiosa cura D. D. Francisci Marchionis Navarum et D. Emmanuelis Benavidii filiorum congestæ. Nova editio a mendis expurgata..... Lugduni*, *sumptibus Joannis de Argaray bibliopolæ pampilonensis*, *1664*, 12.º

(2) Sobre el estado de la Universidad en el siglo XVII, debe consultarse especialmente el libro de D. Diego de León Pinelo: *Hypomnema Apologeticum pro Regali Academia Limensi..... Ad Limensem Regium Senatum..... Limæ, ex Officina Juliani de los Santos et Saldaña. Anno Domini 1648.*

Lima, que en 1602 tenía ya teatro público, el que después se llamó *de la Comedia Vieja;* Lima, la primera ciudad del Nuevo Mundo donde se conoció la prensa periódica en forma muy próxima á la presente, cuando pocas ciudades de Europa podían jactarse de poseerla (1); Lima, que podía envanecerse con un polígrafo tan docto y tan juicioso como León Pinelo, útilho y mismo á los bibliógrafos y á los ilustradores del Derecho de Indias, ofrece, á pesar de tantas ventajas, muy exiguo contingente á la literatura poética del siglo XVII, prescindiendo de los ingenios que le prestó la metrópoli, y que por su educación más bien corresponden al siglo XVI, aunque escribiesen en los primeros años del siguiente. Algunos infelices ensayos épicos, ya de tema histórico, como las *Armas Antárticas* ó conquista del Perú, de D. Juan de Miramontes y Zuazola, que ni siquiera llegaron á imprimirse, á pesar de haberse encomendado el autor al patrocinio del Virrey, Marqués de Montesclaros (1607-1616); ya de materia piadosa, como *El Angélico*, compuesto en alabanza de Santo Tomás por el dominico Fr. Adriano de Alecio; *El Santuario de Nuestra Señora de Copacavana*, del maestro fray Fernando de Valverde, agustino, á quien acredita de elegante prosista su *Vida de Jesu Christo;* ya de índole encomiástica y descriptiva, como el *Poema heroyco hispano-latino*, *panegírico de la fundación y grandezas de la muy Noble y Leal ciudad de Lima*, del jesuíta Rodrigo de Valdés, el cual tiene la gracia de poderse leer á un tiempo en latín y en castellano, lo cual quiere decir que no está escrito en ninguno de ambos idiomas, sino en una jerigonza bárbara. Si á esto se agrega alguna rarísima poesía lírica que se imprimió suelta, como

(1) Es sabido que las *Cartas* que en períodos bastante fijos y regulares, á modo de Gaceta, publicaba en Madrid Andrés de Almansa y Mendoza, desde 1621 á 1626, sobre *novedades de esta corte y avisos recibidos de otras partes*, se reimprimían en Lima en llegando, aunque de estas reimpresiones quedan pocas. (Vid. *Colección de Libros Españoles raros y curiosos*, t. XVII.) Á fines del siglo había ya Gacetas especiales de Lima, v. gr.: *Relación de todo lo sucedido en Europa hasta el lunes 21 de Septiembre de 1671.—Novedades en continuación de la relación desde 25 de Agosto de 1679.—Diario de las noticias de Lima, en que se hace saber de una tragedia lastimosa que sobrevino del cielo el año de 1687.—Noticias del Sur, continuadas desde 6 de Noviembre de 1685.—Últimas noticias del Sur..... 1688.*

la correcta y bien sentida elegía de un cierto Sanabria á la muerte de su hija, tendremos reunida casi toda la cosecha, ni muy abundante ni muy conocida (1). Pero el libro que más fielmente indica

(1) *Armas Antárticas, hechos de los famosos Capitanes españoles que se hallaron en la Conquista del Perú: su autor D. Juan de Miramontes y Zuazola, dedicadas al Excmo. Sr. D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, Virrey del Perú.* Ms. citado por D. Bartolomé José Gallardo, como existente en la biblioteca del infante D. Luis. Es un poema de veinte cantos, en octavas, y por lo que conocemos de él no parece de los peores de su clase, y es, por de contado, superior á la *Lima Fundada* de Peralta.

Empieza el poema de Miramontes:

Las armas y proezas militares
De españoles católicos valientes,
Que por ignotos y soberbios mares
Fueron á dominar remotas gentes,
Poniendo al Verbo Eterno en los altares
Que otro tiempo con voces insolentes
De oráculos gentílicos, espanto
Eran del indio, ahora mudas, canto.

Termina:

Huye, argentando el mar de espuma cana;
Lleva dolor y déjanos con pena;
Pues si estuviera surto otra mañana
No levantara el ferro de la arena,
Porque al puerto llegó Pedro de Arana
Al risueño apuntar de alba serena,
Y al punto por su rastro se derrota,
Mas no deja en el mar rastro de flota.

—*El Angélico. Escríbelo con estilo de poeta lírico el Padre Fray Adriano de Alecio, del Orden de Predicadores, natural de Lima. Ofrécelo con afecto de obediente á nuestro Reverendísimo Padre Maestro Fray Tomás Turco, General del Orden de nuestro Padre Santo Domingo..... Impreso en Murcia por Esteban Liberós. Año de 1645*, 4.º

—*El Santuario de Nuestra Señora de Copacavana, en diez y ocho silvas....., por el Rdo. P. Maestro Fr. Fernando de Valverde..... Lima, por Luis de Lira, 1641*, 4.º

El argumento de la comedia de Calderón *La Aurora en Copacavana*, puede estar tomado de este poema del P. Valverde ó de la *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacavana y sus milagros, é invención de la Cruz de Carabuco*, escrita en prosa por otro agustino, Fr. Alonso Ramos Gavilán (Lima, 1621). Pero la fuente más probable es el libro 1 de la hoy rarísima Parte segunda de la *Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, del P. Calancha (Lima, 1653).

—*Poema heroyco hispano-latino de la fundación y grandezas de la muy Noble y*

el principio de la depravación del gusto, sin llegar todavía á los extremos de delirio que hallaremos en el siglo XVIII, es la *Solemnidad Fúnebre y Exequias de Felipe IV*, celebradas en 1666 por la Real Audiencia de Lima, en su Iglesia Metropolitana, é impresas el mismo año. Fué colector de este libro y autor de la relación de las honras D. Diego de León Pinelo, no muy inferior á su hermano en dotes de erudición y varia literatura; pero en la relación misma abundan los rasgos de mal gusto, y son, por de contado, mucho mayores en las inscripciones y hieroglyphicos del túmulo, en el indigesto sermón del Dr. Juan Santoyo de Palma, digno de Fr. Gerundio de Campazas, y en las poesías latinas y castellanas con que se adornó el pórtico de la iglesia. Hay acrósticos y centones, dísticos retrógrados, emblemas, sonetos que son á un tiempo latinos y castellanos, laberintos cuyas letras se pueden leer de innumerables maneras, diciendo siempre lo mismo; en suma, todos los primores registrados en Caramuel y en Rengifo. La mayor parte de los poetas latinos (que no son los peores, sin duda porque la imitación directa y aun servil de buenos modelos los contiene) son anónimos: sólo constan los nombres de D. Juan Ramón, Tomás Santiago Con-

Leal ciudad de Lima. Obra póstuma del M. R. P. M. Rodrigo de Valdés, de la Compañía de Jesús, Cathedrático de Prima jubilado, y Prefecto Regente de Estudios en el Colegio Máximo de San Pablo. Sacale á luz el Doctor D. Francisco Garabito de Leon y Messía, Cura Rector de la Iglesia Metropolitana de Lima, Visitador y Examinador general en su Arzobispado, etc. Sobrino y primo hermano del autor..... En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, año 1687. (En la *Revista de Lima*, t. III, 1860, publicó un estudio sobre este poema D. J. A. de Lavalle.)

—*Lágrimas numerosas en la muerte de Doña María de Sanabria y Salas, lloradas por su padre y dirigidas á su esposo. Impreso en Lima por Bernardino de Guzmán, año 1633.* Se encuentra en la Biblioteca Nacional, en el t. XXVIII de la gran colección de poesías varias, la mayor parte manuscritas, conocida con el título de *Parnaso*. «Es escritor castizo y elegante este Sanabria, aunque no de mucho brío» (dice Gallardo):

Ya que tu muerte, oh cara prenda mía,
Mis ojos embaraza con el llanto
Y los hurta su oficio noche y día,
Permite que en alivio del quebranto
Que le ocasiona, suspirarle pueda
Quien en ti de su vida perdió tanto.

cha y Pedro Santiago Concha: las restantes figuran como obras colectivas del colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús, del colegio de San Ildefonso de la orden de San Agustín, y de los estudiantes religiosos del convento grande de Predicadores. Los poetas castellanos son D. Luis de Figueroa Bustamante, el mismo D. Diego de León Pinelo, el Licdo. Pedro Espinosa de los Monteros, el presbítero D. Juan de Villegas, el mercenario Fr. Luis Galindo de San Ramón, D. Pedro de León Girón, D. Jerónimo Vázquez de Herrera, corregidor del Cercado; el agustino Fr. José de la Cruz, el licenciado D. Francisco Cano Moral y Peralta, el bachiller Lucas de Tapia, el cura rector del puerto de Arica D. Bernardino de Cervantes y Lugo, D. Diego de Velasco, Bernardo Gutiérrez y Torices, el Bachiller Baltasar de Cuéllar, el oficial real de la Caja de Lima don Francisco Colmenares de Lara, el capitán Bartolomé de León Atienza, D. Francisco Reinoso, D. Antonio de Espinel, D. Juan de Buendía y Pastrana, colegial de San Martín; D. Juan de Urdaide, el maestro Evia, guayaquileño, á quien ya conocemos; José Antonio Dávila, D. José de Castro Isagaga... Todos estos obscuros poetastros, que debían de ser por entonces lo más florido del Parnaso limeño, compiten entre sí en hinchazón y conceptismo; pero algunos, especialmente Dávila, Figueroa Bustamante y el P. Galindo, versifican con robustez y quizá fueran dignos de haber nacido en época menos infeliz (1).

La prueba de que no faltaban estudios ni ingenio, sino acertada dirección en los unos y recta aplicación en el otro, nos la da el hecho de haber salido precisamente del Perú la mejor y más ingeniosa poética culterana, tan docta y tan aguda que, á no ser la causa pésima y detestable, pudiéramos decir de su defensor con palabras de Virgilio:

Si Pergama dextra
Defendi possent: etiam hac defensa fuissent.

(1) *Solemnidad Fúnebre y Exequias á la muerte del Catholico y Augustíssimo Rei Nuestro Señor D. Felipe IV el Grande, que celebró en la Iglesia Metropolitana la Real Audiencia de Lima, que oi* (sic) *gobierna en vacante, y mandó imprimir el Real Acuerdo de Gobierno. Con licencia. En la Imprenta de Juan de Quevedo. Año de 1666* (portada grabada), 4.°

Me refiero al *Apologético* del limeño Dr. Juan de Espinosa Medrano: obrilla estampada en la capital del Perú en 1694, y uno de los frutos más sabrosos de la primitiva literatura criolla (1). Lo que parecería increíble, si no supiéramos de sobra lo mucho que ciega á los hombres el espíritu de su tiempo, es que el Dr. Espinosa Medrano, que conocía tan bien la literatura clásica, que escribía por lo general con tanta claridad y llaneza y mostraba tan buen sentido en la crítica de las aberraciones en que incurrió Manuel de Faria y Sousa en su comentario á Camoens, gastase miserablemente tales dotes en componer un *Apologético* del *Polifemo* y de las *Soledades* de Góngora.

Con mucho donaire y razón se burlaba el doctor limeño de las lucubraciones alegóricas en que tanto sudaba el comentador portugués para obscurecer el clarísimo texto de *Los Lusiadas*: «¿Quién le dixo á Manuel de Faria que los poetas habían de tener misterios? ¿O cuándo los halló en Camoens? Debe de querer que una Octava Rima tenga los sentidos de la Escritura, ó que en la corteza de la letra esconda como cláusula canónica otros arcanos recónditos, sacramentos abstrusos, mysterios inephables.» Pero en vez de detenerse aquí, como la prudencia pedía, se arrojaba al extremo opuesto, y no menos temerario, de mirar en la poesía solamente el aspecto exterior y retórico, la pompa de palabras, el aliño de locución, entendiendo torpemente el concepto de la forma: «Alma poética pide Faria en Góngora..... Si alma llamó las centellas del ardor intelectivo, mil almas tiene cada verso suyo, cada concepto mil vivezas.»

Mala defensa tenían los seiscientos y más ejemplos de hipérbaton

(1) *Apologético en favor de D. Luis de Góngora, Príncipe de los Poetas Lyricos de España, contra Manuel de Faria y Sousa, Cavallero portugués, que dedica al Excmo. Sr. D. Luis Méndez de Haro, etc..... Su autor el Dr. Juan de Espinosa Medrano, Colegial Real en el insigne Seminario de San Antonio el Magno, Catedrático de Artes y Sagrada Theología, en él: Cura Rector de la Santa Iglesia Cathedral de la ciudad del Cuzco, cabeza de los reinos del Perú en el Nuevo Mundo. Con licencia. En Lima, en la imprenta de Juan de Quevedo y Zárate. Año de 1694*, 8.° Con versos laudatorios de D. Francisco de Valverde Maldonado y Xaraba, de D. Diego de Loaysa y Zárate, del Licdo. D. Bernabé Gascón Riquelme, del maestro Juan de Lyra y del maestro Francisco López Mexía.

latinizado que el comentador de Camoens había contado en Góngora; pero Espinosa Medrano, tomando la cuestión muy de raíz, emprendió probar que era atrevimiento insigne y muy digno de alabanza el enriquecer nuestra lengua con los despojos de su madre; no de otro modo que Horacio, *curiosamente feliz*, según la expresión de Petronio, remedió la pobreza de la suya con los tesoros del Ática. «Y amaneció entonces nuestra poesía, de tan divino taller, grande, sublime, alta, teórica, majestuosa y bellísima, digna de mayores ornatos, de pompas mayores... y quedaron comunes los arreos, indiferentes las galas. Adornáronla entonces con decencia los áureos collares que antes la abrumaban con melindre.» Y si no acertó Juan de Mena en la misma empresa, fué por haberla intentado en un siglo en que estaba la poesía castellana «desceñida, inculta, rústica y humilde, y era risa quererla cargar de los arreos de la latina... Cadenas de oro que sirvieron de adorno á robusta matrona, colgárselas á musa pueril, más es prenderla que ataviarla.» Buscaba Espinosa en la literatura romana del Imperio los precedentes de la altisonancia y pompa del estilo gongórico, y reconoció, antes que otro alguno, el parentesco estrecho de sangre y temperamento poético entre los cordobeses del primer siglo y el cordobés de ahora: «Aquel hablar brioso, galante, sonoro y arrogante es quitárselo al ingenio español, quitarle el ingenio y la naturaleza. Luego que las Musas latinas conocieron á los españoles, se dexaron la femenina delicadeza de los italianos, y se pasaron á remedar la braveza hispana... *Y esto no es tan nuevo que no haga cerca de diez y siete siglos que los españoles hablan como españoles... Y es muy del genio español nadar sobre las ondas de la poesía latina con la superioridad del óleo sobre las aguas.*»

He dicho en otra parte, y no me arrepiento de ello, que el *Apologético* de Espinosa es una perla caída en el muladar de la poética culterana. ¿Y quién era este ingenioso, aunque extraviado preceptista? Conocíasele en su tiempo por el vulgar apodo de *El Lunarejo*, á causa de tener, no uno, sino varios lunares en el rostro (1). En el

(1) Es muy pobre el artículo biográfico de Espinosa Medrano en el *Diccionario Histórico del Perú*, del general Mendiburu, obra la más apreciable de

colegio de San Antonio del Cuzco cursó todas las artes y ciencias que allí se enseñaban, «desde la ínfima de Gramática hasta la soberana de Theología». Á los doce años tañía con habilidad y despejo diversos instrumentos musicales; á los catorce componía autos y comedias, de las cuales sólo ha quedado un título: *El robo de Proserpina.* Á los diez y seis desempeñaba una cátedra de Artes, y en la enseñanza pasó toda su vida, sin que fuesen obstáculo las dignidades eclesiásticas que obtuvo de magistral, tesorero, chantre, y, finalmente, arcediano de la catedral del Cuzco. Andan impresos sermones suyos y otros opúsculos teológicos, en que campean su mucha doctrina y depravado gusto. Parece que escribió también un curso de *Philosophia Thomistica.* Sus contemporáneos le veneraron como un oráculo; en vida suya se escribió un libro entero de panegíricos á su nombre con el título, que entonces no parecía irónico, de *Gloria enigmática del Dr. Juan de Espinosa Medrano.* En suma; este sabio y piadoso cuzqueño fué, por decirlo así, como el ensayo ó primera prueba del famoso Peralta Barnuevo, con quien pronto vamos á hacer conocimiento (1).

Un sólo poeta peruano de fines del siglo XVII logró, merced á lo humilde de su condición y al género en que principalmente hubo de ejercitar su travieso ingenio, librarse de la plaga del gongorismo, pero no del conceptismo, ó más bien del equivoquismo rastrero y de la afición á retruécanos y juegos de palabras. Llamóse este festivo coplero D. Juan del Valle y Caviedes, por apodo *El poeta*

su género que posee ninguna república de América, aunque más atiende á la parte política y militar que á la literaria, y adolece del defecto de no indicar con precisión sus fuentes bibliográficas. *(Diccionario Histórico y biográfico del Perú, formado y redactado por Manuel de Mendiburu.* Lima, 1874 y siguientes, 8 vols.)

(1) En el apéndice de uno de los curiosos libros publicados por la Biblioteca Nacional de Lima, bajo la dirección del Sr. Palma, *Apuntes históricos del Perú y Noticias cronológicas del Cuzco* (Lima, 1902), se ha impreso un poemita en silva de Espinosa Medrano, *El aprendiz de rico*, cuyo argumento es la falsificación de moneda de que resultó reo un acaudalado minero de Potosí, apellidado Rocha, que por ello murió en el cadalso. Acompañan á esta composición algunas noticias biográficas del autor, escritas por D. Manuel Calderón, antiguo empleado de la Biblioteca de Lima.

de la Ribera. Sobre él dejamos la palabra á su casi descubridor y ferviente panegirista el Sr. Palma, que en 1873 dió á la estampa la colección de los versos de Caviedes, picantes como guindillas (1).

«En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera á nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia hecha en 1693 de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso*, escribió por los años de 1683 á 1691, un limeño nombrado D. Juan del Valle y Caviedes.

(1) En el tomo v de la muy importante serie de *Documentos literarios del Perú, colectados y arreglados por el coronel de Caballería Manuel de Odriozola* (Lima, 1873, imp. del Estado). Precede á los versos de Caviedes un apunte crítico, firmado en Buenos Aires, 1870, por D. Juan María Gutiérrez, á quien tanto debe la historia de la literatura colonial de América.

El manuscrito que sirvió para la edición de Odriozola era muy incorrecto, lo cual movió á Palma á repetir la edición de los versos de Caviedes en 1899, al fin del libro titulado *Flor de Academias*, valiéndose de otro códice mejor que perteneció á la biblioteca de D. Félix C. Coronel Zegarra, adquirida en 1898 por la Nacional del Perú (págs. 333-474).

Bajo el nombre de Caviedes se agrupan dos colecciones poéticas: el *Diente del Parnaso* y las *Poesías diversas.* Todo lo que se contiene en la primera es indisputablemente suyo, y tiene la comunidad del tema, anunciada ya desde el título: *Diente del Parnaso. Guerras físicas, proezas medicinales, hazañas de la ignorancia, sacadas á luz por D. Juan Caviedes, enfermo que milagrosamente escapó de los errores de los médicos por la protección del glorioso San Roque, abogado contra los médicos ó contra la peste, que tanto monta. Dedícalo su autor á la Muerte, emperatriz de médicos, á cuyo augusto cetro le feudan vidas y tributan saludes en el tesoro de muertos y enfermos.* Lleva fe de erratas, tasa, licencia y aprobaciones, todo en versos burlescos.

La segunda sección de poesías varias, serias y jocosas, me inspira muchas sospechas. El estilo de la mayor parte de ellas no es el de Caviedes, ni siquiera parece el de un sólo poeta, sino de varios cuyas obras se mezclaron con las suyas en las colecciones manuscritas. Hay, entre ellas, primorosos romances amatorios, de la buena escuela del siglo XVII, por ejemplo, los que comienzan:

En el regazo de un olmo,
Verde gigante del prado,
Estaba un triste pastor,
Pensativo y sollozando.
. . . .
En un laurel convertida

»Caviedes fué hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre á su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad envióle á España; pero á los tres años de residencia en la metrópoli regresó el joven á Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

»A los veinticuatro años se encontró Caviedes poseedor de mo-

Vió Apolo á su Dafne amada:
¿Quién pensara que en lo verde
Murieran sus esperanzas?
Abrazado con el tronco
Y cubierto con las ramas,
Pegó su boca á los nudos,
Y á la corteza la cara...

endechas y canciones del mismo gusto, que recuerdan á Solís y á Calderón, á veces con imitación directa, verbigracia:

Nace el ave ligera
De rizado plumaje, y á la esfera
Irguiéndose veloz y enriquecida,
Á Dios está rendida.
Y yo con libertad en tanta calma,
Nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
Nace el bruto espantoso
De riza crín, de cerdas mar undoso,
Y al mirarse de todos respetado,
Siempre venera al Ser que lo ha creado,
Sólo yo con terrible desvario,
Nunca os postré, Señor, el albedrío.
Nace la flor lucida,
Ya rubí, ya esmeralda engrandecida,
Y al ver su color roja,
Por dar á su autor gracias se deshoja.
Y yo con libertad en tanta calma,
Nunca, Señor, os he ofrecido el alma.
Nace el arroyo de cristal ó plata,
Y apenas entre flores se desata,
Cuando en sonoro estilo guijas mueve
Y á Dios alaba con su voz de nieve.
Sólo yo con terrible desvarío,
Nunca os postré, Señor, el albedrío.
Nace el soberbio monte,
Cuya alteza registra el horizonte,
Y en su tosca belleza
Ensalza más á Dios con su rudeza.
Y yo con libertad en tanta calma,
Nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

Mi sospecha no se limita sólo á las composiciones de asunto grave y á las puramente líricas, sino que se extiende también á algunas de las festivas y

desta fortuna, y echóse á triunfar y darse vida de calavera, con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido nunca escribir versos; y fué en 1681 cuando vino á darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

»Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas ó tenduchos vecinos al palacio

burlescas, que no tienen por blanco principal la medicina y los médicos. Hay, entre ellas, una larga sátira, en pareados de entremés, donde, con indisputable gracejo, se va pasando revista á las varias castas de hipócritas, beatas, caballeros de la hampa, damas de embeleco, doctores de babilonia ó de chafalonia. El poeta quiso hacerse pasar por Caviedes, puesto que nombra á dos de los médicos en quienes él había encarnizado más su pluma:

> Á todos, por idiotas, los condeno,
> Porque ninguno hay bueno,
> Desde Bermejo, tieso y estirado,
> Hasta Liseras, giba y agobiado....

Pero la llaneza del estilo, la ausencia de retruécanos, el sabor general de la composición, parecen del siglo XVIII más que del XVII. Los dos primeros capítulos, que versan sobre las hazañerías de los falsos devotos y mojigatos, recuerdan, en seguida, el donoso librillo de D. Fulgencio Afán de Ribera, *Virtud al uso y mística á la moda*, no escrito hasta 1729.

El hecho de encontrarse algunos de estos poemas en la *Flor de Academias* (1709), atribuídos á otros ingenios que los leyeron como propios en la tertulia del Marqués de Castell-dos-Rius, prueban á mi ver, no un plagio, que sería inverisímil, tratándose de un poeta muerto hacía pocos años, y cuyos versos debían de ser muy populares en el estrecho círculo literario de Lima, sino la suerte ó desgracia que á Caviedes, como á tantos otros autores de obras de burlas, cupo, de que se le atribuyesen poesías en que no pensó, lo cual se comprueba no sólo en el caso excepcional de Quevedo, bajo cuyo nombre se creó toda una literatura apócrifa, sino en versificadores de menos nombre, como el catalán Vicente García, rector de Vallfogona, y el valenciano Padre Mulet.

En ninguno de los numerosos certámenes poéticos de su tiempo figura el nombre de Caviedes, más que en el dedicado por la Universidad de San Marcos al virrey Conde de la Monclova, en 1689. El general Mendiburu no le menciona en su *Diccionario*. Pero los redactores del antiguo *Mercurio Peruano* le dedicaron un breve artículo, en 28 de Abril de 1791.

de los Virreyes, lo que en esos tiempos se llamaba un *cajón de ribera*, especie de arca de Noé, donde se vendían al menudeo mil baratijas.

»Pocos años después quedó viudo; y *el poeta de la ribera* (apodo con que era generalmente conocido), por consolar su pena, se dió al abuso de las bebidas alcohólicas, que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más galanos romances.

»Por entonces era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte fueron infinitas las copias que se sacaron de los dos libros que escribió, titulados *Diente del Parnaso* y *Poesías Varias*. En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fué sustraído con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras, y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra en la colección de manuscritos americanos que posee el bibliófilo D. Gregorio Beeche.

»Caviedes ha sido un poeta bien desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del extranjero, anónimos ó suscritos por algún pelafustán. En vida fué Caviedes víctima de los médicos empíricos, y en muerte vino á serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación...

»El bibliotecario de Lima D. Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve á la historia y á la literatura patrias dando á la estampa documentos poco ó nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes hecha en 1694...

»Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo. En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culterano, esa manía de lucir erudición indigesta, que afea tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo XVII. A Caviedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades la sencillez y naturalidad de sus versos y la ninguna pretensión de sentar plaza de sabio. Décimas y roman-

ces tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días... En el género festivo y epigramático no ha producido hasta hoy la América española un poeta que aventaje á Caviedes. Tal es nuestra conciencia literaria. Las galanas espinelas á un médico corcovado, á quien llama *más doblado que capa de pobre cuando nueva*, y

Más torcido que una ley
Cuando no quieren que sirva:

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repiqueteado romance á la bella Anarda (1), y otras muchas de sus composiciones, no serían desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra el matrimonio.»

Reconoce Palma que los romances de Caviedes están afeados por gran número de expresiones groseras y malsonantes y de imágenes feas y nauseabundas; consecuencia, en parte, de los temas que, con predilección monótona, cultivó el poeta, acérrimo fustigador de la pedantería de los medicastros que infestaban la colonia, á quienes llamaba *tumba con golilla y veneno con guantes* (2). Pero con todos

(1) Este romance, tan sucio como ingenioso, comienza:

Purgando estaba sus culpas
Anarda en el hospital;
Que estos pecados en vida
Y en muerte se han de purgar...

y es imitación, no empeorada, del famoso de Quevedo:

Tomando estaba sudores
Marica en el hospita

(2) No tiene reparo en estampar con todas sus letras, los nombres y apellidos de estos doctores,

Ignorantes majaderos,
Que matan con libertad
Más hombres en la ciudad
Que el obligado carneros...

Su encono contra los médicos rayaba en monomanía, pero le faltaba la vena cómica de Tirso ó de Molière. En el corto ámbito de sus romances casi improvisados y muy desiguales, tiene ocurrencias felices, por ejemplo, el chistoso «Memorial que presentó la Muerte al virrey Duque de la Palata cuando » se trataba de enviar buques y gente de guerra contra los corsarios y se » construían las murallas para resguardo de Lima», proponiendo como el me-

sus defectos de pulcritud y de gusto, con todos sus resabios de poeta callejero y desmandado, Caviedes no debe ser confundido entre la turbamulta de imitadores de Quevedo que pululaban en España y sus colonias á fines del siglo XVII y principios del XVIII, y si es hipérbole notoria compararle con su modelo, de quien no tiene ni la penetrante intención, ni la intensa y amarga ironía, ni la varia y

jor arbitrio enviar contra el enemigo una embarcación tripulada por médicos, boticarios, barberos y curanderos (los había de ambos sexos, según da á entender, y probablemente serían indias las que á esto se dedicasen). En el mismo género merecen citarse los versos á Machuca, por su nombramiento de médico de la Inquisición:

Ya los autos de la fe,
Se han acabado sin duda,
Porque de la Inquisición,
Médico han hecho á Machuca.
Relajados en estatua
Saldrán judíos y brujas,
No en persona, que estarán
Ya relajados con purgas.
Tan hechiceras como antes
Serán las tristes lechuzas,
Porque en manos del doctor
Han de volar con unturas...

En sus rasguños picarescos aspira Caviedes á remedar la desgarrada bizarría de las jácaras de Quevedo, en cuya lectura estaba empapado. Véase, por ejemplo, esta sarta de apodos y denuestos contra el médico jorobado Liseras:

Más doblado que un obispo
Cuando en su obispado espira,
Y más que capa de pobre
Cuando nueva algunos días:
Más que bracelete vueltas,
Más revueltas que una esquina,
Más gradas que cementerio,
Más rincones que cocina,
Más hinchado que un abad,
Más agachado que espina,
Y más embutido de hombros
Que ignorante que se admira,
Más tuerto que andar derecho
Entre corchetes y escribas,
Más torcido que una ley
Cuando no quieren que sirva.
Más escaso que banquete
De poeta que convida...
Más agobiado que un jaque,

copiosa doctrina, ni la vasta concepción cómico-fantástica del mundo, ni el raudal inagotable de lengua, ni las portentosas invenciones de estilo, todavía se le debe un puesto honroso entre los poetas picarescos y provocantes á risa, en el coro de Camargo y Zárate, Fray Damián Cornejo, Polo de Medina y Jacinto Alonso de Maluenda. *El Duende del Parnaso*, no es indigno de figurar en el mismo estante que *El Buen Humor de las Musas*, *El Tropezón de la risa* y *La Cozquilla del gusto.*

Lazo entre la literatura peruana del siglo XVII y la del XVIII fué la tertulia ó academia que en su palacio reunía por los años de 1709 y 1710 el Virrey Marqués de Castell-dos-Rius (D. Manuel Oms de Santa Pau de Sentmanat y Lanuza), antiguo embajador en París y

Más gibado que bocina,
Y en fin, en la espalda y pecho,
Catafalco con ropilla.

Del cuadro de la taberna de Lepre parecen arrancadas las grotescas figuras de dos borrachos de Lima:

El Portugués y Piojito
Viven piposos con alma,
Matusalenes de Pisco
Sino Adanes de la Nasca *(a)*,
Y jamás han visto nieve,
Ni saben si es negra ó blanca,
Ni en sus hígados se han puesto
Emplastos de verdolagas.
Los mostos son sus cordiales,
De aguardiente sus horchatas,
Los pámpanos su achicoria,
Y estas hojas sus borrajas,
Los lagares sus boticas,
Los azumbres son sus dracmas,
Su boticario el pulpero
Y su doctor la parranda...

De muchas de las composiciones de Caviedes pueden entresacarse versos felices, pero apenas hay ninguna que integramente satisfaga. Son varias las que afectan la forma de pleito ó alegato judicial, que todavía estaba en boga por los tiempos de Bernat Baldoví y sus camaradas de *La Risa*, *El Fandango* y otros semanarios burlescos de mediados del siglo XIX, que rara vez hacen reir por lo mismo que se lo proponen siempre.

(a) De los valles de Pisco y Nasca procedían los mejores aguardientes del Perú.

en Lisboa, y aunque catalán, ardiente partidario de la causa de Felipe V. Consérvanse las actas de estas reuniones literarias en un códice titulado *Flor de Academias*, que poseyó D. Pascual de Gayangos (1), y del cual nos ha dado peregrinas noticias el diligentísimo historiador de nuestra poesía del siglo XVIII D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar. Los principales ingenios que concurrían á leer versos en esta academia eran: el presbítero D. Miguel Sáenz Cascante; el Padre maestro Fr. Agustín Sanz, Vicario de los Mínimos, calificador del Santo Oficio, confesor y consultor del Virrey; el Marqués de Brenes (D. Juan Eustaquio Vicentelo y Toledo), que había sido gobernador y capitán general de Tierra Firme; el Alguacil mayor de la Real Audiencia de Lima, D. Pedro José Bermúdez de la Torre; el Secretario del Virrey, D. Juan Manuel de Rojas y Solórzano, caballero de Santiago; el celebérrimo Dr. Peralta Barnuevo, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad, cosmógrafo é ingeniero mayor de los reinos del Perú; el festivo entremesista, D. Jerónimo de Monforte; el Marqués del Villar del Tajo, general de la mar del Sur; el Conde de la Granja D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, gobernador de la provincia del Potosí.

«El mal gusto de la época (dice el Sr. Cueto) rebosa en esta abundante colección de versos artificiales y conceptuosos... Pero

(1) Hoy está en nuestra Biblioteca Nacional. Otra copia, procedente de la colección del Sr. Zegarra, posee la Biblioteca Nacional de Lima, y de ella se ha valido D. Ricardo Palma para publicar íntegra la *Flor de Academias (edición oficial), Lima, oficina tipográfica de «El Tiempo»*, 1899.

El general Mendiburu *(Diccionario histórico*, t. VI, pág. 153) dice que «algunas de estas poesías se publicaron en Lima á fines del siglo XVIII, en el *Diario erudito*, cuyo editor consiguió el primer tomo de la colección y anunció existir otras dos que estaba solicitando. El *Mercurio Peruano*, números 16 y 17 del mes de Febrero de 1791, insertó una relación histórica relativa á la academia del Marqués de Castell-dos-Rius. Su autor fué el capitán D. Diego Rodríguez de Guzmán, quien como custodio del archivo conservó muchos apreciables papeles, entre ellos una colección de actas con 370 fojas, que llegó á manos de los editores de dicho *Mercurio*... En aquel tiempo aparecieron en Lima otras reuniones de personas estudiosas é ilustradas: el Marqués de Villafuerte, fiscal de la Audiencia, fomentó en su casa una de estas apreciables asociaciones, y no lo fué menos la que cultivó en la suya la familia de Orrantia.»

acaso por el aislamiento en que vivían los poetas en aquellas apartadas regiones, el *cultismo* ni subió allí á las nebulosas alturas de los Góngoras, ni descendió á la ruin y repugnante esfera de los Montoros. Los asuntos académicos son unas veces nobles y naturales, como, por ejemplo, á la victoria alcanzada por Felipe V en la batalla de Luzzara; otras, las más, son de aquellos que ponen en prensa el ingenio y provocan los juegos de metro y de palabra, los retruécanos y los conceptos. Ya expresan el rendimiento de amor á una dama, en redondillas, con la obligación de acabar cada una de ellas con un título de comedia; ya discurren sobre lo que bordaba Penélope en su famosa tela, ó sobre cuál es defecto más tolerable en la mujer propia, la necedad ó la fealdad; ya pintan á una dama en un romance con la precisión de haber de constar cada copla de un título de comedia, de otro de un libro, del nombre de una calle de Madrid ó Lima y de un refrán; ya, en fin, escriben romances que son al mismo tiempo latinos y españoles. En medio de estas y otras extravagancias semejantes, asoma á menudo la fantasía viva y fecunda de aquellos ingenios extraviados. El Virrey tenía en su palacio un salón dispuesto para representaciones dramáticas. En algunas ocasiones se improvisaban comedias. Las reuniones empezaban con música, y el magnate mismo no se desdeñaba de tocar la guitarra delante de aquellos poetas, amigos suyos predilectos, que si bien libres, traviesos y conceptuosos, no son en sus versos ni licenciosos ni chocarreros» (1).

A esta pintura, trazada de mano maestra, conviene añadir algunos rasgos individuales de los principales poetas. El Marqués de Castell-dos-Rius, traductor de los himnos del Angélico Doctor Santo Tomás, dió culto no sólo á las musas líricas, sino á las dramáticas, y además de varias loas insertas en el códice, sábese que compuso é hizo representar en su teatro privado una tragedia, ó más bien ópera, *El Perseo*, de la cual dice Peralta Barnuevo, en una de las notas de su poema *Lima Fundada*, que «tenía armoniosa música,

(1) *Historia Crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII... Tercera edición, corregida y aumentada. Tomo I... Madrid*, Rivadeneyra, 1893 (t. XCVII de la *Colección de Escritores Castellanos)*, páginas 83-91.

preciosos trajes y hermosas decoraciones, y que en ella mostró el Virrey, no sólo la elegancia de su genio poético, sino la grandeza de su ánimo y el celo de su amor.»

«Tenía el Marqués perverso gusto poético (advierte el Sr. Cueto). Él es quien ponía á los asuntos académicos, en sus tertulias literarias, tantas pueriles dificultades métricas, indignas de la verdadera poesía; y se trasluce en la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias* que el culto y elegante Virrey blasonaba de que en la suya «se ha»bían hecho usuales los primores más difíciles» y «que continua»mente se componían allí poesías, ya *retrógradas*, ya con *ecos*, pa»ranomasias y otras delicadas armonías y artificiosas elegancias» (1).

(1) Ampliando las noticias contenidas en su libro, nos facilitó nuestro ilustre compañero el Sr. de Cueto las muy interesantes notas que publicamos á continuación y que creemos útiles aun después de la publicación del Sr. Palma:

—Castell-dos-Rius (D. Manuel de Oms y de Santa Pau, Marqués de). Natural de Cataluña; Grande de España; Virrey del reino de Mallorca; Embajador en Portugal y en Francia. Murió en Lima, á los sesenta años de su edad, el día 24 de Abril de 1710, siendo virrey, gobernador y capitán general de los reinos del Perú, Tierra Firme y Chile.

Flor de Academias, que contiene las que se celebraron en el Real Palacio de esta corte de Lima, en el gabinete del Excmo. Sr. D. Manuel de Oms y de Santa Pau, olim de Sentmanat y de Lanuza, Marqués de Castell-dos-Rius... desde el lunes 23 de Septiembre del año de 1709 hasta el 24 de Abril de 1710.—Es un códice de 206 hojas, perteneciente á la preciosa colección de manuscritos del Sr. D. Pascual de Gayangos.

En este códice hay poesías de varios ingenios y algunas del Virrey. Todas conceptuosas, como de aquel tiempo. Para dar alguna idea de aquellas tertulias poéticas, copiaremos algunas palabras de la *Noticia proemial* de la *Flor de Academias:*

«Determinó (el Virrey) celebrar en su gabinete todos los lunes por la noche una academia, compuesta de aquellos caballeros sus más favorecidos y estimados, y que más inmediatamente y con mayor afecto le asistían... El orden que observó S. E. en las primeras academias, fué dar á todos los ingenios un mismo asunto, á que compusiesen de repente, señalándoles también el metro en que habían de escribir, y un breve espacio de tiempo para correr la pluma en su desempeño.

»Precedía á la composición poética la dulce armonía. Música formada de diestras escogidas voces y varios sonoros instrumentos. Ostentaba el regio camarín, en el aparato magnífico de su opulencia, los preciosos adornos que

D. Jerónimo de Monforte y Vera, poeta aragonés, se distinguía especialmente en la improvisación burlesca, y hay en el códice *Flor de Academias* muchas muestras de su jovial ingenio. En el prólogo se dice, hablando de él: «Muy favorecido de las musas festivas, que le han inspirado las agradables poesías con que se han visto acreditados sus desvelos en los más plausibles teatros de Europa y en los más célebres Liceos de la América.» Residió muchos años en Lima. Con el título de *El amor duende*, escribió un sainete que fué repre-

entre el lucimiento y la curiosidad dilataban los ánimos en el gusto y la admiración...

»Á la ingeniosa tarea de las obras que se componían de repente, añadió su Excelencia la de que se hiciesen juntamente otras de pensado para traerlas el lunes siguiente...

»Su Excelencia había cultivado la claridad de su entendimiento con el continuo estudio de todas las letras que ilustran el ánimo de un generoso príncipe, y con el político manejo de sus altos empleos. Ninguna lengua de las célebres le fué extranjera.

»Lo que en todas las academias se escribió, es lo que contiene este libro. Pero era mucho más lo que se decía extemporáneamente á diferentes asuntos y argumentos que ofrecían la conversación, el acaso ó la controversia de diferentes materias, facultades y noticias, con admirable propiedad en la inteligencia de la filosofía y matemáticas, jurisprudencia, teología, historia, poética y razón de estado: usando en todo de rara novedad, *sin que jamás se oyese composición ordinaria ó común... S. E. y los demás ingenios habían hecho usuales los primores más difíciles...* En algunas ocasiones se vió tejida entre S. E. y los demás concurrentes una representación cómica con todos los rigores y preceptos del arte...

»Juzgo que en este libro ofrezco á la discreción una joya muy rica, compuesta de peregrinas preciosidades, reservando para otro tomo las demás obras poéticas de S. E., y para otro las que se escribieron en los festejos cómicos para la celebridad de todas las Reales fiestas, y años de Sus Majestades y nacimiento de nuestro Príncipe; y en ese tomo ofrezco todas las loas que escribieron alternadamente S. E. y el Dr. D. Pedro José Bermúdez.»

Á la muerte del Marqués de Castell-dos-Rius, llorada sinceramente en Lima, escribieron versos varios ingenios del Perú. En el manuscrito *Flor de Academias*, hay composiciones consagradas á su gloriosa memoria, de D. Pedro Bermúdez de la Torre, del Ldo. D. Miguel Cascante, del Marqués de Brenes, del Conde de la Granja, de D. Juan José Bermúdez, de D. Mateo Mariano Bermúdez, de D. Pedro de Peralta, de D. Francisco Santos de la

sentado en el Callao, en 1725, por la familia del Virrey Marqués de Castel-Fuerte, para celebrar la proclamación del rey Luis I. En la *Fama póstuma*, de Sor Juana Inés de la Cruz (1700), hay una elegía de Monforte, y son casi los únicos versos serios suyos que conocemos.

El Conde de la Granja, D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera,

Paz, de D. Jerónimo de Monforte y del capitán D. Diego Rodríguez de Guzmán.

Como muestra de esta poesía ingeniosa, pero desigual, enredada y conceptuosa, pondremos aquí un soneto del Conde de la Granja:

Á LA MUERTE DEL MARQUÉS DE CASTELL-DOS-RIUS, VIRREY DEL PERÚ

Canto, bien que no sé si canto ó lloro,
Aun en sombras, la muerte esclarecida
De un héroe que dió vida con su vida
A ciencias y artes, y al castalio coro.
Varón de un siglo en que volvió el de oro,
Pues gobernó con rienda tan medida,
Que en la razón á la justicia unida
Cifró del mando el principal decoro.
Discreto fué sin presunción de sabio:
Supo hermanar con su saber su suerte,
Supo lo que en mortal junto no cupo.
Igualó al de Demóstenes su labio;
¿Qué no supo él?... Él supo hasta en la muerte
Lo más que hay que saber, pues morir supo.

—Rojas y Solórzano (D. Juan Manuel de). Caballero de la Orden de Santiago, Secretario del Virrey del Perú.

Era este ingenio de los que tomaban mayor parte en las academias poéticas que se celebraban en Lima en el palacio del Marqués de Castell-dos-Rius (1709 y 1710). En el códice *Flor de Academias* hay muchas poesías suyas. Tenía viva fantasía, y es tal vez uno de los poetas malogrados por el perverso gusto de la época. Creemos oportuno dar aquí una muestra de su estilo.

Era el 19 de Diciembre de 1709. La academia había de ser aquella noche más solemne y espléndida que de ordinario. Estaba consagrada á celebrar los años del rey Felipe V. Dióse principio á la función con una *oración académica* de carácter fantástico, que fué recitada por D. Juan de Rojas, al son de una música suave. Así empieza esta oración poética:

¡Ah de la sacra mansión!
¡Ah del celeste pensil!
Mi acento escuchad,
Mi voz oid,
Y al obsequio plausible concurra

fué natural de Madrid, y Álvarez Baena le incluye entre sus hijos ilustres; pero por afecto y larga residencia pertenece al Perú, donde se avecindó definitivamente después de haber sido gobernador de la provincia de Potosí. Nos quedan, como principales muestras de su numen, el *Poema sacro de la Passión de N. S. Jesucristo*, que es un larguísimo romance, quizá el más largo que existe en castellano, á excepción de la *Vida de la Virgen*, de D. Antonio de Mendoza; y otro poema, mucho más conocido y celebrado, en octavas reales,

De alados ingenios la turba sutil.
Mirad, advertid
Que hoy el voto y el culto promete
A osados alientos el premio feliz.
. . . .
Hoy la noche se goce triunfante,
Pues vagas sus sombras pudieron unir
En mejor firmamento los astros
Que en ella brillantes se miran lucir.
Del aplauso las voces sonoras
Escuche suspenso el celeste confín,
Y del tiempo sus ecos heroicos
En bronces eternos estampe el buril.
. . . .
. . . .

Después pide el poeta á Apolo su favorable influjo en varias estrofas. He aquí algunas de ellas:

. . . .
Ya que mi torpe diestra herir no sabe
Plectro armonioso, cítara elocuente,
Permítele pulsar hoy la cadente
Lira süave.
Haz que el monte en mi voz glorias blasone,
Triunfando del empeño victoriosa,
Y que mi tosca sien la desdeñosa
Dafne corone.
Haz que mi helado espíritu se influya
Del rayo que á tu espíritu merezca,
Y brille en él de suerte que parezca
Dádiva tuya.
. . . .
. . . .

Después canta en octavas reales algunas aventuras de Apolo, y, al referir la fuga de Dafne, proclama la excelencia del amor del corazón en esta notable octava:

¡Oh vil pasión del apetito humano,
Grosera adulación de los sentidos,
Que igualas lo vulgar y soberano

que tiene por asunto la *Vida de Santa Rosa de Lima*, patrona del Perú (1). En calidad de tal poema, sin ser una maravilla, no es de las peores y más monstruosas obras de su género y de su tiempo, y sería grave ofensa compararle con la *Hernandía*, con *La elocuencia del silencio* y aun con *Lima Fundada*. El Conde de la Granja tiene más fantasía y versifica mejor que Peralta Barnuevo: la parte des-

Cuando formas dichosos de atrevidos!
Vuelve los ojos, y verás que ufano
Burla el desdén arrojos fementidos;
Que amor, si un alma en conquistar se esfuerza,
La vence por constancia, no por fuerza.

—Bermúdez de la Torre y Solier (D. Pedro José). Doctor en ambos derechos; Alguacil Mayor de la Real Audiencia de Lima.

Uno de los poetas más abundantes é ingeniosos de aquellos que constituían la tertulia poética del Virrey del Perú en los años de 1709 y 1710. El códice *Flor de Academias* dice del Dr. D. Pedro Bermúdez estas palabras: «Sus obras, estimadas aún en distantos climas, excusan mi alabanza.»

Sus romances, especialmente aquel en que describe la tela de Penélope (págs. 89-91), son de lo mejor que hay en la *Flor de Academias*.

Nada impreso hemos visto de este poeta, á excepción de estas tres obras: Soneto destinado á ensalzar un mal poema de D. Francisco Santos de la Paz en elogio del Obispo de Quito, Virrey del Perú, D. Diego Ladrón de Guevara;

Aclamación afectuosa, en aplauso de la heroica acción que ejecutó el Serenísimo señor Príncipe de Asturias matando á un toro en un bosque poco distante de la ciudad de Sevilla en defensa de la Princesa nuestra señora, el año pasado 1729. Es un romance endecasílabo, impreso en Lima en 1730;

Un soneto al mismo asunto.

Escribió varias loas.

A estos opúsculos citados por el Sr. Cueto, deben añadirse otros varios, casi todos de circunstancias, que enumera el Sr. de la Riva Agüero (*La Historia en el Perú*, pág. 323.)

Entre las mejores poesías contenidas en la *Flor de Academias*, deben contarse seis fábulas esópicas parafraseadas en variedad de metros por Cascante, el Marqués de Brenes, Rojas Solórzano, Bermúdez, Peralta Barnuevo y D. Jerónimo de Monforte (acta 6.ª, lunes, 28 de Octubre de 1709).

(1) *Poema sacro de la Pasión de N. S. Jesuchristo, que en un romance castellano, dividido en siete Estaciones, escribía D. Luis Antonio de Oviedo Herrera y Rueda.* Lima, Francisco Sobrino, 1717; 4.º

Consta de mil doscientas cuarenta y cuatro coplas, todas con el mismo asonante:

criptiva es amena y se lee con gusto. Pero su mérito literario, al fin mediocre, no salvaría el libro del olvido, si no fuesen de gran curiosidad sus noticias, no sólo porque se refiere á la vida de la Santa más popular del mundo americano, sino por lo mucho que incluye de topografía é historia general del Perú. En este sentido tiene un valor local inapreciable. La descripción que en el primer canto se hace de las fábricas de la ciudad de Lima y fertilidad de sus valles; la valiente pintura de una erupción del Pichincha en el canto sexto (1); el relato de las expediciones piráticas de los corsarios ingleses

¿Qué armada tropa es aquella,
Que entre el horror de la noche
Envuelta, abultando sombras,
Da más cuerpo á sus horrores?
  Hurtándose al paso, marcha,
Como que de sí se esconde
Tan quedo, que aun no despierta
A las soñolientas flores.

Vida de Santa Rosa de Santa María, *natural de Lima y patrona del Perú*, *poema heroyco*, *por D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Caballero del Orden de Santiago*, *Conde de la Granja*...... En Madrid, por Juan García Infanzón, año de 1711; 4.° El poema tiene doce cantos. Las aprobaciones del libro son extensas é interesantes. Los versos laudatorios, latinos y castellanos, pertenecen al P. José Francisco de la Reguera, prefecto de los Estudios Reales de Latinidad en el Colegio Imperial de Madrid; al Marqués de Miana, consejero de Indias; á los dos famosos poetas dramáticos Zamora y Cañizares, al Padre jesuíta José Rodríguez, á D. Pedro de Urquiza y á un hijo del autor llamado como su padre.

En la segunda edición de este poema, hecha en Lima en 1867 por el presbítero M. T. González La Rosa, se cometió el desacierto de suprimir las 82 páginas de preliminares.

Para hacerse cargo de la copiosa literatura antigua y moderna relativa á Santa Rosa de Lima, véase el esmerado *Estudio Bibliográfico* de D. Félix Cipriano C. Zegarra, publicado en 1886 con motivo del tercer centenario de la Santa. Á 276 llegan las obras, de diversos países y lenguas, que directa ó incidentalmente tratan de la patrona de Lima, con ser tan moderna.

(1) Véase una octava de esta descripción, como muestra del estilo del poeta:

Densos vapores su crestada cumbre
Como penachos trémulos ondea;
Anéganse en su propia muchedumbre,

y holandeses, el Draque, los dos Aquines y Espilberghen; el catálogo rimado de los principales apellidos de la colonia, y otras muchas curiosidades que el libro contiene, le hacen digno de ser registrado por todo americanista; y hasta el mero aficionado á la poesía le hojea sin fastidio, recreado por la viva imaginación del autor, que le inspira máquinas é invenciones de carácter bastante original y romántico, como la historia del mágico Bilcadma y del inca Yupangui, encadenado por fatídico decreto á un risco de los Andes.

Inferior al Conde de la Granja como poeta, pero muy superior á todos los peruanos y á la mayor parte de los españoles de su tiempo por las muestras de su saber enciclopédico y el número y variedad de sus escritos, se nos presenta el famoso polígrafo D. Pedro de Peralta Barnuevo, monstruo de erudición, de quien sus contemporáneos escribieron las cosas más extraordinarias. Valga por muchos el testimonio del P. Feijoo en su discurso sobre *Españoles americanos* (tomo IV, discurso 6.º del *Teatro crítico*): «En Lima reside »D. Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de Matemá»ticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquel reino: sujeto de »quien no se puede hablar sin admiración, pues que apenas (ni aun »apenas) se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores »talentos y erudición. Sabe con perfección ocho lenguas, y en todas »ocho versifica con notable elegancia. Tengo un librito que poco ha »compuso, describiendo los honras del señor Duque de Parma, que »se hicieron en Lima. Está bellamente escrito, y hay en él varios »versos suyos harto buenos, en latín, italiano y español (1). Es pro»fundo matemático, en cuya facultad ó facultades logra altos crédi-

Representando asombros en la idea:
En pavesas envuelta oculta lumbre,
De sus entrañas, palpitante humea,
Y con la llama, que discurre vaga,
Todo se enciende: sólo el sol se apaga.

(1) Conocía además el griego, el inglés y el quechua. En francés dejó dos poemas manuscritos, *El triunfo de Astrea* y *La gloria de Luis el Grande*, en alabanza, respectivamente, de Felipe V y de Luis XIV. Del italiano tradujo varias obras, y del latín la oda XIV del libro 1.º de Horacio. (Vid. *Monumentos literarios del Perú*, por Guillermo del Río. Lima, 1812.)

»tos entre los eruditos de otras naciones, pues ha merecido que la »Academia Real de las Ciencias de París estampase en su historia »algunas observaciones de eclipses, que ha remitido. Es historiador »consumado, tanto en lo antiguo como en lo moderno, de modo »que sin recurrir á más libros de los que tiene impresos en la »bibliotheca de su memoria, satisface prontamente á cuantas pre- »guntas se le hacen en materia de historia; sabe con perfección »(aquella de que el presente estado de estas Facultades es capaz) »la Filosofía, la Química, la Botánica, la Anatomía y la Medicina. »Tiene hoy (es decir, en 1730 en que Feijoo escribía esto) sesenta »y ocho años ó algo más. En esta edad ejerce con sumo acierto, no »sólo los empleos que hemos dicho arriba, mas también el de con- »tador de Cuentas y particiones de la Real Audiencia y demás »tribunales de la ciudad, á que añade la presidencia de una Acade- »mia de Matemáticas y Elocuencia que formó á sus expensas. Una »erudición tan vasta es acompañada de una crítica exquisita, de un »juicio exactísimo, de una agilidad y claridad en concebir y expli- »carse admirables. Todo este cúmulo de dotes excelentes resplan- »decen y tienen perfecto uso en la edad casi septuagenaria de este »esclarecido criollo.»

¿Qué es lo que la posteridad ha dejado en pie de la fama cuasi mitológica de Peralta Barnuevo, atestiguada por hombre de tan independiente y severo juicio como el P. Feijoo, tan mal avenido con los errores de la opinión vulgar? Cuesta trabajo decirlo: poco más que un nombre que no despierta ya eco ninguno de gloria literaria. Sus obras no se leen ni en América ni en España, y como muchas son raras, y no creo que ninguna biblioteca las posea todas ni nadie las haya visto juntas, es posible que en algunas de ellas, especialmente en las de índole científica, que han sido hasta ahora las menos estudiadas (1), se contenga algo muy importante y que deje

(1) «Su verdadera vocación científica fué la de matemático y astrónomo. Las ciencias exactas constituyeron el principal objeto de sus tareas intelectuales; y las estudió, no tanto en la parte teórica, cuanto en las aplicaciones de la Astronomía, la Ingeniería Militar y Civil y la Metalurgía. En 1702 lo hallamos reconociendo el cometa visible en Lima, la noche del 26 de Febre-

bien parado el entusiasmo del P. Feijoo. Desgraciadamente, como historiador y como poeta, sus obras son bastante conocidas para que pueda ser juzgado sin remisión. Su erudición era estupenda sin duda, pero indigesta y de mal gusto: su criterio histórico de los más inciertos y extravagantes: su estilo en prosa y en verso enfático, retorcido y con todos los vicios de la decadencia literaria, que después del advenimiento de Luzán y de Feijoo no eran ya tolerables, ni aun en una remota colonia, de parte de un hombre que estaba en correspondencia con las principales Academias de Europa. Sus obras, entre grandes y pequeñas, suman el número de 48, y él ó sus panegiristas tuvieron la extravagante idea de ponerlas por el orden de las letras de su nombre y apellidos, de modo que reuniendo las primeras letras de cada título lee uno de corrido: *El doctor Don Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides.* Hay entre ellas *Observaciones astronómicas*, *Regulación del tiempo en treinta y cinco efemérides*, *Observaciones náuticas*, un *Sistema astrológico demostrativo*, una *Aritmética especulativa*, un plan de fortificaciones para Buenos Aires y otro para Lima, hasta convertirla en inexpugnable; y otros tratados de Matemáticas, Ingeniería y Arte Militar; uno de Metalurgia, *Nuevo beneficio de metales;* otro *Del origen de los monstruos;* varios informes jurídicos, un *Arte de ortografía*, numerosas oraciones universitarias que pronunció siendo Rector, una notabilísima Relación del gobierno del virrey marqués de Castel-Fuerte; y, finalmente (y citaremos casi íntegra la fastidiosa portada, porque da cabal razón del contenido), la *Historia de España vindicada, en que se hace su más exacta descripción, la de sus excelencias y antiguas riquezas: se prueba su población, lengua y reyes verdaderos primitivos, su conquista y gobierno por los carthagineses y romanos: se describe la verdadera Cantabria:*

ro. En 1709 lo nombró el virrey marqués de Castell-dos-Rius, en reemplazo del flamenco Koening, catedrático de Prima de Matemáticas en la Universidad. Esta cátedra comprendía en sus enseñanzas las de Náutica y Pilotaje, y llevaba anexos generalmente los cargos de Cosmógrafo Mayor é Ingeniero del Virreinato. En desempeño de estas obligaciones, Peralta publicaba todos los años el calendario oficial ó *Conocimiento de los tiempos*, acompañado de pronósticos astronómicos y también astrológicos, porque rindió cuantioso tributo á la

se fijan las más ciertas épocas ó raíces del Nacimiento y Muerte de Nuestro Salvador: se defiende irrefragablemente la venida del Apóstol Santiago, la aparición de Nuestra Señora al Santo en el Pilar de Zaragoza, y las translaciones de su sagrado cuerpo: se vindica su historia primitiva eclesiástica, la de San Saturnino, San Fermín, Osio y otros sucessos: se refieren las persecuciones, los mártyres y demás santos, los Concilios y Progressos de su Religión hasta el siglo sexto: la historia de los emperadores y de los grandes varones: el origen é imperio de los Godos (Lima, 1730) (1). Libro es éste de más aparato que substancia, y del cual puede prescindir sin gran pérdida el estudioso investigador de las cosas de la España Antigua, pues si bien es cierto que Peralta aplica y maneja con desembarazo los textos clásicos, y acierta en algunas cuestiones geográficas, como la del sitio de Cantabria, y combate con vigor los falsos cronicones, también lo es que en muchas otras cosas se muestra crédulo en demasía, acepta como hechos reales los mitos de Gerión, Hesperis, Gargoris y Abidis, y los viajes de Baco acompañado de Pan, su *teniente general*. Y por de contado pasa dócilmente por todas las tradiciones de nuestra primitiva historia eclesiástica, á las cuales ya

Astrología, del propio modo que su coetáneo D. Diego de Torres y Villarroel, muy desemejante de él en vida é índole, pero émulo suyo en variedad de aptitudes científicas y literarias... Suministró muchos datos cosmográficos al viajero francés Frazier. Fué socio correspondiente de la Academia de Ciencias de París. En materia de Arquitectura Militar, imprimió, ya muy anciano, en 1740, la disertación *Lima inexpugnable, discurso hereotectórico*, en que demuestra la incapacidad defensiva de las murallas hechas por el duque de la Palata y propone la construcción de una ciudadela. Compuso, igualmente, en su calidad de Ingeniero mayor del Virreinato, un informe manuscrito sobre las fortificaciones de Buenos Aires; y en tiempos del marqués de Castell-Fuerte, ideó é hizo ejecutar en el Callao una gran empalizada, con el objeto de contener las aguas del mar, que batían y arruinaban los muros del puerto, escribiendo para ello dos Memorias detalladas, y formando el plano y el presupuesto de la obra». (Vid. Agüero: *La Historia en el Perú*, págs. 301-302.)

(1) Costeó la edición de este volumen, que en España es bastante raro, el rico caballero montañés D. Angel Ventura Calderón Ceballos y Bustamante (primer Marqués de Casa-Calderón). La impresión es de las más esmeradas de la tipografía limeña y lleva estampas que dibujó «un varón religioso, grande en la cátedra y en el púlpito, y mayor en la virtud, cuyo nombre se oculta».

Ferreras y otros habían puesto tantos reparos. De aquí el olvido en que cayó muy pronto el libro, y lo poco que se le cita y consulta. En vísperas de la *España Sagrada*, era ya un producto anacrónico.

La obra poética más considerable de Peralta Barnuevo, y la única que todavía tiene algún lector, no á título de poema, sino de libro de historia americana, es *Lima Fundada ó Conquista del Perú: Poema heroico en que se decanta toda la historia del descubrimiento y sujeción de sus provincias por D. Francisco Pizarro, y se contiene la serie de los Reyes, la historia de los Virreyes y Arzobispos que ha tenido, y la memoria de los Santos y Varones ilustres que la Ciudad y Reyno han producido* (1). Y, hablando con entera propiedad, no puede decirse que se lea el poema, que es una mezcla extraña de gongorismo y de prosaísmo, reuniendo en sí las dos contrarias aberraciones del siglo XVII y del XVIII, para que ningún rasgo de mal gusto le falte. Lo que se lee son las copiosas notas históricas y genealógicas que recargan las márgenes (2).

Fué también Peralta Barnuevo poeta dramático, y bastante más feliz que en lo épico. Tenemos á la vista un códice de sus obras teatrales, que perteneció á la rica colección de nuestro difunto amigo D. José Sancho Rayón. En esta limpia y esmerada copia, que en el tejuelo se rotula *Comedias del Fénix Americano*, son tres las piezas incluídas: *Triunfos de amor y poder*, comedia mitológica, cuyo asunto son las transformaciones de la ninfa Io y de Argos el vigilante, entre-

(1) Lima, por Francisco Sobrino y Dados, 1732. Dos vols., 4.° Versos laudatorios de Angel Ventura Calderón, Antonio Sancho Dávila Bermúdez de Castilla, Miguel Mudarra de la Serna Roldán, Francisco de Robles y Maldonado y José Bernal. Este poema ha sido reimpreso en el t. I de la *Colección de documentos literarios* del Coronel Odriozola.

(2) Hay, sin embargo, de vez en cuando alguna octava no despreciable, por ejemplo, esta del canto 8.°:

En su horizonte el sol todo es aurora,
Eterna el tiempo todo es Primavera,
Sólo es risa del cielo cada hora,
Cada mes sólo es cuenta de la Esfera.
Son cada aliento un hálito de Flora,
Cada arroyo una Musa lisonjera;
Y los vergeles, que el confín le debe,
Nubes fragantes con que el cielo llueve.

mezcladas con los amores de Hipomenes y Atalanta; *Afectos vencen finezas*, comedia calderoniana por el gusto de la de *Afectos de odio y amor*, ó la de *Duelos de amor y lealtad*; *Rodoguna*, que es la tragedia de Corneille acomodada á las condiciones del teatro español con bastante destreza, harto mayor que la que mostró Cañizares en su imitación de la *Ifigenia* de Racine. Cada una de estas piezas lleva su loa, constando en la primera de ellas que la comedia *Triunfos de amor y poder* fué representada por orden del Excmo. Sr. D. Diego Ladrón de Guevara, obispo de Quito y virrey del Perú, en celebración de la victoria obtenida por las armas de Felipe V en los campos de Villaviciosa el año 1710, y que *Afectos vencen finezas* sirvió para festejar los años de otro Virrey, el Arzobispo de la Plata don Diego Morcillo Rubio de Auñón. Completan el ramillete dos fines de fiesta y un entremés, con imitaciones visibles de Molière en *Le Médecin malgré lui* y en *Les Femmes Savantes* (1). Este tomo debía publicarse íntegro, no sólo porque los versos cómicos y trágicos de Peralta Barnuevo valen harto más que sus octavas épicas, sino por ser sus obras de las más antiguas que en nuestro teatro encabezaron la imitación del teatro francés; y la *Rodoguna* probablemente anterior al *Cinna* del Marqués de San Juan, que se imprimió en 1713, y que de seguro no fué destinada á las tablas, al paso que de la *Rodoguna* sabemos que se representó en Lima, y tenía todas las condiciones necesarias para la escena.

La celebridad literaria de Peralta Barnuevo, el cargo que varias veces tuvo de Rector de la Universidad de San Marcos y su propia afición á todo lo aparatoso y rimbombante, le convirtieron en obligado cronista de todos los festejos y fúnebres solemnidades de su tiempo, y proveedor incansable y polígloto de versos é inscripciones para ellos. En este lamentable género de literatura compiló sucesivamente los raros libros que llevan por títulos: *Lima triunfante*; *Glorias de la América, juegos pythios y júbilos de la Minerva pe-*

(1) Por el mismo tiempo, un desconocido poeta de Lima, llamado Villalta, terminó la comedia *Amor es arte de amar*, de la cual D. Antonio de Solís había dejado únicamente escrita parte de la primera jornada. También poseía esta continuación inédita el Sr. Sancho Rayón.

ruana, en la entrada solemne del Marqués de Castell-dos-Rius (1708); el *Panegírico y poesías con que se celebró la fausta feliz acción del recibimiento en las Escuelas del Virrey Príncipe de Santo Buono* (1717); *El Templo de la Fama vindicado*, y unas estancias panegíricas en italiano al Cardenal Alberoni (1720); los *Júbilos de Lima y fiestas reales en los casamientos del Príncipe D. Luis* (después Luis I) *y de la Princesa de Orleans* (1723); la *Fúnebre pompa en las exequias del Duque de Parma* (1728); *El Cielo en el Parnaso*, certamen poético con que la Universidad de Lima festejó al Virrey Marqués de Villagarcía en 1736; *La Galería de la Omnipotencia*, con motivo de la canonización de Santo Toribio Alfonso de Mogrobejo; la *Relación de la Sacra festiva pompa en acción de gracias por la exaltación á la cardenalicia dignidad de D. Gaspar de Molina* (1739), el *Parabién panegírico* al nuevo arzobispo de Lima D. José Antonio Gutiérrez de Ceballos, y seguramente otras de que no tenemos noticia.

Era el poeta laureado de los Virreyes, y no se daba punto de reposo para hilvanar versos de circunstancias, no sólo en castellano, sino en latín, en italiano y en francés: su vena adulatoria y estrafalaria llegó á un extremo casi de demencia cuando compuso el elogio del Virrey Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, sin emplear en todo su discurso más letra vocal que la *A*. ¡Lástima de estudios tan torpemente malogrados! (1).

El ejemplo de Peralta Barnuevo, doblemente deplorable por los sólidos méritos de su varia doctrina, contagió á todos los poetas de certamen, que en número prodigioso hicieron rechinar las prensas de Lima con sus abortos durante todo el siglo XVIII. No hubo suceso próspero ó infeliz que no se solemnizase con ridículos versos. La colección de estas antologías es manjar regalado para los bibliófilos; y el breve catálogo que de algunas de ellas presentamos en nota bastará á indicar, por la sola extravagancia de los títulos, lo

(1) Sobre Peralta Barnuevo publicó un importante estudio en la *Revista del Plata* (tomos VIII, IX y X) D. Juan María Gutiérrez.

El Sr. de La Riva Agüero, en su libro ya citado, añade muchas noticias; é importantes, aunque quizá demasiado apologéticas, consideraciones.

depravado y absurdo de su contenido. Figuran en estos centones bastantes poetisas: Doña Violante de Cisneros, monja definidora en el monasterio de la Concepción; Doña María Manuela Carrillo de Andrade y Sotomayor, llamada en su tiempo *la Limana Musa;* Sor Rosa Corvalán; Doña Rosalía de Astudillo y Herrera; Doña Josefa Bravo de Lagunas, abadesa de Santa Clara, autora de un soneto á la muerte de la reina Bárbara, del cual son estos tercetos:

Descansa en paz, pues tu virtud me *avisa*
La corona mejor que te declara
El que allá en las estrellas te *eterniza;*
Que á mí para seguirte me prepara
El religioso saco en su ceniza
Del fin postrero la verdad más clara.

Pero es maravilla encontrar en medio de tal fárrago alguna cosa racional: hay octavas en que todas las palabras empiezan con la letra *C:*

¡Cielos! Cómo canciones cantaremos
Con corazones casi consumidos...

versos en metáfora de música y en metáfora de imprenta; y se hace, sobre todo, grande ostentación de metrificar en diversidad de lenguas: en la *Parentación solemne de la reina María Amalia de Sajonia* (1761), se emplean, no sólo el latín, italiano y francés, sino el inglés, el alemán, el húngaro, el portugués, el catalán, el vascuence, el quichua y el dialecto de los indios de Moxos. Muchas cosas se enseñaban en la Universidad de San Marcos y en los colegios de la Compañía de Jesús; lo único que no se enseñaba era el buen gusto (1). Estas coronas poéticas son, por decirlo así, las postreras he-

(1) *Parentación Real al Soberano nombre é inmortal memoria del católico Rey de las Españas y Emperador de las Indias... D. Carlos II, fúnebre solemnidad y suntuoso mausoleo que en sus reales exequias en la Iglesia Metropolitana de Lima consagró á sus piadosos manes el Excelentísimo Señor D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega... Virrey, Gobernador y Capitán general de estos reinos y provincias del Perú, Tierra Firme y Chile. Escríbela de orden de su Excelencia el R. P. M. Fr. José de Buendía, de la Compañía de Jesús. En la im-*

ces del culteranismo, que en las colonias mantuvo su dominación medio siglo más que en la península.

Fué de los últimos y más disparatados poetas de ocasión un mozo andaluz, de bastante chispa, pero todavía de mayor notoriedad por sus travesuras y pícara vida, que al fin dieron con él en el asilo de los Padres Betlemitas, maltrecho de cuerpo y agriado de voluntad.

prenta Real del Santo Oficio y de la Santa Cruzada. Año de 1701. (Con una lámina que representa el túmulo).

Hay versos de veintiocho ó treinta poetas, todos obscurísimos, á excepción de Peralta Barnuevo.

—*Aplauso reverente y afectuoso de la Universidad de San Marcos á D. Diego Ladrón de Guevara*, 1711.

—*El Sol en el Zodiaco. Certamen poético en el solemne, triunfal recibimiento de D. Carmine Nicolás Caracholo, Príncipe de Santo Buono*, 1717.

—*Cartel del certamen. El Theatro heroico. Certamen poético de la Universidaa al recibimiento de D. Diego Morcillo Rubio de Auñón*, 1720.

—*Cartel del certamen. El Júpiter Olímpico. Para la festiva celebración poética de la Universidad á Morcillo Rubio de Auñón*, 1720.

—*Elisio Peruano. Solemnidades heroicas y festivas demostraciones de júbilos que se han logrado en la muy Noble y muy Leal Ciudad de los Reyes, Lima, en la aclamación de D. Luis Primero, N. S. Las resume D. Gerónimo Fernández de Castro y Bocángel.* Lima, por Francisco Sobrino, 1725. Tuvieron estas fiestas la rara condición de ser póstumas, puesto que Luis Primero había fallecido en 31 de Agosto de 1724, y todavía en el Callao le estaban festejando á principios de Febrero de 1725. Se representaron con esta ocasión tres comedias: *Los Juegos Olímpicos*, de Salazar y Torres; *El Poder de la Amistad*, de Moreto; *Para vencer amor querer vencerle*, de Calderón. Para esta última compuso Peralta Barnuevo una loa, Monforte un sainete y Fernández de Castro una introducción, zarzuela, baile y fin de fiesta para el *Sarao de los Planetas.* Todo viene inserto en el *Elisio Peruano.*

—*Parentación Real, sentimiento público, luctuosa pompa, fúnebre solemnidad, en las reales exequias de... D. Luis I, Católico Rey de las Españas y Emperador de las Indias. Suntuoso mausoleo que á su augusto nombre é inmortal memoria erigió en la iglesia de Lima el Excmo. Sr. D. José de Armendáriz, Marqués de Castel-Fuerte, Virrey, etc. Escríbelo de orden de su Excelencia el R. P. Fr. Tomás de Torrejón, de la Comp. de Jesús... Lima, imp. de la calle de Palacio, por Ignacio de Luna y Bohórquez*, 1725, 4.°.

—*Fúnebre, religiosa pompa de nuestro Santísimo Padre Benedicto XIII*, por Fr. Alonso del Río, 1731.

—*Magnífica parentación y fúnebre pompa, en la ocasión de trasladarse... la se-*

Llamábase el tal D. Esteban de Terralla y Landa: había sido coplero áulico del Virrey D. Teodoro de la Croix, y le llamaban *el poeta de las adivinanzas*, por ser grande improvisador de acertijos para damas y galanes en las tertulias. Como obligado cantor de todo festejo ó duelo público, dió á la estampa sucesivamente el *Lamento métrico general, llanto funesto y gemido triste por el nunca bien sentido doloroso ocaso de nuestro augusto monarca D. Carlos III* (1789) (centón de sandeces y bufonadas tales, que, atendida la índole pi-

pultura... del cuerpo... de D. Diego Morcillo Rubio de Auñón. Sácala á luz... el Dr. D. Alfonso Carrión y Morcillo. Lima, Antonio Gutiérrez de Ceballos. Año de 1744.

—*Hercules Aclamado de Minerva. Certamen poético de la Universidad al recibimiento del Virrey Manso*, 1745.

—*Parentación Real, luctuosa pompa y suntuoso cenotafio que al augusto nombre y real memoria de D. Felipe V, Rey de las Españas y Emperador de las Indias... mandó erigir el Excmo. Sr. D. José Manso de Velasco, Virrey, etc... Cuya relación escribe de orden de su Excelencia el Sr. D. Miguel Sáinz de Valdivielso Torrejón, abogado de esta Real Audiencia. Año de* 1747. (Con una gran lámina, que representa el catafalco.)

—*El Día de Lima. Proclamacion Real de Fernando VI*, 1748. No contiene más versos que una loa de D. Félix de Alarcón.

—*Plausibles fiestas que en la provincia de Guaylas consagró al Catholico Rey de las Españas, el Señor D. Fernando el Sexto, el amor y lealtad del general don Bartolomé de Silva. Por D. Francisco Xavier de Villalta y Núñez. Lima, imprenta de la calle de Palacio*, 1749.

—*Relación de las exequias y fúnebre pompa que á la memoria del muy alto y poderoso Señor D. Juan V... Rey de Portugal y de los Algarbes mandó erigir en esta capital de los Reyes el día* 8 *de Febrero de* 1752 *el Excmo. Sr. D. Jose Manso de Velasco..., Conde de Superunda..., Virrey, etc. De cuya orden la escribe el R. P. M. Fr. José Bravo de Rivera, de la Comp. de Jesús... Año de* 1752.

—*Puntual descripción, fúnebre lamento y suntuoso túmulo de la regia, doliente pompa con que en la Iglesia Metropolitana de la ciudad de los Reyes, corte de la América Austral, mandó solemnizar las reales exequias de la Sma. Señora Doña Mariana Josefa de Austria, reyna fidelísima de Portugal y los Algarbes, el día* 15 *de Marzo de* 1756, *el activo celo del... Conde de Superunda, Virrey, etc..., de cuyo superior mandato la escribe el R. P. Fr. Alejo de Alvites, del Orden Seráfico. Año de* 1756.

—*Relación fúnebre de las reales exequias que á la triste memoria de la Serenísima Majestad de la muy alta y muy poderosa Sra. Doña María Bárbara de Portugal, Católica Reina de las Españas... mandó celebrar... el Virrey D. José*

caresca y maleante del poeta, quizá deban estimarse como pura y neta parodia de las relaciones de fiestas, al modo que antes lo había hecho el P. Isla en su *Día grande de Navarra)*, la *Alegría Universal, Lima Festiva y encomio poético al recibimiento del virrey Gil de Lemus* (1790), *El Sol en el Mediodía: año feliz y júbilo particular con que la Nación Índica... solemnizó la exaltación al trono de Carlos IV* (1790), poema descriptivo en endecasílabos pareados, con una introducción y once cantos, amén de muchas poesías líricas y

Manso de Velasco, Conde de Super-unda..., de cuya orden la escribió el R. P. dominico Fr. Mariano Luján... Año de 1760.

—*Pompa funeral en las exequias del Católico Rey de España... D. Fernando VI, Nuestro Señor, que mando hacer en esta Iglesia Metropolitana de Lima, á* 29 *de Julio de* 1760, *el... Virrey... Conde de Super-unda. Descríbela por orden de Su Excelencia el P. Juan Antonio Rivera, de la Compañía de Jesús... Año de* 1760.

—*Lima Gozosa. Descripción de la proclamación de Carlos III*, 1760. No habiéndola visto, ignoro si contiene versos.

—*Parentación solemne que al nombre augusto y real memoria de la Católica Reina... Doña María Amalia de Sajonia... mandó hacer en esta Santa Iglesia Catedral de Lima... el día* 27 *de Junio de* 1716, *el... Conde de Super-Unda, Virrey, etc... Y la escribe por orden de su Excelencia el P. Victoriano de Cuenca, de la Comp. de Jesús... Año de* 1761.

—*El nuevo héroe de la fama. Certamen poético con que la Universidad de Lima celebró el recibimiento del virrey D. Manuel de Amat. Escribióle el Marqués de Casaconcha. Lima, imp. de los Niños Huérfanos*, 1762.

—*Fúnebre pompa á la memoria de D. Juan de Castañeda, por Isidro José Ortega y Pimentel*, 1763. No la he visto, é ignoro, por tanto, si contiene versos.

—*Romance en la fiesta con que los Ballones de Lima celebraron la imagen de Ntra. Sra. de Monserrat*, 1766.

—*Romance á la entrada y ejercicio de fuego que hizo la tropa que volvió de Quito*, 1768.

—*Relación de las reales exequias que á la memoria de la Reina Madre Doña Isabel Farnesio mandó hacer... el Excmo. Sr. D. Manuel de Amat y Juniet..., Virrey, etc... De cuya orden la escribió D. José Antonio Borda y Orozco, Coronel del Regimiento de dragones de Carabayllo... Año de* 1768. Esta relación, ya de mejor gusto que las anteriores, no contiene más que algunos dísticos latinos, que se pusieron en el túmulo.

—*Lágrimas de Lima en las exequias de D. Pedro A. de Barroeta, por Joseph Potau*, 1776.

—*Cartel del Certamen. Templo del honor y la virtud. En el plausible triunfal*

cuatro *loas*, todo, al parecer, parto de su numen irrestañable. Pero ni este diluvio de versos de circunstancias, ni las poesías y artículos de costumbres, algunos bastante chistosos, como la *Semana del currutaco de Lima*, que hacía insertar en el *Diario Erudito*, le dieron la notoriedad que el famoso libelo *Lima por dentro y fuera*, que por los años de 1792 escribió con el seudónimo de *Simón Ayanque* (1).

recibimiento del Excmo. Sr. D. Agustín de Jáuregui y Aldecoa, en la Real Universidad de San Marcos de Lima... 1783.

—*Reales exequias que por el fallecimiento del Señor Don Carlos III... mandó celebrar... el Excmo. Sr. D. Teodoro de la Croix, del Orden teutónico..., Virrey, etc... Descríbelas D. Juan Risco, Pbro. de la Congregación de San Felipe Neri. En la imprenta de Niños Expósitos. Año de* 1789. No contiene poesías; pero el P. Risco asegura que pasaron de *mil* las que cubrían el túmulo, estatuas, pilares y muros de la iglesia. ¡Qué desastrosa fecundidad! Por las de Terralla, únicas que se imprimieron, podrá juzgarse lo que valdrían las restantes.

—*Convite métrico general en la proclamación de Carlos IV*, 1789.

—*Descripción de las fiestas que celebró Lima á la exaltación de Carlos IV*, 1790.

Hay otras sin fecha, pero baste con las referidas, y en la Bibliografía de Medina se encontrarán todas. De algunas de ellas se da noticia en un ameno artículo del Sr. Palma. (*Tradiciones Peruanas*, 2.ª serie, Lima, 1883), con el título de *Los plañideros del siglo pasado.*

(1) La edición que tengo á la vista es la siguiente: *Lima por dentro y fuera. En consejos económicos, saludables, políticos y morales que da un amigo á otro con motivo de querer dexar la ciudad de México, por pasar á la de Lima. Obra jocosa y divertida. En que con salados conceptos se describen, además de otras cosas, las costumbres, usos y mañas de las madamitas de allí, de acá y de otras partes. La da á luz Simón Ayanque. Madrid, Villalpando, 1798.* 12.º

Mucho más ameno é interesante es un libro en prosa, publicado clandestinamente en Lima (según la opinión más probable) con el título de *El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Ayres hasta Lima, con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles á los nuevos Comerciantes que tratan en Mulas; y otras Históricas. Sacado de las Memorias que hizo Don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje, y Comisión que tubo por la Corte para el arreglo de Correos; y Estafetas, Situación y ajuste de Postas desde Montevideo. Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, natural del Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho viaje, y escribió sus Extractos. Con licencia. En Gijón, en la imprenta de la Rovada. Año de 1773.*

La Junta de Historia y Numismática Americana, bajos cuyos auspicios se publica una colección de libros raros é inéditos sobre la región del Río de la

Es una sátira contra la sociedad limeña en diez y siete romances de lo más pedestre, chabacano y grosero que puede leerse, llenos de alusiones sucias y nauseabundas, é inspirados, sin duda, por móviles de venganza, ruines y rastreros, como si el autor hubiese querido desquitarse en este solo libro del incienso que tan fastidiosamente habia quemado en los tres anteriores.

El Cabildo ó Ayuntamiento de Lima se ofendió gravemente de este librejo, y hasta intentó recogerle y proceder judicialmente contra su autor; pero como siempre la murmuración aplace á la mísera condición humana, los mismos peruanos contribuyeron á la divulgación del pasquín que con tan feos colores los presentaba; y á despecho de lo baladí de su ejecución literaria, *Lima por dentro y fuera* fué reimpreso varias veces en Cádiz, Madrid, México y Lima, y todavía en 1854 se hizo una edición de lujo en París con graciosas ilustraciones de un dibujante limeño, muy superiores al texto. En cuanto á éste, hay que atenerse al parecer de D. Felipe Pardo (1): «Terralla no era escritor, ni satírico, ni poeta, sino un salvaje que se puso á decir en mal castellano y en renglones desiguales cuanta

Plata, ha hecho una esmerada reimpresíón de este *Lazarillo* (Buenos Aires, 1908), con un prólogo de D. Martiniano Leguizamón.

Probablemente el apellido del autor es tan fingido como el pie de imprenta. Es dudoso que se llamase Bustamente, y él mismo dice que se puso el nombre de Concolorcorvo, por tener el color de ala de cuervo. Se da por indio natural del Cuzco, y «descendiente de sangre real por línea tan recta como la del arco iris». Pero todo ello, por el modo de decirlo, parece una desvergonzada broma: «Yo soy indio neto, salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador». De todos modos, no se trata de un viaje imaginario, sino muy auténtico, que entre burlas y veras contiene curiosísimas descripciones y picantes noticias de costumbres, por lo cual el historiador no puede ni debe desdeñarle, á pesar de las bufonadas que de vez en cuando le salpican. Los capítulos relativos al estado social de los indios, tienen cosas muy dignas de atención. En suma, pocos libros hay de su género y de su tiempo que se lean con tanto agrado como éste instructivo viaje por una vasta región de la América del Sur, cuyos territorios se reparten ahora la República Argentina, Bolivia y el Perú.

(1) En el prólogo de *El Espejo de mi tierra.*

Hay un artículo biográfico de Terralla en la 3.ª serie de las *Tradiciones Peruanas* de D. Ricardo Palma.

torpeza le vino á las mientes.» Quizá los únicos versos suyos dignos de recordarse son algunos del romance en que hizo su testamento satírico.

Como si no bastase la epidemia de los certámenes, exequias y fiestas reales para dar libre curso al furor métrico de los innumerables poetastros que infestaban en el siglo XVIII las orillas del Rimac, empezaron á escribirse en verso hasta los carteles de toros, y lo que es más, tuvo su Homero la estúpida lidia de gallos en el general D. Ignacio de Escandón, que en 1762 celebró en un romance, con el estrafalario rótulo de *Época Galicana egira Gali-lea*, la apertura de la primera casa pública destinada á aquella bárbara diversión en la capital del Perú (1).

Pero aunque las manifestaciones escritas de la poesía fuesen en general tan infelices por el círculo estrecho y trivial en que se malograba su cultivo, no dejaba Lima de ser la tierra fecunda en buenos ingenios que celebra elegantemente el P. Vanière en el libro VI de su *Prædium Rusticum:*

> Fertilibus gens dives agris aurique metallo,
> Ditior ingeniis hominum...

Y cuando alguno de sus hijos, saliendo de la monotonía de la vida criolla, daba muestras de sí en las cortes de Europa, solía llevarse detrás de sí la admiración y los plácemes de los doctos, porque, como ya he dicho y conviene no olvidar, lo que faltaba en México y en Lima á mediados del siglo XVIII no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto (2). Tal se mostró en París aquel estudioso y polígloto

(1) Escandón publicó, además, un *Poema en celebridad del virrey D. Manuel de Amat*, y otros papeles en prosa y verso, que le acreditan de hombre de menguado caletre y estrafalario gusto.

(2) La enciclopédica cultura del Dr. Peralta Barnuevo se encuentra renovada con notables mejoras de juicio y gusto, en las numerosas obras de otro polígrafo limeño, D. José Eusebio de Llano Zapata, que fué como él matemático, astrónomo, naturalista, historiador, humanista y poeta de certamen, aunque es este último concepto muy bueno para olvidado. Pero sus escritos científicos son dignos de consideración, y están llenos del espíritu reformador del siglo XVIII, con la circunstancia notable de no haber pisado nunca

joven D. José Pardo de Figueroa, sobrino del Marqués de Castel-Fuerte, de quien dice el mismo P. Vanière que se hacía entender sin intérprete en todas las lenguas de Europa, y en ninguna ciudad podía considerársele como peregrino:

> ... si cuncti recte discantur ab uno;
> Linguarum morumque sciens interprete nullo,
> Europæ varias gentes qui nuper obibat,
> Hospes ubique novus, nulla peregrinus in urbe.

Así también se hizo famoso en España y en Francia, no menos por sus talentos que por sus desgracias, D. Pablo de Olavide, en

las aulas de la Universidad limeña de San Marcos ni de otra alguna. No hizo más estudios que los de latinidad en el colegio de los Jesuítas, y en todo lo demás fué autodidacto. Desde su juventud se dedicó á la enseñanza privada de las humanidades, y fué el primero que dió lecciones de lengua griega en el Perú. Esta particular posición suya le hizo severísimo censor de los vicios de la ciencia oficial, y acérrimo enemigo de la Escolástica. «Todas son (decía en una de sus cartas) mentalidades, abstracciones y disputas bien inútiles; no se da un paso que no sea en esta parte con pérdida de tiempo, malogro de la juventud y ruina de los ingenios; tropiezos casi inevitables y que siempre han de salir de encuentro á todos los que se mezclan en cuestiones que ni en lo físico ni en lo moral traen algún provecho al espíritu de los hombres. Antes, si bien se contempla, vuelven inútiles todas las operaciones del entendimiento, haciendo caer en una insensatez, furor y manía, si no es ya en un pirronismo confirmado. Esto desearía yo que conociesen todos los maestros; desterraran entonces de sus escuelas tantas inutilidades, sofisterías é impertinencias en que hasta ahora los tienen envueltos las observaciones del Peripato. Todas ellas no son otra cosa que unos trampantojos de las aulas, con que por lo común se engañan bobos y descaminan los incautos».

Llano Zapata, que hizo largos viajes por América y Europa, fijando por último su residencia en Cádiz desde 1756 hasta 1768 ó 1769, fecha probable de su muerte, no llegó á publicar sino muy pequeña parte de sus trabajos: en Lima, su *Resolución físico-matemática sobre los cometas* (1744) y varias cartas, diarios y observaciones metereológicas con ocasión de los temblores de tierra de 1746 y 1748: en Cádiz y Sevilla algunas cartas críticas, eruditas y curiosas, al modo de las de Feijóo y Mayans. De estas cartas se formaron dos pequeñas colecciones en 1763 y 1764, pero quedaron inéditas ó se imprimieron sueltas muchas más. La muerte frustró el propósito que el autor tenía de recogerlas todas en una serie, que hubiera constado de seis volúmenes. Pero el trabajo de más empeño que acometió Llano Zapata fué una Historia Natural de Amé-

quien, por decirlo así, se encarnó el espíritu innovador en tiempo de Carlos III. Sus obras son inseparables de su vida, y por eso conviene indicar algo acerca de los sucesos capitales de su azarosa existencia (1).

Olavide, nacido en Lima en 1725, discípulo aventajado de la Universidad de San Marcos, donde recibió el grado de doctor en Cánones á los diez y siete años de edad, opositor á cátedras, oidor de aquella Real Audiencia y auditor general de Guerra del virreinato del Perú, hubiera envejecido tranquilamente en su carrera de hombre de toga, si de repente no viniera á sacarle de la obscuridad el horrible terremoto de 1746. Cuando se trató de reparar los efectos de aquel desastre, mostró serenidad, aplomo y desinterés, y por su mano pasaron los caudales de los mayores negociantes de la plaza, dejándole con mucha reputación de íntegro. Pero no faltó quien murmurase de él, sobre todo por haber aplicado á la construcción de un nuevo teatro el fondo remanente después de aquella calamidad. Se le mandó venir á Madrid á rendir cuentas. Propicia se le mostró la fortuna en España. Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en su conversación,

rica, de la cual hoy sólo se conoce el primer tomo, que comprende el reino mineral. En el prospecto que presentó á Carlos III en 1761, anuncia el contenido de otros cuatro, que tratarían respectivamente del reino vegetal, del reino animal y de los grandes ríos Amazonas, Marañón, Paraguazú, Uriaparí y Magdalena, coronando toda la obra un volumen de suplementos y adiciones. El título general de la obra debía ser *Memorias Físicas-Apologéticas de la América Meridional.* El señor D. Ricardo Palma ha hecho el buen servicio de publicar la parte primera, única que ha llegado á nuestros días (Lima, 1904), añadiendo tres cartas curiosísimas que se imprimieron con el prospecto en 1759. En una de ellas se da noticia de varios escritores y poetisas peruanas, y en otra se propone la fundación de una biblioteca pública en Lima.

El tomo publicado de las *Memorias* no se contrae á la Mineralogía y sus aplicaciones, sino que contiene mucho de historia civil y de arqueología indígena.

(1) La mejor y más completa biografía que existe de Olavide es la del peruano D. J. A. de Lavalle (*D. Pablo de Olavide: Apuntes sobre su vida y sus obras. Segunda edición, Lima,* 1885). El capítulo que en 1881 le dediqué en mis *Heterodoxos Españoles* (t. III) requiere ser adicionado con presencia de esta y otras publicaciones. Para entonces reservo la bibliografía del asunto.

cayó en gracia á una viuda riquísima, heredera de dos capitalistas, y logró fácilmente su mano. Desde entonces la casa de Olavide, en Leganés y en Madrid, fué una especie de *salón*, de los primeros que se conocieron en España. Olavide, agradable, insinuante, culto á la francesa, con aficiones filosóficas y artísticas, que alimentaba en sus frecuentes viajes á París, ostentoso y espléndido, corresponsal de los enciclopedistas y gran lector de sus libros, comenzó á hacer ruidoso alarde de sus tendencias innovadoras, que frisaban con la impiedad declarada. El Conde de Aranda se entusiasmó con él y le protegió mucho, haciéndole síndico personero de la villa de Madrid y director del Hospicio de San Fernando. Los ratos de ocio los dedicaba á las bellas letras: puso en su casa un teatro de aficionados, como era moda en Francia, y como le tenía el mismo Voltaire en Ferney, y para él tradujo algunas tragedias y comedias francesas. Moratín (1) le atribuye sólo la *Zelmira* (traducción de Du Belloy), la *Hipermenestra* (de Lemierre) y *El desertor francés* (de Sedaine); pero D. Antonio Alcalá Galiano (2) añade á ellas una que corrió anónima de la *Zaida* («Zayre») de Voltaire, tan ajustada al original, que de ella se valió como texto D. Vicente García de la Huerta

(1) *Catálogo de piezas dramáticas del siglo XVII*, pág. 329 del tomo de sus *Obras*, edición de Rivadeneyra.

(2) *Lecciones de literatura del siglo XVIII...* Madrid, *Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica*, 1843, pág, 243. La traducción de Olavide se imprimió dos veces en Barcelona, la primera sin año, la segunda en 1782, por Carlos Gibert y Tudó (Vid. Sempere y Guarinos, *Escritores del reinado de Carlos III*, art. de *Huerta)*. El Sr. D. Emilio Cotarelo, en *Iriarte y su época*, Madrid, 1897 (pág. 183), le atribuye, además, una traducción de la *Fedra*, de Racine, que se imprimió anónima, y añade que tradujo también *El jugador*, de Regnard, *Casandro y Olimpia*, de Voltaire, *Lina*, de Lemierre, y la *Mérope* del italiano Maffei; todas las cuales se representaron en los teatros de los Reales Sitios antes de 1771, y algunas de ellas en los de la Cruz y el Príncipe de Madrid. Una copia de *Olimpia*, con fecha de 1782, se conserva entre los manuscritos dramáticos de la Biblioteca Nacional (núm. 2.445 del Catálogo del Sr. Paz y Melia). También se atribuyen á Olavide las traducciones de dos óperas cómicas, *Nineta en la corte* (de Favart) y *El pintor enamorado de su modelo*, de Anseaume, y es probable que haya otras entre el fárrago de versiones dramáticas del siglo XVIII.

para su famosa *Jaira*, convirtiendo los desmayados y rastreros versos de Olavide en rotundo y bizarro romance endecasílabo. Realmente Olavide poco tenía de poeta, ni en lo profano, ni en lo sagrado, que después cultivó tanto: sus versos suelen ser mala prosa rimada, sin nervio ni calor ni viveza de fantasía. Aunque dotado de cualidades brillantes, era de instrucción flaca y superficial, y sin resistencia se dejó arrastrar por el torrente de la filosofía del siglo XVIII, no al modo cauteloso que Campomanes y otros graves varones, sino con todo el fogoso atropellamiento de los pocos años, de las vagas lecturas y de la imaginación americana. Olavide cautivó, arrebató, despertó admiración, simpatía y envidia, y acabó por dar tristísima y memorable caída.

Pero antes la protección de Aranda le ensalzó á la cumbre, y en 1767 era ya Asistente de Sevilla é Intendente de los cuatro reinos de Andalucía. De aquel tiempo data su famoso plan de reforma de aquella Universidad, el más radicalmente revolucionario que se formulase por entonces, respirando todo él rabioso centralismo y odio encarnizado á las libertades universitarias, no menos que á los estudios de Teología y Filosofía, «cuestiones frívolas é inútiles, pues ó son superiores al ingenio de los hombres, ó incapaces de traer utilidad, aun cuando fuese posible demostrarlas.....» Al lado de esto, el plan contenía muy sanas advertencias para la reforma de los estudios de Matemáticas y Física, de Lenguas é Historia, las cuales, puestas en práctica, fueron elevando aquella célebre escuela al grado de prosperidad que alcanzaba á fines del siglo XVIII. En todas las reformas de aquel reinado hay que distinguir la parte verdaderamente útil y positiva, de los muchos sueños y temeridades infecundas que se mezclaron con ella (1).

Olavide era un iluso de filantropía, pero con cándida y buena fe, que á ratos le hace simpático. En Sevilla protegió á su modo las Letras y todavía más la Economía Política, y tuvo la gloria de alentar y guiar los primeros pasos de Jove-llanos. De la tertulia de Ola-

(1) Véase un amplio extracto de este plan en la *Reseña histórica de la Universidad de Sevilla*, por D. Antonio Martín Villa (Sevilla, 1886, páginas 36 á 59).

vide, y con ocasión de una disputa sobre las innovaciones dramáticas de la Chausée y Diderot, salió la comedia de *El Delincuente honrado*, tierna y bien escrita, aunque algo lánguida y declamatoria; como que su ilustre autor se propuso por principal fin en ella «inspirar aquel *dulce horror* con que responden *las almas sensibles* al que defiende *los derechos de la humanidad*». Rasgos tan candorosos como éste, y más cuando vienen de tan grande hombre como Jovellanos, no deben perderse ni olvidarse, porque pintan la época mejor que lo harían largas disertaciones. La *Julia* y el *Tratado de los delitos y de las penas* entusiasmaban por igual á aquellos hombres; y para que la afectación llegase á su colmo, juntaban la mascarada pastoril de la Arcadia con la filantropía de los discípulos de Rousseau, llamándose entre ellos «*el mayoral Jovino*» y «*el facundo Elpino*». Este últino era Olavide, de quien Jove-llanos conservó siempre muy buen recuerdo, bastando la amistad de tal varón para hacer indulgente con él al más áspero censor. Ni en próspera ni en adversa fortuna le flaqueó el cariño de Jovino, que aun en 1778 describía en la epístola *á sus amigos de Sevilla*

Mil pueblos que del seno enmarañado
De los Marianos montes, patria un tiempo
De fieras alimañas, de repente
Nacieron cultivados, do á despecho
De la rabiosa envidia, la esperanza
De mil generaciones se alimenta:
Lugares algún día venturosos,
Del gozo y la inocencia frecuentados.
Y con la triste y vacilante sombra
Del sin ventura *Elpino* ya infamados
Y á su primer horror restituídos.

Entre los mil proyectos, más ó menos razonables ó utópicos, que en aquella época de furor económico se propalaban para remediar la despoblación de España y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, era uno de los más favorecidos por la opinión de los gobernantes el de las colonias agrícolas. Ya Ensenada había pensado establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió á agitarse la idea con ocasión de un *Memorial* de cierto arbitrista prusiano, D. Juan Gas-

par Thurriegel. Campomanes entró en sus designios, redactó una consulta favorable en 27 de Febrero de 1767, y sin dilación comenzó á tratarse de poblar los yermos de Sierra Morena, albergue hasta entonces de foragidos, célebres en los romances de ciegos, y terror de los hombres de bien. Thurriegel se comprometió á traer, en ocho meses, seis mil alemanes y flamencos católicos, y la concesión se firmó el 2 de Abril de 1767, el mismo día que la pragmática de expulsión de los jesuítas.

Para establecer la colonia fué designado, con título de Superintendente, Olavide, como el más á propósito por lo vasto y emprendedor de su índole. No se descuidó un punto, y con el ardor propio de su condición novelera y con amplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones, muchas de las cuales subsisten para gloria imperecedera de su nombre. Por desgracia propia, el Superintendente no se detuvo en la poesía bucólica, y pronto empezaron las murmuraciones contra él entre los mismos colonos. Un suizo, D. José Antonio Yauch, se quejó, en un memorial de 14 de Marzo de 1769, de la falta de pasto espiritual que se advertía en las colonias, á la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos á los nuevos pobladores. Confirmó algo de estas acusaciones el Obispo de Jaén: envióse de visitadores al Consejero Valiente, á D. Ricardo Wall y al Marqués de la Corona, y tampoco fueron del todo favorables á Olavide sus informes. Entre los colonos habían venido disimuladamente algunos protestantes, y en cambio faltaban clérigos católicos de su nación y lengua. De conventos no se hable: Aranda los había prohibido para entonces y para en adelante, en términos expresos, en el pliego de condiciones que ajustó con Thurriegel. Al cabo vinieron de Suiza capuchinos, y por superior de ellos Fr. Romualdo de Friburgo, que escandalizado de la libertad de los discursos del colonizador, hizo causa común con los muchos enemigos que éste tenía dentro del Consejo y entre los émulos de Aranda. Las imprudencias, temeridades y bizarrías de Olavide iban comprometiéndole más á cada momento. Ponderaba con hipérboles asiáticas el progreso de las colonias, y sus émulos lo negaban todo. Él se quejaba de que los capuchinos le alborotaban la colonia, y ellos de que pervertía á los colonos con su irreligión manifiesta. Al

cabo, Fr. Romualdo de Friburgo delató en forma á Olavide, en Septiembre de 1775, por hereje, ateo y materialista, ó á lo menos naturalista y negador de lo sobrenatural, de la Revelación, de la Providencia y de los milagros, de la eficacia de la oración y buenas obras; asiduo lector de Voltaire y de Rousseau, con quienes tenía frecuente correspondencia; poseedor de imágenes y figuras desnudas y libidinosas; inobservante de los ayunos y abstinencias eclesiásticas y distinción de manjares; profanador de los días de fiesta, y, finalmente, hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos. A estos graves cargos se añadían otros enteramente risibles, como el de defender el movimiento de la tierra y oponerse al toque de las campanas en días de nublado.

El Santo Oficio impetró licencia del Rey para procesar á Olavide, aprovechando la caída y ausencia de Aranda. Se le mandó venir á Madrid para tratar de asuntos relativos á las colonias. Él temió el nublado que se le venía encima, y escribió á su amigo Roda pidiéndole consejo. En la carta, que es de 7 de Febrero de 1776, le decía: «Cargado de muchos desórdenes de mi juventud, de que pido á Dios perdón, no hallo en mí ninguno contra la religión. Nacido y criado en un país donde no se conoce otra que la que profesamos, no me ha dejado hasta ahora Dios de su mano por haber faltado nunca á ella: he hecho gloria de la que, por gracia del Señor, tengo; y derramaría por ella hasta la última gota de mi sangre..... Yo no soy teólogo, ni en estas materias alcanzo mas que lo que mis padres y maestros me enseñaron conforme á la doctrina de la Iglesia..... Y estoy persuadido de que en las cosas de la fe de nada sirve la razón, porque nada alcanza....., siendo la dócil obediencia el mejor sacrificio de un cristiano.....»

Que Olavide ocultaba ó desfiguraba aquí una parte de la verdad parece claro, no sólo por las resultas del proceso, sino por el valor autobiográfico que unánimemente conceden sus biógrafos á las confesiones de *El Evangelio en Triunfo*, donde se leen pasajes como éste: «La lectura de los libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido, no sólo el más alto desprecio, sino también la adversión más activa contra todo lo que pertenecía á la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana,

como todas las religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar ó centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus creencias ridículas, sus ritos irrisorios.....» (Carta segunda).

Roda, que tenía en el fondo tan poca religión como Olavide, pero que á toda costa evitaba ponerse en aventura, le dejó en manos del Santo Oficio, contentándose con recomendar la mayor lenidad posible al Inquisidor general. Éralo entonces el antiguo Obispo de Salamanca D. Felipe Beltrán, varón piadoso y docto, no sin alguna punta de regalismo, é inclinado por ende á la tolerancia con los innovadores, aunque en este caso no lo mostró mucho. De grado ó por fuerza, tuvo que condenar á Olavide; pero le excusó la humillación de un auto público, reduciendo la lectura de la sentencia á un *autillo* á puerta cerrada, al cual se dió, sin embargo, inusitada solemnidad. Verificóse ésta en la mañana del 24 de Noviembre de 1778, con asistencia de varios grandes de España, consejeros de Hacienda, Indias, Ordenes y Guerra, oficiales de guardias y padres graves de diferentes religiones. Aquel acto tenía algo de conminatorio: la Inquisición, aunque herida y aportillada, daba por última vez muestra de su poder, ya mermado y decadente, abatiendo en el Asistente de Sevilla al volteranismo de la corte y convidando al triunfo á sus propios enemigos.

Olavide salió á la ceremonia sin el hábito de Santiago (de cuya Orden era caballero), con extremada palidez en el rostro y conducido por dos familiares del Santo Oficio. Oyó con grandes muestras de terror la lectura de la sentencia, y al fin exclamó: «Yo no he perdido nunca la fe, aunque lo diga el fiscal.» Y tras esto cayó en tierra desmayado. Tres horas había durado la lectura de la sumaria: los cargos eran sesenta y seis, confirmados por setenta y ocho testigos. Se le declaraba hereje convicto y formal, miembro podrido de la religión; se le desterraba á cuarenta leguas de la corte y sitios reales, sin poder volver tampoco á América, ni á las colonias de Sierra-Morena, ni á Sevilla; se le recluía en un convento por ocho años para que aprendiese la doctrina cristiana y ayunase todos los viernes; se le degradaba y exoneraba de todos sus cargos, sin que

pudiese en adelante llevar espada, ni vestir oro, plata, seda ni paños de lujo, ni montar á caballo; quedaban confiscados sus bienes é inhabilitados sus descendientes hasta la quinta generación. Cuando volvió en sí, hizo la profesión de fe, con vela verde en la mano, pero sin coroza, porque le dispensó de ello el Inquisidor, lo mismo que de la fustigación con varillas.

Los enemigos de Olavide (que tenía muchos por su rápido encumbramiento y por el asunto de las colonias) se desataron contra él indignamente después de su desgracia. Corre manuscrita entre los curiosos una sátira insulsa y chabacana, cuyo rótulo dice: *El Siglo Ilustrado, vida de D. Guindo Cerezo, nacido, educado, instruído y muerto según las luces del presente siglo, dada á luz para seguro modelo de las costumbres, por D. Justo Vera de la Ventosa* (1). Es un cúmulo de injurias sandias, despreciables y sin chiste. Por no servir, ni para la biografía de Olavide sirve, porque el anónimo maldiciente estaba muy poco enterado de los hechos y aventuras del personaje contra quien muestra tan ciego ensañamiento.

Olavide era una cabeza ligera, menos perverso de índole que largo de lengua, y sobre él descargó la tempestad, mientras que por más disimulados ó más poderosos seguían impunes sus antiguos protectores los Arandas y los Rodas, enemigos mucho más peligrosos de la Iglesia. Comenzó por abatirse y anonadarse bajo el peso de aquella condenación infamante; pero luego vino á mejores pensamientos, y la fe volvió á su alma. Retraído en el Monasterio de Sahagún, sin más libros que los de Fr. Luis de Granada y el P. Segneri, tornó á cultivar con espíritu cristiano la poesía, que había sido recreación de sus primeros años, y compuso los únicos versos suyos que no son enteramente prosaicos. Llámanse en las copias manuscritas *Ecos de Olavide*, y vienen á ser una paráfrasis del *Miserere*, que luego incluyó retocada en su tradución completa de los *Salmos* del Real Profeta (2).

(1) Tres distintas copias de esta sátira han llegado á nuestras manos.

(2) Señor, misericordia; á tus pies llega
El mayor pecador, mas ya contrito,
Que á tu infinita paternal clemencia

El arrepentimiento de Olavide ya entonces parece sincero, pero aún no había echado raíces bastante profundas. Burlando la confianza del Inquisidor general, no sin connivencia secreta de la corte, huyó á Francia, y allí vivió algunos años con el supuesto título de *Conde del Pilo*, trabando amistad con varios literatos franceses, especialmente con el caballero Florián, ingenio amanerado, discreto fabulista y uno de los que acabaron de enterrar la novela pastoril. Olavide le ayudó á refundir la *Galatea* de Cervantes, mereciendo que en recompensa le llamase «español tan célebre por sus talentos como por sus desgracias».

Los enciclopedistas recibieron con palmas á Olavide. Diderot escribió una noticia de su vida (1). Marmontel le saludó en sesión pública de la Academia Francesa con estos enfáticos versos:

Le citoyen flêtri par l'absurde fureur
D'un zèle mille fois plus affreux que l'erreur,
Au pied d'un tribunal que la lumière offense,
Accusé sans témoins, condamné sans défense,
Pour avoir méprisé d'infâmes délateurs,
En peuplant les déserts d'heureux cultivateurs;
Qu'il regarde ces monts où fleurit l'industrie,
Et fier de ses bienfaits, qu'il plaigne sa patrie.
Le temps la changera, comm'il a tout changé:
D'une indigne prison Galilée est vengé.

Pide humilde perdón de sus delitos.

. . . .

Á mis oídos les darás entonces
Con tu perdón consuelo y regocijo,
Y mis huesos exánimes y yertos
Serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

. . . .

Porque si tú quisieras otra ofrenda,
Ninguna te negara el amor mío,
Pero no quieres tú más holocausto
Que un puro amor y un ánimo sumiso.

. . . .

Señor, pues amas y deseas tanto
Á tu siervo salvar, dispón benigno
Que en la inmortal Jerusalem del alma
Se labre de tu amor el edificio.

(1) Vid. en las obras de Diderot, ed. Assézat (1875), tomo VI, págs. 467-472: *D. Pablo Olavidès* (sic), *précis historique rédigé sur des mémoires fournis à M. Diderot par un ami.*

Estas injurias en acto solemne exasperaron al Gobierno español, y Floridablanca reclamó la extradición de Olavide en 1781; pero el Obispo de Rhodez, en cuya diócesis se había refugiado, le dió medios para huir á Ginebra. El Cardenal de Brienne volvió á abrirle poco después las puertas de Francia, y la Convención le llamó á la barra para decretarle una corona cívica y el título de ciudadano adoptivo de la República una é indivisible. Dicen (aunque no he podido comprobarlo) que entonces, volviendo á hacer alarde de sus antiguas ideas, escribió contra las órdenes monásticas, y compró gran cantidad de bienes nacionales. La conciencia no le remordía aún y esperaba vivir tranquilo en cómodo, aunque inhonesto retiro, lejos del tumulto de París, en una casa de campo de Meung-sur-Loire que había pertenecido á los obispos de Orleans. Pero no le sucedió como pensaba. Dejémosle hablar á él en mal castellano, pero con mucha sinceridad:

«La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sabios ó los hombres más virtuosos del reino. Yo no tenía ninguno de estos títulos, y, por otra parte, esperaba que el silencio de mi soledad y la obscuridad de mi retiro me esconderían de tan general persecución. Pero no fué así. En la noche del 16 de Abril de 1794, la casa de mi habitación se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad general fuí conducido á la prisión de mi departamento. En aquel tiempo la persecución era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia... Pero ¡pobre de mí!, ¿qué podría yo hacer? Viejo, secular, sin más instrucción que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen, y ningunos amigos que me dirigiesen» (1).

Y más adelante Olavide se retrata en la persona de aquel «filósofo que no dejaba de tener algún talento y que nació con muchos

(1) *El Evangelio en Triumpho ó Historia de un filósofo desengañado. Tercera edición...* En Valencia, en la imprenta de Orga. Año 1798. Tomo I, página VIII.

bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educación ordinaria, había aprendido superficialmente su religión; no la había estudiado después, y en su edad adulta casi no la conocía, ó, por mejor decir, sólo la conocía con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofística... Un infortunio lo condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad; y á pesar de su oposición natural y, lo que es más, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia, y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida».

Dudar de la buena fe de estas palabras y atribuirlas á interés ó á miedo, sería calumniar la naturaleza humana y no conocer á Olavide, alma buena en el fondo y con semillas cristianas, por mucho que hubiese pecado de vano, presumido y locuaz.

No dudo, pues (aunque lo negasen los viejos por la antigua mala reputación de Olavide), que su conversión fué sincera y cumplida y no una añagaza para volver libremente á España. Léase el libro que entonces escribió, *El Evangelio en triunfo ó historia de un filósofo desengañado*, donde si la ejecución no satisface, el fondo, por lo menos, es intachable, sin vislumbres, ni aun remotos, de doblez ó de hipocresía.

Pocos leen hoy este libro, pero conserva nombradía tradicional por circunstancias no dependientes de su mérito. El autor era un impío convertido, penitenciado por el Santo Oficio, espectador y víctima de la Revolución francesa. Sus extrañas fortunas hacían que unos le mirasen con asombro, otros con recelo, achacando el extraordinario y súbito cambio de sus ideas, éstos á propio interés y móviles mundanos, aquéllos á la dura lección del escarmiento. Acertaban estos últimos, como luego lo mostró la vida austera y penitente de Olavide y su muerte cristianísima. Dios había visitado terriblemente aquella alma, que no hubiera podido levantarse sin un poderoso impulso de la gracia divina. Todas las páginas de *El Evangelio en triunfo*, libro, por otra parte, mediano, porque no alcanzaba á más el talento de su autor, respiran convicción y fe. Fué, sin duda, obra grata á los ojos de Dios, expiación de anteriores extravíos, y buen ejemplo, que por lo ruidoso de quien le daba hizo honda impresión en el ánimo de

muchos, y trajo á puerto de salvación á otros infelices como el autor. Así debe juzgarse *El Evangelio en triunfo*, más como acto piadoso que como libro. Fué la abjuración, la retractación brillante de un incrédulo, la reparación solemne de un pecado de escándalo. Imagínese el poder de tal ejemplo á fines del siglo XVIII, y cuán hondamente debió de resonar en las almas aquella voz que salía de las cárceles del Terror, adorando y bendiciendo lo que toda su vida había trabajado por destruir. El éxito fué inmenso: en un solo año se hicieron tres ediciones de los cuatro voluminosos tomos de *El Evangelio en triunfo*.

Con todo eso, la malicia de algunos espíritus suspicaces no dejó de cebarse en las intenciones del autor. Decían que exponía con mucha fuerza los argumentos de los incrédulos contra la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los libros santos, y que se mostraba frío y débil en la refutación. Algo de verdad puede haber en esto, pero por una razón que fácilmente se alcanza; Olavide había vuelto sinceramente á la fe, pero con la fe no había adquirido la ciencia teológica ni el genio de escritor que nunca tuvo. Su lectura predilecta y continua durante la mayor parte de su vida, habían sido las obras de Voltaire y de los enciclopedistas: aquello lo conocía bien, y estaba muy al tanto de todas las objeciones. Pero en teología católica y en filosofía cristiana claudicaba, porque jamás las había estudiado (como él mismo confiesa) ni leído apenas libro alguno que tratase de ellas. Así es que su instrucción dogmática, á pesar de las buenas lecturas en que se empeñó después de su conversión, no pasaba de un nivel vulgarísimo, bueno para el simple creyente, pero no para el apologista de la religión contra los incrédulos. Además, como su talento, aunque lúcido y despierto, no se alzaba mucho de la medianía, tampoco pudo suplir con él lo que de ciencia le faltaba; así es que resultaron flojas algunas partes de su apología, si bien, á fuerza de sinceridad y de firmeza, y de ser tan burda la crítica religiosa de los volterianos, fácilmente suele lograr la victoria.

Literariamente, el libro de Olavide vale poco, y está escrito medio en francés (como era de recelar, dadas sus lecturas favoritas y su larga residencia en París); no sólo atestado de galicismos de pa-

labras y de giros, sino de rasgos enfáticos y declamatorios de la peor escuela de entonces. Pero también tiene en muchos pasajes unción y fervor, y aunque siempre sea peligrosa la excesiva intervención del sentimiento en tesis dogmáticas, no hay duda que lo que en el libro interesa principalmente es el drama psicológico de la conversión del impío, la historia de los combates de su propia alma, de la cual el autor levanta todos los velos. Es cierto que á la fuerza teológica de los argumentos del libro daña esta especie de novela lacrimosa, en que están como ahogadas la preparación y la demostración evangélicas. Quizá Olavide debió escoger entre escribir una defensa de la religión, ó escribir sus propias *Confesiones*. Prefirió mezclar ambas cosas, y resultó una producción híbrida; pero que tal como está, fué de las primeras en que el espíritu de restauración religiosa invocó los auxilios de la imaginación y del sentimiento, uno de los precedentes indudables de *El Genio del Cristianismo*; razón bastante poderosa para que no se la pueda olvidar en la cronología literaria.

Del éxito inmediato tampoco puede dudarse. Publicada en Valencia en 1798, sin nombre de autor, llegó hasta el último rincón de España, provocando una reacción favorable á Olavide. Aquel mismo año se le permitió volver á la Península, después de diez y ocho de expatriación, y no sólo se le reintegró en todos sus honores, sino que llegó la munificencia de Carlos IV hasta conferirle una pensión anual de 90.000 reales, extraordinaria para aquellos tiempos y aun para éstos, pero que se consideró sin duda como indemnización de anteriores quebrantos y confiscaciones. Para la mayor parte de los españoles, su nombre y sus aventuras eran objeto de admiración y de estupor. Los vientos empezaban á correr favorables á sus antiguas ideas; pero Dios había tocado en su alma, y le llamaba á penitencia. Desengañado de las pompas y halagos del mundo, rechazó todas las ofertas del ministro Urquijo y de Godoy, y se retiró á una soledad de Andalucía, donde vivió como filósofo cristiano, *pensando en los días antiguos y en los años eternos*, hasta que le visitó amigablemente la muerte en Baeza el año 1804, dejando con el buen olor de sus virtudes edificados á los mismos que habían sido testigos ó cómplices de sus escandalosas mo-

cedades, que él quizá con demasiada severidad llamaba *infames*.

Además de *El Evangelio en triunfo*, publicó Olavide una traducción de los *Salmos*, estudio predilecto de los impíos convertidos, como por aquellos días lo mostraba La Harpe, haciendo en una cárcel no muy distante de la de Olavide el mismo trabajo. Pero en verdad que si La Harpe y Olavide trabajaron para justificación propia y para buen ejemplo de sus prójimos, ni las letras francesas ni las españolas ganaron mucho con su piadosa tarea. Ni uno ni otro sabían hebreo, y tradujeron muy á tientas sobre el latín de la *Vulgata*, intachable en lo esencial de la doctrina, pero no en cuanto á los ápices literarios. De aquí que sus traducciones carezcan en absoluto de sabor oriental y profético, y nada conserven de la exuberante imaginativa, de la obscuridad solemne, de la majestad sumisa, y de aquel volar insólito que levanta el alma entre tierra y cielo, y le hace percibir un como dejo de los sagrados arcanos, cuando se leen los *Salmos* originales. Por otra parte, Olavide no pasaba de medianísimo versificador: á veces acentúa mal, y siempre huye de las imágenes y de cuanto puede dar color al estilo; absurdo empeño cuando se traduce una poesía colorista por excelencia, como la hebrea, en que las más altas ideas se revisten siempre de figura sensible. El metro que eligió con monótona uniformidad (romance endecasílabo) contribuye á la prolijidad y desleimiento del conjunto, además de ser poco apto para la poesía lírica. No sólo resulta inferior Olavide á aquellos grandes é inspirados traductores nuestros del siglo XVI, especialmente á Fr. Luis de León, alma hebrea y tan impetuosamente lírica cuando traduce á David, como serena y clásica cuando interpreta á Horacio; no sólo cede la palma á David Abenatar Melo y á otros judíos, crudos y desiguales en el decir, pero vigorosos á trechos, sino que dentro de su misma época y escuela de llaneza prosaica queda á larga distancia del sevillano González Carvajal, no muy poeta, pero sí grande hablista, amamantado á los pechos de la magnífica poesía de Fr. Luis de León, que le nutre y vigoriza y le levanta mucho cuando pensamientos ajenos le sostienen. A Olavide ni siquiera llega á inflamarle el calor de los libros santos, ni el carbón que tocó y purificó los labios de Isaías, deja ninguna huella al pasar por los suyos.

Tradujo Olavide, además de los *Salmos*, todos los *Cánticos* esparcidos en la Escritura, desde los dos de Moisés hasta el de Simeón, y también varios himnos de la Iglesia, v. gr., el *Ave Maris Stella*, el *Stabat Mater*, el *Dies Iræ*, el *Te Deum*, el *Pange lingua* y el *Veni Creator:* todo ello con bien escaso numen. Y ojalá que se hubiera limitado á trasladar tan excelentes originales; pero desgraciadamente le dió por ser poeta original, y cantó en lánguidos y rastreros versos pareados *El Fin del hombre*, *El Alma*, *La Inmortalidad del alma*, *La Providencia*, *El Amor del mundo*, *La Penitencia* y otros magníficos asuntos hasta diez y seis, coleccionados luego con el título de *Poemas Christianos*. Olavide *serpit humi* en todo el libro: válgale por disculpa que quiso hacer obra de devoción y no de literatura; para eso anuncia en el prólogo que ha desterrado de sus versos las *imágenes* y los *colores*. Así salieron ellos de incoloros y prosaicos. El desengaño le hizo creyente, pero no llegó á hacerle poeta. Increíble parece que quien había pasado por tan raras vicisitudes y sentido tal tormenta de encontrados afectos, no hallase en el fondo de su alma alguna chispa del fuego sagrado, ni se levantase casi nunca de la triste insipidez que caracteriza sus versos (1).

Mientras Olavide llenaba á Europa con el ruido de sus andanzas y fortunas, continuaba en el Perú el movimiento literario, promovi-

(1) *Salterio Español, ó Versión parafrástica de los Salmos de David, de los Cánticos de Moisés, de otros cánticos, y algunas oraciones de la Iglesia, en verso castellano, á fin de que se puedan cantar. Para uso de los que no saben latín. Por el autor del Evangelio en Triunfo. En Madrid, en la imprenta de D. Joseph Doblado. Año 1800.*

Esta versión ha sido muy popular, así en España como en América. En 1803 se reimprimió en Lima. Hay una reimpresión de ella, hecha en París, 1850 (librería de Rosa y Bouret); y de los salmos *Miserere* y *De Profundis* existe además una edición suelta: *Versión parafrástica del salmo 50... y 129... por el autor del Evangelio en triunfo, reimpreso por un devoto.* (V. Vera é Isla, *Noticia de las versiones poéticas del salmo Miserere* (Madrid, Fuentenebro, 1879, pág. 198 á 201).

—*Poemas Christianos, en que se exponen con sencillez las verdades más importantes de la Religión, por el autor del Evangelio en triunfo. Publicados por un amigo del autor. Segunda edición, en Madrid, en la imprenta de Joseph Doblado.*

do eficazmente por la Sociedad de Amigos ó *Amantes del País*, de la cual fué presidente Baquíjano y Carrillo, é individuos Unanue (1), Rodríguez de Mendoza, Arrese, Morales y Duares, el oidor Cerdán, Egaña, Calero y Moreira, el Obispo Pérez Calama, los canónigos Bermúdez y Millán de Aguirre, el Jeronimiano Fr. Diego de Cisneros, gran propagador de los libros de los enciclopedistas, el Mercenario Calatayud, y otros varios eclesiásticos, tales como Laguna, Romero, Girval y Sobreviela. Bajo sus auspicios comenzó á publicarse en 1791 el *Mercurio Peruano*, revista importante que llegó á constar de doce tomos, y que Humboldt parece haber estimado en mucho. Por el mismo tiempo apareció el *Diario Erudito, Económico y Comercial de Lima*, que sólo duró tres años.

Con estos papeles se educó la generación de la guerra de la Independencia, á la cual en rigor pertenece Olmedo, que nació peruano, aunque muriese ciudadano del Ecuador; y á la cual perteneció también el desgraciado poeta arequipeño D. Mariano Melgar, fusilado por los realistas después de la batalla de Humachiri en 1814, á los veintitrés años de edad. Este trágico y prematuro fin ha salvado del olvido el nombre del poeta, mucho más que el mérito de sus versos, que no pasan de ensayos de estudiante aprovechado. Algunas traducciones, como la de los *Remedios de Amor*, de Ovidio, que él llamó *Arte de olvidar*, acreditan sus buenas humanidades; pero sus odas y elegías pertenecen á la escuela prosaica del siglo XVIII, y aun con la mejor voluntad es imposible encontrar en ellas nada que anuncie un talento poético de orden superior. La titulada *Al Autor del mar* es, sin duda, la mejor; pero está versificada con tanto desaliño y tan poco nervio, que casi todas las inten-

(1) Autor de uno de los mejores libros de nuestra literatura científica de principios de la centuria pasada, escrito con tanto espíritu de observación como pulcritud de lenguaje: *Observaciones sobre el clima de Lima, y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre. Por el Dr. D. Hipólito Unanue, Catedrático de Prima de Medicina en la Real Universidad de San Marcos. Protomédico del Perú.* (Madrid, imprenta de Sancha, 1815, segunda edición. La primera es de Lima, 1806.)

En el tomo VI de la colección de *Documentos literarios* de Odriozola pueden verse otros escritos del Dr. Unanue.

ciones líricas que realmente tiene resultan frustradas. Melgar es conocido generalmente por el dictado de poeta de los *yaravíes*, por haber cultivado, no sin gracia, cierto género de poesía popular acomodada á una música indígena. Nuestra ignorancia de la lengua quichua y de las costumbres de los indios del Perú, nos impide determinar si en estos cantos hay ó no un fondo tradicional. El prologuista de las poesías de Melgar nos dice que «el *yaraví* es una composición destinada á cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *quenas;* la música no tiene más que un tema fijo, sin ninguna variación; y esta monotonía del canto lo asemeja á un golpe muchas veces repetido...; así las notas del *yaraví* llevan poco á poco el alma á la melancolía... No es el *yaraví* la canción que debemos á los europeos...; los indígenas lo enseñaron á los españoles; y desde entonces se ha hecho de él una composición enteramente nacional en la música, y una canción enteramente especial en nuestra literatura... Siendo el *yaraví* la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quichua. Las que se han hecho en español son traducciones ó imitaciones de aquéllas, y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es, por lo común, de ocho sílabas, en cuartetas ó quintillas. Se emplea también el verso de menos sílabas; y es muy usada la interpolación de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y á este *yaraví* se le llama *de pie quebrado*».

Prescindiendo de la cuestión de origen, en que nos reconocemos de todo punto incompetentes, no habiendo oído cantar nunca *yaravíes* ni entendiendo una palabra de la lengua en que, según dicen, están compuestos los mejores, sólo diremos que los diez *yaravíes* auténticos de Melgar (á quien por su popularidad se han atribuído otros muchos) nada tienen en la letra de indio ni de peruano, y son meramente cancioncitas amorosas bastante delicadas y sentidas, que ganarán mucho con el prestigio de la música, si esta es tan blanda, insinuante y melancólica como dicen (1). Son, sin duda, los versos

(1) Como muestra pondré un *yaraví*, de los que me parecen mejores:

Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños:
Vuelve, mi palomita,

más agradables de Melgar; naturales y sencillos, puros de todo rastro de afectación; pero creemos que el general Miller, que no tenía mucha obligación de entender de poesía castellana, se aventuró dema-

Vuelve á tu dulce nido.
  Mira que hay cazadores
Que, con afán maligno,
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;
Y cuando te hayan preso,
Te darán cruel martirio:
No sea que te cacen:
Huye tanto peligro.
Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.
  Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido.
Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
Pero no como el mío:
Por ti vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.
Vuelve, mi palomita...
  Bien sabes que yo, siempre
En tu amor embebido,
Jamás toqué tus plumas
Ni ajé tu albor divino;
Si otro puede tocarlas
Y disipar su brillo,
Salva tu mejor prenda:
Ven al seguro asilo.
Vuelve, mi palomita...
  No pienses que haya entrado
Aquí otro pajarillo:
No, palomita mía,
Nadie toca este sitio.
Tuyo es mi pecho entero,
Tuyo es este albedrío,
Y por ti sola clamo
Con amantes suspiros.
Vuelve, mi palomita...
  No seas, pues, tirana;
Haz las paces conmigo;
Ya de llorar cansado
Me tiene tu capricho.
No vueles más, no sigas
Tus desviados giros;
Tus alitas doradas
Vuelve á mí, que ya expiro.
  Vuelve, que ya no puedo
Vivir sin tus cariños;

siado cuando llegó á compararlos nada menos que con las *Melodías Irlandesas* de Tomás Moore (1).

Continuó todavía en los primeros años del siglo XIX la publicación de fiestas y certámenes poéticos, aunque por lo común con mejor gusto que en el anterior. De 1802 es la *Fama Póstuma* del arzobispo de D. Domingo González de la Reguera, y de 1816 la muy curiosa colección de obras de elocuencia y poesía con que la Universidad de San Marcos celebró el recibimiento del Virrey Don Joaquín de la Pezuela, vencedor en Viluma, en Ayohuma y Vilcapujio. Constan los autores de las dos piezas en prosa, que fueron el Dr. D. José Cavero y Salazar, Rector de aquella escuela, y el doctor D. José Joaquín de Larriva y Ruiz, catedrático de prima de Filosofía. Los versos están firmados con las iniciales J. P. de V. y F. Ll. La mayor parte son latinos, acompañados de traducción castellana; no carecen de mérito, dentro de su género artificial, y prueban que la Universidad, hasta el último día de la dominación española, que fué casi el último día de su propia historia como organismo tradicional é independiente, no dejó de producir humanistas, ya que no era su misión formar poetas (2).

Vuelve, mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

Á veces usa con buen efecto el verso pentasílabo, v. g.:

Mientras los astros
Van silenciosos
Al mar á hundirse,
Yo revolviendo
Estoy las penas
Que el pecho oprimen...

(1) *Poesías de D. Mariano Melgar. Publícalas D. Manuel Moscoso Melgar, dedicándolas á la Juventud Arequipeña.* Nancy, 1878. Con un prólogo de D. F. García Calderón, y una noticia biográfica del autor, cuyas bellas condiciones personales, novelescos amores y trágica muerte interesan más que sus obras.

(2) *Colección de las composiciones de Eloquencia y Poesía con que la Real Universidad de San Marcos de Lima celebró en los días 20 y 21 de Noviembre de 1816 el recibimiento de su esclarecido vice-patrono el Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez... Virrey, Gobernador y Capitán general del Reino del Perú...* Lima, 1816, por D. Bernardino Ruiz.

El exaltado realismo de que hacen gala los Doctores de la Universidad peruana en esta especie de corona ofrecida al insigne caudillo español, no ha de atribuirse meramente á entusiasmo oficial ni á impulso de adulación. Las opiniones andaban muy divididas en el Perú, y seguramente prevalecían en número los partidarios de la metrópoli (1). Hasta el último momento la causa española tuvo allí más secuaces que en ninguna otra parte de América; las tradiciones coloniales estaban muy arraigadas, merced á un largo régimen de prosperidad tranquila; Lima era copia fiel de las risueñas ciudades del Mediodía de España; y el fácil y alegre vivir de sus moradores, justamente enamorados de su suelo, de su cielo y de la hermosura de sus mujeres, les hacía muy llevadera la ausencia de libertades políticas, que los más de ellos ni entendían ni solicitaban. Sin la conspiración militar que dividió el ejército español y arrancó el mando á Pezuela, y sin el auxilio, nada desinteresado, de Bolívar y sus colombianos, sabe Dios cuándo y cómo se hubiese consumado la emancipación de aquella parte del continente americano, aunque fuese inevitable para un plazo más ó menos largo. Pudieron contar, pues, Abascal y Pezuela con panegiristas ardientes y no sólo con mercenarios cantores.

Verdad es que, con la inconstancia propia del gremio poético, pasaron casi todos ellos al partido vencedor al día siguiente de la batalla de Ayacucho, y el primero de todos aquel mismo doctor Larriva que había escrito en 1807 el elogio universitario de Abascal, en 1812 el discurso contra los insurgentes del Alto Perú,

(1) En Lima hubo que crear artificialmente la aversión á España, según confiesa el principal ministro del general San Martín, D. Bernardo Monteagudo, siniestra figura de terrorista cínico y desmoralizado. «El odio á los desoladores del Nuevo Mundo había sido en los demás países el agente principal de la revolución. Era preciso generalizar este sentimiento en el Perú y convertirlo en pasión popular. Empleé los medios que estaban á mi alcance para inflamar el odio contra los españoles, y siempre estuve pronto á apoyar las medidas de severidad que tenían por objeto disminuir su número. Este era en mí sistema, y no pasión... Cuando el ejército libertador llegó á las costas del Perú, existían en Lima más de diez mil españoles; poco antes de mi separación no llegaban á seiscientos. Esto era hacer revolución.» (Apud. Mitre, *Historia de San Martín*, III, 296.)

en 1816 el sermón en alabanza de Pezuela, y en 1819 la oración fúnebre de los prisioneros realistas fusilados por los insurrectos en la Punta de San Luis; pasando luego, y sin esfuerzo ni transición alguna, á pronunciar en 1824 la oración fúnebre de los patriotas muertos en Junín, en 1826 el elogio académico de Bolívar, contra quien se desató luego en sátiras é invectivas, pocos meses después de haberle puesto entre los semidioses:

Mudamos de condición,
Pero fué sólo pasando
Del poder de Don Fernando
Al poder de Don Simón.

Era el tal Larriva (según refiere el Sr. Palma) un clérigo de costumbres nada ejemplares, poeta chistoso é improvisador de café, gran latino y hombre de muy despierto y agudo ingenio, como lo prueban sus fábulas, su poema burlesco de *La Angulada* y otras producciones suyas, que desgraciadamente por ser de índole personal y efímera, han padecido la suerte común de las de su clase, que es no sobrevivir á los acontecimientos á que aluden y perseverar sólo en las páginas de algún curioso libro de Historia (1). Poetas muy afines á su estilo y manera fueron otros dos improvisadores, también eclesiásticos y de costumbres no menos relajadas: el presbítero Echegaray, que reparó con los buenos ejemplos de sus últimos años los escándalos de su mocedad, y el franciscano Fr. Mateo Chuecas y Espinosa, cuya vida se dilató hasta 1868, dándole tiempo también para enmendar sus desconcertadas costumbres, hacer un auto de fe con la mayor parte de sus versos profanos, y escribir algunas composiciones ascéticas, de mérito (2). A todos éstos había

(1) En el tomo II de la *Colección de documentos* de Odriozola están las principales composiciones de Larriva.

(2) El Sr. Palma (*Tradiciones peruanas*, sexta serie), transcribe como del P. Chuecas, que se la comunicó autógrafa, la siguiente glosa de una redondilla muy popular en los libros de devoción:

¿Qué se hicieron de Sansón
Las fuerzas que en sí mantuvo,
Y la belleza que tuvo

precedido el *Ciego de la Merced*, Fr. Francisco del Castillo, que falleció á fines del siglo XVIII, gran repentista, sobre todo en décimas de pie forzado. El Sr. Palma ha publicado algunas de sus picantes improvisaciones, dejando inéditas por lo licencioso y desvergonzado de la expresión otras muchas que tradicionalmente corren de boca en boca, y entre las cuales habrá seguramente algunas que sin razón se le achaquen: castigo providencial de todo el que alguna vez ha envilecido su musa con la obscenidad y el cinismo (1).

Dejando aparte estos rezagados del siglo XVIII, la literatura peruana

Aquel soberbio Absalón?
¿La ciencia de Salomón
No es de todos alabada?
¿Dónde está depositada?
¿Qué se hizo? ¡Ya no parece!
Luego nada permanece
En esta vida prestada.
De Aristóteles la ciencia,
Del gran Platón el saber,
¿Qué es lo que han venido á ser?
¡Pura apariencia! ¡Apariencia!
Sólo en Dios hay suficiencia;
Sólo Dios todo lo sabe;
Nadie en el mundo se alabe
Ignorante de su fin.
Así lo dice Agustín,
Que es de la ciencia la llave.
Todos los sabios quisieron
Ser grandes en el saber;
Que lo fueron no hay que hacer,
Según que ellos lo creyeron.
Quizá muchos se perdieron
Por no ir en segura nave;
Camino inseguro y grave,
Si en Dios no fundan su ciencia,
Pues me dice la experiencia:
Quien sabe salvarse, sabe.
Si no se apoya el saber
En la tranquila conciencia,
De nada sirve la ciencia
Condenada á perecer.
Sólo el que sabe obtener,
Por una vida arreglada,
Un asiento en la morada
De la celestial Sión,
Sabe más que Salomón,
Y el que no, no sabe nada.

(1) *Tradiciones peruanas*, primera serie.

del siglo XIX empieza propiamente con el médico D. José Manuel Valdés y el diplomático D. José María de Pando. El Dr. Valdés, protomédico del Perú y director del Colegio de Medicina y Cirugía de Lima, ocupó honesta y piadosamente sus ocios en una traducción de los *Salmos*, muy notable por la pureza de lengua y por la sencillez y dulzura del estilo, que sabe á Fr. Luis de León en algunos trozos (1). Como hablista tiene muchas semejanzas con González Carvajal, aunque es más prosaico que él y versifica con más desaliño. D. José Joaquín de Mora celebró bellamente en una oda esta noble y decorosa versión del Salterio, que es, sin duda, la mejor que ha salido de América, y una de las mejores que tenemos en castellano (2).

(1) *Salterio peruano o paráfrasis de los ciento cincuenta salmos de David y algunos cánticos sagrados, compuesta por el Dr. D. José Manuel Valdés*, Lima, 1833, imp. de I. Masías.—2.ª edición, París, Rosa y Bouret, 1836, dos tomitos.

Además de los Salmos, tradujo Valdés los cánticos de Moisés, Ana, Isaías, Ezequías, Zacarías, Simeón, Habacuc y el *Magnificat*. Todos ellos están al fin del *Salterio*.

Publicó también un tomito de *Poesías Espirituales* (Lima, 1818; íd., 1836), que contiene tres romances sagrados (la *Oración*, la *Comunión* y la *Castidad)*, un poemita, *El alma*, y algunas otras composiciones en el mismo estilo que la versión de los *Salmos*. Las poesías que hizo sobre asuntos profanos y de circunstancias, valen poco y no han sido coleccionadas. Sus escritos científicos están recogidos en un tomo de *Memorias médicas* (París, Rosa y Bouret, 1836). D. Juan Antonio Lavalle publicó en la *Revista de Lima*, y luego en tirada aparte (1886), adicionándola con nuevos datos, una biografía del doctor Valdés.

(2) *Poesías que dedica á su patria, Cádiz, José Joaquín de Mora* (Cádiz, 1836), pág. 187.—*Poesías de Don José Joaquín de Mora* (Madrid, 1853), pág. 12:

Llevó ligera el aura
Del arpa de Sión los santos ecos
Por la extensión del mundo, y cual restaura
Los mustios valles y los prados secos
El otoñal rocío,
Tal renació en mi seno nuevo brío.
¡Cuán armoniosas vibran
Las cuerdas de oro! Al escucharlas, rotas
Las cadenas del mal, presto se libran
Por las esferas puras y remotas
Mis leves pensamientos,

D. José María Pando es más célebre por las vicisitudes de su carrera política y por sus trabajos de publicista que por sus versos. Nacido en Lima en 1787, pero educado en Madrid, en el Seminario de Nobles, comenzó por servir á España en varios puestos diplomáticos, llegando á ministro de Estado en las postrimerías del régimen

De inmarcesible bienestar sedientos.
Ora en piélago inmenso
De admiración estática me inunda,
Cual alba nube de oloroso incienso,
Y me muestra en la bóveda profunda,
Con luz cándida escrito,
Tu nombre santo ¡oh numen infinito!
Ora en el hondo centro
De mi ser deleznable me introduce,
Y mi flaqueza mísera, do encuentro
El móvil criminal que me conduce
Por la senda torcida,
Lejos de los raudales de la vida.
Ya contra los impíos
Fulmina maldición y en ira santa
Se enardece. Sus torpes desvaríos
Revela al universo, y los espanta
Con anatema, y gimen,
Cuando lo escuchan, los que al justo oprimen.
Ó ya en abatimiento,
Melancólico y flébil se reclina,
Regando con su lloro el pavimento,
Y cual serpiente pérfida y maligna,
Lo hiere despiadado
El recuerdo funesto del pecado.
¡Con qué magnificencia
De la creación la maravilla suma
Retrata esplendoroso, y la alta ciencia
Que del mortal la pequeñez abruma,
Y lo deslumbra y ciega,
Y á vergonzosa confusión lo entrega!
Él nos muestra el gigante
Que se levanta á recorrer la vía,
Y yo enmudezco de terror... Pujante
Desátase la mar con rabia impía;
Y el mar lo mira y huye,
Trueno es su voz, que mata y que destruye.
Humean en su cima
Los montes si él los toca, y él derrama
Centella y hielo en los remotos climas.
Del cedro altivo la frondosa rama
Con blanda mano riega,
Y á su mandato el huracán la pliega.
De Tarsis los navíos
Rompe cual paja en su furor; suspende

constitucional de 1823. Ciudadano del Perú desde 1824, fué ministro de Hacienda con Bolívar y plenipotenciario para el Congreso de Panamá. Sucesos posteriores le movieron á emigrar de su país y volver en 1835 á España, donde tomó parte activa en nuestra política hasta su muerte, acaecida en 1840. Era hombre de vasta lectura, muy conocedor de las ciencias sociales y de la historia moderna, y escribía en prosa con claridad y nervio. Sus producciones más conocidas son: *Mercurio Peruano*, periódico publicado en 1827; *Pensamientos y apuntes sobre moral y política* (Cádiz, 1837), y *Elementos de Derecho internacional* (Madrid, 1843), si bien esta última, que ha tenido mucha boga, apenas merece considerarse más que como un plagio de la excelente obra de D. Andrés Bello, á quien sigue paso á paso, copiando textualmente sus mismas palabras en casi todos los capítulos (1). Hizo también elegantes poesías, aun-

En medio de los ámbitos vacíos
Del ser mortal la habitación, y enciende
    Magníficas lumbreras
Que vierten alba luz en las esferas.
    Mas ¿dónde me arrebata,
Valdés, el entusiasmo que me inspira
Tu canto armonïoso? Cual retrata
Fiel el agua la imagen, tal la lira
    De León, en tus manos,
De David nos revela los arcanos:
    Sonora en la alabanza
De las obras de Dios; y plañidera
Cuando el profeta humilde su esperanza
Fija en Dios; y dogmática y severa
    Cuando dicta al humano
La ley divina y el precepto sano.
    No siga yo atrevido
Tu raudo vuelo. Con humilde tono
Preludiaré en silencio y en olvido
Rústica endecha; mientra al alto trono
    Do el Sempiterno luce,
El monarca inspirado te conduce.

(1) Son dignas de citarse, por su moderación ejemplar y suave ironía, las palabras con que Bello dió cuenta de este escandaloso plagio en *El Araucano* de 29 de Agosto de 1845:

«Comparando los *Elementos de Derecho Internacional* de D. José M.ª Pando con los *Principios de Derecho de Gentes* publicados en esta ciudad de Santiago (de Chile) el año de 1832, casi pudiéramos dar á la publicación española el título de una nueva edición de la obra chilena, aunque con interesantes in-

que en escaso número; algunas traducciones de odas de Horacio, y una *Epístola* política *á Próspero*, ó sea á Bolívar, más elocuente que poética, pero bien escrita, con calor en algunos pasajes, con majestad en otros. ¡Lástima que el autor no hiciese el menor esfuerzo para evitar tantas y tantas asonancias indebidas como afean aquella larga tirada de versos sueltos! Sin duda Pando tenía habituado el oído á la poesía italiana, en que las asonancias no se reparan (1).

En 1831, por los días en que Pando figuraba al frente del partido conservador del Perú, llegó á Lima, expulsado de Chile por D. Diego Portales, el ingenioso gaditano D. José Joaquín de Mora, á quien de aquí en adelante vamos á encontrar en casi todas las repúblicas americanas como maestro ó como periodista: brillantísimo y á la postre benéfico aventurero literario, *qui mores multorum hominum vidit et urbes*.

Asociado en Lima con los hombres más distinguidos del país, tales como Pando, D. Felipe Pardo, D. Manuel Lorenzo Vidaurre (2),

terpolaciones é instructivas notas. D. José M.ª Pando no ha tenido reparo en copiarla casi toda al pie de la letra, ó con ligeras modificaciones verbales, que muchas veces consisten sólo en intercalar un epíteto apasionado, ó en trasponer las palabras. Es verdad que hace al autor de los *Principios* el honor de citarle á menudo, y de cuando en cuando con términos muy lisonjeros, «complaciéndose en confesar que le debe las mayores obligaciones». Pero el mayor elogio que ha podido hacerle es el frecuente y fiel traslado de sus ideas y frases, aun cuando se olvida de darle lugar entre sus numerosas referencias. Como quiera que sea, el autor de los *Principios* tiene menos motivo para sentirse quejoso que agradecido. Pando les ha dado ciertas galas de filosofía y erudición que no les vienen mal; y sacando partido de su vasta y variada lectura, en que tal vez no ha tenido igual entre cuantos escritores contemporáneos han enriquecido la lengua castellana, derrama curiosas y selectas noticias sobre la historia y la bibliografía del Derecho público.» *Apud* Amunátegui (D. Miguel Luis), *Vida de D. Andrés Bello*, pág. 360.

(1) La *Epístola á Próspero* se imprimió en Lima en 1826, y está reproducida en la *América Poética*, de Gutiérrez.

(2) Publicista fecundísimo, y algo estrambótico en sus ideas y estilo, que participan del cinismo sentimental de la escuela de Juan Jacobo Rousseau. Bajo este aspecto son muy curiosas sus *Cartas americanas, políticas y morales* (Filadelfia, 1825, dos volúmenes), miscelánea de confesiones eróticas, relatos

D. José Cavero y Salazar, D. Andrés Martínez, el médico D. Hipólito Unanue, etc., fundó el *Ateneo del Perú*, donde dió la enseñanza de derecho natural y público; imprimió unos *Cursos de Lógica y Ética, según los principios de la escuela de Edimburgo* (1832), y comenzó su extraño poema de *Don Juan*, imitación de Byron, del cual nunca llegó á escribir más que los cinco primeros cantos (1). Era Mora, más bien que poeta inspirado, admirable versificador; en sus composiciones líricas resulta flojo y aun prosaico, pero en la narración joco-seria, en la fábula y en la sátira, su estilo es un raudal de chiste, de amenidad y desembarazo descriptivo, de felices ocurrencias y genial humorismo, calificativo que cuadra bien á quien principalmente se había formado en la escuela de los humoristas ingleses. Su ejemplo y su doctrina literaria fueron de gran provecho en Lima, hasta por lo mucho que armonizaban con ciertas tendencias del ingenio peruano: puede decirse que fué el segundo maestro de D. Felipe Pardo, después de Lista. Las dos epístolas que Mora diri-

de viajes y proyectos de reforma social. Es curioso también por el radicalismo de las ideas su *Plan del Perú*, escrito en Cádiz en 1810, y publicado en Filadelfia, 1823, amarga censura de los vicios de la administración colonial. Como jurisconsulto, redactó proyectos de *Código civil*, *Código penal* y *Código eclesiástico*. En sus últimos años pareció retractarse de sus opiniones heterodoxas, diciendo de sí propio que «pues había seguido á Olavide en sus errores, también quería ser su prosélito en el arrepentimiento». Pero el libro que escribió para combatirse á sí mismo (*Vidaurre contra Vidaurre*), fué impugnado en el Ecuador por el célebre franciscano Fr. Vicente Solano (controversista del género del P. Alvarado) y prohibido por la Curia eclesiástica de Lima, que encontró en él muchas proposiciones censurables. Vid. *Condenación del libro titulado: Vidaurre contra Vidaurre, por el Ilmo. Sr. D. Francisco de Sales Arrieta, y censuras hechas por el presbítero D. José Mateo Aguilar y el P. M. Fr. José Seminario*, Lima, 1840.—*El penitente fingido, visto en su verdadero punto, ó crítica sobre el folleto intitulado «Vidaurre contra Vidaurre»*. Por Fr. Vicente Solano. Cuenca (del Ecuador), 1841. Reimpreso en el tomo IV de las *Obras de Fr. Vicente Solano, precedidas de la biografía del autor por Antonio Borrero*. Barcelona, 1895. La impugnación del P. Solano versa sobre la infalibilidad y autoridad del Papa, sobre la autoridad de la Iglesia y sobre la disciplina eclesiástica.

(1) Se publicaron anónimos en Madrid en 1844, y son casi desconocidos, aunque tienen octavas muy notables.

gió á Pardo (1) están llenas de sabios consejos literarios é informadas por un templado eclecticismo, de sentido común ó de escuela escocesa, que fué siempre el sello de la crítica de Mora (2).

D. Felipe Pardo y Aliaga, uno de los discípulos predilectos de Lista, es el verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú, y sin duda el más notable de los escritores limeños del siglo pasado, á lo menos de los que ya han pagado á la muerte el común tributo. Como hablista en verso, sólo á Bello cede la palma, y en la sátira política va delante de todos los americanos, si bien no respetase siempre los límites que separan toda composición poética (por reflexiva y didáctica que quiera ser) de un folleto ó artículo de periódico. La *Epístola á Delio*, la parodia de Constitución y otras piezas por el mismo estilo, que son, sin duda, las más geniales y las más curiosas del poeta, adolecen á menudo de esa continua preocupación de los negocios del día, con lo cual, sin ganar en ardor y animación, pierden algo de aquel desinterés poético, de aquel puro culto del arte, que en Horacio y en los verdaderos satíricos horacianos, tales como Parini y D. Leandro Moratín, brilla siempre y se sobrepone á toda otra consideración de utilidad social inmediata. Aun con este lunar, que quizá no lo sea á los ojos de todos, Pardo debe ser respetado siempre, no sólo como escritor pulcro y atildado, sino como ingenioso observador de costumbres, y algunas de sus letrillas pueden figurar sin desventaja al lado de las de Bretón.

La educación de Pardo había sido severamente clásica, y clásicos

(1) *Poesías de D. José J. de Mora*, Madrid, 1853, págs. 241 á 257.

(2) Sobre la estancia de Mora en diversas repúblicas americanas y la influencia política y literaria que allí ejerció, es libro capital el de D. Miguel Luis Amunátegui.—*D. José Joaquín de Mora... Apuntes biográficos*. Santiago de Chile, 1888; al cual debe añadirse, como apéndice, el estudio de D. Domingo Amunátegui Solar, *Mora en Bolivia*, publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*, Febrero de 1897. Uno y otro reproducen bastantes poesías de Mora desconocidas en España, entre ellas una epístola en verso suelto á Olmedo, inserta en el *Mercurio Peruano* (Lima, 4 de Marzo de 1829), y otra en tercetos á persona desconocida, que apareció en *El Telégrafo*, periódico de la misma ciudad, en 10 de Julio del mismo año. (Vid. *Mora en Bolivia*, páginas 5-14.)

fueron siempre sus modelos. Su poesía es fruto legítimo de la escuela culta y severa de fines del siglo XVIII, especialmente de la de Moratín, pero con más animación y alegría, con viveza criolla, con un género de chiste peculiarmente limeño, aunque de especie muy fina y aristocrática. Cultivó Pardo varios géneros y ninguno sin habilidad y fortuna: su oda *Á Olmedo* y su magnífica traducción de la oda de Víctor Hugo *Á la columna de Vendome*, prueban que no le faltaba numen lírico: sus versos de amor son fáciles y graciosos; en las octavas de *El Perú* hay primores descriptivos que parecen robados á Bello, de quien Pardo fué muy amigo y en cierto modo discípulo durante su destierro en Chile: el único canto que llegó á escribir del poema *Isidora*, es lo mejor que en este género de narraciones domésticas ó de costumbres tiene la literatura americana, á excepción de los cuentos de Batres; y, finalmente, la fantasía en variedad de metros, que tituló *La Lámpara*, es un ensayo romántico, excepcional en sus obras, pero nada infeliz, como lo prueban estos versos:

Lámpara solitaria ardí en el templo,
Y, aunque con luz escasa, ardí constante,
Y por siete años que bramó incesante,
No me apagó una vez el huracán.

Pero aunque fuese capaz de salir con lucimiento de cualquier empresa, porque para ello tenía caudal suficiente de doctrina y gusto, y prendas de versificador nada vulgares, su verdadera vocación fué la de poeta satírico, ya festivo y suavemente epigramático, como en sus letrillas, ya cáustico censor y austero moralista, como en las dos sátiras citadas, en las cuales se ve de cuerpo entero, no sólo al poeta, sino al político conservador: naturalezas que en él habían llegado á ser inseparables. Su aversión á la anarquía, al desenfreno, al charlatanismo político, á las constituciones escritas en el papel y no en la conciencia de los pueblos, le llevaba hasta el chistoso extremo de invocar á cada momento en sus versos, no ya el sable del dictador, sino el garrote ó la tranca, que consideraba como único remedio eficaz para la indisciplina de su país.

Pardo fué, no solamente poeta lírico, sino también poeta dramáti-

co, aunque en pocas obras, y todas de su juventud (1). Es, después de Gorostiza, el más notable representante del teatro cómico en América, con la ventaja de no ser sus comedias puramente españolas en las costumbres que retratan, como lo son las de Gorostiza, en quien nada americano hay más que la patria de su autor; sino pensadas y escritas para un auditorio limeño, con tipos y escenas propias del país. Son tres estas comedias: *Frutos de la educación*, *Don Leocadio, ó el aniversario de Ayacucho*, *Una huérfana en Chorrillos*. La segunda es un juguete muy graciosamente versificado, con imitación visible del estilo de Bretón, pero cuya idea fundamental está tomada de un *vaudeville* francés. Las otras dos son enteramente originales, y verdaderas y muy apreciables comedias de costumbres del género de Moratín y Gorostiza, sin ningún rasgo que pueda decirse peculiarmente bretoniano. En su propósito moral, que no es otro que poner de manifiesto los vicios de la mala educación, reproducen el tema de las dos comedias de Iriarte: *El Señorito mimado* y *La Señorita mal criada*, pero no adolecen de su frialdad pedagógica, y la pintura de las costumbres es viva y chistosa. El escrúpulo en la observancia de las unidades clásicas llega hasta el extremo de reducir la acción á plazo menor que el de veinticuatro horas. Las comedias de Pardo, aunque puedan tacharse de tímidas y acompasadas, son los productos más nobles y decorosos que hasta ahora ha dado la musa cómica del Perú, y valen tanto, por lo menos, como otras españolas muy celebradas del mismo género y escuela, por ejemplo, *La Niña en casa*, de Martínez de la Rosa.

No obstante, ha de confesarse que Pardo, más bien que poeta cómico espontáneo y original, es un satírico y moralista en forma dramática. Su genio era ese, y sus comedias ganan mucho si se las considera como sátiras dialogadas; así como los amenos cuadros de costumbres que publicó en 1840 con el título de *El Espejo de mi tierra*, profesando seguir las huellas de Larra y Mesonero Romanos, recuerdan más la punzante manera del primero, aunque sin su dejo

(1) Entonces hizo también algún ensayo trágico, que no está incluído en la colección de sus obras. Queda memoria de uua *Clitemnestra*, probablemente imitada ó traducida de la de Soumet.

amargo y misantrópico, que la inofensiva y bonachona del segundo. En prosa, lo mismo que en verso, fué Pardo correctísimo escritor, y hasta sus alegatos jurídicos y los documentos cancillerescos que suscribió, están redactados con buena literatura, muy rara en tal género de papeles, que pocos se atreverían á coleccionar como él lo hizo, sin detrimento alguno de su fama (1).

(1) No dedicamos más espacio al estudio de este recomendable escritor, por haber sido ya apreciado con recto criterio en el discurso que en sesión pública inaugural de nuestra Academia leyó en 1870 el Sr. D. Patricio de la Escosura sobre *Tres poetas contemporáneos: Pardo, Vega y Espronceda.* Pardo valió mucho, pero resulta un poco achicado por la compañía; sin que el haber sido *discípulo de Lista* (lugar común de nuestras biografías literarias del siglo XIX) baste para justificarlo, porque todo maestro tiene discípulos buenos, medianos y malos. No fué ciertamente Pardo de estos últimos; pero comparado con los autores de *El Hombre de Mundo* y de *El Estudiante de Salamanca*, sin escrúpulo se le puede poner entre los segundos.

Don Felipe Pardo y Aliaga nació en Lima el 11 de Junio de 1806. Su padre, regente de la Audiencia del Cuzco, se trasladó á la Península en 1821, y Pardo hizo sus estudios en el colegio de San Mateo, y luego privadamente en casa de D. Alberto Lista. Su maestro le conservó siempre extraordinario afecto, y todavía en 1838, á los sesenta y tres años de su edad, le dirigía aquellos elegantes versos que terminan con una reminiscencia virgiliana:

No temas, mi Felipe, los furores
Del vulgo vil, alborotado y leve,
Si roto el freno, en trágicos horrores
La común patria á sepultar se atreve.
Ni su ignorante aplauso te envanezca
Cuando mimosa la falaz fortuna
Fácil á tus deseos aparezca
Y te eleve hasta el cerco de la luna.
Que el varón justo y grave, el ciudadano
Veraz, que tiene la virtud por guía,
Ni al dogal se amedrenta del tirano,
Ni al aura popular su pecho fía.
. . . .
Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días
De tu primera juventud dichosa,
Cuando por mí adestrado le pedías
Á Horacio y Newton su laurel y rosa.
. . . .
Pero del mando hollar la instable senda
Al alumno de Erato no desdice:
El valor y virtud de ti se aprenda,
Y la fortuna de otro más felice...

Pardo regresó al Perú en 1828, y empezó por dedicarse al ejercicio de la

Heredó la vena satírica de Pardo, aunque no su aticismo, ni su cultura, ni su delicado gusto, D. Manuel Ascensio Segura, también poeta festivo y articulista de costumbres, pero, sobre todo, poeta dramático. El Perú le debe un repertorio cómico, superior en cantidad y en calidad al que puede ofrecer ninguna otra sección de América. Hasta once comedias suyas se han coleccionado, y dió á las tablas otras dos, que todavía están inéditas. Las comedias de Segura lindan muchas veces con la farsa: aun las compuestas en tres ó más actos son sainetes largos, excepto *Ña Catita*, que es genuina comedia de carácter, y estudio bien hecho de un carácter de beata maldiciente y embrollona, que por ciertos rasgos locales se salva del amaneramiento inherente á la repetición de tipo tan conocido en las tablas. Domina en los cuadros de Segura cierto mal tono que, según creemos, debe achacarse al poeta más bien que á la sociedad que describe. En *Lances de Amancaes,* por ejemplo, los personajes, que quieren ser caballeros y damas de la mejor sociedad limeña, pasan gran parte de la acción bebiendo *pisco,* y hablan y proceden en consonancia con tal refresco. Pero no hay duda que

abogacía; pero muy pronto tomó parte activa en las contiendas políticas, como redactor del *Mercurio Peruano* y de *El Conciliador*. En 1829 y 1833 dió á las tablas dos de sus comedias. El general Salaverry le confió en 1835 una misión diplomática para Chile, y después de la caída y muerte de aquel personaje, permaneció en esta república solicitando la intervención de los chilenos contra el general Santa Cruz, dictador del Perú y Bolivia. Para ello fundó un periódico titulado *El Intérprete*. Sería largo y de poco interés para el lector europeo dar cuenta de los esfuerzos de Pardo y de la parte que tuvo en la caída del Protector Santa Cruz, y de cómo vino á ser proscrito por el mismo Gobierno que él había contríbuído á fundar. Sólo en 1840 pudo volver á Lima, y se le nombró magistrado del Tribunal Supremo (llamado á la francesa *Corte Superior*). Nuevos trastornos políticos le obligaron á nuevas expatriaciones, y de resultas de tanta felicidad democrática como disfrutan aquellos bienaventurados países, su salud acabó por quebrantarse gravemente, quedándose paralítico y ciego en lo mejor de su vida. Antes había sido en dos ocasiones distintas Ministro de Relaciones Exteriores. Falleció en 24 de Diciembre de 1868. Al año siguiente fueron coleccionadas sus obras en un lujoso volumen publicado en París con el título de *Poesías y Escritos en prosa de D. Felipe Pardo* (Paris, A. Chaix y C.ª, 1869). Es, en conjunto uno de los libros que más honran la literatura americana.

Segura hace reir con risa inextinguible; que sus piezas abundan en saladas ocurrencias del más puro criollismo; que despunta en ellas la vena aguda y jovial que hace de los peruanos, los andaluces de la América del Sur; que la versificación abundantísima y desenfadada, aunque incorrecta, recuerda la maravillosa espontaneidad de Narciso Serra, con quien ofrece Segura más puntos de analogía que con Bretón ni con D. Ramón de la Cruz, por más que con uno y otro se le haya comparado; y finalmente, que este autor tiene el mérito indisputable de haber reproducido con fidelidad y gracia los principales aspectos cómicos de la vida limeña, así en sus piezas de costumbres domésticas como en las de costumbres políticas, verbigracia, *Un Juguete* y *El Resignado*, y aun en las farsas populares, como *El Sargento Canuto.*

El ingenio cómico de Segura ha dejado también algunos chispazos en sus letrillas, en sus sátiras políticas y en los artículos de costumbres que publicó en *La Bolsa* y en *El Cometa*, pero no aparece completo más que en sus obras escénicas (1).

(1) Nació D. Manuel Ascensio Segura en Lima en 1805, y murió en 1871. Sirvió al principio en el ejército, llegando á sargento mayor, y luego fué comisario de Guerra y Marina, secretario de gobiernos civiles (que en el Perú llaman *prefecturas)*, vista y administrador en varias aduanas, y en 1860 diputado á Cortes. Fundó en 1839 *El Comercio de Lima*, decano de la prensa peruana; en 1841 *La Bolsa*, y después *El Cometa*, del cual sólo aparecieron doce números, escritos enteramente por él, á imitación de las *Capilladas* de Fr. Gerundio, que lograban entonces tanto aplauso.

En 1849 publicó en la ciudad de Piura otro periódico, *El Moscón*, todo de sátira personal y política, hoy muerta y casi ininteligible. En este género infeliz derrochó Segura mucho tiempo y mucho ingenio. Nadie lee hoy, y hasta ha sido excluído de la colección de sus obras, el poema satírico *La Pelimuertada*, en variedad de metros y en más de mil doscientos versos, distribuídos en veinticuatro cantos.

Su primera comedia fué *El Sargento Canuto*, representada en 1839. Las restantes piezas de su repertorio son: *La Moza Mala*, *La Saya y Manto*, *El Resignado*, *Ña Catita (ña* es diminutivo peruano de *doña)*, *Un juguete*, *Lances de Amancaes*, *Nadie me la pega*, *La Espía*, *El Cacharparí*, *El Santo de Panchita* (en colaboración con D. Ricardo Palma), *Percances de un remitido*, *Las tres viudas.* Estas dos son las únicas que faltan en la coleccion de *Artículos, poesías y comedias de Manuel Ascensio Segura* (Lima, por Carlos Prince, 1886).

Perteneció á la misma generación literaria que D. Felipe Pardo y que Segura, aunque de menor edad que ellos, un hermano del primero, D. José Pardo y Aliaga, de excelente educación clásica, como lo prueba su oda *Á la independencia de América*, laureada en un certamen de Chile; y de estro satírico no inferior al de su hermano, en algunas letrillas.

Á estos nombres, á los cuales pueden añadirse, con algún otro más obscuro, los de D. José María Seguín, D. Manuel Ferreyros, D. Ignacio Novoa (1), D. Miguel del Carpio, magistrado y estadista, que no por el mérito de sus versos, sino por su tertulia literaria y por la generosa protección que concedía á los literatos noveles, ha conseguido pasar á la historia, estaba reducido el grupo clásico de Lima por los años de 1848. Entonces entró en escena una nueva generación literaria, sobre la cual nos ha dado los más interesantes pormenores el ameno é ingenioso escritor D. Ricardo Palma, que fué y continúa siendo uno de los principales ornamentos de ella (2).

«De 1848 á 1860 (escribe Palma) se desarrolló en el Perú... pasión febril por la literatura. Al largo período de revoluciones y motines, *consecuencia lógica de lo prematuro de nuestra independencia*, había sucedido una era de paz, orden y garantías. Fundábanse planteles de educación: la Escuela de Medicina adquiría prestigio, impulsada por su ilustre decano D. Cayetano Heredia; y el Convictorio de San Carlos, bajo la sabia dirección de D. Bartolomé Herrera, reconquistaba su antiguo esplendor. Por entonces llegaba de España D. Sebastián Lorente, era nombrado rector del Colegio de

(1) Vid. Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (Lima, 1905, págs. 71-73).

Ferreyros tradujo en prosa el *Childe-Harold* de Byron (se halla en la segunda *Revista de Lima*, que comenzó á aparecer en 1873).

D. Ignacio Novoa publicó en la primera *Revista de Lima* (1860-1868) traducciones en verso de algunas poesías de Víctor Hugo y Béranger, y en prosa de algunos *Pensamientos* de Joubert, algún capítulo de Montaigne y alguna escena de Shakespeare. Había leído bastante y no carecía de doctrina literaria, pero escribía muy mal en prosa y en verso.

(2) Vid., al frente de las *Poesías de Ricardo Palma* (1887); el estudio titulado *La Bohemia limeña de* 1848 *á* 1860: *confidencias literarias*.

Guadalupe, y ante un crecido concurso daba lecciones orales de historia y de literatura. Lorente era un innovador de gran talento, y la victoria fué suya en la lucha con los rutinarios. La nueva generación le seguía y escuchaba como á un apóstol» (1).

Efectivamente, aquella juventud literaria se entregó en cuerpo y alma al romanticismo español, como la de la República Argentina se había entregado al romanticismo francés. Espronceda, Zorrilla, Arolas, Bermúdez de Castro y Enrique Gil contaron desde luego gran número de fervientes imitadores; pero quien fascinó y arrastró con su ejemplo á todos los principiantes, fué el inspirado aunque incorrectísimo poeta montañés Fernando Velarde, de quien ya hemos hablado al tratar de Guatemala, y cuyo gusto y estilo dejaron profunda huella en casi todas las repúblicas de América. Talento original, pero inculto y bravío; imaginación poderosa cuanto desequilibrada; un mal gusto que parecía ingénito é indomable, puesto que resistió á toda disciplina y fué creciendo monstruosamente con los años; alma vehemente, apasionada y triste, con dejos de candor infantil y visiones de iluminado; una potencia de versificador capaz de levantar en peso las moles de los Andes, pero de la cual usaba y abusaba sin tino ni juicio, convirtiéndose muchas veces en retumbante zurcidor de alejandrinos huecos; un sentimiento profundo y casi místico de la naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica:

(1) D. Sebastián Lorente, que murió en 1884 siendo Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Lima, publicó algunos libros de texto de Filosofía y Literatura, y varios tratados históricos bien escritos, pero demasiado compendiosos y con poca ó ninguna novedad en la investigación: *Historia antigua del Perú*, Lima, 1860; *Historia de la Conquista del Perú*, 1861; *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca*, dos tomos, el primero en Lima, 1863; el segundo en París, 1870; *Historia del Perú bajo los Borbones*, Lima 1871; *Historia del Perú desde la proclamación de la Independencia*, Lima, 1876; *La civilización peruana indígena*, Lima, 1879.

Como expositor claro y ameno, cumplió bien con su vocación didáctica. En España nadie recuerda su nombre, pero su patria adoptiva no ha olvidado los servicios que prestó á la reforma universitaria, con sentido conciliador y armónico.

todas estas cualidades, á primera vista inconciliables, concurrían en el fecundo y excéntrico vate de Hinojedo, á quien nuestra historia literaria ha olvidado malamente, porque en condiciones nativas fué superior á muchos, y en influencia fuera de su tierra sólo Zorrilla, Espronceda y Tassara pueden aventajarle entre nuestros románticos.

Cuando Velarde llegó al Perú después de haber residido algún tiempo en la isla de Cuba, ya había escrito algunos de sus mejores versos: la *Despedida á Santander*, *El Pico de Teide*, la *Meditación en la isla de Pinos*, todos los cuales coleccionó en un tomo publicado en Lima en 1848, con el título de *Flores del Desierto*. Redactó, además, durante dos años, un semanario de literatura, *El Talismán*, y se hizo tan notorio por los aciertos y esplendores de su musa, cuanto por el generoso ardor patriótico con que defendió el nombre de España, y por las rarezas de su irascible condición, que le atrajeron pesados lances, obligándole por fin á emigrar en 1855 á otras repúblicas, primero al Ecuador, después á Bolivia y á Chile, y finalmente á Guatemala, siempre con la frente erguida y el canto varonil en los labios: dejando por donde quiera admiradores y discípulos (1), halagado unas veces por la fortuna, reducido otras á la indigencia: raro personaje, sin duda, pero nunca vulgar ni indigno de su raza que tanta sangre y tanto sudor ha vertido en la América española. De su estancia en el Perú y repúblicas limítrofes datan las principales composiciones de Velarde: las valientes octavas con que en 1851 saludó *al pabellón español* en medio de los insultos y agresiones de la plebe de Lima, el canto descriptivo de *Los Andes del Ecuador*, el otro canto en alejandrinos *Á la cordillera de los Andes*, donde hay muestras de lo mejor y de lo peor de su estilo, y *La Última Melodía Romántica*, que por sí sola bastaría para acreditarle de gran poeta.

(1) Murió Velarde en Londres en 1881. La colección más completa que conozco de sus versos es la titulada *Cánticos del Nuevo Mundo*, impresa en Nueva York en 1860. Sé que en Londres publicó un nuevo tomo en 1871, pero no he llegado á verle. Serán probablemente de extrema decadencia, como los que en Torrelavega coleccionó después con el título de *La Poesía de la Montaña*.

En el Perú tuvo Velarde émulos, pero tuvo en mayor número apasionados fanáticos, sobre todo en la grey juvenil. Son los que Palma llama *bohemios* y cuyas memorias biográficas ha recogido con piadoso celo. Algunos de ellos, como el ilustre guayaquileño Don Numa Pompilio Llona, el mismo Palma, D. Pedro Paz-Soldán y Unanue *(Juan de Arona)*, D. Luis Benjamín Cisneros, D. Arnaldo Márquez (traductor de Shakespeare) y otros varios, viven (1). De los que han muerto diremos algo, guiándonos principalmente por las noticias del Sr. Palma, puesto que no de todos hemos logrado ver las obras completas, y otros ni siquiera las han coleccionado.

D. Manuel del Castillo († 1871), «vate tan incorrecto como sentimental», era arequipeño como Melgar, y á imitación suya, compuso *yaravíes*, de los cuales puede servir como muestra el siguiente, que tiene reminiscencias de uno de nuestros más bellos romances viejos:

Ya que para mí no vives,
¿Por qué te vas y me dejas?
Prenda querida:
Viviré como la viuda
Tortolica que ha perdido
Su compañía.
Como la nave agitada
Por los vientos, que resiste
Del mar las iras,
Es juguete de las olas,
Y sin arribar al puerto
Se hunde y abisma.
Como paloma que el nido
Vió en la selva, por el rayo
Hecho cenizas,
Y cuando huía gimiendo,
El cazador la acechaba
Con saña impía.

(1) Hoy todos ellos han fallecido, á excepción de D. Ricardo Palma, que prosigue deleitando con los primores de su ingenio á los numerosos apasionados de sus amenos escritos.

Sobre la literatura más reciente puede consultarse el libro de D. Ventura García Calderón, *Del Romanticismo al Modernismo. Prosistas y poetas peruanos*, Paris, Ollendorf, 1910.

Como árbol de fruto osado
Que enseñorea los prados
 Su lozanía,
Miró secarse su savia
Porque el agua le faltó,
 Que era su vida:
Así yo, querida prenda,
Seré tortolica viuda,
 Nave perdida.
Seré paloma sin nido,
Seré árbol de seco tronco
 Si te retiras (1).

D. Manuel Nicolás Corpancho (1830-1863), autor de dos dramas románticos, *El Poeta Cruzado* y *El Templario*, que nada tienen digno de alabanza más que la versificación, y de unos *Ensayos Poéticos* dados á luz en París en 1854, no tuvo tiempo para emanciparse de la imitación demasiado directa de Zorrilla, y sólo dejó versos armoniosos, pero sin carácter personal. Su ensayo épico *Magallanes* vale muy poco. La prematura y horrible muerte de Corpancho, á bordo de un buque que se incendió en alta mar, frustró las muchas esperanzas que en él se fundaban.

D. Clemente Althaus (1835-1881) aspiró á la pureza clásica, sin conseguirla más que de lejos (2). Es bastante correcto en la forma y,

(1) La colección de Castillo, dada á luz en 1869, lleva el título de *Cantos Sud-Americanos*.

(2) «Sigue direcciones en realidad diversas, por más que entonces se confundieran bajo el nombre general de clasicismo. Unas veces imita á Quintana, otras á los sonetistas italianos y españoles de los siglos XVI y XVII, otras á Fr. Luis de León, y otras, por fin, á los clásicos latinos; que en cuanto á los griegos, no parece haberse familiarizado con ellos.» (Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, pág. 98.)

El soneto *al Petrarca* me parece digno de citarse como feliz imitación del estilo del poeta toscano:

¡Bendita sea la feliz tibieza,
Con que, celosa de su pura fama,
Pagó tu amor la aviñonesa dama
Que igualó su virtud con su belleza!
¡Benditos el rigor y la esquiveza
Que acrisolaron tu amorosa llama,
Y te valieron la gloriosa rama

en concepto de Palma, «el más académico de los poetas peruanos». «Como individuo (prosigue el mismo crítico), Althaus rayaba en excéntrico, y su pulcritud en afeminación... Se había creado para sí un mundo ideal, fantástico, y, naturalmente, mortificábanlo infinito las realidades de este mundo sensual y materializado». Althaus murió en París completamente loco. Hay dos colecciones de sus poesías, una de 1863 y otra de 1872 (1). Son versos atildados, limpios y cultos, pero con frecuencia fríos y secos. Esta regla tolera, sin embargo, felices excepciones. *El Último Canto de Safo*, que tiene acertadas reminiscencias de Leopardi, me parece la mas acabada de sus piezas líricas (2). Escribió también una tra-

Que hoy enguirnalda tu feliz cabeza!
Así Apolo, que á Dafne perseguía,
Cuando á abrazarla llega, sus congojas
Siente de un árbol la corteza toda.
Mas en sus venas la deidad doliente
Halla las verdes premiadoras hojas,
Digna corona de su altiva frente.

En los tercetos hay reminiscencia evidente del soneto de Arguijo: *Apolo y Dafne:*

Alentó la carrera, y ya vencida,
Cuidó tener de Dafne la dureza;
Tanto se le acercó el amante ciego;
Mas del piadoso padre dolorida,
Trocando en árbol su mortal belleza,
Burló sus brazos y avivó su fuego.

(1) Algunas de las *Poesías patrióticas* impresas en París, 1862, no están reproducidas en el voluminoso tomo de sus *Obras poéticas*, impreso en Lima, 1892.

(2) Á pesar de su extensión, reproducimos este canto, ya que no pudo entrar en nuestra *Antología*, por no haberle conocido á tiempo:

ÚLTIMO CANTO DE SAFO

La excelsa roca pisa,
De amantes desamados visitada,
Con planta no indecisa,
La lesbiana divina poetisa,
Del ingrato Faón enamorada.

Escucha en lo hondo y mira,
Impávida, agitarse en son horrendo,
Del mar la indócil ira;
Y por última vez pulsa la lira,
Al aire estos lamentos esparciendo:

«Adiós por siempre ¡oh vida!
Adiós ¡oh mundo! sin dolor ni llanto

Os doy mi despedida;
Que bien sé que en vosotros no se anida
Para Safo infeliz, sino quebranto.

Muerte anhelo, y cualquiera
La pena sea que al mayor pecado
En el Averno espera,
Jamás las ansias igualar pudiera
De un furibundo amor menospreciado.

Á los males sin cuento
Con que os abruma el que su eterna fiesta
Halla en vuestro tormento,
Es ¡oh mortales! único descuento,
Sola ventura que gozáis es esta:

Que si del hado impío
Fué decreto fatal el nacimiento,
Es rey vuestro albedrío
De acelerar, como acelero el mío,
De vuestras vidas el final momento.

Y que, si fué la entrada
Á la prisión oscura de la vida
Forzosa é ignorada,
Dogal y salto, y tósigo y espada
Siempre libre encontraron la salida.

Tú que las crudas penas
Que lloro lloras, yo á romper te enseño
Tus odiosas cadenas;
Á padecer tú mismo te condenas,
Sabiendo que eres de la muerte dueño.

Usa tu alto derecho,
Y, ó da veneno á la callada boca,
Ó el cuello á lazo estrecho,
Ó con agudo acero abre tu pecho,
Ó ven conmigo á la Leucadia roca.

No más tu pena aguarde:
Mas si escoges vivir, lloro no viertas:
Cesa, queja cobarde;
Culpa tuya será que se abran tarde,
Cautivo vil, de tu prisión las puertas.

Vive, vive, tolera
Tus fieros males, cada vez mayores,
Y la vejez postrera
Haga que apures tu desgracia entera,
Que mal ninguno de la vida ignores.

Morir, morir escojo,
Y rebelde al tirano omnipotente,
Me burlo de su enojo,
Y de la vida con desdén le arrojo
El falso funestísimo presente.

Y tú, mancebo ingrato,
Á quien de amor desesperada adoro,
Tú, á quien con insensato

Furor, mil veces convidé á mi trato,
Pospuesto el casto femenil decoro:

Vive feliz, si pudo *(a)*
Consentirlo á mortal el negro encono
Del destino sañudo:
Tu eterno desamor, tu desdén mudo,
Y mis tormentos todos te perdono.

No fué amarme en tu mano;
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano,
Que, con avara diestra, velo humano
Me dió, desnudo de beldad y hechizo.

El alma que era bella
No pudiste mirar: si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien á Safo triste desamparas.

Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca agota, hirviente espuma
Arrojando á lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.

Tu amenaza é insulto
Mirando estoy impávida; que calma
Es el ciego tumulto
De sus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracán dentro del alma.»

Dice la triste amante
Y se arroja veloz; la mar hinchada
Se abre y cierra sonante;
Y de las ondas á merced errante
Aquí y allí la leve lira nada.

(a) Cf. Leopardi, *Ultimo canto di Saffo:*

Ahi, di cotesta
Infinita beltà parte nessuna
Alla misera Saffo i numi e l' empia
Sorte non fenno ....
.... Alle sembianze il Padre,
Alle amene sembianze eterno regno
Diè nelle genti, e per virile imprese,
Per dotta lira o canto,
Virtù non luce in disadorno ammanto.

Morremo. Il velo indegno a terra sparto,
Rifuggirà l' ignudo animo a Dite;
E il crudo fallo emenderà del cieco
Dispensator de' casi ....
.... E tu cui lungo
Amore indarno, e lunga fede, e vano
D' implacato desio furor mi strinse,
Vivi felice, se felice in terra
Visse nato mortal ....

gedia clásica, *Antioco*, «más para leída que para representada» (1).

El mismo desastroso fin que Althaus tuvo otro notable lírico, don Adolfo García (1830-1883), que murió en la locura y en la miseria, y fué enterrado de limosna. Han sido muy celebradas sus quintillas *A Bolívar*, composición efectista del género de las décimas de nuestro López García *Al Dos de Mayo*; pero á mi juicio, los versos suyos que deben sobrevivirle son los de la elegante y delicada oda *Mis recuerdos* (2).

Diamantes y perlas y *Destellos y albores* se rotulan las dos colecciones poéticas de D. Carlos Augusto Salaverry (1813-1840), hijo del infortunado general y Presidente de la República, que fué fusilado en Arequipa por el *Protector* Santa Cruz. No afirmaré que sean *diamantes* y *perlas* todo lo que contiene el tomo de Salaverry, que no anduvo muy modesto en el título; pero sí que en aquellos versos *alborea* y *destella* un numen lírico más vigoroso que el de Althaus, y más seguro de sus fuerzas que el de García. Tiene buenos sonetos. Pero lo mejor que conozco de sus obras es la inspirada y sentida elegía *Acuérdate de mí*, á la cual pertenecen las siguientes estrofas:

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno;
¡Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí!

(1) Tiene el mismo asunto que la comedia de Moreto, *Á buen padre mejor hijo* (rivalidad amorosa del rey Seleuco y su hijo Antíoco).

(2) Dice Ricardo Palma, hablando de García, que «Calderón, Arolas y Víctor Hugo, eran sus ideales en literatura». Realmente su estilo es una taracea de imitaciones de unos y otros, pero de Calderón no veo influencia directa. Lo que predomina es la poesía romántica, especialmente la de Zorrilla y las Orientales de Arolas. De Víctor Hugo ha dejado algunas traducciones buenas, especialmente *Las dos islas*.

El tomo de sus *Composiciones poéticas* publicado en El Havre, 1872, no contiene sino una parte exigua de sus versos. Otros muchos quedaron inéditos, ó dispersos, en *La Revista de Lima*, *El Correo del Perú* y otros periódicos.

Ni hay queja al labio, ni á los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,
Vacío, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor:

Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse un tiempo en sus altares;
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor...

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio,
Qué la distancia de los altos montes?
¿Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí;

Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto á ti?

Si yo tus alas invisible veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
¡Tu sombra soy, y adonde vas te sigo
De tus huellas en pos!

Y en vano intentan que mi nombre olvides;
¡Nacieron nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

. . . .

Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa
Lágrimas de dolor;

Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y á pesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite mi amor.

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor á solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de ti;

Cuando veas que una ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo .
¡Acuérdate de mí! (1)

Salaverry dió culto también á las musas del teatro, pero con infeliz fortuna. Ninguno de sus dramas, incluso *Atahualpa*, que fué en su tiempo el más celebrado, sin duda por la fluidez de los versos, le ha sobrevivido (2).

Mucho más joven que los hasta aquí citados era D. Constantino Carrasco (1841 † 1877), partidario del americanismo en poesía, autor de una silva muy celebrada *Al Árbol de la quina*, conocedor de la lengua quichua, y traductor en verso castellano del famoso *Ollantay*, que se ha querido dar por antiquísimo texto dramático de dicha literatura, pero que, leído desapasionadamente, no parece, á lo menos en las traducciones, más que una imitación de las comedias españolas, hecha por algún ingenioso misionero del siglo XVII, y quizá de tiempo muy posterior. Si en esto erramos, nuestra ignorancia nos disculpe, pero no somos los únicos en opinar así, y en el Perú mismo no falta quien nos acompañe en tal creencia (3).

(1) *Albores y Destellos* (seguido de *Diamantes y perlas* y las *Cartas á un ángel)*. El Havre, 1871.—*Misterios de la tumba (poema filosófico)*. Lima, 1883.

(2) Compuso, además, *Abel, El bello ideal, El pueblo y el tirano, El amor y el oro*, y otras varias piezas, más de veinte.

(3) Las Composiciones de Carrasco fueron publicadas en colección, después de su muerte, por D. Eugenio Larrabure y Unanue *(Trabajos poéticos de Constantino Carrasco.* Lima, 1878). Contiene este grueso volumen, además de los versos originales, algunas traducciones de Ossián, Catulo, Marcial, Florian, La Motte Houdard y el portugués Bocage. Palma dice que Carrasco era medianamente conocedor del latín, griego, hebreo y quechua, siéndole familiares el italiano, el francés y el inglés. Su traducción en verso del controvertido *Ollantay*, está hecha en gran parte sobre una en prosa publicada en Lima, 1868, por el naturalista D. José S. Barranca. Pacheco Zegarra puso en francés el mismo drama: *Ollantay, drame en vers quechuas*, Paris, 1878, y de esta traducción procede otra castellana, Madrid, 1885, en la *Biblioteca Universal*.

«Hay tres opiniones sobre el origen del *Ollanta* ú *Ollantay*. Unos atribuyen la paternidad del drama á D. Antonio Valdés, cura de Sicuani, muerto

El estudio detenido de las colecciones, muy raras en Europa (si es que alguna completa existe), de la *Revista de Lima* y del *Correo del Perú*, podría acrecentar con bastantes nombres este catálogo (1).

el año de 1816, entre cuyos papeles se encontró por primera vez; pero existen manuscritos de época mucho más antigua que la de Valdés, como el del convento de Santo Domingo del Cuzco y el del cura Giustiniani. La segunda opinión supone que el *Ollantay* fué compuesto antes de la Conquista, casi en la misma forma en que hoy lo leemos, salvo algunas interpolaciones debidas á los copistas y transcriptores. Pero si los indios no conocían la escritura (puesto que los jeroglíficos estaban olvidados en el tiempo á que se refiere el *Ollanta)*, ¿cómo pudieron componer y conservar semejante pieza dramática? Los *quipus* no bastaban para esto. Por lo que de ellos sabemos, resulta que no servían sino para llevar estadísticas rudimentarias, cronologías vagas y secas, y mensajes cortos... Lo más racional y sensato será, pues, adoptar la última de las opiniones expresadas: suponer (mientras no se descubran nuevos indicios) que se trata de una obra posterior á la conquista y que su autor fué algún misionero versado en el quechua, ó algún indio ó mestizo conocedor del teatro español. Este incógnito poeta recogió la tradición indígena de *Ollanta* (que tal vez pudo ser antes materia de alguna corta representación escénica ó baile dialogado entre los indios), y sobre ella compuso su drama en el lenguaje cortesano de los Incas, evitó las alusiones al cristianismo y la colonia, é intercaló en la pieza ciertos cantos populares... No era raro que los religiosos españoles, principalmente los jesuítas, compusieran comedias en quechua y aimará, según lo declara Garcilaso en sus *Comentarios reales*, de cuyo testimonio no hay por qué dudar en este caso, pues no pudo engañarse ni mentir acerca de suceso tan conocido y próximo cuando él escribía». (Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú*, págs. 118-119.)

En el mismo sentido, y aun más radicalmente, resolvió la cuestión el general D. Bartolomé Mitre en su *Ollantay. Estudios crítico-históricos sobre el drama Quechua y la poesía pre-colombiana* (Buenos Aires, 1881), que es lo mejor que conocemos en esta materia.

(1) En la *Lira Americana, colección de poesías del Perú, Chile y Bolivia, recopiladas por D. Ricardo Palma* (París, Rosa y Bouret, 1865), y en la *América Poética*, de Cortés, pueden encontrarse muestras de los poetas peruanos posteriores á 1848.

Peruano fué, aunque vivió y escribió casi siempre en Europa, D. Juan Manuel Berriozábal, marqués de Casa-Jara, fecundo autor de libros de devoción en prosa y verso. En 1839 publicó un tomo de *Poesías Escogidas* de Lamartine *(El Crucifijo*, *El Hombre á Lord Byron*, el *Himno del Ángel después de la destrucción del Globo*, etc.); en 1841, una refundición de *La Cristiada* del P. Hojeda; en 1845 *La Reina de los Cielos*, colección de poesías á la Virgen, unas

Pero no hay duda que la literatura del Perú independiente no conserva ya entre las de la América del Sur el puesto de primacía que tuvo durante la época colonial. A par con la decadencia política ha ido la decadencia literaria: las brillantes excepciones de Pardo, Segura, Palma y *Juan de Arona* no hacen más que confirmar la regla. Lima no es hoy la cabeza y el corazón de la América del Sur, como lo fué en los tiempos del Virreinato. No parece sino que un triste presentimiento hizo andar á los peruanos tan reacios en asociarse al movimiento de emancipación, cuyos beneficios han sido para ellos tan caramente comprados. Bolívar empezó por despojarles del hermoso puerto de Guayaquil, y por crear definitivamente con las provincias del Alto Perú una nueva república. Chile rompió todos sus antiguos lazos de dependencia y se levantó con la heguemonía política del Sur, afirmándola después con guerras y anexiones, siempre desastrosas para sus vecinos. Pueblos que en la historia colonial habían sido secundarios y olvidados, como Venezuela y Nueva Granada, levantaron su cabeza ceñida con los laureles de la guerra de la Independencia, y se repartieron la herencia de Bolívar, asumiendo ante Europa la representación de la causa americana. La Argentina se engrandeció como por encanto con la inmigración europea y con la conquista del desierto. Entretanto, el Perú, materialmente enriquecido por el guano y el salitre, pero devorado por las facciones, iba descendiendo rápidamente en la escala política, á despecho de sus inmensos recursos naturales y del talento vivo y despierto de sus hijos. Pero quien tuvo retuvo, como dice el proverbio vulgar; y aunque Lima no sea ya la Atenas del Sur, y aunque Buenos Aires, Santiago de Chile, Bogotá y Caracas hayan sido centros más activos de cultura moderna, nadie podrá negar á aquella hermosa y desventurada ciudad, ni el prestigio de su tradición gloriosa, ni el haber

originales y otras traducidas de Silvio Pellico, Angelo Mazza y otros poetas italianos, con varias disertaciones en prosa; en 1850 *Observaciones sobre las bellezas literarias, históricas, profético-poéticas y religiosas de la Sagrada Biblia;* en 1851, *Poesías Sagradas;* en 1858, *Poesías religiosas.* Todos estos libros acreditan más su piedad que su literatura, pero los más antiguos alcanzaron la alta honra de ser elogiados por Balmes en un extenso artículo de su revista *La Sociedad* (1844).

conservado en lengua y costumbres el sello español, que suele ser en América el único y verdadero americanismo: aquel especial matiz de ingenio castizo y de chiste indígena que avalora todas las producciones festivas de la musa peruana, desde las letrillas y sátiras de D. Felipe Pardo hasta las comedias de Segura, las *Tradiciones* de Palma y las humorísticas poesías de Paz-Soldán: un no sé qué indefinible de gracia desenvuelta y no pensada, que á cualquier español hace mirar con cariño y simpatía á aquellos que, bajo el antiguo régimen fueron, entre todos los criollos, los hijos mimados de España, tan españoles en todo, hasta en algunos de sus defectos y flaquezas.

X

BOLIVIA

Esta república, creada por la voluntad omnipotente de Simón Bolívar en obsequio al equilibrio que él pensaba establecer entre los estados de la América del Sur, no tiene historia independiente en la época colonial, ni mucho menos tradiciones literarias. En ella entraron las comarcas del Alto Perú (antiguas intendencias de la Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra, con el desierto de Atacama), las cuales, después de haber formado parte integrante del imperio de los Incas, dependieron del virreinato de Lima hasta 1778, en que se creó el de Buenos Aires, limitado por el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico. Este carácter híbrido domina en la moderna historia de Bolivia, que, según las circunstancias, aparece como un apéndice de la del Perú ó de la del Río de la Plata, sin haber podido afirmar todavía su carácter ni su política propia dentro de la variedad americana (1). Por otra parte, la población europea está allí en exigua minoría: sólo una sexta parte, contra cuatro quintas de población india y otra de población negra.

La carencia de grandes centros de población y la falta de puertos importantes, hacen de esta república una de las menos abiertas de América al trato y comunicación intelectual con los extraños. No

(1) El territorio de Bolivia quedó notablemente menguado después de la guerra con Chile, que le despojó de su única provincia litoral (1882). El Paraguay y Bolivia tienen en litigio la soberanía del Chaco Boreal.

creemos, en vista de tan adversas circunstancias, unidas al continuo estado de anarquía y luchas civiles en que ha vivido esta república, que su producción literaria sea grande; pero lo que sí podemos afirmar es que á Europa apenas han llegado las obras de ningún autor boliviano.

Y sin embargo, esta región, á primera vista tan iliteraria, estuvo á punto de ser visitada en el siglo xvi nada menos que por Miguel de Cervantes, que en memorial de Mayo de 1590 pedía á Felipe II que «le hiciese merced de un oficio en las Indias de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del Nuevo Reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, *ó corregidor de la ciudad de la Paz*» (1). Si Cervantes hubiese conseguido esta vara, ¿quién sabe si Bolivia podría ufanarse hoy con ser la cuna del *Ingenioso Hidalgo*?

Otros ingenios, de menos cuenta sin duda, pero de buen estilo y de buen tiempo visitaron el argentífero cerro del Potosí, á cuyas raíces se había fundado una población que á principios del siglo xvii llegó á contar 150.000 habitantes, y hoy (si no extinguida, venida muy á menos la labor de las minas), escasamente llegan á 15.000, según dicen (2). Entre los aventureros y arbitristas que, atraídos por la codicia del mineral y no ajenos de conocimientos metalúrgicos, acudieron á aquel fabuloso venero de riqueza pocos años después de su descubrimiento, hubo de contarse el vate lusitano Enrique Garcés, natural de Oporto, que al igual de otros muchos compatriotas suyos de la centuria décimosexta, nunca usó en sus obras más lengua que la castellana. Decíase Garcés inventor de cierto procedimiento para beneficiar la plata por medio del azogue (3).

(1) Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 313.

(2) Sobre el Potosí en la época colonial véase el interesante y ameno libro de D. Vicente G. Quesada, *Crónicas Potosinas. Costumbres de la Edad Medieval Hispano-Americana* (París, 1890).

(3) Vid. Maffei y Rua Figueroa, *Apuntes para una biblioteca española de Mineralogía*, t. I, pág. 277, y, sobre Garcés como poeta, el *Catálogo Razonado Biográfico y Bibliográfico de los Autores Portugueses que escribieron en castellano*, por D. Domingo García Peres (Madrid, 1890), pág. 249.

«Gasté no poca parte de vida y hacienda (decía él mismo á Felipe II) en descubrir y entablar en el Pirú el azogue y beneficio de plata con él. Dí después algunos avisos en materias diferentes, como fué lo de la plata corriente, que allí pasaba por moneda de ley conocida, á lo cual, por vuestra christiana clemencia fuiste, señor, servido, de proveer de remedio, mandando no se tratase sino con plata ensayada ó con moneda acuñada, y aunque por ello fuí notablemente molestado, nada será parte para que dexe de proseguir en lo que todo el mundo os debe.»

No parece que ni sus avisos de buen gobierno ni sus advertencias metalúrgicas enriqueciesen á Garcés, puesto que habiendo enviudado se hizo presbítero, y fué á morir de canónigo en la catedral de México, dedicando sus últimos días al cultivo de las letras. Hay de él dos traducciones en verso, de *Los Lusiadas* de Camöens y del *Cancionero* del Petrarca, y una en prosa del libro de Francisco Patricio: *Del reyno y de la institución del que ha de reynar, y de cómo deve averse con los súbditos y ellos con el.* Los tres libros, vertidos respectivamente del portugués, italiano y latín, aparecen impresos en el mismo año, 1591, porque el autor, sin duda, los mandó simultáneamente á España. Entre los versos laudatorios que la traducción del Petrarca lleva, los hay del famoso navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, bien infelices por cierto. Suenan también en los preliminares del libro los nombres de Sancho de Ribera, poeta arequipeño, del Licdo. Villarroel (¿de Potosí ó de Quito?), de Fr. Jerónimo Valenzuela y Fr. Miguel de Montalvo, del Licdo. Emanuel Francisco, de un cierto *Adilón*, y de varios anónimos que presumo que serían americanos ó residentes en América. Uno de los panegiristas alude á la invención metalúrgica de Garcés en estos términos:

Enrique, que al Ocaso enriqueciste
Con el instable azogue que has hallado...

Tal invención ó divulgación, si es que realmente fué el primero en hacerla, honra á Enrique Garcés más que sus versos incorrectos, desabridos, mal acentuados muchas veces, llenos de italianismos y de lusitanismos, como quien calca, servilmente, en vez de traducir

de un modo literario, y no se hace cargo de la diferencia de las lenguas. Lo más curioso que para nuestro objeto contiene su libro de *Los Sonetos y Canciones del Poeta Francisco Petrarcha*... (1) es una canción del traductor, á imitación de la que principia *Italia mia, ben che'l parlar sia indarno*, dirigida á Felipe II quejándose de los vejámenes de que eran víctimas los colonos del Perú, y especialmente de la mala ley de la plata que allí circulaba:

Y, en fin, ello ha parado
En desterrar de aquí la plata pura,
Y agora una mixtura
Quieren que tome el pobre jornalero,
Que es plomo, estaño y cobre sin estima...
. . . . (2).

(1) En Madrid, impreso en casa de Guillermo Droy, 1591.

(2) A este mismo asunto se refieren dos cartas de Garcés al Virrey Don Francisco de Toledo, fechadas en 24 y 30 de Noviembre de 1574, y de las cuales, por no haberse puesto el remedio que deseaba, envió copia al Consejo de Indias. Hállase en el códice I-57 de la Biblioteca Nacional, *Memorias y Gobierno de las Minas de azogue del Perú.*

No ha de omitirse aquí que el más insigne de los antiguos mineralogistas españoles, Alvaro Alonso Barba, natural de Lepe, en la provincia de Huelva, fué cura de la San Bernardo en la imperial ciudad del Potosí desde 1624, y allí compuso su clásica obra *Arte de los metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los de oro y plata por açogue: el modo de fundirlos todos, y cómo se han de refinar y apartar vnos de otros.* (Madrid, imprenta del Reino, 1640). Los preliminares de esta edición no han sido reproducidos en ninguna de las siguientes (Aprobación del gremio de azogueros de la villa de Potosí, fecha en 15 de Marzo de 1637. Comunicación de D. Juan de Lizarazu, Presidente de la Audiencia de la Plata, remitiendo el manuscrito al Concejo en 1.º de Marzo del mismo año. Carta de Barba á D. Juan de Lizarazu, «poniendo en sus manos el Tratado que escribió por su orden, para que como cosa »suya disponga lo más conveniente», y dándole gracias por haber asistido personalmente á los «ensayes de caxones y pruebas de los metales por azogue »y fundición», ayudándole con su gran saber en estas materias).

Sobre las ideas científicas é invenciones metalúrgicas de Alvaro Alonso Barba, vid. Maffei y Rua Figueroa, *Biblioteca Minera*, tomo 1, págs. 61-65; Luanco, *La Alquimia en España*, tomo 1. Barcelona, 1889, págs. 139-149; Carracido, *Estudios histórico-críticos de la Ciencia Española*, Madrid, 1897, páginas 128-143.

Otro poeta, portugués de origen y sevillano de nacimiento, llamado Duarte Fernández, pasó de Lima al Potosí á principios del siglo XVII, y de él dijo la poetisa anónima:

> Y un tiempo fué que en tu Academia viste
> Al gran *Duarte*, al gran *Fernández* digo,
> Por cuya ausencia te has mostrado triste:
> *Fué al cerro donde el Austro es buen testigo*
> *Que vale más su vena que las venas*
> *De plata, que allí puso el cielo amigo.*
> *Betis se ufana que éste en sus arenas*
> *Gozó el primero aliento*, y quiere parte
> El Luso de su ingenio y sus Camenas.

No se le puede confundir con Duarte Díaz, autor de un poema de *La Conquista de Granada* (1590) y de un raro volumen de *Varias obras poéticas* en portugués y en castellano, porque de éste consta que era natural de Oporto; pero puede muy bien ser el Licdo. Enrique Duarte, autor de un prólogo que antecede á las *Rimas de Hernando de Herrera* en la edición de Francisco Pacheco (1619).

Pero quien verdaderamente enriqueció aquel cerro con venas de poesía más preciosas que la plata de sus entrañas, fué el sevillano Luis de Ribera, uno de tantos excelentes y olvidados ingenios de nuestro siglo de oro, el cual en 1.º de Marzo de 1612 firmaba en Potosí la dedicatoria de sus *Sagradas Poesías* á su hermana doña Constanza María de Ribera, monja profesa del hábito de la Concepción (1). «Libro precioso y de lo mejor que se ha escrito en su línea (dice con razón D. Bartolomé J. Gallardo). Ribera es castizo y elegante poeta; su dicción y estilo saben más al siglo XVI que al XVII; sus versos tienen el sabor dulce y suave de los del M. León y la lozanía de los de Herrera y demás de la escuela sevillana. El gusto

(1) *Sagradas Poesías de D. Luis de Rivera, dirigidas á la Señora Constanza María de Rivera, su hermana, Monja profesa en el hábito de la Conceción... Año 1612, impreso en Sevilla por Clemente Hidalgo*, 4.º.

La mayor parte de las poesías de este tomo, que es muy raro, han sido reproducidas en el *Romancero y Cancionero Sagrados*, de D. Justo de Sancha (t. XXXV de la *Biblioteca de Autores Españoles*, págs. 56-67 y 277-289).

del autor es muy severo y clásico: nada de oropel ni argentería: oro macizo. Sólo me disuena la mezcla que usa en la elegía sexta *(De la entrada y triunfo de Cristo en el cielo el día de su gloriosa Ascensión)* de las divinidades paganas con los serafines..., pero aun así hay siempre gran pompa y boato poético» (1).

Además de estos poetas forasteros, tuvo la villa imperial de Potosí un versificador local, llamado Juan Sobrino, de quien el historiador D. Bartolomé Martínez y Vela, en sus *Anales* inéditos de aquella ciudad minera (1771), transcribe algunas décimas y otros fragmentos. Población en donde el oro y la plata corrían á raudales y el fausto y la ostentación habían llegado á extremos de delirio, no podía carecer de fiestas escénicas; y las tuvo en efecto, muy desde el principio, alternando con las justas y pasos de armas, con las procesiones y lujosas cabalgatas, máscaras, torneos, costosas galas, toros, sortijas, saraos y banquetes soberbios, de que las crónicas del Potosí, que parecen cuentos fantásticos, nos dan razón á cada momento (2). La raza vencida tomaba parte en estos festejos, y había representaciones mixtas de castellano y quichua, según apunta con muy curiosos pormenores Martínez Vela (3):

«Dieron principio con ocho comedias: las cuatro primeras repre-

(1) Contiene este precioso tomo 107 sonetos, de los cuales 87 han pasado al de Rivadeneyra, seis canciones (D. Justo Sancha sólo reprodujo tres), seis elegías en tercetos, reimpresas todas, y varias traducciones que no lo han sido, á saber: del *Te Deum;* del cántico de David, *Dominus petra mea;* de los salmos 5.°, *Verba mea auribus percipe;* 20.°, *Domine in virtute tua;* 64.°, *Te decet hymnus, Deus;* del cántico de la Virgen, *Magnificat anima mea*; del cántico de Simeón, *Nunc dimittis servum tuum.*

Este olvidado cuanto excelente poeta religioso, merecía atento y particular estudio, pero aquí no podemos dedicársele, porque no es nuestro intento examinar analíticamente las obras de los españoles que pasaron á Indias, sino de los que nacieron allí.

(2) He visto citadas dos historias, en verso, del Potosí, compuestas en el siglo XVII por D. Diego de Guilléstegui y D. José Velázquez, pero no las conozco.

(3) Citado por Quesada, *Crónicas Potosinas*, t. I, pág. 305. Es lástima que el Sr. Quesada omitiera dato tan importante como el de la fecha de estas fiestas dramáticas.

sentaron con singular aplauso los *nobles indios.* Fué la una el origen de los monarcas Ingas, del Perú; en que muy al vivo se representó el modo y manera con que los señores y sabios del Cuzco introdujeron al felicísimo Manco-Capac 1.º á la regia silla; cómo fué recibido por Inga (que es lo mismo que grande y poderoso monarca) de las diez provincias que con las armas sujetó á su dominio, y la gran fiesta que hizo al Sol en agradecimiento á sus victorias. La segunda fué los triunfos de Huaina Capac, undécimo Inga del Perú, los cuales consiguió de las tres naciones, Changas, Chuncios, Montañeses y del señor de los Collas; á quien una piedra despedida del brazo poderoso de este monarca, por la violencia de una honda, metida en las sienes, le quitó la corona, el reino y la vida: batalla que se dió de poder á poder, en los campos de Hatun Colla, estando el Inga Huaina Capac encima de unas andas de oro fino, desde las cuales le hizo el tiro. Fué la tercera las tragedias de Cusihuascar, duodécimo Inga del Perú; representándose en ella las fiestas de su coronación; la gran cadena de oro que en su tiempo se acabó de obrar, y de que tomó este monarca el nombre; porque *guascar* es lo mismo en castellano que soga del contento; el levantamiento de Atahuallpa, hermano suyo, aunque bastardo; la memorable batalla que estos dos hermanos se dieron en Quipaypán; en la cual, y de ambas partes, murieron ciento y cincuenta mil hombres; prisión é indignos tratamientos que al infeliz Cusihuascar le hicieron; tiranías que el usurpador hizo en el Cuzco, quitando la vida á cuarenta y tres hermanos que allí tenía, y muerte lastimosa que hizo dar á Cusihuascar, en su prisión: representóse en ella la entrada de los españoles en el Perú, prisión injusta que hicieron de Atahuallpa, décimotercio Inga de esta monarquía; los presagios y admirables señales que en el cielo y aire se vieron antes que le quitasen la vida; tiranías y lástimas que ejecutaron los españoles con los indios; la máquina de oro y plata que ofreció porque no le quitasen la vida, y muerte que le dieron en Cajamarca. Fueron estas comedias (á quienes el capitán Pedro Méndez y Bartolomé de Dueñas les dan título de sólo representaciones) muy especiales y famosas; no sólo por lo costoso de sus tramoyas, propiedad de trajes y novedad de historias, sino también *por la elegancia del verso mixto del idioma castellano con el indiano.*»

Del pomposo aparato de estas representaciones puede formarse idea por este relato del mismo cronista, que aunque prolijo, es muy curioso:

«Iban por delante muchos indios con varios instrumentos de música y cajas españolas. Tras ellos venían doscientos indios, en hileras de á cinco hombres cada una, vestidos de pieles de vicuña, con guirnaldas de sauce en la cabeza, y cañas de maíz con sus hojas y mazorcas en las manos; y detrás traían en hombros unas andas de grandor considerable; en medio de ellas estaba un globo, la mitad dorado, y la otra mitad plateado, en cuyo rededor estaba mucha variedad de árboles, plantas, flores y frutos; denotando la fertilidad de este nuevo mundo, y cubierto de oro y plata conforme en todo á su natural. Luego se seguían, en varios acompañamientos, todas las naciones de indios que habitan esta América Meridional del Perú, llamada por los españoles Nueva Castilla y Nueva Toledo. Iban las naciones cada una con sus propios trajes; cuyos principales estaban cabalgados en leones, otros en tigres, otros en cocodrilos (llamados en estas Indias caimanes) y otras varias y horribles fieras; formadas unas de metal y otras de madera, todas en muy vistosas andas, pintadas en ellas sus hazañas. Tras de éstos venían otras cuadrillas de indios vestidos de pluma, paja y algodón, tañendo y cantando á su modo y en su idioma. Luego se seguían por su orden todos los Ingas del Perú, desde el famoso Manco Capac hasta el valeroso Sayri Tupac, que había molestado á los españoles, vecinos del Cuzco y de Huamanga, con sangrientas guerras. Venían todos en andas doradas, sentados en aquellas sillas que usaban, de una pieza, con espaldar levantado y sin brazos, que llamaban *tianas*, y eran de finísimo oro... Los indios que acompañaban á cada Inca iban vestidos con ricas camisetas, mantas y *llaytus* en sus cabezas, trayendo cada uno los instrumentos y obras que dieron fama á sus monarcas. En el acompañamiento del Inca Huascar traían el recuerdo de aquella gran cadena de oro que se acabó en su tiempo á costa de sus tesoros, la cual salía á ser vista; rodeaban con ella las andas y persona real, levantada en los hombros de los caballeros que llamaban *orejones;* y era tan grande, que de trecho en trecho la sustentaban trescientos hombres; y cuando doblaban el acompañamiento (que era en día se-

ñalado) acortaban los trechos y entraban seiscientos hombres, unos en pos de otros. Pero quien más se señalaba entre los Ingas de este paseo era el soberbio Atahuallpa (que hasta en estos tiempos es tenido en mucho de los indios, como lo demuestran cuando ven su retrato), el cual venía en unas andas de forma piramidal, vestido de una riquísima camiseta, toda cuajada de perlas y piedras preciosas.»

Viene luego una minuciosa descripción del traje de Atahuallpa, «que por ser semejante, sin quitar ni añadir cosa alguna, lo cuentan en sus historias el capitán Pedro Núñez y Bartolomé de Dueñas».

Las especiales condiciones de vida social en que se encontraban los territorios del Alto Perú, sin más población española que la atraída por la devoradora fiebre de las riquezas y por la explotación de los grandes yacimientos metalíferos, impidió que allí floreciese durante el período colonial ningún escritor de monta, si se exceptúa al cronista de la orden de San Agustín en el Perú, Fr. Antonio de la Calancha, que era natural de Chuquisaca (1).

(1) *Corónica moralizada del Orden de San Avgvstin en el Perú, con svcesos egemplares vistos en esta monarquia. Dedicada á Nuestra Señora de Gracia, singular Patrona i Abogada de la dicha Orden. Compvesta por el mvy Reverendo Padre Maestro Fray Antonio de la Calancha, de la misma Orden i Difinidor actual. Dividese este primer tomo en quatro libros: lleva tablas de Capitulos, i lugares de la sagrada Escritura. Año 1638... En Barcelona, por Pedro Lacavalleria, en la calle de la Libreria.*

—*Corónica moralizada de la provincia del Perú del orden de San Augustin nuestro Padre. Tomo segundo. Por el R. P. Maestro Fr. Antonio de la Calancha, Difinidor de la dicha provincia y su Coronista. Dedicala á la Ss.ma Virgen María, en su milagrosa imagen del célebre santuario de Copacavana. En Lima. Por Jorje López de Herrera, impressor de libros. Año de 1653.*

Este tomo segundo, que al parecer no acabó de imprimirse, puesto que faltan los libros 3.º y 4.º y el 2.º está incompleto, saltando desde él al 5.º que comprende la historia del Santuario de Copacavana, es de la más extraordinaria rareza (Vid. René Moreno: *Biblioteca Peruana,* Santiago de Chile, 1896, tomo 1, pág. 108; íd. *Bolivia y Perú*, *Notas históricas y bibliográficas*, Santiago, 1901, reimpreso en 1905).

En esta segunda Parte consta que Fray Antonio nació en 1584, en la ciudad de la Plata, ỹ que murió en 1.º de Marzo de 1654, de una apoplegía. Era hijo del capitán Francisco de la Calancha y de D.ª María de Benavides.

Pocas crónicas monásticas hay tan importantes para la historia de las cos-

No por razón de la patria, puesto que era toledano, sino por la materia, debe citarse á otro historiador monástico del siglo XVII, Fr. Diego de Mendoza, autor de la importante *Crónica de la provincia de San Antonio de los Charcas.*

Allí existía una universidad (1), que en el siglo XVIII llegó á ser de las más famosas del Nuevo Mundo. Un historiador argentino (2)

tumbres coloniales y de los ritos y supersticiones de los indígenas, como la del P. Calancha. Su lectura atrae y entretiene muchas veces á pesar de la estupenda credulidad milagrera y de su estilo barroco é intemperante. Tenía todos los vicios de la decadencia literaria, pero no le faltaba imaginación pintoresca, que en ocasiones le sugiere frases felices. Su libro merecía reimprimirse extractado, aligerándole de las impertinentes *moralidades* que á cada paso embarazan el curso de la narración.

Hizo el P. Calancha algunos versos. Sobre ellos me comunicó D. Marcos Jiménez de la Espada la noticia siguiente:

—*Historia del célebre Santuario de Nuestra Señora de Copacavana, y sus Milagros, é Invención de la Cruz de Carabuco. A Don Alonso Bravo de Sarabia y Sotomayor, del Abito de Santiago, del Consejo de Su Magestad, Consultor del Santo Oficio, y Oydor de Mexico. Por el P. J. Alonso Ramos Gavilán, Predicador, del Orden de N. P. S. Agustín.* Año 1621. (Escudete grabado en madera con el emblema agustiniano). *Con licencia en Lima; por Jeronymo de Contreras*, 4.°, VIII + 432 y 4 folios finales.

«En el último de los folios de principios, al pie de un grabado en madera, que representa la Virgen de Copacavana, hay estas dos quintillas, compuestas por Fr. Antonio de la Calancha y dedicadas á Fr. Alonso Ramos:

Dos milagros más verán
En tu obra peregrina,
Donde en toda paz están
Una paloma divina
En manos de un gavilán.
Y porque el otro veamos
Para gloria más crecida,
En autor y libro hallamos
Al fruto y árbol de vida,
Colgado de vuestros ramos.

(1) En América ha habido, y no sé si aún dura, la manía de alterar, principalmente por motivos políticos, los nombres de las ciudades y aun de los estados, como en España los de las calles. Para un lector europeo no será inútil saber que Chuquisaca, Charcas, La Plata y Sucre son nombres de una misma ciudad, capital hoy de la república de Bolivia.

(2) Don Vicente Fidel López.

dice de ella lo siguiente: «La Universidad de Charcas irradiaba su esplendor sobre las *provincias de abajo* hasta las orillas del Plata, y era por lo mismo el foco del saber y de la grande enseñanza; no de una enseñanza circunscrita á la letra de los textos, sino de una enseñanza iniciadora, que sin estar en el claustro mismo, había penetrado en el espíritu de los estudiantes y se había apoderado de la juventud que tomaba sus grados doctorales en ella, como lo prueban un sin número de hombres, Moreno, Monteagudo, Agrelo, Molina, Medina, Pérez, Terrazas, Serrano, Gorriti, Castelli, Passo, López, Patrón y muchísimos otros hijos de las provincias del Alto Perú que brillaron en la revolución por sus luces y por sus ideas adelantadas. Charcas fué en el último siglo de la colonia un centro de elevada y trascendental iniciación, que dió á la educación literaria el espíritu revolucionario y los gérmenes de una nueva época» (1).

Aquella generación, sin embargo, tan fecunda en jurisconsultos, estadistas y hombres de acción, no produjo en Bolivia ningún poeta. El más antiguo que conocemos de este siglo, apenas puede ser calificado de boliviano más que por la casualidad del nacimiento, puesto que por educación fué español, y por origen de familia y por residencia definitiva, chileno. Me refiero á D. Ventura Blanco Encalada, que nació en la ciudad de la Plata el 14 de Julio de 1782, por hallarse su padre de magistrado en aquella Audiencia, de donde pasó muy pronto á la de Buenos Aires. Educado en España D. Ventura, y Guardia de Corps en sus mocedades, se afrancesó durante la guerra de la Independencia, y en 1820 entró al servicio de la república de Chile, que le confió importantes cargos, entre ellos el de ministro de Hacienda. Fué íntimo amigo de D. José Joaquín de Mora, á quien se parecía mucho en sus aficiones literarias y en el humor jovial y festivo, si bien con mucho menos estro. En la colección definitiva de los versos de Mora (que dista mucho de ser completa) hay una epístola y una elegía dedicadas á Blanco Encalada. Otra mucho más notable ha dado á conocer D. Miguel Luis Amunátegui en uno de

(1) *Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852.* Nueva edición. Buenos Aires, 1911, tomo I, página 561.

sus curiosísimos libros sobre la Historia literaria de Chile (1). No fué fecundo Blanco Encalada: una traducción de la *Mérope* de Voltaire, representada en el teatro de Santiago de Chile en 1828, y muy elogiada por Mora, pero no impresa nunca, y al parecer perdida; una epístola en verso suelto al mismo Mora, correcta y aliñada si se prescinde de las inoportunas asonancias que ningún poeta americano de entonces esquivaba, ni siquiera Olmedo, ni siquiera Bello; alguna oda frigidísima en sáficos ó en estrofas de Francisco de la Torre; algunas fábulas, letrillas y sátiras políticas, es todo su matalotaje literario, no muy notable ni por la abundancia ni por la calidad, aunque digno de tenerse en cuenta por ser tan escaso todavía el caudal poético de Chile en su tiempo. Tuvo buen gusto, amó el arte y alentó á los principiantes: no se le puede conceder más elogio que éste.

Alguna parte cabe á D. José Joaquín de Mora en la cultura poética de Bolivia, puesto que en su vida errante á través de las repúblicas del Sur, residió allí tres años, de 1834 á 1837, á la sombra del famoso presidente D. Andrés Santa Cruz, que intentó dar á su país la heguemonía en el Sur, mediante el establecimiento de la Confederación Perú-Boliviana (2). Fué Mora gran secuaz de este proyecto, y

(1) *La Alborada Poética en Chile después del 18 de Septiembre de 1810. Santiago de Chile, 1892*, págs. 431-435.

Colaboró Blanco Encalada en *El Mercurio Chileno*, revista fundada por Mora.

Tradujo é hizo representar en Santiago en 1852 *La Marquesa de Senneterre*, comedia de Mélesville y Duveyrier. Falleció en 13 de Junio de 1856.

(2) Vid. *Mora en Bolivia*, por D. Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1897). Contiene este opúsculo curiosas noticias y documentos recogidos en parte por el bibliófilo boliviano D. Gabriel René Moreno, que se los comunicó á Amunátegui.

Mora, nombrado catedrático de literatura en la Universidad de La Paz, inauguró su curso en 15 de Diciembre de 1834 con una extensa oración, la cual terminaba con rendidos homenajes al Presidente Santa Cruz, que además de haberle conferido su magisterio oficial, le proporcionó amplios recursos para abrir un Colegio Normal de segunda enseñanza en la misma ciudad. Para sus clases publicó en 1835 un texto de Gramática Castellana, que difiere poco de los de la Academia y de D. Vicente Salvá, y del cual todavía se hizo un compendio en 1850. En 1846, diez años después de la vuelta de Mora á Europa, se reimprimieron en La Paz sus *Cursos de Lógica y Ética según la escuela de*

como secretario del General redactó, por encargo suyo, *El Eco del Protectorado*, periódico oficial de la Confederación, y la *Exposición de los motivos que asisten al Gobierno protectoral para hacer la guerra al de Chile*, en contestación al *Manifiesto de Chile*, que había escrito D. Felipe Pardo, emigrado á la sazón en Valparaíso. Además, Mora dió algunas enseñanzas de humanidades en la Universidad Mayor de San Andrés de la Paz de Ayacucho, y compuso en Bolivia una parte muy considerable de sus *Leyendas Españolas*. Él mismo apunta en una nota de la leyenda titulada *Una Madre*, que la escribió en la hacienda de Cotaña... situada en el valle del mismo nombre, en el departamento de la Paz, república de Bolivia, á las faldas del Nevado de Illimani, «la más alta montaña de todo el Nuevo Mundo después del pico de Sorata» (1).

Y como sin disputa alguna son las *Leyendas Españolas* lo mejor de Mora, y lo que conserva en pie su fama de poeta, introductor en nuestro Parnaso de un nuevo género de narraciones románticas entremezcladas de digresiones humorísticas al modo del *Beppo* y del *Don Juan* de Byron, siempre dará honra á Bolivia el haber sido

Edimburgo, publicados en Lima en 1832; y todavía en 1865 servía de texto en las tres Universidades bolivianas su pequeño *Curso de Derecho Romano*, extractado de Heineccio.

Entre los versos compuestos por Mora en Bolivia, y que faltan en la colección de sus obras, son notables una fábula dedicada á la mujer del Protector Santa Cruz, y el valiente *Canto épico á la batalla de Yanacocha* (13 de Agosto de 1835), ganada por aquel caudillo contra el ejército peruano del general Salaverry. Este canto iguala ó supera al de Juan Cruz Varela *á la batalla de Ituzaingó* y tiene rasgos dignos de Olmedo en el *Canto de Junin*. Se publicó suelto en La Paz de Ayacucho, 1835, imprenta del Colegio de Artes. También D. Emilio Mora, hijo de D. José Joaquín, celebró la misma batalla en un canto en octavas reales, impreso en el Cuzco.

En 1838, Santa Cruz envió á Londres á Mora con el carácter de cónsul general de la Confederación Perú-Boliviana, y su agente diplomático oficioso, cargos que desempeñó hasta la derrota de su protector en la batalla de Yungai (20 de Enero de 1839), y consiguiente disolución de aquel efímero Estado federal.

(1) *Leyendas Españolas, por D. José Joaquín de Mora*, Londres y París, 1840, pág. 591.

cuna de uno de los mejores libros de versos castellanos del siglo pasado.

Pero no parece que Mora dejase muchos discípulos en Bolivia. La *América Poética*, de Gutiérrez, impresa en 1846, sólo da entrada á dos ingenios de aquella República: D. Mariano Ramallo y D. Ricardo Bustamante (1).

(1) En el estudio de D. Gabriel René Moreno, que se citará después, se da noticia bibliográfica de varios versificadores y poetastros bolivianos de la mitad del siglo XIX; pero son tales, á juzgar por las muestras, que quitan hasta la gana de consignar sus nombres. No haremos otra excepción que la de D. Mariano Salas, antiguo empleado de la Casa de Moneda y del Banco de Rescates de Potosí, por ser acaso su *No me olvides* (título evidentemente tomado de Mora, que había dado en Londres varios libritos análogos) la más antigua colección de poesías publicada en Bolivia (dos cuadernos impresos en Potosí, 1838). Pero parece que no todas las composiciones son de Salas. Tradujo, además, algunas poesías de Lamartine, entre ellas *El Crucifijo*. Sus versos son abominables, y D. Juan María Gutiérrez, que se los había pedido porque gozaban de cierta fama, no sólo se abstuvo de poner nada de ellos en su *América Poética*, sino que hizo un auto de fe con el tomo en la trastienda de *El Mercurio*, de Valparaíso. Todavía son peores, si cabe, los del presbítero D. Hilarión Padilla Atoche.

Como humanista, aunque malo, y cultivador infeliz de la poesía latina, se cita al Dr. D. José Manuel Loza, vocal de la Corte Superior de La Paz, Cancelario de su Universidad, Codificador de la Nación, Ministro de Instrucción Pública, y autor, entre otros opúsculos en prosa y verso, de un *Canto lírico en memoria de los constantes y heroicos esfuerzos del Alto-Perú durante la guerra de quince años por la independencia americana. Escrito en metro latino por el doctor don José Manuel Loza, y traducido al verso castellano por el doctor R. Z. Contiene notas curiosas, históricas y geográficas, y un examen crítico literario sobre el mérito de la obra* (que su autor ó traductor compara modestamente con la canción de Herrera á la batalla de Lepanto). *Sucre, 1855, imp. de López.* Los *Opúsculos poéticos latinos*, del mismo Dr. Loza (2.ª edición corregida y aumentada por el autor, La Paz, 1859), han servido de texto en los colegios de la República, cosa que parece increíble, atendidas las faltas métricas que en ellos se observan.

Sobre este Dr. Loza consigna una curiosa anécdota D. Gabriel René Moreno (*Revista de Buenos Aires*, tomo XVII, pág. 538).

«Un distinguido escritor europeo, que medita vastos proyectos de alianza intelectual, moral y social entre los pueblos de raza latina para contrabalancear, en las lides de la civilización moderna, el engrandecimiento amenaza-

Del Dr. Ramallo (n. 1817), natural de Oruro, graduado por la Universidad de Chuquisaca, Rector del *Colegio Bolívar* y profesor de Derecho y Ciencias políticas en la Universidad de la Paz de Ayacucho, sólo se insertan unas octavillas tituladas *Inspiración*, y una composición, también romántica, en variedad de metros, que lleva por nombre *Una impresión al pie del Illimani*. Son ensayos harto triviales; pero el poeta fué adelantando algo, á lo menos en corrección, en otras piezas suyas que he leído en *La Lira Americana*, de Palma (1865), y en la *América Poética*, de Cortés. El *Epitalamio de los Bardos* y los versos *Á mi hija Natalia* me parecen las más aceptables; pero en ellas, como en las demás, es visible la penuria de ideas y de estilo; y si este poeta no hizo otra cosa mejor, bien puede quedar en olvido.

No así D. Ricardo J. Bustamante, que era todavía muy joven cuando se publicó la primitiva *América Poética*, donde sólo aparece de él la inevitable *Oda á Bolívar*, ensayo de toda musa americana inexperta. Bustamante (n. 1821), que recibió su educación en Buenos Aires y en París, y á quien las tormentas políticas obligaron á vivir alejado de su patria casi siempre, es hasta ahora el principal hombre de letras que ha producido Bolivia. En 1879 decía de él el *Repertorio Colombiano*, probablemente por la pluma de su egregio director D. Miguel A. Caro: «Bustamante se hace siempre notar por la delicadeza de sus sentimientos, por su inspiración feliz y por

dor y creciente de las razas del Norte, dió en París, ahora nueve años (se escribía esto en 1868) un banquete á varios sud-americanos notables. El general Belzú fué uno de los escogidos de aquél cenáculo. Después de los postres, el sabio comenzaba ya á desenvolver su gran pensamiento sobre las razas latinas, cuando interrumpiéndole el expresidente de Bolivia, le dijo: «Bolivia, señor, no puede meterse en eso, porque el único que allá sabe latín es el Dr. Loza.»

Como cultivadores de la poesía religiosa en el Alto Perú, cita el Sr. René Moreno á Fr. Gregorio Cintora: *Actos de atrición y contrición en verso*, 2.ª edición, aumentada con los *Deseos del Paraíso. Versión métrico-parafrástica del salmo «Miserere»* (Sucre, 1852 y 1853); al Ilmo. Sr. Alzamora, *El salmo «Miserere» compuesto en devotas décimas* (La Paz, 1857), y á Bernardo José Guevara, hermano lego de la Real Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, de la ciudad de La Plata, *Afectos del alma al pie de la Cruz* (1853). Este último pertenece al siglo XVII; ignoro la época de los otros dos.

la galanura de su estilo... Ha cultivado con éxito casi todos los géneros literarios; pero habiéndose consagrado especialmente á la poesía lírica, su reputación estriba en las pocas composiciones suyas que algún amigo ha publicado, y que la prensa americana se ha apresurado á reproducir. A esas producciones y á la estimación que de él hicieron siempre Ochoa, Escosura y otros literatos españoles, debe la merecida distinción, que en Bolivia sólo él ha obtenido, de ser nombrado individuo correspondiente de la Real Academia de la Lengua. Tiene inéditos casi todos sus trabajos, porque nunca ha escrito para el público, ni por afán de gloria literaria, sino para dar libre vuelo á su imaginación, atormentada por terribles sufrimientos, ó para inculcar en sus hijos el amor á Dios y á la virtud» (1). Dos delicadas poesías de los últimos años de Bustamante, la *Bendición paternal á mi hija Angélica* y la *Plegaria*, bastan para acreditar la pureza de su gusto y el tesoro de honrados y cristianos sentimientos que se albergaban en su pecho. Pero aun los versos románticos de su mocedad, con ser de pura imitación, las orientales y baladas, la *Despedida del árabe á la judía después de la conquista de Granada*, *El Judío errante y su caballo*, se recomiendan por una sobriedad y un buen gusto raros en principiantes de entonces; la *Oda á la Libertad* tiene el mérito de apartarse bastante de las vulgaridades que parecen inexcusables en tal tema; y en el *Preludio al Mamoré* lucen brillantes condiciones de poeta descriptivo. Es de suponer que si las poesías de Bustamante se coleccionasen, habría en ellas otras cosas dignas de alabanza, aunque probablemente ninguna de primer orden (2).

(1) *Repertorio Colombiano*, vol. III, pág. 225.

(2) En el saqueo de la ciudad de La Paz, ocurrido en la revolución de 12 de Marzo de 1849, perdió tres cantos en octavas reales, que llevaba escritos, de un poemita que debía constar de seis con el título de *Los amores de un ángel*, cuyo tema era pronosticar la regeneración moral del mundo por medio de *la mujer*, personificación del espíritu de caridad cristiana, obligada á reparar, con su benéfica influencia futura, el mal inmenso de haber, con su influencia primitiva, precipitado á la humanidad de las delicias del Paraíso. D. Gabriel René Moreno (*Revista de Buenos Aires*, tomo XVII, 1868, pág. 546), dice que tenía en su poder la introducción de este poema, en diez octavas.

Inferiores, á juzgar por las pocas muestras que de sus poesías conozco, me parecen D. Manuel José Cortés (1811-1865) y D. Néstor Galindo (1830-1865). Lo menos endeble que he visto de Cortés es el *Canto á la naturaleza del Oriente de Bolivia;* pero su reputación no la debe á la poesía, sino á su *Ensayo sobre la historia de Bolivia* (1), y á sus trabajos de codificador y estadista (2).

D. Néstor Galindo, vate sentimental y fúnebre cuanto incorrecto en la lengua y en la rima, publicó en Cochabamba, el año 1856, un volumen de jeremiadas, al cual dió el título bien apropiado de *Lágrimas*, porque realmente es una inundación de ellas. De este tomo hicieron severa disección los hermanos Amunáteguis en su *Juicio Crítico* (3), y no hay para qué volver sobre su fallo.

De Galindo son estos cuatro disparatados versos, que creemos oportuno citar, no sólo como muestra de su estilo, sino para restituirle en justicia la paternidad de la metáfora que en ellos se contiene, y que con siniestra intención se ha achacado á otros ingenios de más alto vuelo:

Cansados ya los palpitantes miembros,
Muerta del alma la ilusión dichosa,
Sus alas de cristal, de oro y de rosa
Despliega la esperanza cual gacela (4).

(1) Imprèso en la ciudad de Sucre, 1861, imp. de Béeche.

(2) Vid. *Corona fúnebre del boliviano doctor Manuel José Cortés. Potosí, 1865, Tipog. Municipal.* Este cuaderno de 44 páginas contiene ocho composiciones en verso.

(3) *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año de 1859. Santiago, imprenta del Ferrocarril*, 1861, págs. 317-328.

(4) Vid. el extenso y curioso estudio del bibliófilo boliviano D. Gabriel René Moreno, *Biografía de Don Néstor Galindo*, en *La Revista de Buenos Aires*, publicada bajo la dirección de D. Vicente G. Quesada y D. Miguel Navarro Viola (tom. XVII, Buenos Aires, 1868, págs. 321-339 y 496-547.)

Nació Galindo en Cochabamba, en 23 de Enero de 1830. Hizo sus estudios de humanidades en el colegio *Sucre* de aquella ciudad, y cuando se hallaba próximo á terminarlos en 1848, hubo de pasar al Perú, acompañando en el destierro á su padre el general Galindo. Después de una corta residencia en

Muy pocos nombres, todavía más obscuros, pueden añadirse á los citados.

El magistrado D. Manuel José Tovar, autor de un poema lírico-

Lima, y otra más larga en el puerto de Tacna, donde contrajo una pasión amorosa que ha dejado mucha huella en sus poesías, pasó á Chile, y en un colegio particular de Valparaíso, dirigido por un Mr. Perey, se perfeccionó en el conocimiento de algunos idiomas vivos, entregándose con predilección á la lectura de los escritores románticos franceses, especialmente de Jorge Sand.

Á fines de 1851 regresó á su patria, en cuyas agitaciones políticas tomó bastante parte, á pesar de su carácter melancólico y retraído; siendo desterrado en 1855 por haber publicado un canto fúnebre á la memoria del general Ballivian, y proscrito en 1854 por haber tomado parte en un alzamiento militar contra la administración del general Belzú. Entonces compuso su poema *El Proscripto*, del cual sólo se conoce un fragmento que apareció en el *Cóndor* de Cochabamba, 3 de Mayo de 1856. Tanto en este periódico, como en la *Reforma* y la *Patria* de la misma ciudad, en la *Polémica* de la Paz, en el *Siglo* de Sucre, y en otros periódicos y folletos, hay bastantes poesías suyas posteriores á *Lágrimas*, y al parecer mejores ó menos malas que las de aquella colección. Cítanse con particular elogio unas octavas al *Pabellón Boliviano*, que se publicaron anónimas en Cochabamba, 1857:

¡Oh mano impía! La rasgada enseña
De tantas glorias, y victorias tantas,
Patriota el corazón, noble desdeña,
Que ya no es digna de ocupar las plantas.
Roto jirón que nada al alma enseña
Ni le recuerda sus memorias santas;
No es pabellón, ni enseña, ni bandera,
Ni aun divisa de imbéciles siquiera...

Quedó inédita su obra más extensa, *La Mujer*, poema lírico de tres mil seiscientos versos en variedad de metros. Los fragmentos que hemos visto no pasan de una medianía muy mediana.

Tradujo Galindo el *Adiós* de «Childe Harold», y otras estancias de Byron, y algunas poesías de Víctor Hugo, como *Esperanza en Dios* y *¿Dónde está la dicha?*

Fué uno de los fundadores de la *Revista de Cochabamba* (1852), primera de su género en Bolivia. Sólo alcanzó un año, y forma un tomo de 439 páginas, publicado en la imprenta de La Unión. La mayor parte de los artículos versan sobre navegación fluvial, legislación civil, agricultura, enseñanza é historia americana.

Colaboradores de esta *Revista* fueron, entre otros, D. José María Santibáñez, autor de una importante *Memoria sobre la Instrucción Pública en Bolivia*

descriptivo, *La Creación* (1), se suicidó en 1869. No conocemos su poema, pero sí versos líricos suyos, generalmente verbosos é insustanciales. Quizá los mejores sean los que dedicó á la poetisa ciega María Josefa Mujía:

Canta, paloma escondida;
No llores, no, la amargura;
Que si no ves la hermosura
Ni puedes un mundo ver,
Mil mundos resplandecientes
Te ofrece la fantasía...
Allí tienes claro un día
Y miras un sol nacer.
Tienes un ancho horizonte
Para ti solo extendido,
De noche un mar encendido,
Astros que el mundo no ve;
Praderas inmensurables
Que tu vista interna halagan,
Perfumes que te embrïagan
De las montañas al pie...
. . . .

De esta infeliz señora, á quien no incluímos en nuestra colección por no constarnos que haya pasado de esta vida, pero á quien su inmenso infortunio presta de todos modos la majestad solemne de la muerte, hay unos sencillos é inspirados versos, que quiero poner aquí, porque en su forma casi infantil tienen más intimidad de sentimiento lírico que todo lo que he visto del Parnaso boliviano:

(Cochabamba, 1851) y de varios opúsculos sobre cuestiones de límites con Chile, reformas del sistema monetario y proyecto de una ley de caminos; D. Rigoberto Torrico, joven profesor, que tradujo (del francés) la *Historia Universal* de Juan de Müller (Cochabamba, 1852) y la *Filosofía Elemental* de Damiron (La Paz, 1854), á la cual antepuso un prólogo en que expone sus principios de método filosófico (*a*); D. Benjamín Blanco, autor de una leyenda en variedad de metros, *La venganza de una mujer* (Cochabamba 1853) y de un poemita religioso, *María concebida sin mancha*, impreso en la misma ciudad diez años después; y algunos otros.

(1) Impreso en Sucre, 1863.

(*a*) Los amigos de este malogrado jóven publicaron en 1855 una *Corona fúnebre* á su memoria.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA

Árbol de esperanza hermoso,
En copa y ramas frondoso
Y elevado yo te vi:
Ora en el suelo tendido,
Destrozado y abatido
Te miro, ¡triste de mí!
Sin hojas y sin ramaje,
Marchito y seco el ropaje
De tu frescura y verdor;
!Cuán corta tu vida ha sido!
Contigo todo he perdido
De la fortuna al rigor.
En tu tronco yo apoyaba
Mi porvenir, y esperaba
Recoger tu fruto y flor;
Bajo tu sombra solía
Recrear mi fantasía
Y adormecer mi dolor.
Siendo de edad aún temprana,
En tu corteza yo ufana
Catorce letras grabé;
No eran dichas ilusorias,
Ni de amores ni de glorias
Las palabras que tracé.
Contigo se ha derribado
Todo el bien imaginado
Que el pensamiento creó;
Cual exhalación ligera,
Toda ilusión hechicera
Contigo ya se extinguió.
Era tierna tu corteza,
Tus raíces sin firmeza,
Débil tu tronco también;
Y así resistir no pudo
Del fuerte huracán sañudo
El recio soplo y vaivén.
Muerta mi dulce esperanza,
Todo ha sido ya mudanza
De la dicha á la aflicción;
Sólo viven la amargura,
El pesar y desventura
Dentro de mi corazón.

Figuran, además, en las antologías americanas de Palma, Cortés y Lagomaggiore (1), como poetas de Bolivia, D. Daniel Calvo, don Félix Reyes Ortiz, D. Luis Pablo Rosquellas (músico y poeta brasileño, pero que desde su infancia reside en Bolivia y ha escrito siempre en castellano), Doña Mercedes Belzú de Dorado, D. Luis Zalles, D. Tomás O'Cónnor d'Arlach y D. Benjamín Lens. Pero no teniendo dato acerca de la muerte de estos autores, y no conociendo sino muy pequeña parte de sus obras, no me aventuro á formular juicio alguno sobre este pequeño grupo poético (2). Quizá algún día, cesando la actual incomunicación literaria entre España y Bolivia, podrá ampliarse este estudio con las noticias que ahora se echan de menos (3).

(1) *América Literaria. Producciones selectas en prosa y verso, coleccionadas y editadas por Francisco Lagomaggiore.* Buenos Aires, 1883.—Hasta el presente no he podido proporcionarme la segunda edición, que al parecer es obra completamente nueva y riquísima de datos.

(2) D. Daniel Calvo, ministro que fué de Instrucción pública en Bolivia, es autor de dos tomos de poesías (*Melancolías*, 1851—*Rimas*, 1871) y de una leyenda *Ana Dorset* (1859).

D. Félix Reyes Ortiz, además de sus poesías, ha publicado varios libros de texto, entre ellos uno de *Ortología*, *Prosodia* y *Métrica*, y una introducción al *Estudio del Derecho.*

Doña Mercedes Belzú de Dorado, hija del desgraciado general Belzú, Presidente de Bolivia, y de la afamada novelista argentina Doña Juana Manuela Gorriti, reside ó residía en Arequipa, y además de sus poesías originales ha hecho algunas traducciones de Víctor Hugo, Lamartine y Shakespeare.

Luis Zalles se ha distinguido principalmente por sus versos festivos y sátiras políticas.

De Benjamín Lens hay un volumen publicado en 1861 con el título de *Flores de un día*, y cinco piezas dramáticas: *Amor*, *Celos y Venganza*, *El Hijo Natural*, *Borrascas del Corazón*, *La Mejicana* y *El Guante Negro.*

(3) Para los autores de fecha más reciente, debe consultarse la *Antología Boliviana*, de D. Fermín Rojas é hijo. Sólo hemos visto el tomo primero, dedicado enteramente á los escritores cochabambinos (Cochabamba, 1906), con retratos de los autores y un prólogo de D. Arturo Oblitas.

Esta *Antología* comprende prosistas y poetas. Los que figuran en este primer tomo, D. Mariano Baptista, D. Benjamín Blanco, D. Florián Zambrana, D. Félix A. del Granado, D. Julio Rodríguez, D. Adrián Pereira, D. Eufronio Viscarra, D. Demetrio Canelas, D. Luis F. Guzmán, D.ª Adela Zamudio, don

José Mendoza, D. José Aguirre Achá, D. Pablo y D. Manuel Céspedes, D. Manuel Paz Arauco, viven todos, ó vivían cuando el libro se publicó, y algunos de ellos son muy jóvenes.

Los editores prometen otros cinco tomos, el segundo dedicado todavía á los autores de Cochabamba, el tercero á los de Sucre, el cuarto á los de la Paz, el quinto á los de Oruro y Potosí, y el sexto á los de Tarija, Santa Cruz y el Beni.

XI

CHILE

La raza indígena, que tan escasa ó nula influencia ha ejercido en la literatura hispano-americana, tiene, no obstante, en la colonial de Chile una acción indirecta tan poderosa, que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron. Aquella estrecha faja de litoral, árido y pedregoso, que no podía excitar ni la codicia ni la imaginación de los aventureros, costó más para su conquista y conservación que todo el resto del continente americano, y aun hubo parte de ella que nunca fué enteramente domeñada. Una tribu de bárbaros heroicos gastó allí los aceros y la paciencia de los conquistadores, y manteniendo el país en estado de perpetua guerra, determinó la peculiar fisonomía austera y viril de aquella colonia, á la vez que ofrecía un tema casi inagotable á los primeros ensayos de sus ingenios. Toda la primitiva literatura de Chile, así en los poetas como en los historiadores y los arbitristas, no existe más que por la guerra de Arauco, y no habla más que de los araucanos. Si aquellos bárbaros no escribían versos ni componían historias, y sólo conocían la poesía y la elocuencia en sus formas más rudas y elementales, daban á lo menos continua ocasión, con las hazañas de su increíble resistencia, á que se multiplicasen los poemas y las historias de que ellos venían á ser héroes sin saberlo. Así se formó en tiempos plenamente históricos una literatura de temple muy épico, que contrasta con el carácter patriarcal y algo casero que las letras coloniales ofrecían por lo general en los pacíficos emporios de México y Lima, ó en las escondidas metrópolis de Quito y Santa Fe. Y aun en cierto sentido

puede decirse con D. Andrés Bello que «Chile es el único de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico». Ni hay tampoco literatura del Nuevo Mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con *La Araucana*, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció á un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la noble figura de Ercilla, mucho más cuando su poema sirvió de tipo á todos los de materia histórica, compuestos en América, ó sobre América, durante la época colonial.

Larga y vanamente se ha disputado sobre si tal obra cabe ó no dentro de la antigua categoría épica. Ante las modernas doctrinas sobre la epopeya, tal cuestión carece hasta de sentido. Ni *La Araucana* ni otro ningún poema moderno, ni, entre los antiguos, la *Eneida* misma, tienen nada que ver con un género primitivo, impersonal, propio de las edades heroicas y de las civilizaciones incipientes, como es la genuina epopeya. Tan imposible es producirla á sabiendas y tan ridículo intentarlo, como sería crear una mitología nueva ó inventar una nueva lengua. La epopeya pertenece al género de las creaciones espontáneas del espíritu humano, y las fuerzas que la engendraron no existen ya, ó están latentes, hasta que en un medio social adecuado, que el volver de los tiempos puede traer consigo, como le trajo en la Edad Media, logren manifestarse de nuevo.

Así, por ejemplo, muchos siglos después de haber muerto la epopeya clásica (sustituída por las exquisitas imitaciones literarias de Apolonio ó de Virgilio), los ignorados cantores del *Rolando*, del *Mio Cid* y de *Los Nibelungos*, pudieron ser tan épicos como los rapsodas homéricos, sin conocerlos ni enlazarse con su tradición en modo alguno.

En este concepto, hoy universalmente aceptado, claro es que Ercilla no merece rigurosamente el nombre de épico, pero tampoco puede decirse que lo sean Camoens, ni el Ariosto, ni el Tasso, ni Milton. La obra de cada cual de ellos constituye un nuevo tipo poético, que tiene su propio é individual valor, independiente en todo del de la antigua epopeya, por más que quisieran remedarla á veces,

aunque nunca de un modo tan sistemático como Virgilio lo intentó respecto de Homero. La originalidad y la riqueza de la gran poesía del Renacimiento son en esta parte visibles é innegables. ¿Por dónde puede encajar en el molde antiguo un poema como el *Orlando Furioso*, que no tiene principio ni fin, ni acción principal; que empieza por ser continuación de otro larguísimo poema, y que acaba dejando abierta la puerta á todas las continuaciones que puedan discurrirse y que, en efecto, se discurrieron? Y sin embargo, aquella inmensa novela en verso, en que la materia épica de los tiempos caballerescos aparece remozada por la más suave y penetrante malicia, y transformada por la invasión del naturalismo clásico, no deja de ser una de las obras más deleitables del ingenio humano, á la vez que el dechado de un género nuevo, que no es la parodia prosaica, sino el poema fantástico-irónico, en que la imaginación, libre de toda traba, se deleita con lo mismo de que parece burlarse. Por el contrario, el alma grande y melancólica del Tasso escribió el testamento de la caballería en un poema que de histórico apenas tiene más que el nombre y la apariencia, pero que vagamente respondía á aspiraciones de todo el mundo cristiano en el siglo XVI. Fué en Italia el poeta del segundo Renacimiento, como Milton en Inglaterra; Tasso con el espíritu de la reacción católica, Milton con el espíritu de la reacción puritana. Al procurar encerrar dentro del molde de la regularidad virgiliana, el uno la desordenada eflorescencia de la poesía novelesca, el otro la grandeza bíblica desfigurada por las espinas de la controversia teológica, creaban en realidad géneros nuevos, que conservaron vida hasta los tiempos de Chateaubriand y de Klopstock.

El lauro de la renovación de la poesía histórica correspondió en el siglo XVI á los peninsulares, á los españoles, en la más lata y tradicional acepción de la frase. No con frías composiciones de escuela como la *Italia Liberata*, del Trissino, sino con obras vivas y llenas del alma de la patria, dieron simultánea expresión Ercilla y Camöens, aunque por caminos diversos, y con méritos desiguales, á la poesía de las navegaciones, de los descubrimientos y de las conquistas ultramarinas, trayendo al arte nuevos cielos, nuevas tierras, gentes bárbaras, costumbres exóticas, hazañas y atrocidades increíbles.

Un Nuevo Mundo se abrió para el arte, casi un siglo después de haberse abierto para el arrojo y esfuerzo del pueblo ibérico. Camöens tuvo todas las ventajas del argumento, aparte de su propio genio, superior sin duda, aunque no en todo y por todo, al de su contemporáneo. Cantó empresa grande, extraordinaria y magnífica, capital en la historia de la humanidad, brillante en todos sus accesorios, aventura inaudita de un pueblo exiguo, lograda contra las iras del mar tenebroso, contra la potencia enorme, aunque caduca, de civilizaciones vetustísimas, no entre tribus salvajes y medio desnudas, sino en el país de los aromas y de las especerías, en el Oriente misterioso y sagrado, en los emporios de la Persia y de la India. Ercilla, por el contrario, de todo el grandioso cuadro de la conquista del Nuevo Mundo, no escogió por materia de su canto ni la épica ruina de la Ilión de los lagos, ni el ocaso del sol de los Incas, sino la conquista, en realidad frustrada, de «veinte leguas de término, sin pueblo formado, ni muro ni casa fuerte para su reparo», habitada por bárbaros sin nombre ni historia, hasta que él vino á darles la inmortalidad en sus versos.

Ni paran en esto las ventajas de Camöens y las desventajas de Ercilla. El primero acertó á condensar en un poema que tiene algo de cíclico, toda la historia real y fabulosa de su país, agrupándola con mucho arte en torno del hecho sobrehumano que constituye la más espléndida corona del pueblo portugués, y tras del cual empieza su irremediable decadencia. Ercilla se limitó á convertir en materia poética la exigua materia histórica con que le brindaba su argumento, y si alguna vez hizo excursiones fuera de ella, aun éstas tuvieron carácter de actualidad contemporánea, como las descripciones de las batallas de San Quintín y Lepanto, débilmente enlazadas, por lo demás, con su narración, aunque de tanto precio consideradas en sí mismas, que pasma la omisión que de ellas se ha hecho en una reciente edición chilena de *La Araucana*, que, sin embargo, merece estimación por lo correcto de su texto y por sus ilustraciones históricas. Si un espíritu adverso á España ha dictado estas mutilaciones, razón sobrada tendría para indignarse de ellas la sombra del poeta y fiel soldado de Felipe II, que no podía menos de sentir y pensar como pensaban y sentían todos los españoles

del siglo XVI, y piensan aún todos los que no han renegado de su casta (1).

De esta penuria á que voluntariamente se condenó el poeta por la limitación del tema escogido, nace también la monotonía de las escenas que describe, bélicas todas, y del mismo género de guerra.

(1) Alúdese aquí á la «edición para uso de los chilenos, con noticias históricas, biográficas i etimológicas puestas por Abraham König (Santiago de Chile, imprenta Cervantes, 1888)». Los treinta y siete cantos han quedado reducidos á treinta y dos, y el editor lo alega como mérito: «Ningún lector chileno se quejará de estas omisiones, que contribuyen á dar unidad é interés á la acción desarrollada en el poema. Eliminando lo que es inconducente, se consigue además otro propósito, que he tenido *en vista* desde el primer momento: hacer de *La Araucana un libro exclusivamente chileno.* Las supresiones enunciadas no amenguan su mérito histórico ó literario. La parte útil y bella se ocupa de Chile, lo demás es mediocre i accesorio». (Pág. IX.)

El mismo espíritu domina en la corta biografía del poeta, que da el señor König. Como tantos otros, toma al pie de la letra las lamentaciones con que el poema termina:

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma...

é infiere de ellas que el poeta había incurrido en el disfavor de Felipe II y que España le dejó morir en el abandono y en la pobreza más abatida.

¡Singular pobreza era la suya, en efecto! De su testamento resulta que en 1594, al tiempo de morir, tenía á su servicio doce personas: un paje, seis criados, un repostero, un mozo de plaza, un lacayo, una dueña y su hija, á los cuales deja cuatrocientos sesenta y dos ducados y dos mil trescientos sesenta reales, sin contar varios donativos en especie. A sus sobrinos deja legados por valor de más de ciuco mil ducados, además de rentas vitalicias. No se sabe á cuánto ascendía el fondo principal de su fortuna, del cual quedó su mujer por heredera universal; pero todavía hay que añadir á él varias mandas piadosas de mucha cuantía, especialmente una de diez mil ducados para ayudar á la fundación del convento de Carmelitas descalzas de Ocaña, donde él y su viuda debían recibir cristiana sepultura. Por cierto que el Sr. Ferrer del Río, que fué el primero que publicó estas noticias en la edición académica de *La Araucana* (tomo II, pág. 455 y siguientes), es de los más impertérritos en afirmar que «alguna poderosa enemistad embarazaba los adelantos de Ercilla, y *de juro* no era otra que la de D. García Hurtado de Mendoza, hijo del Marqués de Cañete». De este modo entienden y aprovechan algunos historiadores los mismos documentos que publican.

No hay en *La Araucana* ni una Inés de Castro, ni un Magricio, ni un Adamastor, ni una isla de los Amores, que vengan á recrear la fantasía con más apacibles paisajes ó más dulces afectos. Allí rueda sólo el carro de Marte, con el mismo son duro y estridente, durante treinta y siete larguísimos cantos. Las sombras de Tegualda, de Glaura, de Fresia, de Guacolda, pasan rapidísimas, y siempre mezcladas al fragor del combate y envueltas en el cálido vapor de la sangre. La naturaleza está descrita alguna vez, sentida casi nunca, salvo en el idilio de la tierra austral y del archipiélago de Chiloe. Las indicaciones topográficas de Ercilla son de una precisión y de un rigor matemáticos, al decir de los historiadores y geógrafos chilenos; pero no son gráficas, ni representan nada á la imaginación (1).

(1) La inferioridad de Ercilla en esta parte, no procede, en mi sentir, de que le faltasen condiciones de paisajista, sino de la poca importancia que en su tiempo se daba á lo que luego se llamó «color local». «Nada hace suponer en toda la epopeya de *La Araucana* (dice Alejandro de Humboldt) que el poeta haya observado de cerca la naturaleza. Los volcanes cubiertos de eterna nieve; los valles abrasadores á pesar de las sombras de los bosques; los brazos de mar que avanzan tanto en la tierra, apenas le inspiran nada que forme imagen.» (*Cosmos*, trad. de Galusky, Paris, 1855, tomo II, pág. 68.)

Es cierto que falta en las descripciones geográficas de Ercilla la curiosidad analítica, que luego mostraron otros poetas menos genialmente dotados que él. Al cabo, este arte ó artificio puede aprenderse. Pero lo que es ingénito y revela una organización poética privilegiada, es el instinto de asociar la naturaleza á la vida humana, no como espectadora muda, sino interviniendo, por decirlo así, en el conflicto épico. Este paralelismo está magistralmente sostenido en las varias descripciones del amanecer y del anochecer que hay en el admirable canto segundo *(La prueba del tronco)*:

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores:
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.
Con un desdén y muestra confiada,
Asiendo del troncón duro y ñudoso,
Como si fuera vara delicada,

¿Osaré decir que con todas estas razones de inferioridad, todavía en la narración de Ercilla, lenta, pausada, rica de pormenores expresivos, ingenua, y aun trivial á veces, pero grandiosa por la sencillez misma con que el autor se entrega á los altos y bajos de su argumento, sin pretender alterar sus proporciones ni realzarle con

Se le pone en el hombro poderoso.
La gente enmudeció, maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda,
Poniendo en su vitoria mucha duda.
  El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro día;
El sol las largas sombras acortaba,
Más él nunca decrece en su porfía:
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por esto flaqueza en él había:
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.
  Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmido y frío,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo lóbrego y sombrío...
  Por entre dos altísimos ejidos
La esposa de Titón ya parecía,
Los dorados cabellos esparcidos,
Que de la fresca helada sacudía,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmido humor reverdecía,
Y quedaba engastado así en las flores,
Cual perlas entre piedras de colores.
  El carro de Faetón sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado:
Las sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol: y el esforzado
Varón, el grave peso sosteniendo,
Acá y allá se mueve no cansado;
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer, corriendo á priesa.
  La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso más hermosa
A ver la extraña prueba en que paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero...
  Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedía,
Y un salto dió en lanzándole disforme,
Mostrando que aún más ánimo tenía...

artificios literarios, encuentro una plena objetividad, una evidencia humana, una vena épica abundante y majestuosa, que no descubro en la rápida y brillante ejecución de *Os Lusiadas*, que parecen una fantasía lírica sobre motivos épicos, ó más bien una galería de cuadros históricos que van pasando con la misma rapidez que las vistas de un estereoscopio? La lectura del poema de Camoens es tan fácil y amena, como dura y penosa la de *La Araucana;* pero la impresión poética que esta última deja, gana en intensidad lo que pierde en variedad y extensión. No hay poema moderno que contenga tantos elementos genuinamente homéricos como *La Araucana*, y no por imitación directa, puesto que Ercilla, cuando imita deliberadamente á alguien, es al Ariosto, ó á Virgilio, ó á Lucano (1), sino por

(1) Del primero nada pudo tomar en cuanto al fondo, puesto que desde el primer verso hizo profesión de contraponer su materia épica á la que el poeta ferrarés había cantado:

> No las damas, Amor, no gentileza
> De caballeros canto enamorados,
> Ni las muestras, regalos y ternezas
> De amorosos afectos y cuidados...
> . . . .
> *Le donne, i cavalier, l'arma, gli amori,*
> *Le cortesie, l'audaci imprese io canto.*

Más adelante mitigó algo este rigor, á lo menos en teoría (*Canto* XV):

> ¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
> ¿Qué verso sin amor dará contento?
> ¿Dónde jamás se ha visto rica vena
> Que no tenga de amor el nacimiento?
> No se puede llamar materia llena,
> La que de amor no tiene el fundamento;
> Los contentos, los gustos, los cuidados,
> Son, si no son de amor, como pintados.
> Amor de un juicio rústico y grosero
> Rompe la dura y áspera corteza;
> Produce ingenio y gusto verdadero,
> Y pone cualquier cosa en más fineza.
> Dante, Ariosto, Petrarca y el ibero (*a*)
> Amor los trujo á tanta delgadeza;
> Que la lengua más rica y más copiosa,
> Si no trata de amor, es disgustosa.

Pero su temperamento poético era tan diverso del de Ariosto, que sólo han podido encontrarse en pasajeras coincidencias, alguna comparación, algún

(*a*) Probablemente Garcilaso.

especial privilegio, debido en parte á la índole candorosa y sincera del poeta, que era él propio un personaje épico, sin darse cuenta de ello, y vivía dentro de la misma realidad que idealizaba; y en parte á la novedad de las costumbres bárbaras que él describe y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las de las edades heroicas. No sabemos á punto fijo si fué invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere á los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con dotes y sentimientos mora-

rasgo descriptivo. Fué, sin embargo, el poeta moderno que más leyó, y el que más pudo servirle para aprender el mecanismo de la octava. Pero le faltaban precisamente las condiciones que en el Ariosto sobresalen: facilidad, ligereza, gracia.

Contra lo que generalmente se cree y afirma, Ercilla imitó mucho más á los poetas latinos que á los italianos, como ha notado perfectamente Ducamin. Es cierto que rechaza la versión virgiliana del episodio de Dido, para sustituirla con otra no menos fabulosa, que no necesitó buscar en Justino ni en la *Crónica general*, puesto que se encuentra en otras muchas partes, especialmente en el capítulo LX de las *Genealogiæ deorum* de Boccaccio, que Ercilla parece haber tenido muy presentes, lo mismo que el *Trionfo della castità* del Petrarca. Pero en la descripción de los juegos (canto X), en la de la tempestad (cantos XV y XVI), en el alarde y muestra general del ejército araucano (canto XXI), es imposible dejar de reconocer al joven humanista, versado en la lectura de la *Eneida* y que la imita libre, no servilmente. Á quien no sólo imita sino que traduce al pie de la letra (caso raro ó más bien único en él), es al cordobés Lucano, y precisamente en un episodio que desde antiguo había entrado en la poesía castellana por docta industria de Juan de Mena, á quien no creo que resulte superior Ercilla en este lugar. La enumeración de las maravillas que tenía en su cueva el mágico Fitón (*Araucana*, canto XXIII), reproduce punto por punto el hórrido inventario de la hechicera de Tesalia (*Phars.*, VI, vers. 642 y siguientes, combinado con algunos versos del libro IX), aunque sin el cuadro de *necromancia*, que le da fantástico y siniestro complemento en el poeta hispano-latino. Ducamin ha hecho el cotejo, y en su edición puede verse. No encuentro justificada la observación del mismo crítico respecto del posible parentesco entre las heroínas de las tragedias de Séneca y las Tegualdas y Glauras de *La Araucana*, aun reconociendo que abusan de las sentencias sutiles y de las declamaciones oratorias.

les impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, é inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad ó con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero, á tal punto que *La Araucana* ha estado pasando por una crónica hasta nuestros tiempos, y hoy mismo que la historia de Chile está tan explorada por la diligencia de sus hijos con ayuda de ótros documentos más positivos y prosaicos, es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico, aun por los que dudan de aquellas circunstancias que sólo en Ercilla constan.

Tres cosas hay, capitales todas, en que Ercilla no cede á ningún otro narrador poético de los tiempos modernos: la creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios (1), pues sabido es que

(1) Ercilla no olvida en sus descripciones, así colectivas como individuales, el influjo recíproco de lo físico y lo moral, y parece que adivina ó presiente algo de lo que hoy llamamos psicología étnica. La pintura del primitivo pueblo araucano, los retratos de los principales caudillos, Tucapel, Lautaro, Rengo, Orompello y sobre todo Caupolicán, indican esta tendencia, que se conforma muy bien con la índole realista del poeta:

Son de gesto robusto, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de niervos bien fornidos;
Ágiles, desenvueltos, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De fríos mortales, hambres y calores.
No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni extranjera nación que se jactase
De haber dado en sus términos pisada;
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada:
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre y de cerviz erguida.
(*Canto* I.)

Era este noble mozo de alto hecho,
Varón de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero, riguroso, justiciero;

los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el mismo caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra) (1); las descripciones de batallas y encuentros personales, en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, á pesar de su extraordinario número (2); las comparaciones tan felices, tan ex-

De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
En casos de repente reportado.
(*Canto* II.)

(1) Quizá se ha exagerado la malquerencia de Ercilla contra D. García. Las líneas con que traza su figura, los sentimientos que le atribuye, nada tienen de antipático, y concuerdan bastante bien con la realidad histórica. Si le pinta arrebatado, violento é irreflexivo á veces, la culpa es en parte de sus pocos años, que no pasaban de veintiuno. *Materialmente* ocupa en el poema el lugar que no podía negarse al general en jefe, cuyo valor era notorio; pero *moralmente* es cierto que aparece como un personaje secundario, que de ningún modo puede considerarse como el héroe de la epopeya. En esto y no en otra cosa pudo consistir la venganza de Ercilla.

(2) Imposible es citar ninguna entera por su mucha extensión, pero algunas octavas bastarán para mostrar el mérito eminente de Ercilla como pintor de batallas, que es su mayor timbre artístico:

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltas las riendas y los pies batiendo,
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo,
Hacen gemir y retemblar el suelo.
Cargan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaran las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado,
Dejando al escuadrón aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando

presivas, tan varias y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente afe-

Infinidad de puntas enhastadas
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente...
Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas piezas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas...
(*Canto* IV.)

Según el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada;
Tiembla en torno la tierra y se estremece,
De tantos pies batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada;
Que en ancho remolino al cielo sube,
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.
(*Canto* XXI.)

El mismo vigor se observa en las descripciones de tempestades y naufragios:

En esto una gran nube tenebrosa,
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:
Salta Aquilón con fuerza procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargara más espesas.
En escura tiniebla el cielo vuelto,
La furiosa tormenta se esforzaba,
Agua, piedras y rayos, todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad, horrenda tanto,
Que á los más esforzados puso espanto...
(*Canto* IV.)

Algún pasaje de exquisita belleza, que sorprende más por lo inesperado, prueba que Ercilla era capaz de describirlo todo, aun lo más delicado y menos terrorífico:

Vi una mansa corcilla junto al río,
gustando de las yerbas y el rocío.
Púdelo bien hacer; que en las quebradas

rradas tenía sus raíces en la madre naturaleza (1). Las arengas de Ercilla han sido también muy celebradas, pero confieso que, en general, me gustan menos. Si la desesperada fiereza de Galvarino, después del horrible suplicio de cortarle los manos, el juvenil ardimiento de Lautaro y la serena magnanimidad de Caupolicán, vencedora de los tormentos y de la muerte, se expresan con enérgicos acentos, confieso que el famoso razonamiento de Colocolo, tan ponderado por Voltaire (que seguramente no había leído otra cosa de *La Arau-*

Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacía tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.
(*Canto* XXIII.)

(1) Por donde quiera que se abra *La Araucana*, se tropieza con símiles admirablemente expresados. Unos pocos proceden de Virgilio ó del Ariosto, ó pertenecen al fondo común de la epopeya clásica, pero otros son originales, y todos aparecen remozados por lo pintoresco y preciso del detalle. Los toma con predilección de la caza de montería y de las luchas de animales. Véanse algunos ejemplos:

Cual suelen escapar de los monteros,
Dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos;
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos:
Con no menor codicia y pies livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.
(*Canto* III.)

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos;
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos,
Cubiertos de un humoso espeso aliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento.
(*Canto* IV.)

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas

cana), me ha dejado siempre frío, me parece un trozo de retórica prosaica, y tengo hasta por blasfemia compararle con los discursos del viejo Néstor. Pero mejores ó peores, no ha de tenerse por impropiedad de Ercilla el haber puesto tan largas arengas en boca de salvajes. Todos los historiadores convienen en que los habitantes del valle de Arauco eran muy dados á la oratoria, y la cultivaban á su manera, y la daban grande importancia en sus deliberaciones, «usando (dice el P. Olivares) de vivísimas prosopopeyas, hipótesis,

Por los chirridos la prisión entienden;
Las batidoras alas recogidas,
A darle ayuda en círculo descienden:
El bárbaro escuadrón de esta manera
Al rumor endereza la carrera.
(*Canto* VI.)

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos,
No pueden, aunque quieren, aguijallos.
(*Canto* VI.)

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban ni detienen,
Dan las vacías paso á las cargadas:
Así los Araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.
(*Canto* VII.)

De la suerte que el tigre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante, súbito y furioso,
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, así le aprieta,
Que le oprime, le rinde y le sujeta...
(*Canto* X.)

Como parten la carne en los tajones
Con los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros,

reticencias é interrogaciones retóricas». Ercilla, pues, en esto, fué fiel al color local. No creemos que lo fuese tanto en los afectos de ternura y fidelidad conyugal que presta á las mujeres indias, tipo convencional que él introdujo por primera vez en el arte. Aquí es donde las reminiscencias de sus lecturas clásicas son más evidentes. Guacolda, la amada de Lautaro, habla como Dido en el libro IV de *La Eneida*. Tegualda, buscando en el campo de batalla el cadáver de su esposo, trae en seguida á la memoria el bello episodio de Abradato y Pantea en *La Cyropedia*, de Xenofonte.

Así es la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.
(*Canto* XIV.)

Como la osa valiente perseguida,
Cuando la van monteros dando caza,
Que con rabia sintiéndose herida
Los ñudosos venablos despedaza,
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejón desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
La dan ancho lugar escarmentados.
(*Canto* XIV.)

Por la falda del monte levantada
Iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo:
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y la alta frente.
(*Canto* XXII.)

Acaso se dirá que el procedimiento es monótono. Pero como en el poema las comparaciones no están acumuladas, sino repartidas á convenientes distancias, cada una de ellas hace el efecto de un bajo relieve ó de un repujado. *La Araucana* es un libro de segundo orden por su viciosa construcción, por su falta de amenidad y otros graves defectos, pero lo que pierde en el conjunto lo gana en los pormenores, como puede decirse también de Bernardo de Balbuena y de los demás épicos nuestros, con la sola excepción acaso del P. Hojeda, que *compuso* mejor por la índole de su argumento, que le obligaba á proceder con más cuidado y reverencia.

Creemos superfluo insistir en la crítica de *La Araucana*, que puede considerarse definitivamente hecha por varios críticos, de autoridad clásica, tales como Quintana, Martínez de la Rosa y D. Andrés Bello. Todos convienen en que el arte de contar (por más que casi siempre se cuenten las mismas cosas) está llevado en *La Araucana* á un grado de perfección á que llegan muy pocos libros, ni en verso ni en prosa. Todos aplauden asimismo la diáfana pureza de su estilo, en que apenas se encuentra expresión que en el curso de tres siglos haya envejecido. Y todos se lamentan á una de que tan buenas prendas estén afeadas por el desaliño frecuente de la versificación, que en Ercilla es rastrera cuando no es perfecta, y por lo desmayado y trivial de muchas locuciones prosaicas á que le arrastraban su facilidad increíble y el mismo desembarazo familiar de su estilo, al cual debió, por otra parte, bellezas de orden muy nuevo. Tal como es, si no lleva la palma á todos nuestros poemas del siglo XVI, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos respectos sin duda le aventajan, es *La Araucana* el mejor de nuestros poemas históricos, y fué sin duda la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada á la dignidad de la epopeya (1).

(1) Creemos de todo punto superfluo dar aquí noticia de las numerosas ediciones de *La Araucana*, trabajo realizado ya con esmero por D. José T. Medina, en su *Biblioteca Americana*. (Santiago de Chile, 1888). Las tres partes de que el poema consta, fueron apareciendo sucesivamente en Madrid, en casa de Pierres Cosin y de Pedro Madrigal, años 1569, 1578 y 1589. De este mismo año es la primera edición en que las tres partes se imprimieron juntas. Entre las posteriores, merecen especial recuerdo la de Madrid, 1597, *en casa del licenciado Castro*, con algunas enmiendas que se atribuyen al autor mismo; la de 1733, por Francisco Martínez Abad, en folio, única que contiene la *quarta* y *quinta* parte de Santisteban Osorio; la de Sancha, 1776, que es de las más elegantes; la de 1828, por D. Miguel de Burgos, de más modesta forma, pero que en corrección tipográfica la vence; la de Gaspar y Roig, 1854, que tiene el mérito singular de haber reproducido las variantes de las dos primeras y rarísimas de 1569 y 1578, buen ejemplo que no siguió D. Antonio Ferrer del Río en la edición de la Academia Española, de 1866, que debía haber sido la mejor de todas, y resultó una de las más endebles, hasta por el

Fué, además, como queda dicho, el primer libro en verso sobre cosas de América, puesto que los rudos ensayos que en el Perú se habían hecho antes no llegaron á imprimirse. En cambio, el aplauso con que *La Araucana* fué recibida desde el punto y hora de su aparición, hizo surgir una literatura entera de poemas histórico-ultramarinos, más notable en verdad por la abundancia que por el valor de sus frutos. Sin contar las imitaciones menos directas como *El Peregrino indiano*, *La Mexicana*, *Las Armas antárticas*, y *La Argentina*, tenemos respecto de Chile, nada menos que cinco poemas de grande extensión: la *Cuarta y quinta parte de la Araucana*, de D. Diego Santisteban Osorio; el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; las *Guerras de Chile*, de D. Juan de Mendoza; el *Purén indó-*

defecto inexcusable de haber omitido todos los preliminares de las antiguas (*ejusdem furfuris* es la de D. Cayetano Rosell, en el tomo I de *Poemas Épicos*, de la colección Rivadeneyra, 1851); y, finalmente, la de Santiago de Chile, 1888, por Abraham König, muy bien anotada y útil para estudio, pero con el grave inconveniente de presentar un texto mutilado de cuanto expresamente no se refiere á la guerra de Arauco.

Hay dos traducciones francesas de *La Araucana:* la de Gilibert de Merlhiac, *L'Araucana, poëme heroï-comique traduit pour la première fois et abrége du texte espagnol*, 1824, y la de Alejandro Nicolás, *Traduction de L'Araucana*, Paris, Delagrave, 1869, dos volúmenes. C. M. Winterling puso nuestro poema en octavas alemanas, *Die Araucana aus dem Spanischen des Alonso de Ercilla zum ersten Mal übersetzt* (Nüremberg, 1831).

La biografía de Ercilla, que tiene épocas muy obscuras, puede decirse que está por escribir aún. El *Elogio* del licenciado Mosquera de Figueroa, compuesto en 1585, que suele acompañar á las ediciones antiguas, es una declamación retórica que nada enseña. En los manuscritos genealógicos del cronista Esteban de Garibay se consignan algunas especies interesantes. Ferrer del Río, en el prólogo é ilustraciones de la edición académica, reduce á compendio el erudito pero indigesto embrión, que con el título de *Vida de Don Alonso de Ercilla*, dejó entre sus borradores D. José de Vargas Ponce á su fallecimiento, ocurrido en 1821. Este trabajo, que todavía merece leerse, y en que no faltan algunas genialidades propias de la índole chancera y festiva de su autor, ha sido impreso muy tardíamente en las *Memorias de la Real Academia Española*, tomo VIII, Madrid, 1902, págs. 1-135. Ferrer del Río había dado á conocer algunos documentos de Simancas ignorados por su predecesor; cuatro cartas de Ercilla á D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, y extractos del testamento del poeta. En el *Boletín de la Real Academia de la Historia*,

mito, de Hernando Alvarez de Toledo, y el *Compendio historial*, de Melchor Xufré del Aguila. Algunas de estas obras se limitan á poner en narración versificada esta ó aquella parte de la guerra; pero hay una, la más notable de todas, cuyo deliberado propósito fué volver sobre los pasos de Ercilla y vindicar á D. García Hurtado de Mendoza del supuesto agravio que Ercilla le había inferido no haciéndole héroe de su poema, como parece que cumplía á su condición de caudillo de aquella guerra, y á los méritos indudables de su gobernación. Ercilla había castigado, no con injusticia, sino con cierta especie de preterición desdeñosa, al violento y arrebatado mozo que, por el lance de la Imperial, había querido llevarle al patíbulo juntamente con su contrario D. Juan de Pineda (1). Pero no

tomo XXXI, 1897, págs. 65-220, se ha publicado la *Información que Su Majestad mandó hacer de la limpieza del linaje de D. Alonso de Ercilla, año 1571.* En el tomo XII de la misma colección, 1888, pág. 447, está la partida de bautismo del poeta, y en el XXVIII, 1857, págs. 5-27, su testamento íntegro. Pero todo ello es una gota de agua, comparado con la gran colección de datos y documentos sobre Ercilla que dejó reunida nuestro difunto amigo D. Cristóbal Pérez Pastor, sin igual entre nuestros investigadores literarios por el número y calidad de sus hallazgos. Suponemos que la Academia Española, en donde se conserva este riquísimo material, le hará en breve del dominio público.

Los juicios de *La Araucana*, desde el que Voltaire formuló en el *Essai sur la poésie épique*, que acompaña á su *Henriada*, son innumerables; pero los que principalmente merecen leerse son el de Martínez de la Rosa, en su *Apéndice sobre la poesía épica española* (tomo II de sus *Obras literarias*, París, 1827); el de Quintana, en el magnífico *Discurso preliminar* de su *Musa épica* (1833); el de Bello, en sus *Opúsculos literarios y críticos* (tomo I), el de Alejandro Nicolás, en su traducción francesa de *L'Araucana*, y el de A. Roger, *Étude littéraire sur L'Araucana d'Ercilla*, Dijon, 1879.

Finalmente debe mencionarse, porque está hecha con crítica y conciencia, y puede ser útil, no sólo á los estudiantes, sino á los maestros, la edición abreviada que forma parte de los textos clásicos de la casa Garnier: *L'Araucana, poème épique par D. Alonso de Ercilla y Zúñiga. Morceaux choisis précédés d'une étude biographique, bibliographique et littéraire, suivis de notes grammaticales et de versification et de deux lexiques, par J. Ducamin* (Paris, 1900).

(1) Sobre este curioso episodio de la vida de Ercilla, hay dos relaciones principales que en algunos pormenores difieren, aunque convengan en lo sustancial. Una es la del capitán Alonso de Góngora Marmolejo, en el capítulo 29 de su *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile*

habían de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su crédito y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba de buscar y alentar á los ingenios que en tal faena quisieran emplearse, temeroso y con razón de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito de gobernador, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que los poetas poseen de decretar la inmortalidad ó el desdoro á los personajes que suenan en su canto (1). Así nacieron historias panegíricas como la muy elegante y artificiosa del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete* (2). Así obras dramáticas, todavía más aptas para hacer popular una versión contraria á la de Ercilla; y se escribieron sucesivamente: el *Arauco domado*, de Lope de Vega; la comedia de nueve ingenios que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza; El Gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila; *Los españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos; sin contar con *La Belígera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.ª Mencía de Nidos en el asalto del fuerte de Concepción.

Pero la obra capital, el ensayo épico que los familiares y aduladores de D. García quisieron oponer á *La Araucana*, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que si no corres-

desde 1536 hasta 1575 (*Memorial histórico español*, tomo IV, 1852, págs. 134-135); y otra, la de Fr. Antonio de la Calancha, en su *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín*, donde figura la biografía del antagonista de Ercilla, D. Juan de Pineda, por haber tomado el hábito de aquella Orden en Lima, desengañado de las vanidades del mundo.

(1) El mismo Pedro de Oña declara, en un curiosísimo proceso que citaremos después, que los sucesos que contaba en su poema los sabía por «relación vocal que el dicho Marqués de Cañete le hizo á este que declara».

(2) *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Quarto Marqués de Cañete, A Don Francisco de Rojas y Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia &, Por el Doctor Christóval Suárez de Figueroa. En Madrid. En la Imprenta Real, año MDCIIII.*

Ha sido reimpreso por el Sr. Barros Arana en el tomo V de la *Colección de Historiadores de Chile*. Santiago de Chile, 1865.

pondió plenamente á las esperanzas que en él habían fundado, no deja de ser muy digno de consideración, así por las bellezas que contiene, como por ser el más antiguo monumento poético de autor de aquella región, y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Nació este patriarca de la literatura chilena en la llamada ciudad de los Infantes de Engol, que apenas pasaba de ser un puesto avanzado sobre la línea araucana, con pocos soldados de guarnición, uno de ellos el capitán Gregorio de Oña, natural de Burgos, padre de nuestro poeta (1). Huérfano éste en edad muy temprana, á consecuencia de haber sucumbido el capitán Oña, *hecho piezas*, en uno de los lances de aquella continua y ferocísima guerra de frontera, pasó en época ignorada á Lima, donde en 1590 le hallamos de colegial de San Felipe y San Marcos. Al publicar el *Arauco domado*, en 1596, se titulaba Licenciado. Las pocas noticias que tenemos de él durante aquellos años, nos le presentan muy activamente mezclado al movimiento literario de la metrópoli del Perú. Sostuvo en varios sonetos una controversia literaria, más desvergonzada que chistosa, con un poetastro llamado Sampayo (2), sobre si podía ó no podía beber del agua del Parnaso. En el libro de las *Constituciones y ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos* (1602), hizo estampar un soneto en loor de dicha *florentísima* Universidad, «dedicado

(1) No ha de confundirse al autor del *Arauco domado*, como alguna vez se ha hecho, con otros escritores de su mismo nombre y apellido, coetáneos suyos, tales como el filósofo aristotélico y elocuente orador sagrado Fr. Pedro de Oña, autor, entre otros libros, del que se titula *Primera parte de las Postrimerías del hombre* (1603), y de un *Curso de Artes*.

(2) Estos sonetos de Pedro de Oña, que son cinco, con otras tantas respuestas de Sampayo, fueron comunicados por D. José Sancho Rayón á don Diego Barros Arana, y pueden verse en el tomo III (páginas 26-30) de la *Historia colonial de la literatura de Chile*, de D. José T. Medina (Santiago de Chile, 1878), obra de grande erudición, que nos ha sido muy útil para nuestro trabajo. Sabemos que su autor piensa adicionarla con nuevos y peregrinos datos. Así en esta obra como en el *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, de D. Adolfo Valderrama (Santiago de Chile, 1866), se hallan sobre los poetas de la época colonial extensas noticias biográficas, que no pueden tener cabida en un estudio rápido como el presente.

al evangelista San Marcos». Á nombre de la *Antártica Academia* de la ciudad de Lima, que, á mi entender, no era una academia poética propiamente dicha, sino la Universidad misma, ensalzó en 1609 con otro soneto, la *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias*, del sevillano Diego Mexía. Otros libros peruanos de aquel tiempo, entre ellos la *Miscelánea austral* y la *Defensa de damas*, de D. Diego de Avalos y Figueroa, se autorizan con versos suyos. Y él á su vez obtiene cumplido elogio en los tercetos de la poetisa anónima, discípula de Diego Mexía:

«Con reverencia nombra mi discante
Al licenciado Pedro d'Oña: España,
Pues lo conoce, templos le levante.
Espíritu gentil, doma la saña
D'Arauco (pues con hierro no es posible)
Con la dulzura de tu verso extraña.»

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596 con título de *Primera parte*, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser los *venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte (1).

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrú-

(1) Cuando mejor le sepa dar el corte,
Y si la Parca no me corta el hilo,
Yo cortaré, señor, con otro filo
Tus venturosos lances en la corte;
Mas has de permitirme que los corte
En traje pastoril, mi propio estilo;
Que en éste ni será el de corte sano
Ni bastará tampoco el cortesano.
(*Canto* III.)

Puede inferirse que sería una novela *de clave*, como la mayor parte de las pastoriles, y muy señaladamente *La Constante Amarilis*, del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa (1609), cuyo argumento, muy ligeramente disfrazado, son los amores y matrimonio de D. Juan Andrés Hurtado de Mendoza, hijo de D. García, con Doña María de Cárdenas, hija de los duques de Maqueda y Nájera, según ha demostrado el profesor norteamericano J. P. Wickersham Crawford en una tesis excelente: *The life and works of Christóbal Suárez de Figueroa. A disertation presented to the Faculty of the University of Pennsylvania.* Philadelphia, 1907, págs. 30-42.

pulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «*Porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrase (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha*» (1). Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «*con apremio y tarea de veinte octavas al día*» (2), según afirma un contemporáneo, é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

«Es el discurso largo, el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mía,
Y *danme tanta priesa* cada día,
Que no me dejan ir como se debe.»

La *priesa* que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos, de los diez y nueve que comprende la obra total, cuyos versos pasan de diez y seis mil.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

«¿Quién á cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,
Por mucho que de música supiera?»

(1) Esta tardanza en la publicación le causó un grave perjuicio. El virrey trajo á España sesenta cuerpos de libros ó ejemplares del *Arauco*, pero sus émulos y los del poeta se dieron maña para embargar el resto de la tirada, á consecuencia de auto de procesamiento que dictó contra Oña el Dr. Muñiz, deán de la Catedral de Lima y provisor del Arzobispado, en 3 de Mayo de 1596, so pretexto de que no había solicitado, ni menos obtenido, su licencia para publicar el libro, y de que éste se hallaba plagado de aserciones contrarias á la verdad de los hechos y denigrativas del honor y fidelidad de muchos de los súbditos del rey que en aquellas provincias residían. Este proceso se halla íntegro en la *Biblioteca hispano-chilena*, de Medina, tomo I, págs. 42-79. Cuando, en 1605, apareció en Madrid la segunda edición del *Arauco domado*, se formó nuevo proceso, pidiendo el fiscal que se castigase, con todo el rigor de la ley, al impresor Juan de la Cuesta y al librero Francisco López.

(2) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del Maestre de Campo Santiago de Tesillo.

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que Ercilla, «*preciándose mucho de ir al olor de su rastro*».

Con efecto, el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado)*, sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobio. Todo lo demás, ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richart Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos dos larguísimos episodios (de los cuales el primero es sobre toda ponderación prosaico é intolerable) recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar con honra entre los poetas de segundo orden. Al contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease más su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril que delata los pocos años de su autor, lozanía intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. Á ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio; siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa generalmente un tono familiar, diverti-

do y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos en su poema la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias, muy dignas de alabanza; nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tucapel), y mucho brío de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituída por bosquecillos cortados á tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la naturaleza (1).

(1) En todo tiempo, el rico y fértil prado
Está de hierba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado:

Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para compensar esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y

Aquí veréis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las vïolas,
Jazmines, azucenas, amapolas.
 Acá y allá, con soplo fresco y blando,
Los dos Favonio y Céfiro las vuelven,
Y ellas, en pago desto, los envuelven
Del suave olor que están de sí lanzando;
Entre ellas las abejas susurrando,
Que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
Ya de jacinto, ya de croco y clicie,
Se llevan el cohollo y superficie.
 Revuélvese el arroyo sinüoso,
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato, sonoroso,
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola, y haciendo en varios modos,
Descansos, paradillas y recodos.
 Vense por ambas márgenes poblados
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados,
Traspuestos del primero paraíso,
Por cuya hoja el viento, en puntos graves,
El bajo lleva al tiple de las aves.
 También se ve la hiedra enamorada,
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada;
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Con que lo enlaza, tapa y ensortija.
 En corros andan juntas y escondidas,
Las Driadas, Oréades, Napeas,
Y otras ignotas mil silvestres deas,
De sátiros y faunos perseguidas;
En álamos Lampecies convertidas,
Y en verdes lauros vírgenes Peneas,
Que son, por conocerse tan hermosas,
Selváticas, esquivas, desdeñosas...
 Entre la verde juncia, en la ribera,
Veréis al blanco cisne paseando,

conocer su *frasis*, *lengua y modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero, ¿quién, si se detiene un

Y alguna vez, en dulce voz mostrando,
Haberse ya llegado la postrera;
Sublimes por el agua, el cuerpo fuera,
Veréis á los patillos ir nadando,
Y cuando se os esconden y escabullen,
¡Qué lejos los veréis de do zabullen!
  Pues por el bosque espeso y enredado
Ya sale el jabalí cerdoso y fiero,
Ya pasa el gamo tímido y ligero,
Ya corren la corcilla y el venado,
Ya se atraviesa el tigre variado,
Ya penden sobre algún despeñadero
Las saltadoras cabras montesinas
Con otras agradables salvajinas.
  La fuente, que con saltos mal medidos,
Por la frisada, tosca y dura peña
En fugitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oídos;
En medio de los árboles floridos
Y crespos de la hojosa y verde greña,
Enfrente el curso oblicuo y espumoso,
Haciéndose un estanque deleitoso.
  Por su cristal bruñido y transparente
Las guijas y pizarras de la arena,
Sin recibir la vista mucha pena,
Se pueden numerar distintamente;
Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabréis cuál es la rama viva,
Si la que está debajo ó la de arriba.
  Titán, al tramontarse, lo saluda,
Formando sus arenas de oro fino,
Y para descansar de su camino
No tiene otro lugar á donde acuda;
La verde hierba nace tan menuda
Orillas del estero cristalino,
Y toda por igual por dondequiera,
Como si la cortaran con tijera.
  Aquí ninguna especie de ganado
Fué digna de estampar su ruda huella,
Ni se podrá alabar de que con ella,
Dejase su esplendor contaminado;
Tan solamente el Niño Dios alado
En esta parte vive y goza della,
Y esparce tiernamente por las flores
Alegres y dulcísimos amores.

poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios, claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es notorio, que ninguno de estos árboles, flores y animales existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Y en cambio, el rey de aquellas selvas, la *araucaria* gigante, nada dice al poeta nacido á su sombra. Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros, y de la general ausencia del sentimiento de la naturaleza hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos, y finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalonco, habla del humoso *Flegetón* y del *Estigio lago*, é invoca á Hecate y á Ixión, y á Tántalo y Ticio y á Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado* que, además, bajo el aspecto histórico vale poco, y nada de substancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno

rival de D. Alonso de Ercilla, y encontremos excesivos los elogios que Gutiérrez, Rosell y Valderrama han tributado á este primogénito de la musa chilena, todavía andamos más lejos de asentir á la opinión de Ferrer del Río, el cual en sus ilustraciones á la edición académica de *La Araucana*, llega á decir que «ni por casualidad brota un destello de poesía de la vulgar pluma de Pedro de Oña». Pedro de Oña tendría todos los defectos de gusto y de educación que se quiera, y su libro es sin duda imperfectísimo; pero lo que sobra en él son destellos de talento poético.

Del episodio erótico de Caupolicán y Fresia ya se ha hablado. La enumeración de los capitanes en el canto IX parece haber servido de modelo á la que hay en *Las Naves de Cortés*, de Moratín el padre, y la recuerda sin gran desventaja. Son muy dulces y tiernas las quejas de Gualeva,

«Haciendo que despierte á su gemido
La ya dormida tórtola en el nido.»

En las comparaciones tiene á veces novedad é instinto gráfico, y suele tomarlas de objetos no comunes, verbigracia:

«Cual águila caudal que desde el cielo
En viendo al ballenato dar en tierra,
Prestísima con él en punta cierra,
Dejando roto el aire con su vuelo,
Y dando con las alas por el suelo
Encima dél se arroja y dél se afierra,
Tal sobre el cuerpo echado en sangre roja
La bárbara frenética se arroja.»

Ó cuando dice de D. García, impaciente antes de su primera batalla:

«Está como el azor empihuelado
Antes de haberle puesto el capirote,
Que si pasar un ave se le antoja,
Mil veces de la alcándora se arroja.»

Y aun en los lugares comunes y más trillados del género, procede con cierta franqueza de estilo propio:

«Cual suele andar la vaca si ha perdido
El tierno becerrillo, prenda cara,
Que ya sin orden corre, ya se para,
Llamándole con hórrido bramido,
Ya sobre alguna loma del ejido,
Si alguna cosa ve, con ella encara,
Alzando la cerviz y armada frente
Con un feroz denuedo y continente.»

Tuvo, pues, razón uno de los aprobantes del libro en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía». Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía rarísimas condiciones de versificador, tanto, que llegó á inventar *una nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava, menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto, combinación simétrica y agradable que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos llamada en América *bermudina*, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva, pudiendo sustituir con ventaja á la sexta rima italiana. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

(1) *Primera parte de Arauco domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo, de Turín, primero impresor en estos Reynos.*—Año de 1596, 4.°, 352 hojas, con el retrato del autor grabado en madera.

Aprobaciones del P. M. Esteban de Avila, y del Licenciado D. Juan de Villela. Versos laudatorios del Licenciado Gaspar de Villarroel y Coruña; del P. M. Esteban de Avila; del Dr. Francisco de Figueroa, de Fr. Diego de Ojeda, del Dr. Suigo de Hormero, de D. Pedro de Córdoba Guzmán, Dr. Jerónimo López Guarnido, D. Pedro Luis de Cabrera y Cristóbal de Arriaga Alar-

No correspondieron las restantes obras del primer poeta chileno á las esperanzas que había hecho concebir este juvenil ensayo suyo (1). Ó porque su ingenio, como el de otros criollos, se agotase antes de la madurez como en compensación de su precocidad; ó más bien, según creo, porque el contagio del mal gusto heló las flores de su fantasía, es lo cierto, que *El Ignacio de Cantabria*, poema publicado en Sevilla en 1636, ni parece hermano del primero, ni apenas puede leerse sin un soberano esfuerzo de paciencia. Los traductores de Ticknor le reconocen el mérito de algunas octavas fáciles; yo ni aun esto encuentro en aquellas páginas que parece que destilan jugo de adormideras. Y sin embargo, este esfuerzo infeliz, más de

cón. La canción del Dr. Francisco de Figueroa está escrita con entonación muy valiente y robusta.

Esta primera edición es de estupenda rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

Arauco domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile. En Madrid, por Juan de la Cuesta, 1605, 8.º También es muy rara esta edición, aunque no tanto como la primera.

Hay dos reimpresiones modernas del poema de Pedro de Oña: la de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, en 1854, en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra coleccionado por D. Cayetano Rosell.

El trabajo más importante sobre este poeta chileno es el que incluyó don Juan María Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo* XIX (Buenos Aires, 1865). Otro estudio más breve que acompaña á su reimpresión del poema, fué objeto de un plagio en el *Semanario Pintoresco Español* de 1851.

(1) *Temblor de Lima año de 1609. Governando el Marqués de Montes Claros, Virrey Excellentissimo. Y una Cancion Real Panegyrica en la venida de su Excellencia a estos Reynos. Dirigido a Don Joan de Mendoça y Luna, Marqués de Castel de Bayuela su Primogénito succesor, por el Licenciado Pedro de Oña. Con licencia. Por Francisco del Canto. 1609.* 4.º (En Lima).

El único ejemplar conocido de este breve poema en octavas reales (de tipo normal), pertenece á la *John Carter Brown Library* («Providence-Rhode Island»). Le ha reproducido en facsímil el Sr. Medina.

El Temblor de Lima de 1609, por el licenciado Pedro de Oña, edición facsimilar precedida de una noticia de «El Vasauro», poema inédito del mismo autor. Reimprímelo J. T. Medina. Santiago de Chile, imprenta Elzeviriana, 1909.

Cuando Oña escribió este canto, no desempeñaba ya el corregimiento de

su devoción que de su talento, había costado al autor quince años de trabajo, que no pudieron ser más santa, pero menos literariamente ocupados. El libro, no obstante, debió de tener aceptación entre las gentes piadosas; la Compañía de Jesús le tomó bajo su protección, haciendo de él una edición elegante para aquel tiempo, con viñetas grabadas en cobre; Lope de Vega le llamó *poema heroico, armónico y suave*, y el aprobante del libro fué no menos que don Pedro Calderón de la Barca. El poema es medio historial, medio alegórico, interviniendo en la acción personajes tan extraños como *El tedio* y *El qué dirán*. Tiene doce cantos y acaba prometiendo una segunda parte que por fortuna no vino á acrecentar la indigesta mole de poemas devotos, tan inútiles para la devoción como para la literatura (1).

Jaén de Bracamoros, con que recompensó sus méritos D. García. Fué testigo presencial del terremoto de 19 de Octubre, que con sencillo ó ningún artificio finge referir á un amigo suyo en la forzada ociosidad de un viaje:

«Arcelo y Daricio, dos amigos, caminando juntos una tarde de hiuierno por estas partes en lo más llano de la Sierra, les sobreuino una tempestad de agua y viento assi rigurosa, que no hallando otro reparo, se recogieron al de vna peña socauada, que en forma de medio trecho, les pudo hazer bastante abrigo. Donde con ocasión de la borrasca, refiere Arcelo (á petición de Daricio) el temblor de Lima, con todo lo sucedido en estos dias, á que estuvo presente.»

El principal interés de esta relación es histórico, puesto que al parecer no se conoce otra sobre aquel fenómeno sísmico. Á lo menos no se habla de él en las Memorias de los Virreyes del Perú, ni en la *Colección de terremotos* del coronel Odriozola (Lima, 1863).

(1) *El Ignacio de Cantabria. Primera parte. Por el Licenciado Pedro de Oña. En Sevilla, por Francisco de Lyra*, año de 1639, 4.º

Del mismo estilo que este poema, pero algo menos mala, es la más extensa composición lírica que conocemos de Pedro de Oña, es á saber: la *Canción Real en que se recogen las excelencias de San Francisco Solano, introduciendo al río Lima, que habla con el Tibre de Roma*. Está en la segunda edición de la *Vida, virtudes y milagros del santo Padre Fr. Francisco Solano*, por Fr. Alonso de Mendieta (1643). En medio de las lobregueces del culteranismo, todavía centellea de vez en cuando el vivo ingenio del autor del *Arauco domado*, en éste que podemos llamar su canto de cisne, puesto que por entonces debía de ser muy anciano, y no volvemos ya á encontrar noticia de su persona.

El mérito relativo del *Arauco domado* parece mayor cuando se le coteja con los demás versos de Pedro de Oña (1), y todavía más con

(1) Cuando escribí esto en 1895, no tenía noticia de otro extenso poema de Pedro de Oña, del cual dió la primera noticia y un breve extracto don Diego Barros Arana, en el tomo v de su *Historia general de Chile.* Más recientemente, D. José Toribio Medina (en el prólogo de *El Temblor de Lima*), analiza detalladamente la obra y copia bastantes octavas, que hacen desear la íntegra publicación de *El Vasauro*, obra posterior al *Ignacio de Cantabria*, pero de quilates estéticos muy superiores, sin duda por estar más en la cuerda de Oña la poesía profana que la ascética. Las octavas de *El Vasauro*, cuya dedicatoria está firmada en el Cuzco á 13 de Abril de 1635, son verdaderamente extraordinarias para compuestas por un poeta de sesenta y cinco años, y prueban que en su ingenio nunca llegó á secarse la inspiración, cuando escogió materia acomodada á sus fuerzas.

Es obra muy larga: consta de cerca de diez mil versos, distribuídos en 11 cantos. Su enigmático título requiere alguna explicación. *El Vasauro* es un producto de la musa adulatoria que dictó el *Arauco domado* y tantos otros poemas de la literatura colonial. Pero lo que es adulación directa en el libro encargado por D. García de Mendoza, es aquí homenaje indirecto á otro virrey del Perú, D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, cuarto Conde de Chinchón. Descendía el de Chinchón de dos ilustres consortes cuyos nombres tantas veces suenan en la historia de los Reyes Católicos, D. Andrés de Cabrera y doña Beatriz de Bobadilla, primera marquesa de Moya, en quien depositaba doña Isabel todas sus confianzas. El poema de Oña es muy anterior al interesante libro de Pinel y Monroy, *Retrato del buen vasallo, copiado de la vida y hechos de D. Andrés de Cabrera, primer Marqués de Moya* (Madrid, 1677), pero el poeta chileno encontró bastante materia para su objeto en la *Crónica* de Hernando del Pulgar y en otros libros históricos muy conocidos, á los cuales pudo añadir algunas tradiciones familiares, que constaban en el archivo de la Casa. Uno de estos episodios es el que da nombre al poema:

La grave, dime, pompa, el culto regio
Con que la Majestad mayor terrena
El *áureo vaso* envía. . . . .

Trátase de un vaso de oro, con que el día de Santa Lucía obsequiaron los reyes en su mesa á D. Andrés de Cabrera, en testimonio de gratitud por sus servicios, y especialmente por los que había prestado en Segovia sosteniendo el Alcázar en nombre de la Reina:

«Daréis al del Consejo, al de la espada,
Al buen Marqués de Moya, esta embajada:
Diréisle que pues hoy (felice día)

los otros poetas que intentaron reanudar el hilo de la narración de Ercilla. Fué de los primeros, y sin duda de los más infelices, don Diego de Santisteban y Osorio, ingenio leonés, que al año siguiente de la publicación del *Arauco* en Lima, y, por supuesto, sin tener noticia de él, publicó una *Cuarta* y *Quinta Parte* de *La Araucana*,

Nos dió en Segovia llaves y tesoro
Su fiel constancia, cuando de Lucía
Constante fe celebra el mártir coro;
Hoy Reina grata y grato Rey le envía
Este, que es puro y fino vaso de oro:
Prenda de amor en ambos, y figura
De la lealtad en él más firme y pura.
Diréis que un *áureo vaso* en áurea gloria
De su posteridad ilustre queda,
Porque, jamás cansada, esta memoria
Irá de Nos pasando al que suceda,
Como sujeto digno de alta historia
Que el tiempo gastador borrar no pueda,
Y que este casi feudo le pagamos
Los que por él pacíficos reinamos.»

(*Libro* VI.)

La merced de la copa el día de Santa Lucía es histórica, y Pinel trata de ella extensamente, insertando el privilegio Real y otros documentos (páginas 290–298). Oña supone que en ese vaso iban esculpidas de relieve las hazañas de los marqueses de Moya, y ellas dan argumento al poema, escrito para lisonjear al conde de Chinchón:

Véncete, pues, y escucha la notoria
Real prosapia tuya, que de antigua
Ó bien el tiempo esconde su memoria,
Ó bien, por más blasón, se finge ambigua.

(*Libro* I.)

Un poema genealógico y de tal extensión previene, desde luego, contra su lectura, aun al que esté más aguerrido en tales ejercicios; pero quizá tratándose de *El Vasauro*, sería excesivo rigor condenarle por entero. No tiene verdadera unidad: es una crónica rimada, pero no de interés familiar únicamente, puesto que refiere cosas grandes de nuestro mayor reinado, y el poeta va tejiendo con bastante habilidad los anales de Castilla desde fines de 1466 hasta la conquista de Granada en 1492. Resulta, pues, del conjunto cierta impresión épica, aun con el inconveniente de aparecer doña Beatriz y su marido algo achicados y como en segundo término. Pero el carácter de la primera está bien entendido. Es tan enérgico, varonil y fiero, como le presenta la historia, ya oponiéndose «con un puñal desnudo en mano» al proyectado matrimonio de su ama con el Maestre de Calatrava; ya cuando en

en que se prosigue y acaba la historia de D. Alonso de Ercilla, hasta la reducción del valle (1).

ausencia de Cabrera defiende el Alcázar de Segovia contra los sediciosos que procuraron asaltarle; ya cuando en el cerco de Málaga está á punto de recibir la puñalada que un santón de la hueste agarena quería asestar contra el pecho de la Reina.

En todos estos y otros lances, doña Beatriz justifica lo que de ella dice el poeta al contar su nacimiento y crianza:

Á quien no leche humana,
Fiera leona si prestó el sustento.
(*Canto* IV.)

La parte de pura invención es lo que menos vale en los fragmentos que conocemos de este poema. Redúcese casi á las inverisímiles y absurdas empresas bélicas de un niño de diez años, hijo de los Marqueses de Moya, que lidia en combate singular nada menos que con el alcaide moro de Málaga, y le vence y mata delante de los dos ejércitos. De resultas, se apasiona de él una mora hermosísima llamada Fátima, de la tribu de los Abencerrajes, y le persigue y requiere de amores. Pero el rapaz, que no entiende de tales devaneos, la desengaña á tiempo, y ella se casa con un moro principal de la familia de los Zegríes, después de convertirse entrambos á la fe cristiana.

Los cantos 9.° y 10.°, en que estos absurdos se contienen, son, sin embargo, por su ejecución y su estilo, lo mejor de la obra. Citaremos una sola octava, que pinta la desesperación amorosa de Fátima:

Deja caer la dama el albo cuello
Como azucena flor no bien cortada,
Sin aire el pie, sin orden el cabello,
Y sin vigor la mano delicada.
Él al ceñido talle, al hombro bello
Su izquierdo brazo da por almohada,
La desabrocha el pecho, á que la nieve
Quisiera compararse y no se atreve.

(1) La primera edición de estas dos partes, *dirigida á D. Fernando Ruiz de Castro y Andrade, conde de Lemos y de Villalba*, es de Salamanca, por Juan y Andrés Renaut, 1597, 12.°—Fueron reimpresas en Barcelona por Joan Amello, 1598, y figuran unidas á las tres de Ercilla en una sola edición de *La Araucana*, la de Madrid, 1735, por Francisco Martínez Abad, en folio, la cual por esta circuntancia es bastante estimada de los bibliófilos.

Santisteban Osorio es autor de otro voluminoso poema, *Primera y segunda parte de las guerras de Malta, y toma de Rodas... Madrid, en la Imprenta del Ldo. Varez de Castro*, 1599. La primera parte consta de doce cantos, y la segunda de trece.

La cuarta parte tiene trece cantos y la segunda veinte; el autor nos informa que tenía «pocos años», y confiesa, además, con loable y verídica modestia que le faltaban *caudal y arte*. Lo más singular del caso es que apenas hay una palabra de verdad histórica en todo lo que relata. Ni había estado en América, ni la conocía más que por los libros, ó hablando más propiamente, por un solo libro, por *La Araucana*, cuyos episodios va calcando servilmente: inventando, por ejemplo, un Caupolicán 2.º, sucesor del Caupolicán 1.º; haciendo á Colocolo pronunciar nuevos discursos, y sustituyendo la homérica prueba del tronco con una especie de elección de cofradía en que los caciques van depositando pacíficamente sus votos en una urna de ébano guarnecida de perlas. Para que nada falte en esta insípida rapsodia, hay conjuros y magia, y una descripción del mundo y una historia de la conquista del Perú que ocupa nada menos que cinco cantos, todo con intervención de la diosa Belona y del sabio Zoroastro, que viene de la laguna Estigia á contar la conquista de Orán por el Cardenal Cisneros. Al fin el poeta se cansa de amontonar disparates sin orden ni concierto, y acaba por hacer que se suicide el imaginario Caupolicán 2.º, que le había dado pie para tantos desvaríos. Lo pedestre y desmañado del estilo y de la versificación corre parejas con la insensatez del plan. Únicamente ha de notarse que Santisteban no forma en el coro de los poetas áulicos de D. García de Mendoza: al contrario, pone todo su empeño en enaltecer la figura militar de Ercilla, atribuyéndole una porción de aventuras apócrifas, que algunos biógrafos han tomado como moneda corriente.

Mejor nombre que Santisteban Osorio merecen el sargento mayor D. Juan de Mendoza y Monteagudo, y el capitán Hernando Álvarez de Toledo. Siquiera sus extensos poemas no son meras composiciones retóricas, sino memorias personales, aunque prosaicas y desabridas, de los sucesos en que sus autores intervinieron. Pero á decir verdad, tales documentos, inestimables para el historiador, poco importan para la crítica literaria y no se les hace grave ofensa en pasar rápidamente por ellos. El sargento mayor Mendoza, á quien se atribuye un poema anónimo y acéfalo conocido con el título de *Guerras de Chile*, era un aventurero que desde la edad de quince

años, en que pasó al Nuevo Mundo, había tomado parte en las más románticas y temerarias empresas por las regiones tropicales, ora buscando los soñados palacios del Dabaybe, donde debía de haber un ídolo del sol, todo de oro fino; ora arrojándose en un frágil madero al peligroso paso de Ancerma; ora remontándose en demanda de las fuentes del río de San Jorge, viaje que describe en estas octavas, las cuales pueden dar alguna idea de su estilo en los trozos en que es mejor:

Entre un muelle de peñas temerario,
Donde de nácar tiene la urna viva,
Sale el sagrado viejo solitario
Y setecientas leguas se deriva:
Cruza sobre su frente de ordinario
La grande cordillera fugitiva,
Que tiene, según fama, las espaldas
Lastradas de oro fino y esmeraldas.

En el discurso desto, ¡qué de cosas
Difíciles pasé, cuántas montañas
De arcabucos rompí maravillosas!
Pues ¡qué yermos pasé, pues qué campañas!
¡Qué empresas no emprendí dificultosas!
¡Fueron tan grandes, fueron tan extrañas,
Que al fin se quedó atrás el pensamiento;
Que lo excedió el humano atrevimiento!

Las venas vi y profundos tragaderos
Del cuerpo de que todos somos hijos;
Los secretos del mar respiraderos
Que salen por conductos y escondrijos;
Los negros, infernales sumideros
Que el azufrado fuego brotan fijos,
Y otras mil extrañezas que en sí encierra
Aquesta casa grande de la tierra.

Víboras de corales vi funestas,
Sierpes de cascabeles sonadores,
La *icotea* que la casa lleva á cuestas,
Los nictos de Saturno burladores,
El *perico* enemigo de las cuestas,
Los grasos semibueyes nadadores,
Los micos que al pasarlas hacen soga,
Y el lagarto que el agua nunca ahoga.

Sin estas animalias, vi infinitas

De tales calidades y figura,
Que no pudo dejallas Plinio escritas,
Porque ignoró su forma y su hechura;
Las siete maravillas exquisitas,
De quien la fama antigua tanto cura,
Ya es vano exagerallas ni escribillas,
Teniendo el mundo tantas maravillas.

Cansado de los rigores de tan insalubres climas, pasó al Perú, y de allí á Chile, alistado bajo las banderas de D. Francisco de Quiñones al finalizar el año 1599. Allí sirvió honrosamente en la milicia y en la toga, durante una vida muy larga, puesto que en 1666 otorgaba un poder para testar.

El poema de D. Juan de Mendoza se cita generalmente con el título de *Guerras de Chile*, por más que ni este título, ni otro alguno, ni el nombre de su autor, constan en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, que nos le ha conservado (1). En once cantos que comprenden cerca de ocho mil versos, narra los acontecimientos, en gran parte desastrosos, de la gobernación de Martín García de Loyola y de D. Francisco de Quiñones, y las matanzas y rebatos hechos por los araucanos en las poblaciones españolas al finalizar aquella centuria. El primer canto puede considerarse como una introducción, y en él, según se expresa el autor, «descríbense las provincias que el reino de Chile en sí contiene; las que, por más

(1) Tiene en las tapas las armas de la reina D.ª Mariana de Austria y, por consiguiente, es muy verisímil que pertenezca al fondo primitivo de la biblioteca procedente de Palacio, y sea distinto del que Barcia tuvo en su librería, y cita como de autor anónimo en las Adiciones á Pinelo. La copia por donde se ha impreso fué llevada á Chile por D. Diego Barros Arana.

Algunos han atribuído este poema al Dr. Luis Merlo de la Fuente, gobernador ó presidente interino que fué en Chile; pero el Sr. Medina, y á nuestro parecer con buenos argumentos, recaba la paternidad del libro para D. Juan de Mendoza. Véanse *Las Guerras de Chile, poema histórico, por el sargento mayor D. Juan de Mendoza Monteagudo, publicado con introducción, notas é ilustraciones, por J. Medina*. (Santiago de Chile, 1888). Primer tomo de una *Colección de Poemas Épicos relativos á Chile, ó escritos por chilenos durante el período colonial*, que por las vicisitudes políticas de aquel país quedó interrumpida.

belicosas, han sustentado las guerras; los modos que en gobernarse tienen, y algunas cosas no escritas hasta aquí de sus costumbres, y otras cosas memorables acontecidas en el discurso de varios gobernadores hasta el tiempo de Martín García de Loyola, que viajando de la Imperial, seguido de Pelantaro, se alojó en Coralaba». En el canto segundo prosíguese con la muerte del gobernador y la retirada de los suyos. La narración es fácil, y por lo general, noble y decorosa: el autor remeda bastante bien el tono de Ercilla, y como soldado de profesión, da á la pintura de las batallas una animación y un fuego que no tienen en la retórica pluma de Pedro de Oña. El episodio de la india Guaiquimilla es tierno y agradable, y muy original el cuadro de una sequía en Chile. En la dicción se advierten pocos resabios del mal gusto del siglo XVII, y aunque la versificación no corra siempre sin tropiezo, ha de tenerse en cuenta que el autor no limó su obra ni la destinaba acaso á la publicidad, y que además la copia que tenemos es imperfecta, y aun incompleta en algunas partes.

Pero tal como está, el poema atribuído á D. Juan de Mendoza me parece el tercero en mérito poético entre los compuestos sobre Chile, y muy preferible en tal respecto al *Purén indómito*, enorme crónica rimada de Hernando Álvarez de Toledo, caballero andaluz y soldado veterano de Flandes, que pasó á Chile en 1581, curtido ya por los azares de la vida y de la guerra, como declaran estos versos suyos:

«Tuve, tengo y tendré constante pecho:
Infortunios he visto y tempestades
En el mar de Noruega y paso estrecho;
Muertes, naufragios, espantables guerras
En partes varias y en remotas tierras.»

(*Canto* XVI.)

En Chile, manejando alternativamente la espada y el arado, fué á un tiempo capitán y ganadero, alcalde de Chillán, donde vió saqueadas sus haciendas por los araucanos, de quienes tomó luego amplio desquite; y bravo combatiente contra el corsario inglés Tomás Cavendish en 1587. Las noticias de su vida, aunque pocas y dispersas, alcan-

zan hasta 1631, en que está otorgado su codicilo testamentario (1).

Parece probado que Álvarez de Toledo escribió, no uno, sino dos poemas: *La Araucana* y el *Purén indómito*. Del *Purén* mismo prometió una segunda parte, que acaso no pasara de proyecto. Pero que *La Araucana* existió y era obra distinta del *Purén*, nos lo persuade el no encontrarse en éste ninguna de las octavas que el P. Ovalle cita como pertenecientes á aquel poema, y que además tratan todas de sucesos anteriores á la muerte del gobernador Loyola, en que comienza el *Purén indómito*. Al parecer, todo el libro VI de la *Histórica relación*, de Ovalle, que tiene por asunto el gobierno de D. Alonso de Sotomayor, está tomado en substancia de *La Araucana*, de Álvarez de Toledo, con lo cual podemos fácilmente consolarnos de su pérdida, viendo transformado en elegante prosa lo que seguramente estaba contado en infelices y desmañados metros.

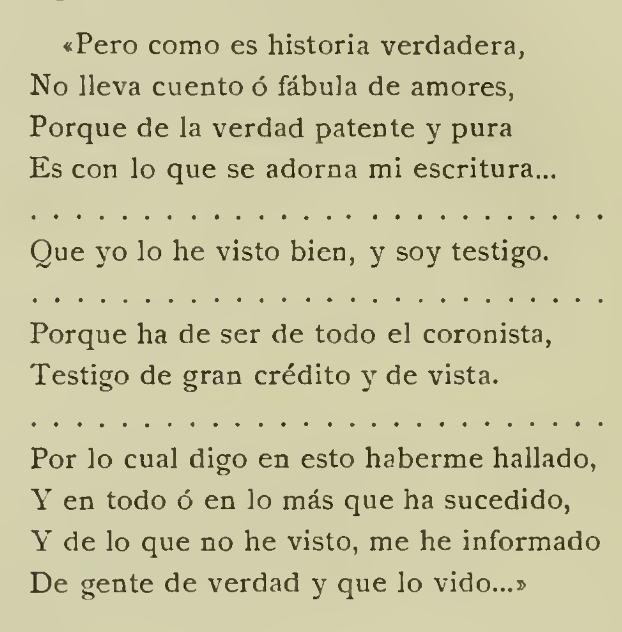
Porque, en efecto, el *Purén indómito*, con sus veinticuatro cantos y más de quince mil versos, es ración muy suficiente para empalagar y rendir al más tolerante lector de crónicas rimadas. Si suponemos que *La Araucana* y el *Purén* segundo tenían próximamente la misma extensión, sólo Juan de Castellanos, ó el fabuloso autor del *Ramayana*, excedieron en fecundidad épica al capitán Álvarez de Toledo. ¡Todo para contar unos cuantos años de monótona guerra contra salvajes medio desnudos, cantados además hasta la saciedad por un tan gran poeta como Ercilla, y por otro tan notable como Pedro de Oña! A este último se propuso por principal modelo el autor del *Purén*, según declaran estos versos suyos:

«Si de vuestro favor yo careciera,
Y en él no confiara cual confío,
No pasara tras de Oña la carrera
En un rocín tan flaco como el mío...»

Su *rocín* era ciertamente flaco, y no hace nada de más en confesarlo. El *Purén indómito* no tiene de poesía más que el metro, bien desaliñado por cierto, afeado por frecuentes consonancias homóni-

(1) Vid. recogidas las noticias biográficas de este autor en el opúsculo de D. Domingo Amunátegui, *Don Fernando Álvarez de Toledo*. (Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, 1898.)

mas y por dislocaciones de acentos. Del estilo dice el mismo autor (y no hay por qué contradecirle) que es «pobre, humilde, bajo y escaso de elegancia». Hay octavas llenas de nombres propios, y nunca se olvida de consignar la fecha exacta de los acontecimientos. Aquello de la *trompa épica* nunca tuvo menos aplicación que tratándose de este árido cronista, cuyo valor histórico está en razón inversa de su nulidad poética. Ni él mismo se preciaba de otra cosa que de la más rígida veracidad:


«Pero como es historia verdadera,
No lleva cuento ó fábula de amores,
Porque de la verdad patente y pura
Es con lo que se adorna mi escritura...

. . . .

Que yo lo he visto bien, y soy testigo.

. . . .

Porque ha de ser de todo el coronista,
Testigo de gran crédito y de vista.

. . . .

Por lo cual digo en esto haberme hallado,
Y en todo ó en lo más que ha sucedido,
Y de lo que no he visto, me he informado
De gente de verdad y que lo vido...»

Á tan terminantes cuanto prosaicas declaraciones, nada tiene que objetar hoy la investigación más escrupulosa. El *Purén indómito* está considerado como fuente principal para un período de la historia de Chile, y encierra además muy curiosas noticias sobre las costumbres de los araucanos y sus relaciones en paz y en guerra con los colonos. A diferencia de los otros poetas de Arauco, sigue su autor el hilo de la narración escueta, y no se distrae jamás á digresiones ni episodios amorosos:

«Pues tengo en el principio prometido
De no contar hazañas de Cupido.»

En cambio llena el poema de insulsas reflexiones morales, que acaban de hacer tediosa y aun imposible su lectura (1).

(1) El *Purén indómito*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, fué impreso en París bajo la dirección de D. Diego Barros

Parecía imposible descender más, pero todavía hubo en la colonia otro poeta, justamente calificado de macarrónico, que hizo bueno á Hernán Álvarez de Toledo. Fué éste el capitán Melchor Xufré del Aguila, natural de la villa de Madrid, el cual en 1630 publicó en Lima uno de los más raros libros del mundo, hasta el punto de no conocerse de él más que un solo ejemplar. Tiene por título: *Compendio historial del descubrimiento, conquista y guerra del Reyno de Chile, con otros dos discursos. Uno de avisos prudenciales en las materias de gobierno y guerra. Y otro de lo que católicamente se debe sentir de la astrología judiciaria. Dirigido al Excmo. Sr. Conde de Chinchón, Virrey destos Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile* (1). Precede al libro (y es lo más interesante de él) una larga carta del Dr. Luis Merlo de la Fuente, capitán general que había sido en la guerra de Chile, desde 1606 á 1628, dando cuenta á su amigo Xufré

Arana, como primer tomo de la *Biblioteca Americana. Collection d'ouvrages inédites ou rares sur l'Amérique,* del editor A. Franck, 1862.

(1) El único ejemplar conocido de esta obra fué cedido por D. Pascual de Gayangos á Mr. Lennox, y hoy para en la magnífica biblioteca de Carter Brown (Providence), tenida por la primera del mundo en su género. Aprovecho la ocasión para citar su catálogo, que da idea de aquellas riquezas: *Bibliotheca americana. A catalogue of books relating to North and South American in the library of John Carter Brown of Providence R. I. With notes by John Russell Bartlett, Providence.* 1866.

Por una esmerada copia de este ejemplar, ha reimpreso el libro de Xufré del Águila la Universidad de Chile (Santiago, imprenta Cervantes, 1897), con sendos prólogos de D. Luis Montt y D. Diego Barros Arana, que contienen algunos datos sobre la vida del capitán Xufré del Águila. El interés histórico del poema de éste no se reduce á la primera parte, puesto que también en la tercera refiere muy por extenso la sorpresa de Curalaba, que costó la vida al gobernador de Chile D. Martín Óñez de Loyola. Otras referencias á sucesos de la guerra chilena hay en esta última parte, donde el autor procura vindicarse de la nota de astrólogo judiciario, aunque sus mismas palabras prueban el crédito que daba á aquella falsa ciencia. «Ha habido alguna voz en este reino y fuera de él, de que soy de los que dan demasiada creencia á los pronósticos de la astrología, y por eso hice este tratado, en que se ve muy claro que no soy de esta secta envanecida, si bien tengo por cordura muy grande el no desestimar los avisos, que á veces por impensados medios nos envía la divina Providencia».

de los sucesos de su gobernación. El capitán Xufré había perdido una pierna en la guerra de Chile, y se hallaba en Lima, pobre y mal pagado, ocupando su «ociosa soledad» en poner por escrito sus campañas y sus quejas. Su libro tiene de todo; pero principalmente de memorial de servicios mal galardonados. Los tres tratados que la obra comprende, están en versos sueltos, si es que nombre de versos merecen aquellos informes y toscos renglones. No sólo la parte relativa á la guerra de los araucanos (que es propiamente el *Compendio historial)*, sino los otros dos tratados, tienen forma de diálogo entre Gustoquio, que había sido capitán en Flandes, y Provecto, alférez chileno, los cuales habiendo acudido á la corte á ciertas pretensiones, se reunen para platicar de asuntos militares. De qué calidad serán los versos *historiales* de Xufré del Águila, júzguese por la siguiente muestra:

«Hallábame yo en Lima en este tiempo
Con una lanza sola, que pagada
Los menos años es, y della poco;
Y procurando merecer mayor
Merced de nuestro Rey, quise á mi costa
Á aquella empresa ir do fuí ofrecido,
Y sin querer tomar socorro alguno,
Ó paga (que hasta hoy un solo peso
Ni un maravedí solo he recibido
De paga real), habiendo en su servicio
Gastado más millares de ducados
Que tengo, á Chile fuí de aventurero;
Mas no penséis que he de dezir por esto
Nada con más espacio, aunque de vista
De casi quarenta años soy testigo.
En fin, con esta gente el de noventa,
Á veinte y seys de Enero, allí aportamos.»
. . . .

Puede decirse que á este ciclo de poemas históricos se reduce la literatura de la colonia durante dos siglos. Fuera de ellos apenas pueden citarse más que dos obras de carácter literario, inspiradas también por sucesos de la guerra araucana y que contienen algunos versos: un libro de memorias y una especie de novela: el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, del maestre de cam-

po D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, natural de Chillán; y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de Fr. Juan de Barrenechea y Albis. El libro de Bascuñán es la narración muy agradable, interesante y simpática de los siete meses de cautiverio que en su juventud (1629), siendo capitán, pasó en poder del honradísimo cacique Maulicán, cuyos buenos sentimientos competían con los de su caballeroso prisionero. Este libro, escrito con tanta sinceridad como nobleza, tiene más poesía verdadera en algunas escenas, por ejemplo, la vuelta del cautivo á los brazos de su padre (viejo heroico y digno de la epopeya) que casi todos los poemas que llevamos analizados hasta ahora. Bascuñán, que había recibido educación clásica en un colegio de jesuítas, entretenía los ocios de su cautividad en composiciones poéticas, estimables por la naturalidad y el sentimiento, de las cuales en sus memorias intercala algunas muestras. Al cacique que le aprisionó dirige un romance, que es manifiesta imitación de uno de los más célebres de Góngora:

«En la guerra batallando,
Mal herido en el combate,
Desmayado y sin sentido,
Confieso me cautivaste.
La fortuna me fué adversa,
Si bien no quiero quejarme
Cuando tengo en ti un escudo
Para mi defensa grande.
En la batalla adquiriste
Nombre de esforzado Marte,
Y hoy con tu cortés agrado
Eternizarás tu sangre...
Cautivo y preso me tienes
Por tu esfuerzo, no es dudable;
Mas con tu piadoso celo,
Más veces me aprisionaste.
Mas podré decir que he sido
Feliz cautivo en hallarme
Sujeto á tus nobles prendas,
Que son de tu ser esmalte...»

Otros romances tiene, muy recomendables por la afectuosa resignación y piedad sencilla; verbigracia:

«Gracias os doy infinitas,
Señor del empíreo cielo,
Pues permitís que un mal hombre
Humilde amanezca á veros.
En este pequeño bosque,
Las rodillas por el suelo,
Los ojos puestos en alto,
Vuestra grandeza contemplo.
Consolado y afligido
Ante vos, Señor, parezco:
Afligido con mi culpa,
Consolado porque os temo.
Diversos son mis discursos,
Varios son mis pensamientos,
Y luchando unos con otros,
Es la victoria por tiempos.
La naturaleza flaca
Está siempre con recelos
De los peligros que el alma
Tiene entre tantos tropiezos.
El espíritu se goza
En medio de mis tormentos,
Porque es docta disciplina
Que encamina á los despiertos...
Trabajos y adversidades
Entre inconstancias del tiempo
Padezco con mucho gusto
En este feliz destierro.
En mí las tribulaciones
Han sido un tirante freno
Que ha encadenado mis pasos
Y refrenado mis yerros...
Vos, Señor, sois mi refugio,
Vos sois todo mi consuelo,
Vos de mi gusto la cárcel,
Vos mi feliz cautiverio.
Lo que os suplico rendido,
Lo que postrado os ruego,
Es que encaminéis mis pasos
Á lo que es servicio vuestro.
Que si conviene que muera
En esta prisión que tengo,

La vida que me acompaña
Con mucho gusto la ofrezco.
En vuestras manos, Señor,
Pongo todos mis aciertos,
Que nunca tan bien logrados
Como cuando estáis con ellos.»

No hay en los versos de Bascuñán notable entonación poética, pero sí una sencillez grande, que contrasta con el gusto del siglo XVII, ya muy entrado cuando él escribía. La distancia, el cautiverio, el ningún propósito de vanidad literaria, bastan para explicar este fenómeno. No es fácil encontrar en los poetas americanos de entonces, por ejemplo, en los innumerables que deliraban en Lima, un modo de decir tan llano, terso y apacible como el de estos versos de otro romance:

«Rueda, fortuna, no pares
Hasta volver á subirme,
Porque el bien de un desdichado
En tu variedad consiste.
Un tiempo me colocaste
Con las estrellas más firmes,
Y ahora me tienes puesto
En la tierra más humilde.
Entonces me vi tan alto,
Que me pareció imposible
Ver mis glorias humilladas
Á los pies de quien las pise...
Tu natural inconstante
Con varios efectos vive:
Abatiendo al que merece,
Sublimando al que no sirve...
Que no pares en mi daño
La rueda, quiero pedirte,
Porque es mi dicha tan corta
Que presumo ha de estar firme...»

Luce Bascuñán sus buenos estudios de humanista en versiones no infelices de algunos pasajes cortos de Virgilio, Ovidio y Silio Itálico, que con más ó menos oportunidad trae á cuento en su narración. Pero el mejor de estos ensayos de traducción es el

que hizo del salmo sexto: *Domine, ne in furore tuo arguas me* (1).

La *Restauración de la Imperial*, que el provincial de los Mercenarios Fr. Juan de Barrenechea y Albis, hijo de la ciudad de Concepción, escribió por los años de 1693, es obra de más alardes literarios que el *Cautiverio feliz*, pero muy inferior á ella en estilo, en interés histórico y en todo. Sólo tiene la curiosidad de ser el único ensayo de novela hecho en Chile durante la época colonial, y seguramente uno de los rarísimos que se hicieron en toda América (2). La heroína es una india llamada Rocamila, manifiestamente imitada de las indias de Ercilla. Sus amores con el araucano Carilabo, interpolados con escenas de guerra y cautiverio, que debían de terminar probablemente con la conversión y muerte de ambos amantes (porque el libro no está completo), forman el argumento asaz vulgar de este relato, cuya acción se supone en el gobierno de don Alonso de Sotomayor. La novela, que ya de suyo tiene muy poco interés, se echa á perder además por lo enfático, declamatorio y pedantesco del lenguaje. Hay intercaladas en el proceso de la narración algunas octavas, crespas y sonoras. La expresión de los sentimientos es casi siempre falsa é impropia de los indios á quienes se atribuyen (3).

Hasta aquí la producción poética anterior al siglo XVIII (4). Si no

(1) Las Memorias de Núñez de Pineda están publicadas en el tomo III de la *Colección de Historiadores de Chile*, dirigida por Barros Arana.

(2) Algunos novelistas europeos del siglo décimoséptimo pusieron en Chile y en el Perú ciertas escenas de sus libros. Entre ellos descuella el caballero gascón Francisco Loubayssin de la Marca, que escribió en muy buen castellano la *Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro* (París, 1617). Puede citarse también *La Monja Alférez*, donde el nombre de la protagonista y el fondo de sus aventuras son reales, pero que en su actual forma literaria quizá no se remonta más allá del siglo pasado, y aun casi nos atreveríamos á señalar su autor verdadero ó á lo menos posible. Pero esta es materia para tratada despacio y en otra parte.

(3) La obra del P. Barrenechea está manuscrita en la Biblioteca Nacional de Chile. Me valgo del extenso extracto que hace de ella el Sr. Medina (*Literatura colonial*, tomo II, páginas 336-349), porque no tengo noticia de que todavía se haya publicado íntegra.

(4) Pueden añadirse algunas composiciones sueltas en elogio de autores y

fué más abundante, la causa está bien manifiesta en la falta de imprenta y en el relativo atraso de aquella colonia, llamada después á tan altos destinos. Hubo, no obstante, establecimientos de educación desde el principio. Ya antes de 1591 ordenaba una cédula real que en Santiago se estableciese una cátedra de gramática «para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diere en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro». Pero esta fundación no llegó á tener efecto inmediato, por falta de preceptor, hasta que los dominicos la establecieron en su convento, junto con algunas enseñanzas de artes y filosofía, que inauguraron Fr. Acacio de Naveda y Fr. Cristóbal Valdespino. Los chilenos que deseaban más extensa instrucción y aspiraban á recibir algún grado académico, tenían que acudir á Lima, como lo hizo Pedro de Oña, es decir, á más de quinientas leguas. Los padres de Santo Domingo trataron de elevar á la categoría de universidad las cátedras que tenían en su convento, y enviaron á España á gestionarlo á un religioso suyo, Fr. Cristóbal Núñez. La Real Audiencia apoyó la pretensión, por seguirse de ella «gran provecho y utilidad á los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y á las de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata; por ser tierra de mejor tempe-

de libros. Al principio de la *Historia general de Chile* del P. Diego Rosales se leen unos tercetos bastante buenos de un D. Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Apenas merece citarse más que á título de rareza un poema en latín casi macarrónico y rima castellana que compuso y sacó á luz en Lima en 1645 el Presbítero Diego Núñez Castaño, con motivo de una invasión frustrada de piratas holandeses en Valdivia. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios *sonetos en latín*) «*Breve compendium hostium hæreticorum Olandensium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi: providas dispositiones Proregis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis, et alia continens... Limæ, anno* 1645.» Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, Catedrático de Derecho en la Universidad de Lima, y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos, de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de D. Juan de Landecho.

Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina (páginas 94-111).

ramento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes, donde los que van á seguir sus estudios enferman y padecen otras muchas necesidades, y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias, y la mar del Sur en medio»; añadiendo que, para poder sustentar la Universidad, tenía el convento frailes graves, de ciencia y experiencia. Era esto por los años de 1610, y para entonces ya se leían Artes y Teología en otros conventos, como el de San Francisco, el de San Agustín, el de la Merced y el de la Compañía de Jesús. Siete años después una bula pontificia de Paulo V autorizó la fundación de la *Universidad de Santo Tomás*, con facultad de conferir grados, y siempre bajo la dirección de la Orden de Predicadores. Pero aquella Universidad nunca prosperó mucho por falta de profesores y de recursos y por sobra de pleitos; y en lo que toca á letras humanas, la hicieron ventajosa concurrencia los colegios de la Compañía de Jesús establecidos en la capital y en la Concepción durante el siglo XVII y más adelante en La Serena, en Valparaíso y hasta en las islas de Chiloé. El colegio de Santiago, que era el más importante, celebraba ya en 1616 justas ó certámenes poéticos, donde se repartían premios «con música y saraos y otras alegrías». Añade el P. Ovalle en su *Relación histórica del reino de Chile*, publicada en 1646, que los estudiantes hacían á veces alguna *representación* á lo divino á manera de coloquio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado llegó á tener Chile Universidad propia con carácter y título de *Real*, y organización muy parecida á la de Lima. Fué principal promotor de esta erección el alcalde D. Francisco Ruiz de Beresedo, á quien secundó el cabildo de Santiago en un memorial redactado por el licenciado Valcarce Velasco en 1720. Por fin, y después de largas negociaciones para arbitrar los fondos necesarios, que fueron cubiertos por suscripción de los vecinos, una Real cédula de 27 de Junio de 1738 autorizó la creación de la Universidad de San Felipe, con cátedras de teología, cánones, leyes, matemáticas, cosmografía, anatomía, medicina y lengua indígena, diez entre todas, ascendiendo el total importe de la dotación á 5.000 pesos. Esta Universidad vivió próximamente un siglo, hasta 1843, en que fué reemplazada por la actual

Universidad de Chile, la más renombrada y floreciente de la América española.

La expulsión de los jesuítas, que habían dado á Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, é iban á añadir á estos nombres el del célebre naturalista Molina, vino á ser grave contratiempo para los estudios de humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente á su cargo. El *Convictorio de San Francisco Javier*, que era el principal establecimiento de educación que tenían en Santiago, se convirtió en *Colegio Carolino*, pero no hizo más que decaer y vivir en gran descrédito y abandono. El Fiscal de la Audiencia insinuaba en 1774 que el país estaba *destituído de las fuentes de literatura*. Bien se confirma tan lastimoso estado de decadencia recorriendo los pocos y desabridos frutos que dió la literatura criolla de Chile en aquella centuria de profunda somnolencia. Todo es trivial, baladí y prosaico, así en la ejecución como en los temas. Como muestras de esta poesía pedestre y casera, puede citarse *La Tucapelina*, poema satírico, en octavas reales, cuyo ignorado autor se ocultó con el seudónimo de Pancho Millaleubu. El asunto es la descripción burlesca de unas fiestas celebradas en la frontera araucana con motivo de la restauración de la iglesia y misión de Tucapel en 1783. Las alusiones que el poema contiene al Capitán general del Reino, D. Ambrosio Benavides, y á sus tenientes D. Ambrosio O'Higgins y D. Domingo Tirapegui, tendrían mucha sal en su tiempo, pero hoy nos parecen insulsos juegos de palabras (1).

Entre los varios copleros que por entonces lograron fama, se cita á un P. López, dominico, improvisador chistoso, á quien, como á todos los de su especie, se atribuyen muchos chistes que seguramente no dijo; á un P. Escudero, franciscano; á un capitán de artillería, D. Lorenzo Múgica, que hacía con bastante donaire décimas conceptuosas en el gusto de nuestros poetas del siglo XVII. Hay otros muchos desenfados anónimos, críticas de sermones, satirillas

(1) *La Tucapelina* ha sido impresa en la *Literatura colonial de Chile*, del Sr. Medina, tomo III, páginas 31-51. Consta de diez cantos, cada uno de diez octavas, por lo cual el poeta los llama *decadas heroicas*.

chabacanas, que pueden tener alguna curiosidad como documento de costumbres (1), pero que poéticamente nada valen. La colección más extensa y notable de este género es la *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre D. Plácido Arteta, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido á este monte, y aun apenas llegó alguna vez á sus faldas*. El autor de este manuscrito, que era español y se llamaba D. Manuel Fernández Ortelano, debía de estar dotado de vena facilísima, aunque incorrecta, puesto que en la *Ensalada*, que bien merece tal nombre, hizo alarde de versificar en todo género de metros, emulando las *Fábulas literarias*, de Iriarte. Su mamotreto, que viene á ser una especie de novela en verso, cortada por todo género de digresiones, no ha de ser juzgado como obra literaria, sino como la expansión de un espíritu chancero, que se ríe de sí propio y de todas las cosas hu-

(1) Son las más curiosas bajo este respecto las *Décimas joco-serias y lúdicro-formales, que compuso un numen poético... á la comedia francesa, á sus farsantes, comparsas, música, expresiones y sentimientos, como asimismo á sus espectadores nacionales intrusos, supersticiosos, por razón de moda y estado;* y el *Canto encomiástico de la famosa batalla de las Lomas*, el día 20 de Septiembre de 1807. La *famosa batalla* fué un simulacro entre cómico y trágico, en que por la inexperiencia de las milicias de Santiago hubo mucha confusión y algunas víctimas.

Pueden citarse además *La Visión de Petorca*, que es un romanzón del agustino Fr. Sebastián de la Cueva, narrando la catástrofe de unos mineros sofocados por los humos en 1779; otro romance anónimo sobre la *Relación de la inundación del río Mapocho en* 1783; los *Llantos del reino de Chile*, con motivo de la partida del gobernador Amat en 1762.

Existen finalmente manuscritas dos detestables colecciones de versos devotos: una del famoso predicador agustino Fr. Manuel Oteiza *(Liberto penitente, alias el pecador arrepentido, que á imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia; fuga del mundo por el camino del cielo; pensamientos piadosos del penitente Rey, que guían á la cumbre de la perfección evangélica por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva; glosa moral de la divina Salmodia)*, y otra de un capuchino anónimo *(Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística á la union pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de* 1798).

manas, y escribe sin más intención ni propósito que divertirse.

El teatro apenas puede decirse que existiera en Chile hasta los últimos días de la época colonial, y aun entonces de una manera pobre y precaria. Con ocasión de algún regocijo público solían representarse comedias, y el grande obispo Fr. Gáspar de Villarroel, en su *Gobierno eclesiástico pacífico* (1657), habla de las que hubo en el convento de padres mercenarios de Santiago, y añade que el día del *Corpus Christi* y de su octava se representaban también «en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores Virreyes y señores Arzobispos, los dos cabildos y las religiones, y no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas, y aunque se procuraba que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta que no se mezclen algunos amores».

Las más antiguas fiestas dramáticas de índole enteramente profana, fueron las celebradas en la ciudad de la Concepción en 1693, para solemnizar la llegada del presidente Marín de Poveda. «Constaba el obsequio (dice el cronista Córdoba y Figueroa) de 14 comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos *regnícolas*, toros y cañas» (1). Ni el tal *Hércules chileno* ha llegado á nuestros días, ni se tiene siquiera noticia de los dos *regnícolas* que le compusieron. De todos modos, la diversión tardaba en aclimatarse, puesto que todavía en 20 de Marzo de 1778 podía decir el Obispo de Santiago, don Manuel de Alday y Aspe, al presidente Jáuregui, oponiéndose al establecimiento de un teatro estable: «en esta ciudad sólo se han representado comedias muy de tarde en tarde, y por unos pocos días, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer». Por entonces triunfó la oposición del Obispo, basada en el dictamen de los teólogos más rígidos; pero en 9 de Enero de 1793, el cabildo de Santiago acordó que «se estableciese por asiento una casa pública

(1) Vid. *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1888, pág. 22.)

Con especial agrado empiezo á utilizar desde ahora las doctas y amenas investigaciones de mi difunto amigo D. Miguel Luis Amunátegui, que es sin duda el escritor á quien más ilustración debe la historia literaria de Chile.

de comedias». Con todo eso, hasta la época del último presidente español, D. Casimiro Marcó del Pont, entusiasta aficionado á los espectáculos escénicos y á las actrices, tales acuerdos no lograron entero cumplimiento, ni hubo en Chile teatro donde los espectadores pudieran estar bajo techo.

La caída del régimen colonial marca en Chile, como en las demás repúblicas de América, una división en la historia literaria. Con el movimiento inaugurado en 18 de Septiembre de 1810, se abre el segundo período de la literatura chilena. Los principales representantes de la poesía revolucionaria en este período son Camilo Henríquez y D. Bernardo de Vera y Pintado (1). Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, sino á la historia de las agitaciones políticas.

Camilo Henríquez, llamado comúnmente *el fraile de la buena muerte*, era, en efecto, un fraile apóstata de la congregación de los Agonizantes, nacido en Valdivia y educado en el Perú, donde se había entregado ávidamente á la lectura de los libros de los enciclopedistas franceses que empezaban á correr de contrabando en los conventos de Lima como en los de la Península. Rousseau, principalmente, fué su ídolo, y á las doctrinas del *Contrato social* quiso ajustar todos los actos de su vida pública, cuando de improviso le lanzó en ella el torbellino de la revolución americana, á la cual sirvió, como ahora dicen, de *verbo*. Él fué el primero que en una proclama de 6 de Enero de 1810, que circuló profusamente manuscrita, lanzó sin ambajes la idea de independencia, que sólo tímidamente se aventuraban á insinuar los que pasaban por más resueltos, y que el mismo Blanco (White) impugnaba todavía en *El Español* de 1811. Él predicó en la catedral de Santiago el sermón de 4 de Julio de 1811, con ocasión de la apertura del primer Congreso chileno. Él fundó en 1812 el primer periódico de aquella región, *La Aurora de Chile* (2), y posteriormente el *Monitor Araucano*, conti-

(1) Vid. *La Alborada poética en Chile despues del* 18 *de Septiembre de* 1810, por D. Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1892.)

(2) Tengo á la vista una colección completa de este rarísimo periódico, quizá la única que existe en España.

nuando además el *Semanario Republicano*, cuyos doce primeros números había escrito el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri. Él redactó en gran parte la primera Constitución chilena (27 de Octubre de 1812). Su fanatismo liberal no tenía límites; había ideado un sistema de misiones para propagar de pueblo en pueblo los nuevos ideales, y compuso un *Catecismo de los patriotas*, para que sirviese de guía á los tales misioneros.

Después de la victoria de Rancagua y el restablecimiento del Gobierno español, Camilo Henríquez emigró á Buenos Aires, donde, abandonando por completo el hábito clerical, se hizo médico, y redactó por algún tiempo la *Gaceta de Buenos Aires*, y más adelante una revista, *El Censor*. Consolidada ya la independencia de Chile después de las jornadas de Chacabuco y Maipo, Henríquez pudo regresar á Chile bajo los auspicios del dictador O'Higgins. Entonces fundó *El Mercurio de Chile*, revista de economía política y derecho público; trabajó activamente por la difusión del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, y fué Secretario de la Convención de 1822 y del Senado que la sucedió, después de la caída de O'Higgins. Pero el continuo alarde que hacía de sus ideas antirreligiosas, todavía exóticas en Chile, y la parte que tuvo como senador en el proyecto de *reforma eclesiástica* de 1823, inspirado por el de D. Juan Antonio Llorente, concitaron contra él la animadversión pública, y le mantuvieron en posición obscura y subalterna hasta su fallecimiento, ocurrido en 16 de Marzo de 1825.

Si el arte presupone el culto de la belleza, nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez. En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta. Parece imposible que sus rencores de sectario no le dictasen alguna vez imprecaciones enérgicas, sacándole de la esfera vulgar y ruin en que se movía.

Había tomado por modelos á los autores más prosaicos del siglo XVIII, á Iriarte en el *Poema de la Música* y á Trigueros en *El Poeta Filósofo*, y consiguió darles quince y raya en cuanto á prosaísmo, pero con la desventaja de ser Trigueros, y sobre todo Iriarte, correctos en la metrificación, al paso que los versos de Camilo Henríquez, además de lo desmayado y trivial de los pensamientos, están llenos de groseras faltas prosódicas, que denuncian una edu-

cación literaria y gramatical por todo extremo deficiente. De Trigueros tomó la forma de los que llamaba *pentámetros*, y son pura y simplemente alejandrinos pareados á la francesa, de este tenor:

«Los talentos de Chile yo te vi que aplaudías;
Pero su sueño y ocio sempiterno sentías.
Nuestra juventud hábil, graciosa y bien dispuesta,
Conserva aún tristemente en inacción funesta
El ánimo sublime. Ya la época presente
La llama á grandes cosas y á iluminar su mente.....
. . . .
¡Quién pudiera del genio seguir la marcha augusta
Y de sus beneficios dar una idea justa!
Ve Urania ser la tierra uno de los planetas;
Los réditos predice de los tardos cometas,
Y al fin de sus fatigas por preceptos muy fieles,
Con rara certidumbre dirige los bajeles.....
¡Oh, cuán rica aparece y con cuánta belleza,
Ornada de trofeos de la naturaleza,
La química, alta gloria de la época presente.....»

La *Exhortación al estudio de las ciencias*, de donde están entresacados estos versos, es una de las poesías más antiguas de Henríquez, y se publicó en *El Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*. Por entonces hizo también algunos versos latinos, no mucho mejores que los castellanos (1).

Pero el género que cultivó con predilección fueron los himnos patrióticos; y entre los muchos malos que entonces se compusieron en América, y son otros tantos atentados contra la poesía y contra la música, no los hubo peores que los suyos, porque era imposible tener peor oído ni desconocer en tanto grado la noción del acento. Véase una muestra de estos desapacibles graznidos:

«Aplaudid, aplaudid á los héroes
Que á la patria el cielo otorgó.
Por su esfuerzo se elevó gloriosa
Á la dicha que nunca esperó.
Coronada de olivas se ostenta,
Llena de gloria y de bendición.

(1) Amunátegui transcribe unos exámetros destinados á conmemorar el aniversario de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos.

Venid, pueblos, volad á su seno:
Cayó el muro de separación.
   Al Sud fuerte le extiende los brazos
La patria ilustre de Washington:
El Nuevo Mundo todo se reune
En eterna confederación.
. . . .
   Volverán de la paz las dulzuras;
Cesará de Belona el furor;
Se oirán de la sabiduría
Los consejos y la amable voz.
   Dictará las sacrosantas leyes
De la más justa Constitución.
Tales son de la patria los votos
Y deseos de su corazón.....»

Cuando no hacía himnos, hacía proclamas rimadas, en las cuales alguna vez tiene arranques menos infelices:

«En triste obscuridad, pobres colonos,
Por tres centurias os miró la tierra,
Indignada del bajo sufrimiento
Que toleraba oprobios y miserias.....
   ¿Sois hombres? Pues sed libres; que los cielos
Al hombre hicieron libre. Sus eternas
É imprescriptibles leyes lo prescriben,
¡Y la razón lo dicta y manifiesta!.....
   Si da derecho la conquista, somos
Sólo nosotros dueños de estas tierras,
Pues todos somos, sin haber disputa,
De los conquistadores descendencia.....
   ¿Hasta cuándo en papeles miserables
Se buscan los derechos? La suprema
Mano los escribió en los corazones:
Ésta es la voz de la naturaleza.....
   En donde en otro tiempo el yugo indigno
De servidumbre se sufrió por fuerza,
Hoy de la libertad republicana
El estandarte tricolor se eleva.....
   El estruendo que formen al romperse
Vuestros pesados grillos y cadenas,
¡Cuánta consolación, cuánta esperanza
Derramará en los pueblos que os contemplan!
   De libertad los triunfos no acompañan

Ni suspiros, ni lágrimas, ni quejas.
Las alegrías, sí, de los tiranos,
¡Cuántos clamores, cuántos llantos cuestan!
Cuando de la opresión cae un coloso,
Toda la especie humana se consuela:
Los nobles gozos de los pueblos libres
La razón preconiza y los celebra.....»

Este trozo de romance endecasílabo no está exento, en verdad, de defectos bien obvios y palpables, pero tiene cierta nobleza y robustez, y es cierto que la pobre musa del fraile Henríquez nunca se elevó á mayor altura. Una sola excepción hay que hacer, muy notable por cierto, puesto que es la única poesía suya que corre sin tropezones; pero en ella no pertenece á Henríquez el pensamiento, puesto que es mera traducción del himno nacional de los Estados Unidos, «*Hail great Republic of the world*», aunque aplicado á Buenos Aires:

«¡Salve, gloria del mundo, República naciente,
Vuela á ser el imperio más grande de Occidente!
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!
Que tus hijos entonen, de vides á la sombra,
Y entre risueñas fuentes sobre florida alfombra:
¡Oh patria de los libres, suelo de libertad!
Que canten tus hijuelos con balbucientes labios,
Y enseñen á los pueblos en la vejez sus sabios:
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!
Tus ángeles custodios te cubran con sus alas,
Y unidas las naciones en fe y amistad pura,
Salúdente con lágrimas, lágrimas de ternura:
¡Oh patria de hombres libres, suelo de libertad!»

Compuso, además, Camilo Henríquez bastantes letrillas satíricas, sin chiste ni espontaneidad alguna, pero dirigidas al mismo fin político que el resto de sus obras; y, por último, abordó, con éxito todavía más infeliz, el teatro, que él no rechazaba en absoluto como Rousseau, sino que aspiraba á convertir en instrumento de propaganda cívica. «Yo considero el teatro únicamente como una escuela pública (decía)..... *La musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política*..... Entre las producciones dramáticas, la tragedia es la más propia de un pueblo libre, y la más útil en las circuns-

tancias actuales..... *para inspirar odio á la tiranía y desplegar toda la dignidad republicana.*»

En consonancia con esta absurda poética compuso tres dramas, tan atestados de declamaciones como pobres de acción y de interés, *Camila ó la patriota de Sud-América*, *La Inocencia en el asilo de las virtudes*, y *Lautaro*. Ninguna de ellas se representó, y las dos últimas ni siquiera llegaron á imprimirse. El público americano no se había acercado bastante al *estado de la naturaleza* que para él deseaba Henríquez, y prefería á sus soporíferos sermones democráticos aquellos otros espectáculos que Henríquez llamaba «fútiles, enervantes, afeminados», tales como *El Sí de las niñas*, que á los ojos del ex fraile era «una inmoralidad y una bufonada, tolerable sólo en pueblos estúpidos y bribones».

El otro poeta patriótico de aquella época, casi tan malo como fray Camilo, no había nacido en Chile, sino en comarcas que hoy son argentinas, en la ciudad de Santa Fe de la Veracruz, á orillas del Paraná; pero es imposible omitirle aqui, porque fué autor del himno nacional chileno, que todavía sigue cantándose, aunque creo que con algunas modificaciones, las cuales dudo que literariamente le hayan mejorado mucho. Lo más discreto, en nacionalidades ya adultas y formales, como Chile y otras de América, sería renunciar á todos esos himnos que en el concepto poético nada valen y que producen el grave daño de renovar anualmente odios que son para olvidados. Ninguna de las grandes naciones de Europa tiene himno, ni necesita conmemorar el aniversario de su fundación ni de su independencia quemando fuegos artificiales y cantando disparates mal acentuados. Ni pueden decir los americanos que en esta parte les hayamos dado mal ejemplo, porque en España no se conmemora más que una fecha patriótica, y esa no es un triunfo, sino un martirio.

El autor de la canción nacional chilena fué un profesor de Jurisprudencia, D. Bernardo de Vera y Pintado, discípulo de las Universidades de Córdoba de Tucumán y de Santiago de Chile. De carácter más ameno y regocijado que Camilo Henríquez, no tenía escrúpulo en componer versos festivos, amorosos y báquicos, distinguiéndose mucho en la improvisación y en los brindis y viniendo á ser en pequeño el Arriaza de las tertulias de la colonia. Pero des-

pués del 18 de Septiembre de 1810, el Dr. Vera, convertido en revolucionario muy activo, trocó las rosas de Erato por la oliva de Minerva, como se decía en el estilo mitológico de aquella era; comenzando por plantar en una de las ventanas de la casa del cabildo de Santiago un cartel con enormes chafarrinones que contenían la primera oda patriótica que se vió en Chile. El procedimiento de exhibición no podía ser más primitivo, pero tampoco más seguro, para atraerse lectores. Colaboró después en *La Aurora de Chile*, y por su fama de repentista fué personaje obligado en todas las fiestas y banquetes patrióticos de entonces. Él y Fr. Camilo, cubiertos siempre con el gorro frigio, se sentaban á la cabecera de la mesa y cantaban alternativamente como dos rapsodas, á cual más roncos y destemplados. En calidad de Auditor general de guerra del ejército de los Andes asistió Vera á la batalla de Chacabuco en 1817, y en 1819 recibió el encargo de escribir la *canción patriótica* que habían de cantar los coros en el aniversario del *18 de Septiembre*. Para satisfacer la curiosidad de los muchos españoles que seguramente no conocerán el primitivo himno nacional chileno, transcribiremos algunas estrofas, pésimas, sin duda, como poesía, pero que tienen, como todas las de su clase, el valor de un documento histórico:

«Dulce patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró,
Que ó la tumba será de los libres,
Ó el asilo contra la opresión.
Ciudadanos, el amor sagrado
De la patria os convoca á la lid.
Libertad es el eco de alarma;
La divisa triunfar ó morir.
El cadalso ó la antigua cadena
Os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano;
Quebrantad ese cuello feroz...
Habituarnos quisieron tres siglos
Del esclavo á la suerte infeliz,
Que al sonar de sus propias cadenas,
Más aprende á cantar que á gemir.
Pero el fuerte clamor de la patria
Ese ruido espantoso acalló,

Y las voces de la independencia
Penetraron hasta el corazón...
. . . .
Los tiranos en rabia encendidos
Y tocando de cerca su fin,
Desplegaron la furia impotente,
Que, aunque en vano, se halaga en destruir.
Ciudadanos, mirad en el campo
El cadáver del vil invasor...
¡Que perezca ese cruel, que el sepulcro
Tan lejano á su cuna buscó!
Esos valles también ved, chilenos,
Que el Eterno quiso bendecir,
Y en que ríe la naturaleza
Aunque ajada del déspota vil.
Al amigo y al deudo más caro
Sirvan hoy de sepulcro y de honor,
Mas la sangre del héroe es fecunda,
Y en cada hombre cuenta un vengador.
Del silencio profundo en que habitan
Esos manes ilustres oid
Que os reclaman venganza, chilenos,
Y en venganza á la guerra acudid.
De Lautaro, Colocolo y Rengo
Reanimad el nativo valor,
Y empeñad el coraje en las fieras
Que la España á extinguirnos mandó.
Esos monstruos que *cargan* consigo
El carácter infame y servil,
¿Cómo pueden jamás compararse
Con los héroes del cinco de Abril?
Ellos sirven al mismo tirano
Que su ley y su sangre burló;
Por la patria nosotros peleamos,
Nuestra vida, libertad y honor...» (1).

El Dr. Vera, lo mismo que Camilo Henríquez, trabajó alguna vez para el teatro, en varias loas y otras composiciones de circunstan-

(1) Tengo entendido que el moderno y apreciable poeta D. Eusebio Lillo compuso en 1847 un nuevo *himno* que oficialmente sustituyó al antiguo, aunque todavía éste siguió cantándose. Ya he indicado antes lo que pienso de toda esta literatura de los *himnos;* pero á lo menos el del Sr. Lillo no tendrá faltas métricas como el de Vera.

cias, siempre con la mira de «imbuir espíritu de independencia y libertad» (1). Pasaba por volteriano y fué uno de los pocos que se pusieron de parte de Camilo Henríquez cuando, á consecuencia de haber llamado el ex fraile á Voltaire, Rousseau y Montesquieu «los apóstoles de la razón, que han lanzado al Averno la intolerancia y el fanatismo», saltó contra él á la palestra el dominico Fr. Tadeo Silva en el *Aviso del Filósofo Rancio*, en *Los Apóstoles del Diablo*, y en *El Observador Eclesiástico.*

Con mejor gusto y más letras que Camilo Henríquez y el Doctor Vera cultivaban por entonces la poesía, á título de meros aficionados, dos personajes políticos de mucho viso é influencia: D. Ventura Blanco Encalada, de quien ya se ha dado razón al hablar de los poetas de Bolivia, á cuya región pertenece por su nacimiento; y el limeño D. Juan Egaña, á quien sus tareas de estadista y legislador, autor de Constituciones y Proyectos de ley, y hasta del Censo general de Chile, no impidieron desempeñar por muchos años la enseñanza elemental de retórica y poética en el Instituto Nacional de Santiago, y ensayar no sólo la poesía lírica, sino la dramática. Suya es la más antigua obra escénica impresa en Chile; una traducción libre y modificada de la *Cenobia*, de Metastasio, con este título: *Al amor vence el deber. Melodrama para cantar ó representar: en obsequio de la ilustre Marfisa.* Del mismo Metastasio tradujo la famosa canción *Nise ó la perfecta indiferencia («Grazie a gli inganni tuoi»)*, que ya antes, y con bien poca fortuna, había puesto en castellano Meléndez. Quedan los títulos de otras piezas teatrales de Egaña; dos comedias: *La porfía contra el desdén* y *El amor no halla imposibles*, y tres sainetes: *Polifronte ó el valor ostensible*, *El marido y su sombra* y *Amor y gravedad* (2).

Tan desmedrada vivió la poesía en Chile durante el período re-

(1) Amunátegui en *La alborada poética* (pág. 387-395) transcribe una que sirvió de introducción á la tragedia de *Guillermo Tell* (¿de Lemierre?), representada en Santiago la noche del 12 de Febrero de 1820.

(2) Vid. *Los primeros años del Instituto Nacional* (1813-1835), por Domingo Amunátegui Solar (Santiago de Chile, 1889, págs. 37-69 y 93-103), donde se contienen muchos datos sobre Egaña, como reformador de la enseñanza y autor de planes pedagógicos.

volucionario. Mientras en otras partes cantaban un Olmedo, un Bello, un Heredia, en Chile no hubo ni siquiera un versificador comparable á Fernández Madrid ó á Sánchez de Tagle. Los chilenos lo confiesan sin ambages, y por lo mismo que luego han adelantado tanto y que en ciertos puntos van á la cabeza de la cultura americana, no tienen reparo en añadir que esta pobreza se extendía á todas las manifestaciones del espíritu, y que Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispano-americanas. La Universidad de San Felipe no era más que una sombra, y el *Instituto Nacional*, organizado en 1813 y restablecido en 1819, no pasaba de ser una escuela normal con mezcla de seminario. La clase llamada de *elocuencia é historia literaria general*, se reducía á aprender de memoria el compendio de las *Lecciones* de Blair formado por D. José Luis Munárriz. Como temas de oratoria solían darse á los alumnos el elogio del *general* (sic) araucano Lautaro y otros análogos. Hacíanse, sin embargo, loables aunque lentos esfuerzos para reponer otros estudios y darles sólida base. Durante el rectorado del ingeniero francés Carlos Lozier, se reformó la enseñanza de las matemáticas y de la física. Más adelante, D. José Miguel Varas y D. Ventura Marín, dieron más amplitud á los estudios filosóficos, primero sobre la base de la ideología de Destutt-Tracy y luego sobre el sensualismo mitigado de Laromiguière, de donde el segundo de ellos pasó luego á la filosofía escocesa, recibiendo además la influencia kantiana, aunque indirectamente y por medio de Cousin.

Pero el progreso literario continuaba muy rezagado respecto del científico, y así permaneció hasta que tres hechos capitales vinieron á despertar la actividad dormida. Estos tres hechos fueron la estancia de D. José Joaquín de Mora desde 1828 á 1831; el establecimiento en Chile y el largo magisterio de D. Andrés Bello, desde 1829; y la emigración de algunos escritores argentinos, fugitivos de la tiranía de Rosas, en 1841.

El gaditano Mora, de cuyas posteriores andanzas en el Perú y en Bolivia tenemos ya alguna noticia, llegaba á Chile de Buenos Aires, á donde le había atraído en 1826 el gran gobernante Rivadavia para que redactase el periódico oficial. Envuelto en la caída de aquel Presidente, de cuya política había sido acérrimo defensor,

recibió honrosa invitación del Gobierno de Chile para pasar á aquella República y «emplearse en objetos de utilidad pública». Aceptó la invitación y el puesto de Oficial mayor de la Secretaría de Estado, y llegó á Santiago precedido de la fama literaria que le habían granjeado en toda la América española los numerosos libros y periódicos que para ella había publicado en Londres. En Chile la prodigiosa actividad de Mora tuvo las más diversas manifestaciones. Afiliado en el partido radical, del cual llegó á ser ídolo, redactó la Constitución de 1828 y varias leyes, entre ellas la de Imprenta, convirtiéndose (como se ha dicho con gracia) en el Solón de aquella incipiente República. Bajo los auspicios del presidente Pinto, y con amplios auxilios oficiales, abrió un grande establecimiento de educación, el *Liceo de Chile*, y compaginó para él una serie de libros elementales de Gramática latina, Derecho natural y de gentes, Derecho romano, Geografía descriptiva y otras materias, de las más variadas y heterogéneas. El plan de estudios de aquel colegio, que en la parte científica dirigía otro español, D. Andrés Antonio de Gorbea, comprendía las matemáticas, desde la aritmética hasta los cálculos diferencial é integral; la física, la química y la astronomía. La enseñanza de las humanidades aparecía perfectamente graduada en cinco años, dándose especial importancia á la lectura y análisis de los clásicos latinos y castellanos, y alternando este estudio con nociones de historia, literatura española, ideología y economía política, que se explicaba por el Tratado de James Mill. Quizá Mora, que era el alma del colegio, no tenía más que superficiales conocimientos de muchas de estas materias; pero así y todo, su nivel científico era tan superior al del país en que había ido á establecer su cátedra, y era tan nueva y amena su forma de exposición y enseñanza, que debió de ser, y fué en efecto, recibido como un prodigio. Al mismo tiempo fundaba *El Mercurio Chileno*, la primera revista digna de tal nombre. que apareció en aquella República; escribía de política en *El Constituyente*; daba al teatro, huérfano entonces de autores y de actores, dos comedias, *El Marido ambicioso* (imitación de Picard) y *El Embrollón*, y publicaba innumerables versos, muchos de los cuales no fueron recogidos en ninguna de sus dos colecciones poéticas, no porque en mérito cedan á los res-

tantes, sino por motivos de índole política y personal. Mora era entonces muy revolucionario y muy mal español, hasta el punto de haber aceptado carta de ciudadanía en Chile; y cuando el tiempo vino á modificar sus ideas, puso grande empeño en hacer olvidar ó ignorar en España esta parte de su vida, tan brillante bajo el aspecto literario como desastrosa bajo el político.

Ya hemos tenido ocasión de advertir que Mora, excelente poeta en la narración joco-seria, en la sátira y en la fábula, no pasa de ser un versificador primoroso, aunque frío y amanerado, en el género lírico, propiamente dicho. Pero son tales sus recursos técnicos, que llega á simular la inspiración que le falta; y de todas suertes, sus versos, sonoros y nutridos, aventajaban de tal modo á todos los que se habían oído en Chile desde el remotísimo tiempo de Pedro de Oña, que no nos maravilla el entusiasmo con que fué recibido, por ejemplo, el *Canto fúnebre* en honor de los hermanos Carreras, ó la epístola á Martínez de la Rosa, donde se leen estancias de tan noble y sostenido tono como la siguiente:

Ya es tiempo de que imprima
Tu genio al arte hispano impulso noble
De más alta ambición. Cual alza el roble
Frondosos brazos, sólidos, robustos,
Sobre humildes arbustos,
Tal erguido descuellas
Entre los vates de tu edad. Dirige
Tu vuelo raudo á las mansiones bellas,
Do la meditación callada rige
Los pasos del altivo pensamiento,
Y presta le conduce
De portento en portento;
Do inmaculado el claro nombre luce
Del cantor de Ilión, y el grande Urbino
Tomó el pincel divino;
Donde á Bacón se descubrió el arcano
Del espíritu humano,
Y al Dante adusto la región umbrosa.
¿Qué aguardas? Afanosa
La humanidad, cual si escondido numen
Con celeste vigor la enfureciera,

Avanza y precipita su carrera.
En sed de grandes cosas se consumen
Los pueblos agitados,
Los climas apartados,
Las soledades mudas,
Donde imperaba el Austro, do vivían
Tribus dispersas, rudas;
Los incógnitos llanos que aturdían
Del Óhio las corrientes turbulentas
Se cubren de ciudades opulentas:
Ya no hay barreras para el hombre. El Noto
Desencadena en vano sus rugidos,
Y en vano entumecidos
Se abren los senos de Anfitrite airada:
Tranquila en tanto al Hindostán remoto
Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,
Por la anchura irritada,
Vapor activo y leve
Que ponderosa construcción oprime.
Canta en eco sublime
Tanto prodigio, y la grandiosa escena
Que abre la industria á la ventura humana,
Distribuyendo en la región lejana,
Antes de errores y miseria llena,
Con el fruto sutil de sus telares
De las ciencias los puros luminares...

Mora, que después fué tan enemigo de los versos sueltos, y con tan fútiles razones intentó desacreditarlos, los hacía entonces con facilidad suma. Así lo prueba, aunque no honre mucho sus sentimientos patrióticos, la alocución que compuso para que fuese recitada en el teatro en el aniversario del *18 de Septiembre*.

Cetro rompimos que á la vez pesara
Sobre la fértil vega donde gira
Pomposo el Eridano, y en los montes
De Anahuac opulento, en el alcázar
Del potente califa, y en la margen
Del agitado Magdalena; cetro
Que envolvió en sus tinieblas espantosas
El maléfico error; cetro manchado
En sangre de oprimidos, y cubierto

Con maldición y lloros. Lo rompimos,
Y en su lugar lozana, victoriosa,
Se alza la libertad, cual castigada
De Tarquino la audacia se alzó en Roma
Con austeras virtudes, y ceñida
De inflexible vigor; cual en Atenas,
Grata al comercio y al saber, y ansiosa
De gloria y de esplendor; cual en la orilla
Del Delawar, modesta, infatigable,
Dócil al eco del precepto justo
Del genio y de las artes protectora.

. . . .

¡Hijas del cielo! ¡Leyes venturosas!
Reinad inconmovibles; á raudales
Verted dicha, reposo y opulencia
Sobre el pueblo sumido. ¡Que á la sombra
De vuestra égida, rompa el duro arado
Nuevas llanuras, y su faz adornen
Opimos frutos y dichosas gentes!
Cubra el mar de Occidente, flameante
La tricolor bandera, y con los frutos
Del suelo patrio, á la región opuesta,
Que Chile es grande y poderosa anuncie.
La ciencia triunfe del error, y ensanche
La existencia mental, y purifique
Nuestra mansión espléndida, y transforme
Su voz potente en plácidos canales
La vertiente espumosa, los desiertos
En vastos focos de labor activa,
Y el patrio hogar en templo de virtudes...

La posición de Mora en Chile podía ser para algunos envidiable, pero estaba cercada de peligros que él, con la viveza é impetuosidad propias de su carácter y con la soltura de lengua de que entonces adolecía, pareció como que se complaciese en acumular sobre su cabeza. La experiencia de lo que le había pasado en Buenos Aires no había sido suficiente escarmiento para que dejase de tomar parte muy activa en las luchas de un país al cual sólo por adopción pertenecía, y en el cual realmente todo el mundo le consideraba como extranjero. Servía de instrumento á los liberales, pero al mismo compás que crecía la admiración de éstos, iba cosechando odios in-

extinguibles en el bando opuesto de los conservadores, á quienes en Chile llamaban por aquellos años *pelucones*. Este partido, al cual pertenecía el nuevo director del Instituto Nacional, el presbítero D. Juan Francisco Meneses, antiguo y fervoroso realista, y adicto en todo á las tradiciones de la colonia aun después de haber pasado al servicio de la joven República, declaró la guerra al *Liceo* de Mora y á su enseñanza; apoyando en contra de él, primero á ciertos profesores franceses que trajo D. Pedro Chapuis, por el sistema de *contrata* de sabios extranjeros, adoptado á la sazón en Chile, y que no sé si enteramente ha desaparecido á pesar de los grandes progresos ulteriores de la cultura indígena; y luego al ilustre fundador del *Colegio de Santiago*, D. Andrés Bello, traído de Londres, también por contrata, en 1829, y oficial en el ministerio de Relaciones Exteriores. Nacieron de aquí agrias é interminables polémicas en que Mora triunfó sin gran dificultad de la que él llamaba *colonia de sabios* ó *barcada* de profesores franceses, los cuales no llegaron á entenderse con Mr. Chapuis ni á cobrar sus sueldos ni á plantear el proyectado colegio, si bien la mayor parte de ellos pasaron al *de Santiago*, primero bajo la dirección del clérigo Meneses, y luego bajo la de Bello. Pero su furor se estrelló contra la ciencia de éste, más sólida y positiva que la suya; y aunque la polémica entablada entre ambos tuvo mucho de pueril y versó únicamente sobre *tiquis-miquis* gramaticales, degenerando en torneo pedantesco (1), Mora no llevó la mejor parte; quedó maltrecho en la opinión, acabó de granjearse enemigos con la intemperancia de sus contestaciones, perdió los auxilios oficiales que se daban al Liceo, tuvo que cerrarle, y exasperado con su derrota, se lanzó ciegamente en la oposición más radical y facciosa contra el presidente Ovalle y el verdadero jefe de los conservadores, D. Diego Portales. Pero este ilustre hombre de estado, el gobernante más enérgico que ha tenido Chile, no era de los que sufren con paciencia los atentados contra el principio de autoridad; así es

(1) Rompió el fuego Mora en una *oración inaugural* de la clase de oratoria del Liceo de Chile. La censuró Bello en una serie de artículos insertos en *El Popular*. Replicó Mora en tres papeles sueltos, firmados por *los alumnos de oratoria del Liceo*.

que después de haber perseguido judicialmente á Mora y sus periódicos, acabó por prenderle y expulsarle del país. Mora, que tenía especial habilidad para componer letrillas, casi tan buenas como las de Bretón, tomó de sus adversarios el mejor desquite que en su situación cabía, lanzando contra Ovalle y Portales aquella tan chistosa de *El uno y el otro*, que todavía muchos chilenos repiten de coro:

Quitándonos el sombrero
Gritaremos á la par:
¡Felices noches, don Diego!
¡Abur, don José Tomás!

En Lima, donde Mora encontró refugio y protección, estableció un nuevo colegio, dió á luz nuevos libros y continuó desatándose en denuestos, no ya contra el partido conservador, sino contra todos los chilenos en general, á quienes llamaba «*bípedos de la Beocia americana*», calificándolos, además, de «potros y potrancas á quienes había tenido que domar». Él mismo se arrepintió más adelante de estas injurias dictadas por la exasperación del momento; se reconcilió con su antiguo adversario D. Andrés Bello, mantuvo con él amistad no rota sino por la muerte, y divulgó más que nadie en España las nuevas de la prosperidad y del desarrollo de Chile. El pueblo chileno olvidó también sus agravios con la generosidad propia de los fuertes, y hoy coloca el nombre de Mora entre los de sus institutores más preclaros (1), pues aunque su enseñanza duró poco, removió mucho los espíritus, dejando profunda huella en alguno tan reflexivo como el de Lastarria, que se preció siempre de haber sido discípulo predilecto del que en Chile llamaban *el Gallego*, aunque fuese andaluz, como queda dicho.

La influencia de Bello fué, sin embargo, mucho más profunda y saludable que la de Mora. No pertenece á este lugar la apreciación de los méritos de aquel varón extraordinario á quien ya procuramos dar á conocer en el estudio relativo á Venezuela; Bello, como poeta no pertenece á Chile; sus dos composiciones magistrales y caracte-

(1) *Don José Joaquín de Mora, Apuntes biográficos por Miguel Luis Amunátegui.* (Santiago de Chile, 1888.)

rísticas, la *Alocución á la poesía*, la *Silva á la agricultura en la zona tórrida*, estaban escritas y publicadas en Londres desde 1823 y 1825, respectivamente. En Chile hizo pocos versos, y más bien traducidos que originales. En cambio, á la educación de Chile dedicó los frutos de la madurez de su entendimiento y de su cultura científica. Aquella república le debió el *Código Civil*, los *Principios del Derecho de gentes*, la *Gramática castellana*, y con ella el inapreciable bien de la conservación de la integridad del idioma; los *Principios de Ortología y Métrica*, todavía no superados hasta hoy; la *Filosofía del entendimiento*, y con ella la propagación de las sabias y templadas enseñanzas de la psicología escocesa; la organización de la Universidad sobre el modelo de las de Inglaterra; y, dominándolo todo, un alto y severo espíritu de disciplina moral y jurídica, que ha sido el más duradero fruto de su enseñanza.

Bello no había ido á Chile á formar poetas, ni se le llamaba para eso. Lo primero que hizo fué abrir cátedra de Gramática castellana, que era lo más urgente, para que con el tiempo pudiesen florecer poetas y prosistas. «Había pocos países en la América Española—dice Amunátegui (1)—donde se hablara y escribiera peor que en el nuestro; aun las personas más condecoradas, las que ocupaban los primeros puestos de la República, cometían á cada paso las faltas de lenguaje más groseras y ridículas. Podía decirse sin exageración que aquella era una jerigonza de negros» (2).

Bello transformó todo esto en menos de diez años, ya con su enseñanza en el *Colegio de Santiago* y en su propia casa, ya con aquel otro género de magisterio que ejercía desde las columnas oficiales de *El Araucano*. «La gramática nacional—decía—es el primer asunto que se presenta á la inteligencia del niño, el primer ensayo de sus facultades mentales, su primer curso práctico de raciocinio; es necesario, pues, que todo dé en ella una acertada dirección á sus hábitos; que nada sea vago ni obscuro; que no se le acostumbre á dar un valor misterioso á palabras que no comprende; que una filo-

(1) Página 156 de la biografía de Mora.

(2) *Vida de D. Andrés Bello, por Miguel Luis Amunátegui* (Santiago de Chile, 1882), pág. 404.

sofía, tanto más difícil y delicada cuanto menos ha de mostrarse, exponga y clarifique de tal manera los hechos, esto es, las reglas del habla, que, generalizándose, queden reducidas á la expresión más sencilla posible... Hay muchos que creen que el estudio de la lengua nativa es propio de la primera edad, y debe limitarse á las escuelas de primeras letras. Los que así piensan no tienen una idea cabal de los objetos que abraza el conocimiento de una lengua, y del fin que deben proponerse estudiándola. El estudio de la lengua se extiende á toda la vida del hombre, y se puede decir que no acaba nunca.»

«La influencia del magisterio de Bello (dice Lastarria) fué inmensa en aquella época, fué casi una dominación» (1). Pero como todas las dominaciones, no dejó de ser combatida. El espíritu de anarquía, no ya sólo literaria sino lingüística, levantó la cabeza contra la dictadura de Bello, en las producciones de varios escritores argentinos (Gutiérrez, Alberdi, López, Sarmiento), á quienes la tiranía política de su país había forzado á buscar asilo en Chile en 1840. Eran algunos de ellos ingenios brillantes, de ardiente fantasía, que contrastaba con la imaginación un tanto apocada y tímida de los chilenos; pero su educación había sido enteramente francesa, su espíritu político era el de la revolución del 89, su literatura la del romanticismo francés; su odio á todo lo español rayaba en manía; hacían alarde y gala de ignorar nuestra literatura y de hablar pésimamente nuestra lengua, y ni sentían, ni pensaban, ni leían más que en francés. Aun el mismo Gutiérrez, que había recibido educación clásica y era bastante correcto en la dicción, y comenzaba ya á ocuparse en investigaciones eruditas sobre la poesía colonial, no difería de los demás en cuanto al fondo de las ideas, aunque sí en la manera de expresarlas. Pero el principal representante de la demagogia literaria era el famoso maestro de escuela y futuro Presidente de la República Argentina, D. Domingo Faustino Sarmiento, conocido aún en España por la tremenda aunque merecida sátira de Villergas, *Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera*.

(1) J. V. Lastarria. *Recuerdos literarios. Datos para la historia literaria de la América española y del progreso intelectual en Chile*, 2.ª edición. Santiago de Chile, 1885, pág. 69.

Era Sarmiento hombre originalísimo y excéntrico, así en su persona como en sus ideas y en su estilo, que adolecían de todos los defectos inherentes á su educación vagabunda y desordenada, y á lo cerril é indómito de sus tendencias nativas, las cuales le arrastraban á ser una especie de *gaucho* de la república de las letras, intemperante, desmandado y sin freno en nada. Además, comenzaba á escribir entonces; y su gusto, que no llegó á formarse nunca, estaba virgen de toda influencia extraña que pudiera modificarle. Aquel estro bravío y poderoso que había de inspirar las páginas calenturientas de *Facundo Quiroga*, de los *Recuerdos de provincia* y de la *Campaña del ejército grande*, ardía ya en el cerebro de Sarmiento: pero no había logrado aún la forma de expresión, selvática sin duda, pero arrogante, apasionada y pintoresca, que realza aquellos libros, los más originales quizá de la literatura americana. En 1841 Sarmiento no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra á muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención.

Sarmiento, sin embargo, como forastero que era, no hubiese roto el fuego contra la enseñanza académica en Chile, como no le había roto su compañero de emigración D. Vicente Fidel López, que desde Febrero de 1842 redactaba, con la colaboración de Gutiérrez y de Alberdi, la *Revista de Valparaíso*, si á deshora no hubiese venido á prestarles ocasión y armas un profesor chileno, que discípulo primero de Mora, y luego de Bello, había conservado mucho más del espíritu innovador del primero que del pacífico y mesurado del segundo, y que ya por entonces había levantado la bandera de la emancipación mental de Chile, en el sentido de romper con todas las tradiciones de la colonia. Era éste D. José Victorino de Lastarria, espíritu rígido y anguloso con apariencias de positivo, sectario fanático de un ideal de política abstracta que pretende someter á teoremas inflexibles el rico contenido de la historia y la complejidad de los actos humanos (1).

(1) Vid. la extensa biografía de *D. Jose Victorino Lastarria, por Joaquín Rodríguez Bravo.* Santiago de Chile, imp. Barcelona, 1892.

Lastarria fundó en 1842 una *Sociedad literaria*, compuesta en su mayor parte de estudiantes, y en la inauguración leyó un discurso que él consideraba como un monumento de gloria, por lo cual le reproduce íntegro en sus *Recuerdos literarios*. En él se leían estos conceptos: «*Durante la colonia no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo*, ¡y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba á su pesado carro triunfal, permanecía dominada por la *ignorancia* y sufriendo el ponderoso yugo de *lo absoluto* en política y religión...» «Hay una literatura que nos legó *la* España con su religión divina, con sus *pesadas é indigestas* leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran á la Península, comenzó á tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad...» «Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus tendencias civilizadoras, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y las tendencias de aquella literatura.» Lastarria no renegaba enteramente de la lengua: «¡Ah, no! ¡Éste fué uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron los conquistadores sin pensarlo!» Y prosiguiendo con la quimera de una literatura nacional chilena, antípoda de la española aunque se expresase en la misma lengua, añadía: «Fuerza es que seamos originales; *tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos necesarios para serlo*, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad.»

Sarmiento, en un artículo del *Mercurio* de Valparaíso (periódico que salía de las prensas del tipógrafo catalán D. Manuel Rivadeneyra, después tan célebre como editor de la *Biblioteca de Autores Españoles)*, se apoderó ávidamente del discurso de Lastarria, para comentarle á su modo y herir á Bello y su escuela con mortificantes alusiones. Era tesis suya, que «países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin cultura, *aprendiendo recién (sic)* los rudimentos del saber, no podían tener *pretensiones* de formarse un estilo castigado y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa». Atribuía luego la esterilidad poética de Chile, «á la perversidad de los estudios, al influjo de los

gramáticos, al respeto á los *admirables modelos* que tenían *agarrotada* la imaginación de los jóvenes». Y, finalmente, tirando ya la piedra á tejado conocido, designaba claramente á Bello, aunque sin nombrarle, y se atrevía á pedir nada menos que su expulsión del país por el crimen nefando de saber gramática. «Por lo que á nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido *en tiempo* el destierro de un gran literato que vive entre nosotros; sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente literatura exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar á nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y de la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado á Sicilia, á Salvá y á Hermosilla, que con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha;* allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

De este modo proseguía Sarmiento, desbarrando con tan poco sentido común como gramática, cual si quisiese confirmar con el ejemplo lo mismo que teóricamente predicaba. «No hay espontaneidad (decía); hay una cárcel guardada á la puerta por el inflexible *culteranismo* (sinónimo para Sarmiento de literatura culta), que da, sin piedad, de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes ó Fr. Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época... Entonces habrá prosa, habrá poesía, *habrán (sic)* defectos, *habrán* bellezas. La crítica vendrá á su tiempo y los defectos desaparecerán.»

Sarmiento, que se titulaba con énfasis «ignorante por principios, ignorante por convicción» (como si la ignorancia fuese alguna virtud muy recomendable y extraordinaria), parecía ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar á escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa

corriente entre los románticos españoles, si bien, á decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan los renglones transcritos. Ni llegaron tampoco en Chile, gracias á la sana influencia de D. Andrés Bello, el cual representaba allí el mismo género de disciplina que D. Alberto Lista entre nosotros. Bello, por la gravedad de su carácter y de sus funciones oficiales, no intervino ni podía decorosamente intervenir en un debate donde tan inoportunamente se traía su nombre, casi por los mismos días en que otro patriota chileno y rabioso enemigo de los españoles, D. Juan Miguel Infante, le llamaba en letras de molde nada menos que *miserable aventurero*, por el capital crimen de querer que se enseñase Gramática latina y Derecho romano, estudios propios tan sólo, según la opinión del tal Infante, para crear generaciodes de esclavos y de *godos* contumaces y empedernidos. Pocas veces la barbarie se ha presentado con tan candorosa franqueza, y pocos hombres han contraído tanto mérito con ningún país como el que Bello contrajo, alejándola para siempre de Chile. Enfrente de adversarios que en política y en derecho querían retrogradar á los tiempos de Caupolicán, y en literatura no concebían la independencia del genio más que como la de un jinete de las pampas, mantuvo los derechos imprescriptibles de la razón y del gusto, y ni siquiera pudo ser tachado de clasicismo intolerante, puesto que en 1841 había dado á luz una poesía enteramente romántica, *El incendio de la Compañía*, muy elogiada por el mismo Sarmiento; y se preparaba á enriquecer nuestra lengua con las bellísimas imitaciones de Víctor Hugo, que fueron apareciendo en *El Museo de Ambas Américas*, fundado en Valparaíso en 1842 por el colombiano García del Río (antiguo colaborador suyo en el *Repertorio Americano* de Londres); y en el *Semanario de Santiago*, periódico que aquel mismo año y en son de desagravio de la juventud chilena contra las diatribas de Sarmiento, que parecía negarles todo género de aptitud para las bellas letras, comenzaron á publicar varios discípulos de Bello. En aquellas columnas se dió á conocer un escritor de costumbres J. I. Vallejo *(Jotabeche)*, imitador de *Fígaro* y de *El Curioso Parlante;* y allí apareció también el primer poema chileno, de alguna extensión é importancia entre los que produjo

la nueva generación, *El Campanario*, de D. Salvador Sanfuentes.

Sanfuentes no hacía entonces sus primeras armas; ya era conocido por una traducción en verso de la *Ifigenia*, de Racine, de la cual había publicado Bello algunos trozos en el periódico oficial, recomendándola con singulares elogios, cuando el traductor apenas tenía diez y siete años. En los primeros números del *Semanario* escribió sobre clasicismo y romanticismo, provocando la indignación de los argentinos López y Sarmiento. Al segundo quiso responder de un modo más directo en el prólogo de su poema, compuesto expresamente como ensayo de la capacidad poética de los chilenos. *El Campanario* fué puesto en las nubes por el entusiasmo local, y tuvo un valor de circunstancias, que es preciso descontar hoy de su mérito absoluto. Es una imitación evidente de las *Leyendas Españolas*, de Mora; pero está á mucha distancia de lo que en este género hacía en Guatemala Batres. La narración de Sanfuentes es sosa, y la parte sentimental de su cuento vale poco, pero tienen chiste las descripciones de algunos tipos y costumbres de la colonia, y están lindamente hechas las octavas jocosas en que se describe la vida plácida y regalona de un Marqués del antiguo régimen.

Sanfuentes, á pesar de sus tareas políticas y forenses, siguió escribiendo muchos versos; pero nunca llegó á obtener un éxito que superase al de su primer ensayo, ni pasó nunca de una medianía elegante. Tradujo el *Británico*, de Racine, con la misma «exactitud y propiedad de lenguaje, y tacto fino en variar las cesuras del metro», que había elogiado Bello en su versión juvenil de la *Ifigenia en Aulide*. Tradujo con igual esmero, pero con más libertad, *Los celos infundados (Le cocu imaginaire)* de Molière. Su teatro original, aparte de algunos ensayos juveniles que él mismo destruyó, se compone de tres piezas originales: *Carolina*, *Cora ó la Virgen del Sol* y *Juana de Nápoles*; pero aun esta última, que es la más apreciable, se deja leer con fatiga, y no sabemos si resistiría la prueba de las tablas. En la poesía narrativa, que era su género predilecto, se sostuvo siempre con facilidad y desembarazo, é hizo loables esfuerzos para dar á sus obras color de naturaleza americana; pero á pesar de haber escrito tres largas leyendas, *El Bandido*, *Inami ó la laguna de Ran-*

co, *Huentemagu*, y un poema en dos volúmenes, *La Destrucción de la Imperial*, que tiene nada menos que 17.626 versos, continuó siendo para todo el mundo el autor de *El Campanario*. Preciábase de imitador de Ercilla, y ha sido, probablemente, el último discípulo aventajado de su escuela, la cual tenía más razón para durar en Chile que en ninguna otra parte (1).

Entre los redactores del *Semanario de Santiago* figuraban, al lado de Sanfuentes, otros poetas principiantes: D. Hermógenes Irisarri, hijo del famoso escritor guatemalteco D. Antonio José, á quien superó en estro lírico y elegancia de versificación, ya que no igualase su ingenio acerado y vasta doctrina (2); D. Jacinto Chacón, autor de un poema fragmentario, *La mujer;* los dos hijos de D. Andrés Bello, D. Carlos y D. Francisco, el primero de los cuales dió á la escena un ensayo de drama romántico, *Los amores de un poeta*, muy aplaudido entonces como primer paso del ingenio nacional en tan difícil

(1) Don Salvador Sanfuentes y Torres nació en Santiago de Chile el 2 de Febrero de 1817. Era el discípulo predilecto de D. Andrés Bello. Su carrera administrativa fué brillante. Tuvo á su cargo en varias ocasiones el Ministerio de Justicia, Culto é Instrucción pública, y el de Estado. Estas elevadas funciones no le impidieron desempeñar con gran lucimiento la de Secretario general de la Universidad de Chile, durante el rectorado de Bello. Falleció en 17 de Julio de 1860, siendo Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad. Además de las obras citadas en el texto, dejó un drama sin terminar, *Don Francisco de Meneses*, y presentó á la Universidad en 1850 una Memoria histórica, *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*. En la *Revista de Ciencias y Letras* (1857) publicó las cuatro primeras partes de otro poema, *Teudo, ó Memorias de un solitario*.

Acerca de Sanfuentes, vid. Amunátegui, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos. Obra premiada en el certamen abierto por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año* 1859. (Santiago, 1861, páginas 277-315), y *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, páginas 186-205.

(2) Tradujo H. Irisarri en verso la tragedia *Francesca de Rímini*, de Silvio Pellico, y el drama de A. Dumas, *Carlos VII entre sus grandes vasallos*, y en prosa, *Una sola falta*, de E. Scribe, y *Los cuentos de la Reina de Navarra*, del mismo Scribe y de Legouvé. En *La Semana*, revista fundada por los hermanos Alemparte en 1859, publicó una serie de siete cartas sobre el teatro moderno.

carrera, y muy olvidado después como fruto prematuro y sin sazón. Hubo entonces otras tentativas teatrales, como las del español Don Rafael Minvielle, que además de sus arreglos del *Antony* y del *Hernani*, compuso un drama original, *Ernesto* (1). Pero todas estas producciones mediocres no sirven más que como datos de la cronología literaria.

Mucho antes que se hubiesen dado á conocer los noveles ingenios citados hasta aquí, y con independencia en cierto modo del movimiento universitario promovido por Mora y Bello, escribía notables versos una esclarecida matrona que ha dejado en Chile tan gratos recuerdos por su piedad y sus virtudes, como por su talento. Cuando en 1837 sucumbió bajo el plomo de vulgares asesinos políticos el gran magistrado D. Diego Portales, un clamor de angustia se levantó de todos los confines de la República chilena, y la poesía, que hasta entonces sólo había acertado á exhalar roncos sones, así en las tribulaciones como en las alegrías de la patria, se asoció dignamente á aquel inmenso duelo en las vigorosas estancias de un *Canto fúnebre*, que corrió anónimo de mano en mano, excitando la admiración común, sin que nadie pudiera atinar con el nombre de su autor verdadero. Salvo Bello y D. Felipe Pardo, que por entonces estaba emigrado en Chile, no había persona en el país capaz de escribir versos de tan noble sentimiento, de tan elevado espíritu, de tan pura y briosa dicción. No eran, ni con mucho, los primeros de su autora, de quien bien puede decirse que se había educado á sí

(1) Minvielle era natural de Játiva, y emigrado liberal de 1823, primero en la República Argentina y luego en Chile, donde prestó muchos servicios á la enseñanza. Además de las piezas citadas, tradujo otras de Adolfo Dennery, Aniceto Bourgeois, Victoriano Sardou, y Teodoro Barrière, entre ellas, *Las mujeres de mármol*.

Falleció en 1887. Puede leerse su biografía en *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, de Amunátegui (páginas 315-334).

Para completar, en lo posible, la ligera enumeración del repertorio del teatro chileno en estos años, hay que citar la traducción que D. Andrés Bello hizo de la *Teresa*, de Dumas; *El Proscripto*, de Soulié, arreglado por Lastarria, autor también de alguna comedia original; la tragedia de Sheridan, *Pizarro*, traducida del inglés por D. Juan García del Río, y alguna otra de menos importancia.

misma con la lectura de algunos libros españoles y franceses, especialmente piadosos, y con el trato de algunas personas cultas, como D. Ventura Blanco Encalada y el mismo Bello. De ellos pudo aprender la corrección de la frase y el arte de la forma limpia y castiza; pero la fuente de los afectos poéticos la encontró sin estudio dentro de su propia alma dulce, religiosa y modesta. No fué nunca literata de profesión, sino ejemplarísima mujer de su casa, que sólo escribía versos cuando la devoción, la caridad ó la piedad maternal se los dictaban. Entonces corría su vena, fácil y sin esfuerzo, espontánea y candorosa, demasiado abundante en ocasiones y expuesta á los peligros de la facilidad excesiva. Hay redundancia de palabras en sus mejores composiciones. El *Canto fúnebre*, ya citado, el *Canto á la caridad*, la *Plegaria al pie de la Cruz*, ganarían todas reducidas á menos versos, y así podrían eliminarse algunos prosaicos y desmañados, que de vez en cuando las desdoran. Quizá escribió también demasiadas composiciones de índole familiar y casera. Pero la sinceridad lírica es tan evidente, y tan puro el manantial de que brota, y tan hermoso el corazón que se refleja en aquellos versos, que puede suscribirse sin ambajes al juicio de Bello, cuando en 1859 llamaba á esta poetisa chilena «la musa de la caridad cristiana, que tiene gemidos para todos los dolores, y sólo presta su voz á los afectos generosos». No lo negará quien haya leído aquellas estancias suyas, que comienzan: «*Dulce es morir*»:

Dulce es morir, cuando en la edad primera,
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil,
Como cándida flor de la pradera,
Que, para ornar al templo soberano,
Separó diestra, cuidadosa mano
De su tallo gentil.....
Dulce es morir, cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
Y de flores y palmas el camino
Le siembra de la cruz;
Y al débil ser que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,

Transforma de la muerte los horrores
En apacible luz.....
Dulce es morir, cuando en la edad temprana
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos del serafín;
Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pudorosa
Del cielo en el confín.....

Ni faltan en las poesías de Doña Mercedes Marín rasgos enérgicos, que hacen más impresión por lo mismo que contrastan con la habitual sencillez de su estilo, v. gr.:

¡Son ciegos que han errado su camino:
Llámalos al redil, Pastor divino,
Antes que baje el sol de tus piedades!

Ó bien cuando exclama en la bella elegía á la muerte de Don Andrés Bello:

Sobre el limpio cristal de su conciencia
Las corrientes del siglo resbalaron..... (1).

La primitiva *América poética*, de Valparaíso (1846), no dió entrada á más ingenios de Chile, que Sanfuentes, Doña Mercedes Marín, Chacón, Irisarri *junior*, y D. Eusebio Lillo; del cual nada decimos aquí, porque, según nuestras noticias, es uno de los tres poetas que viven (2) de los comprendidos en aquella famosa antología. Si á los nombres citados hasta aquí se agrega el del argentino D. Gabriel Real de Azúa, que fué chileno por adopción; poeta correcto de la

(1) Nació Doña Mercedes Marín en Santiago de Chile el 11 de Septiembre de 1804, y murió en 21 de Diciembre de 1866. Su biografía está en *La Alborada poética*, de Amunátegui (páginas 476-568). Sus poesias han sido coleccionadas con este título: *Poesías de la Señora Doña Mercedes Marín del Solar, dadas á luz por su hijo Enrique del Solar* (Santiago, 1874). Fué autora, además, de varios escritos en prosa: una biografía de su padre, otra del primer Arzobispo de Santiago, D. Manuel Vicuña (1843), otra del arcediano D. José Miguel del Solar (1847), etc.

(2) Ha fallecido después, según mis noticias.

escuela de nuestro siglo XVIII; conocido principalmente por sus fábulas, entre las cuales hay algunas ingeniosas y bien versificadas (1), tendremos casi completo el cuadro del movimiento literario en Chile durante la primera mitad de nuestro siglo.

La fundación de la Universidad en 1843, bajo la sabia dirección de Bello, determinó un notable desarrollo de la cultura, pero más bien en sentido científico é histórico que propiamente literario. En el discurso inaugural del Rector se daba, no obstante, la debida importancia al estudio de las bellas letras, y se proclamaba una fórmula de libertad estética muy amplia: «Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta á nombre de Aristóteles y Homero, y atribuyéndoles á veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles á la mirada de lince del genio...; creo que hay un arte que guía á la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que, sin ese arte, la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Ésta es mi fe literaria. Libertad en todo. Pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.»

Pero no eran «orgías de imaginación» lo que había que temer de los chilenos. De la Universidad salieron historiógrafos, investigadores, gramáticos, economistas y sociólogos, más bien que poetas. El carácter del pueblo chileno, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado á idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente é innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre. Dios hace nacer el genio poético donde

(1) Las obras poéticas de Real de Azúa ocupan tres volúmenes, publicados en París por D. Vicente Salvá, en 1839 y 1840. Su comedia *Los Aspirantes*, representada en 1834, mereció los elogios de D. Andrés Bello en un artículo de *El Araucano*.

quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino. Los nombres, caros á las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Matta, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que, por consiguiente, no deben ser aquí materia de nuestro estudio (1), son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente bajo otros respectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba, no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras Repúblicas hispano-americanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido; y con la falta de estilo y arte de exposición que en las mismas monografías históricas, que son el nervio de su literatura, desluce muchas veces los resultados de una labor sabia paciente y honradísima. No hay rincón de su historia que los chilenos no hayan escudriñado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman é ilustren con comentarios; pero el historiador, para no ser un simple cronista, necesita cierto grado de imaginación y cierto buen gusto que le marque la distinción entre lo importante y lo superfluo. Admiro y aplaudo el ardor patriótico con que los chilenos se consagran al esclarecimiento de sus anales patrios; pero observo cierta falta de armonía y de proporción en sus trabajos, por lo cual es difícil que fuera del país en que se escriben logren muchos lectores. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius ó por Grote. Evidentemente es demasiado, y no basta todo el entusiasmo nacional para borrar la diferencia y para hacer interesante lo que de suyo no lo es. Por último, el predominio del positivismo dogmático, triunfante al parecer en la enseñanza oficial durante estos últimos años, contribuye á aumentar la sequedad habitual de la literatura chilena, sólida por lo común, pero rara vez amena.

Como principales periódicos literarios, posteriores al *Semanario*

(1) Han desaparecido de este mundo en el largo plazo de diez y siete años que van corridos desde la primera edición de estas páginas.

de Santiago, pueden citarse *El Crepúsculo*, que en 1843 fundó Lastarria, y pereció al año siguiente á consecuencia del famoso artículo heterodoxo de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, que atrajo sobre su autor y sobre la revista la condenación de un Jurado que mandó quemar por mano del verdugo el último número de aquella publicación; *Revista de Santiago*, que el mismo infatigable Lastarria comenzó á publicar en 1848 con la colaboración de Bello, los hermanos Amunáteguis y otros, durando, con varias alternativas, hasta 1857; la *Revista de Ciencias y Letras*, que empezó á salir aquel mismo año como órgano de la escuela conservadora; la *Revista del Pacífico*, que en 1858 dirigía en Valparaíso D. Guillermo Blest Gana; *La Semana*, de los hermanos Arteaga Alemparte (D. Justo y D. Domingo); *La Estrella de Chile*, revista católica fundada en 1867; la nueva *Revista de Santiago*, de D. Fanor Velasco y D. Augusto Orrego Luco (1872), y en estos últimos años, la *Revista de Artes y Letras*, que por desgracia ha desaparecido (1). Como publicación oficial, de las más notables de América, descuellan los *Anales de la Universidad de Chile* (2).

En todas ó en la mayor parte de las colecciones antes citadas, pueden seguirse paso á paso los progresos de la literatura chilena, á cuyo desarrollo han contribuído también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habían sido clásicos, y

(1) Adviértase que estas noticias no alcanzan, según mi plan, más que hasta 1892.

(2) Es obra de indispensable consulta la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena. Obra compuesta en virtud de encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile, por D. Ramón Briseño.* Santiago de Chile, 1862. Dos tomos en folio.

en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, como en sus traducciones de lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro I de la *Eneida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

(1) Las poesías de D. Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico, El Cóndor* y *El Mercurio*.

XII

REPÚBLICA ARGENTINA

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y el Cabo de Hornos, los Andes y el Atlántico (1), formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (2); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas como la del bávaro Ulrico Schmidel, que en 1534

(1) La Patagonia anda en litigio entre Chile y la República Argentina, y por una y otra parte se han publicado enormes alegatos histórico-jurídicos. *Non nostrum inter vos tantas componere lites*, ni tal pleito importa para el objeto de este libro.

(2) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los Padres Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.

formó parte de la expedición de D. Pedro de Mendoza, en que iban 150 alemanes y flamencos; y los *Comentarios* del heroico adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por primera vez impresos en 1555.

Entre estas crónicas no podía faltar alguna escrita en verso y con alarde de poema épico. Pero la región del Plata, menos afortunada en esta parte que Chile y Nueva Granada, no tuvo un Ercilla ni siquiera un Pedro de Oña ó un Castellanos, que enalteciesen los hechos de su conquista, sino que le hubo de caer en suerte uno de los más pedestres y desmayados versificadores, entre los muchos á quienes la historia del Nuevo Mundo prestó argumento. Tal fué el extremeño D. Martín del Barco Centenera, natural de Logrosán, en la diócesis de Plasencia, soldado en la expedición del adelantado Juan Ortiz de Zárate (la cual partió de Sanlúcar en 17 de Octubre de 1572), y en su vejez arcediano del Tucumán. Su poema histórico, que consta de veintiocho cantos, lleva el título de *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil* (1), y fué impreso en Lisboa en 1602. Ha sido tan menudamente analizado y tan magistralmente

(1) *Argentina... por el Arcediano D. Martín del Barco Centenera, dirigida á D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, virrey, gobernador y Capitán general de Portugal, por el rey Philipo III nuestro señor... con licencia. En Lisboa. Por Pedro Crasbeck*, 1602.

8.° mayor; 230 pliegos dobles sin contar cuatro de principios. Preceden al poema, además de un soneto del autor á su obra, versos laudatorios de Juan de Zumárraga Ibargüen; de Diego de Guzmán, vecino de Oropesa, en el Perú; del licenciado Pero Jiménez, vecino de Oropesa; del bachiller Gamino Correa, y de Valeriano de Frías de Castillo, que se titula lusitano.

Esta primera edición es muy rara y de alto precio en el mercado bibliográfico.

La *Argentina* está reimpresa en el tomo III de los *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, coleccionados por D. Andrés González Barcia (1749), y también en el tomo III de la importante *Colección de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones, por Pedro de Angelis* (Buenos Aires, imprenta del Estado, 1836-37, 6 volúmenes, folio). Sé que hay alguna edición posterior, de Montevideo ó de Buenos Aires.

El estudio más importante sobre este poema es el que publicó D. Juan María Gutiérrez en el tomo VI de la *Revista del Río de la Plata*.

juzgado por el crítico argentino D. Juan María Gutiérrez, que casi me parece inútil pretender hacerlo de nuevo y con palabras distintas de las suyas. «La *Argentina* (dice Gutiérrez), toca con la prosa más humilde, por la desnudez del estilo y el desaliño de la locución..... Pertenece á esa degenerada familia de poemas americanos, que no merece llevar en su blasón los cuarteles del hidalguísimo Ercilla, sino cruzados por barras transversales que indican bastardía, según las leyes de la heráldica..... En vano hostiga Barco Centenera á su lerdo Pegaso..... Se entrometió á historiar en verso lo que apenas hubiera escrito bien en prosa casera y corriente; pero fué el único que legó á la posteridad, como testigo ocular, los interesantes sucesos de la conquista del Río de la Plata..... Centenera es el exclusivo cronista del adelantado Juan Ortiz de Zárate, y el biógrafo más minucioso de una parte de la vida del fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay. Al lado suyo se encontraba cuando se echaron los primeros cimientos de esta gran ciudad. La administración de Garay y la de su sucesor Mendieta, no puede estudiarse ni conocerse en otra fuente original y verídica, que en los versos de la *Argentina*».

Hasta aquí Gutiérrez, el cual por otra parte advierte (quizá con excesiva indulgencia), que no deja de haber entre el fárrago de las descoloridas y *bozales* octavas del Arcediano, «alguna que otra perla que pudiera sacarse á lucir con agrado de los más delicados en materia de buenos versos».

Yo no he tenido la suerte de encontrar tales *perlas* en la *Argentina;* pero sí muchas curiosidades que hacen tolerable, y á ratos entretenida su lectura, sobre todo si uno se olvida de que está leyendo versos. El único elemento de poesía que hay en la obra, procede de la nimia credulidad del autor, de su desenfrenada inclinación á todo lo maravilloso. Creía á pies juntillos en la encantada laguna del Dorado y en el imperio del Paytiti, describiéndonos la magnificencia de sus edificios: el palacio del Emperador, ó gran Moxo; los aparadores y las vasijas de metal con que se servía: las puertas de bronce con leones aherrojados en cadenas de oro: la imagen del disco de la luna sobre una columna de veinticinco pies de alto toda de plata, iluminando la laguna: las plazas, arboledas, jardines

y fuentes con caños de oro: el altar y lámparas de plata inextinguibles, con otras mil maravillas y grandezas que exceden á cuanto puede inventar la más delirante fantasía. No son menos estupendos los prodigios naturales de que nos informa, dándose siempre por testigo de vista, y procediendo, sin duda, de buena fe, aunque guiado por una observación superficial é incompleta, como de hombre rudo y supersticioso. Nos habla, por ejemplo, de varios pescados muy semejantes al hombre; de la Sirena, «hermosa como una bella dama», que aparece gimiendo y esparciendo sus doradas crines en medio de la laguna donde mora, y sobre todo de un anfibio «de espantable compostura», pero muy sentimental y muy inclinado al amor de las mujeres. Los versos del canto noveno, en que cuenta el susto que este enamorado monstruo dió á una dama en la playa, deben transcribirse á la letra, porque, como vulgarmente se dice, no tienen desperdicio:

Un pece de espantable compostura
Del mar salió reptando por el suelo:
Subióse ella huyendo en una altura
Con gritos que ponía allá en el cielo:
El pece la siguió: la sin ventura
Temblando está de miedo con gran duelo;
El pece con sus ojos la miraba,
Y *al parecer* gemidos arrojaba.
Salió en esto el galán de la montaña
Y el pece se metió en la mar huyendo...

Quien había visto tales peces, no es maravilla que conociera también mariposas que se convierten en ratones dentro del hueco de cierta caña (canto III).

El agua es muy sabrosa, clara y fría;
Mas, yendo ya la caña madurando,
Un gusano se engendra adentro y cría,
Y al cañuto el gusano horadando,
Afuera mariposa parecía:
Con las alas comienza de ir volando,
Y por tiempo las pierde, y queda hecho
De forma de ratón hecho y derecho.

Hay episodios en el poema que si estuvieran escritos en otro estilo, interesarían grandemente. Tal es la descripción del hambre que pasaron los expedicionarios de Zárate en la isla de Santa Catalina, con el tierno rasgo de los dos enamorados de Hornachuelos, que mueren extenuados en aquellas selvas buscando *palmitos* (ó sea cogollos tiernos de palmera). Habían pasado allí una noche bajo los árboles, el amante devorado por la fiebre, su compañera velándole:

No quiero referir lo que trataron
Los tristes dos amantes y su llanto,
Las voces y suspiros que formaron,
Porque era necesario entero canto...

Al llegar el alba, el amante se aleja para buscar algún sendero, y sucumbe á la fatiga en el camino, y el autor termina su narración con estos sentidos versos, que son quizá los mejores de su poema:

Quedó por esta causa allí la dama
De dolor y congoja y pena llena,
Do la siguiente noche tuvo cama
Triste, sola, llorosa, en el arena.

La fantasía de un verdadero poeta podía sacar partido de otros episodios del poema de Centenera; por ejemplo: de la mágica navegación de un tal Carreño á España en tres días, en un barco tripulado por una legión de demonios, á los cuales daba órdenes contrarias á las que él quería que ejecutasen, y ellos realmente ejecutaron (canto x); de las hechicerías de Yamandú, emperador de las islas del Paraná, á quien quiso catequizar el propio Centenera, aunque *en vano*,

Porque era muy malvado este pagano;

de los amores de Liropeya y Yanduballo, imitados manifiestamente de los de Caupolicán y Fresia, en Pedro de Oña; de la muerte del franciscano Fr. Alonso de la Torre, á quien el mismo Centenera, perdido con él en los bosques, ayuda á cortar algunas ramas para hacerse una cama de hojas donde cerrar los ojos para siempre; de la muerte tan diversa del joven Leiva, á quien sus enemigos arran-

can de los brazos de su esposa, que proféticamente le había dicho: «Te huele el pescuezo á esparto»:

El hilo le cortaron de la tela,
Que el triste sin ventura mal tejía;
Su esposa con dolor está llorando
Y sus rubios cabellos arrancando.

Por lo demás, el poema no tiene unidad, ni plan, ni concierto: el autor va y viene á merced de sus recuerdos: mezcla continuamente lo geográfico con lo histórico: se pierde en interminables descripciones y en moralidades impertinentes al asunto, aunque no inútiles para conocer el carácter del poeta, que, si no era enteramente lo que hoy diríamos un pesimista, parece haber sido, por lo menos, muy propenso á la melancolía. «Estoy enseñado (dice) á tratar de tristezas y lamentos, porque en la vida he tenido pocos placeres», se complace en describir todo género de escenas lúgubres, y meditando sobre el destino humano, llega á expresar, aunque en malos versos, pensamientos bastante análogos á los del monólogo de *Hamlet*, según nota acertadamente Gutiérrez:

La muerte de sí tiene tal tristeza
Por no saber el hombre el paradero;
Que si de éste se tiene tal certeza,
Alegre es aquel trance y placentero:
Dejar un mundo tal y tal vileza
Había de dar gozo muy entero,
Y en lugar de tristeza, gran consuelo,
Pues vemos que salimos de este suelo.

. . . .

¡Si se tuviese el buen conocimiento
De aquesta triste vida tan funesta,
Con la muerte contento se tendría,
Tomándola por gozo y alegría!

Los desengaños del amor debieron de influir algo en esta disposición de su ánimo: á lo menos son frecuentes sus lamentaciones sobre la perfidia de las mujeres:

Por do decir podemos de la hembra:
Mudanza cogerá quien amor siembra...

. . . .

Pues ¿quién tendrá en mujer ya confianza
Sabiendo que en su pecho está estampada
Y al vivo la mudanza retratada?

Gran parte del poema se refiere á las cosas del Perú, y no á las del Río de la Plata, y el autor pasa de las unas á las otras con muy poco orden. Así intercala en los cantos XVI y XVII la rebelión de D. Diego de Mendoza contra el virrey D. Francisco de Toledo, y más adelante el terremoto de Arequipa, los cánones del Concilio Limense de 1581, la enumeración laudatoria de las damas de Lima, de quienes dice, no obstante, al contar la prohibición de los rebozos que hizo el Concilio:

No se muestran esquivas y tiranas;
Que escuchan á quien quiere requebrallas,
Y dicen so el rebozo chistecillos
Con que engañan á veces á bobillos.

Los tres últimos cantos están enteramente dedicados á contar la derrota del pirata inglés Tomás Cavendish, en aguas del Brasil, en 1592.

Pero el mayor interés histórico del poema consiste, sin duda, en lo que atañe á su peculiar asunto, que es el Tucumán y el Río de la Plata; y aquí resulta Centenera exactísimo cronista y fiel observador de los caracteres de la raza indígena llamada *charrúa*, de quien escribe:

Es gente muy crecida y animosa,
Osada y atrevida en gran manera,
En guerras y batallas belicosa,
Empero sin labranza y sementera:
. . . .
Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan,
Corriendo por el campo, los venados;
Tras fuertes avestruces se abalanzan,
Hasta de ellos se ver apoderados;
Con unas bolas que usan los alcanzan
Si ven que están á lejos apartados;
Y tienen en la mano tal destreza,
Que aciertan con la bola en la cabeza.

En resumen, aunque el poema del arcediano Centenera sea fastidioso y mal pergeñado, es, sin disputa, uno de los libros más importantes de la primitiva historia de América.

Además, puede decirse que á este poema está reducida la literatura argentina en los dos siglos XVI y XVII. Sólo de otros dos poetas tengo noticia que residieran en lo que entonces vagamente se llamaba Paraguay y reino de Tucumán. Fué el primero Bernardo de la Vega, á quien Nicolás Antonio supone natural de Madrid, pero que se titula gentilhombre andaluz al principio de la rarísima novela que en 1591 imprimió con título de *El Pastor de Iberia* (1), libro que estaba entre los de D. Quijote y fué entregado al brazo seglar del ama, juntamente con el *Desengaño de amor y zelos*, de Enciso, y las *Ninfas y Pastores del Henares*, de Bernardo González de Bobadilla. Es obra del género pastoril, dividida en cuatro libros, y compuesta en prosa y verso como todas las de su clase. El autor parece haber intercalado en ella alguna parte de sus aventuras, pintándose en la persona del protagonista Filardo, que, preso en su aldea por sospechas de asesinato, logra evadirse con el favor de sus amigos de Sevilla, se embarca en Sanlúcar y va á parar á Canarias, donde nuevamente le prenden, y nuevamente recobra la libertad. La narración es insulsa y pesada, el lenguaje inculto y plagado de solecismos, y los versos son tales, que el gran Cervantes, que era la indulgencia misma, no sólo los condenó al fuego en el donoso escrutinio, sino que en el *Viaje del Parnaso* (cap. VII) puso á su autor en el ejército de los malos poetas que embestían la montaña sagrada:

> Llegó *El Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,
> Y derribó catorce de los nuestros,
> Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

(1) *El Pastor de Iberia, compuesto por Bernardo de la Vega, gentil hombre andaluz. Dirigido á D. J. Téllez Girón, Duque y Conde de Ureña, Camarero mayor del Rey nuestro señor y su Notario mayor en los reinos de Castilla. En Sevilla, en casa de J. de León, impresor*, 1591. En 8.°, 228 páginas dobles. Con aprobación de Fr. Pedro de Padilla, y versos laudatorios del Licenciado Baltasar de Cepeda, del Licenciado Mesía de la Cerda y de Bartolomé Cairasco de Figueroa.

Créese generalmente, sobre la autoridad de Nicolás Antonio, que este novelista sea el mismo Bernardo de la Vega que pocos años después se encontraba en América (sin duda porque la estancia en Canarias no le pareció bastante segura), y que, andando el tiempo y abrazando el estado eclesiástico, llegó á ser canónigo de Tucumán, después de haber residido en Méjico, donde en 1600 compuso algunos versos para el túmulo de Felipe II, que se leen en la *Relación historiada de las exequias* de aquel monarca, escrita por el Dr. Dionisio de Ribera Flórez (1). Lo que no hemos llegado á ver son dos libros suyos, impresos también en Méjico en 1601, que hallamos citados por Nicolás Antonio: *La Bella Cotalda y cerco de París*, que será probablemente un poema caballeresco del género orlándico, y la *Relación de las grandezas del Perú, México y los Ángeles.* Vivía aún Bernardo de la Vega en 1623, puesto que se le menciona en el *Encomio de los ingenios sevillanos*, de Juan Antonio de Ibarra.

También anduvo *por Paraguay y el reino de Tucumán* otro desconocido poeta andaluz, llamado Luis Pardo, de quien no sé que reste verso alguno, pero de quien Lope refiere, en el *Laurel de Apolo* (silva 2.ª), una leyenda de las más extrañas y fantásticas:

Aquí *Luis Pardo* estuvo,
Ingenio felicísimo, si diera
Más á la pluma y menos á la espada;
Mas la contienda que en su pecho tuvo
El Dios sangriento de la quinta esfera,
Siempre la vista de diamante armada,
Con el docto Cilenio,
Fué causa que inclinase más su ingenio
Al estruendo marcial, si bien tenía
Á Venus que de trino le miraba,
Con que templar este rigor solía,
Y deponiendo la fiereza amaba.
Pues olvidando á Flandes,
Donde tuviera por hazañas grandes
Los cargos más honrosos de la guerra,
Amigos, ocio, amor y propia tierra

(1) Méjico, en casa de Pedro Balli, 1600.

Le dieron lotos; y una Circe hermosa
(No de otra suerte que detuvo al griego
Después de aquel fatal troyano fuego)
Dulcemente engañosa,
Rémora fué de nuestro gran poeta;
Mas siendo más hermosa que discreta,
Daba lugar á un hombre poderoso
Que la hablaba de noche de secreto.
El poeta celoso,
No armado de satírico soneto
Ni de prólogos fríos,
Con tantos ignorantes desvaríos,
Sino de su valor y de su queja,
Quitó los embozados de la reja,
De suerte que de cuatro dos se fueron;
Que los dos que esperaron no pudieron.
Con esto fué forzosa diligencia
Embarcarse á las Indias con la flota.
La dama lamentó su injusta ausencia,
Porque la vida rota
Adora en los amores criminales;
Pero al fin de seis meses que tenía
Nuevas de que vivía
Entre los argentados minerales
Del reino de Tucuma,
La noche del mayor de los nacidos (1)
Para ver una huerta prevenidos
El arraez y el barco,
Que estaba media legua de Sevilla,
Rompió del Betis la nevada espuma,
Siendo piloto amor, y el remo el arco.
Llegados á la orilla,
Cortó el arraez ramos, renovando
Los que estaban marchitos, y durmiendo,
Lisonjeado del susurro blando
Del agua y viento, poco más de un hora,
Despertó con los rayos de la aurora;
Y á la ciudad volviendo,
Se fué la dama, y él quedó pagado

(1) La noche de San Juan Bautista, que se consideraba como clásica para las hechicerías.

Del viaje y del sueño.
Estaba por la tarde con su dueño
Á la orilla del agua el barco atado,
Cuando algunos indianos, viendo el leño
De mil árboles indios enramado,
Bejucos de guaquimos,
Camaironas de arroba los racimos,
Aguacates, magüeyes, achiotes,
Quitayas, guamas, tunas y zapotes,
Preguntaban de dónde había traído
Árboles que en la India habían nacido,
Tan frescos á Sevilla.
El arraez juraba
Que los cortó de la primera huerta,
Que cerca de la orilla
Del Betis claro á media legua estaba,
Dejando los marchitos que llevaba,
Sin ver la gente ó descubrir la puerta;
De donde se entendió por cosa cierta,
Y porque declaró que había tenido
Un sueño que le tuvo en tanto olvido
Que aun despertando le turbó la vista,
Que fué y vino la noche del Bautista,
Pues no hay otra razón que se presuma,
Desde Sevilla al reino de Tucuma (1).

La instrucción pública en esta vasta región de la América meridional corrió casi exclusivamente á cargo de los jesuítas, siendo su principal centro la Universidad de Córdoba del Tucumán, una de las más célebres de América después de las de Méjico y Lima. En 1586

(1) Próspero Mérimée, que conocía bastante bien una parte de la literatura española, tiene un cuento muy parecido á este, escrito en Valencia, en Noviembre de 1830. El protagonista es un pescador de Peñíscola. (Vid. *Les Sorcières Espagnoles* en el tomo *Dernières nouvelles*, 1879, págs. 324-356.) Aunque Mérimée da el cuento como recogido de la tradición oral, creo verisímil que le hubiese leído en el *Laurel de Apolo*, inserto en la colección de las *Obras sueltas* de Lope (ed. Sancha) que le era familiar antes de 1825, puesto que en el *Teatro de Clara Gazul* puso un epígrafe tomado de *El Guante de Doña Blanca*, comedia incluída en dicha colección; epígrafe que repitió más completo en el cap. IX de la *Crónica de Carlos IX* (1829).

penetraron en la gobernación de Tucumán, procedentes del Perú, los primeros misioneros de la Compañía, extendiéndose desde allí por el Paraguay, cuyo nombre tomó la célebre provincia jesuítica fundada en 1606, en el generalato de Claudio Aquaviva. Cuando el P. Torres, su primer Provincial, empezó á regirla, no había en ella más que catorce religiosos repartidos en un colegio y tres casas. En 1614 llegaban ya á diez y nueve los colegios, residencias y misiones, y á ciento veintidós el número de Padres. Once años adelante, la acción de los misioneros se extendía al Paraná y al Uruguay, y en 1650 recibía su organización definitiva aquel pacífico imperio colonial, el más extraordinario de que la historia conserva recuerdo.

Desde 1610 el colegio de Córdoba del Tucumán, considerado como colegio máximo y principal Seminario de la provincia, tenía estudios de artes y teología para los novicios; pero los primeros conatos de Universidad datan de 1613, en que el obispo Dr. Fr. Fernando de Trejo y Sanabria, de acuerdo con el provincial Torres, destinó gran parte de sus rentas á la fundación de un colegio en que los Padres de la Compañía de Jesús «leyesen latín, artes y teología». Ocho años después (1622) estos estudios fueron elevados, por Breve de Gregorio XV y Real cédula de Felipe III, á la categoría de Universidad, con facultad de conferir grados académicos (1). Esta Universidad, cuyas primitivas *Constituciones* son de 1680, permaneció siempre con mucho crédito en manos de los jesuítas hasta su expulsión, en que por breve tiempo se hicieron cargo de ella los franciscanos; secularizándose definitivamente en 1808. Hasta 1791 no tuvo ninguna cátedra de jurisprudencia civil, ni dió grados de Doctor en esta facultad hasta 1797. Los legistas de la región argentina salían comúnmente de la Universidad de Charcas ó Chuquisaca en el Alto Perú, la cual tuvo en los últimos tiempos de la colonia un espíritu enteramente diverso de la de Córdoba: ésta tradicional y conservadora, la de Chuquisaca, regalista y anticlerical: en ella se habían formado los hombres que más parte tuvieron en el movimiento revolucionario de 1810.

(1) *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos, por Juan M. Garro.* Buenos Aires, 1882.

También se debe á los jesuítas la introducción de la imprenta, así en las misiones del Paraguay como en la ciudad de Córdoba del Tucumán. La imprenta del Paraguay tuvo carácter eminentemente catequístico, y la mayor parte de los libros que produjo están en lengua de los indígenas, circunstancia que realza su extraordinaria rareza bibliográfica con una importancia lingüística todavía mayor. Ya en 1693, con ocasión de haber traducido en lengua guaraní el P. José Serrano el libro de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, y el *Flos Sanctorum*, del P. Rivadeneira, trató el general Tirso González del establecimiento de una imprenta en las llamadas *Doctrinas* del Paraguay. Lo más prodigioso fué que ni los tipos ni las planchas que sirvieron para las láminas que en grandísimo número adornan el primer libro, publicado en 1705, fueron trasladados de Europa, sino fundidos los primeros y grabadas las segundas en el breve plazo de tres años por los indios de las misiones, habilísimos artífices en todo género de obras de imitación. El aspecto de la estampación es tosco sin duda, y tiene cierta semejanza con el de los libros *xilográficos;* pero no es dudoso que la mayor parte del texto, por lo menos, se imprimía con tipos de metal. Para que todo parezca singular y misterioso en esta imprenta, hemos de añadir que no parece haber tenido domicilio fijo, sino que anduvo errante por los diversos pueblos de misiones, puesto que mientras unos libros suenan impresos en Santa María la Mayor, otros lo están en Loreto, otros en San Francisco Xavier, y en algunos se dice solamente *Impreso en las doctrinas*. Alguna razón hubo para tanta cautela. Lo cierto que esta imprenta duró muy poco. No se conoce ningún producto suyo posterior á 1727. El libro más antiguo es, sin disputa, la traducción guaraní hecha, por el P. Serrano, del tratado *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, del P. Nieremberg, libro de los más famosos de nuestra literatura ascética, que ha sido vertido, no sólo á todas las lenguas cultas, sino á las más bárbaras y exóticas, y con el cual por raro caso se inauguraron, con pocos años de diferencia, dos imprentas tan *extravagantes* como la imprenta paraguaya de los jesuítas (1705) y la imprenta árabe de los drusos del monte Líbano (1734). El texto guaraní (del cual se conoce *un solo ejemplar* que perteneció á la colección americana del

Sr. Trelles, de Buenos Aires), es un tomo en folio con capitales grabadas, viñetas y más de 40 láminas de gran tamaño, imitadas de las que lleva la edición de Amberes de 1684, y destinadas á hablar con gran viveza á la imaginación de los indios, mostrándoles los estragos del pecado, y el horror de los tormentos infernales (1).

Otro de los libros más célebres que de esta imprenta salieron, es el *Vocabulario de la lengua guaraní*, del P. Antonio Ruiz de Montoya, dos veces reproducido en 1722 y 1724, con escolios, anotaciones y apéndices del P. Restivo y otros ilustres varones de la Compañía. Fué el limeño P. Montoya (1585-1652) uno de los más grandes misioneros de aquella provincia, tenido por los suyos en opinión de santidad, insigne en los anales de la filología americana por el *Catecismo*, *Vocabulario y Tesoro*, que compuso, de la lengua guaraní; y memorable también por su libro de la *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay*, *Paraná*, *Uruguay y Tape* (Madrid, 1639), libro del cual otro jesuíta hizo una extraña reducción en guaraní, acomodándola á la capacidad de los indios (2).

Queda indicado ya el carácter de todo lo que esta imprenta produjo: catecismos, sermonarios, ejemplos, todo en guaraní. No hay más excepción que la misteriosa carta del infortunado Dr. Antequera y Castro, condenado poco después á muerte por el Virrey del Perú. La primera edición de esta carta, tiene por pie de imprenta *Typis missionarium Paraguariae*, 1727, y fué probablemente lo último que se imprimió allí. La imprenta de Córdoba del Tucumán es muy posterior, y tuvo mucha menos importancia. La establecieron los jesuítas un año antes de la expulsión, para que los alumnos de su colegio de Montserrat (fundado en 1686) y los de la Universidad, que también dirigían ellos, como hemos visto, tuviesen una

(1) Pueden verse reproducidas todas estas láminas en la magnífica publicación del bibliófilo chileno D. José Toribio Medina, *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata*. (Forma el segundo tomo de los *Anales del Museo de la Plata*, 1892.)

(2) Ha sido publicada por D. Baptista Caetano d'Almeyda, con traducción portuguesa, en el tomo VI de los *Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio Janeiro* (1879).

prensa para reproducir sus tesis y demás ejercicios literarios. Esta imprenta no alcanzó más que un año de actividad, y en tan efímera vida no llegó á producir más que tres folletos, siendo el único de alguna curiosidad la colección de cinco elogios latinos del Dr. Don Ignacio Duarte y Quirós, fundador del colegio, compuestos por el P. Manuel Peramás, natural de Mataró. Después de la expulsión de la Compañía, esta imprenta fué trasladada á Buenos Aires en 1780, y su material sirvió para establecer la primera oficina tipográfica de aquella ciudad, la llamada de *Niños Expósitos*.

El vandálico decreto de 1767 ordenando la expulsión de los jesuítas, produjo en las gobernaciones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán todavía mayor trastorno que en lo restante de América, porque las circunstancias sociales eran muy diversas (1). En otras

(1) Óigase á Gutiérrez, ciertamente nada sospechoso de parcialidad en favor de los jesuítas:

«Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sud-americana hasta fines del siglo pasado, no podrá menos de confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos ni mayor número de hombres estudiosos que la española en el Nuevo Mundo. Sólo la Compañía de Jesús cuenta en él muchos más de doscientos entre profesores y predicadores, filólogos é historiadores, brillando entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velasco y los argentinos Iturri, Juárez, Morales, Suárez, etc., etc., cuyas obras corren traducidas á varias lenguas cultas de la Europa. Lacunza dió prueba en su tiempo de una vasta lectura y de un hondo conocimiento de los libros sagrados, estudiándolos en las lenguas griega y hebrea. Buenaventura Suárez, autor del conocido *Lunario Perpetuo*, cuya primera edición es de Lisboa, adquirió por sí mismo en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay conocimiento profundo en las ciencias matemáticas aplicadas á la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los gnomones solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó (obscuro y desdeñado de los suyos) la mayor parte de su vida, manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo..... Vióse en la necesidad de construir los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que requerían bronce ó platino para recibir las delicadas graduaciones con que se miden las distancias entre los astros y se señala su paso por el meridiano.» *(Revista del Río de la Plata*, tomo x, pág. 312.)

partes existían diversos elementos de cultura que podían llenar en alguna medida el vacío causado por la supresión de los regulares de la Compañía; pero en las provincias argentinas no había más educadores que ellos. Buenos Aires, enriquecida por el contrabando europeo, empezaba á ser un centro comercial, pero no se había despertado aún á la vida literaria, no tenía ni imprenta ni escuelas. Los jesuítas (Techo, Xarque, Lozano, Guevara) eran los únicos que habían bosquejado la historia civil y religiosa del país. Si existían mapas especiales del territorio, á ellos se debían; é imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. Asperge, Montenegro, Lozano, habían sido los únicos exploradores de la fauna y de la flora argentinas. No había faltado tampoco, á lo menos en los últimos tiempos, alguno que otro cultivador de los estudios amenos, entre ellos el ya citado P. Peramás, de quien se citan un poema manuscrito sobre *La religión en el Nuevo Mundo* y dos elegías latinas sobre la expulsión, además de las biografías de los misioneros del Paraguay, que publicó en Faenza durante su destierro, juntamente con una especie de utopia política muy curiosa, en que se compara la administración de las misiones del Paraguay con la república de Platón. *(De administratione guaranica comparate ad Rempublicam Platonis)* (1).

(1) El P. Pablo Hernández, S. J., en su reciente é interesante libro *El extrañamiento de los Jesuítas del Río de la Plata y de las misiones del Uruguay por decreto de Carlos III* (Madrid, 1908, tomo VII de la *Colección de libros y documentos referentes á la historia de América*, que publica el editor D. Victoriano Suárez), recopila curiosas noticias literarias de algunos jesuítas escritores, entre los 455 religiosos de aquella provincia que salieron desterrados para Europa en 1767 y 1768 (págs. 302-331). Hay cuatro extranjeros, el Padre Martín Dobritzhoffer, austriaco, que publicó en latín y alemán una *Historia de los indios Abipones* (1784), de la cual también existe traducción inglesa harto mutilada. El P. Florian Pauke, de la misma nacionalidad, cuyos viajes por el territorio argentino, que son de la mayor curiosidad, han sido impresos en Ratisbona, 1870, por el P. A. Kohler, con el título de *Pater Florian Paucke, ein Jesuit in Paraguay* (1748-1766), (hay un extracto en castellano con el título de *Memorias del P. Paucke.* Buenos Aires, 1900). El jesuíta inglés, P. Tomás Falkner ó Falconer, conocido principalmente por su obra clásica so-

A la tutela jesuítica sucedió la tutela *económico-tuititiva* del regalismo filantrópico del siglo pasado, representada especialmente por

bre la Patagonia, *A description of Patagonia and the adjoining parts of South America* (1774), que obtuvo los honores de la traducción en castellano, alemán y francés. Dejó manuscritos dos tomos de Anatomía y varias observaciones sobre puntos de Historia Natural de América. El P. Ladislao Orosz, húngaro, autor de un Diccionario de los varones ilustres de las misiones del Paraguay *(Decades quatuor virorum illustrium Paraguariæ.* Tyrnau, 1759. *Decades quatuor aliæ virorum illustrium Paraguariæ.)*

Entre los nacidos en España descuellan, el último Provincial, P. Domingo Muriel, salmantino, que tradujo al latín la obra del P. Charlevoix *(Historia Paraguajensis)*, añadiendo cuatro libros, que comprenden desde 1747 hasta 1766, y anotando y rectificando en muchas partes los veintidós de la obra primitiva. Reimpresa ya esta en la citada *Colección* de libros sobre América, se anuncia la inmediata aparición del suplemento del P. Muriel. El P. José Cardiel, riojano, autor de varios opúsculos de grande interés histórico, entre ellos la *Declaración de la verdad contra un libelo infamatorio impreso en portugués contra los PP. Jesuítas misioneros del Paraguay y Marañón* (que estuvo inédita hasta que en 1900 la hizo estampar en Buenos Aires el P. Hernández); y un tratadito sobre las costumbres de los indios guaraníes *(De moribus Guaraniorum)* que se halla al fin de la continuación del Charlevoix, por el P. Muriel. El P. José Quiroga, gallego, antiguo marino, primer profesor de Matemáticas en el colegio grande de San Ignacio de Buenos Aires, que exploró las costas meridionales del Río de la Plata hasta el Estado de Magallanes; formó parte de la comisión de límites de 1752, y levantó más de treinta mapas de varias regiones del Virreinato; autor de un diario de sus viajes inserto en el tomo CIV de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, de *Observaciones astronómicas para determinar el curso del Río Paraguay* y de algunos tratados físicos y naturales. El P. José Jolís, naturalista catalán, autor del *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Ciaco* (1789). Su conterráneo el P. Juan Manuel Peramás, elegante humanista, cuyos principales escritos van indicados en el texto. El P. Sánchez Labrador, manchego, fundador de la nueva misión ó reducción de los indios Mabayás ó Guaynas, de cuya lengua escribió el primer vocabulario y catecismo. Pero su obra principal fué la *Historia de las regiones del Río de la Plata*, de la cual llegó á redactar once tomos (algunos de los cuales se han perdido), con los títulos de *Paraguay natural ilustrado*, *Paraguay natural cultivado* y *Paraguay católico*, que comprende la parte histórica de las Misiones y los viajes de su autor. Un considerable fragmento de esta última parte ha sido publicado por la Universidad Nacional del Plata, con ocasión del Congreso internacional de Americanistas, reunido en Buenos Aires en 1910 (dos volúmenes). El P. José Gue-

el segundo Virrey de Buenos Aires, D. Juan José de Vértiz (1). En torno suyo se agruparon hombres como Labardén, Basabilvaso, Maciel, influídos todos por el espíritu reformista de su tiempo, y ganosos de extenderle á todas las esferas de la administración colonial.

vara, toledano, autor de una nueva *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, que el erudito uruguayo D. Andrés Lamas publicó, aunque por un manuscrito incompleto. Entre los que fueron americanos de nacimiento hay que contar á dos argentinos, el P. Gaspar Juárez, que dejó voluminosos manuscritos sobre la historia natural y eclesiástica del Virreinato, y unas *Cartas edificantes de la provincia del Paraguay*, relato muy copioso de la expulsión; y el P. Francisco Iturri, conocido principalmente por su áspera y no siempre justa *Carta crítica sobre la historia de América* de D. Juan Bautista Muñoz (1797).

Más directa relación con el argumento de esta obra nuestra tiene el Padre Joaquín Millas, aragonés, que en la preceptiva literaria mostró ingenio y fecunda originalidad. Algo dije de él en mi *Historia de las ideas estéticas en España*, pero mucho más ha escrito el profesor italiano Víctor Cian en una preciosa Memoria sobre los jesuítas españoles literatos desterrados en Italia. La obra principal del P. Millas consta de tres volúmenes impresos en Mántua, desde 1786 á 1788, con este título: *Dell' unico principio svegliatore della ragione del gusto e della virtù nella educazione letterata.* El detallado análisis que su biógrafo presenta de esta obra basada en el principio de la educación objetiva, que él llama *observación activa,* basta para comprender la originalidad, la fuerza, la independencia y solidez de las ideas pedagógicas y estéticas del P. Millas para quien, con razón, reclama el Dr. Cian uno de los primeros puestos en aquella brillante emigración española; dando además noticia de otros escritos suyos de la misma índole, especialmente del *Saggio sopra i tre generi di poesia* (1785) y del opúsculo *Sopra il disegno e lo stile poetico-italiano* (1786); todo lo cual desconocemos aquí.

Vid. Cian (Vittorio), *L'immigrazione dei gesuiti spagnuoli letterati in Italia.* En las Memorias de la Academia Real de Ciencias de Turín, 1895, págs. 54-61.

Gallerani (P. Alejandro). S. J., *Jesuítas expulsos de España literatos en Italia, Traducción del italiano con apéndices*, Salamanca, 1897. La traducción y los apéndices son del P. Madariaga. Los artículos originales del P. Gallerani habían aparecido en la *Civiltà Cattolica*, serie XVI, tomo V, págs. 152, 416, 549.

(1) Vid. la monografía de D. Juan M. Gutiérrez sobre este personaje en la *Revista de Buenos Aires*, tomo VII, pág. 17, y también el cap. XIX del primer tomo de la *Historia de la República Argentina*, de D. Vicente J. López (Buenos Aires, 1883); obra escrita con mucho talento, aunque con innumerables galicismos, y no sé si con bastante puntualidad histórica.

Hemos dicho que antes de aquella época no existían en Buenos Aires escuelas públicas de humanidades y de filosofía propiamente dichas, si bien en los conventos de dominicos, franciscanos y mercenarios nunca dejó de cursarse algún género de estudios. En 16 de Noviembre de 1771, el Virrey pidió informe á los dos cabildos, eclesiástico y secular, sobre la aplicación que había de darse á las temporalidades de los jesuítas, conforme á la Real cédula que mandaba emplearlas en objetos de beneficencia ó enseñanza. Ambos cabildos opinaron que se fundase un *Colegio Convictorio* (es decir, de vida común) y una Universidad. El Procurador general de la ciudad, D. Manuel de Basabilvaso, redactó un plan de estudios en que entraban las Matemáticas y la Náutica, siendo en total once las cátedras proyectadas. Muy poco de esto llegó á realizarse. Se fundó, en efecto, el colegio de San Carlos, se dotaron cátedras de Latinidad, Filosofía y Teología, y una de Cánones; pero no se llegó á establecer las de Derecho ni menos las de Ciencias exactas, ni á darse forma á la Universidad, á pesar de la Real cédula de 31 de Diciembre de 1779, que terminantemente lo preceptuaba. Los estudiantes argentinos de Jurisprudencia siguieron formándose en Charcas, ó en Santiago de Chile. El nuevo Colegio ó Convictorio de San Carlos prosperó poco, á pesar de haber tenido por primer Cancelario y Director al magistral D. Juan Bautista Maciel, famoso canonista y uno de los hombres más ilustrados de la colonia (1). En 16 de

(1) En la *Revista de Buenos Aires* (tomo VI, págs. 402-418, 497-532) puede leerse su biografía escrita por Gutiérrez. Fué Maciel Canónigo Magistral de Buenos Aires, Provisor, Vicario y Gobernador del Obispado, y murió desterrado en Montevideo, por orden del Marqués de Loreto, sucesor de Vértiz. Compuso algunos versos de circunstancias en loor de los Obispos y de los virreyes y gobernadores, especialmente de Ceballos. Una de estas composiciones inéditas se titula *Apolo presidiendo el coro de las Musas, al son de su lira, los exhorta á que canten las proezas del Júpiter español.* Dos sonetos ponderando el acto piadoso, pero tan natural y frecuente, á lo menos en España, de haber cedido el virrey Loreto su carroza para conducir el Viático, acompañándole á pie á la casa de un moribundo, le dictó dos sonetos apologéticos, que dieron motivo á una de aquellas interminables polémicas tan del gusto de la ociosidad del siglo XVIII, descargando sobre Maciel un *turbión de papelones.* Lavardén, amigo de Maciel, salió á su defensa, reuniendo y anotando

Junio de 1818, este colegio se refundió en el *de la Unión del Sur*, pero la Universidad no fué erigida definitivamente hasta el 9 de Agosto de 1821 (1).

Al mismo tiempo que se trataba de la fundación de la Universidad de Buenos Aires, Vértiz nombró visitador de la de Córdoba al obispo de Tucumán, D. José Antonio de San Alberto, que en 28 de Marzo de 1784 redactó nuevas Constituciones. Pero en el plan de estudios no se hizo por entonces novedad importante, salvo el establecimiento de una cátedra de Sagrada Escritura. Por otra par-

cuanto se había publicado en pro y en contra de los famosos sonetos. *Colección de varios papeles apologéticos en prosa* y *verso. Que con ocasión de haber encontrado al Santo Viático, y seguídole el acompañamiento del Real Estandarte, han corrido en Buenos Aires este mes de Noviembre de 1786, con notas al canto de un imparcial y con licencia del señor de Delo* (manuscrito que poseía Gutiérrez).

Uno de los detractores de Maciel era peruano, y Lavardén, que como otros argentinos de entonces, profesaba mala voluntad á Lima, aprovechó la ocasión para zaherir con sus tercetos satíricos el espíritu adulador y la estéril fecundidad de sus poetas de certamen:

El pueblo que de libre se gloría
Produce nobles almas que á ninguno
Quisieran conceder la primacía.
No es este vulgo vil de color bruno
Que cualquiera sandez de un viracocha
Aunque de todas luces esté ayuno,
Le parece de almíbar y melcocha,
Y á ensalzarla por juro de conquista
Los beodos gaznates desabrocha...
. . . .
Allí sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana,
Por quita allá ese par de berenjenas:
Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
Á su padre el marqués una banana.

En la obra que ha comenzado á publicar en 1904 D. Arturo Reynal O'Connor, *Los Poetas Argentinos* (tomo I, págs. 65-135), hay una extensa biografía del Dr. Maciel.

(1) J. M. Gutiérrez, *Noticia histórica sobre los estudios y colegios públicos en Buenos Aires, desde el* 16 *de Noviembre de* 1771 *hasta la erección de la Universidad, con documentos inéditos y biografías.* (En el tomo II de la *Revista de Buenos Aires: directores Miguel Navarro Viole y Vicente G. Quesada*, 1863, páginas, 321-368).

te, las competencias entre los franciscanos y el clero secular, que pretendía obtener la dirección de la Universidad y dél colegio de Montserrat, originaron una lucha funesta al prestigio del claustro y á la disciplina escolar; triunfando por fin los canónigos, ó más bien el famoso deán D. Gregorio Funes, recientemente salido de las aulas de Alcalá de Henares, teólogo con ribetes jansenistas, escolástico ilustrado, orador con pretensiones de pompa ciceroniana, hombre docto, aunque campanudo y petulante, que fué quien principalmente llevó el peso de la contienda, ensayándose entonces para mayores y más ruidosas campañas, en que pudo campear libremente su espíritu de audacia y de intriga. Funes redactó el Memorial del cabildo contra los franciscanos, en Enero de 1785, y él fué también el primer Rector de la nueva Universidad, secularizada y condecorada con título de *Mayor* por Real cédula de 1.º de Diciembre de 1800. Su pingüe patrimonio le permitió fundar aquel mismo año la primera cátedra de Matemáticas, servicio más positivo que su celebrado plan de estudios de 1813, que no difiere en cosa sustancial de los innumerables planes y documentos del mis mo género que tanto abundan en nuestra literatura de las postrimerías del siglo XVIII (1). Aquí le mencionamos sólo porque en él se inicia cierto género de enseñanza literaria, recomendando la obra de Batteux para la parte teórica, y la del abate Andrés para la histórica.

Al Virrey Vértiz se debió también la inauguración del primer teatro, ó *casa pública de comedias*, en Buenos Aires, no sin oposición de los teólogos (2); y el establecimiento de la primera imprenta,

(1) *Plan de estudios para la Universidad de Córdoba, que ha trabajado el Dr. D. Gregorio Funes, Deán de esta Santa Iglesia Catedral, por comisión del ilustre Claustro, á quien se lo presenta el año de mil ochocientos trece.—Córdoba, imprenta de la Universidad, año de* 1832, 4.º

(Véase la *Monobibliografía del Dr. D. Gregorio Funes*, por A. Zinny, en el tomo XV de la *Revista de Buenos Aires*, págs. 135-160, 290-310. La obra del Dean Funes es su *Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (Buenos Aires, 1816-1817, tres tomos).

(2) Vid. *Historia del teatro en Buenos Aires, por Mariano G. Bosch* (Buenos Aires, imprenta de *El Comercio*, 1910).

la *de los Niños Expósitos*, cuyo material se trajo de Córdoba, como ya hemos dicho. Claro es que esta imprenta no sirvió en los primeros tiempos más que para reproducir bandos, ordenanzas, edictos, pastorales y otros documentos de interés público, para surtir las escuelas de catones y cartillas, para estampar anualmente el *Almanaque* y la *Guía de forasteros*, y para alimentar la devoción con novenas, gozos y letrillas (1). Pero ya desde 1796 comenzaron á salir libros de mayor novedad y bulto, como los *Principios de la ciencia económico-política*, que tradujo del francés el entonces Secretario del Consulado, y luego famoso aunque improvisado general D. Manuel Belgrano, vencedor en Salta y Tucumán, triste vencido en Ayohuma y Vilcapugio. Y también, aunque rara vez, se ve algún opúsculo literario. Uno de ellos, las *Poesías fúnebres á la tierna memoria del virrey D. Pedro Melo de Portugal* (2), parto poco feliz

(1) Quizá la primera publicación original en verso, que salió de las prensas de Buenos Aires, fué el *Septenario de los dolores de María Santísima..... Por..... el Dr. Fr. Josef Antonio de San Alberto*, *Carmelita Descalzo* y *Obispo de Córdoba de Tucumán* (1781). Contiene siete décimas y una canción. Fué reimpreso muchas veces como opúsculo popular de devoción. De este Obispo hay muchas y muy curiosas pastorales.

(2) *Poesías fúnebres á la tierna memoria del Excmo. Sr. D. Pedro Melo de Portugal y Villena..... Virrey*, *Gobernador y Capitán general de las provincias del Río de la Plata..... Las compuso y respetuosamente se las consagra..... el presbítero D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, licenciado en Sagrada Teología*, *Bachiller en Leyes y Capellán de la Real Armada..... Buenos Ayres. en la Real Imprenta de los Niños Expósitos*, 1797.....

—*Segunda parte de las poesías fúnebres..... Escríbelas el autor de las mismas..... para complemento de ellas*, *y última demostración de su fina gratitud.....* 1797.

—*Poesías místicas teológico-morales*, *que para el aprovechamiento espiritual escribió el Capellán de la Real Armada*, etc..... 1799.

Una de estas poesías se titula *Avisos al pecador sumergido en la culpa y de la muerte olvidado.*

La glosa en décimas que Agüero hizo del *Miserere*, parece escrita para rivalizar con la muy conocida del Obispo de Buenos Aires, D. Manuel de Azamor y Ramírez, reimpresa en dicha ciudad en 1797, que es el mismo año de la edición de las *Poesías místicas*.

Entre las varias sátiras que impresas y manuscritas corrieron contra las *Poesías fúnebres*, hay que contar la titulada *Disección anatómica ó especie de*

de la pedestre musa del capellán de la Armada D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave, autor también de otras *Poesías místicas teológico-morales*, y de una glosa en décimas del *Miserere*, excitaron la vena satírica de algunos ingenios de la colonia, los cuales empezaban á formar un pequeño grupo de tendencias clásicas y de relativo buen gusto. Labarden, Casamayor y Prego de Oliver, eran los principales de esta *Sociedad Patriótico-Literaria*, cuyas primicias aparecieron en el más antiguo periódico de Buenos Aires, el *Telégrafo Mercantil*, *Rural*, *Político*, *Económico é Historiógrafo* (sic) *del Río de la Plata*, que comenzó á salir en 1801 bajo los auspicios del virrey Marqués de Avilés y del Real Consulado; y bajo la dirección de D. Francisco Antonio Cabello y Mesa, «natural de la provincia de Extremadura, Coronel del regimiento provincial fronterizo de infantería de Aragón en los reinos del Perú, protector general de

análisis apologético..... en contra de los críticos que como plaga de ranas han llovido, pero indemnemente, sobre el autor del impreso que novísimamente corre sin especial nota por los sabios y discretos, mas despreciado por los ignorantes y tontos.

En la primera edición de esta obra, atribuí, siguiendo á Gutiérrez, los ensayos poéticos de este D. Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave á un célebre profesor de filosofía del mismo nombre y primer apellido. Posteriormente ha llegado á mis manos un curioso folleto de D. Manuel Castro López (*Un heterodoxo en el primer claustro universitario de Buenos Aires*, 2.ª edición, Buenos Aires, imprenta de *El Correo Español*, 1904), en que expone fuertes razones para considerar como personas distintas al capellán de la Armada y al catedrático de la Universidad, que nunca usó el apellido de Echave, ni éste aparece en su partida de bautismo. El punto no me parece definitivamente dilucidado, pero son por extremo curiosas las noticias que el Sr. Castro López nos da del Fernández de Agüero heterodoxo, personaje de mucha cuenta en la propaganda materialista y utilitaria de su tiempo. Era español, de la Montaña de Santander, natural del pueblecillo de Sobrelapeña, parroquia de Santa María de Lamasón, partido judicial de San Vicente de la Barquera. Ya en 1805 se hizo cargo de la enseñanza de Filosofía en el Real Colegio de San Carlos, pero no parece haber dado indicio de sus tendencias hasta 1822, cuando se reformó ó instaló de nueva planta la Universidad de Buenos Aires. Allí profesó en toda su crudeza el empirismo sensualista de Destutt-Tracy, última exageración de la escuela analítica de Locke y Condillac. En cuanto á las aplicaciones morales y políticas, no eran otras que las del utilitarismo.

los naturales de Xauxa, Abogado de la Real Audiencia de Lima»; que tales eran los títulos con que en el prospecto se engalanaba. También gustaba de firmarse «El filósofo indiferente», y «Narciso Fellovio Cantón», anagrama con que solía publicar insulsas letrillas y artículos de costumbres, muy necios. La publicación era bisemanal; duró hasta Septiembre de 1802, y la colección forma cuatro volúmenes. Del estilo que gastaba «el filósofo indiferente», júzguese por algunos rasgos del enfático prospecto: «Volverán los alegres días de Saturno... ¡Vamos al trabajo!... Salga el *Telégrafo* y en breve establézcase la *Sociedad Patriótico-Literaria y Económica*, que ha de adelantar las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre, le inflama y saca de su *soporación*, lo hace diligente y útil. Fúndense ya aquí nuevas escuelas, donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo... Empiece á sentirse ya en las provincias argentinas aquella gran metamorfosis que á las de México y Lima elevó á par de las más cultas, ricas é industriosas de la iluminada Europa. Empiece mi pluma, en fin, á

Sus *Principios de ideología elemental abstractiva y oratoria* (1824 y 1827), causaron grande escándalo, y aunque no le hicieron expulsar del profesorado, le pusieron en la precisión de renunciar la cátedra.

Los efectos de su enseñanza en la juventud argentina habían sido funestos. Á ellos alude el célebre poeta D. Esteban Echeverría en un fragmento de su poema *Avellaneda*:

Creyente soy no ha mucho convertido.
Allá en la capital de Buenos Aires
Á dudar me enseñaron los doctores
De Dios, de la virtud, del heroísmo,
Del bien, de la justicia y de mi mismo;
Me enseñaron como hábiles conquistas
Del espíritu humano en las edades
Esos dogmas falaces y egoístas
Que como hedionda lepra se pegaron
En el cuerpo social, y de la patria
La servidumbre y muerte prepararon.

Y en una nota añade: «Fácil es calcular qué dirección darían á las inteligencias jóvenes, doctrinas que entrañan el materialismo y el ateísmo, y desconocen la noticia imperativa del deber... Cuando una doctrina cualquiera se difunde en la sociedad, el sentido común deduce naturalmente sus consecuencias lógicas, y las lleva como regla infalible al ejercicio de la vida privada».

imponer á los lectores de todos los objetos, progresos y nuevos descubrimientos de la Historia, la antigüedad, las producciones naturales, las artes, las ciencias y la literatura de este país ameno, virgen, rico y venturoso. Ayudadme á escribir, oh sabios argentinos... Ayudadme propicios para esta obra, y para acertar á hacerla dignamente, á Mercurio imploremos nos dé su ciencia.»

El intento era ciertamente patriótico, y se ve que el novel periodista había tomado por principal modelo el *Mercurio Peruano;* pero ni su talento rayaba á la altura del de Baquijano ó del de Unanue, principales redactores de aquella célebre Revista; ni el terreno estaba tan preparado en Buenos Aires como en Lima para una empresa de este género, á pesar del innegable desarrollo que el espíritu de curiosidad científica iba tomando, merced en gran parte á las comisiones de astrónomos, geodestas y naturalistas españoles, que ya para la demarcación de límites de 1777, ya para la exploración de la fauna y flora del territorio en 1789, depositaron allí los primeros gérmenes de una cultura antes desconocida. Entonces fué cuando D. Andrés de Oyarvide trazó la carta esférica de las provincias septentrionales del virreinato; y D. Diego de Alvear y D. José María Cabrer exploraron por espacio de veinticuatro años, en una extensión de más de 500 leguas, las ignoradas y extensas regiones que bañan el Paraná y el Uruguay; y D. Félix de Azara describió por primera vez más de 400 aves y cerca de 100 cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata, clasificándolos por grupos tan naturales, que algunos han sido admitidos después como géneros; dejando además un tesoro de datos no solo de historia natural, sino también de historia civil en sus abundantísimas obras.

Algo de este impulso vino á reflejarse, aunque débilmente, en las páginas del *Telégrafo*, que insertó las primeras observaciones meteorológicas hechas en Buenos Aires, y alguna vez honró sus páginas con escritos del naturalista bohemio, D. Tadeo Haencke (entonces residente en Cochabamba), compañero que había sido de Pineda y Née en la expedición científica á Filipinas, Marianas y Australia. Y realmente, por el espíritu científico está inspirada la primera y más notable poesía que apareció en el *Telégrafo*, y la primera sin duda de algún valor é importancia que se compuso en

Buenos Aires; la oda *al Paraná*, de D. Manuel José de Labardén:

Augusto Paraná, sagrado río...

Este romance endecasílabo, que hoy nos parece de un mérito no más que relativo, pudo y debió ser entonces recibido con asombro. Era una tentativa de poesía descriptiva americana, con toques de color local, agradables siempre, y novísimos en la escuela á que el autor pertenecía.

En medio del aparato mitológico propio del tiempo, aparecía el dios del gran río argentino, coronado de juncos retorcidos y de silvestre camelote,

En el carro de nácar refulgente,
Tirado de caimanes recamados
De verde y oro...

Describíase su gruta, decorada de perlas nevadas é ígneos topacios,

En que tiene volcada la urna de oro,
De ondas de plata siempre rebosando.

El Paraguay y el Uruguay, salían á su encuentro, conduciendo, para engancharlos á su carro, *los caballos del mar patagónico.* Y poseído Labardén de un entusiasmo muy sincero, aunque no muy líricamente expresado, saludaba á aquel monarca de los ríos del Sur con una especie de himno triunfal, que era al mismo tiempo anuncio ó presagio de la opulencia y felicidad que el poeta auguraba para su patria por ministerio de la industria y de las artes:

Baja con majestad, reconociendo
De sus playas los bosques y los antros,
Extiéndase anchuroso, y sus vertientes,
Dando socorro á los sedientos campos,
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu excelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites. Tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando

El árido terrón, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.

. . . .

Ya enjambre vistosísimo de naos
De incorruptible leño, que es don tuyo,
Con banderolas de colores varios
Aguardándote está...

. . . .

Ven, sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor: bajo su amparo
Corran como tus aguas nuestros versos...

¿Quién no ve en el pensamiento, y hasta en algunos giros de esta oda, un no remoto parentesco con las *Silvas Americanas* de Bello, que no fueron compuestas sino muchos años después? No intentamos poner en parangón cosas de mérito tan desigual: la oda *Al Paraná* es muy incorrecta y está llena de versos que son pura prosa; pero recuérdese que en este tiempo Bello no había pasado aún de la insipidez que revela su poema *sobre la vacuna*, y había muy pocos versificadores en América capaces de competir con Labardén en los rasgos felices que tiene su canto.

Además de esta oda, se publicaron en el *Telégrafo* fábulas del Dr. Domingo de Azcuénaga y varias composiciones de Prego de Oliver, de D. Eugenio del Portillo, que se firmaba *Enio Tullio Grope*, y de D. Manuel Medrano; además de una oda *Al Comercio*, anónima. Pero Labardén era, sin duda, el más poeta de todos ellos, y es lástima que se conserven tan pocas muestras de su numen. Solo queda un acto de su tragedia de asunto americano *Siripo*, representada en el Carnaval de 1789 á beneficio de los Niños Expósitos (1).

(1) El único acto que se conserva es el segundo, publicado por Gutiérrez en sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX* (*Buenos Aires. Imprenta del Siglo*, 1865), reproducido luego en varias compilaciones, y últimamente en la *Antología de poetas argentinos*, por Juan de la C. Puig (Buenos Aires, edición M. Biedma, 1910, tomo 1, páginas 5-45). El original autógrafo, de la colección Gutiérrez, existe en la Biblioteca del Senado Nacional.

La pérdida del resto de la tragedia es verdaderamente inexplicable, puesto que consta que en 1835 reapareció en las tablas con el título de *Siripo y*

Jara en los campos de la matanza, ó la conquista de Buenos Aires. Acaso no era el texto primitivo de Labardén, sino una refundición. Á pesar de lo patriótico del asunto, no parece haber tenido mucho éxito, pues sólo se representó dos veces.

La *Siripo* fué la primera obra seria del teatro argentino, pero la habían precedido algunos sainetes y tonadillas (Vid. Bosch, *Historia del Teatro en Buenos Aires*, págs. 193, 467, 478-512). Adviértase, sin embargo, que algunas de estas piezas cortas eran de origen español, como el conocidísimo *Soldado fanfarrón*, del gaditano Castillo.

En una carta á D. Manuel Basabilvaso, remitiéndole la Loa que debió preceder al estreno de la *Siripo*, anunciaba Labardén que tenía empezados ó en proyecto otros dos dramas, *La Muerte de Filipo de Macedonia* y *La pérdida de Jerusalén.* Pero á juzgar por el largo fragmento conservado de la prosaica y lánguida *Siripo*, no debe lamentarse mucho que estos ensayos no llegasen á granazón.

De la *Siripo*, dice Gutiérrez: «Sin más que la precedente muestra, sería arriesgado discurrir acerca del mérito de los caracteres y de la consecuencia en la conducta de los personajes, que es una de las primeras cualidades del drama. Sin embargo, puede asegurarse que si á este respecto no se trasluce creación alguna en la *Siripo*, hay originalidad, y hasta atrevimiento acertado, si se quiere, en el asunto tratado en los términos que lo ha hecho nuestro autor (*Estudios biográficos*, pág. 89).

Lo que no alcanzamos á descubrir en la tragedia de Lavardén es esa *originalidad*, pues aunque ninguno de sus críticos lo haya notado, es imitación de otra compuesta en lengua italiana, por el jesuíta valenciano D. Manuel Lassala, uno de los desterrados á Italia en tiempo de Carlos III. Su título es *Lucía Miranda*, y fué impresa en Bolonia, 1784. El argumento, tomado de las antiguas crónicas del Paraguay, es el mismo, idénticos los nombres de los principales personajes, como Hurtado y Miranda. El modelo indudable del P. Lassala, para el color general de su drama y las sentencias en que abunda, es la tragedia, entonces tan celebrada, de Voltaire, *Alzira ó los Americanos* y de ella está tomado el nombre del cacique Zamora. Las condiciones de estilo y versificación del P. Lassala son superiores á las de Labardén, como puede juzgarse por este retazo:

ZAM.

Strano in ver mi sembra
In uom guerrier si fimminal costume,
E come puote all'ardue impresse avvezzo,
E al forte amor di gloria, egli avvilirsi
Ai piaceri amorosi, e ài cari vezzi
D' una femina in seno? è poi fiaccato,
E ammollito quel cor dai dolci sensi
D' un lungo amor, come indurarsi puote

Fué el Licenciado Labardén uno de los hombres más influyentes y respetados de su tiempo, y como Auditor de guerra (1) de la Capitanía general, mereció y obtuvo la confianza del virrey Vértiz, é inspiró muchas de sus disposiciones encaminadas al bien público (2).

Prego de Oliver, cuyo nombre se cita siempre con el de su amigo Labardén, era español y Administrador de la Aduana de Montevideo. Gutiérrez le gradúa de poeta elegante, aunque mediano, y cita de él una oda *Á España en su decadencia*, y algunos versos eróticos. Pero lo que le dió más nombradía fueron sus *Cantos á las acciones de guerra con los ingleses en las Provincias del Río de la Plata, en los años* 1806 *y* 1807.

Aquella espléndida reconquista, que inmortalizando con el nom-

Di nuovo à gravi rischi, e aspre fatiche
Di cruda guerra?

GONZ.

Eppur s' unisce è accorda
In lui con nuova e vicendevol forza
Alla gloria l'amor: quest'anzi in petto,
Non che languente il cor gli indebolisca,
Stimoli ardenti al suo coraggio accresce
. . . . Io che d'Urtado
Sotto il medesmo ciel nacqui, e mi strinsi
Seco in dolce amistade, suo valore
Rammentarmi pur deggio: or quando ei scese
In queste spiagge, tu nel primo incontro
Tu vedesti, signor, qual' ei dubbioso
Anco del tuo favor, abbandonando
Il lido, inverso a te guidò la fronte
Del nostro armato stuolo...

(1) D. Arturo Reynal O'Connor, en su extensa obra *Los Poetas Argentinos* (Buenos Aires, 1904), que según su propósito ha de constar nada menos que de quince tomos, sostiene contra la opinión de Gutiérrez y de todos los que han escrito antes de él, que el poeta Labardén (D. Manuel José) no es el auditor de guerra D. Juan Manuel, sino un hijo suyo. Parece imposible que tratándose de personajes tan modernos, quepa tal obscuridad y confusión (vid. tomo I de la obra de Reynal, págs 137-226).

(2) Buenos Aires, 1808. Son cuatro odas que antes se habían impreso sueltas.

En *El Correo de Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay también versos de Prego de Oliver. (*Himeneo*—una sátira.)

bre de Liniers el del pueblo de Buenos Aires, dió por primera vez á los argentinos la conciencia de su fuerza viéndose vencedores de los primeros soldados del mundo, provocó en España y en América una explosión poética comparable con la que dos años antes había estallado después de Trafalgar. Ante el recuerdo de la magnífica oda de D. Juan Nicasio Gallego *Á la defensa de Buenos Aires*, quedan las demás reducidas á mera curiosidad bibliográfica; pero no faltan en algunas de ellas (1) cosas estimables, dentro de la rígida

(1) El Sr. Medina, en su obra ya citada, *La Imprenta de Buenos Aires*, reproduce íntegras las principales, y trae una bibliografía muy copiosa de todas ellas; de la cual extracto las notas siguientes, que me parecen de algún interés histórico por lo que pueden contribuir á la ilustración de aquel memorable suceso.

—*Á la reconquista de la capital de Buenos Aires por las tropas de mar y tierra á las órdenes del capitán de Navío D. Santiago Liniers, el día* 12 *de Agosto de* 1806. (De Prego de Oliver.) *Buenos Aires, en la imprenta de Niños Expósitos*, 1806.

Á la gloriosa memoria del teniente de fragata D. Agustín Abreu, muerto de resultas de las heridas que recibió en la accion del campo de Maldonado con los ingleses el día 7 *de Noviembre de* 1806. *Su amigo D. Joseph Prego de Oliver... Buenos Aires... Año* 1806.

—*Oda en elogio de la que D. Joseph Prego de Oliver dedicó á la buena memoria de su amigo D. Agustín Abreu...* (De autor anónimo.)

—*Á Montevideo, tomada por asalto por los ingleses en* 3 *de Febrero de* 1807, *siendo Gobernador de dicha plaza el brigadier de la Real Armada, D. Pascual Ruiz Huidobro. Por D. José Prego de Oliver...*

—*Al Sr. D. Santiago de Liniers, brigadier de la Real Armada y Capitán general de las Provincias del Río de la Plata, por la gloriosa defensa de la capital de Buenos Aires, atacada de diez mil ingleses el* 5 *de Julio de* 1807. *Por D. José Prego de Oliver. Oda...*

—*Romance heroyco en que se hace relación circunstanciada de la gloriosa reconquista de la ciudad de Buenos Aires, capital del Vireynato del Río de la Plata, verificada el día* 12 *de Agosto de* 1806. *Por un fiel vasallo de S. M. y amante de la patria... Buenos Aires... Año de* 1807. (Fué su autor el presbítero D. Pantaleón Rivarola, profesor de filosofía en el Colegio de San Carlos, que la compuso en forma de romance de ciego, ó como él dice, «en verso corrido, porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores en su trabajo; los arte-

y enfática monotonía con que los falsos Píndaros de la escuela española de entonces querían simular el arrebato lírico.

No sin expresiva ternura, decía, por ejemplo, Prego de Oliver, deplorando la muerte de su amigo el heroico teniente de fragata Abreu:

sanos, en sus talleres; los señores en sus estrados, y la gente común, por las calles y plazas.»)

—*Adiciones y correcciones á la dedicatoria que el autor del Romance heroyco sobre la reconquista de Buenos Aires hizo al M. I. Cabildo... Buenos Aires...* 1807. (Versa principalmente sobre los errores históricos del romance, y se atribuye á D. José Joaquín de Araujo. Romance y adiciones fueron reimpresos en Lima, al año siguiente 1808.)

—*La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Aires*, *capital del Vireynato del Río de la Plata*, *verificada del* 2 *al* 5 *de Julio de* 1807. *Brevemente delineada en verso suelto*, *con notas*, *por un fiel vasallo de S. M. y amante de la patria*, *quien lo dedica*, *con notas*, *al Sr. D. Santiago Liniers y Bremont... Buenos Aires... Año de* 1807. (Son nuevos romances de ciego, compuestos por el doctor Rivarola.)

—*Poema panegírico de las gloriosas proesas* (sic.) *del E. S. D. Santiago Liniers y Bremont... dirigido en obsequio de su excelencia y demás personas y gremios que han contribuído á la defensa de nuestro patrio suelo en dos ataques contra la nación británica. Por el Dr. D. Joseph Gabriel Ocampo*, *Cura y Vicario de las Doctrinas de San Juan Bautista de Tinogasta*, *partido de Catamarca*, *provincia de Córdoba del Tucumán... Buenos Aires...* 1807. (Son treinta y nueve detestables décimas.)

—*Breve recuerdo del formidable ataque del exército inglés á la ciudad de Buenos Aires*, *y su gloriosa defensa por las legiones patrióticas el día* 5 *de Julio de* 1807. (Contiene cuatro composiciones en varios metros, que se atribuyen al mismo Dr. Ocampo, y que de todos modos son muy malas. La más tolerable es un romance endecasílabo que se titula: *Canto de reconocimiento al Dios de los ejércitos*, *según los sentimientos de algunos salmos y cánticos de la Sagrada Escritura*, *por el inestimable beneficio que nos ha dispensado el día* 5 *de Julio.*)

—*Poema que un amante de la patria consagra al solemne sorteo celebrado en la plaza Mayor de Buenos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en su defensa.*— 1807.

Fué autor de esta oda el franciscano Fr. Cayetano Rodríguez, y de ella dice D. J. M. Gutiérrez: «Este dignísimo varón no se sintió inspirado por la victoria, que costaba sangre, sino por la magnanimidad, que desataba cadenas del pie del hombre esclavo... La aurora de la revolución baña ya con su luz

¡No sonará tu voz en mis oídos!
Aquella voz que de consejo llena
El penoso vivir me solazaba...

El mismo poeta, en estrofas de agradable corte, que recuerdan el estilo de Arriaza, saludaba de este modo á Liniers, después de su segunda victoria:

¡Gloria inmortal al héroe que al britano
Lanzó del patrio suelo!
Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dió al hispano salud, al anglo miedo...
. . . .

azulada las estrofas del franciscano.» Á pesar de tal recomendación, la oda es de las peores que se escribieron en aquellas circunstancias. El P. Rodríguez, maestro del célebre Moreno, y uno de los hombres más importantes de la Revolución, brilló más como orador sagrado que como poeta (a). Véase lo que de él escribe Gutiérrez en sus *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina* (Buenos Aires, 1860), y en su estudio *De la elocuencia sagrada en Buenos Aires antes de la revolución.* (Tomo II de la *Revista de Buenos Aires*, págs. 280-281), y el reciente estudio de Fr. Pacífico Otero, de la Orden de San Francisco, *Fr. Cayetano* (b) (Buenos Aires, 1908).

—*Relación en que se individualiza la entrega de la Lámina que costeó y consagró la muy noble villa de Oruro á la memoria de las dos gloriosas acciones ejecutadas en esta capital los días* 12 *de Agosto de* 1806 *y* 5 *de Julio de* 1807.... Buenos Aires, 1808. (Contiene varias inscripciones en verso.)

—*Sucinta memoria sobre la segunda invasión de Buenos Aires el mes de Julio de* 1807... Buenos Aires, 1808. (Está en octavas reales, con largos comentarios en prosa.)

—*La reconquista de Buenos Aires por las armas de Su Majestad Católica...*

(a) Sobre el Dr. Rivarola, vid. Reynal O'Connor, *Los poetas argentinos.* (I, págs. 226-280).

(b) Fr. Cayetano Rodríguez compuso muchos versos patrióticos después de 1810, pero apenas se encuentra en ellos nada tolerable, salvo esta estrofa de una oda al paso de los Andes por el general San Martín:

Parece que las nieves, que los mismos
Peñascos eminentes,
Que los profundos, hórridos abismos,
A su valor se muestran obedientes,
Y que las altas cumbres y cuchillas,
Mientras él pasa, doblan las rodillas.

Cubrid el suelo de arrayán y rosa;
Que ya lleno de gloria
Se acerca el capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa.
Marte le dió la lanza,
Virtud el cielo, la virtud templanza...

Más celebrado fué entonces, y más reputación tradicional ha conservado, aunque ciertamente no serán muchos los que en nuestros tiempos le hayan leído entero, *El Triunfo argentino*, interminable y prosaico romanzón endecasílabo de D. Vicente López y Planes, que tomó parte activa en aquella jornada como capitán de una compañía de voluntarios *patricios*. Tal circunstancia, á la vez que da valor histórico á su testimonio, explica el calor y la animación de algunos trozos en que el poeta, á pesar de su medianía, acertó á ser intérprete del sentimiento unánime y sincero de su pueblo. Por lo demás,

Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade... Reimpresa en Buenos Ayres... Año de 1808.

De este mismo poeta gallego, que era oidor de Barcelona, hay otra composición al mismo asunto.

—*Derrota de los ingleses el* 5 *de Julio de* 1807. *Silva, por D. Manuel Pardo de Andrade. Publícala el Real Consulado de la Coruña en obsequio de sus antiguos corresponsales y amigos, los valerosos habitantes de aquella leal y gloriosa ciudad.* La Coruña, 1807.

—*El Triunfo Argentino. Poema heroico en memoria de la gloriosa defensa de la capital de Buenos Ayres contra el ejército de* 12.000 *hombres, que le atacaron los días* 2 *á* 6 *de Julio de* 1807. *Por D. Vicente López y Planes, capitán de la Legión de Patricios de la misma capital.* En Buenos Aires. Año 1808.

—*Buenos Aires reconquistada, poema endecasilábico.* Por J. B. de Portegueda. (México, 1806, 4.º)

—*Oda á la gloriosa defensa de Buenos Ayres por los españoles en los días* 5 *y* 6 *de Julio de* 1807. *Dedícala al teniente de navío D. Manuel de la Iglesia y Darrac, su hermano.* Sin l. ni a. *Imprenta de Quintana.* (Es edición peninsular.)

—*Rimas en honor de la España. Por D... Madrid, en la Imprenta Real.* Año de 1817. Contiene un canto épico, *La invasión inglesa en la América meridional.* El autor de estas *Rimas* fué D. Mariano Colón, Duque de Veragua.

Rasgo poético á los habitantes de Buenos Aires, en obsequio del valor y lealtad con que expelieron á los ingleses de la América Meridional el 5 *de Julio de* 1807... *Reimpreso en Buenos Aires... Año de* 1808.

(Es un romance endecasílabo; su autor, D. Miguel Belgrano.)

el poema está lleno de reminiscencias virgilianas, especialmente del libro VII de la *Eneida*.

El Triunfo Argentino, aunque consagrado todavía á la gloria de las armas españolas, puede considerarse como el primer destello de la poesía patriótica argentina, puesto que lo que principalmente exalta es el heroísmo del pueblo de Buenos Aires. Cabalmente el mismo López Planes iba á ser uno de los prohombres de la revolución, ya como secretario del general Ocampo, en 1810, ya como diputado á la Soberana Asamblea de 1813, ya como ministro del dictador Pueyrredón, en 1816, ya como Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1827. Su nombre es principalmente famoso por ir unido al *Himno Nacional Argentino*, que puso en música el catalán D. Blas Parera. Este himno es el mejor de los cantados en América durante el período revolucionario, lo cual no quiere decir que sea una obra maestra, ni mucho menos. Desde luego, empieza con un verso que no lo es, si se pronuncia como es debido:

«Oid, mortales, el grito sagrado...»

y hay otros varios también mal acentuados, cosa doblemente grave en una composición destinada al canto.

Pero en conjunto, esta *marcha guerrera* tiene viveza é ímpetu bélico. Se ve que el autor quiso imitar el canto de guerra que Jovellanos había compuesto para Asturias en 1811:

«Ved qué fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalón,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozón.»
. . . .

Y dice López remedándole:

«¿No los véis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz,
Y cuál lloran, bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y la Paz?...»
. . . .

Compuso López otras poesías de circunstancias, que, generalmen-

te, valen poco (1). Quizá merezca exceptuarse una oda *Á la batalla de Maipo*, aunque parezca exagerado el elogio de Gutiérrez: «La composición que comienza, *Aquella ingrata noche había pasado*, es intachable entre las que se conocen de López.»

Con él compartieron, en los días de la guerra, el oficio de poetas patrióticos, el sargento mayor de artillería D. Esteban Luca, don Juan Crisóstomo Lafinur, y otros versificadores clásicos de menos nombre. Luca tenía más estro y dicción más poética que López; su *Canto lírico á la libertad de Lima* (2) contiene trozos de noble y majestuosa entonación en el género de Quintana; sus odas *Á la batalla de Chacabuco* y *Al triunfo de lord Cochrane en el Callao*, son ciertamente poesías de escuela, atestadas de fárrago mitológico y de invocaciones á Apolo y á las Musas, pero están versificadas con mucho vigor, y valen más que las de Fernández Madrid y otros colombianos y mejicanos que por entonces lograban efímera gloria, obscurecida del todo apenas resonó el canto victorioso de Olmedo. Á Lafinur le considera Gutiérrez como «el poeta romántico de esta época

(1) En *El Correo del Comercio*, que publicaba en 1810 D. Manuel Belgrano, hay de D. Vicente López, una oda titulada *Delicias de la vida del labrador*. Falta en la colección más completa que de las poesías de D. Vicente López conocemos, es á saber la que figura en el tomo II de la *Antología de poetas argentinos*, por Juan de la C. Puig (págs. 60-146).

(2) Es aquél tan celebrado, que comienza:

«No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio...»

Luca naufragó en el Río de la Plata, en Marzo de 1824, volviendo de Río Janeiro, sin que se pudiese encontrar su cadáver. Este fin trágico ha inspirado á Olegario Andrade su fantasía de *El Arpa perdida*, que termina con estos versos:

«Desde entonce el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
Ó entre el rumor de la tormenta brava,
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama;
Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino,
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata.»

clásica» (romántico á la manera de Cienfuegos); y pondera mucho sus tres elegías á la muerte del general Belgrano, «por su pasión, por su abundancia y por su ternura casi filial»; pero de tales encomios hay que descontar bastante cuando se leen las celebradas elegías y se tropieza con versos de esta laya:

«Así la rosa, cuando dulce expira,
Descarga su fragancia en quien la mira.»

Lafinur, cuyo gusto no llegó á formarse nunca, era, al decir del mismo Gutiérrez, «uno de esos hombres de acción y de entusiasmo, cuyos escritos son inferiores á su talento y á su fama». En los veintisiete años de su vida, fué sucesivamente sochantre de la catedral de Córdoba, militar, periodista en Chile en colaboración con Fr. Camilo Enríquez, músico, y profesor de filosofía materialista, de cuyos errores abjuró después, muriendo como fervoroso cristiano (1)

Más notable también por su personalidad excéntrica y aventurera, por su raro talento y variedad de facultades, que por sus escritos, que fueron muy poco numerosos, se nos presenta otro argentino, D. Juan Antonio Miralla, natural de Córdoba del Tucumán (2). Es-

(1) La mayor parte de las poesías patrióticas de los autores citados hasta aquí, y de otros que omitimos, están recopiladas en una colección, ya muy rara, que se publicó en Buenos Aires durante la administración de Rivadavia: «*La Lira Argentina, ó Colección de las Piezas Poéticas, dadas á luz en Buenos Ayres durante la guerra de su independencia. Buenos Ayres*, 1824, 4.°, VII-515 páginas.»

Muchas de ellas pasaron á la *América Poética* de Valparaíso.

Además de *La Lira*, se imprimió en 1827 una *Colección de poesías patrióticas* formada por D. Esteban de Luca, D. Juan Cruz Varela y D. Esteban Echeverría, pero no llegó á circular, ni se conoce más ejemplar que el de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Vid. el índice de la *Antología* del Sr. Puig (tomo I, págs. IX-X).

(2) Véase la biografía de Miralla por Gutiérrez, en el tomo X de la *Revista de Buenos Aires*, 1866, págs. 473-522.

El poeta colombiano D. José María Salazar, deploró la temprana muerte de Miralla en una elegía, á la cual pertenecen estos versos:

«Cuando más esperanza prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino:
Bajó la noche en la mitad del día.»

tudiante de medicina en Lima; comerciante en la Habana; amigo de Vargas Tejada y de Fernández Madrid, con quien fundó en 1821, *El Argos* (1); conspirador contra España en Colombia, en Méjico y en los Estados Unidos, pasó la mayor parte de su vida fuera del suelo natal, y murió en Puebla de los Ángeles en 1825. Apenas queda de él ninguna obra original; pero hizo dos versiones muy curiosas: la de las *Cartas de Jacobo Ortis*, de Hugo Fóscolo (publicada en la Habana en 1822, reimpresa en Barcelona en 1833, y en Buenos Aires en 1835), donde los breves pasajes de Dante y Alfieri que Fóscolo cita están puestos en verso castellano con notable propiedad y acierto (2); y la literalísima traducción, casi impro-

(1) En el período constitucional de 1820 á 1823, Miralla llegó á ejercer grande influencia política en la Habana, para lo cual tenía notables condiciones de tribuno. Su amigo Fernández Madrid le dedicó un soneto por haber aquietado el *furor popular* en un tumulto que estalló, no sabemos con qué motivo, en 15 de Abril de 1820:

¿Visteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas agotadas
Cuando de opuestos vientos contrastadas
Bramando sin piedad se han levantado?
Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende á las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado.
Pero armada la diestra del tridente,
Habla Néptuno y calla el Oceano
Que la voz reconoce omnipotente.
Imagen de ese mar fué el pueblo Habano
Y de Neptuno el joven elocuente,
Que aplacar supo su furor insano.

Este soneto, como se ve, es imitación de un bello pasaje de Virgilio. (Æn. I, v. 148-153):

Ac, veluti magno in populo quum saepe coorta est
Seditio, saevitque animis ignobile volgus;
Iamque faces et saxa volant; furor arma ministrat;
Tum, pietate gravem ac meritis si forte virum quem
Conspexere, silent, adrectisque auribus adstant;
Ille regit dictis animos, et pectora mulcent,
Sic cunctus pelagi cecidit fragor...

(2) *Últimas cartas de Jacobo Dórtis. Traducidas por D. José Antonio Miralla. Primera* (y segunda) *parte. Habana, Imprenta Fraternal, 1822*, 8.°.

Últimas cartas de Jacobo Ortis, por Hugo Tóscolo (sic por Fóscolo). *Barce-*

visada, que en 1823 hizo de la elegía de Tomás Gray, *En el cementerio de una aldea*, hecha verso por verso, á pesar de la gran diferencia de concisión entre ambas lenguas (1). Los demás intérpretes castellanos de esta elegía, entre los cuales se aventaja D. Enrique de Vedia, han tenido que acudir á la paráfrasis, empleando una tercera parte más de versos que el original, con lo cual la expresión poética pierde mucho de su fuerza; pero Miralla acometió la lucha cuerpo á cuerpo; y si no puede decirse que saliera siempre victorioso, porque era empresa casi imposible, á lo menos superó enormes dificultades, y en algunas estrofas acertó á no perder nada del texto y á calcarle en una expresión sobria y castiza, sin afectación ni violencia (2). Como esta traducción, aunque bastante conocida

lona, imp. de A. Bergnes, con licencia, 1833. Es el tomito XXVIII de la *Biblioteca selecta, portátil y económica, ó sea Colección de novelas escogidas*, que aquel editor publicaba.

Últimas cartas... Buenos Aires, 1835. Impresión costeada por D. Patricio Basabilvato, amigo de Miralla.

El texto de Barcelona está muy mutilado. Como no he visto ninguna de las dos ediciones americanas, ignoro si estas mutilaciones deben atribuirse exclusivamente á la censura española del tiempo de Fernando VII.

(1) El verso siguiente, por ejemplo, es un portento de *literalidad;* no se puede ir más lejos:

The paths of glory lead but to grave.
. . . .
La senda de la gloria va al sepulcro.

(2) Las traducciones ó imitaciones en verso castellano de la elegía de Gray, que recuerdo, son:

a) Pérez del Camino (D. Manuel Norberto). *Elegía escrita sobre el cementerio de una aldea (imitación del inglés).* En las notas que puso á los cuatro poemas de Gabriel Legouvé, *El Mérito de las mujeres*, *Los Recuerdos*, *La Sepultura*, *La Melancolía*, puestos por él en verso castellano (Burdeos, 1822, págs. 282-292).

La traducción ó imitación está en tercetos, y es bastante débil.

Ya la campana en lúgubre lamento
Anuncia el fin del día moribundo...

b) Alonso (D. José Vicente). De este poeta, natural de Ávila, pero tenido generalmente por granadino (1775-1841), por haber residido casi toda su vida en la metrópoli del Genil y el Darro, de cuya Chancillería fué relator, cita

en América, por haber sido reproducida en muchos periódicos de Méjico, Venezuela, Colombia y Buenos Aires, lo es muy poco en España, no estará de más dar aquí alguna muestra de sus nerviosos y viriles versos, que no son la menor prueba de la concisión que cabe en nuestra lengua:

D. Leopoldo Augusto de Cueto *(Poetas líricos del siglo XVIII*, tomo III, página 664), «una traducción en tercetos de la famosa elegía inglesa de Gray, *The Country Church-Yard*». No se hace mérito de ella en la breve noticia que se dió, al fallecimiento de Alonso, en *La Alhambra*, tomo IV, pág. 431.

Como por aquellos años se hizo en Granada otra versión de la elegía de Gray, es posible que haya alguna confusión en la noticia, puesto que el trabajo no parece muy propio del gusto dominante en las composiciones de Alonso, conocido especialmente por su parodia dramática ó tragedia burlesca *Pancho y Mendrugo*, por su traducción de los *Besos* del poeta holandés Juan Segundo, y un poema del género del abate Casti, *La horrible venganza*, obrita primorosamente versificada en octavas reales, que por escrúpulos quizá nimios no se decidió á indicar en su antología el Sr. de Cueto.

c) D. José Fernández Guerra, literato granadino (1791-1846), padre y maestro de los dos ilustres académicos D. Aureliano y D. Luis, hizo dos traducciones ó imitaciones de *El cementerio de la aldea*, enteramente diversas hasta el punto de no tener apenas un verso común. En el primer texto, leído en la sesión de competencia del Liceo de Granada la noche del 24 de Julio de 1840, é impreso en *La Alhambra*, revista de aquella ciudad (tomo III, páginas 207-210), el traductor, usando de la libertad romántica en el cambio de metros, usa cuartetos endecasílabos agudos, romancillos eptasilábicos, y tercetos:

Inc.

La campana ya fúnebre tañía,
Y el alma recordaba con terror;
Era llegado el término del día
Que nacer viera en delicioso albor...

Más adelante, comprendiendo que sólo alteraba el carácter de la composición, que es de las más clásicas de la poesía inglesa, refundió la elegía, escribiéndola toda en tercetos y mejorándola mucho. Esta segunda versión póstuma fué publicada por D. Manuel Cañete en el *Heraldo*, periódico de Madrid (7 de Abril de 1850).

La luz desmaya que ostentara el día;
Y la campana, con clamor forzado,
El balante rebaño al redil guía...

d) El escritor encartado, D. Enrique de Vedia, que es el mejor traductor de poesías inglesas, dejó una que bien puede calificarse de clásica y magis-

«So aquellos tilos y olmos sombreados,
Do el suelo en varios cúmulos ondea,
Para siempre en sus nichos colocados
Duermen los rudos padres de la aldea (1).

. . . .

¡Cómo las mieses á su hoz cedían,
Y los duros terrones á su arado!
¡Cuán alegres sus yuntas dirigían!

tral de la elegía de Gray. No puedo puntualizar ahora la fecha del cuadernito en que fué impresa en Londres ó en Liverpool (¿1845 á 1848?) con bastantes erratas que desazonaron al traductor hasta hacerle retirar de la circulación la mayor parte de la tirada. Después se ha reproducido mucho en periódicos de España y América, y últimamente en el precioso librito de D. Miguel Antonio Caro, *Traducciones Poéticas*, 1889, págs. 206-216 (donde la firma del traductor está equivocada, por cierto, D. Hevia):

Ya de la queda el toque reposado
Anuncia el fin del moribundo día,
Y por la loma el mugidor ganado
Camina lentamente á la alquería...

e) Gómez (D. Ignacio) entre los Arcades de Roma *Clitauro Italense*, poeta guatemalteco (1813). En el tomo I de la *Galería poética*, *Carta Americana* de D. Ramón Uriarte (Guatemala, 1888), págs. 207-211, está su traducción de la *Elegía escrita en el cementerio de una aldea:*

Ya el bronce anuncia el moribundo día,
Torna al redil la grey con ronca queja,
El rústico á su hogar la planta guía
Y á las sombras y á mí la tierra dejan.

. . . .

(1) *Beneath those rugged elmes, that yew-tree's shade,*
Where heaves the turf in many a mould'ring heap,
Each in his narrow cell for ever laid,
The rude forefathers of the hamlet sleep.

Vedia emplea doble número de versos:

Bajo de aquellos álamos frondosos,
Del tejo melancólico á la sombra
Donde se alza en mogotes numerosos
El césped verde en desigual alfombra,
En su estrecha morada colocados
Bajo la humilde cruz que allí campea,
Descansan sin afanes ni cuidados
Los rústicos abuelos de la aldea.

¡Cuántos bosques sus golpes han doblado!... (1).
Boato de blasón, mando envidiable,
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro (2).
No los culpéis, soberbios, si en la tumba
La memoria trofeos no atesora,
Do en larga nave y bóveda retumba
Del alto honor la antífona sonora.
¿Volverá la urna inscripta, el busto airoso
El fugitivo aliento al pecho inerte?
¿Mueve el honor al polvo silencioso?
¿Cede á la adulación la sorda muerte?
Tal vez en este sitio abandonado
Hay pechos donde ardió celeste pira;
Manos capaces de regir Estados
Ó de extasiar con la animada lira.
. . . .
¡Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia!

(1) *Oft did the harvest to their sickle yield,*
Their furrow oft the stubborn glebe has broke;
How jocund did they drive their team afield,
How bow'd the woods beneath their sturdy stroke.

Cf. Vedia:

¡Cuántas veces la espiga ya madura
Dobló á sus hoces la cerviz dorada!
¡Cuántas otras la gleba inerte y dura
Rompió su reja y quebrantó su azada!
¡Oh, cuál gozaban al lanzar con brío
En el abierto surco el rubio grano!
Y como reposaba el monte umbrío
Del hacha al golpe en su robusta mano.

(2) Cf. Vedia:

El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,
Y del poder la pompa soberana,
Y cuanto la hermosura y cuanto el oro
Dar han podido á la ambición humana,
Todo trae la misma triste historia,
Todo en un mismo fin acaba y cesa,
Y la senda brillante de la gloria
Sólo conduce á la profunda huesa.
The boast of heraldry, the pomp of power,
And all that beauty, all that wealth e' er gave,
Await alike the' inevitable hour
The paths of glory lead but to the grave.

¡Cuánta flor, sin ser vista, ruborosa,
En un desierto exhala su fragancia! (1).
  Tal vez un Hámpden rústico allí yace
Que al tiranuelo del solar valiente
Resistió; un Milton que sin gloria calla,
De sangre patria un Cromwell inocente.
  Oir su aplauso en el Senado atento,
Ruina y penas echar de su memoria,
La tierra henchir de frutos y contento,
Y en los ojos de un pueblo leer su historia,
  Su suerte les vedó; mas en su encono
Crímenes y virtudes dejó yertas,
Vedóles ir por la matanza á un trono
Y á toda compasión cerrar las puertas.
  Callar de la conciencia el fiel murmullo,
Apagar del pudor la ingenua llama,
Ó el ara henchir del lujo y del orgullo
Con el incienso que la musa inflama.
  Lejos del vil furor, del lujo insano,
Nunca en deseos vanos se encendieron,
Y por el valle de un vivir lejano
Su fresca senda sin rumor siguieron.»

Pero Miralla no hizo más que traducir, y aun esto como distracción de aficionado; y los demás versificadores hasta aquí mencionados gastaron todas sus fuerzas en la poesía de circunstancias políticas que, pasado algún tiempo, resulta tan enfática y empalagosa. Digámoslo claro: antes de 1824 se habían hecho en Buenos Aires muchos versos, pero no había aparecido un verdadero poeta. El

(1) ¡Cuánta perla gentil, rica y lozana,
De puro brillo y esplendor sereno,
Vedada siempre á la codicia humana,
Guarda la mar en su profundo seno!
  ¡Ay, cuánta flor ostenta sus primores
En retirado valle sola y triste,
Y en medio de su aroma y sus colores
Nadie la mira y para nadie existe!

Aquí la ventaja es indisputablemente de Vedia, aunque duplicando los cuartetos según su costumbre:

Full many a gem of purest ray serene,
The dark unfathom'd caves of ocean bear:
Full many a flower is born to blush unseen,
And waste its swetness on the desert air.

primero que entre los argentinos fué digno de este nombre, el que representó allí honrosamente la escuela clásica, colocándose, si no al nivel, á corta distancia de los Olmedos y Heredias de otras partes, fué Juan Cruz Varela, de quien hemos de hablar extensamente, no sólo porque el número y variedad de sus composiciones así lo exigen, sino porque la mayor parte de ellas son mejores para citadas á trozos que para figurar íntegras en una antología. Servirános de guía el minucioso, aunque por desgracia no terminado estudio que á la memoria de Varela dedicó su antiguo amigo D. Juan M. Gutiérrez, el cual compendia en estos rasgos la semblanza del hombre y del poeta: «Juan Cruz Varela jamás desmintió, ni en su conducta ni en sus escritos, que había nacido bajo la atmósfera instable y eléctrica del Río de la Plata. Impresionable, apasionado, devoto con firmeza á su credo social, despreocupado, entusiasta, abierto á las ideas nuevas, agudo, chistoso, ameno, tan diestro en herir como pronto para perdonar, reune en sí todas las cualidades de la índole de sus compatriotas» (1).

Nació Juan Cruz Varela en Buenos Aires, el 24 de Noviembre de 1794, y comenzó á educarse en pleno período revolucionario, concurriendo desde 1810 á las aulas de Córdoba del Tucumán, donde en 1816 se graduó de Bachiller en Teología y Cánones. Su primera producción fué un poema en quintillas, imitación del *Lutrin* de Boileau, sobre un motín universitario que hubo en Córdoba. Pero su principal vocación no era la de la sátira, ni tampoco la de la poesía amorosa, que en su primera mocedad cultivó bastante, siguiendo, como todos, las huellas de Meléndez. Sus anacreónticas *Á Delia* y *Á Laura*, son frías, amaneradas é insípidas; pero en un poema erótico-mitológico, que tituló *Elvira*, compuesto también en su temporada de estudiante, y excluído luego (salvo algún fragmento) de la colección definitiva de sus poesías que corrigió en 1831, hay octa-

(1) *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan de la Cruz Varela.* En los tomos I, II, III y IV de la *Revista del Río de la Plata, periódico mensual de historia y literatura de América, publicado por Andres Lamas, Vicente F. López y Juan María Gutiérrez* (Buenos Aires, 1871 y siguientes).

vas muy bien hechas, que recuerdan las mejores de la *Silvia* de Arriaza, á quien indudablemente había tomado por modelo (1):

Sola conmigo la adorada mía
En las calladas horas se encontraba
De una pesada siesta, y era el día
Que amor para su triunfo reservaba:
Nada nuestro silencio interrumpía;
Nadie nuestros suspiros escuchaba;
Que hasta el sordo ruido de las gentes
Cesa en las horas del verano ardientes.

. . . .

¡Oh días de mi gloria! ¡Oh dulces horas
Las que, testigos de mi amor, volaban!
¿Quién os creyera nunca precursoras
De los días de horror que me esperaban?
Pero, ¿cuándo las penas roedoras
Con la quietud del corazón no acaban?
¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado
En el mar del amor no ha zozobrado?»

. . . .

Pero su predilecto entre los poetas españoles de fines del siglo pasado fué, sin duda, el melancólico Cienfuegos, cuyo énfasis sentimental, sostenido por condiciones de excelente versificador, se asimiló en parte Juan Cruz, si bien guardándose de imitarle en las extra-

(1) Es también imitación de Arriaza, aunque muy posterior (1872), la galante oda *Al bello sexo argentino*, especialmente en esta estrofa:

«Buenos Aires soberbia se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz; y así parece
Cual rosal lleno de galanas rosas
Que en la estación primaveral florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que á la flor se adelanta,
Una entre mil á separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.»

Arriaza había dicho en el poema *Emilia:*

«Y escogiendo fragancia y colorido
En tantas flores párase indecisa;
Mas codiciosa del botín florido,
Son su despojo al fin cuantas divisa.»

ñezas de lengua. Esta derivación es visible en la elegía que Varela compuso en 1820 á la memoria de su padre; de ella son estos versos:

«¡Ah, memoria, memoria! La honda herida
Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,
Todavía reciente, está sangrando.
Un giro apenas el planeta nuestro
Ha dado en torno al sol, desde la noche
En que bañado en mi copioso llanto
Y desgarrado el corazón, mil besos,
¡Últimos besos!, en la yerta frente
Di al amado cadáver, y de pronto
De mis brazos amantes le arrancaron
Y le escondieron en la horrible huesa.
. . . .
¡Oh Señor de la vida y de la muerte!
¿Por qué no me escuchaste? Yo humildoso
Mi faz cosía con el polvo negro,
Y te rogaba que el instante aciago,
Señalado al morir del padre mío,
Lentamente viniera, y tarde entrara
En la serie constante de las horas.
¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos
Perenne material de amargo llanto
Sin piedad has abierto? Si una sombra
De unirse había á las del reino obscuro,
¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera
Á la tumba bajado, y ningún hijo,
Ninguna esposa, en mi morir pensara.»

Salía Varela de la Universidad con un buen fondo de cultura clásica. Ya entre sus ensayos de colegio hay versos latinos y una traducción de la elegía tercera del libro I de los *Tristes*, de Ovidio, en que cada dos dísticos del original están interpretados en una octava. Más adelante tradujo con poca felicidad algunas odas de Horacio (1). Pero su más notable ensayo en este género fué la versión

(1) Están en los números 40, 41, 42 y 51 de *El Patriota*, de Montevideo, y son las siguientes:

Pastor cum traheret (un romancillo muy pobre).

Parcus Deorum cultor et infrequens (otro romance menos malo que el anterior).

de algunos libros de la *Eneida*, con que entretuvo sus ocios de desterrado en 1829 y 1836. Sólo llegó á dejar limados y corregidos los dos primeros libros; y sólo el primero y algún fragmento del segundo, han sido impresos, que yo sepa (1). Están en endecasílabos libremente rimados; el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos; pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio. El encuentro de Eneas con su madre en el libro primero, y la muerte de Laoconte en el segundo, son de los trozos mejor traducidos. El intérprete comprendía bien las dificultades de su tarea, y tenía sobre el arte de traducir muy sólidos principios, que expuso en una carta de 29 de Abril de 1836 á su antiguo Mecenas, D. Bernardino Rivadavia: «Mi sistema de traducir á Virgilio (decía), no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y aun usar sus mismas palabras en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas que cuando se traduce presenta la versificación (2).

Cœlo Tonantem (endechas).

Mecœnas atavis (endechas). Esta última es la más aceptable de todas.

Gutiérrez, en la *América Poética*, dice que Varela llegó á traducir la mayor parte de las odas de Horacio; pero no sé que se hayan impreso más que las citadas.

(1) En la *Revista del Río de la Plata* (1874).

Varela hizo otras diversas traducciones del latín, del italiano y del francés, entre ellas *La Matrona de Éfeso*, cuento de Lafontaine. La copia Gutiérrez.

(2) Juzgaba con dureza las traducciones anteriores, así en castellano como en otras lenguas: «La de Hernández de Velasco, no puede ser más defectuosa y ridícula; ni aquellos son versos, ni allí hay poesía ni el más ligero remedo de estilo de Virgilio... Existen también en prosa los seis libros primeros de la *Eneida*, mal atribuídos á Fr. Luis de León, y esta prosa es de lo más insoportable que puede leerse. La traducción de Iriarte, mirándola sólo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta; en lo demás no se parece á Virgilio... En Delille se advierte á cada paso con sentimiento que están completamente alteradas las formas antiguas, y vestidos á la moderna, si es lícito expresarse así, no sólo el poeta que celebró á los héroes de la *Eneida*, sino los mismos héroes celebrados.»

Salvo el excesivo rigor con Hernández de Velasco (en cuyo trabajo hay que

Si Varela, considerado como traductor, no pasa de la medianía á pesar de su buen gusto y sólidas humanidades, resulta muy superior á sí mismo, cuando en vez de traducir imita, inspirándose libremente en los modelos antiguos, especialmente en Virgilio. Los versos más virgilianos de Juan Cruz no son los de su traducción de la *Eneida*, sino los de su tragedia *Dido*, que es una adaptación dramática del libro IV del poema, siguiéndole á veces casi á la letra, pero con mucha pasión y mucho fuego, especialmente en los monólogos de la infortunada reina de Cartago. Tratándose de obra tan olvidada y difícil de conseguir, no creemos inútil reproducir algunos versos, ciertamente notables:

DIDO

«Me miró, me incendió, y el labio suyo
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, más volcanes
Prendió con sus palabras aquí adentro
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos.
Amor y elevación eran sus ojos;
Elevación y amor era su acento.
Y al mirar, y al hablarme, yo bebía,
Sedienta de agradarle, este veneno
En que ya está mi sangre convertida,
Y hará mi gloria y mi infortunio eterno.
. . . .
Testigo ha sido de mi unión el cielo:
En el fuego del rayo que cruzaba
Prendió su antorcha el plácido Himeneo;
Fué nuestro altar un álamo del bosque,
Y la selva frondosa nuestro templo.»
. . . .

Todavía hay más arranque patético en las imprecaciones de Dido próxima á la muerte:

distinguir la parte que está en verso suelto, y es casi siempre floja y desaliñada, de la parte compuesta en octavas, donde á veces se muestra poeta), todos estos juicios son de exactitud incontestable.

«La ambición es tu Dios: te llama; vuela
Donde ella te arrebata, mientras Dido
Morirá de dolor, sí; ¡pero tiembla!
Tiembla, cuando en el mar el rayo, el viento,
Y los escollos que mi costa cercan,
Y amotinadas las bramantes olas
En venganza de Dido se conmuevan.
pero Me llamarás entonces; entonces
Morirás desoído. Cuando muera
Tu amante desolada, entre los brazos
De tierna hermana expirará siquiera,
Y sus reliquias posarán tranquilas
Y bañadas de llanto en tumba regia;
Pero tú morirás, y tu cadáver,
Al volver de las ondas, será presa
De los marinos monstruos, é insepulto,
Ni en las mansiones de la muerte horrenda
Descansarán tus manes. Parte, ingrato;
No esperes en Italia recompensas
Hallar de tu traición: parte; que Dido
Entonce al menos estará contenta,
Cuando allá á las regiones de las almas
De tu espantable fin llegue la nueva.»

No por su contextura dramática, que es floja, pero sí por los méritos de su robusta versificación, es la *Dido* la primera tragedia argentina digna de ser citada. De la *Siripo* de Labardén no queda más que el título y la fama; y bien puede decirse que el teatro fué insignificante en Buenos Aires hasta 1823 en que apareció esta obra. Inútiles habían sido los esfuerzos de cierta *Sociedad del Buen Gusto*, creada en 1817, para fomentar los espectáculos escénicos, de la cual formaron parte Luca, López Planes, D. Bernardo Vélez y el fraile Camilo Henríquez, que ciertamente no parecía llamado á iniciar en el buen gusto á nadie. Algunas traducciones y algunas piezas de circunstancias fué todo lo que esta asociación produjo, y casi todo ello ha perecido sin dejar rastro: la *Jornada de Maratón*, traducida del francés por D. Bernardo Vélez; la *Camila*, del fraile Henríquez; *La Quincallería*, comedia imitada del inglés por D. Santiago Wilde; *La Revolución de Tupac-Amaru*, del Dr. Lafinur, con intermedios de música; el *Aristodemo*, de D. Miguel Cabrera Nevares; el *Philippo*, de Alfie-

ri, traducido en verso por D. Esteban Luca «con fidelidad y maestría notables» (al decir de Gutiérrez); y finalmente, una tragedia anónima, basada en el famoso libelo *Cornelia Bororquia*, en que se pintaba la Inquisición *en la plenitud de sus sombras* (según expresión de C. Henríquez), es todo lo que se cita en este repertorio.

No fué la *Dido* el único ensayo dramático de nuestro poeta. Al año siguiente (1824) publicó la *Argía*, tragedia por el corte de las de Alfieri (1) y de sus imitadores castellanos Cienfuegos y Solís. El *Polinice* y la *Antígona*, del ceñudo trágico piamontés, fueron las principales fuentes de esta composición, según el mismo Juan Cruz declara en el prólogo. Y no imitó sólo el argumento; imitó también la dicción y el estilo. Los versos de la *Argía* son menos armoniosos y elocuentes que los de la *Dido*, pero tienen, en su áspera concisión, un corte más propio del diálogo dramático. Gutiérrez expresa de una manera elegante y pintoresca, aunque algo retórica, este contraste entre la versificación de ambas tragedias: «La de *Argía* no es, como la de *Dido*, una agua que corre por pendientes esmaltadas de flores, sino un torrente de odio y sangre que se estrella bramando contra caracteres de granito. El período es corto, la frase contenida, el movimiento frecuente y áspero, y el verso suena al oído como hierro que se quebranta, ó como cedro que estalla devorado por las llamas.»

Ni la *Dido* ni la *Argía* son recomendables como piezas de teatro (2), sino como obras abundantes en bellezas líricas. Porque lírico era el numen de Juan Cruz, y en ninguna parte brilló tanto como en sus odas, aunque sean de muy desigual mérito. Abundan entre ellas, como era de recelar dado el tiempo, los cantos patrióticos con título kilométrico, más propio que de poesía, de boletín ó de gaceta: *En elogio de los señores generales D. José de San Martín y Don Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su*

(1) J. Cruz Varela había traducido en prosa la *Virginia*, ms. que poseía Gutiérrez.

(2) Mármol, que nada tenía de clásico ni tampoco de unitario en el sentido en que se aplicaba esta calificación á los partidarios de Rivadavia, se divierte en parodiar en su novela *Amalia* algunos pasos de la *Dido* y de la *Argía*.

mando en los llanos del río Maipo, el día 5 *de Abril de* 1818; *Á la muerte del Excmo.' Sr. General D. Manuel Belgrano, acaecida en Buenos Aires en el mes de Junio de* 1820; *Á la libertad de Lima por las armas de la patria el día* 10 *de Julio de* 1821. En conjunto ninguna de ellas merece grande alabanza, y no es extraño que hayan muerto con las circunstancias que les inspiraron, pero en todas hay trozos de noble entonación y buen lenguaje, que dan indicio de la sana educación literaria del autor, testificada de vez en cuando por hábiles imitaciones ú oportunas reminiscencias de los poetas antiguos, especialmente de Horacio (1).

Son de advertir también en algunas de estas composiciones la soltura y la maestría que Juan Cruz Varela llegó á adquirir en el

(1) Obsérvese, por ejemplo, la fácil y notable elevación de los primeros versos del canto *por la libertad de Lima*, que recuerdan inmediatamente aquellos otros de Horacio (od. IV, carm. IX):

«Vixere fortes ante Agamemnona
Multi: sed omnes illacrymabiles
Urgentur, ignotique longa
Nocte, carent quia vate sacro...»

«Sólo es dado al poeta y á los dioses
Sobrevivir al tiempo. ¿Quién ahora
Á Eneas y sus hechos conociera?
¿Quién de Priamo, triste, los atroces
Dolores, y la llama asoladora
De su infeliz ciudad, si no viviera
La Musa de Marón? Y sin Homero,
¿Qué fuera ya de Aquiles?...»

En la elegía á la muerte del general Belgrano, leemos estos otros, que proceden, sin duda, de la oda XXIV del lib. I:

«Non vanae redeat sanguis imagini
Quam virga semel horrida
Non lenis precibus fata recludere,
Nigro compulerit Mercurius gregi.
Durum! Sed levius fit patientia
Quidquid corrigere est nefas»

. . . .

«Pero en vano: el camino de la Parca
Nunca más se atraviesa;
Y si una sombra el Aqueronte abarca,
Nada es bastante á rescatar su presa;
Que al reino del espanto
Ni penetra el clamor ni llega el llanto.»

verso suelto; ya por el aprovechado estudio que hizo de los italianos, especialmente de Monti, de quienes aspiró á imitar el suave y ondulante movimiento del período poético, y aquellas que Gutiérrez llama «armonísimas curvas por entre el pensamiento, el colorido y la imagen»; ya por el influjo, persistente siempre en él, de Cienfuegos, á quien en medio de todos sus extravíos de gusto, no puede negarse el mérito de haber vuelto á infundir en el endecasílabo castellano la plenitud y el número que había perdido (1). Juan Cruz repetía hasta las imágenes predilectas de Cienfuegos, los trozos semirománticos en que abunda: «el tiempo, despeñando los siglos hacinados; el límite espantable del imperio de la muerte», pero al verterlas en su estilo, les imprimía cierto sello de facilidad graciosa, que contrasta con la manera violenta y atormentada de su modelo, mayor poeta que él, sin duda, pero menos disciplinado.

La imitación de Cienfuegos cedió el paso á la de Quintana en las poesías de la última y más característica manera de Juan Cruz Varela: en la serie de odas menos políticas que sociales que empezó á escribir en tiempo de la administración de Rivadavia, de quien fué, más que amigo, colaborador entusiasta. Varela fué el poeta clásico del partido *unitario:* sinónimo en Buenos Aires de una tentativa, quizá prematura y teórica, de cultura europea, que por entonces estuvo á punto de fracasar ante el salvaje impulso de las hordas casi nómadas, que obedeciendo al movimiento de desorganización traído por la guerra, se desbordaron desde la inmensa llanura sobre

(1) Son enteramente versos de la escuela de Cienfuegos, más todavía que de la de Quintana á pesar de la reminiscencia inicial, estos de Juan Cruz Varela, que como tipo cita su biógrafo:

«Yo vi de blonda mies la rubia espiga
Moverse al viento en el dorado campo;
Y henchido de esperanzas al colono.
Nublóse el sol, entristecióse el éter
Y el Aquilón bramó; granizo á ríos
Del seno aborta la preñada nube,
Y aborta destrucción; sus diques rompe
El arroyo vecino, y muere á un tiempo
Su mies con su esperanza, y otro día
Inconsolable el infelice padre
Llorará sobre el rostro macilento
De los hijuelos cuando el pan le pidan...»

la capital, implantando allí los hábitos del caudillaje del desierto. Durante aquel breve intervalo de paz y cándidas esperanzas, en que Rivadavia gobernó como un filántropo del siglo pasado, como un Turgot ó un Campomanes; Juan Cruz Varela, asociado á sus planes, y aun iniciador de algunos de ellos, no sólo defendió su política en *El Mensajero Argentino*, en *El Tiempo*, en *El Centinela* y en *El Porteño*, sino que transportó á sus versos el pensamiento de la reforma de Rivadavia, y se convirtió en una especie de comentador poético de ella. No hubo decreto del Presidente en pro de la general cultura, que no se viese enaltecido con versos suyos, generalmente buenos, á pesar de lo árido y prosaico de algunos de estos temas de literatura administrativa: odas *á la libertad de la prensa*, *á la erección de la Universidad*, *al establecimiento de la sociedad filarmónica*, *á una distribución de premios de la Sociedad de Beneficencia* y, finalmente, *á los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno.* «Canto lleno de originalidad (dice Gutiérrez), en el cual el talento del autor ha hecho brotar poesía de entre las severas nociones de la economía política y de las ciencias aplicadas.» Pero la más brillante de estas composiciones es la oda *Á la libertad de imprenta.* Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto (1), no hubiera desdeñado algunos versos de esta composición; la cual peca, no obstante, de discursiva y poco férvida, aun en la expresión del sincero entusiasmo que el autor sentía por el progreso humano (2). El escollo inevitable de esta poesía es

(1) «De Gutenberg nació. Quintana sólo
Supo cantar su nombre;
Quintana, el hijo del querer de Apolo;
Quintana, el inventor del nuevo canto,
Á quien sólo se diera
Que de su lira al pasmador encanto,
Digno de Gutenberg su verso fuera.»
. . . .

(2) Algunos versos darán muestra del estilo de este olvidado canto, que tiene alguna curiosidad, aunque sólo sea por su título y por la terrible comparación que suscita:

«Él inventó la imprenta, y de la muerte
Hizo triunfar con su invención al hombre,

el de caer en estilo de preámbulo de ley ó de artículo de fondo; y si el gran Quintana no acertó siempre á salvarse de la plaga de los lugares comunes filosóficos y humanitarios, calcúlese lo que habrá acontecido á sus imitadores, aun teniendo algunos de ellos la discreción y buen gusto que nunca abandonan del todo á Juan Cruz Varela.

Y con esto llegamos al más celebrado de sus poemas líricos, al *Triunfo de Ituzaingó*, con que en 1827 ensalzó la memorable batalla en que el ejército aliado de argentinos y uruguayos, al mando de D. Carlos Alvear y del almirante Brown, triunfó de 12.000 soldados brasileños, entre los cuales había una legión de infantería alemana. Este larguísimo canto, imitación evidente del de Olmedo á la batalla de Junín, obtuvo el aplauso de los mejores humanistas de aquel tiempo. D. José Joaquín de Mora, que por entonces redactaba, bajo los auspicios de Rivadavia, la *Crónica Política y Literaria de Buenos Aires* (1) decía en su número de 5 de Abril: «El autor de este poema

Y ató todos los tiempos al presente.
. . . .
Así la ilustración, como la llama
Del sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar revive,
De un siglo en otro permanente dura.
. . . .
Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su mano osada,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebató con sudoroso anhelo
Á la caverna obscura
Do plugo sepultarla á la natura.
El campo alborozado
Vió transformar el no pulido fierro
En surcador arado,
Y una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó, de guerra impía,
La maldecida trompa;
. . . .
Y la sangre humeante discurriera
Por entre el surco del arado abierto.»

(1) Mora había llegado al Río de la Plata en Febrero de 1827, acompañado del erudito italiano Pedro de Angelis, que había sido preceptor de los hijos del rey Joaquín Murat, y que luego prestó tan buen servicio con su colección de documentos relativos á aquella parte de la América del Sur.

es uno de los pocos americanos que cultivan con éxito el lenguaje de las Musas. Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema.» D. Andrés Bello, crítico más severo y docto que Mora, juzgó la obra en el *Repertorio Americano*, de Londres, en términos, no tan generales, pero casi igualmente honoríficos: «Entre la multitud de obras poéticas que se han publicado en América durante los últimos años, se distingue mucho la presente por la armonía de los versos, por alguna más corrección de lenguaje de la que aparece ordinariamente en los escritos americanos, y por la belleza y energía de no pocos pasajes.» Citaba Bello, como de los mejores, estos diez versos de la introducción (que á la verdad hoy nos parecen bastante declamatorios), en que el poeta se transporta á las edades venideras para presenciar en ellas la gloria de su patria y de su héroe:

«Las barreras del tiempo
Rompió al cabo profética la mente;
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y á la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.»

El gran defecto del poema es la hinchazón continua, aquella satisfacción infantil y seudopatriótica, aquella hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos. ¿Quién no se ha de reir, por ejemplo, cuando oye á Juan Cruz Varela afirmar muy en serio que después de la victoria de Ituzaingó no quedará en el mundo memoria de griegos ni de romanos, y que sólo

Mora y Angelis juntos redactaron dos periódicos: *El Conciliador* y *La Crónica*, y fundaron también juntos un Colegio. Pero al año siguiente cayó Rivadavia, y Mora pasó á establecerse á Chile, como ya queda referido.

la República Argentina se salvará de la ruina de las edades «en las líneas fatídicas del verso y en páginas eternas?»

«No suenan las Termópilas, los llanos
De Maratón no suenan;
Platea y Salamina,
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leónidas y Temístocles el orbe.
. . . .
Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos
Enseñan á los Reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.»

Semejantes extremos no hacen más que amenguar la indisputable grandeza de aquel hecho, que por el número y calidad de las fuerzas que á él concurrieron se eleva bastante sobre el ordinario nivel de las batallas americanas. Fué el último y más glorioso canto de la epopeya argentina, y en él hicieron el más bizarro alarde de su brío aquellos soldados curtidos por la guerra de la Independencia, en Tucumán, en Salta y en Maipo, de quienes en noble tono dice el poeta:

« . . . . que llegaron
Triunfantes sus banderas
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campëones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones;
Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro...»

El poema es muy desigual, y no podía menos de serlo, dados su extensión y el afán de detallar con minuciosidad de gaceta todas las peripecias de la batalla; pero campea en todo él una franqueza de ejecución que hace agradable su lectura. Es fácil entresacar trozos

en que la locución corre limpia y animada (1); pero otros muchos son pura prosa, ó pecan por exceso de frases hechas y sobrecarga de epítetos vulgares, ó parecen centones de versos de otros poetas (2); y como además en toda la composición hay plaga de sinéresis indebidas é importunas asonancias, no lucen tanto como debieran las bellas descripciones del choque de las tropas argentinas con las brasileñas cuando, caído el intrépido Brandzen, jura Alvear vengar su muerte; ó del incendio horrible y rapidísimo de la árida yerba del seco campo en medio de la batalla, á la cual puso lúgubre y fantástico complemento.

Este valiente ensayo épico-lírico no fué el último laurel de la corona poética de Juan Cruz Varela, por más que envuelto después de 1826 en el torbellino de la discordia política, arrastrado de prisión en prisión, amagado por el puñal de los asesinos, y, finalmente, desterrado en Montevideo y en la isla de Santa Catalina, pudo ya escribir muy pocos versos en aquel período de lucha terrible que se cerró con la temprana muerte del proscrito en 24 de Enero de

(1) Por ejemplo, la estancia que comienza:

«Alzóse Brown en la barquilla débil;
Pero no débil desde que él se alzara.»
. . . .

Ó la invectiva contra los auxiliares alemanes, que no querían descender á batirse en las llanuras.

¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y á la ambición y al despotismo fieles,
Á playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?
. . . .
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así acosada
Del veloz cazador tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura,
Y aun su pavor conserva
Ya del venablo y el lebrel segura.»

(2) Por ejemplo, *las bóvedas espléndidas del cielo*, que es un verso de Quintana; ó aquel otro famoso de Vaca de Guzmán en *Las naves de Cortés:*

«Pero tienen valor: son españoles...»

que Juan Cruz se apropia con esta sencilla y patriótica variante:

«Pero tienen valor: son *argentinos*.»

1839 (1). Aunque clásico siempre, se mostró benévolo con las primeras tentativas románticas: saludó con júbilo la aparición de los *Consuelos*, de Echevarría, y él mismo no dejó de buscar, si bien tímidamente, nuevos rumbos líricos, aun dentro de lo clásico, cambiando, por ejemplo, la imitación de Quintana por la de Horacio en alguna oda sáfica; y arrojándose en la última y más bella de sus composiciones, en la inspirada y vehemente invectiva contra Rosas, que tituló *El veinticinco de Mayo de* 1838, á remedar el estilo y el metro del primero de los coros del *Adelchi*, de Manzoni.

«Dagli atrii muscosi, dai fori cadenti...»

Después de este poeta, sin duda el más notable del primer período de la literatura argentina, puede hacerse rápida memoria de su hermano menor D. Florencio Varela, que más que al mérito muy relativo de sus versos, entre los cuales sobresale la oda *Á la Concordia* («*¡Ay, protege, Señor, tu hermosa hechura!*») debe su celebridad á la prosa política, y sobre todo á su trágica muerte á manos de los sicarios de Rosas (2).

Próximos ya á las fronteras de la época romántica, conviene hacer aquí breve pausa para saludar, lejos de las orillas del Plata, á un clásico escritor, nacido en Buenos Aires, el cual, aunque pertenece á la literatura general de España, y no á la particular de América, y aunque por haber residido desde su infancia entre nosotros, tuvo más de madrileño que de argentino, nunca olvidó el lugar de su cuna, y se preció siempre de *americano-español* (3), simbolizando

(1) No existe, que yo sepa, colección impresa de sus poesías. Él las había recogido en sus últimos años, corrigiéndolas mucho, y este manuscrito pasó á poder de su hermano D. Florencio. (Véase el estudio de Gutiérrez.)

(2) *El día de Mayo, dedicado al pueblo oriental. Por Florencio Varela, ciudadano de Buenos Aires.* Montevideo, 1820. Contiene cinco piezas tituladas: *El veinticinco de Mayo.—Al Estado oriental del Uruguay.—Á la Concordia.—Al restablecimiento de la Biblioteca pública de Montevideo.—Al bello sexo oriental.*

En la *América Poética*, de Gutiérrez, hay dos composiciones no incluídas en este folleto: *La Anarquía.—Á la hermandad de la Caridad de Montevideo.*

(3) En unos versos de álbum decía en 1857:

«La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa:

en su persona el perenne lazo espiritual entre las colonias emancipadas y la metrópoli. Sería impertinente aquí un trabajo extenso y formal sobre D. Ventura de la Vega (1807-1865), no sólo porque este insigne autor estuvo fuera de la corriente de la literatura argentina, sino porque su biografía ha sido primorosamente trazada, con rasgos familiares y anécdotas juveniles que la dan extraordinario precio, por uno de sus amigos y camaradas de estudios, venerable Director hoy de nuestra Academia (1); y sobre sus obras dramáticas y líricas han recaído ya fallos magistrales y definitivos (2), que por nuestra parte sería temeridad someter á nueva revisión, ni menos contradecir en cosa sustancial. Ventura de la Vega ha pasado ya á la categoría de los clásicos modernos, y aunque puede haber diversos pareceres sobre el mérito relativo de tal ó cual obra suya, y sobre la preferencia que á una ó á otra debe asignarse, el

Suyo fuí; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa afligida.
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
Á la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
Á la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina.»

(1) Véase en el tomo II de las *Memorias de la Academia Española* (1870), págs. 434-467, el *Elogio fúnebre de Ventura de la Vega*, por el señor Conde de Cheste.

(2) Son los más extensos é importantes el discurso de D. Patricio de la Escosura, en sesión pública inaugural de la Academia Española en 1870, y el *Estudio biográfico-crítico*, escrito por D. Juan Valera en la colección que lleva por título *Autores dramáticos contemporáneos*, reimpreso después separadamente.

sufragio de la crítica puede decirse unánime en tenerle por el más correcto, atildado y pulcro, por el más académico, en suma, de todos los artistas literarios de la generación á que perteneció.

Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simular la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy intensa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica. Su estro lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo (1).

(1) Antes de pasar adelante, advertiremos que es muy incompleta la colección de *Obras poéticas de D. Ventura de la Vega* (París, 7, Claye, 1866), publicada con elegancia tipográfica que está muy en armonía con el género de producciones que contiene. Sin salir de la sección de poesías líricas, echo de menos las siguientes, prescindiendo de otras muchas de corta extensión, que podrán hallarse registrando periódicos: *Oda* á la reina María Cristina, que comienza: «*¡Que calle yo!... cuando gozoso en torno*».—Octavas leídas en el teatro del Príncipe la noche del 13 de Junio de 1834, en solemnidad de la promulgación del Estatuto Real.—*La Revelación* (quintillas), 1835.—*Á D. Carlos Latorre, en el papel de «Oscar».—El entusiasmo, oda á Adelaida Tossi, cantando el*

Lo que falta en la mayor parte de las composiciones sueltas de Ventura (y hablando de tal ingenio, puede decirse sin reparos la verdad entera) es personalidad lírica, ímpetu varonil, entusiasmo sincero, pasión hondamente sentida por algo divino ó humano. Sé que pueden alegarse excepciones; pero son tan pocas, que por el momento sólo recuerdo una, aunque bellísima y llena de fuego, *La Agitación*, que es una ráfaga romántica; quizá pueda añadirse la oda política *Á mis amigos*, escrita en 1830, tributo pagado á ciertos hervores revolucionarios que nunca volvió á sentir el autor, y que eran de todo punto contrarios á su índole y temperamento. Todo lo demás son versos de encargo en que ha entrado la cabeza, pero no el

«*Último día de Pompeya*». (Muchos versos de esta oda fueron utilizados luego en 1838 para otra presentada en nombre del Liceo á la reina Doña Cristina: esto de plagiarse á sí mismo prueba la poca espontaneidad con que el poeta trabajaba.)—*Oda á la defensa de Sevilla*, premiada en público certamen, abierto por D. José de Salamanca, 1844.—*El hambre, musa diez*, sátira contra el *Panléxico*, ó Diccionario de la lengua castellana, por D. Juan López Peñalver, 1842. Esta sátira fué contestada con otra mucho más virulenta, pero no menos bien versificada, por D. Juan Martínez Villergas.—El libro I de la *Eneida*, que luego se citará. Todo esto sin contar con muchos sonetos y otras piezas fugitivas, que no puedo precisar ahora.

Algunas composiciones muy poco conocidas de la primera época de Ventura, están en el raro tomito titulado *Rimas americanas*, publicadas por don Ignacio Herrera Dávilà. Habana, 1833.

De comedias originales en todo ó en parte, faltan *Los Partidos* (1843), *El plan de un drama ó la conspiración*, improvisación de Ventura de la Vega y Bretón de los Herreros (1835).—*Un clavo saca otro clavo*, en colaboración con Ariza y Rubí (1850).—*Los dos camaradas*, drama póstumo, que debía ser principio de una trilogía acerca de Cervantes.

Sin pretender apurar el catálogo de sus traducciones ó arreglos dramáticos, creo de alguna curiosidad apuntar los que recuerdo, ordenándolos en lo posible por fechas. En muy pocos consta el nombre del autor original, ni yo conozco bastante el repertorio francés de ese tiempo para precisarlo. Pero el autor principalmente explotado por Ventura, fué Scribe, sin disputa.

El Testamento (1831).—*La Expiación* (1831).—*La Máscara reconciliadora* (1831).—*Shakespeare enamorado*, de A. Duval (1831).—*Acertar errando, el cambio de diligencia* (1832).—*Hacerse amar con peluca, ó el viejo de veinticinco años*, de Scribe (1832).—*Las Capas*, de Scribe (1833).—*Un Ministro* (1834).—*El Tasso*, de A. Duval (1835).—*Marino Faliero*, de Casimiro Delavigne (1835).—*Jacobo II* (1837).—*La mujer de un artista* (1838).—*La segunda*

corazón del poeta. Es cierto que su buen gusto no le permitía hacer versos por el mero capricho de hacerlos; así es que ninguna de sus poesías puede tacharse de vacía de contenido: muchas de ellas están inspiradas por grandes acontecimientos políticos que conmovieron la faz de España y que debían de interesar al autor como á todo ciudadano; otras expresan delicados afectos de amistad y galantería, que dejan ver en el poeta el hombre de mundo perfecto, como sin duda lo fué; pero en todas, si bien se mira, no sólo viene el impulso de fuera (que esto es compatible con la más intensa emoción lírica, y en cierto modo es inseparable de ella), sino que el poeta no lo mezcla con nada íntimo suyo, no le infunde ninguna

Dama Duende, imitada de *Le domino noir*, de Scribe (1838).—*El Rey se divierte*, de Víctor Hugo (1838).—*Una ausencia* (1840).—*Mateo ó la hija del Españoleto* (1840).—*Una boda improvisada* (1841).—*Un secreto de estado* (1841).—*Marcelino el tapicero* (1841).—*Memorias de un coronel* (1841).—*El Hijo de la tempestad; Larga Espada el Normando*, de Bouchardy (1841).—*El héroe por fuerza* (1841).—*El Hombre más feo de Francia* (1841).—*Amor de madre* (1841).—*Jusepo el Veronés* (1841).—*La Sociedad de los Trece* (1841).—*Los dos solterones* (1841).—*Los perros del monte de San Bernardo* (1841).—*El Honor español* (1841).—*Á muerte ó á vida ó la Escuela de las coquetas* (1842).—*El Galán duende* (1842).—*El Castigo de una madre* (1842).—*El Corsario* (1842).—*El Juglar* (1842).—*El Primito* (1842).—*Fabio el Novicio ó la predicación* (1842).—*Gaspar el Ganadero* (1842).—*La Escuela de los periodistas* (1842).—*La Familia improvisada* (1842).—*La vuelta de Estanislao*, de Scribe (1842).—*Las Memorias del Diablo* (1842).—*Los Independientes* (1842).—*Llueven bofetones* (1842)—*Mi honra por su vida* (1842).—*Noche toledana* (1842).—*Otra casa con dos puertas...* (1842).—*Perder y cobrar el cetro* (1842).—*Por él y por mí* (1842).—*Quince años después ó el campo y la corte*, de V. Ducange (1842).—*Retascón, barbero y comadrón*, de Scribe (1842).—*El Pozo de los enamorados* (1843).—*El Diplomático* (1844).—*La Calumnia*, de Scribe (1844). Había dos traducciones anteriores, una de ellas del poeta catalán Carbó.—*La Farsa*, comedia de Scribe, titulada en su original *Le Puff* (1848).—*La Duquesita* (1848).—*El Tío Tararira* (1848).—*¡Fortuna te dé Dios, hijo...!* (1848).—*Adriana de Lecouvreur*, de Scribe y Legouvé (1850).—*El Fuego del cielo* (1851).—*Un hablador sempiterno* (1859).—*Bruno el Tejedor*.—*Cada oveja con su pareja*.—*Cazar en vedado*. Hay que añadir los libretos de las zarzuelas *Jugar con fuego* (1853).—*La Cisterna encantada* (1853).—*El Marqués de Caravaca* (1854).—*Estebanillo* (1855).—*El Planeta Venus* (1858); y, finalmente, *El Diablo predicador*, libreto de una ópera del maestro Basili; é imitación de la antigua comedia española del mismo título (1846).

partícula de su alma, y por eso su poesía resulta exterior, aunque admirablemente cincelada; y tiene algo como de juguete. Vega permanece frío, no por serenidad clásica, sino por frivolidad mundana ó retórica, lo cual es cosa muy diversa. Compáresele, no ya con los líricos románticos, sino con sus inmediatos precursores clásicos, con los que fueron sus maestros, con Gallego, con Quintana, con el mismo Lista en ocasiones; y se verá palpablemente lo que quiero decir; y se comprenderá por qué no han envejecido *el Dos de Mayo* y la *elegía á la muerte de la Duquesa de Frías*, al paso que pocos recuerdan las octavas de intachable factura con que Ventura de la Vega cantó la vuelta de Fernando VII de Cataluña en 1828; ó las innumerables y elegantísimas odas que dedicó á la reina Cristina en todos los grandes momentos de su regencia; ó los que escribió en loor de los defensores de Sevilla contra el regente Espartero en 1843; ó los que posteriormente le inspiraron los triunfos de nuestra guerra de Africa, ó el nacimiento del Príncipe Imperial de Francia. Todo ello es bueno en su línea, y Vega procedió con demasiado rigor (si ya no es que obedeciese á consideraciones ajenas al arte), excluyendo de su colección muchas de estas piezas de circunstancias, que empiezan á ser inasequibles. Con mucho mejor gusto y menos espontaneidad tiene, en esta sècción de sus obras, algún parecido con Arriaza, á quien puede decirse que sucedió en su puesto de poeta áulico, entendida esta calificación en el más noble sentido posible; puesto que lo mismo en Vega que en su predecesor, la poesía oficial y cortesana estuvo siempre en armonía con las honradas convicciones del poeta, que había nacido para frecuentar palacios y para cantar á los reyes dignamente. Pero con esta especie de gracia y este perfume aristocrático que la poesía de Vega tiene, por excepción entre sus contemporáneos, se junta á veces una magnificencia de estilo, en que parece discípulo más bien de D. Juan Nicasio Gallego, que del tierno y bondadoso D. Alberto Lista, cuyas cualidades poéticas eran muy otras.

Todas sus condiciones positivas y negativas de selecta dicción, de gusto acendrado, aunque algo nimio y estrecho, y de timidez ó poco vuelo en la producción original, parece que predestinaban á Ventura para el papel de intérprete felicísimo de pensamientos aje-

nos. Y, realmente, como traductor é imitador, dejó ensayos memorables que valen tanto ó más que sus composiciones originales. Pasma leer las fechas de 1825 y 1826, al pie de unas paráfrasis de los *Salmos* y del *Cántico de los cánticos*, ó más bien de sus imitadores castellanos, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Escribir con tal pureza, con tan nítida elegancia á los diez y nueve años, raya casi en prodigio; no hay enseñanza literaria que alcance á producir esto sin un instinto casi infalible en el discípulo. Pero convengamos en que Ventura de la Vega, ni por sus estudios ni por sus inclinaciones podía hacer poesía bíblica que no fuese de segunda mano, y aun ésta *per summa capita*, esto es: cogiendo al vuelo algunos rasgos que se prestaban á ser expuestos con aquella fácil elegancia que era el principal distintivo de su numen. Tenía buen gusto, pero no tenía el gusto *grande*, si se nos permite esta manera de expresar el sentimiento de la gran poesía que todos afectan tener, y que en realidad poseen muy pocos. De tal hipocresía se salvó siempre Ventura; pero hay que reconocer esta limitación de su gusto. Le agradaban más las cosas bonitas, arregladas y graciosas, que las verdaderamente bellas, y, por de contado, mucho más que las trágicas y sublimes. En el fondo de su naturaleza estética había un escepticismo grande, que nunca es indicio de fuerza creadora. Miraba desde lejos las cumbres del arte, y hacía como que las respetaba con cómica sumisión; pero en la intimidad se vengaba con chistes que han quedado proverbiales, sobre Dante, Calderón y Shakespeare.

Con tales disposiciones acometió la traducción de un gran poeta de la antigüedad, á quien sinceramente admiraba; y dejó en magníficos versos sueltos un ensayo de traducción de la *Eneida* que no pasa del primer libro. El entusiasmo de doctos críticos, amigos y compañeros del poeta, puso este ensayo en las nubes, considerándole unos como «la mejor traducción que de Virgilio existe en lengua alguna», y otros como «lo que de poesía latina se ha traducido mejor en verso castellano desde que hay en España literatura».

La versificación es ciertamente intachable, aunque no superior á la de otros endecasílabos sueltos que antes había compuesto el mismo Vega; y en cortes, pausas y cadencias, recuerda los mejores modelos italianos. Pero si se la considera en este fragmento como tra-

ducción de Virgilio, no se la puede conceder tanto precio. El traductor sentía el efecto general de la poesía virgiliana, pero no era bastante humanista ni tenía bastante paciencia para penetrar en los secretos del estilo de Virgilio, en la docta elaboración y *callida junctura* de sus imágenes y de sus versos. El arte de Virgilio es cosa muy distinta de aquel ideal de corrección académica con que Vega soñaba; está lleno de variedad, de sabios atrevimientos y de *speciosa miracula*, que nuestro poeta rara vez reproduce con fidelidad, y de cuyo valor no siempre se da cuenta. Lo que más falta en esta elegantísima traducción, es sabor virgiliano; si se prescinde del texto, se la puede leer con encanto (1).

Ya he dicho que Ventura de la Vega fué principalmente poeta dramático, y no sólo uno de los mejores de nuestro siglo, sino uno de los hombres que más profundamente han conocido el teatro bajo todos sus diversos aspectos. Dotado de prodigioso talento escénico,

(1) No parecerá severo este juicio, aunque no vaya muy conforme con la opinión dominante entre nosotros, si se coteja con el del profundo humanista D. Miguel A. Caro, que ha traducido á Virgilio por método enteramente diverso: «Ventura de la Vega, dice, con su fácil y perpetua elegancia, carece de originalidad y energía de estilo, no tiene ingeniosa y variada elocución; si jamás lastima el oído del exigente lector, tampoco le sorprende agradablemente; si nunca lo deja á obscuras, tampoco le induce á pensar; y de aquí que al trasladar los pensamientos de Virgilio, los despoje á menudo del vigor, de la concisión y frescura del original latino. No digo yo que en la traducción de modelo tan perfecto sea posible trasladar todas las cláusulas latinas en otras castellanas que en todo las igualen, pero á lo menos han de conservarse las imágines ó imitarse el efecto de la frase con cierta energía, cuando es enérgica; con alguna gracia, si es graciosa; y esto es lo que casi siempre no practica Ventura de la Vega, ni parece que le preocupase». El *incedo Regina*, se convierte en un débil «me apellido Reina»; *nec vox hominem sonat*, se explica, vulgarizándose, «ni humano es el sonido de tu voz»; *notos puer pueri indue vultus*, se deslíe en «pues eres niño, de otro niño sabrás fingir el conocido aspecto». Del tremendo poder de los vientos, briosamente indicado por Virgilio, ¿qué queda en la traducción de las siguientes líneas:

«*Ni faciat, maria ac terras coelumque profundum*
Quippe ferant rapidi secum, verrantque per auras.»

Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebataran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.»

hubiera sido, según el unánime sentir de sus contemporáneos, el primer actor español, si alguna vez hubiese pisado las tablas de un teatro público. Extraordinaria viveza para simular la pasión, frialdad en el fondo como al actor conviene, singular talento para el remedo, un delicado sentimiento de los matices de la dicción, son las cualidades que principalmente atribuyen á su declamación, aun prescindiendo del atractivo de la voz, del ademán y de la mirada. Y por caso no raro, sino estrictamente lógico dentro del concierto de las facultades humanas, éstas mismas son las notas características de su ingenio literario, ya se ejercitase en la poesía lírica, ya triunfase con más señorío en el teatro, que fué, á la vez que su gran pasión, el honrado medio de subsistencia, de su juventud, y aun puede decirse que de su edad madura. Superior á todos los dramaturgos á quienes hizo la honra de traducirles, puesto que ni Scribe compuso comedia como *El hombre de mundo*, ni Delavigne tragedia como *La muerte de César*, pasma á primera vista que se resignase á tal labor; pero luego la explicación se ve muy clara. Era, en sumo grado, perezoso, y era, al mismo tiempo, grande amante de la perfección; dos cualidades que parecen contrarias, pero que en España suelen andar juntas, y que cada cual de por sí, cuanto más las dos unidas, eran bastante rémora para que no abasteciese el teatro de producciones originales con la frecuencia que á sus intereses convenía. Por otra parte, empezó á escribir en tiempos de gran decadencia para el teatro español, en que el público indiferente, distraído y generalmente iliterato, apenas hacía distinción entre lo original y lo traducido, ni preguntaba siquiera por el nombre del autor, ni establecía ninguna diferencia en la retribución pecuniaria que á unas y otras obras se otorgaba. El oficio, hoy tan desacreditado de traductor ó arreglador de comedias, no lo estaba entonces, sino que era ocupación seria de literatos eminentes, que muchas veces mejoraban, y siempre castellanizaban, los originales que traducían: así Gallego, Marchena, Saviñón, D. Dionisio Solís. Vega, educado en estos tiempos y guiado por los consejos de Carnerero y de Grimaldi, comenzó á traducir piezas francesas desde 1824; como simultáneamente lo hacían los otros dos únicos poetas dramáticos de la generación de entonces, Bretón de los Herreros y Gil y Zárate. Pero

así como éstos, especialmente Bretón, se dejaron llevar luego de su originalidad dramática, y no volvieron á traducir sino *per accidens*, convirtiéndose Bretón en creador de un nuevo teatro cómico español, el más castizo y rico de sales que puede imaginarse; Vega, aun en los tiempos más favorables á la producción personal, continuó traduciendo á destajo, y sólo en 1845 dió á las tablas su primera comedia enteramente original, que es á la vez su obra maestra.

Estas traducciones ó arreglos que él excluyó á carga cerrada de la colección de sus obras, considerándolos como trabajos *de pane lucrando*, no merecían, en verdad, tan absoluta é inflexible condenación. Algunos de ellos tienen tanto de original como de traducido; otros están en verso y son obras verdaderamente literarias, como todos los versos que su autor compuso. Una mano inteligente y menos rigurosa que la del poeta, puede subsanar este defecto en ediciones posteriores, dando entrada por lo menos á algunos libretos de zarzuela, entre los cuales descuella el nunca olvidado de *Jugar con fuego*, digno de la música que le acompaña. El número total de estos *arreglos* (que es el nombre con que en el teatro se designan) quizá pase de ochenta. Algunos de ellos forman todavía parte del caudal de los teatros, y se oyen siempre con gusto. El estilo es desigual, y no faltan galicismos, impropios de autor tan esmerado. En la elección de las piezas que tradujo, consultó más bien el gusto reinante que su escrupulosa conciencia artística, y no tuvo reparo en dar vestidura castellana á los melodramas de Víctor Ducange y á las piececillas de Scribe. Pero obsérvese que todas las obras que trasladó á nuestro repertorio tienen, á falta de otro mérito, el de ser eminentemente escénicas. Para discernir esto tenía un don casi infalible, así como en el modo de adaptarlas ó *arreglarlas* se mostraba siempre peritísimo en la mecánica teatral.

Esta industria literaria no perjudicó mucho á su gloria, porque nunca hubiera sido muy fecundo; y de todos modos le dejó espacio y libertad bastante para consagrarse con ahinco á la corrección de sus pocas, pero muy selectas, obras originales. Sólo seis de ellas quiso admitir en su colección, y aun tres son de muy breves dimensiones y pertenecen al género que Hartzenbusch llamaba *de encargo*, á pesar de lo cual nada pierden de su mérito. Son piezas cortas

de asunto literario, en que el autor hace, en muy vario estilo, como cuadraba á la índole de los poetas elogiados, pero siempre con buen sentido y agudeza, la crítica, ó más bien la apoteosis de Lope, Calderón y Moratín. Y así como en *La tumba salvada* procura con buen éxito remedar la manera alegórica y conceptuosa y la robusta entonación de los *Autos sacramentales*, en la *Crítica del sí de las niñas*, que es una joya, llega á rivalizar con el *Café*, del mismo don Leandro, y con la *Crítica de la escuela de las mujeres*, y con todas aquellas obras más excelentes en que la preceptiva literaria, vigorizada por el genio satírico, ha puesto en las tablas su cátedra, tanto más eficaz cuanto más amena.

No nos detendremos en el drama histórico *Don Fernando de Antequera*, noble y simpática producción, abundante en bellezas parciales, pensada con madurez y reposo, escrita con gravedad y aliño, sembrada de altas moralidades y sentencias políticas, fiel á lo menos en lo sustancial al espíritu de los tiempos en que la acción pasa; obra, en suma, elevada y serena, romántica en el sentido en que lo son las dos tragedias de Manzoni, y con todo eso no tan estimaday celebrada como otras cosas de Ventura, sin duda porque en medio de todas sus excelencias artísticas le falta un cierto grado de calor en la emoción dramática y de interés en la fábula.

Las dos obras maestras de Ventura de la Vega son una comedia y una tragedia: *El Hombre de mundo* y *La muerte de César*. Sobre el mérito de la primera no hay controversia posible; *El Hombre de mundo* es una comedia casi perfecta dentro del género á que pertenece, y que con llamarse *alta comedia* no es, sin embargo, el más elevado de la poesía dramática. Con menos profundidad de intención y menos fuerza cómica que Molière y Moratín, Vega pertenece á su escuela, y en el arte de la composición quizá les aventaja: composición clara y lúcida, á la vez que ingeniosa, con una punta de artificio excesivo, pero sin detrimento de la observación fina de costumbres y caracteres, que es el alma de esta especie de comedia. Conocimiento profundo de cierto género de sociedad; conocimiento todavía más cabal de los recursos escénicos, empleados con tal destreza, que parece natural y sencillo lo que es efecto del cálculo más refinado; enseñanza moral, si no muy nueva, importante por lo me-

nos y de verdad eterna; figuras reales y humanas, aunque no muy complejas ni muy profundamente estudiadas; delicada parsimonia en la expresión de los afectos; urbano gracejo en la parte cómica, y en todo ello un no sé qué de nativa elegancia, que, sin dejar de ser castiza, llega á un grado de perfección técnica rarísimo en nuestro teatro; tales son las dotes que hicieron clásica esta pieza desde el momento de su aparición, y las que en tal categoría la mantienen á pesar de los años y de los cambios de gusto. Si algo se echa de menos en ella, no en cotejo con las comedias de su tiempo, aunque entre en cuenta todo el regocijadísimo teatro de Bretón (más genial y espontáneo poeta, pero no mayor autor dramático que Vega), sino con el arte maduro y reflexivo de Tamayo y Ayala, que vinieron después, es cierta gravedad del pensamiento que éstos han tenido, un modo más elevado de considerar la pasión y el deber, un grado más de elevación en la conciencia ética y estética del autor; en suma, el hábito de tomar la vida por lo serio, que es en el fondo el modo más poético de tomarla. Sin duda por falta de esta fibra, sin la cual Molière no hubiera escrito *El Misántropo*, ni Moratín *El sí de las niñas*, resulta que una comedia tan primorosa deja en el ánimo una vaga impresión de prosaísmo, y con tener un fin moral tan marcado, parece una obra frívola.

Quizá esta misma consideración aplicada, no al mundo de relaciones domésticas en que se mueve la comedia, sino al mundo de la arqueología y de la historia, sea la principal razón de la inferioridad relativa de *La muerte de César*, obra de gran estudio, predilecta de Vega entre las suyas, escrita con más amor y conciencia que otra ninguna, trazada con suma sencillez de plan, admirablemente dialogada, llena de detalles felices, en que se pasa sin violento contraste de la majestuosa entonación de la Melpómene francesa á la manera más familiar del drama moderno, fundiéndose armoniosamente ambos tonos; memorable tragedia de gabinete, que no agradó representada (quizá por el sistema de declamación realista que inflexiblemente seguía el grande actor que la puso en escena), pero que leída vale más que el *Edipo,* de Martínez de la Rosa, y sólo cede á la *Virginia*, de Tamayo, entre todas cuantas tragedias se han compuesto en nuestra lengua. El defecto orgánico de esta producción de Vega,

tan literaria y tan digna de respeto, no está en su carácter híbrido, ó más bien ecléctico, que es, por el contrario, una muestra de originalidad nada vulgar y una gran dificultad vencida, sino en el falso y algo mezquino concepto de la historia que el poeta manifiesta, subordinándola á una paradoja política de bajo vuelo, como es la apología del cesarismo y la supuesta necesidad de la tiranía en pueblos corrompidos ó degenerados. Era la misma idea que por aquellos días se desarrollaba con aparato erudito y dogmático en la entonces tan ruidosa y hoy tan olvidada *Historia de Julio César*, con que el último de los Césares modernos quiso razonar el fundamento histórico de su personal imperio. Sin examinar tal doctrina (que aquí para nada nos importa), baste decir que este concepto político, que, como todos los del mismo orden, sólo ha servido para viciar la historia y convertirla en folleto, tenía que ser todavía más dañoso para el poeta trágico, apartándole de la serena y amplia intuición de la realidad histórica, ó lo que es lo mismo, del espectáculo de la vida, que en el *Julio César*, de Shakespeare, es tan ardiente y tan intensa. La energía interior del drama histórico hay que buscarla en la historia misma, y no en ninguna concepción exterior y sobrepuesta á ella. Pero ni Vega había ahondado bastante en el espíritu del pueblo romano, ni las condiciones de su clarísimo ingenio eran las más á propósito para interpretarle. Había estudiado la historia para las necesidades de su argumento, pero sin compenetrarse íntimamente con ella. Por eso, lo único que falta en su tragedia es grandeza; no porque alguna vez apunte la sonrisa (que en esto hizo bien, separándose de la monotonía del género), sino porque todo está visto á una falsa luz y empequeñecido con sentimientos y preocupaciones de ahora. No hay anacronismos exteriores, pero hay un continuo anacronismo interior: lo mismo en la caricatura de Cicerón, cuyo original reconocieron todos, que en la importancia que se concede á la supuesta paternidad de César respecto de Bruto, y al personaje de Servilia, sin el cual Vega no veía tragedia posible; como si á Shakespeare no le hubiesen bastado para la suya los grandes móviles de la historia, sin acudir á un recurso sentimental y novelesco, de índole privada, y enteramente ajeno de las costumbres antiguas.

Nada de esto se trae aquí para amenguar en modo alguno el mérito de obras que fueron clásicas desde el momento de su aparición, y que forman ya parte del tesoro de nuestra lengua. Si bien se mira, la continua perfección en los detalles es mérito casi tan relevante como el de una originalidad vigorosa, y en España ha sido siempre mucho más raro. Precisamente por tener las cualidades que menos abundan entre nosotros, debe recomendarse á los principiantes el estudio de éste tan correcto y pulido escritor, como se recomienda el de Moratín con preferencia á otros ingenios más grandes sin duda, pero con los cuales se corre más peligro de extraviarse.

Terminada esta digresión harto larga, y quizá para algunos libre é irreverente en demasía, conviene volver los ojos á la olvidada patria de Ventura de la Vega, donde por los mismos años en que él conquistaba en Madrid sus primeros laureles, comenzaba á darse á conocer como introductor del romanticismo y fundador de una nueva escuela poética americana un autor muy notable por su mérito positivo, y mucho más aún por la novedad y trascendencia de sus propósitos, y por la influencia que sus doctrinas y ejemplos han tenido en la generación que le sucedió. Tal fué D. Esteban Echeverría, uno de los primeros líricos americanos y patriarca de la poesía romántica en el Parnaso argentino.

Hemos visto que en los demás países americanos, en México, en Cuba, en Venezuela, en Colombia y en el Perú, el romanticismo fué recibido de segunda mano y por importación española, exceptuando si acaso á José Eusebio Caro, en quien la influencia de los poetas ingleses es visible, y comenzó muy pronto. Pero no aconteció así en la Argentina: Echeverría importó el romanticismo francés casi por el mismo tiempo en que comenzaban en España las tentativas románticas; pero con entera independencia de ellas y con carácter mucho menos castizo.

Para determinar bien el mérito de este autor, hay que considerar separadamente lo que intentó realizar y lo que efectivamente realizó, porque Echeverría, además de ser un poeta de todas suertes notable, se ha convertido en una especie de símbolo de la poesía argentina nacional y emancipada. Así le ha presentado, y dignamente ensalzado en hermosos versos, el más argentino de los poetas que hoy

viven, D. Rafael Obligado. Después de pintar la desolación de la pampa, dilatada y sola,

«Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnicero,
El alarido de la tribu errante
Y el soplo del pampero»;

la extensión vacía donde jamás había penetrado el alma del canto, describe en estos términos la aparición del genio poético de aquella región, encarnado en Echeverría:

«Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó á los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron,
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.
Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó á sí mismo:
El Plata oyó su trueno,
La pampa sus rumores,
Y el vergel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.
Desde la hierba humilde
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera, que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, á cada nube obscura,
Á grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.

. . . .

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la pampa inmensa...»

. . . .

Y el panegirista, en alas del entusiasmo poético, llega á comparar la obra de Echeverría con las grandes jornadas de la Independencia americana.

«Él fué también libertador, guerrero,
De la lucha más noble.—*La Cautiva*,
Que el sentimiento nacional exalta
Y su estandarte victorioso ondea,
Es como Maipo, y Ayacucho, y Salta,
El triunfo de una idea» (1).

El poeta que tal himno ha merecido no puede haber sido vulgar, y no lo fué por cierto, á pesar de las muchas salvedades que el buen gusto tiene que hacer, tratándose de sus versos; y á pesar también de que la intención poética valió generalmente en él más que la ejecución, por lo cual resulta un ingenio fragmentario ó incompleto, más digno de estudio que de admiración.

La manera como Echeverría educó y formó su gusto, explica en parte lo que puede encontrarse de bueno y de malo en sus versos (2). Fué pensador antes que poeta, y concibió la poesía principalmente como obra de civilización, como magisterio social. Su influencia política, que fué muy activa, aunque enteramente teórica y doctrinal, es inseparable del pensamiento de sus versos. Lo cual quiere decir que la vocación poética no fué en él muy espontánea, sino que comenzó á despertarse de un modo deliberado y reflexivo, después de largas vigilias, consagradas principalmente al estudio de las ciencias morales y de la filosofía de la historia. Esta es la razón

(1) *Poemas de Rafael Obligado.* Buenos Aires, 1885, págs. 1 y 55.

(2) *Obras completas de D. Esteban Echeverría, con notas y explicaciones, y una noticia acerca de la vida del autor, por D. Juan María Gutiérrez.* Buenos Aires, 1870-1874. Cinco volúmenes. En el último, además de los escritos en prosa de Echeverría y de su biografía, escrita por Gutiérrez, figuran artículos críticos de los Sres. Goyena, Mitre, Alberdi, Varela (D. Florencio), Torres Caicedo, Amunátegui, y poesías laudatorias de Adolfo Berro y A. Magariños Cervantes.

Nació Echeverría en Buenos Aires, de padre vizcaíno y madre argentina, el 2 de Septiembre de 1805, y falleció en Montevideo el 19 de Enero de 1851.

capital de la frialdad de muchos de sus versos y de las enfadosas divagaciones filantrópicas á que con predilección se entrega.

Sus primeros estudios habían sido muy descuidados, y su juventud algo licenciosa; pero desde 1825 se propuso seriamente reformar su educación, y emprendió un viaje á París, donde residió cinco años, haciendo pobre, obscura y laboriosísima vida de estudiante, saludando, más ó menos de paso, todas las ciencias, pero empapándose con predilección en las doctrinas de la filosofía ecléctica, entonces dominante, y del individualismo liberal y económico; sin dejar de prestar atento oído á las vagas aspiraciones del humanitarismo y de la escuela del progreso indefinido; con todo lo cual formó para su uso un cuerpo de doctrina que luego formuló en *El dogma socialista* y en otros escritos suyos en prosa. Los tres autores que parecen haber dejado más huella en su ánimo son el apocalíptico Lamennais (á partir de las *Palabras de un creyente)*; el enfático y hoy tan olvidado Lerminier, y el extraño apóstol de la humanidad, Pedro Leroux, que todavía lo está más. De la filosofía y las ciencias sociales pasó á la literatura, donde ardía entonces la lucha entre clásicos y románticos. Leyó en su original á Shakespeare y Byron; en traducción francesa á Goethe y Schiller, que le «conmovieron profundamente (son sus palabras) y le revelaron un nuevo mundo». Entonces entró en deseos de poetizar, pero se encontró con que apenas sabía escribir en castellano, ni conocía las reglas más elementales de nuestra versificación. Resignóse á aprender algo de lo que ignoraba, y venciendo la antipatía que todo lo español le causaba, comenzó á estudiar la propiedad de nuestra lengua en libros que no debieron de ser muy numerosos, pero sí selectos: la colección de Capmany para la prosa, y la de Quintana para el verso.

Los primeros ensayos poéticos del joven argentino empezaron á correr con estimación entre algunos compatriotas suyos residentes en París, pero ninguna composición suya se había impreso antes de 1830, en que regresó á Buenos Aires, más rico de ideas ajenas que de experiencia del mundo, y por lo mismo lleno de esperanzas y deseoso de intervenir en la vida pública, aplicando á ella los altos pensamientos que había aprendido en los libros de los filósofos y publicistas, que habían sido asiduos compañeros de su soledad. El es-

pectáculo político de su patria, donde comenzaba á incubarse la tiranía de Rosas, le contristó profundamente: «la patria ya no existía». Su pena moral se agravaba con los padecimientos físicos, iniciándose en él la terrible dolencia del corazón que había de arrancarle la vida. «Me encerré en mí mismo (añade), y de ahí nacieron infinitas producciones, de las cuales no publiqué sino una mínima parte con el título de *Los Consuelos*.»

Pero su estreno literario no fué esta colección, sino un poema titulado *Elvira ó la Novia del Plata*, impreso en 1832, precisamente el mismo año en que salió de las prensas de París *El Moro Expósito* del Duque de Rivas, primera obra importante del romanticismo español. Fuera de esta coincidencia de fechas, el poemita de Echeverría, vaga reminiscencia de las baladas alemanas, especialmente de las de Bürger, vale muy poco, y, á pesar de su título, carece de todo color americano. *Elvira* puede ser la novia del Plata como la de cualquiera otra parte, ó más bien, ni ella ni su amante Lisardo son más que fantasmas sin consistencia. La parte imaginativa pertenece al amaneramiento romántico más vulgar: ronda de espectros, sábado de brujas, etc. El pesimismo del autor era muy sincero, pero rara vez logra una expresión francamente poética. La versificación ofrece muestras de muy diversos metros, y de ella pueden entresacarse trozos agradables, como esta canción de Elvira, que Gutiérrez llamaba «Canción de la Ofelia americana», y que efectivamente recuerda algo los versos del sauce, que el mismo Echeverría tradujo después libremente:

«Creció acaso arbusto tierno
Á orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío,
Muy ufano se extendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.
Reflejando nieve y grana,
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;

Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.
Así dura todo bien...
Así los dulces amores,
Como las lozanas flores,
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaivén
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza del amor.»

El cuento fantástico de *Elvira* halló mal preparado el terreno, y cayó en medio de la indiferencia general, por hallarse la atención del público muy apartada de todo género de literatura. No sucedió lo mismo en 1834, en que aparecieron *Los Consuelos*, primera colección lírica del vate argentino, y una de las más antiguas de versos castellanos en que domine el elemento romántico. Una nota puesta al fin del tomo exponía por primera vez el programa estético de Echeverría. «La poesía entre nosotros aún no ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas: preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca.»

El libro de *Los Consuelos* era, sin embargo, mucho menos revolucionario de lo que pudiera creerse por esta nota y de lo que dejaba esperar el poema que le había precedido (1). Rara vez cambiaba el autor de metros dentro de una misma composición, y por el con-

(1) Al fin de *Los Consuelos* hay otro poemita, *Layda*, del mismo género que *Elvira*.

trario conservaba bastantes reminiscencias de los poetas españoles. *La Profecía del Plata* era evidente remedo de Fr. Luis de León: en otras odas patrióticas predominaba el tono de Quintana; y ya en el estilo, ya en los metros, se notaba alguna que otra vez la influencia de Cienfuegos ó la de Arriaza. Pero todo esto era accesorio en *Los Consuelos*, y aunque el color local americano no asomase todavía por ninguna parte, lo que daba carácter al libro era la melancolía del subjetivismo romántico. Si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, Echeverría, como Lamartine, era mucho más romántico en el sentimiento que en la forma. Los mejores versos de la colección, *El Poeta enfermo*, *Mi destino*, *Crepúsculo en el mar*, están inspirados por aquella musa de suave y lánguida tristeza que con Millevoye lloró la caída de las hojas y la juventud marchita. El poeta era realmente infeliz: una horrible dolencia cardíaca le atenaceaba en la flor de su vida, presagiándole un fin inminente y prematuro. La forma poética en muchas piezas de *Los Consuelos* es trivial é incolora; pero los afectos que expresan son siempre sinceros. Y en la poesía lírica no es pequeña condición la absoluta sinceridad. Otros fueron quejumbrosos por imitación y por escuela: á Echeverría, el dolor le hizo poeta.

Los Consuelos fueron recibidos con admiración. Eran, como dijo Florencio Varela, «la primera colección de poesías dignas de este nombre que ha aparecido en Buenos Aires». El libro estaba en consonancia con su público. Los jóvenes y las mujeres sobre todo saludaron su aparición con simpatía y entusiasmo, «hallando en aquel pequeño volumen (dice Gutiérrez) la historia de su vida anterior».

Pero el poeta no había puesto lo mejor de su numen en *Los Consuelos*. Tres años de recogimiento y estudio antecedieron á la publicación de las *Rimas* (1837), que contienen, sin duda, lo más selecto de su caudal poético, lo que ha sido más celebrado, lo que tiene más probabilidad de sobrevivir: el himno estoico *Al dolor*, inspirado por unas palabras de Kant; la primorosa canción de *La Diamela*, y, sobre todo, el poema de *La Cautiva*. El autor se había engrandecido y transformado, y volvía victorioso de su lucha con el dolor. Sus versos no eran ya «desahogos del sentir individual», sino que aspiraba á darles un interés más general y humano, conforme á las teorías sobre el arte que en el prólogo desarrolla. «La poesía no

miente ni exagera (decía)... La forma artística está como asida al pensamiento, nace con él, lo encarna y le da propia y característica expresión... La poesía consiste principalmente en las ideas, y el verdadero poeta idealiza siempre... Idealizar es sustituir á la tosca é imperfecta realidad de la naturaleza, el vivo trazado de la acabada y sublime realidad que nuestro espíritu alcanza.»

El poema de *La Cautiva* se presentaba como ensayo y primera muestra de este credo estético, tan noble y elevado. En cuanto al fondo «la energía de la pasión, manifestándose por actos, y el interno afán de su propia actividad que poco á poco la consume»: en cuanto á la forma, el popular octosílabo, del cual Echeverría se declaraba apasionado, «á pesar del descrédito á que lo habían reducido los copleros». Pero la mayor novedad consistía en el escenario, en la pintura poética del Desierto. «El Desierto es nuestro (decía Echeverría), es nuestro más pingüe patrimonio y debemos poner nuestro conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura.»

Si las explicaciones del teórico parecieron algo metafísicas para lo que entonces se estilaba en América, el poema, en cambio, se apoderó desde el primer día de la atención y del favor del público. La descripción de la *pampa*, aunque hecha con rasgos que convienen á cualquier desierto, era nueva entonces, y era además bella, reflejando algo de la austera monotonía del paisaje y de la melancólica majestad con que el sol se pone en el vasto horizonte de la silenciosa llanura. Por primera vez entraban en el arte los campamentos de la frontera, los aduares de los bárbaros, los festines en que se embriagan mezclando el licor con sangre de yegua, el inmenso y enmarañado pajonal abrasado por terrible quemazón tras de devorante sequía. *La Cautiva* no era más que un bosquejo; pero si la parte dramática valiese en ella lo que vale la parte descriptiva; si la influencia del sentimentalismo de Chateaubriand fuese menos visible; si las figuras de Brian y María tuviesen más realce, esta historia tierna y sencilla de dos amantes perdidos en el desierto sería una de las mejores cosas de la literatura americana. Tal como está no pasa de la categoría de agradable, aparte del valor que tiene como

primera tentativa. Los versos corren fáciles y sonoros, pero con cierto género de facilidad *acuosa*, que es precisamente lo contrario de la perfección rítmica. Aun en sus mejores momentos, Echeverría es un artista negligente y amanerado, que piensa con alteza, pero que no tiene bastante aliento para infundir vida inmortal en sus creaciones (1).

Con *La Cautiva* llegó al apogeo de su fama poética, que penetró hasta en España, á pesar de la incomunicación en que vivían entonces los ingenios americanos respecto de los nuestros. Quinientos ejemplares de las *Rimas* se vendieron en Cádiz. Lista y Ventura de la Vega las elogiaron, y fué preciso hacer una nueva edición española, que se agotó en seguida; caso bien raro, aun en aquellos tiempos en que había más afición á versos que ahora. La leyenda de Echeverría traspasó además las fronteras de los pueblos en que es nativa la lengua de Castilla, y obtuvo los honores de una traducción alemana, que hizo en el mismo metro del original, y en igual número de estrofas, Guillermo Walter (1861), poniéndole este honroso epígrafe: *Res, non verba.*

Hasta 1837, Echeverría, aunque preocupado siempre por ideas de reforma social, no se había manifestado más que como poeta. Aquel año descendió á la propaganda clandestina, fundando una especie de sociedad secreta, que tituló *Asociación de Mayo*, en la cual

(1) Si esta opinión mía parece demasiado severa, puede el lector argentino preferir el bello ditirambo que la amistad y el patriotismo inspiraron á D. Juan M. Gutiérrez, el cual decía así, hablando del primer canto de *La Cautiva:* «Las diez y ocho estrofas de este canto son otras tantas perlas, y de las de más bello oriente, entre las muchas que adornan la cabeza de la musa argentina. El metro, la versificación, los epítetos, las palabras todas empleadas por el poeta, son sencillas y casi familiares. Esas estrofas maestras no necesitan ni de oropel ni de ruido. Puede decirse de ellas, parodiando á Virgilio, que bástales mostrarse para convencerse de que son divinas y reinas en los dominios poéticos de nuestro Parnaso... El canto del *Desierto* pertenece á esas creaciones que vivirán eternamente, y serán por siempre hermosas, como lo son la naturaleza y la verdad. La poesía de la *pampa* está toda entera elaborada y comprendida en esos pocos versos, así como la poesía de una noche estrellada y *serena* se encierra con todas sus armonías en la oda de León á D. Loarte.»

se afiliaron la mayor parte de los estudiantes de Buenos Aires, capitaneados por Alberdi y Gutiérrez. Esta asociación tenía por objeto preparar la caída de Rosas, cuya tiranía, sin haber llegado al punto de sanguinaria insensatez á que llegó después, comenzaba á ser intolerable; y acelerar la *regeneración* de la patria, conforme á los principios que Echeverría desenvolvió en un célebre folleto: *El dogma socialista;* palabra que aquí ha de entenderse en el sentido de *dogma social*, pues, por lo demás, nadie más lejano del socialismo que Echeverría, á quien hoy calificaríamos de individualista de los más clásicos y radicales. Su credo, bandera ó programa, aunque formulado con varonil elocuencia, no contiene más que los lugares comunes de la antigua escuela democrática, tal como la exponían los publicistas franceses anteriores á 1848. Á lo sumo, puede traslucirse en algunos conceptos influencia sansimoniana (1).

La *Asociación* tuvo que dispersarse pronto para salvarse de las pesquisas de la policía de Rosas; y Echeverría se retiró á una de las haciendas que poseía en el campo, esperando con el alejamiento y la obscuridad de su vida, esquivar la persecución y proseguir trabajando en la educación política de sus compatriotas. Allí compuso sus sentidos versos á la muerte del poeta Juan Cruz Varela, muerto en la expatriación; y allí le sorprendió la noticia del alzamiento liberal de los hacendados del Sur, en Octubre de 1839: tentativa prematura y frustrada, que no hizo más que exacerbar las crueldades de Rosas. Aquella insurrección le dió tela para un fastidioso y prosaico poema en variedad de metros, ó más bien gaceta rimada, que dió á luz años después en Montevideo.

Echeverría, á quien su quebrantada salud impidió alistarse en las filas del ejército libertador del general Lavalle, que con tan mal éxito luchó contra Rosas en 1840 y 1841, tuvo que resignarse á la expatriación y buscar asilo, primero, en la colonia del Sacramento, y luego en Montevideo. Allí, durante el memorable cerco de aquella plaza, continuó la lucha contra el dictador, en verso y en prosa, en periódicos, discursos y folletos. Pero el visionario, el iluminado,

(1) En sus *Cartas á D. Pedro de Angelis*, editor del *Archivo Americano* y panegirista asalariado de Rosas, Echeverría rechaza toda complicidad con el socialismo europeo.

el utopista, fué sobreponiéndose cada vez más al poeta. Sus compañeros de proscripción le respetaban más bien que le seguían, teniéndole por inútil para la acción revolucionaria; y él se perdía cada vez más en nebulosidades de metafísica social, explanando y comentando de mil modos su *dogma socialista*, que quiso introducir hasta en un compendio de moral que escribió para las escuelas primarias. Entretanto, el poeta, aunque versificando á destajo, no volvió á encontrar inspiraciones semejantes á las de *La Cautiva*. La bella descripción del Tucumán al principio del poema *Avellaneda*, es casi lo único que merece salvarse de esta segunda manera suya, en que el político mató miserablemente al poeta que, aspirando al lauro épico, sólo consiguió poner en renglones desiguales é incorrectos la prosa de los periódicos. Y sin embargo, aquella guerra era trágica y de proporciones aterradoras, y merecía tener, y tuvo en efecto, su poeta; pero no en verso, sino en prosa; no el autor de *Avellaneda* y de la *Insurrección del Sur*, sino el de *Facundo Quiroga;* no Echeverría, sino Sarmiento. Echeverría no tenía genio épico, y sus poemas largos son otros tantos abortos. Si alguno puede citarse como peor que los restantes, es el más largo y el último de todos, aquel en que precisamente fundaba mayores esperanzas, *El Angel caído*, del cual puede decirse con mucha más razón, que de *La chute d'un ange* de Lamartine, que no es la caída de un ángel, sino la caída de un poeta. Esta farragosa composición, que llena por sí sola un grueso volumen de más de 500 páginas en 4.° en la colección de las obras de Echeverría, es punto menos que ilegible; y el mismo Gutiérrez, con todo su entusiasmo, reconoce que están de más una gran parte de los ocho mil versos de que consta. El héroe del poema es el eterno D. Juan, pero un D. Juan trasplantado á las orillas del Plata é introducido en la sociedad argentina; ó más bien, el *D. Juan* de Echeverría no es nadie, por el mismo empeño loco de que lo sea todo. Es una abstracción quimérica, compuesta de elementos contradictorios: «un tipo (dice el autor con toda sencillez), en el cual me propongo concretar y resumir, no sólo las buenas y malas propensiones de los hombres de mi tiempo, sino mis sueños ideales y mis creencias y esperanzas para el porvenir. Como todas las almas grandes y elásticas, la de mi D. Juan se en-

golfará á veces en las regiones de lo infinito y lo ideal, y otras se apegará, para nutrirse, á la materia ó al deleite. Así, representará la doble faz de nuestro ser, el espíritu y la carne, ó el idealismo y el materialismo....., y como nuestra sociedad es el *medium*, ó el teatro donde esa alma debe ejercitar su devorante actividad, esto me dará lugar para ponerla á cada paso en contacto con ella, pintar nuestras costumbres, censurar, dogmatizar é imprimir, hasta cierto punto, al poema, un colorido local y americano».

Como este tipo, que realmente no es tal tipo ni cosa que lo valga, daba tanto de sí, el autor nos amenaza con nuevos poemas que tenía ideados, en los cuales «*este multiforme Proteo americano* (¡americano D. Juan Tenorio!), reaparecería bajo otra luz y con distinto relieve». Hay que advertir que *El Angel caído* es ya continuación de otro poema no corto que se titula *La Guitarra* (en que hay imitaciones, bastante desgraciadas, de la *Parisina*, de Byron), y luego iba á venir el *Pandemonium*, y luego, no sabemos qué, porque el poeta había perdido enteramente la brújula, y era, como García de Quevedo, una de las más señaladas víctimas del furor épico, trascendental y simbólico. Nada interesa en *El Angel caído:* ni la fábula, que es insulsa y desatinada; ni la construcción del poema, que es informe y sin ningún género de unidad orgánica; ni las ideas filosóficas, que son un barullo caótico y pedantesco, último residuo de lecturas mal digeridas; ni la dicción poética, que es arrastrada, débil, palabrera. Echeverría, que hacía alarde de despreciar á todos los poetas españoles antiguos y modernos, porque «no descubría en ellos acción psicológica, afectos íntimos, ni pensamientos filosóficos, sino la manifestación orgánica y brutal de la pasión», hubiera hecho bien en pedir prestado, no ya al gran Tirso, sino á sus propios contemporáneos, Espronceda y Zorrilla, algo del interés y de la vida que pusieron en sus reproducciones del tipo de D. Juan.

Resumiendo todo lo expuesto sobre Echeverría, hay que reconocer, como reconoce su mayor panegirista Gutiérrez, que en sus obras anda revuelto «el oro de buena ley con materias muy humildes». Fué un pensador sincero, aunque mediano, un entusiasta con visos de iluminado, un patriota algo cándido y enamorado de abs-

tracciones, pues aun buscando base histórica para su política, tenía tan pobre manera de entender la historia de su país, que no empezaba á contarla más que desde fecha tan reciente como la revolución de Mayo de 1810, como si ninguna nación se hubiese improvisado en un día. Del mismo modo quiso improvisar una literatura americana, renegando de todos los precedentes coloniales y quedándose sólo con la lengua. Sobre esto son muy dignas de tenerse en cuenta, por lo atinadas y sagaces, las reflexiones de un crítico y poeta de la nueva generación argentina, D. Calixto Oyuela (1). «Precisamente por haberse apartado Echeverría de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente, no pudo ser suficientemente americano. No acertó á librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés, escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea. «Aceptemos de España su hermosa lengua», dice. Pero ¡qué! ¿Puede aceptarse una lengua, rechazando á la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse á voluntad, sino la expansión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, León, Quevedo, viven y palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan sustancialmente índole ó afinidades españolas. Si Echeverría quiso renegar de esta índole y de estas afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés ó en quichua.»

Después de estas palabras tan llenas de sensatez, no hay más remedio que ver en Echeverría un artista incompleto, que emprendió grandes cosas con fuerzas desproporcionadas á su intento, y que

(1) *Carta á Rafael Obligado*, Buenos Aires, 1885.

nunca llegó á dominar el instrumento que empleaba. Su americanismo, valga lo que valiere, se reduce á *La Cautiva*, y á algún rasgo del *Avellaneda*, poema muy mal escrito en casi todas sus partes. Tenía dotes de observación realista, como lo prueban su cuadro de *El Matadero*, y algún otro de sus fragmentos en prosa; pero no utilizó esta vena, que le hubiera conducido quizá á una literatura más americana que la de sus versos. Prefirió perderse en nieblas teosóficas, y hoy yace enterrado bajo la balumba de sus obras en el suntuoso, pero demasiado completo, monumento que le levantó su fiel amigo Gutiérrez. Es autor que sólo debe ser leído por extractos y en muy pequeño volumen, tal como le presenta Obligado. Pero con todos sus defectos de fondo y forma, no se puede negar que fué sacerdote fiel del culto del ideal, y que tuvo un noble y elevado concepto de la poesía. El hombre y el ciudadano valían en él más que el poeta: por eso mereció del ilustre orador católico don Félix Frías, en pleno Parlamento argentino, este elogio póstumo, que vale por muchos: «D. Esteban Echeverría era capaz de hacer algo mejor que bellos versos: era un poeta en acción; jamás prostituyó su honor ni su musa.»

Desde 1837, fecha de las *Rimas* de Echeverría, hasta 1852, fecha de la caída de Rosas, la literatura argentina no se desarrolló en Buenos Aires, de donde la había ahuyentado la tiranía de aquel demente; sino en Bolivia, Chile y Montevideo. Entre estos proscritos brillaron en la prensa chilena, ó en la del Estado Oriental: D. Vicente Fidel López, autor del primer *Curso de Bellas Letras* que rompió en América con la rutina seudoclásica, y escritor muy celebrado después por sus extensos trabajos históricos: Sarmiento, á quien hemos encontrado ya en nuestro camino, y que fué, con toda su selvática incorrección, el más ardiente é inspirado de los prosistas del Sur, distinguiéndose además, como reformador de la enseñanza primaria: D. J. B. Alberdi, que empezó escribiendo artículos de costumbres á imitación de Larra, con el seudónimo de *Figarillo*, y abandonó luego los floridos senderos de la literatura (1) para dedi-

(1) Hay en el segundo tomo de las *Obras completas* de J. B. Alberdi (Buenos Aires, 1886), pág. 152 y siguientes, una especie de poema, *El Edén*, escrito en prosa por Alberdi y puesto en verso por Gutiérrez.

carse á las ciencias jurídicas, especialmente al derecho político y al internacional, en que llegó á ser eminente por la fuerza analítica y el vigor de su pensamiento: D. Félix Frías, que á diferencia de la mayor parte de sus compañeros de emigración y correligionarios políticos, fué siempre fervoroso campeón del catolicismo en la prensa y en la tribuna; varón de vida inculpable y austera, de gran caridad y generosa elocuencia. Prescindimos aquí de los pocos que hoy sobreviven de aquella gloriosa emigración, entre ellos el respetable general Mitre, uno de los primeros historiadores de América, poeta además y traductor de Dante. Pero debemos hacer especial mención del ya tantas veces citado en estas páginas, D. Juan María Gutiérrez, que no sólo fué el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo Continente (1). Como colector, prestó el gran servicio de la *América Poética*, compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846; pero así y todo no superada ni igualada después por ninguna otra. Es cierto que contiene mucho fárrago, pero no por mal gusto del editor, sino por el deseo de ser completo, y también (justo es decirlo) por un

(1) Nació Gutiérrez en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809, y era hijo de español, lo cual hace todavía más extraño é inexcusable su odio á España. Su primera profesión fué la de ingeniero. Durante la emigración fué Director de la Escuela Naval de Valparaíso; después de la caída de Rosas, Ministro de Estado; y en 1861 Rector de la Universidad de Buenos Aires. Falleció en 26 de Febrero de 1878. Fué el único americano que rehusó el puesto de correspondiente de la Academia Española; acto de mal gusto, que le valió aun en América severas censuras.

Falta una colección completa de sus obras, que sería muy importante. Algunas de ellas ya están citadas en el curso de este trabajo. Las más extensas y eruditas son:

Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires desde su fundación hasta el año de 1810 inclusive, precedida de una biografía del virrey D. Juan José de Vértiz, y de una disertación sobre el origen del arte de imprimir en América, y especialmente en el Río de la Plata (1866).

—*Bosquejo biográfico del general D. José de San Martín* (1868).

—*Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo* XIX (1865). Los poetas de quienes trata son Juan de Ayllón (peruano), el dramaturgo Ruiz de Alarcón (mejicano), Labardén (argentino), Cavie-

americanismo indulgente y mal entendido, que solía extraviarle en su crítica. Salvo este defecto, y su aversión á España, y su empedernido volterianismo, que rayaba en fanática é intolerante manía, Gutiérrez era hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza, y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica. Su estilo, sin ser rigurosamente correcto, es de los menos impuros que pueden encontrarse en ningún escritor de su nación, y es además vigoroso y ameno. Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fué además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mal hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable.

La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus versos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la lima no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela,

des (peruano), Sor Juana Inés (mejicana), el P. Aguirre (ecuatoriano), Pedro de Oña (chileno), Olavide (peruano).

—*Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires* (desde 1767 á 1821). *Con notas, biografías*, etc., 1868.

Añádanse las vidas de Franklin, Wáshington, etc., é innumerables artículos en el *Mercurio*, de Valparaíso, y en todas las revistas argentinas.

Hay varias biografías literarias de Gutiérrez. Las más minuciosas son la de D. Antonio Zinny (escritor gibraltareño, nacionalizado en la Argentina): *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos* (Buenos Aires, 1878), y la del infatigable polígrafo chileno, Vicuña Mackenna, *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos conforme á documentos enteramente inéditos*.

En el ameno é interesante libro que lleva el nombre de *Memorias de un Viejo, por Víctor Gálvez* (Buenos Aires, 1889), hay una semblanza física y moral del Dr. Gutiérrez (tomo I, págs. 389-404).

modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto á la Revolución de Mayo, premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.

Colaborador de Gutiérrez en algunos periódicos de Montevideo durante el período de expatriación, fué el malogrado publicista don José Rivera Indarte, natural de Córdoba de Tucumán; el primero que en 1834 defendió en un célebre folleto, *El Voto de América*, la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España, y abrir los puertos á su bandera. Su campaña de cinco años contra la tiranía de Rosas en las columnas de *El Nacional*, le ha dado más celebridad que sus medianos versos, entre los cuales recuerdo *El rey Baltasar*, melodía hebraica, imitada de la *Visión of Belshazzar*, de Byron.

A todos los poetas hasta aquí citados, incluso el mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aun puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias, y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro, viril, robusto, superior á todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar *lírica*, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas. Tal fué José Mármol, que, al revés de Echeverría, no procede del romanticismo francés, ni tiene con él grandes analogías, pero sí las tiene, y muy íntimas con el romanticismo español, y especialmente con Zorrilla, cuyos procedimientos de versificación

imita (1), procurando emular su vena opulenta y desbordada. Mármol, como todos los poetas de su temple, arrastra, deslumbra, fascina, y á su modo triunfa de la crítica, que sólo en voz baja se atreve á formular sus reservas. En sus versos políticos, en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si á veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva. Aquellas hipérboles desaforadas de venganza y exterminio, aquel estrépito de tumulto y de batalla, aquella inflamada sarta de denuestos y maldiciones, embriagan el espíritu del lector más sereno y pacífico, haciéndole participar momentáneamente de la exaltación del poeta. No creo que se hayan escrito versos más feroces contra persona alguna, como no fuesen aquellos antiguos yambos de Arquíloco é Hiponacte, cuya lectura hacía ahorcarse á las gentes aludidas. Salvo las diferencias entre el puñal y la pluma, hay casos en que el poeta se pone á la altura del tirano á quien combate. Y así como Rosas tiene en la historia su bárbara y siniestra grandeza, tienen los incorrectos versos de Mármol cierta poesía bárbara y desgreñada que los hace inolvidables, y, en cierto sentido, imperecederos.

Pero Mármol tenía en su lira otra cuerda más suave y cadenciosa, sin la cual su estro hubiera degenerado fácilmente en convulsión epiléptica. Mármol sentía grandiosamente la naturaleza, y gustaba de abismarse en la contemplación melancólica que infunden las noches tropicales. Los fragmentos de *El Peregrino*, en que quiso imitar el *Viaje de Childe-Harold*, pero sin tomar de Byron la ironía ni el pesimismo, son lo mejor de su obra poética; el pensamiento es allí más elevado y más sereno, y hasta la forma se depura algo de las infinitas escorias que en otras composiciones la afean. No es justo olvidar, como generalmente se olvida, que el verdugo poético de Rosas es también el autor del espléndido canto á *Los Trópicos*, «*radiante palacio del Crucero*».

Hizo Mármol representar en Montevideo dos ensayos dramáticos, que valen poco *(El Cruzado* y *El Poeta)*, y dejó además una larga

(1) No hay más que comparar las famosas *Nubes*, de Zorrilla, con el canto de los *Trópicos* en los fragmentos de *El Peregrino*.

novela, *Amalia*, que es de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aun son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, á no tratarse de tiempos tan cercanos y en que la invención era imposible, parecería aborto de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años. La novela está mal escrita, como puede suponerse conociendo al poeta; adolece de galicismos y aun de solecismos y faltas gramaticales de toda especie, y, por otra parte, la prosa de Mármol no tiene el nervio ni el vigor pintoresco de la de Sarmiento; pero el interés de la narración es muy grande y difícilmente se suelta el libro de las manos. Lo cual no quiere decir que sea una obra propiamente literaria, sino que tiene aquel mismo atractivo de curiosidad, que en las espeluznantes novelas de Soulié ó de Eugenio Sue, tan en boga por aquellos años, puede encontrarse (1).

Mármol es el último poeta argentino de los que alcanza la *América Poética* de Gutiérrez (2), y puede decirse que con él se cierra

(1) Nació Mármol en Buenos Aires, el 4 de Diciembre de 1818, y murió ciego en 12 de Agosto de 1881. Había sido Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La colección de sus *Obras Poéticas y Dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), formada por D. José Domingo Cortés con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas, no contiene los fragmentos de *El Peregrino*, que deben buscarse en la *América Poética* de Gutiérrez, puesto que la primera edición de Montevideo, 1846, es casi inasequible.

(2) Figuran también en esta célebre antología, pero no me parecen dignos de particular estudio, *Balcarce* (Florencio), *Cantilo* (José María), *Godoy* (Juan), *Inurrieta* (Manuel), *Pacheco y Obes* (Melchor): todos ellos (á excepción acaso del último), no eran poetas, sino meros aficionados. Don Luis L. Domínguez, autor de la composición *El Ombú*, y de otras verdaderamente

el primer período romántico de la literatura argentina, por más que continuase pujante la imitación de Víctor Hugo en unos, y la de Alfredo de Musset en otros. Pero esta imitación se combinó con otras tendencias; se modificó luego por la lectura de nuevos modelos franceses, como Gautier y los *parnasianos*, y aun por influencias italianas más ó menos profundas; y fué aún rechazada de plano por algunos poetas jóvenes que, ora vuelven á tremolar la bandera americana de Echeverría, ora prestan culto á los eternos modelos del clasicismo greco-latino y de sus más puros imitadores españoles. Todas estas tendencias están representadas por ingenios de positivo mérito; pero no todos pueden entrar en el cuadro que vamos bosquejando, porque afortunadamente viven los más de ellos, y á la posteridad toca hacer justicia á sus esfuerzos y dividir entre ellos el codiciado lauro. Omitimos, pues, con harto sentimiento á poetas tales como D. Carlos Guido Spano, D. Ricardo Gutiérrez, y entre los más jóvenes, á D. Rafael Obligado, D. Calixto Oyuela, D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. M. García Mérou, y otros que no habrán llegado á nuestra noticia; y sólo vamos á decir dos palabras de los que ya han rendido á la muerte el común tributo.

Al frente de ellos figura D. Olegario V. Andrade, uno de los poetas de más grandilocuencia y más robusto acento que ha producido la América del Sur. Sus defectos son palmarios, y de ellos no cabe excusa. Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroco de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo; la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica*, que los interpreta de un

notables, es uno de los tres poetas de aquella colección, que viven aún. Los otros dos son: el mejicano D. Guillermo Prieto, y el chileno D. Eusebio Lillo.

modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofístico; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la versificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérboles, abundante en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.

Tuvo Andrade la ambición de los grandes asuntos, y no se mostró indigno de tenerla. *La Atlántida* y *El Prometeo*, capitales poesías suyas, demuestran esta aspiración elevada, y en parte la justifican. Es cierto que su saber era corto, elementales sus estudios, vagas y mal digeridas sus lecturas, confusas las nociones que tenía de la Naturaleza y de la Historia. Por otra parte, el periodismo, que es mala escuela poética, había viciado su gusto, educándole en la declamación ampulosa, en el verbalismo insustancial con que se compaginan los programas políticos y los artículos de fondo. No es imposible, ni mucho menos, que concurran en una misma persona la cualidad de poeta y la de publicista, pero será á condición de que el poeta se olvide del publicista y el publicista del poeta. Y por desgracia, en Andrade no acontecía así. Un poeta como él, dotado de grandes condiciones plásticas, nacido para la visión intensa de las cosas concretas, introduce á cada momento en su estilo, como chillona discordancia, el vocabulario abstracto, amanerado y marchito de la lengua parlamentaria y de los folletos de propaganda; y rima, sin darse cuenta de ello, las más enfáticas y prosaicas vulgaridades. Verdad es que lo mismo hacía Víctor Hugo en su última manera, convirtiéndose en gárrulo tribuno de la plebe, y no, como él imaginaba, en «pensador alado», en «boca del clarín negro», y en «nuevo Prometeo».

Disuenan, pues, en los versos de Andrade, generalmente armoniosos y viriles aunque incorrectos y plagados de asonancias, una multitud de expresiones que el dialecto poético no puede admitir,

y más siendo tan enfático y encumbrado como el que habla nuestro autor; porque no son de las que le enriquecen trayéndole nuevas formas y nuevos aspectos de la vida y una nueva y más íntima penetración de las cosas, sino de las que violan la esencia misma del genio de la poesía, poniendo en sus labios de diosa la jerga vil de las arengas de partido, de los brindis patrióticos, de los manifiestos electorales; la lengua lacia y mustia de los negocios, de las transacciones y de las polémicas, lengua que nada dice á los ojos, que suena ingrata en los oídos, y que con fórmulas huecas anula la espontánea vivacidad del pensamiento.

No tenemos que pedir cuentas al poeta de la falsedad intrínseca de muchos conceptos suyos, ni censurar, como en otra parte fuera justo y debido, el espíritu sectario á que rinde tributo; su filosofía de la historia superficial y enmarañada; su pomposo *latinismo* de raza, que viene á resolverse en un galicismo perpetuo; sus mil candideces democráticas; su incoherente simbolismo religioso. De todo esto ya dió cuenta D. Juan Valera en una carta tan ingeniosa y amena como todas las suyas (1).

Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su espléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropiamente llamado *Atlántida*, tiene, á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y simpático alborozo por el progreso humano, que hace prorrumpir al autor en ditirambos de férvida elocuencia. Las ideas valen poco, y son de las más vulgares del liberalismo; pero el poeta parece que vuelve á inventarlas por el arranque y el brío con que las siente y expone. Daña, no obstante, á esta composición el plan demasiado simétrico, y más propio de una lección de historia ó de un tratado, que de una oda.

Superior, en mi juicio, bajo el aspecto de la ejecución poética, aunque afeado también por vicios radicales en la concepción, es el

(1) *Cartas americanas*, 1.ª serie (Madrid, 1889).

Prometeo, en que Andrade, después de tantos otros, pero siguiendo principalmente las huellas de Edgar Quinet, trata de dar nuevo sentido trascendental y moderno al mito griego del *Titán filántropo*, convirtiendo á Prometeo en precursor del espíritu humano emancipado y del pensamiento libre. Confieso que este símbolo progresista me parece mucho menos estético que la sublime y religiosa poesía del viejo Esquilo, en que tantos han visto una prefiguración ó anuncio vago de la Redención humana. El Titán de Andrade, que habla muchas veces en estilo de orador de club, no nos interesa ni nos conmueve como el de Esquilo, porque es una abstracción, una alegoría muerta, sin ningún género de virtualidad divina ni humana. Nadie niega el simbolismo del *Prometeo encadenado*, aunque pueda interpretarse de diversas maneras, pero aquel símbolo vive eternamente, porque fué engendrado de las entrañas de una teogonía en que firmemente creían Esquilo y sus contemporáneos. Despojada hoy la fábula de su carácter religioso; trasplantada á un medio tan diverso; interpretada de un modo tan infiel, con tan poco estudio de la antigüedad, por un espíritu tan poco maduro como el de Andrade, no podía producir más que una declamación poética, brillante, eso sí, y de gran vuelo, pero muy cándida y superficial, que ni siquiera tiene el amargo dejo de la poesía satánica con que interpretó Shelley el mito de Prometeo. Pero si el poema no se recomienda por el pensamiento, vale mucho por los esplendores de la forma: por la riqueza y magnificencia de la dicción poética, aquí menos rígida y monótona que en otros cantos de Andrade: por la salvaje y áspera energía de las maldiciones que lanza el Titán: por la suavidad delicada y etérea del coro de las Oceánidas.

Si á estos dos poemas capitales se unen *El Nido de Cóndores*, original y poética apoteosis del genio de la independencia americana; *El Arpa perdida*, elegía al naufragio del poeta Luca; *Paisandú*, canto magnífico al heroísmo uruguayo en la resistencia contra el Brasil; y finalmente, los versos *A Víctor Hugo*, arrogante composición digna de Víctor Hugo mismo, y muy mal pagada por él con frases de trivial cortesía, se encontrará justificada la reputación de Andrade, aun para los que gusten menos de poetas *hierofantes* y de filosofías de la historia puestas en verso. En Andrade debemos reconocer y

aplaudir mucho de lo bueno que encontramos en nuestro Tassara, cuyos aciertos y caídas se parecen mucho á los suyos, salvo la expresión, que siempre es en Tassara mucho más limpia y correcta. Andrade no había tenido ningún género de estudios de humanidades, y no leyó más que en libros franceses (1).

Por sus aspiraciones filosóficas y doctrinales tiene cierta semejanza con Andrade, otro ingenio malogrado en 1882, el matemático y pensador evolucionista Carlos Encina, de quien sólo quedan tres largas poesías: un *Canto lírico á Colón*, otro *Canto al Arte*, y otro que se titula *La lucha por la idea.* Basta pasar la vista por los primeros versos de cualquiera de estas composiciones hinchadas y pedantescas, para convencerse de que su autor era leyente asiduo de Hegel y de Spencer, pero que apenas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética. Sus versos, duros, secos, desarticulados, sin color ni música, plagados de voces técnicas y abstractas, son prosa rimada, y de la peor especie posible, prosa de tratados de filosofía puesta en malos versos. Véanse para muestra algunos versos de *La lucha por la idea:*

«El Dios *irrevelado,*
El eterno misterio,
De su increado ser la vida crea,
Por ese acto supremo
Que no cabe en las formas de la idea.
Es germen invisible
Que en su misterio el átomo cincela;
Bosquejo que las formas de la vida
Como inmortal aspiración, desplega.
Rudimento de luz, dudoso ensayo,
De la conciencia vacilante rayo.
¡Hombre por fin! Y mente iluminada
En que el Creador refleja su mirada,
Y que de Dios resuelve
El eterno *problema*,
Última faz del inmortal poema.
¡Ley de unidad que en la unidad absorbe

(1) *Olegario V. Andrade. Obras Poéticas. Publicación ordenada por el Excelentísimo Gobierno Nacional.* Buenos Aires, 1887, 4.º Con un prólogo de don Benjamín Basualdo.

El átomo y el orbe!
Transformación sublime
En que el divino Autor su sello imprime.
Así nace la idea,
Germen imperceptible de la mente,
En cuyo seno el porvenir se encierra...

. . . .

Cristo es la *idea humana*
Encarnada en las formas,
La vida y el amor: ¡Cristo no muere!
Rompiendo las tinieblas
Del fanatismo, que á la tierra humilla,
Como eléctrico fuego,
El *libre examen* poderoso brilla...»

Parece imposible que este galimatías haya sido puesto en las nubes como dechado de poesía filosófica, y como nuevo rumbo abierto al arte americano. Y sin embargo, así fué, como puede juzgarse por la lectura de los artículos y discursos que acompañan al tomito de las poesías de Encina (1). Los que creen que la primera obligación del poeta es saber escribir en verso, no lamentarán mucho que se quedasen en ciernes otros cantos que Encina tenía comenzados, y cuyos títulos ya indican lo que podían ser: *El Poema del Infinito; La Evolución del Espíritu; La mujer ideal.* ¡Cuántos desastres acarrea la Metasífica mal digerida!

Enfrente de la poesía culta que hasta ahora venimos estudiando, ha florecido en la República Argentina, por excepción rara entre las demás literaturas de América, una poesía popular, ó si se quiere vulgar, y en cierto grado indígena, que ha sido imitada con talento por algunos poetas artísticos. El *gaucho* de la pampa, que no es ni más ni menos que el campesino andaluz, ó extremeño, adaptado á distinto medio geográfico y social, y modificado por la vida nómada del desierto y por el continuo ejercicio del caballo y del lazo, ha

(1) *Carlos Encina. In Memoriam.* Buenos Aires, 1883.

Entre los poetas argentinos malogrados en estos últimos años, se cita con elogio el nombre de Adolfo Mitre, cuyas *Poesías*, publicadas en 1882, sólo conozco por un artículo de Ernesto Quesada, en su libro *Reseñas y Críticas* (Buenos Aires, 1893.)

sido siempre cantador y guitarrista, y tiene desde antiguo sus poetas populares, llamados *payadores* (1), uno de los cuales, Santos Vega, que no sé si es personaje real ó fabuloso, ha llegado á convertirse

(1) En su célebre *Facundo* describe Sarmiento al cantor de la pampa en estos términos: «El cantor anda de pago en pago, de *tapera* en *galpón*, can» tando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia; los llantos de la » viuda á quien los indios robaron sus hijos en un *malón* reciente; la derrota » y la muerte del valiente Rauch; la catástrofe de Facundo Quiroga, y la » suerte que cupo á Santos Pérez... El cantor no tiene residencia fija; su mo» rada está donde la noche le sorprende; su fortuna, en sus versos y en su » voz. Donde quiera que el *cielito* (baile popular) enreda sus parejas sin tasa, » donde quiera que se apura una copa de vino, el cantor tiene su lugar pre» ferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe, si la » música y los versos no lo excitan, y cada *pulpería* tiene su guitarra para » poner en manos del *cantor*, á quien el grupo de caballos estacionados á la » puerta anuncia á lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia.

» El *cantor* mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias ha» zañas. Desgraciadamente, el *cantor*, con ser el bardo argentino, no está libre » de tener que habérselas con la justicia. También tiene que dar cuenta de » *sendas* (sic) puñaladas que ha distribuído, una ó dos *desgracias* (muertes) que » tuvo, y algún caballo ó una muchacha que robó...

» Por lo demás, la poesía original del *cantor* es pesada, monótona, irregular, » cuando se abandona á la inspiración del momento. Más narrativa que senti» mental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y de » las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando re» fiere sus proezas ó las de algún afamado *malévolo* (gaucho malo), parécese » al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose » á la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y » casi sin versificación. Fuera de esto, el *cantor* posee su repertorio de poesías » populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octosí» labos. Entre éstas hay muchas composiciones de mérito, y que descubren » inspiración y sentimiento.»

(Facundo ó Civilización y Barbarie, por Domingo F. Sarmiento. Montevideo, 1888 (ed. de la *Biblioteca Latino-Americana)*, págs. 99-103.)

En otro libro de Sarmiento *(Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñiz*, Buenos Aires, 1886), se define el verbo *payar:* «improvisar entre dos » sobre cualquier asunto, cantándolo en verso al son de la guitarra. La di» ficultad principal para ambos vates consiste en... el deber casi forzoso de » contestar con materia siempre alusiva á la expuesta por el contrario, y en » la necesidad de servirse del consonante del último verso del antagonista.»

Esta especie de torneos poéticos, así como otras circunstancias que se

en símbolo de la clase entera, como es de ver en la preciosa leyenda en que Rafael Obligado cuenta su lucha poética con el diablo y su vencimiento por él.

Prescindiendo de esta poesía tradicional, sobre la cual no tenemos datos bastante positivos y seguros, y llegando á la poesía escrita ó de imitación más ó menos literaria, aparece como remoto precursor de ella, aquel capellán del Fijo de Buenos Aires y exprofesor en el colegio Carolino, autor de romances históricos sobre la defensa de Buenos Aires, compuestos para «ser cantados en *comunes instrumentos* (¿la guitarra?) por los labradores, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente común en las calles y plazas». Pero estos romanzones vulgares, en el tono de las jácaras de Francisco Esteban, nada tienen que pueda decirse muy peculiarmente argentino.

El primero qúe, coincidiendo en este procedimiento con muchos poetas dialectales de todos tiempos y naciones (1), se apoderó del tipo del *gaucho* para hacerle discurrir en su propio dialecto sobre los acontecimientos políticos, fué un poeta uruguayo, D. Bartolomé Hidalgo, antiguo oficial de barbero, y por consiguiente coplista y tocador de guitarra. Tenía, no obstante, pretensiones de poeta culto; pero nunca los *unipersonales* ó monólogos que hizo representar en festividades cívicas en los teatros de Montevideo y Buenos Aires, le dieron la reputación que justamente logró por los pintorescos y graciosos diálogos entre Jacinto Chano, «capataz de una estancia en las islas del Tordillo», y Ramón Contreras, «gaucho de la guardia del Monte», describiendo el uno lo que vió en las fiestas de Mayo en Buenos Aires el año 1822, y dando el otro sanos consejos políticos, con sentido común análogo al del *Buen hombre Ricardo*, de Franklin.

refieren de los improvisadores argentinos, recuerdan algo los hábitos de la poesía árabe anteislámica, sin duda porque el desierto y la vida nómada crean en todas partes iguales costumbres.

(1) En nuestra poesía regional gallega y bable son frecuentes desde el siglo XVII estos diálogos políticos entre rústicos. Pero aún son más antiguos y clásicos; ejemplo las coplas de Mingo Revulgo, y alguna de las églogas de Juan del Encina, compuestas en sayagüés ó en charro.

Los diálogos de Hidalgo y los de sus imitadores, no tenían un fin poético, propiamente dicho, pero no puede negarse que fueron el germen de esa peculiar literatura *gauchesca*, que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana. Estanislao del Campo, Hilario Ascasubi y José Hernández, son los que logran más nombradía entre estos ingenios del terruño; y con su lectura descansa algo el ánimo de la servil y fastidiosa imitación de Víctor Hugo y otros franceses, que es la plaga del arte argentino. Estos poetas, sea cualquiera su valor intrínseco, son al cabo de nuestra familia, hablan, no muy estropeada, la lengua de nuestro vulgo, y son los únicos que pueden revelarnos algo de lo que verdaderamente piensa y siente el pueblo de los campos, la masa que más intacta se ha conservado de la antigua colonización española.

Ni Estanislao del Campo, hijo de un coronel de la guerra de la Independencia, diputado varias veces, secretario del Gobierno de Buenos Aires; ni Hilario Ascasubi, ayudante del general Urquiza; ni José Hernández, antiguo redactor de *El Río de la Plata*, pueden ser calificados en rigor de *payadores* ni de poetas populares: hay en sus obras mucho *dilettantismo* artístico, pero la fibra popular persiste, y en el último llega á manifestarse épicamente.

En 1870 apareció el *Fausto*, de Estanislao del Campo, poema de singular asunto, en que un gaucho cuenta á su modo el argumento de la ópera de Gounod, que vió representar en Buenos Aires. Prescindiendo de lo inverisímil del dato, divierte é interesa mucho esta especie de parodia inocente, ó más bien de libre interpretación del pensamiento poético de Goethe por un campesino ingenuo y semisalvaje, que cree haber visto realmente al diablo en el teatro. «Poco á poco (dice Mefistófeles):

«Si quiere, hagamos un pato:
Usté su alma me ha de dar
Y en todo lo he de ayudar;
¿Le parece bien el trato?
Como el doctor consintió,
El diablo sacó un papel,
Y le hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.»

Todo está dicho con sencillez suma, y nada hay que exceda de la comprensión del rústico narrador:

«Al rato el lienzo subió,
Y desecha y lagrimeando,
Contra una máquina hilando
La rubia se apareció.
La pobre *dentró* á quejarse
Tan amargamente allí,
Que yo á mis ojos sentí
Dos lágrimas asomarse...»

Hay redondillas sumamente felices, por la rápida viveza con que se precipita el relato. Así, cuando el capitán presenta al diablo la cruz de la espada:

« —Viera al diablo retorcerse
Como culebra—¡aparcero!
¡Óiganle!
—Mordió el acero
Y comenzó á estremecerse.»

«El poeta—dice un escritor argentino—ha preparado el efecto de su diálogo con mano maestra: le ha dado por escenario la pampa misma, donde sus dos interlocutores se sienten soberanos de la naturaleza, y se entregan sin testigos á los libres transportes de su alma sencilla, llena de sentimientos grandiosos, melancólicos ó tiernos, y de supersticiones infantiles que á cada momento estallan en espantos súbitos, cuando la imagen de Mefistófeles se atraviesa en el relato como una exhalación de fuego..... Aumenta el encanto y la majestad de la escena, el idioma propio de sus actores....., que se presta admirablemente para la expresión espontánea y genuina de las ideas que tanta escena maravillosa despierta en sus cerebros deslumbrados..... El poema se desenvuelve en un diálogo sabroso, en el que cruzan, como nubes coloreadas por el iris, los cuadros más brillantes de nuestra naturaleza, pintados por el artista de la pampa en su lenguaje saturado de gracia y de imágenes, de novedad y de color inagotables» (1).

(1) Joaquín V. González, *La Tradición Nacional* (Buenos Aires, 1868); pág. 162.

De estas descripciones, vamos á presentar dos ejemplos: uno en que puede decirse que habla el poeta; otro en que, con más naturalidad y no menos poesía, habla el gaucho:

«El sol ya se iba poniendo,
La claridá se auyentaba,
Y la noche se acercaba,
Su negro poncho tendiendo.
Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.
Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.
El toque de la oración
Tristes los aires rompía,
Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.
Ya sobre la agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse la luna
Se miraba retratada.
Y haciendo un extraño ruído
En las hojas trompezaban,
Los pájaros que volaban
Á guarecerse en su nido.
Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De techo en techo chillando...»

Á esta descripción, ciertamente agradable, pero hecha con los lugares comunes de la retórica descriptiva, contrapongamos la siguiente del mismo poeta:

«—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando á gatas la puntita
Del sol comienza á asomar!
Ve usté venir á esa hora
Roncando la marejada,

Y ve en la espuma encrespada,
Los colores de la aurora.
  Á veces con viento en la anca
Y con la vela al solsito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.
  Otras, usté ve patente
Venir boyando un islote,
Y es que trai un camalote
Cabrestiando la corriente.
  Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza á hinchar
El río medio alterao.
  Las olas chicas, cansadas,
Á la playa á gatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.
  Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.
. . . .
  Y no sé qué da el mirar,
Cuando barrosa y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.
  Parece que el Dios del cielo
Se amostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se ve en este suelo.
  Y es cosa de bendecir
Cuando el señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola á dormir.»
. . . .

Todo esto, á pesar de su forma modestísima, es buena, sana, legítima poesía, que recrea suavemente la imaginación más que las rapsodias filosóficas de Encina y los arrebatos apocalípticos de Andrade.

Menos importantes que el *Fausto*, son las demás poesías vulgares

de Estanislao del Campo, que en ellas se muestra imitador del fecundísimo Hilario Ascasubi, cuyas obras completas llenan tres tomos publicados en París en 1872, con los títulos de *Santos Vega*, *Aniceto el Gallo* y *Paulino Lucero.*

Pero la obra maestra del género, es, por confesión unánime de los argentinos, el poema de José Hernández, *Martín Fierro*, obra popularísima en todo el territorio de la República, y no sólo en las ciudades, sino en las pulperías y ranchos del campo; obra de la cual, en diez años (de 1872, en que apareció, á 1882), se agotaron cerca de sesenta mil ejemplares, y de la cual existen más de doce ediciones en forma de libro, ya plebeyas, ya lujosas, y no sé cuántas más en las columnas de los periódicos. Entre nosotros ha tenido por ferviente encomiador á uno de los jóvenes de mayores esperanzas y de más vigoroso pensar con que hoy cuenta el profesorado español.

Quizá habría que rebajar algo de su entusiasmo; quizá el poema no sea tan genuinamente popular como él supone, aunque sea sin duda de lo más popular que hoy puede hacerse; quizá el pensamiento de reforma social resulte en el poema de Hernández más visible de lo que convendría á la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada *La vuelta de Martín Fierro;* pero en general, el juicio del Sr. Unamuno (1), que es el crítico á quien aludimos, nos parece penetrante y certero. Lo que pálidamente intentó Echeverría en *La Cautiva*, lo realiza con viril y sana rudeza el autor de *Martín Fierro.* El soplo de la pampa argentina corre por sus desgreñados, bravíos y pujantes versos, en que estallan todas las energías de la pasión indómita y primitiva, en lucha con el mecanismo social que inútilmente comprime los ímpetus del protagonista, y acaba por lanzarle á la vida libre del desierto, no sin que sienta alguna nostalgia del mundo civilizado que le arroja de su seno:

«Una madrugada clara
Le dijo Cruz que mirara
Las últimas poblaciones,
Y á Fierro dos lagrimones
Le cayeron por la cara...»

(1) *Revista Española;* Madrid, 1894, núm. 1.°

De este modo el gaucho pacífico, perseguido por la leva y acorralado por la civilización, se convierte de desertor en nómada ó *matrero*, gasta la vida en huir de la justicia, y vuelve como sus antepasados, los conquistadores, á abrirse camino por las selvas con su cuchillo.

«En *Martín Fierro*—dice el Sr. Unamuno—se compenetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español... Cuando el *payador* pampero, á la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, ó en la noche serena á la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martín Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextingibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres... *Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué á América á servir de avanzada á la civilización y á abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo, es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas (1) y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura».

(1) Véase alguna muestra de estas máximas ó consejos de sabiduría práctica y popular, puestos en boca de *Martín Fierro*, ya que del poema no damos extracto en el cuerpo de la Antología, por no saber á ciencia cierta si su autor vive todavía:

CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO

Yo nunca tuve otra escuela
Que una vida desgraciada:
No extrañes si en la jugada
Alguna vez me equivoco,
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.
Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas, digo sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada;
El hombre de una mirada
Todo ha de verlo al momento;
El primer conocimiento
Es conocer cuándo enfada.

. . . .

Las faltas no tienen límites,
Como tienen los terrenos:
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que les prevenga:
Aquel que defectos tenga,
Disimule los ajenos.
Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él:
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.
Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que á uno le asalten;
Ansí no se sobresalten
Por los bienes que parezcan:
Al rico nunca le ofrezcan,
Y al pobre jamás le falten.
Bien lo pasa hasta entre pampas
El que respeta á la gente;
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos,
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.
El trabajar es la ley,
Porque es preciso adquirir;
No se expongan á sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.
Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

. . . .

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experiencia lo afirmo,
Más que el sable y que la lanza,
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.
Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía;
Sin ella sucumbiría;
Pero sigue mi experiencia:

Se vuelve en unos prudencia,
Y en los otros picardía.
  Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente,
Y téngalo bien presente,
Si al compararla no yerro:
La ocasión es como el fierro,
Se ha de machacar caliente.
  Muchas cosas pierde el hombre
Que á veces las vuelve á hallar,
Pero las debe enseñar;
Y es bueno que lo recuerde:
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve á encontrar.

. . . .

  Respeten á los ancianos:
El burlarlos no es hazaña.
Si andan entre gente extraña,
Deben ser muy precavidos,
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.
  La cigüeña, cuando es vieja,
Pierde la vista; y procuran
Cuidarla en su edá madura
Todas sus hijas pequeñas;
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

. . . .

  El que obedeciendo vive,
Nunca tiene suerte blanda,
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece;
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

. . . .

  Ave de pico encorvado,
Le tiene al robo afición;
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre;
Pues no es vergüenza ser pobre
Y es vergüenza ser ladrón.
  El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía:
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.
  La sangre que se derrama
No se olvida hasta la muerte:
La impresión es de tal suerte,
Que, á mi pesar, no lo niego,
  Cae como gota de fuego
En la alma del que la vierte.

. . . .

Si entriegan su corazón
Á alguna mujer querida,
No le hagan una partida
Que le ofienda á la mujer;
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.
Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento:
No templen el estrumento
Por sólo el gusto de hablar,
Y acostúmbrense á cantar
En cosas de fundamento.
Y les doy estos consejos
Que me han costado adquirirlos,
Porque deseo dirigirlos;
Pero no alcanza mi ciencia,
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.
Estas cosas y otras muchas,
Medité en mis soledades;
Sepan que no hay falsedades,
Ni error en estos consejos;
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

XIII

URUGUAY

Sólo una razón política, y que pudiéramos decir de equilibrio internacional, divide las dos Repúblicas, de tan desigual extensión, que se asientan en las márgenes oriental y occidental del Río de la Plata. La historia de ambos países es una misma, idénticas sus condiciones sociales, análogo el carácter de sus moradores, y tan mezclada su produccción literaria, que es casi imposible dejar de mencionar entre los argentinos algún escritor uruguayo, ó viceversa. La pequeñez del territorio de la República Oriental está compensada con las riquezas del suelo y con la posesión de uno de los más hermosos puertos y de las más opulentas ciudades de la América del Sur. Su independencia política parece garantizada también por su posición intermedia entre dos grandes y poderosos Estados, el Brasil y la República Argentina, cuyas fuerzas puede decirse que se han neutralizado para constituir esta Bélgica americana. La historia ha conducido á esta solución por muy largos rodeos, y la constitución definitiva de esta República es mucho más moderna que la de ningún Estado ultramarino. Aun la misma capital, Montevideo, es de fundación modernísima; nació en 1726 al patriótico impulso del Gobernador de Buenos Aires, D. Bruno Mauricio de Zabala, para anular la colonia portuguesa del Sacramento. Aquella resolución memorable salvó el porvenir de la raza y de la lengua castellana én la margen oriental del río, y aseguró al mismo tiempo un baluarte inexpugnable para los inmensos territorios de la orilla opuesta.

Siguió Montevideo el impulso general de la revolución argentina, y en 1812 quedó emancipada de la metrópoli, después de las acciones de *Las Piedras* y de *El Cerrito;* pero su dependencia del Gobierno de Buenos Aires fué muy transitoria. Un jefe de gauchos,

llamado Artigas, á quien los uruguayos consideran como un héroe, y los argentinos poco menos que como un facineroso, constituyó en la banda oriental un Estado independiente, que entregado á sus solas fuerzas, no pudo resistir á la invasión portuguesa en 1817. Desde esta fecha hasta 1825, el Uruguay estuvo sometido primero á la corona de Portugal, y luego al Imperio del Brasil, con el nombre de provincia *cis-platina*. El heroico esfuerzo de los *treinta y tres patriotas* inició la reconquista de la independencia, que con auxilio de los argentinos quedó realizada en el campo de batalla de Ituzaingó, y fué sancionada diplomáticamente en 25 de Agosto de 1825.

Es claro que un país constituído de esta suerte ha de carecer de toda tradición literaria del tiempo de la colonia. Aun la imprenta es allí modernísima: fué introducida por los ingleses durante el breve período de su ocupación en 1807, con la mira de publicar sus bandos y gacetas, y hacer propaganda en favor de su dominación.

Las discordias civiles de Buenos Aires en el segundo tercio de nuestro siglo favorecieron de una manera muy eficaz el desarrollo de la cultura en Montevideo, que por algún tiempo pudo considerarse como la Atenas del Plata. En ella buscaron refugio los principales escritores argentinos fugitivos de la tiranía de Rosas, y allí publicaron gran número de periódicos y algunas de sus principales obras Florencio Varela Echeverría, Gutiérrez, Mármol, Rivera Indarte y muchos otros, ya mencionados en el capítulo anterior.

Pero á pesar de su escasa población y limitado territorio, no ha dejado el Uruguay de producir escritores muy estimables en varios ramos del saber, tales como el erudito historiógrafo D. Andrés Lamas, el naturalista D. Dámaso Larrañaga, y el pedagogo D. Marcos Sastre: autor también de un bello libro descriptivo de las islas del Paraná, que llama *El Tempe Argentino*. Esta República es madre también de algunos poetas de mérito, entre los cuales el primero, en el orden de los tiempos, no menos que en la fecundidad, es D. Francisco Acuña de Figueroa (1).

(1) Nació en Montevideo el 20 de Septiembre de 1790, y murió en 6 de Octubre de 1862. Había sido durante muchos años Director de la Biblioteca Nacional del Uruguay.

Sus *Obras completas*, revisadas y anotadas por D. Manuel Bernárdez, forman

Todo el que vea el retrato de este simpático ingenio, le encontrará desde luego gran parecido con nuestro Bretón de los Herreros; y si recorre sus obras, notará que esta semejanza no se limita á la parte fisionómica. Aunque Acuña de Figueroa no cultivó jamás la poesía dramática, su musa festiva y satírica, y aun lírica á su modo, es de la misma familia que aquella musa juguetona, cándida y risueña que dictó á Bretón sus letrillas, sus sátiras y otras muchas de sus composiciones sueltas. A Acuña de Figueroa puede aplicarse, como á Bretón aplicó Lista, lo que de sí propio dice Ovidio: «*Quidquid tentabat dicere, versus erat.*» Fué, en efecto, un versificador inagotable, dotado de grandes condiciones para la improvisación, y bastante dueño de la lengua y del metro para hacerse perdonar su facilidad, que en otro hombre de menos ingenio hubiera sido desastrosa. Acuña de Figueroa no tiene elevación ni ternura: las poesías en que quiso levantar el tono son generalmente las que menos valen de toda su voluminosa colección; si bien en algunos himnos patrióticos y en algunas composiciones sagradas, la elegancia y soltura de la rima hacen perdonar la ausencia de inspiración original y vigorosa. Como lírico, vale menos que Arriaza, pero pertenece á su escuela. Poeta de circunstancias, incansable proveedor de versos para todos los acontecimientos públicos, para todas las solemnidades domésticas, repentista de banquetes lo mismo que de profesiones de monjas, oscila entre lo poeta y lo coplero, y tropieza muchas veces en lo segundo. Hay entre el fárrago de sus poesías (que ganarían mucho con reducirse á la quinta parte) extravagancias de gusto propias de un improvisador de tertulias caseras: enigmas, anagramas, charadas, acrósticos, pies forzados, versos en forma de cruz, de reloj de arena, de copa. La mayor parte de sus composiciones no pueden tomarse en serio, ni seguramente las tomaba el mismo autor; pero muchas tienen donaire y agudeza, y en todas pasman la vena abun-

ocho volúmenes en 4.°, impresos en 1890. (*Vázquez Cores, Dornaleche y Reyes, editores.*) La distribución es la siguiente: cuatro tomos de poesías diversas, sin distinción alguna de asuntos ni de géneros: dos de *epigramas* y *toraidas*, y otros dos con el *Diario histórico del sitio de Montevideo*. Estos dos últimos no los he visto.

dantísima y el jovial humor que no abandonaron al poeta ni aun en la extrema ancianidad. Era un hombre algo vulgar en sus aspiraciones artísticas, pero sano, bien avenido con la vida, castizo é inocente en sus chistes, muy español en todo, muy regocijado y simpático en su honesta alegría, y muy á propósito para recrear el ánimo de los lectores después de tanta bambolla sentimental, lúgubre y afrancesada, como se escribía á orillas del Plata. Sus versos vienen á formar una especie de crónica muy divertida de las costumbres de Montevideo durante más de medio siglo.

Acuña hacía versos sobre todas las cosas, y ya hemos dicho que en general los hacía bien, aunque versasen sobre fruslerías. Nada tenía de poeta inculto: su educación clásica era muy sólida, como lo prueban sus traducciones de Horacio y sus reminiscencias de otros poetas latinos y castellanos del buen tiempo. En la dicción, es uno de los escritores más puros que en América pueden encontrarse. Sus faltas de gusto nacen de la idea un poco trivial que se había formado de la poesía, que para él consistía principalmente en el mecanismo y artificio de los versos. Por eso no tenía reparo en versificar las materias más ingratas, y estaba más satisfecho que de ninguna obra suya, de un *Diario poético* ó crónica rimada del sitio de Montevideo durante los años de 1812, 1813 y 1814, en más de 1.000 páginas. Mucho más hubiera valido, probablemente, para su fama, la publicación de *Los Animales Parlantes*, de Casti, poema que tenía completamente traducido en 1846, y que estaba tan en su gusto y en su cuerda.

Lo más apreciable de sus versos son, sin disputa, algunas letrillas; las *Toraidas*, ó revistas de corridas de toros, en octavas reales con otros metros intercalados; y sobre todo la colección de epigramas que tituló *Mosaico*. De ella, como de todas las de su género, puede repetirse la sentencia que formuló Marcial sobre la suya propia: «*Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.*» Pero, á decir verdad, hay pocos centones de epigramas compuestos por un solo autor, en que se encuentren tantos buenos como los que pueden entresacarse de la enorme cifra de 1450 á que ascienden los del *Mosaico*. Se conoce que el poeta había nacido para este género de chiste lapidario, y que le perseguía con ahínco, acertando muchas

veces con la punta aguda y sutil, aunque rara vez envenenada. Son pocos los que, ni aun remotamente, ofendan el decoro ó parezcan dictados por la maledicencia. Pero muchos consisten en meros retruécanos ó juegos de palabras, y otros tienen poco de originales, hasta cuando no se confiesan traducidos.

Fué también versificador aventajado, dentro de la escuela clásica (1), D. Bernardo P. Berro, autor de una oda *A la Providencia*, en liras, y de una larga *Epístola á Doricio*, que es más bien un poema bucólico, en el que campean á menudo la facilidad en la parte métrica, la pureza de dicción, la belleza de las descripciones y la naturalidad de sentimiento: todo conforme al gusto de nuestros poetas de fin del siglo XVIII, si bien con la liga de prosaísmo que entonces solía mezclarse en toda descripción de la belleza campestre, y de que es memorable y candoroso ejemplo el *Observatorio rústico* de Salas. Algunos tercetos darán idea de la manera descriptiva del poeta uruguayo, tanto en sus aciertos como en sus caídas:

«Un peñón circundado hasta la altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura:
No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto extrañas.
Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco á poco se adormece;
Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvaríos.
Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente;
Y á la sombra de un ceibo alto y copudo'
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo, menudo.

(1) Basta citar muy de paso el nombre de otro poeta del mismo grupo, D Carlos G. Villademoros, de quien hay algunos versos en el *Parnaso Oriental.*

Un airecillo entonce en vuelo presto,
Triscando entre las ojas susurrante,
Baña en grato frescor aqueste puesto.
En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados,
Los pájaros su música brillante.
Callan luego los sones acordados;
El aura apena expira desmayada;
El susurro disípase por grados:
Natura toda en calma reposada,
En un hondo suspiro mudo y quieto
Yace lánguidamente sepultada.
Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacía sin objeto,

. . . .

Pues si de estos objetos se desvía
Y se encumbra á la parte de Occidente,
Goza encanto mayor la vista mía.
Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente,
Sobre el cual leves nubes de lucido
Oro bordadas, trazan mil informes
Figuras varias con pincel fingido.
Ves allí en confusión montes enormes,
Hondas cimas, peñascos erizados,
Descomunales masas disconformes.
Encima de aquel pico, al aire alzados
Los colosales miembros, un gigante
Semeja al genio, rey de los collados.
En aquella otra punta que distante
Sale á un lado, un anciano venerable
Tiende su larga barba hacia adelante.
Á otra parte un castillo inexpugnable;
Á otra, miro soberbios torreones;
Á otra, ruinas de fábrica espantable,
Tan bellas, tan magníficas visiones,
Exaltando mi ardiente fantasía
La entregan á sublimes ilusiones;
Y en ellas abismada todavía
Está cuando su manto tenebroso
Tiende la noche pavorosa umbría.»

El malogrado joven D. Adolfo Berro (1), que sigue á Acuña de Figueroa en el orden cronológico de los ingenios del Uruguay, fué, más que un poeta propiamente dicho, la esperanza de un poeta. Muerto á los veintiún años, no se le puede pedir cuenta muy rigurosa de sus versos. Sus apuntes en prosa sobre educación popular, y sobre la emancipación y mejora intelectual de las gentes de color, empresa á que se consagró con el más generoso aliento, prueban que era ante todo un filántropo cristiano. Algunas de sus poesías, *El Esclavo*, *El Mendigo*, *La Expósita*, *La Ramera*, están inspiradas por la misma tendencia: la forma es romántica, y revela la imitación de Espronceda, pero á la verdad muy poco afortunada. El estilo es endeble, vulgar é incoloro: las ideas simpáticas, pero triviales, y la versificación tan floja y desaliñada, que recuerda la del cubano Milanés, cuando en su segunda época trataba estos mismos asuntos. Las poesías no sociales de Berro resultan más agradables, aunque en extremo candorosas, y bastante incorrectas. De un episodio de *La Argentina*, de Barco Centenera, tomó asunto para uno de sus romances históricos, *Yandabuyu y Liropeya*.

Tuvo más estro lírico y más grandilocuencia Juan Carlos Gómez, aunque no fuese poeta de profesión, sino publicista y hombre político. Pero ni sus enfáticos alejandrinos *A la libertad*, atestados de lugares comunes y de ripio y cascote de la peor especie, ni sus versos de sentimiento romántico, son tales que un colector de buen gusto deba recogerlos, si se exceptúa alguna composición breve como *El Cedro y la Palma*.

De D. Bartolomé Hidalgo, patriarca de la poesía *gauchesca*, ya se ha hablado incidentalmente al tratar de Buenos Aires.

Creemos inútil detenernos en otros poetas de menos nombradía y mérito, cuyos versos pueden leerse en las diversas colecciones

(1) Nació en Montevideo el 19 de Agosto de 1819. Falleció en 29 de Septiembre de 1841. Había practicado la abogacía en el bufete del escritor don Florencio Varela, que dió á conocer sus primeros versos en *El Correo de la Plata*. La colección póstuma de todos ellos se publicó en Montevideo en 1842 con un discurso preliminar de D. Andrés Lamas. De Berro hablaron los hermanos Amunátegui en su *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. (Santiago de Chile, 1861, págs. 329-333.)

especiales de poetas de la República oriental, publicadas hasta el presente (1). Pero es justo hacer mención honrosa del fecundísimo y benemérito escritor D. Alejando Magariños Cervantes, que durante cierto período representó casi sólo la literatura de su país, y que por haber hecho vida literaria en Madrid y publicado aquí algunas de sus primeras obras, ha sido mucho más conocido que otros poetas americanos. Y no fué poeta tan sólo, sino también historiador, novelista, crítico y periodista, de todo lo cual dan testimonio sus apreciables y numerosas obras. Su genialidad poética tiene puntos de contacto con la del venezolano Heriberto García de Quevedo, aunque la musa de Magariños Cervantes fué menos emprendedora y temeraria, y no se aventuró tanto por los senderos de la poesía trascendental. Magariños era versificador muy afluente, cualidad que en algún modo le perjudica, haciéndole degenerar en verboso. Hay cierta insipidez en su estilo, y más riqueza aparente que real en sus obras. Las más extensas son leyendas románticas en variedad de metros, en las cuales se combina la imitación de Zorrilla con algunos rasgos descriptivos de naturaleza americana, en que parece seguir el modelo de *La Cautiva*, de Echeverría; si bien

(1) La más antigua y ya bastante rara es el *Parnaso oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya.* (Montevideo, imp. de *La Libertad*, 1835.) Son tres volúmenes en que no todos los versos pertenecen á poetas uruguayos.

La más copiosa lleva el título de *Páginas Uruguayas.* Tomo I. *Album de poesías coleccionadas con algunas breves notas, por Alejandro Magariños Cervantes.* (Montevideo, 1878.)

Figuran en esta compilación los siguientes poetas, que ya han fallecido:

Argüelles (Fernando), *Arrascaeta* (Enrique), *Berro* (Adolfo), *Berro* (Bernardo), *Bermúdez* (coronel D. Pedro), *Carrillo* (Manuel M.), *Fajardo* (Carlos A.), *Fajardo* (Heraclio C.), *Ferreira y Artigas* (Dr. Fermín), *Figueroa* (Julio), *Gómez* (Dr. Juan Carlos), *Gordon* (Eduardo), *Hidalgo* (Bartolomé), *Lapuente* (Laurindo), *Magariños Cervantes* (D. Alejandro), *Otero* (Dr. Luis), *Rosende* (Petrona), *Varela* (Horacio), *Varela* (José Pedro), *Varela* (Juan Cruz: distinto del poeta argentino del mismo nombre y apellido), *Vázquez* (doctor Juan Andrés).

En el libro titulado *Poetas de la América de habla española. Colección de poesías escogidas, por Enrique de Arrascaeta* (Montevideo, 1881), están en mayoría los poetas uruguayos.

creemos que Magariños Cervantes, portugués de origen, no fué tampoco ajeno á la influencia de algunos épicos brasileños, como el autor del *Caramurú* (fray Benito de Santa Rita Durão), el del *Uruguay* (José Basilio de Gama), y el más moderno cantor de *La Confederación de los Tamoyos* (Domingo Gonsalves Magalhaes).

Aleccionado por estos modelos (si bien el último de estos poemas publicado en 1857, es posterior á la leyenda *Celiar*, con que empezó á consolidarse la fama poética del Sr. Magariños), procura el poeta uruguayo poner color americano en sus obras é inspirarse en la vida y costumbres de las tribus indígenas, y si no puede decirse que consiga siempre poetizarlas, tiene, á lo menos, el mérito de haber abierto y mostrado esta senda al autor del *Tabaré*, que hoy la recorre con tanto aplauso, y que es el que verdaderamente ha naturalizado á los *charrúas* en el arte. Las novelas en prosa de Magariños Cervantes, especialmente la titulada *Caramurú*, tienen la misma tendencia y se componen de los mismos elementos que sus poemas, pero han alcanzado menos fama.

En sus rimas líricas, que son abundantísimas, y que para su fama importaría mucho que no lo fuesen tanto, Magariños, como todos los románticos de segundo orden, peca por exuberancia de palabras más que por exuberancia de imaginación: son versos que suenan bien, que se dejan leer con facilidad y aun con cierto agrado, pero que con la misma y aun con mayor facilidad se olvidan. Las ideas son generalmente nobles y simpáticas; pero hay tantas frases hechas, tantas imágenes marchitas, que no sé yo lo que de tan voluminosa colección de versos podrá salvar la posteridad. Mas por riguroso que sea su fallo, siempre habrá de encomiarse el entusiasmo artístico de este autor, la pureza de sus motivos, la elevación de su sentido moral, su sincero y ferviente espiritualismo, la originalidad relativa de sus temas americanos, y el impulso que con el ejemplo de su laboriosidad infatigable dió á la naciente literatura de su país (1).

(1) Nació D. Alejandro Magariños Cervantes en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. Comenzó allí sus estudios y los terminó en España, recibiendo el grado de doctor en Jurisprudencia. Ya antes de su partida para Europa había publicado gran número de composiciones sueltas, un *Ensayo de orato-*

ria, y dos cantos de un poema con el título de *Montevideo: Episodios de nuestra historia contemporánea*

En España fué colaborador de *La Patria*, *El Orden*, *La Ilustración* (de Fernández de los Ríos), *La Semana*, y otros periódicos y revistas; publicó varias novelas: *La estrella del Sur*, *Caramurú*, *No hay mal que por bien no venga*, unos *Estudios histórico-políticos sobre el Río de la Plata*, una comedia (representada en 1850), *Percances matrimoniales*, y, finalmente, la leyenda *Celiar* (1852), con un prólogo muy laudatorio de Ventura de la Vega. En París sostuvo por más de dos años la *Revista Española de Ambos Mundos*. Vuelto á su patria, en 1855, dió á luz un opúsculo sobre *La Iglesia y el Estado*, y en 1858 inició la publicación de la *Biblioteca Americana*, curiosa colección que forma diez tomos, en que, juntamente con varias obras de Gutiérrez, Sastre, Florencio Varela y Cané, figuran dos nuevas colecciones poéticas de Magariños, *Horas de melancolía* y *Brisas del Plata* (1864). Durante algún tiempo pareció abandonar las letras por el foro y la magistratura, pero luego brotaron de su incansable pluma multitud de escritos de todo género. La colección definitiva y más extensa de sus versos, interpolada con largas notas, lleva por título *Palmas y Ombúes* (Montevideo, 1884-1888), dos gruesos volúmenes en 4.º El libro rotulado *Violetas y Ortigas* (Montevideo, 1850), es un centón de artículos, propios y ajenos, sobre diversas materias. No pretendemos aquí apurar el catálogo de sus obras impresas, ni mucho menos de las que dejó inéditas, tales como un drama sobre *Vasco Núñez de Balboa*, y una traducción de la *Guerra Catilinaria*, de Salustio.

Desempeñó, entre otros cargos, el de Rector de la Universidad de Montevideo.

Entre los poetas uruguayos de la última época, debe añadirse el nombre de Heraclio C. Fajardo, que, además del drama *Camila O'Gorman* y de varios trabajos históricos, dejó una colección de versos líricos *Arenas del Uruguay*. Su composición de aparato, *América y Colón*, premiada en un certamen de 1858, vale tan poco como casi todas las que se han dedicado al mismo asunto, pero son agradables é ingeniosos los versos de álbum que tituló *El Colibrí*.

Del coronel D. Pedro P. Bermúdez se cita un drama histórico, *El Charrúa*. Magariños Cervantes le elogia por «la exactitud de los rasgos antropológicos é históricos que en él campean».

ÍNDICE DEL TOMO I

Al lector. Advertencias generales, pág. ix.

CAPÍTULO PRIMERO

México.

Los orígenes de la cultura española en México, pág. 21.—Francisco Cervantes de Salazar, 22.—Fr. Juan de Zumárraga, 23.—Gutierre de Cetina, 26.—Eugenio Salazar de Alarcón, 28.— Juan de la Cueva, 33.—D. Mateo Alemán, 36.—Francisco de Terrazas, 37.—Antonio de Saavedra Guzmán, 42. Fernán González de Eslava, 47.—Bernardo de Valbuena, 51.—D. Juan Ruiz de Alarcón, 62.—Luis de Belmonte, 64.—Diego Mexía, 65.—Poetas menores, 65.—El P. Matías de Bocanegra, 68.—D. Carlos de Sigüenza y Góngora, 69.—Fr. Juan de Valencia, 71.—Francisco Ayerra y Santa María, 71.—D. Agustín de Salazar y Torres, 71.—D. Luis Sandoval y Zapata, 72.—Sor Juana Inés de la Cruz, 73.—D. Miguel de Reyna Zeballos, 85. D. Francisco Ruiz de León, 85.—El P. Diego José Abad, 87.—El P. Francisco Javier Alegre, 90.—José Rafael Larrañaga, 99.—José Joaquín Fernández Lizardi, 100.—D. José Manuel Sartorio, 100.—Fr. Manuel de Navarrete, 102.—Andrés Quintana Roo, 106.—D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, 108.—D. Francisco Ortega, 109.—D. Joaquín del Castillo y Lanzas, 110.—D. Anastasio de Ochoa y Acuña, 112.—D. Manuel Eduardo de Gorostiza, 113.—Fernando Calderón é Ignacio Rodríguez Galván, 123.—D. José Joaquín Pesado, 134.—D. Manuel Carpio, 148.—D. José Bernardo Couto, 151.—D. Alejandro Arango y Escandón, 152.—D. Francisco de Paula Guzmán, 153.—D. Fermín de la Puente y Apezechea, 154. D. Ignacio Ramírez, 155.—D. José Rosas Moreno, 157.—Manuel Acuña, 159.—Manuel M. Flores, 163.—Postdata, 169.

CAPÍTULO II

América Central.

D. Pedro de Liébana, 177.—Juan de Mestanza, 178.—Fr. Diego Sáenz Ovecuri, 179.—Poetas menores, 182.—El P. Rafael Landivar, 184.—Fr. Matías de Córdova, 188.—D. Rafael García Goyena, 190.—D. Miguel Alvarez de Castro y D. Francisco Quiñones Sunzín, 191.—Doña María Josefa G. Granados, 193.—D. Francisco Rivera Maestre, 193.—D. Juan Gualberto González, 193.—D. José de Batres y Montufar, 194.—D. Antonio José de Irisarri, 202.—Los hermanos Juan y Manuel Diéguez, 203.—D. Ignacio Gómez, Eduardo Hall, D. José Milla y D. Juan José Micheo, 205.—Fr. José Trinidad Reyes, 206.—D. Manuel Molina Vigil, 211.

CAPÍTULO III

Cuba.

Silvestre de Balboa Troya y Quesada, 216.—D. José Surí y Aguila, 217.—Poetisa anónima de 1762, 217.—D. Diego de Campos y Fr. José Rodríguez, 217. Fundación de la Universidad y establecimiento de la Imprenta, 217.—El periodismo, 219.—Manuel del Socorro Rodríguez, 223.—D. Manuel de Zequeira y D. Manuel Justo de Rubalcava, 224.—Literatura popular y periodística, 227..—D. José María de Heredia, 228.—D. Francisco Iturrondo, 249.—D. Domingo del Monte, 250.—D. Ignacio Valdés Machuca, D. Manuel González del Valle, D. Anacleto Bermúdez y D. José Policarpo Valdés, 252.—José Jacinto Milanés, 253.—Gabriel de la Concepción Valdés, 256.—Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, 265.—Joaquín Lorenzo Luaces, 272.—Juan Clemente Zenea, 275.—D. Rafael María de Mendive, 281.—D. Ramón Vélez Herrera y Miguel Teurbe de Tolón, 284.—D. Francisco Orgaz, 285.—D. Ramón de Palma y Romay, 286.—El zorrillismo y la influencia francesa en Cuba, 288.

CAPÍTULO IV

Santo Domingo.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, 291.—Eugenio de Salazar y su *Silva de poesía*, 295.—Fr. Gabriel Téllez en la Isla Española, 297.—Don Francisco Morillas, 301.—La poesía popular, 302.—D. José Núñez de Cá-

ceres, 304.—D. Francisco Muñoz del Monte, 305.—D. Juan Pablo Duarte y D. Manuel María Valencia, 307.—Escritores menos importantes, 308.—D. José Joaquín Pérez, Doña Salomé Ureña de Enríquez y D. Manuel Rodríguez Objío, 310.—Sociedades artísticas y literarias, 311.—Apéndice: el Licenciado Juan Méndez Nieto, 314.

CAPÍTULO V

Puerto Rico.

Bernardo de Valbuena, 331.—D. Francisco de Ayerra y Santa María, y Alonso Ramírez, 333.—Fr. Iñigo Abad y Lasierra, 334.—Difusión de la cultura á principios del siglo XIX, 334.—D. Graciliano Alfonso, 336.—Los *Aguinaldos* ó *Almanaques* de Puerto Rico, 337.—*El Cancionero de Borinquen*, 337.—La Academia de Buenas Letras de San Juan Bautista de Puerto Rico y sus poetas, 338.—D. Narciso de Foxá y Lecanda, 339.—D. Juan Francisco Comas y D. Ramón Marín, 340.—D. Alejandro de Tapia y Rivera y su poema *La Sataniada*, 340.—D. José Gautier Benítez y Doña Alejandrina Benítez, 347.—D. Francisco Alvarez, D. José María Monje, D. Manuel Corchado y Doña Carmen Hernández, 348.—D. Manuel Elzaburu y Vizcarrondo, 349.

CAPÍTULO VI

Venezuela.

Sus orígenes, 353.—D. Alonso de Escobar, 355.—D. Ruy Fernández de Fuenmayor, 356.—La Universidad, 356.—La Imprenta, 356.—La cultura venezolana, según Humboldt, 357.—Poetas de aquella época, 358.—Andrés Bello, 359.—D. Rafael María Baralt, 393.—D. Antonio Ros de Olano, 400. D. José Heriberto García de Quevedo, 404.—Abigail Lozano, 408.—Don José Antonio Maitín, 410.—D. Fermín Toro, D. Juan Vicente González y D. Cecilio Acosta, 413.—D. Jesús María Morales Marcano, D. Rafael Arvelo, D. Jesús María Sistiaga, D. Eloy Escobar, D. José Ramos Yépez y D. Francisco G. Pardo, 414.—J. A. Pérez Bonalde, 415.

ÍNDICE DEL TOMO II

CAPÍTULO VII

Colombia.

Gonzalo Jiménez de Quesada y sus perdidos *Ratos de Suesca*, 7.—Lorenzo Martín, 9.—La enseñanza en Nueva Granada, 11.—Juan de Castellanos, 12. Versos laudatorios de sus *Elegías*, 20.—Hernando Domínguez Camargo, 22.—D. Francisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, 23.—Sor Francisca Josefa de la Concepción, 26.—La Imprenta en Santa Fe, 29.—D. José Nicolás de la Rosa, 30.—D. José Celestino Mutis, 31.—D. Francisco José de Caldas y el *Semanario de la Nueva Granada*, 32.—Tertulias literarias, 33.—Los poetas de Popayan, 34.—D. José María de Salazar, 35.—D. José Miguel Montalvo, D. José Angel Manrique y D. Juan Manuel García Tejada, 36.—D. Francisco Javier Caro, 37.—D. Miguel de Tobar, 38.—D. Mariano del Campo Larraondo y Valencia y el Dr. Fernández Madrid, 39.—Luis Vargas Tejada, 44.—D. José Eusebio Caro, 46.—Julio Arboleda, 54.—D. Gregorio Gutiérrez González, 60.—D. José Joaquín Ortiz, 64.—Joaquín Pablo Posada, 72.—Germán Gutiérrez de Piñeres y don Ricardo Carrasquilla, 73.—El General Pinzón Rico, D. Manuel María Madiedo y D. Felipe Pérez, 74.—D. José María Samper y D. José María Vergara y Vergara, 75.—Otros poetas contemporáneos, 76.

CAPÍTULO VIII

Ecuador.

Las Ordenes religiosas y la enseñanza, 79.—D. Lorenzo de Cepeda, 80.—Fray Gaspar de Villarroel, 82.—Doña Jerónima de Velasco, 82.—El maestro Jacinto de Evia y su *Ramillete de varias flores*, 83.—El P. Juan Bautista Aguirre, 89.—El P. José Orozco, 90.—El P. Ramón Viescas, 91.—Los Pa-

dres Ambrosio de Larrea, Juan de Velasco y otros jesuítas, 92.—Expediciones científicas en el siglo XVIII, 95.—D. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, 97.—D. Pedro Maldonado, 100.—D. Pedro Franco Dávila, 101.—Mexía, y Olmedo, en las Cortes de Cádiz, 101.—Los *Cantares del pueblo Ecuatoriano*, 102.—D. José Joaquín de Olmedo, 103.—Doña Dolores Ventemilla de Galindo y D. Juan León Mera, 129.—D. Julio Zaldumbide, 130.—Otros poetas de las *Antologías Ecuatoriales*, 132.—D. Gabriel García Moreno, 133.

CAPÍTULO IX

Perú.

El poema anónimo á la muerte de Almagro, 135.—D. Alonso Enríquez, 137. Romances históricos de las guerras civiles, 137.—Coplas populares, 138. Gonzalo de Zúñiga, 138.—El poema anónimo de la *Conquista de la Nueva Castilla*, 139.—Pedro de la Cadena y sus *Hazañas de Diego Hernández de Serpa*, 140.—D. Diego de Aguilar y Córdoba, 141.—La Universidad y la Imprenta en Lima, 143.—El Inca Garcilaso de la Vega, 145.—Poetas peruanos mencionados por Cervantes en el *Canto de Caliope* y en el *Viaje del Parnaso*, 149.—Pedro Montes de Oca, 152.—El capitán Salcedo, Don Diego de Carvajal, Cristóbal de la O y Juan Rodríguez de León, 153.—La poetisa *Amarilis* (Doña María de Alvarado) y su epístola á Lope de Vega, 153.—Poetisa anónima del discurso en loor de la Poesía, 163.—Diego Mexía y su *Parnaso Antártico*, 166.—Fr. Diego de Ojeda, 170.—Fr. Juan Gálvez, 172.—Luis de Belmonte Bermúdez, 173.—D. Diego de Avalos y la *Miscelánea Austral*, 178.—D. Rodrigo de Carvajal y *La conquista de Antequera*, 179.—Literatura de fiestas, pompas fúnebres y certámenes, 182.—D. Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, 182.—Las *Armas Antárticas*, de D. Juan de Miramontes y Zuazola; *El Angelico*, de Fr. Adriano de Alecio, y *El Santuario de Copacavana*, de Fr. Fernando de Valverde, 185.—El P. Rodrigo de Valdés, 185.—Diego de León Pinelo y la *Solemnidad fúnebre y Exequias de Felipe IV*, 187.—El Dr. Juan de Espinosa Medrano, 189.—D. Juan del Valle y Caviedes, 191.—La tertulia literaria del Marqués de Castell-dos-Rius y la *Flor de Academias*, 198.—D. Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Conde de la Granja, 203.—Don Pedro de Peralta Barnuevo, 207.—Las *Coronas poéticas* y los poetas menores del siglo XVIII, 213.—D. Esteban de Terralla y Landa, 215.—Don Ignacio de Escandón y D. José Pardo de Figueroa, 220.—D. Pablo de Olavide, 221.—La Sociedad de Amantes del País, 237.—D. Mariano Melgar, 237.—Poesía universitaria, 240.—El Dr. Larriva, 241.—Fr. Francisco del Castillo, 243.—D. José Manuel Valdés, 244.—D. José María Pando, 245. D. Felipe Pardo y Aliaga, 248.—D. Manuel Ascensio Segura, 252.—D. José

Pardo y Aliaga y D. Miguel del Carpio, 255.—El romanticismo en el Perú y Fernando Velarde, 256.—Sus discípulos, 258.—D. Manuel del Castillo, 258.—D. Manuel Nicolás Corpancho y D. Clemente Althaus, 259.—D. Adolfo García y D. Carlos Augusto Salaverry, 263.—Constantino Carrasco, 265.

CAPÍTULO X

Bolivia.

Sus orígenes, 269.—Memorial de Cervantes, en que pedía el corregimiento de la Paz, 270.—Enrique Garcés, 270.—Poesías laudatorias del *Cancionero* del Petrarca, 271.—Duarte Fernández y Luis de Ribera, 273.—Juan Sobrino y los *Anales* de Martínez Vela, 274.—Fr. Antonio de la Calancha, 277.—Fr. Diego de Mendoza, 278.—D. Ventura Blanco Encalada, 279. D. José Joaquín de Mora, 280.—D. Mariano Ramallo, 282.—D. Ricardo J. Bustamante, 283.—D. Manuel José Cortes y D. Néstor Galindo, 285.—D. Manuel José Tovar, 286.—María Josefa Mujía, 287.—Otros poetas bolivianos, 289.

CAPÍTULO XI

Chile.

Alonso de Ercilla y *La Araucana*, 291.—Imitaciones de este poema, 307.—Pedro de Oña; su *Arauco domado*, *El Ignacio de Cantabria* y *El Vasauro*, 309.—D. Diego de Santisteban Osorio y sus cuarta y quinta partes de *La Araucana*, 323.—D. Juan de Mendoza y Monteagudo, 325.—Hernando Alvarez de Toledo y su *Purén indómito*, 328.—Melchor Xufré del Aguila, 331.—D. Francisco Núñez de Pineda, 333.—Fr. Juan de Barrenechea y Albis, 336.—La enseñanza en Chile, 337.—*La Tucapelina de Pancho Millaleubu*, 339.—Literatura popular, 339.—La *Ensalada poética*, de D. Manuel Fernández Ortelano, 340.—El Teatro en Chile, 341.—Camilo Henríquez, 342.—D. Bernardo de Vera y Pintado y el himno nacional de Chile, 347.—D. Ventura Blanco Encalada y D. Juan Egaña, 350.—D. José Joaquín de Mora, 351.—Influencia de Andrés Bello en Chile, 357.—D. Domingo Faustino Sarmiento y la demagogia literaria, 359.—D. Salvador Sanfuentes, 364.—Poetas del *Semanario de Santiago*, 365.—Doña Mercedes Marín y su *Canto fúnebre*, 366.—La *América poética*, de Valparaíso, 368.—Fundación de la Universidad de Santiago, 369.—Periódicos literarios, 370.—D. Domingo Arteaga Alemparte y otros poetas contemporáneos, 371.

CAPÍTULO XII

República Argentina.

Obras históricas de Ulrico Schmidel y de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 373 y 374.—D. Martín del Barco Centenera y su *Argentina*, 374.—Bernardo de la Vega, 380.—Luis Pardo, 381.—La Universidad de Córdoba del Tucumán, 383.—La Imprenta en el Paraguay, 385.—La expulsión de los jesuítas y sus consecuencias, 387.—La enseñanza en Buenos Aires, 391.—El Teatro y la Imprenta en esta ciudad; los periódicos, 393.—Poetas del *Telégrafo*, 397.—D. Manuel José de Labarden y el fragmento de su tragedia *Siripo*, 399.—D. José Prego de Oliver, 401.—D. Vicente López y Planes y *El Triunfo argentino*, 405.—D. Esteban de Luca y D. Juan Crisóstomo Lafinur, 407.—D. Juan Antonio Miralla, 408.—Juan Cruz Varela, 415. D. Florencio Varela, 429.—D. Ventura de la Vega, 430.—D. Esteban Echeverría, 442.—D. Vicente Fidel López y D. J. B. Alberdi, 455.—Don Félix Frías y D. Juan María Gutiérrez, 456.—D. José Rivera Indarte y José Mármol, 458.—Olegario V. Andrade, 461.—Carlos Encina, 465.—Literatura gauchesca, 466.—Bartolomé Hidalgo, 468.—Estanislao del Campo, 469.—Hilario Ascasubi, 473.—José Hernández y su poema *Martín Fierro*, 473.

CAPÍTULO XIII

Uruguay.

Sus orígenes, 479.—D. Francisco Acuña de Figueroa, 480.—D. Bernardo P. Berro, 483.—D. Adolfo Berro y Juan Carlos Gómez, 485.—D. Alejandro Magariños Cervantes, 486.—Heraclio C. Fajardo y D. Pedro P. Bermúdez, 488.

ÍNDICE DE PERSONAS DEL TOMO I (1)

Abad (P. Diego José). 87, 88, 89, 112.
Abad y Lasierra (Iñigo). 330, 334.
Abreu (Casimiro de). 163, 367.
Acevedo (Fr. Martín de). 55.
Acosta (Cecilio) 413.
Acosta (José Julián de). 334, 335, 347.
Acuña (Esteban). 175.
Acuña (Manuel). 159, 161, 162, 163, 166, 170.
Achutegui (José de). 334.
Aguado (J.). 341, 348.
Agüeros (Victoriano). 67, 115, 129, 133, 152, 168.
Aguilera (Ventura). 414.
Aguirre (Luis Pedro). 175.
Agustín (San). 29.
Ahumada (Teresa de). Véase Teresa de Jesús (Santa). 84.
Alarcón (Fr. Francisco). 175.
Alarcón (Pedro A.). 402, 404, 407.
Alaria (Aurelio S.). 341.
Alba (Bartolomé de). 55.
Alba y Monteagudo (Mariano José). 217.
Alcazar (Bachiller Juan de). 65.
Alcalá (Antonio). 202.
Alcalá Galiano (Dionisio). 202.
Alcaraz (Ramón Isaac). 170, 171.
Alciato (Andrés). 25.
Alcudia (Condesa de). 116.
Alegre (P. Francisco Javier). 87, 89, 90, 91, 92.
Alegría (El impresor). 193.
Alejandro Magno, 90, 92, 411.
Alemán (Mateo). 36, 64.
Alembert (Juan le Rond d'). 161.
Alfieri (Victor). 109, 112, 152, 248, 266.
Alfonso (El Bachiller), seudónimo de D. Ramón de Palma y Romay, 286.
Alfonso (Graciliano). 336.
Alfonso (José Luis), Marqués de Montelo. 287.
Alighieri (Dante). 145 y 344.
Alonso (Fr. Juan). 175.
Alonso (Manuel). 338, 339.
Almeida Garrett (Juan Bautista). 251.
Alpuche (Wenceslao). 107, 170.
Altamirano (Ignacio María). 115, 133, 156, 157, 158, 167, 170.
Altamirano (Fr. Juan). 206.
Alvarado (Pedro de). 53, 117, 132, 176.
Alvarez (A). 216.
Alvarez (Francisco). 348.
Alvarez (P. Manuel). 25.
Alvarez (Miguel de los Santos). 199, 200, 402.
Alvarez de Azevedo. 163.
Alvarez de Castro (Miguel). 191, 192.
Alvarez Toledo (Fr. Juan Bautista). 175.

(1) A la conclusión de las *Obras completas* del sabio polígrafo Menéndez y Pelayo se publicará un tomo con los índices personal, geográfico, de materias, y bibliográfico, que se necesitan para consultar con facilidad tan magna enciclopedia de Historia y de Literatura.

No obstante, cada obra llevará, al fin, los índices que le corresponden.

A causa de la premura con que se ha publicado el de personas mencionadas en la *Poesía hispano-americana,* van con separación las de cada tomo. En las demás obras irán juntas en un sólo alfabeto las de todos sus volúmenes.

Alzate (José Antonio de). 88, 100.
Amévas (Ignacio). 134.
Ampére (Juan Jacobo Antonio). 229.
Ampies (Beatriz de). 323.
Ampies (Juan de). 323.
Amunátegui (Miguel Luis). 362.
Amy (Francisco J.). 349, 350.
Anacreonte. 93, 97, 113, 336.
Andrade (Olegario). 145.
Andrade (Vicente de P.). 23, 36, 67, 68, 74, 97.
Andrés (El P.). 88.
Anece (Pedro). 175.
Angeles (Sor María Josefa de los). 358.
Angulo (El Licenciado). 324, 325.
Angulo (Fr. Luis). 175, 319.
Angulo (Luis de). 316, 317, 321.
Angulo Guridi (Javier). 311, 313.
Anleo (Fr. Bartolomé). 175.
Antonio (Nicolás). 57.
Apiano. 182.
Aramburo y Machado (M.). 272.
Arango (José de). 173 224.
Arango y Escandón (Alejandro). 151, 152, 153, 170, 171.
Aranzamendi (Jenaro). 349.
Arazoza y Soler (Imprenta de). 228.
Arboleda (Julio). 144, 145, 278.
Arciniega (Claudio de). 26.
Arco Agüero (D. Felipe del). 118.
Arcos (Duque de). 314.
Arévalo (Fr. Bernardino). 175.
Arévalo (Faustino).
Arévalo (Sebastián de). 183, 188, 314.
Arguijo (Juan de). 152, 394.
Aristóteles. 11.
Arias (P. Antonio). 175.
Arias Montano (Benito). 141.
Ariosto (Luis). 56, 57, 92, 392.
Arolas (El P. Juan). 163.
Armas y Céspedes (José de). 213.
Armuna (Ezequiel), seudónimo de Manuel Zequeira. 226.
Arnault (Mr.). 242.
Arochena (Fr. Antonio). 175.
Arrázola ó Arrazola (Fulano). 40.
Arriaza (Juan Bautista). 147, 192, 252, 359, 373, 383.
Arriola (P. Juan de). 68.
Arrivillaga (P. Alonso de). 175, 182.
Arróniz (Marcos). 106, 133.
Arvelo (Rafael). 414.
Asbaje y Ramírez de Cantillana (Sor Juana Inés de la Cruz). 82, 84.
Asher (A.). 15.
Augier (Emilio). 272.
Augusto (Octavio). 12, 88, 92.
Auñón (Marqués de). 408.
Avellaneda (Gertrudis Gómez de). 19, 74, 214, 229, 257, 264 á 272, 274, 285, 287.
Avilés (Fr. Esteban). 175.
Ayerra y Santa María (Licenciado Francisco). 71, 333.
Azcárate (Nicolás). 212, 275, 281.
Azpeitia (Ignacio de). 182.
Azucena (Adolfo de la), seudónimo de Zenea. 280.

Backer (P.). 188.
Bacon (Francisco). 94.
Bachiller y Morales (Antonio). 216, 218, 219, 223, 247, 253.
Balboa Troya y Quesada (Silvestre). 216.
Baldorioty de Castro (Román). 335.
Balli (Jerónimo). 65.
Balli (Pedro). 36.
Balmes (Jaime). 135.
Balseiro (J. B.). 349.
Bances Candamo (Francisco Antonio de). 74.
Bañoger de Sageliu y Gielbas, anagrama de Simón Bergaño y Villegas, 190.
Baños y Sotomayor (Diego de). 356.
Baralt (Luis Alejandro). 226, 356, 357, y 393 á 400.
Baralt (Rafael María). 19, 171.
Barca (Fr. Joaquín de la). 175.
Barclayo (Juan). 89.
Barradas (Isidro). 111.
Barrera (Cayetano Alberto de la). 217.
Barrios (Domingo de). 179.
Barrutia (Salvador). 201.
Bartrina (Joaquín María). 348.
Bassoco (José María). 172.
Batres (Alonso de). 293.
Batres (Juan). 175.
Batres Jáuregui (Antonio). 190.
Batres y Montufar (José). 184, 194 á 202.
Bautista (Fr. Juan). 55.
Beaumarchais (Pedro Agustín Carón de). 112.
Beauzée (Nicolás). 368.
Becerra (Fr. Francisco). 175.
Becq de Feuquières. 137.
Bécquer (Gustavo Adolfo). 158, 162, 348.
Bedier (Mr.). 244.
Bejarano (Lázaro). 322, 323, 324, 325, 326.
Bello (Andrés). 16, 61, 144, 187, 191, 192, 194, 237, 238, 249, 278, 289, 339, 353, 357, 358, 359, 360, 362,

363, 364, 366 á 375, 377 á 389, 391, 392, 394, 396, 400, 415.
Bello y Chacón (Federico). 168.
Belmonte Bermudez (Luis de). 55, 64, 65.
Benavente o Motolinia (Fr. Toribio). 53.
Benisia (Alejandro). 348.
Benítez de Gautier (Alejandrina). 337, 347, 348, 349.
Bergaño Villegas (Simón). 190, 191, 227.
Beristain y Sousa (José Mariano). 55, 66, 67, 68, 70, 72, 88, 93, 106, 109, 175, 178, 183, 188, 219.
Bermúdez (Anacleto), *Fileno*. 227, 252.
Bermúdez y Alfaro (Licenciado Juan). 55.
Bermúdez de Castro (Salvador). 123, 278.
Berrío y Valle (Juan). 175, 176.
Betancur (Fr. Alonso). 176.
Betancur (Fr. Rodrigo de Jesús). 176.
Betanzos (Fr. Pedro de). 176.
Beteta (Ignacio). 189, 191.
Bethencourt (A.). 358, 394.
Billini (Francisco Gregorio). 313.
Blanco (José María). 360.
Blanco (Luis Alejandro). 413.
Blanchié (Francisco Javier). 287.
Bocanegra (El P. Matías de). 68.
Boileau (Nicolás). 92, 93, 97.
Boix (El impresor). 286.
Bolívar (Simón). 105, 112, 144, 234, 242, 353, 356, 360, 389, 390, 411.
Boloña (Esteban Jose). 219.
Bonaparte (Napoleón). 258, 271, 411.
Bonilla (Alonso de). 50.
Bonpland (Mr.). 354.
Boscán (Juan). 26.
Boyardo. 391, 392.
Braga (Teófilo). 163.
Braganza (María Isabel de). 116.
Bramón (Francisco). 66.
Brau (Salvador). 349.
Bravo (Dr.). 324.
Bravo (Nicolás). 24.
Bretón de los Herreros (Manuel). 113, 120, 121, 129, 198, 199.
Bringas Manzanedo (Fr. Diego). 88.
Brocense (Francisco Sánchez, el). 22, 137.
Brown (Dr.). 365.
Bruto (Marco). 231, 233.
Bryant (Guillermo Cullen). 282, 350.
Büchner (Federico). 159.
Bunee (Mr.). 247.
Burgos (Miguel de). 58, 121.
Bustamante (P.). 50.
Bustillo (Pedro J.). 206.
Bustillos (José M.). 170.
Buterweck. 172.
Byron (Lord). 111, 123, 164, 197, 205, 238, 239, 267, 271, 372, 391, 404, 408.

Caballero (Fr. Ignacio). 176.
Caballero (José Agustín). 215, 218, 220.
Caballero y Ontiveros (Felix). 222.
Cabanyes (Manuel de). 147.
Cabrera (Cristobal de). 23, 324, 337.
Cáceres (Dr.). 324, 325, 326.
Cáceres (P. Antonio). 176, 182.
Cadalso (José). 199.
Cadena (Fr. Carlos). 176.
Cadena (Fr. Felipe). 176, 183.
Cagiga y Rada (Agustín). 176.
Calabria (Duque de). 291.
Calcagno (Francisco). 216, 257.
Calcaño (José Antonio). 415.
Calcaño (Julio). 358, 359.
Calderón (Viuda de Bernardo). 68, 70, 71, 72, 73.
Calderón (Bernardo). 333.
Calderon (Fernando). 128, 129, 170, 171.
Calderón de la Barca (Pedro). 55, 63, 82, 114, 123, 124, 126, 372, 374.
Calino de Éfeso. 172.
Calleja (P. Diego). 76, 82, 83.
Camacho Gayna (Juan de). 82.
Camacho Roldán (Salvador). 408.
Camber (Fr. Jorge). 330.
Cambiaso (Nicolás María de). 113.
Camoens (Luis). 94, 342.
Campbell (Tomás). 242, 243.
Campe (Tiburcio). 249.
Campeche (José). 40, 336, 340, 348.
Campo Rivas (Manuel). 176.
Campoamor (Ramón de). 162, 312.
Campos (Diego de). 217.
Campuzano (Joaquín Bernardo). 193.
Canales (Hernando de). 300.
Canella y Secades (Fermín). 228.
Cano (Melchor). 90.
Cánovas del Castillo. 229, 245.
Cañas (P. Bartolomé). 176.
Cañete (Manuel), 272, 283, 340, 363.
Capmany (Antonio) 369.
Cárdenas (Fr. Juan). 176.
Cárdenas (Fr. Pedro). 176.
Cárdenas y Chaves (Miguel de). Marqués de San Miguel. 287.
Cardona (Ursula). 349.
Carlé (Martín). 338.

Carlos II. 70, 74, 183.
Carlos III. 87, 357.
Carlos IV. 109, 374.
Carlos V. 21, 26, 295.
Caro (J. Eusebio). 144.
Caro (Miguel Antonio). 192, 223, 362, 367, 376, 383, 387, 392.
Carpegna (Ramón E. de). 338.
Carpio (Manuel). 103, 134, 148, 149, 150, 151, 158, 170.
Carracedo. (Juan). 176.
Carrasco del Saz (Francisco). 176.
Carrer (Luis). 152.
Carrillo (Catalina). 30.
Carvajal (Ana de). 318.
Casas (Fr. Bartolomé de las). 22, 25, 176, 291, 292.
Casas (Luis de las). 219.
Casellas Rivas (Roberto). 107.
Castellanos (José). 311.
Castellanos (Juan de). 215, 294, 322, 323, 331, 354.
Castellar (Conde del). 42.
Castí (Juan Bautista). 196, 197, 346.
Castilla (José María). 193.
Castilla (Pedro de). 305.
Castillo (Fr. Fernando). 182.
Castillo (Francisca del). 30.
Castillo (José del). 195, 228.
Castillo (Pantaleón). 313.
Castillo y Lanzas (Joaquín María). 105, 110, 111.
Castorena y Ursúa (Juan Ignacio). 83, 84.
Castro (P. Agustín de). 93, 94, 96, 98, 99.
Castro (Guillén de). 255.
Castro (Dr. José Agustín de). 99.
Castro (Fr. Pedro). 176.
Castro (Manuel Felipe). 339.
Castro (Rafael). 339.
Catalina (Mariano). 408.
Catón. 233.
Cavailhou (M. A. Mateo). 337.
Cayrasco de Figueroa (Bartolomé). 179.
Ceo (Sor María do). 81.
Ceo (Sor Violante do). 77.
Cepeda (María del Rosario). 113.
Cepeda (Teresa de). Véase Teresa de Jesús (Santa). 84.
Cerda (Thomas Antonio Lorenço Manuel de la), conde de Paredes, Marqués de la Laguna. 74.
Cervantes (Miguel de). 37, 66, 178, 255, 315.
Cervantes de Salazar (Francisco). 22, 23, 24, 26.
César (Julio). 47, 226, 411.
César (P. Adriano). 36.
César (Cornelio Adriano). 65.
Céspedes (José María). 213, 281.
Céspedes (Pablo de). 382, 383.
Cetina (Gutierre de). 26, 27, 28, 29, 30, 38, 39, 64.
Cid (El). 370, 371.
Cid (Fr. Juan de Dios). 176, 184.
Cienfuegos (José). 104, 126, 134, 220, 239, 240, 241, 248, 396.
Cisneros (José Luis de). 356.
Cisneros Cámara (Antonio). 170.
Clarke (P. Guillermo). 86.
Claudiano. 56.
Clavijero (P.) 43, 93.
Coello (Antonio). 343.
Colombini (El Conde). 224.
Colón (Cristóbal). 291, 294, 339, 394.
Colón (Diego de). 294, 323.
Colón y Colón (Juan). 301.
Colón Machado (Joseph Manuel). 69.
Colonna (Victoria). 268.
Coll y Britapaja (José). 348, 349.
Coll y Toste (Cayetano). 330, 331, 349.
Collado (Casimiro del). 150.
Comas (Juan Francisco). 340, 348, 349.
Comella (Luciano Francisco). 100.
Condillac (Esteban Bonnot de). 368.
Constantino (El Emperador). 54.
Copérnico (Nicolás). 70.
Corchado (Manuel). 348, 349.
Cordero (Fr. Juan). 176.
Córdoba (Fr. Matías). 176, 184, 189, 190.
Córdoba (Pedro Tomás de). 334, 336.
Corneille (Pedro). 64, 152.
Cortés (Domingo). 311.
Cortés (Hernán). 18. 22, 27, 38, 40, 42, 44, 53, 85, 87, 93, 132, 225.
Cortina (Conde de la). 107, 172, 250.
Cortón (Antonio). 349.
Coruña (Conde de). 49.
Cotarelo (Emilio). 114, 123, 300.
Coto (Fr. Tomás). 176.
Couto (José Bernardo). 134, 150, 151, 152.
Covarrubias (Sebastián de). 134.
Crebillón (Próspero Jolyot de). 248.
Crisófilo Sardanápalo. (Véase Tapia y Rivera.)
Cristina (Reina). 261.
Cromberger (Juan). 23.
Cruz (Fernando). 202.
Cruz (Sor Juana Inés de la). 68, 73, 74, 75, 76, 77, 80, 81, 158, 167, 170.
Cuéllar (José T. de). 170.

Cuenca (J. Agustín). 170.
Cuenca (Salvador de). 40.
Cuervo (Rufino J.). 367.
Cueva (Claudio de la). 33.
Cueva (Juan de la). 33, 39, 64.
Cumplido (El impresor). 147.

Chabot de Bouin (Julio). 115.
Chacón (José María). 335.
Chateaubriand (Francisco Renato, vizconde de). 125, 150, 240, 243, 244, 245.
Chenier (Andrés). 56, 136, 137, 204 205.
Chenier (José María). 248.
Chevremont Darvinguy. 308.
Chiapa (Obispo de). 176.
Chimalpopoca (Faustino). 145.

Dalmau, impresor. 336.
Dallo y Lana (Miguel Mateo). 74.
Damas Hinard (Mr.). 370, 371.
Daoiz (Luis). 242.
Darío (Rubén). 211.
Daubon (José Antonio). 349.
Dávalos (Fr. Luis). 176.
David. 142.
Dávila (Fr. Antonio). 176.
Dávila (José J.). 349.
Dávila Fernández de Castro (Felipe). 308, 313.
Delarue (Mr.). 334.
Delavigne (Casimiro). 115, 133, 242, 250.
Delgado (Rafael). 170.
Deligne (Gastón Fernando). 310, 313.
Delille (Jacobo). 381.
Delio (seudónimo de Francisco Iturrondo. 249.
Delmonte (Domingo). 227, 228.
Derkes (Eleuterio). 349.
Dessalines (Juan Jacobo). 302.
Destutt Tracy (Antonio). 368.
Dewal, seudónimo de Ignacio Valdés Machuca. 227.
Díaz (José Domingo). 358.
Díaz (José de Jesús). 134, 170, 171.
Díaz (Ramón). 393.
Díaz del Castillo (Bernal). 38, 44, 125, 176.
Díaz Covarrubias (Juan). 133, 134.
Díaz de Espada y Landa (Juan José). 218.
Díaz Fraile (Manuel). 188.
Díaz de León (Francisco). 24, 52, 84, 93, 155.
Díaz Mirón (Salvador). 170.
Diderot (Dionisio). 161, 275, 382.
Didot (Julio). 228.
Diéguez (Juan). 173 203, 204, 205.
Diéguez (Manuel). 203, 205.
Díez (Federico). 369.
Dighero (Fr. Miguel). 176.
Diocleciano. 54.
Domínguez (José J). 349, 350.
Domínguez (Ricardo). 170.
Donnamette (A.). 129, 133.
Donoso Cortés (Juan). 398.
Dorantes de Carranza (Baltasar). 40.
Dou (Ramón Lázaro de). 367.
Dozy (R.). 370.
Du-Marsais (M.). 368.
Duarte (Juan Pablo). 306.
Dubeau (José). 313.
Ducis (Juan Francisco). 248.
Dueño Colón (Manuel). 349.
Dumas (Alejandro). 266, 272.
Durán (Agustín). 369.
Durón (Rómulo E.) 206, 208, 209, 211.
Durón (Valentín). 206.
Duval (Alejandro). 114.

Echagoya (Licenciado). 324, 325.
Echavarría y O'Gavan (Prudencio). 228.
Echevarría (José Antonio). 286.
Echevarría del Monte (Encarnación). 309, 313.
Echeverría (Hernando). 337.
Echeverría (Juan Manuel). 339, 145.
Echevert (Francisco). 176.
Echezuria, 358.
Eguiara y Eguren (José). 67, 68.
Eichhoff (Federico Gustavo). 137.
Elzaburu y Vizcarrondo (Manuel). 347, 349.
Encina (Juan del). 208.
Enciso Castrillón (Felix). 114, 120.
Enriquez (Alonso). 176.
Enriquez (Enrique), 313.
Enriquez (Martín). 49.
Enriquez y Carvajal (Federico). 312, 313.
Ercilla (Alonso de). 40, 117, 125.
Escalante. (Félix M.). 133, 147, 151.
Escalera (Dr.). 357.
Escalona (Dr.). 358.
Escobar (Alonso de). 355.
Escobar (Eloy). 414.
Escobedo. 228.
Escoiquiz (Juan de). 45.
Escoto (Juan Duns). 249.
Esopo. 113.
Espada y Landa (El Obispo). 227, 252.
Espinel (Vicente). 43.
Espino (Fr. Fernando). 176.

Espinosa de los Monteros (Antonio). 87.
Espronceda (José). 123, 126, 162, 164, 199, 242, 254, 269, 402.
Essex (Conde de). 342.
Estacio. 56.
Esteva (Adalberto A.). 170.
Esteva (José M.). 170.
Estrada y Zenea (Ildefonso de). 340.
Euclides 113.
Eurípides. 57, 97, 255.
Évoli (príncipe de). 314.
Evreux (Roberto de). 343.

Fabri (P. Manuel). 88, 90.
Fabián y Fuero (El Obispo). 84.
Fadrique (Rey de Nápoles). 291.
Fagundes Varela. 163.
Falla (Salvador). 205.
Farfán. 24.
Faxardo (Andrés). 38.
Fedro. 93, 96.
Feijóo (Benito Jerónimo). 73.
Felipe II. 21, 330.
Felipe III. 65.
Felipe V. 101.
Fellón (Tomás Bernardo). 380.
Fenelón (Francisco de Salignac de la Mothe). 95.
Fenesa (Presidente). 207.
Fernández (Fr. Alonso). 182.
Fernández (Juan). 321.
Fernández (Mannel). 87, 308.
Fernández (Manuel Rufo). 335.
Fernández Cuesta (Nemesio). 393.
Fernández Duro (Cesáreo) 355.
Fernández de Fuenmayor (Ruy). 356.
Fernández de Gorostiza (Pedro). 113.
Fernández Guerra (Aureliano). 93.
Fernández Guerra (Luis). 37, 63.
Fernández Granados (Enrique). 170,
Fernández Juncos (Manuel). 331, 347, 348.
Fernández de León (Diego). 73, 74, 75.
Fernández Lizardi (José Joaquín). 99, 100, 157.
Fernández Madrid (José). 228, 412.
Fernández de Moratín (Leandro), 113, 114, 118, 120, 121, 144, 203, 348, 372, 373.
Fernández de Moratín (Nicolás). 44, 45, 99, 217.
Fernández de Oviedo (Gonzalo). 125, 291, 292, 293, 323.
Fernández de Santa Cruz (Manuel).
Fernández Talón (Bartolomé). 68.
Fernández de Virués (Bartolomé). 354.
Fernando III, el Santo. 188.
Fernando VII. 105, 109, 114, 116, 121, 193, 248.
Ferrer (P. Buenaventura). 223.
Ferrer Hernández (Gabriel). 331.
Feuillet (Octavio). 408.
Figarola y Caneda (Domingo). 213.
Figueredo et Victoria (Francisco). 188.
Figueroa (Fr. Antonio). 176.
Figueroa (Fr. Francisco). 176.
Figueroa (Rodrigo de). 323.
Filicaia (Vicente de). 408.
Finestres (Fr. Jaime). 367.
Flamant (Manuel M.). 243.
Flores (Alonso). 176.
Flores (Antonio). 164, 165, 166, 167.
Flores (José). 176.
Flores (Manuel María). 159, 163, 170.
Fontaine (D.). 264.
Fornaris (José). 216, 284, 288.
Forner (Juan Bautista Pablo). 203.
Fortanet (El impresor). 341.
Foscá (Francisco Javier), 304, 305.
Foscá (Narciso). 305.
Fóscolo (Hugo). 91, 228, 242.
Foxá y Lecanda (Narciso de). 339, 340.
Fracastor (Jerónimo). 184, 185, 380.
Francisco I. 291.
Freyre y Rivas (José R.). 349.
Frías (Duquesa de). 261.
Frías de Albornoz (Dr. Bartolomé). 22.
Fritz (P. Andrés). 112.
Fuensalida (Fray Luis de). 55.
Fuente (Diego de la). 65.
Fuente (Fray Diego José). 176.
Fuente (Vicente de la). 293.
Fuentes (Lorenzo Cruz de). 272.
Fuentes Guzmán (Francisco Antonio). 176, 182, 195.

Galeote (Gonzalo). 29.
Galván (El impresor). 112, 130.
Galve (Conde de). 101, 333.
Gallardo (Bartolomé J.). 34, 38, 39, 99, 115, 172, 250, 360.
271, 310, 373.
Gallego (Juan Nicasio). 74, 112, 147, 225, 229, 242, 250, 252, 261, 268, 271, 272, 310, 372, 373, 395.
Gámbara (Pablo). 344.
García Hermanos (imprenta). 310.
García (Gabriel José). 123.
García Blanco (Antonio M.). 150.
García y Godoy (Federico). 313.
García Goyena (D. Rafael). 190.
García Gutiérrez (Antonio). 45, 115, 116, 123, 128, 168.

García Icazbalceta (Joaquín). 23, 24, 25, 26, 39, 42, 43, 46, 47, 48, 50, 52, 54, 58, 67, 87, 90, 93, 323.
García Infauzón (Juan). 83.
García de Palacio (Diego). 24.
García de Quevedo (Heriberto). 19, 344, 400, 404, 405, 406, 407.
García Rengifo (Diego). 179 á 182.
García del Río. 360, 361.
García Tassara (Gabriel). 123, 274.
García Torres (Vicente). 129.
García de Villalba (José). 250.
Garnier (Mr.). 163, 167, 229, 231, 248, 272, 282.
Garrido (Diego), 66.
Gaspar y Roig. 243.
Gautier (Teófilo). 343, 349.
Gautier y Benitez (José). 347, 349.
Genlis (Mad. de). 256.
Gesner (Salomón). 93, 97.
Gil (Enrique). 204.
Gil Fortoul (José). 359.
Gil Salomé. Véase Milla (José). 205.
Gil y Zárate (Antonio). 121.
Gimbernat (El impresor). 337.
Gobantes (José Agustín), 228.
Goethe. 246, 344, 404.
Goicuria (Domingo), 281.
Gómez (Crescencio). 206.
Gómez (Ignacio). 205.
Gómez (Fr. Juan). 300, 301.
Gómez (Rafael). 170.
Gómez de Avellaneda (Gertrudis). Véase Avellaneda (Gertrudis Gómez de).
Gómez Carrillo (Agustín). 173.
Gómez de la Cortina (José). 170, 171.
Gómez Hermosilla (José Mamerto). 45, 251, 372.
Góngora (Luis de), 64, 66, 71, 81, 89, 112, 180, 212, 258, 394.
González (Anibal). 358.
González (Fr. Diego). 99, 103, 104.
González (Ernesto). 170.
González (José Marcos). 311.
González (José María). 305.
González (Juan Gualberto). 193.
González (Juan Vicente), 413.
González (Justo P.). 170.
González (Manuel M.). 170.
González del Alamo (Francisco). 219.
González de Acuña (Antonio). 356.
González Dávila (Gil). 330.
González de Eslava (Fernán). 36, 47 á 52, 54, 170, 171.
González Font (José). 331, 341, 347.
González Obregón (Luis). 100.
González Pedroso (Eduardo). 337.
González del Valle (Emilio M.). 257, 261.
González del Valle (Manuel). 252.
Gonzalo Roldán (José). 287.
Gorostiza (Manuel Eduardo de). 17, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 129, 170.
Gorostiza y Cepeda (Pedro de). 115.
Goya (Francisco de). 403.
Graíño (Antonio). 177, 222, 227.
Granados (María Josefa). 193.
Granados Maldonado (Francisco). 133.
Gray (Tomás), 205, 228, 247.
Grégoire (Obispo). 308.
Gregorio XIII, 54.
Gregorio XVI. 207.
Gregorio Nacianceno (San). 25.
Grocio (Hugo). 367.
Grosfo. 137.
Grossi (Tomás). 279.
Guad-el-Jelú (Marqués de). 404.
Gualterio (Jacobo). 182.
Guardia (Heraclio M. de la). 348.
Guardiola (Esteban) 209.
Guatimozin, 125, 132.
Guasp (J.). 337.
Güel y Renté (José). 287.
Guerra (Fr. García), Arzobispo de México. 36.
Guerrazzi (Francisco Domingo). 407.
Guerrero (Dolores). 167.
Guevara (Juan de). 82.
Guiteras (Pedro José). 249, 264.
Guridi (Javier Angulo). 308.
Gutiérrez (Fr. Juan). 300.
Gutiérrez (D. Juan María). 18, 104, 106, 111, 151, 152, 190, 306.
Gutiérrez Barreda (Luisa). 193.
Gutiérrez de Cos (Pedro). 335.
Gutiérrez Nagera (Manuel). 170.
Gutiérrez Zamora (José Manuel), 206.
Guzmán (Ana de). 318.
Guzmán (Diego de). 316.
Guzmán (Francisco de). 170.
Guzmán (Francisco Antonio). 179.
Guzmán (Francisco de Paula). 153, 171, 173.

Habré (Carlos). 219.
Hall (Eduardo). 205.
Hamilton (Guillermo). 365.
Hartzenbusch (Juan Eugenio). 48, 63, 64, 114, 123, 173, 266, 301.
Hazañas y la Rua (Joaquín). 27.
Hegel (Jorge Guillermo Federico). 161, 344.
Heine (Enrique). 162, 164, 200, 415.
Hemans (Mrs.). 111.

Heredia (José Francisco). 229.
Heredia (José María). 16, 129, 132, 134, 138, 144, 170, 171, 187, 194, 214, 225, 227, 228 á 236, 239, 240, 241, 243 á 249, 251, 257, 265, 271, 274, 284, 287, 288, 289, 305, 357, 373.
Heredia (Manuel Jesús). 313.
Heredia (Nicolás). 313.
Hernández (Carmen). 348.
Hernández (Francisco). 58.
Hernández Melgarejo (Alonso). 327.
Hernández de la Nava (Bartolomé). 27.
Herrera (Antonio de). 44, 147.
Herrera (Beatriz de). 326.
Herrera (Fernando de). 31, 32, 33, 39, 137, 180.
Herrera (Jorge de). 354.
Herrera Dávila (Ignacio). 250.
Hervás y Panduro (Lorenzo). 88.
Hesiodo. 97.
Hesnault (M.). 359.
Hidalgo y Costilla (Miguel). 105.
Hierro (Agustín del). 180.
Híjar y Haro (Juan B.). 170.
Hipócrates. 151.
Hipólito Vera (Bachiller Fortino). 70.
Hita (Juan Ruiz, Arcipreste de). 197.
Hoffmann (Guillermo Amadeo). 401.
Hojeda (Fr. Diego de). 332.
Holland (Lord). 360.
Homero. 71, 90, 91, 92, 96, 257.
Horacio. 92, 93, 97, 123, 136, 137, 146, 172, 193, 206, 238, 336, 358, 374, 378, 414.
Hostos (Eugenio María). 311.
Huber (Mr.). 371.
Hugo (Víctor). 123, 124, 164, 167, 204, 212, 243, 266, 372, 391.
Húmara (Rafael). 251.
Humboldt (Alejandro), Barón de. 222, 354, 357, 382.
Hunt (Mr.). 350.
Hurtado de Mendoza (Diego). 30.

Icaza (Francisco A. de). 36.
Iglesias (José). 99, 112.
Ignacio de Loyola (San). 65.
Illas (Juan José). 308.
Inocencio XIII. 218, 356.
Iriarte (Tomás). 99, 203, 358.
Iriondo (Fr. José). 176.
Irisarri (Antonio José de). 202, 203, 204.
Isabel (Santa). 72.
Isabel I de Inglaterra. 342.
Isabel II. 261, 337, 407.
Isla (P. José Francisco de). 389.
Itúrbide (Agustín). 105, 106, 108, 231.
Itúrbide (Miguel María). 176.
Itúrbide (Fr. Pedro). 176.
Iturriaga (P. Manuel Mariano de). 188.
Iturrondo (Francisco). 249, 250, 252.

Janer (Florencio). 371.
Jáuregui (Licenciado Joseph de). 100.
Jerez de los Caballeros (Marqués de). 65.
Jiménez de la Espada (Marcos). 314, 315.
Jouffroy (M.). 366.
Jourdan (Louis). 264.
Jouy (Víctor). 248.
Jovellanos (Gaspar Melchor de). 203, 348, 363.
Juan (El Príncipe D.). 291.
Juan Bautista (San). 322.
Juan de la Cruz (San). 81, 141, 153.
Juan Nepomuceno (San). 72.
Juarros (Domingo). 176, 195.
Julia. Véase *Cruz* (Sor Juana Inés de la). 82.
Junqueira Freire (Luis José). 163.
Juvenal. 93, 97.
Juvenco. 89.

Kennedy (J.). 232, 243, 248, 249.
Kolhmann (Mario). 337.
Krummacher (Federico Adolfo). 172.

Ladehesa Verástegui (Jacinto). 75.
Ladrón de Guevara (Baltasar), 176.
Laelius a Vulpe. 99.
Lafontaine (Juan). 190, 196.
Lafraga (José María). 133.
Laguna (Marquesa de la). 73.
Lamartine (Alfonso). 126, 133, 136, 138, 146, 147, 242, 277.
Lampillas (Francisco (Javier). 88.
Landívar (P. Rafael). 184, 185, 186, 188, 380.
Lanuchi (Vicente). 24.
Lara (José Mariano). 152.
Larra (Mariano José de). 119, 120, 198.
Larrañaga (Bruno Francisco). 99, 100.
Larrañaga (José Rafael). 99.
Larrañaga (Miguel). 176.
Lastarría (J. V.). 362.
Lavastida (Miguel Alfredo). 313.
Ledesma (Fr. Bartolomé de). 24.
Ledesma Buitrago (Alonso de). 50.
Legouvé (Ernesto). 242.
Leibnitz (Godofredo Guillermo). 161.
Leigh. 350.
Leiva (Francisco de). 217.
León (Gaspar de). 30.

León (Fr. Luis de). 22, 81, 136, 139, 141, 145, 147, 152, 153, 309, 379, 406.
León (Nicolás). 25, 67, 84.
Leone (Evasio). 139, 141, 147.
Leopardi (Giacomo). 136, 282.
Lessing (Gotoldo Efraim). 116.
Letamendi (Agustín). 118.
Letona (Manuel). 176.
Liébana (Pedro de). 177.
Linares (Duque de). 101.
Lista (Alberto). 106, 110, 122, 203, 228, 229, 239, 242, 250, 253, 361, 371, 372, 373, 395.
Lobo (Gerardo). 359.
Lobo (Fr. Martín). 176.
Lobo y Lasso de la Vega (Gabriel). 45.
Locroy. 115.
Longfellow (Henry Wadsworth). 282, 350.
López (Gonzalo). 27.
Lopez (Fr. Juan). 300.
López (Narciso). 275.
López (Nicolás). 324.
López de Ayala (Ignacio). 381.
López de Briñas (Felipe). 287.
López Carvajal (Francisco). 170.
López de Gomara (Francisco). 44.
López de Hinojosa (Dr.). 24.
López de Legazpi (Miguel). 49.
López Méndez. 360.
López Portillo y Rojas (José). 170.
López Prieto (Antonio). 216, 223, 285.
López de Santa Ana (Antonio). 111, 129.
López de Sedano (José). 103, 383.
López Soler. 251.
López de Úbeda (Juan). 50.
Lorenzana (Francisco Antonio de). 78, 84.
Losada Piñeres (Juan Antonio). 393.
Loyola (San Ignacio de). 55.
Lozano (Abigail). 400, 408, 409, 410.
Luaces (Joaquín Lorenzo). 214, 216, 225, 258, 272, 273, 274, 275, 281, 287.
Lucano. 56, 212.
Lucas (Antón). 330.
Lucrecio Caro (Tito). 137, 161, 377.
Luis Fernando (Príncipe). 101.
Luna (Ambrosio de). 73.
Luque Butrón (Fr. Juan). 176.
Luz Caballero (José de la). 227, 251, 252, 263, 281.
Luzán (Ignacio). 99.

Llana (Fr. Ignacio). 176.
Llave (Pablo de la). 150.
Llopis (Joseph). 83.
Llorente (Vicente Daniel). 170.

Machado (Francisco Javier). 312, 313.
Maddens (R. R.). 257.
Madre de Dios (Fr. Ambrosio de la). 176.
Madrigal (Pedro). 42, 43, 45.
Magdalena (La). 322.
Maiquez (Isidoro). 114, 123.
Maitin (José Antonio). 408, 410, 412, 413, 414.
Maldonado (Licenciado). 324.
Maldonado (Alonso), 315, 326, 327.
Maldonado (Fr. Francisco). 176.
Mancera (Marqués de). 75.
Maneiro (P. Juan Luis). 77, 93, 94, 99.
Manso (El Obispo). 330.
Manzano (Juan Francisco). 257.
Manzoni (Alejandro). 110, 133, 136, 286, 405, 408.
Marcial, 180.
Margil de Jesús (Fr. Antonio). 99.
María Bárbara de Portugal, 188.
Marchena (Abate). 242.
Marín (Ramón). 340, 348, 349.
Marmol (José). 145.
Marmontel (Juan Francisco). 258.
Marón Dáurico. 227.
Marquez y Zamora (Francisco). 176.
Marroquín (Francisco). 177.
Martín (Lorenzo). 321.
Martínez (Miguel Jerónimo). 153, 170, 173.
Martínez (Rafael V.). 207.
Martínez (Saturnino), 213.
Martínez de Avileira (Lorenzo) 217.
Martínez Grande (Luis). 45.
Martínez de la Rosa (Francisco). 121, 228, 253, 261.
Martínez Silva (Carlos). 366.
Mascheroni (Lorenzo). 381.
Masot (Clemente). 197.
Massana (P.). 216.
Massebieau, 26.
Massieu (Guillermo). 380.
Mateos (Fernán). 355.
Matheu de Rodríguez (Fidela). 349.
Matilde (Condesa). 369.
Mattei (Saverio). 142, 147.
Maury (Juan María). 185, 384, 385.
Maximiliano I de México. 152, 415.
Medina (José Toribio). 66 á 68, 70, 74, 75, 84, 85, 177, 183, 188, 189, 191, 218, 219, 222, 223, 305, 334, 356, 357.
Mejía (Félix), 118.
Melgarejo (Ambrosio). 176.

Melgarejo (Juan). 330.
Meléndez Valdés (Juan). 99, 102, 104, 112, 191, 210, 241, 252, 372.
Mélesville (A. Honorato José Duveyrier). 114.
Melián (Fr. Pedro). 176.
Melo (Francisco Manuel de). 64.
Melón (Sebastián), 176.
Mena (Juan de). 120, 180.
Menandro. 64.
Méndez (Manuel), 323.
Méndez de Cuenca (Laura). 170.
Méndez Nieto (Alonso). 315.
Méndez Nieto (Juan). 314, 316, 317, 318, 319, 321, 322, 324, 326.
Mendive (Rafael María de). 272, 281, 282, 285, 287.
Mendivil. 361.
Menken (Adah). 278, 280.
Mendoza (Antonio de). 21, 23, 24, 55.
Mendoza (Fr. Antonio). 176.
Mendoza (Diego de). 26, 315.
Mendoza (Elvira de). 296.
Mendoza (Fr. Juan). 176.
Menéndez (Rodolfo). 107.
Menéndez Marqués (Francisco). 219.
Menéndez Pidal (Ramón). 371.
Mercuriano (P. Everardo). 54.
Merchan (Rafael). 279.
Merimée (Próspero). 146.
Mesicos y Coronado (Carlos). 176.
Mesonero Romanos (Ramón de). 118.
Mestanza (Juan de). 178.
Metastasio (Pedro Buenaventura). 205.
Mexía (Dr. Antonio). 29.
Mexía (Diego). 65.
Mexía (Luis). 22.
Michelet (Julio). 344.
Micheo (Juan José). 205.
Milá Fontanals (Manuel). 371.
Milanés (José Jacinto). 18, 214, 253, 254, 255, 256, 257, 287.
Milanés (Federico). 256.
Miltón (Juan). 93, 97, 109, 133.
Mill (James). 360, 366.
Milla (José). 205.
Millevoye (Carlos Huberto). 242.
Miniel (Antonio). 301.
Mira de Mescua (Antonio). 255.
Miralla (José Antonio). 228.
Miranda (Diego de). 355, 390.
Mirasol (Conde de). 335.
Mitjans (Aurelio). 216,
Moctezuma. 35, 124, 258.
Moleschott (Santiago). 159.
Molière (Juan Bautista Poquelin), 64, 120, 121.
Molina (Andrés de).
Molina (Fr. Antonio). 176.
Molina (Juan Ramón). 206.
Molina (Tirso de). 298, 300.
Molina Vigil (Manuel). 211.
Moneva de la Cueva (Basilio). 176.
Monje (José María). 347, 348, 349.
Monnier (Enrique Buenaventura). 91.
Monroy (Fr. José). 176, 179.
Montalbán (Juan Pérez de). 180.
Montalvo (Francisco Ant.onio). 176.
Monte (Domingo del). 171, 239, 250, 251, 252, 253, 261, 263, 284, 304, 306, 309, 340.
Monte (Félix María del). 308, 311, 313.
Monte (Ricardo del). 213, 214.
Monte y Tejada (Antonio del). 311.
Montejo (Catalina de). 326.
Montejo (Francisco). 326.
Montemayor (Jorge de). 317, 318.
Montenegro (Dr.). 357 358.
Montes (Toribio). 334.
Montes de Oca (Ignacio). 143, 146, 170.
Montesino (Fr. Ambrosio). 50
Montesquieu (Carlos de Secondat, Barón de). 272.
Monti (Vicente). 133, 145, 252.
Montoro (Rafael). 213.
Moore (Tomás). 205, 282, 283.
Mora (Emilio). 281.
Mora (José Joaquín). 116, 118, 199, 272, 393.
Morales (El impresor). 23.
Morales (Fr. Blas). 176.
Morales (P. Pedro de). 54.
Morales (Sebastián Alfredo de). 264.
Morales Marcano (Jesús María). 413, 414.
Morales y Morales (Vidal). 252, 263, 283.
Morante (Marqués de). 171.
Morcillo (Fr. Francisco). 176.
Morel-Fatio (Alfredo). 293.
Morelos y Pavón (José María). 106.
Morell de Santa Cruz (Pedro Agustín). 216.
Morera (Fr. José). 176.
Moreto (Agustín), 63.
Morillas (Francisco). 301.
Moscoso (Juan Elías). 313.
Mota (Félix). 309, 311, 313.
Moxó (Salvador de). 334.
Moya de Contreras (Pedro) 49, 54.
Muesas (Miguel de). 330.
Munguía (El obispo). 135.
Muñoz (Juan B.). 323.
Muñoz de Castro (Pedro). 72.

Muñoz del Monte (Francisco). 305, 306, 313.
Muro (Fr. Antonio de San José). 189.
Musset (Alfredo de). 164, 269, 275, 277, 282.

Narváez (Pánfilo de). 27.
Nava (Hernando de). 27, 28, 29, 30.
Navarrete (Fr. Manuel de). 102, 103, 104, 105, 108, 112, 113, 170, 191, 224.
Navas Spínola (Domingo). 358.
Nervo (Amado). 78, 84.
Netzahualcoyotl. 15.
Núñez (Fr. Roque). 81, 176.
Núñez Arenas (Isaac). 63.
Núñez de Balboa (Vasco). 292, 341, 342.
Núñez de Cáceres (José). 304.
Núñez Fesuño (Francisco). 176.

Ocharte (Melchior). 57.
Ochoa y Acuña (Anastasio). 88, 112, 113.
Ochoa y Arín (Tomás Cayetano de). 69.
O'Donnell (Leopoldo). 264, 404.
Olivas (Bachiller Martín de). 78.
Oliveres (Juan). 338.
Olivos (Blas de los). 219.
Olmedo (José Joaquín). 105, 111, 144, 147, 194, 220, 234, 357, 373, 374.
Olmos (Fr. Andrés de). 55.
Ollendorf. 310.
Oña (Pedro de). 58.
O'Reilly (Alejandro). 85, 330.
Orena, ú Oreña (Baltasar). 176, 178.
Orgaz (Francisco). 285.
Orozco (Diego López). 176.
Orsini (Abate). 406.
Ortea (Elena Virginia). 313.
Ortea (Juan Isidro). 311, 312, 313.
Ortega (Francisco). 105, 109, 110, 170.
Ortis (Jacobo). 228.
Ortiz (Luis G.). 145, 170.
O'Ryan (Juan Enrique). 177.
Osma (Leonor de). 27, 28.
Osores (Dr.). 66.
Ossian. 93, 97, 242, 249.
Otero Nolasco (José). 313.
Othon (Manuel José). 170.
Ovando (Leonor de). 296.
Ovecusí (P.). 182.
Ovidio. 24, 25, 56, 65, 112, 164, 180, 316.
Oviedo y Baños (José de). 58, 355, 356.

Pablo Apóstol (San). 322.
Pablos (Juan). 23, 25.
Pacheco (Francisco). 27, 30, 136.
Padilla (Juan José). 176, 242.
Padilla (José G.). 349.
Padilla (Manuel). 349.
Pagaza (Joaquín Arcadio). 93, 170, 186.
Palafox y Mendoza (Juan de). 84.
Palissy (Bernardo de). 340, 342.
Palma (Pedro de). 219.
Palma (Ricardo). 195.
Palma y Romay (Ramón de). 286, 287.
Pando (José María). 366.
Paniagua (Fr. Nicolás). 176.
Pardo (Francisco G.). 18, 414.
Paredes (Condesa de). 73, 76, 82.
Paredes (Conde de). 75.
Parini (Abate). 381.
París (Gastón). 114, 370.
Parra (Antonio). 219.
Parra (Porfirio). 170.
Pastrana (Francisco). 349.
Pastrana (Jacobo). 337.
Paula (Francisco José). 219.
Paulo III. 295.
Paz (El Príncipe de la). 120.
Paz (Fr. Álvaro). 176.
Paz (Nicolás). 176.
Paz Guitrones (Fr. Francisco). 176.
Paz y Salgado (Antonio). 176, 183.
Pedro el Cruel. 267.
Pellerano (Arturo B.). 313.
Pellerano (José Francisco). 312.
Penson (César Nicolás). 313.
Peña y Reinoso (Manuel de Jesús). 311, 313.
Peón Contreras (José). 107, 170.
Peón del Valle (José). 107, 170.
Peralta (Diego Miguel de). 86.
Peralta (Francisco de). 27, 28, 29.
Peralta (M. M.). 175.
Peralta Barnuevo (Pedro de). 70.
Perdomo (Josefa Antonia). 311, 313.
Peredo (Manuel). 170, 172.
Pérez (José Joaquín). 168, 310, 312, 313.
Pérez de Acevedo (Luciano). 213.
Pérez Bonalde (J. A.). 415, 416.
Pérez de García Torres (Josefina). 170.
Pérez de Herrera (Cristóbal). 293.
Pérez de Oliva (Maestro Hernán). 22.
Pérez Ramírez (Juan). 54.
Pérez y Ramírez (Manuel María). 226.
Pérez Salazar (Ignacio). 170.
Persio (Aulo). 97, 153, 169.
Pesado (Isabel). 170, 171, 172, 173.
Pesado (José Joaquín). 103, 109, 129,

134 á 139, 141 á 152, 158, 170 á 173, 249.
Pescara (Marquesa de). 268.
Petronio. 238.
Peza (Juan de Dios). 158, 170.
Pezuela (Juan de la). 281, 338.
Phylotea de la Cruz (Sor Juana Inés de la Cruz). 73, 83.
Picón Febres (Gonzalo). 416.
Pichardo (José Francisco). 311, 313.
Pichardo (Manuel S.). 213.
Piferrer (Pablo). 248.
Pilcyo (Aufidio). Véase Colombini (El Conde).
Pimentel (Francisco). 46, 91, 101, 115, 133, 146, 157.
Pindemonte (Hipólito). 242.
Pineda (Licenciado). 324.
Pineda Ibarra (Joseph de). 183.
Pineda Ibarra (Juan de). 177, 179.
Pineda y Polanco (Blas). 176.
Piñeiro (Enrique). 229, 231, 232, 234, 248, 249, 259, 260, 264, 273, 281, 282.
Pisauri (Ferdinandi). 93.
Pita (Santiago de). 217.
Pitillas (Jorge). 203.
Pizarro (Francisco). 117.
Plácido. 261, 263, 287.
Plauto. 391.
Plinio. 58, 293.
Pobeda (Francisco). 285.
Poe (Edgard). 401.
Poey (Felipe). 215, 228, 253.
Polanco (Gregorio). 178.
Polavieja (Camilo). 213.
Policarpo Valdés (José), *Polidoro*. 252.
Poliziano (Angelo). 184.
Polo (Gil). 103.
Pombo (Rafael). 238, 278.
Pompeyo. 226.
Ponce (Marta). 248, 314.
Ponce y Font (Bernardo). 107.
Ponce de León (Juan). 329.
Ponce de León (Nestor). 216, 247.
Pontano (Juan Joviano). 184, 380.
Pope (Alejandro). 97.
Portilla (Anselmo de la). 114, 168.
Portilla (P. Antonio). 184.
Portillo (P. Atanasio). 176.
Power (Ramón). 341.
Prado (Fr. José). 176.
Prescott (Guillermo Hickling). 44.
Prieto (Guillermo). 133, 158, 170, 216.
Prieto de Landázuri (Isabel). 167, 170, 171.
Prim (Juan). 309.
Prudencio Clemente (Marco Aurelio). 89, 153.
Prudhomme (Emilio). 313.
Puente (P. Salvador de la). 179.
Puente Apezechea (Fermín de la). 154.
Puga (Vasco de). 24.
Puga y Acal (Manuel). 170.
Puigblanch (Antonio). 172, 369.
Pumarol (Pablo). 311, 313.

Quadrado. (José María) 135.
Quesada (Fr. Cristobal de). 357.
Quesada (Vicente G.). 356.
Quevedo (Francisco de). 64, 112, 180, 378, 401.
Quijano (Domingo M.). 349.
Quinet (Edgart). 344.
Quintana (Manuel José). 53, 55, 57, 107, 112, 123, 134, 147, 158, 191, 225, 229, 236, 242, 246, 248, 251, 261, 265, 266, 271, 273, 310, 373, 374, 395.
Quintana y Roo (Andrés). 105, 106, 108, 158, 170.
Quiñones Escobedo (Francisco de). 176, 177.
Quiñones y Sunzin (Francisco). 191, 192.
Quirós (Fr. Juan). 176.

Rabadán (Diego). 101.
Racine (Juan). 112, 358.
Ramírez (Alejandro). 335.
Ramírez (Alonso). 333, 334.
Ramírez (Ambrosio). 170.
Ramírez (Ignacio). 155, 156, 170.
Ramírez (José Fernando). 67.
Ramírez de Arellano (Juan). 120, 176.
Ramírez Utrilla (Fr. Antonio). 176.
Ramos (José Luis). 358.
Ramos Yepes (José). 414.
Rangel (José Francisco). 88.
Rapin (P.). 185, 380.
Reboul (Juan). 133.
Regel y Peón (Alonso). 107.
Regnard (Juan Francisco). 120, 122.
Reinoso (Fr. Diego). 110, 176, 373.
Remesal (Fr. Antonio de). 195.
Remond (P.). 112.
Rendón (Francisco). 176.
Retes (José Victoria). 176.
Rey (Emilio). 146.
Rey (Félix). 85.
Reyes (José Trinidad). 206.
Reyes (P.). 207, 208, 209, 210, 211.
Reyna (Fr. Francisco de). 75.
Reyna Zeballos (Miguel de). 73, 85, 86.

Ribera (El P.). 300.
Ribera (Juan de). 67, 101.
Richter (J. P.). 401.
Rickel (Dionisio). 53.
Riesgo (Pascual). 280.
Río (Fr. Francisco). 176.
Riofrío (Bernardo). 71.
Rioja (Francisco de). 154, 387.
Ríos (José Amador de los). 369.
Riva Agüero (Fernando). 176.
Riva Palacio (Vicente). 170.
Rivadeneyra (Manuel). 114.
Rivas (Duque de). 123, 124, 134, 407, 408.
Rivas Gastelu (Fr. Diego). 176.
Rivera (Hipólito). 72.
Rivera (Fr. Payo de). 177.
Rivera Maestre (Francisco). 193.
Roa Bárcena (José María). 134, 147, 151, 153, 168.
Rodas (Fr. Andrés). 176.
Rodríguez (Baltasar). 65.
Rodríguez (Francisco Xavier). 85.
Rodríguez (Fr. José), *Capacho*. 217.
Rodríguez (F. M. de). 349.
Rodríguez (José Ignacio). 218.
Rodríguez (Manuel de Jesús). 312, 313.
Rodríguez (Manuel del Socorro). 223.
Rodríguez Campas (Antonio). 176.
Rodríguez de Cifuentes (Juan). 216.
Rodríguez Galván (Ignacio). 123, 126, 129, 131, 132, 133, 170.
Rodríguez Mac-Carthy (José Ramón). 349.
Rodríguez Marín (Francisco). 27, 30, 37.
Rodríguez Objio (Manuel). 310, 311, 313.
Rodríguez de Tió (Lola). 349, 350.
Roig (Fernando). 337.
Rojas (José María). 63, 114, 358.
Roldán (José María). 110.
Román y Rodríguez (Miguel). 312.
Romay (Tomás). 220, 224.
Ros Bárcena (José María). 114.
Ros de Olano (Antonio). 19, 400, 401, 402, 403.
Rosa (El impresor). 114.
Rosa (Ramón). 205, 206.
Rosado y Brincau (Federico). 348.
Rosas Moreno (José). 157, 158, 170.
Rousseau (Juan Jacobo). 239, 252, 382.
Rubalcava (Manuel Justo de). 214, 224, 226.
Rubio Alpuche (Nestor). 107.
Ruiz (N.). 228.
Ruiz (Fr. Domingo). 176.
Ruiz (Francisco). 330.
Ruiz (Juan). Véase Hita (El arcipreste de).
Ruiz (Tomás). 189.
Ruiz Aguilera (Ventura). 158, 162.
Ruiz de Alarcón (Juan). 17, 37, 62, 63, 64, 121.
Ruiz Corral (Felipe). 176.
Ruiz de León (Francisco). 45, 85, 87.
Ruiz de Murga (Manuel). 83.
Ruiz Quiñones (Antonio). 347.
Rutia (Francisco de). 323.

Saavedra de Guzmán (Antonio de). 42, 44, 45.
Sabater (Pedro). 272.
Sabatés (Mateo). 341.
Saco (José Antonio). 215, 250, 251.
Sadaoelles (Pedro de). 179.
Saez (Pablo). 338.
Saenz Ovecusí (Fr. Diego). 179, 180.
Safo. 93, 97, 271.
Sainte-Beuve (Carlos Agustín de). 17, 245, 380.
Saint-Pierre. (Bernardino de). 382.
Sainz de Baranda (Pedro). 340.
Salas (Francisco Gregorio de). 31, 100.
Salazar (Eugenio de). 28, 31 á 34, 64, 177, 188, 189, 190, 295, 296, 297.
Salazar (Fr. Juan José). 176.
Salazar (Pedro). 183.
Salazar (Ramón A.). 177.
Salazar y Torres (Agustín de). 71, 72.
Salcedo (Fr. Francisco). 176.
Salcedo (García de). 180.
Salias (Vicente). 358.
Salinas (Conde de). 180.
Salomón. 142.
Salvá (Vicente). 251, 361, 368.
Sama (Manuel María). 334, 347, 349.
Samaniego (Félix María de). 99, 190.
San Cecilio (Fr. Pedro de). 299.
San Cipriano (Fr. Salvador de). 176.
Sancha (Justo de). 50, 103.
Sánchez (Francisco). Véase *Brocense* (El).
Sánchez (Fr. Jacinto). 176.
Sánchez (Juan M.).
Sánchez (Luis). 45.
Sánchez (Luisa). 313.
Sánchez (Tomás Antonio), 370, 371.
Sánchez de Almodovar, seudónimo del Bachiller Toribio del Monte. 250
Sánchez de Angulo (Licenciado). 326.
Sánchez de Badajoz (Diego). 48.
Sánchez Manuel (Manuel). 107.

Sánchez de Muñoz (Dr. Sancho). 48.
Sánchez de Obregón (Laurencio). 34.
Sánchez Pesquera (Miguel). 350.
Sánchez de Tagle (Francisco Manuel). 105, 108, 170, 171.
Sánchez Vicuña (Licenciado). 115.
Sandoval y Zapata (Luis). 72.
Sanfeliú (Pedro). 247.
Sanfuentes (Salvador). 201.
Sanguily (Manuel). 259, 264.
San José (Fr. Baltasar de). 176.
San Martín (General). 390.
Santacilia (Pedro). 226.
Santa Clara (Conde de). 222.
Santa María (Javier). 107.
Santa Teresa (Sor Gregoria de). 81.
Santiago (Conde de). 182.
Santillana (Marqués de). 293.
Santo Domingo (Fr. García de). 176.
Santoyo (Felipe de). 72.
Sanz (Licenciado). 358.
Sarmiento de Sotomayor y Luna (D. García) Conde de Salvatierra, Marqués de Sobroso. 68.
Sartorio (José Manuel). 100, 101.
Saz (Fr. Antonio del). 176.
Schiller (Juan Federico). 172.
Schlegel (Federico). 255.
Schoelcher (Mr.). 257.
Scribe (Agustín Eugenio). 114, 115.
Sedulio. 25.
Seguí (Francisco). 219.
Segundo (Juan). 165, 185.
Segura (José Sebastián). 18, 170, 172, 173.
Selgas (José). 158.
Sem Tob (Rabi). 293.
Séneca. 93, 96, 97.
Sepúlveda (Ginés de). 323.
Serán (Carlos Hipólito). 134.
Serrano y Sanz (Manuel). 88, 113.
Sicilia (Abate). 106.
Sicilia y Montoya (Isidoro). 176.
Sierra (Justo). 170.
Sigüenza y Góngora (Carlos de). 66, 67, 70, 75, 333.
Silvestre (Gregorio). 180.
Sinesio (El Obispo). 136.
Sistiaga (Jesús María) 414.
Sócrates. 160.
Soler y Martorell (Manuel). 347, 349.
Solís (Antonio de). 44, 74, 86.
Solís (Dionisio). 248.
Solórzano y Medrano (Esteban). 179.
Sommervogel (P.). 188.
Soria (Fr. Diego de). 300.
Soria Americano (Francisco José de). 69.
Sosa (Francisco). 106, 107, 112, 151, 167, 170, 172.
Sossa (Antonio de). 219.
Soto (Fr. Domingo de). 320.
Soto (Máximo). 206.
Soto de Rojas (Pedro). 383.
Sotomayor (Fr. Pedro). 176.
Soumet (Alejandro). 266.
Stedmann (Edmundo C.). 350.
Stuart Mill (Juan). 365.
Suárez (P. Francisco). 90.
Suárez (Marco Fidel). 362.
Sumpsin (P. Clemente). 176.
Suñer y Capdevila (Francisco). 348.
Susi y Aguilá (José). 217.

Tácito (Cornelio). 402.
Tacón (Miguel). 230, 232, 247, 250.
Tagle (José Bernardo). 109.
Tamayo y Baus (Manuel). 394.
Tanco y Bosmeniel (Félix). 250.
Tapia de Castellanos (Esther). 170.
Tapia y Rivera (Alejandro). 121, 335, 329, 330, 331, 340, 343, 345, 349.
Taracena (P. Manuel). 176.
Taracena (Miguel de). 183.
Tarlier (Mr.). 114.
Tasso (Torcuato). 32, 92, 94, 136, 145.
Tejera (Apolinar). 312, 313.
Tejera (Vicente). 358, 359.
Tell (Guillermo). 258.
Téllez (Fr. Gabriel). 63, 72, 298, 300, 301.
Tello (M.). 293.
Teócrito. 56, 136.
Teofrasto. 11.
Terán (General). 111.
Terencio. 64, 121.
Teresa de Jesús (Santa). 71, 153.
Terrazas (Francisco de). 37, 38, 39, 40, 41, 42, 45, 46, 170.
T'Serclaes (Duque de). 65.
Teurbe de Tolón (Miguel). 284, 309.
Thompson (Jacobo). 248.
Ticknor (Jorge). 25, 43, 369.
Tió Segarra (Bonocio). 349.
Tirón (Próspero). 153.
Tirteo. 172, 234.
Tobilla (Fr. Pedro). 176.
Tolsa (Manuel). 109.
Tomás de Aquino (Santo). 90, 179.
Tomé de Burguillos. Véase Vega (Lope de.) 112.
Toro (Fermín). 413, 414.
Torre (Doctor de la). 27.
Torres (Diego de). 183.
Torres Caicedo. 204.
Torres de Vargas (Diego). 331.

Torrijos (José Alcalá) (Conde de). 202.
Tosta (Bonifacio). 176.
Tostado de la Peña (Francisco). 295.
Toussaint Louverture. 263.
Tovar (Pantaleón). 134.
Travieso y Quijano (Martín). 331, 337.
Trelles (Carlos María). 218, 223, 227.
Triana (Juan de). 324.
Triay (José E.). 213.
Trigueros (Cándido María). 222.
Trillo y Figueroa (Francisco de). 180.
Trueba y Cossío (Telesforo). 251.
Turcios (Froilán). 206.
Turla (Leopoldo). 287.
Tytler (Mr.). 248.

Uclés (Dr.). 206.
Ugarte (P. Juan). 176.
Ulloa (Licenciado). 324.
Umpierres (Fr. José). 176.
Urbina (Luis G.). 170.
Ureña (Nicolás). 309, 311, 313.
Ureña de Enriquez (Salomé). 310, 311, 312, 313.
Uriarte (Ramón). 188, 190, 205.
Urrutia (Ignacio). 220.
Urrutia (Dr. D. Manuel Joseph de). 85.
Ustariz (Javier). 358, 390.
Ustariz (Luis). 358.

Vaca de Guzmán (Francisco). 45.
Vadillo Argüelles (Francisco). 107.
Valbuena (Bernardo de). 31, 36, 45, 52, 54 á 60, 62, 65, 331, 332, 382.
Valdés (Gabriel de la Concepción), *Plácido*. 256, 264.
Valdés (José Policarpo). 250.
Valdés Machuca (Ignacio), *Desval*. 252, 261.
Valdés y Munguía (Manuel Antonio). 69.
Valdivieso (José de). 50.
Valencia (Fr. Juan de). 71.
Valencia (Manuel María de). 307, 311, 313.
Valenzuela (Antonio), 205.
Valenzuela (Jesús E.). 170.
Valera (Juan). 267, 268.
Valiente (Ambrosio). 218.
Valmar (Marqués de). 93.
Valladares y Sotomayor. 334.
Vallados (Mateo). 75.
Valle (Eduardo del). 170.
Valle (Juan). 170, 171.
Valle (Marqués del). 35.
Valle (Rafael del). 349, 350.
Valle (Ramón). 170.
Valtierra (P. Antonio). 176.
Valtierra (P. Fernando). 176, 182.
Valtierra (P. Manuel). 176.
Vanière (Santiago). 185.
Varela (Félix). 215, 218, 226, 228, 252.
Varona y Loaisa (Jerónimo). 176.
Vassallo (Francisco). 337, 338, 349.
Vattel (M.). 366, 367.
Vázquez (Fr. Francisco). 176, 195.
Vázquez (Juan). 301.
Vázquez Molina (Fr. Juan). 176.
Vega (Garcilaso de la). 32, 103, 125, 136, 137, 180, 380.
Vega (Lope de). 43, 45, 48, 49, 54, 55, 63, 97, 103, 180, 208, 253, 255, 332, 369, 374, 383.
Vega (Ventura de la). 19, 250.
Vegas (Damián de). 50.
Velarde (Fernando). 212, 242, 409.
Velasco (Fr. José). 176, 217.
Velasco (Luis de). 21, 49, 217.
Velázquez (P. Andrés). 176.
Velázquez de Cuellar (Diego). 215.
Vélez Herrera (Ramón). 284.
Vello de Bustamante (El P.). 47.
Vera (Bachiller). 71.
Vera (Fortino Hipólito de). 66.
Vera Tassis (Juan de). 71.
Veracruz (Fr. Alonso de). 22, 24.
Veranés (Félix). 220.
Verdugo (Domingo). 272.
Vergara (José María). 223.
Vida (Jerónimo). 185, 332.
Vidal (F.). 341.
Vidarte (Juan B.). 338.
Vidarte (Santiago). 338, 349.
Vigil (José María). 153, 167, 169, 171, 172.
Villa (Miguel de). 216.
Villafañe (El P.). 183.
Villagra (Gaspar). 45.
Villalobos (Arias de). 66.
Villamediana (Conde de). 64, 180.
Villanueva (Juan de). 65.
Villegas (Esteban Manuel de). 94.
Villemain (Francisco). 229, 248.
Vindel (Pedro). 333.
Vingut (F. J.). 264.
Virgilio. 47, 56, 58, 71, 87, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 97, 99, 100, 136, 137, 153, 154, 172, 180, 185, 186, 227, 336, 374, 379, 380, 382, 383.
Vives (Luis). 22.
Vogt (Carlos). 159.
Voltaire. 122, 155, 248, 358.

Walter Scott. 124, 126.
Wáshington (Jorge). 233, 244.

Welseres (Los). 352.
Wolf (Fernando). 15, 371.

Xicotencal, 258.
Ximénez (Fr. José). 176, 195.

Young (Eduardo). 93, 97, 242, 243, 248.

Zaldierna (Miguel de). 332.
Zambrana (Ramón). 259, 286, 287.
Zamorano (El). 182.
Zapiain (Fr. Pedro). 176.
Zaragoza (Antonio). 170.
Zaragoza (El General). 163.
Zaragoza (Justo). 183.
Zayas Enriquez (Rafael de). 170.
Zeballos (Fr. Agustín). 176.
Zeballos Villa Gutiérrez (Ignacio). 176.
Zelaya (Santiago). 206.
Zenea (Juan Clemente). 248, 253, 258, 272 á 282, 287.
Zeno Gandía (Manuel). 349.
Zepeda (P. José). 176.
Zequeira y Arango (Manuel). 214, 216, 220, 222, 224, 225.
Zequeira y Caro (Manuel). 226.
Zerolo (Elías). 248.
Zorrilla (José). 107, 123, 124, 126, 134, 163, 165, 168, 212, 255, 261, 264, 286, 404, 405, 406, 409, 410, 413, 415.
Zorrilla (Ovidio). 107, 170.
Zumárraga (Fr. Juan de). 21, 23, 51, 53, 55.
Zumaya (Manuel). 101.
Zúñiga (Fr. Domingo). 176.
Zúñiga y Ontiveros (Mariano de). 109.
Zurita (Alonso de). 223.

ÍNDICE DE PERSONAS DEL TOMO II

Abascal y Sousa (José Fernando). 116, 241.
Abenatar Melo (David). 235.
Abreu (Agustín). 402, 403.
Ackerman (Mr.) 128.
Acosta (D. José Joaquín). 14.
Acosta (Fr. Blas de). 182. 17, 18.
Acosta (General). 32.
Acuña (Bartolomé de). 179.
Acuña (Pedro de). 174.
Acuña de Figueroa (Francisco). 480, 481, 482.
Ayllón (Fr. Juan de). 181.
Agrelo (El boliviano). 279.
Aguilar (José Mateo). 248.
Aguilar y Córdoba (Diego de). 141, 150, 165.
Aguirre (P. Juan Bautista). 89, 138, 457.
Aguirre (Lope de). 16, 18, 137.
Aguirre (Fr. Miguel de). 337.
Aguirre (Millán de). 237.
Aguirre Achá (José). 290.
Agustín (San). 27, 277.
Aillón (P. Joaquín). 92.
Airolo (Dr.). 176.
Alarcón (Félix). 149, 177, 216.
Alba (Duquesa de). 118.
Alberdi (J. B.). 359, 360, 444, 451, 455.
Alberoni (Cardenal). 213,
Alcalá Galiano (Antonio). 223.
Alcedo y Herrera (Dionisio de). 96.
Alcibiades. 169.
Alday y Aspe (Manuel de). 341.
Alecio (Fr. Adriano de). 185, 186.
Alegre (P. Francico Javier). 36.
Alemparte (Los hermanos). 365.
Alfieri (Víctor). 44, 409, 420.
Alighieri (Dante). 91, 171, 298, 353, 409, 435, 456.
Almagro (Diego de). 109, 135, 136, 137.
Almansa (Bernardino). 22.
Almansa y Mendoza (Andrés de). 185.
Almeyda (Baptista Caetano de). 286, 386.
Alonso el Sabio. 15.
Alonso (José Vicente). 410, 411.
Althaus (Clemente). 259, 263.
Alvarado (P. Francisco). 248, 260.
Alvarado (María de). 156.
Alvarado (Pedro de). 151.
Alvarez Baena (José Antonio). 204.
Alvarez de Toledo (Hernando). 308, 325, 328, 329, 331.
Alvarez de Velasco y Zorrilla (Francisco). 23, 24, 25, 28, 29.
Alvear (Carlos). 425, 428
Alvear (Diego de). 397.
Alvites (R. P. Fr. Alejo de). 216.
Alzamora (El Obispo). 283.
Amar y Borbón (Virrey Antonio). 35.
Amat (Manuel de). 217, 220, 340.
Amello (Juan). 324.
Amunátegui (Domingo). 249, 280, 329, 344, 350, 357, 358, 365, 366, 368, 444, 485.
Amunátegui (Gregorio Víctor). 41, 285.
Amunátegui (Miguel Luis). 41, 247, 249, 279, 285, 341, 342, 371.
Andrade (P. Mariano). 92, 94.
Andrade (Olegario). 407, 458, 461, 464, 465, 472.
Angelis (Pedro de). 374, 425, 426, 451.
Anibal. 42.
Anrique (D. Nicolás). 97.

Antequera y Castro (Dr.). 386.
Antonio (N.). 179.
Antonio Román. 187.
Añez (Julián). 21, 78.
Aperreguia (Juan Pablo S. J.). 25.
Apolonio de Rodas. 292.
Appleton (D.). 60.
Aquaviva (Claudio). 384.
Arana (Pedro de). 186.
Aranda (Conde de). 223, 224, 225, 226, 227.
Araujo (José Joaquín). 403.
Arboleda (Julio). 45, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60.
Argensola (Bartolomé Leonardo de). 183.
Arguijo (Juan de). 260.
Argüelles (Fernando). 486.
Arias de Villalobos (Licenciado). 176.
Ariosto (Luis). 20, 58, 292, 298, 299, 303.
Aristarco. 159.
Aristóteles. 369.
Ariza (El poeta dramático). 432.
Armendáriz (José de). 213, 215.
Arolas (P. Juan). 256, 263.
Arona (Juan de), seudónimo de Unanue, 258.
Aróstegui, seudónimo de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. 100.
Arrarte (El poeta mexicano), 176.
Arrascaeta (Enrique). 11, 486.
Arrese (El peruano). 237.
Arriaga Alarcón (Cristóbal de). 165, 319.
Arriaza (Juan B.). 36, 39, 42, 347, 404, 416, 434, 448, 481.
Artigas (José). 480.
Arteaga Alemparte (Justo). 371.
Arteaga Alemparte (Domingo). 371, 372.
Arteta (P. Juan). 92.
Ascasubi (Hilario). 469, 473.
Ascensio y Segura (Manuel). 253.
Asenjo Barbieri (Francisco). 154.
Asperge (El P.) 388.
Astete de Ulloa (Gonzalo). 182.
Astudillo y Herrera (Rosalía). 214.
Atahualpa. 41, 77, 139, 146, 147, 149, 265, 275, 277.
Atienza (Bartolomé de León). 138.
Anseaume (Mr.) 223.
Ausonio. 84.
Austria (Baltasar Carlos de). 181.
Austria (D. Juan de). 27.
Austria (Mariana de). 327.
Austria (María Josefa). 216.
Austria (Margarita de). 181.
Avalos y Figueroa (Diego de). 153 165, 178, 311.
Avila (P. Esteban de). 319.
Avila (Gaspar de). 309.
Avila (Julián de). 82.
Avilés (Marqués de). 395.
Ayala (Adelardo). 440.
Ayanque (Simón), seudónimo de Esteban de Terralla y Landa. 218.
Azamor y Ramírez (Manuel). 395.
Azara (Félix de). 397.
Azcuénaga (Domingo). 399.
Azuola (Luis Eduardo). 39.
Azuola y Lozano (José Luis de). 30.

Backer (El P.). 373.
Bacon (Francisco). 353.
Balbuena (Bernardo de). 176, 305.
Balcárce (Florencio). 460.
Baldovi (Bernat). 198.
Balmes (Jaime). 267.
Baltasar Carlos (Príncipe). 86, 180.
Ballén (Clemente). 116.
Balli (Pedro). 381.
Ballivian (General). 286.
Bances Candamo (Francisco Antonio de). 99.
Bancroft (H). 146.
Baptista (Mariano). 289.
Baquijano y Carrillo (Presidente). 237, 397.
Barba (Alvaro Alonso). 272.
Barbadinho (El). 98.
Barco Centenera (Martín del). 374, 377, 379, 380, 485.
Barthe (Padre). 134.
Barra (Eduardo de la). 370.
Barranca (José S.). 265.
Barranquilla (Impresor). 76.
Barreda Ceballos (Gabriel). 182.
Barrenechea y Albis (Fr. Juan). 333, 335, 336.
Barrera (Cayetano Alberto de la). 154.
Barrière (Teodoro). 366.
Barros Arana (Diego). 309, 310, 322, 327, 330, 331.
Barroeta (Pedro A. de). 217.
Barroso (Pedro). 156.
Basabilvaso (Manuel). 390, 391, 400.
Basabilvato (Patricio). 410.
Basili (El maestro). 433.
Baste (José Bernardo). 133.
Bastidas (P. Antonio). 83, 84.
Basto (Conde del). 177.
Basualdo (Benjamín). 465.
Batres (Juan de). 250, 364.

Batteux (El abate). 393.
Beeche (Gregorio). 195.
Beeche (Imp. de). 285.
Belalcázar (Sebastián). 80.
Belgrano (Manuel). 394, 401, 407, 408, 422.
Belgrano (Miguel). 405.
Belmonte Bermúdez (Luis de). 173, 174, 175, 176, 177, 178.
Beltrán (Felipe). 228.
Belzú (General). 283, 286, 289.
Belzú de Dorado (Mercedes). 289.
Bello (Andrés). 42, 48, 56, 60, 61, 65, 67, 69, 103, 111, 112, 113, 114, 116, 117, 120, 128, 246, 247, 249, 250, 280, 292, 306, 308, 351, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 363, 365, 366, 367, 369, 371, 399, 426, 457.
Bello (Carlos). 365.
Bello (Francisco). 365.
Belloy (Mr. du). 223.
Benavides (Ambrosio). 339.
Benavides (María de). 277.
Benavides y de la Cueva (Diego de). 184.
Benavidius (Emmanuel). 184.
Benavidius Comites. S. Stephani (Didacus). 184.
Benedicto XIII. 215.
Benegasi (Francisco de). 26, 89.
Bentham (Jeremías). 75.
Bermúdez (Juan José). 202, 205, 237.
Bermúdez (Mateo Mariano). 202.
Bermúdez (Pedro José). 175, 202.
Bermúdez (Pedro). 486, 488.
Bermúdez y Alfaro (Licenciado). 172, 173, 276.
Bermúdez de Castro (Salvador). 69, 256
Bermúdez de la Torre y Solier (Pedro José). 199, 205.
Bernal (José). 211.
Bernardez (Manuel). 480.
Berriozábal (Juan Manuel de). 172, 266.
Berro (Adolfo). 444, 485, 486.
Berro (Bernardo P.). 483, 486.
Biedma (M.). 399.
Bilbao (Francisco). 371.
Blanc (Mr.). 140.
Blancardo (Moisés). 99, 100.
Blanco (Benjamín). 287, 289.
Blanco Cuartin (Manuel). 372.
Blanco Encalada (Ventura). 279, 280, 350, 367, 372.
Blest Gana (Guillermo). 370, 371.
Blanco White (José María). 342.
Bobadilla (Beatriz de). 322.
Boccaccio (Juan). 299.
Bocage. 265.
Boileau (Nicolás). 35, 125, 415.
Boix (El Impresor). 128.
Bolívar (Simón). 42, 44, 65, 66, 79, 107, 108, 109, 110, 117, 119, 120, 121, 122, 124, 125, 128, 129, 241, 242, 246, 247, 263, 267, 269, 283.
Bompland (M.). 31, 95.
Borda (José Joaquín). 67.
Borda y Orozco (José Antonio). 217.
Borbon (Doña Isabel de). 86, 182.
Borbón (María Antonia de). 117.
Borja (Francisco de). 182.
Borrero (Antonio). 248.
Boscan (Juan). 15.
Bosch (Mariano G.). 393, 400.
Bouguer (M.). 95.
Bouhours (P.). 98.
Bouchardy (Mr.). 433.
Bourgeois (Aniceto). 366.
Brandzen, 428.
Bravo de Rivera (R. P. Fr. José). 216.
Bravo de Sarabia y Sotomayor (Alonso). 278.
Brenes (Marqués de). 199, 202, 205.
Bretón de los Herreros (Manuel). 72, 249, 251, 254, 432, 437, 438, 440, 481.
Brienne (Cardenal). 231.
Briseño (Ramón). 371.
Brochero (Luis). 12.
Brown (El Almirante). 425, 428.
Bruto (Marco). 44.
Buendía (Fr. José). 214.
Buendía y Pastrana (Juan de). 188.
Buffón (El Conde de). 32.
Buonarrotti (Miguel Angel). 171.
Bürger, 446.
Burgos (Miguel de). 306.
Bustamante (Calixto). 218.
Bustamante (Ricardo). 282, 283, 284.
Byron (Lord). 47, 50, 130, 133, 248, 255, 266, 281, 286, 372, 445, 453, 458, 459.

Caballero (Fernán). 76.
Caballero Desbaratado (seudónimo de Alonso Enríquez). 137.
Caballero y Góngora (Antonio). 32.
Cabanis, 32.
Cabello de Balboa (Miguel). 141, 142, 165, 179.
Cabello y Mesa (Francisco Antonio). 395.
Cabrer (José María), 397.
Cabrera (Andrés de). 322.
Cabrera (Pedro Luis de). 319.
Cabrera Nevares (Miguel). 420.
Cadahalso (José de). 34.

Cadena (Pedro de la). 140, 141.
Caicedo Rojas (José). 44.
Cairasco de Figueroa (Bartolomé). 13, 380.
Calama Pérez (El Obispo). 237.
Calancha (Fr. Antonio de). 186, 277, 278, 309.
Calancha (Francisco de la). 277.
Calatayud (El P.). 237.
Calatrava (El Maestre de). 323.
Caldas (Francisco José de). 31, 32, 33, 34, 36, 39, 95.
Calderón (Angel Ventura). 211.
Calderón Ceballos y Bustamante (Angel Ventura). 210.
Calderón (Manuel). 191.
Calderón de la Barca (Pedro). 186, 193, 215, 263, 321, 435, 439, 454.
Calero y Moreira. 237.
Calvo (Daniel). 289.
Camacho (Joaquín). 31.
Camacho Roldán (Salvador). 61, 63, 74.
Camaño de Vivero (Angela). 133.
Camargo Domínguez (Hernando). 22, 23, 83, 84, 86, 87, 198.
Camilo. 42, 66.
Camöens (Luis). 189, 190, 271, 292, 293, 294, 298.
Campanella (Tomás). 148.
Campo (Estanislao del). 469, 473.
Campo Larrahondo y Valencia (Mariano del). 39.
Campomanes (Conde de). 100, 224, 226, 424.
Caupolicán. 300, 313 á 318, 325, 363.
Canelas (Demetrio). 289.
Cano (Dr.). 176.
Cano Moral y Peralta (Francisco). 188.
Cantilo (José María). 460.
Canto (Francisco del). 320.
Cañete (Manuel). 103, 109, 119, 126, 129, 132, 411.
Cañete (Marqués de). 177, 295, 309, 311, 313.
Cañizares (José de). 206, 212.
Capmany (Antonio). 445.
Caracholo Carmine (Nicolás). 215.
Caramuel (Obispo). 25, 187.
Carbó (Manuel). 433.
Carbonell (Pedro Miguel). 36.
Cárdenas (María de). 311.
Cardiel (P. José). 389.
Carducho (Vicente). 153.
Carlos II. 214.
Carlos III de España. 90, 97, 101, 216, 217, 218, 222, 223, 388, 400.
Carlos IV. 95, 118, 217, 218, 234.
Carlos V (Emperador). 124, 144.
Carnerero. 437.
Caro (Francisco Javier). 37.
Caro (José Eusebio). 38, 39, 45 á 54, 103, 109, 111, 119, 122.
Caro (Miguel Antonio). 14, 38, 56, 58, 60, 78, 99, 129, 283, 412, 436, 442, 457.
Carondelet (Héctor María de). 95.
Carpio (Miguel del). 255.
Carter Brown (John). 331.
Carvajal (Alonso), capitán. 21.
Carvajal (Diego de). 153, 179.
Carvajal (Francisco). 139.
Carvajal (Pedro de). 165.
Carvajal (Rafael). 132.
Carvajal y Robles (Rodrigo de). 178 á 181.
Carrasco (Constantino). 265.
Carrasquilla (Ricardo). 73, 76.
Carreras (Los hermanos). 353.
Carrillo (Manuel M.). 486.
Carrillo de Andrade y Sotomayor (María Manuela). 214.
Carrió de la Vandera (Alonso). 218.
Carrión y Morcillo (Alfonso). 216.
Casaconcha (Marqués de). 217.
Casa-Calderón (Marqués de). 210.
Casa-Jara (Marqués de). 266.
Casamayor. 395.
Casas (Fr. Bartolomé de las). 125.
Casas (Fr. Domingo de las). 11.
Cascante (Licenciado Miguel). 202, 205.
Castañeda (Juan de). 217.
Castel de Bayuela (Marqués de). 320.
Castel Rodrigo (Marqués de). 374.
Castell-dos-Rius (Marqués de). 184, 198 á 203, 213.
Castell-Fuerte (Marqués de). 203, 209, 210, 215, 221.
Castellanos (Juan de) 8, 9, 11 á 21, 138, 329, 374.
Castellar (Conde de). 182.
Castelli. 279.
Casti (El abate). 411, 482.
Castillejo (Cristóbal de). 8.
Castillo (Fr. Francisco del). 243.
Castillo (Poeta gaditano). 400.
Castillo (Madre). 27, 30.
Castillo (Manuel del). 258, 259.
Castro (Enrique de). 336.
Castro (El Licenciado). 306.
Castro (Guillén de). 177.
Castro (Inés de). 296.
Castro Isagaga (José de). 188.
Castro López (Manuel). 395.
Catulo. 265.
Cavendish (Tomás). 328, 379.

Cavero y Salazar (José). 240, 248.
Caviedes. 456.
Cea (Miguel). 21.
Centenera. 377, 379, 380.
Cepeda (Lorenzo de) 80.
Cepeda (Licenciado Baltasar de). 380.
Cerdán. 237.
Ceo (Sor María). 24.
Cerezo (Guindo), ó sea D. Pablo Olavide. 229.
Cervantes (Miguel). 149, 150, 151, 173, 230, 270, 362, 380, 432, 454.
Cervantes y Lugo (Bernardino de). 188.
Cesar (Cayo Julio). 42, 440, 441.
Céspedes (Pablo de). 58, 110, 290.
Céspedes (Manuel). 290.
Cia (Javier de), seudónimo de Don Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. 100.
Cián (Victorio). 390.
Cicerón (Marco Tulio). 165.
Cienfuegos (Nicasio Alvarez de). 104, 111, 127, 408, 416, 421, 423, 448.
Cieza de León (Pedro). 139, 146.
Cincinato. 42.
Cintora (Fr. Gregorio). 283.
Cisneros (Cardenal). 325.
Cisneros (Fr. Diego de). 237.
Cisneros (Juan Benjamín). 258.
Cisneros (Violante de). 214.
Clarinda (Dama limeña). 152, 153.
Clavijero (El P.). 387.
Clitauro Italense. Véase Gómez (Ignacio).
Codazzi (Agustín). 75.
Colón (Cristóbal). 16, 17, 71, 176.
Colón (Mariano). 405.
Colmenares de Lara (Francisco). 188.
Compte (Fr. Francisco María). 80.
Concepción de Castillo (Francisca Josefa de la). 26. 29.
Concolorcorvo (seudónimo de Calixto Bustamante). 219.
Concha (Pedro Santiago) 188.
Concha (Tomás Santiago). 187.
Condamine (Mr.). 95.
Condillac (Esteban Bonnot de). 395.
Conto (César). 76.
Contreras (Jerónimo de). 181, 278.
Conscience (Enrique). 76.
Corday (Carlota). 77.
Cordero (Dr. Luis). 130, 133.
Córdoba y Figueroa. (Fernando). 179, 341.
Córdoba Guzmán (Pedro de). 319.
Corneille (Pedro). 212.
Cornejo (Fr. Damian). 198.
Corona (Marqués de la). 226.
Coronado (Alejandro). 96.
Coronado (Martín). 461.
Coronel Zegarra (Félix C.). 192.
Corpancho (Manuel Nicolás). 128, 259.
Corral (Miguel Angel). 133.
Cortés (Hernán). 173, 176, 266, 289, 318.
Cortés (José Domingo). 460.
Cortés (Manuel José), 285.
Corvalán (Sor Rosa). 214.
Cosín (Pierres). 306.
Cotarelo (Emilio). 223.
Cousin (Mr.). 351.
Crasbeck (Pedro). 374.
Crespo (P. Nicolás). 92.
Crillon (Duque de). 90.
Croix (Teodoro de la). 216, 218.
Cruz (Fr. José de la). 188.
Cruz (Sor Juana Inés de la). 24, 25, 28, 203, 457.
Cruz (María Manuela de la). 21.
Cruz (Ramón de la). 254.
Cruz Varela (Juan). 281.
Cuéllar (Baltasar de). 188.
Cuenca (P. Victoriano de). 217.
Cuervo (Fr. Justo). 172.
Cuesta (Juan de la). 312, 320.
Cueto (Leopoldo Augusto de). 199, 201, 205, 411.
Cueva (Juan de la). 163, 173.
Cueva (Francisca de la). 86.
Cueva (Fr. Sebastián de la). 340.
Cumanagotos (indios). 141.
Curtius (J.). 370.
Cusihuascar (Inga). 275.

Chacón (Jacinto). 365, 368.
Chagas (Fr. Antonio). 99.
Chaix (A.). 253.
Chapuis (Pedro). 356.
Charlevoix (P.). 389.
Chateaubriand (Vizconde de). 68, 293, 449.
Chausée (Mr.). 225.
Chenier (Andrés). 58.
Cheste (Conde de). 430.
Chinchón (Conde de). 181, 322, 323, 331.
Chueca y Espinosa (Mateo). 242.

Dadey (José). 12.
Damiron (Mr.). 287.
David. 236, 244, 274.
Dávila (José Antonio). 188.
Dávila Bermúdez de Castilla (Antonio Sancho). 211

Delagrane (Mr.). 307.
Delavigne (Casimiro). 42, 432, 437.
Delille (Jacobo). 43, 418.
Denia (Marqués de). 309.
Dennery (Adolfo). 366.
Desengañado de sí mismo, seudónimo de Duque de Estrada). 137.
Destutt-Tracy (Mr.). 351, 395.
Díaz (Duarte). 273.
Díaz Barroso (Pedro). 20.
Diderot (Dionisio). 225.
Diego de Alcalá (San). 15.
Diniz (Antonio). 105.
Doblado (Joseph). 236.
Dobritzhoffer (P. Martín). 388.
Domínguez (Luis L.). 460.
Domínguez Camargo (Hernando). 22.
Domingo (Santo). 141.
Dorotea (Santa). 160, 162.
Draque (Francisco). 207.
Droy (Guillermo). 272.
Duarte Díaz (Enrique). 273.
Duarte Fernández. 273.
Duarte y Quirós (Ignacio). 387.
Ducange (Víctor). 433, 438.
Ducamin (J.). 299, 308.
Dueñas (Bartolomé de). 275, 277.
Dumas (A.). 365, 366.
Duque de Estrada (Diego). 137.
Duquesne (José Domingo). 31.
Duval (A.). 432.

Edipo. 50.
Egaña (Juan). 237, 350.
Echegaray (Presbítero). 242.
Echevarría (Imp.). 71, 446.
Echevarría (Juan Abel). 132.
Echeverría (Esteban). 396, 408, 429, 442, 443, 444, 447 á 455, 458, 461, 480, 486.
Elvira (Martín de). 314.
Emanuel Francisco. 271.
Encina (Carlos). 465, 466, 472.
Encina (Juan del). 468.
Enciso (El Bachiller). 380.
Enio Tullio Grope, seudónimo de Eugenio Portillo. 399.
Enriquez (Alonso). 137.
Enriquez (Camilo). 408.
Ensenada (Marqués de la). 225.
Ercilla (Alonso). 16, 18, 20, 58, 139, 293 á 309, 313, 314, 318, 324, 325, 336, 365, 374, 375.
Erina. 82.
Escandón (Ignacio de). 220.
Escobar (Arcesio). 76.
Escobar (Fray Gerónimo). 28.
Escosura (Patricio de la). 252, 284, 430.
Escudero (El P.). 339.
Esguerra (Arsenio). 76.
Espartero (Baldonero). 434.
Espejo (Dr.). 98, 100, 101, 133.
Espejo (Miguel de). 20.
Espinel (Antonio de). 188.
Espinel (Vicente). 152.
Espinosa (Antonio). 30.
Espinosa (Diego). 30.
Espinosa Medrano (Dr. Juan de). 99, 189 á 191.
Espinosa de los Monteros (Bruno). 29, 35.
Espinosa de los Monteros (Pedro). 188.
Espinosa de Rendón (Silveria). 76.
Espronceda (José). 252, 256, 257, 453.
Esquilache (Príncipe de). 169, 182 á 184.
Esquilo. 464.
Estrada (Alonso). 150.
Evia (Maestro Jacinto de). 23, 83, 86, 87, 188.
Ezequias (El Rey). 27, 244.
Ezpeleta (Joaquín). 32, 33.

Fajardo (Carlos A.). 486.
Fajardo (Heraclio C.). 486, 488.
Falcón (Antonio). 165.
Falkner ó Falconer (P. Tomás S. J.). 388.
Faria y Sousa (Manuel de). 189.
Farnesio (Isabel). 217.
Feijóo (Fr. Benito Jerónimo). 96, 207 á 209, 221.
Felipe II. 80, 270 á 272, 294, 295, 381.
Felipe III. 374, 384.
Felipe IV. 86, 153, 182, 187, 188.
Felipe V. 199, 200, 203, 207, 212, 216.
Fellovio Cantón (Narciso) (Anagrama de Cabello y Mesa (Francisco Antonio). 396.
Fernán González (Conde). 137.
Fernández (Gonzalo). 151, 168.
Fernández (Diego). 143, 146.
Fernández (Duarte). 165, 273.
Fernández de Agüero y Echave (Juan Manuel). 394, 395.
Fernández Buendía (Joseph). 22.
Fernández de Cabrera y Bobadilla (Francisco Fausto). 181.
Fernández de Cabrera y Bobadilla (Luis Jerónimo). 322.
Fernández de Castro y Bocángel (Gerónimo). 215.
Fernández de Córdoba (Andrés). 143.
Fernández de Córdoba (Fr. Diego). 182.

Fernández de Córdoba (Joaquín). 133.
Fernández Espino (José María). 14.
Fernández Guerra (Aureliano). 177, 411.
Fernández Guerra (José). 411.
Fernández Guerra (Luis). 411
Fernández de Heredia (Lorenzo). 179.
Fernández Madrid (José). 30, 39, 43, 351, 407, 409.
Fernández Madrid (Pedro). 40, 54.
Fernández Navarrete (Martín). 137.
Fernández Ortelano (Manuel). 340.
Fernández de Oviedo (Gonzalo). 20.
Fernández de Pineda (Rodrigo). 151.
Fernández de Quirós (Pedro). 174, 177.
Fernández de los Ríos (Angel). 488.
Fernández de Sotomayor (Gonzalo). 142.
Fernández de Valenzuela (Pedro). 21.
Fernández de Velasco y Tobar (José). 24.
Fernando VI. 34, 216, 217.
Fernando VII. 35, 128, 434.
Ferreira y Artigas (Fermín). 486.
Ferrer del Río (Antonio). 295, 306, 307, 318.
Ferreras (Juan). 211.
Ferreyros (Manuel). 255.
Fidel López (Vicente). 278.
Figueroa (Dr. Francisco de). 165, 175, 179, 319, 320.
Figueroa (Isabel), *Belisa*. 163.
Figueroa (Julio). 486.
Figueroa (Lope de). 337.
Figueroa Bustamante (Luis de). 188.
Filicaia. 105.
Filipo de Macedonia. 400.
Flamenco (Diego). 177.
Flores (General). 74, 109, 110, 117, 126 á 128.
Flores (Manuel Antonio). 30.
Florián (Mr.). 230, 265.
Floridablanca (Conde de). 231.
Foción. 42.
Folkes (Martín). 101.
Fonseca Soares (Antonio de). 99.
Fontenelle (Mr.). 101.
Fortanet (El impresor). 31.
Fóscolo (Hugo). 409.
Francisco Javier (San). 26, 175.
Francisco Solano (San). 321.
Franck (A.). 331.
Franco Dávila (Pedro). 101.
Franklin (Benjamín). 33.
Franklin (Benjamín). 457, 468.
Frazier (Mr.). 210.
Fresle (Rodríguez). 12.
Frías (Félix). 455. 456.
Frías de Castillo (Valeriano). 374.
Frías Coello (Rui López). 179.
Friburgo (Fr. Romualdo). 227.
Fritz (P. Samuel). 97.
Fuente (Vicente de la). 81.
Fuentenebro (El impresor). 236.
Fuentes (Juana de). 81.
Funes (Gregorio). 393.

Gaitán (Benito). 29.
Galindo (Néstor). 285, 286.
Galusky (Mr.). 296.
Gálvez (Fr. Juan). 165, 172, 175.
Gálvez (Víctor). 457.
Gallardo (Bartolomé José). 21, 173, 186, 187, 273.
Gallego (Juan Nicasio). 49, 103, 104, 116, 122 á 124, 402, 434, 437.
Gallegos Naranjo (Manuel). 132.
Gallerani (P. Alejandro). 90.
Gama (José Basilio de). 487.
Gamino Correa (El Br.). 374.
Gándara Cossío (Fr. Manuel de la). 25.
Garabito de León y Messia (Francisco). 187.
Garay (Juan de). 375.
Garcés (Enrique). 150, 270 á 272.
García (Adolfo). 263.
García (Sebastián). 21.
García Calderón (P. F.). 240.
García Calderón (Ventura). 258.
García Goyena (Rafael). 128.
García de la Huerta (Vicente). 223.
García de Loyola (Martín). 327, 328.
García Merón (D. M.). 461.
García Moreno (Gabriel). 55, 94, 134.
García Peres (Domingo). 270.
García de Quevedo (Heriberto). 453, 486.
García del Río (Juan). 363, 366.
García de Rivadeneyra (Licenciado Cristóbal). 179.
García Tejada (D. Juan Manuel). 36, 37.
Garibay (Esteban de). 307.
Garnier (Mr.). 116.
Garrido (P. José). 92.
Garro (Juan M.). 384.
Gasca (Pedro). 142, 143.
Gascón Riquelme (Bernabé). 189.
Gaspar y Roig (Editores). 306.
Gaume (Abate). 65.
Gautier (Teófilo). 461.
Gayangos (Pascual de). 199, 201, 331.
Gibert y Tudó (Carlos). 223.
Gil de Lemus (El Virrey). 217.

Gil (Enrique). 256.
Gil y Zárate (Antonio). 437.
Girón (Pedro de León). 188.
Girval (El P.). 237.
Giustiniani (El P.). 266.
Godín (Mr.). 95.
Godoy (Juan). 234, 460.
Goethe. 445, 469.
Gómez (Alonso). 14.
Gómez (Ignacio). 412.
Gómez (Juan Carlos). 485, 486.
Gómez (Licenciado Gabriel). 172.
Gómez de Alvarado (Pedro). 156.
Gómez Hermosilla (José). 362.
Gómez Restrepo (Antonio). 7, 37.
Gondomar (Conde de). 307.
Góngora (Luis de). 23, 189, 190.
Góngora Marmolejo (Alonso de). 308.
Gonsalves Magalhaes (Domingo). 487.
González (Joaquín V.). 470.
González (Tirso). 385.
González Balcarce (Antonio). 421
González Barcia (Andrés). 327, 374.
González de Bobadilla (Bernardo). 380.
González de Bustos (Francisco). 309.
González Camargo (Joaquín). 76.
González Carvajal (Tomás). 235, 244.
González y Meléndez (Fr. Diego). 38.
González de la Reguera (Domingo). 240.
González La Rosa (M. T.). 206.
González Suárez (Federico). 95, 97.
Gor (Duque de). 173.
Gorbea (Andrés Antonio de). 352.
Gordon (Eduardo). 486.
Gorostiza (Eduardo). 251.
Gorriti (Juana Manuela). 279, 289.
Gounod (Mr.). 469.
Goyena (Pedro). 444.
Granja (Conde de la). 199, 202, 203, 205 á 207.
Granada (Fr. Luis de). 170, 172, 229.
Granado (Félix A. del). 289.
Gray (Tomás). 410 á 412.
Gredilla (Federico). 31.
Gregorio XV. 384.
Grimaldi (Marqués de). 437.
Groot. 38.
Grote (Mr.). 370.
Gruesso (José María). 34.
Guerin (José David). 76.
Guatimozin. 43.
Gutiérrez (Juan M.). 452.
Guevara (Bernardo P.). 283.
Guevara (P. José). 388, 389.
Guido Spano (Carlos). 461.
Guilléstegui (Diego de). 274.
Gutiérrez (Juan María). 128, 192, 213, 247, 282, 318, 320, 359, 360, 374, 375, 378, 387, 390, 391, 392, 395, 399 á 401, 404, 407, 408, 415, 418, 421, 423, 424, 429, 444, 446, 450, 451, 453, 455 á 458, 460, 480, 488.
Gutiérrez (Ricardo). 461.
Gutiérrez de Ceballos (José Antonio). 213, 216.
Gutiérrez González (Gregorio). 45, 60 á 63, 74, 76, 78.
Gutiérrez de Piñares (Germán), 73, 76.
Gutiérrez y Torices (Bernardo). 188.
Guttemberg. 68, 424.
Guzmán (Angela de). 182.
Guzmán (Bernardino de). 187.
Guzmán (Diego Rodríguez de). 203, 374.
Guzmán (Luis F.). 289.

Haencke (Tadeo). 397.
Harpe (La). 235.
Hartzenbusch (Mr.). 438.
Harvey (Juan Eugenio). 34.
Harrington. 148.
Hawkins (Richart). 313.
Hebreo (León). 145.
Hegel. 465.
Heineccio. 281.
Henriquez (Camilo). 342 á 344, 346 á 350, 355, 420, 421.
Heredia (Cayetano). 70, 90, 91, 93, 103, 351, 255.
Hernández (José). 469, 473.
Hernández (P. Pablo.). 388, 389.
Hernández Girón (Francisco). 137, 138, 147.
Hernández de Serpa (Diego). 140, 141.
Hernández de Velasco. 418.
Herrera (Bartolomé). 106, 107, 132, 255, 273, 282.
Herrera (Jacinto de). 177.
Herrera (Pablo). 79, 100, 129, 133.
Herrera Dávila (Ignacio). 432.
Herodes Antipas, 10, 69.
Hevia (D.). 412.
Heyne (Enrique). 62.
Hidalgo (Bartolomé). 468, 469, 485, 486.
Hidalgo (Clemente). 273.
Hilario López (J.). 54.
Homero. 107, 125, 151, 171, 220, 293, 301, 369, 422.

Horacio. 38, 39, 103, 107 á 110, 117, 120, 190, 207, 235, 247, 249, 418, 422, 429, 482.
Hormero (Doctor). 179, 319.
Huascar (Inca). 276.
Huayna-Capac. 121, 122, 124, 145, 149, 275.
Hugo (Víctor). 64, 255, 263, 286, 289, 363, 372, 433, 461, 464, 469.
Humboldt (Alejandro de). 31, 32, 95, 237, 296.
Hurtado de Mendoza (García). 173, 177, 295, 308, 309, 319.
Hurtado de Mendoza (Jerónimo). 337.
Hurtado de Mendoza (Juan Andrés de). 311.

Ibarra (Juan Antonio). 381.
Ibero Rivas y Canfranc (José), anagrama de Francisco Asenjo Barbieri. 154.
Icazbalçeta (Joaquín García). 135.
Idomeneo. 35.
Iglesia y Darrac (Manuel de la). 405.
Illescas (Fr. Baldomero). 184.
Indiano (El), ó sea, Pedro Montesdoca. 151.
Infante (Juan Miguel). 363.
Inurrieta (Manuel). 460.
Iriarte (Tomás de). 33, 251, 340, 343.
Irisarri (Antonio José). 343, 365.
Irisarri (Hermógenes). 365, 368.
Isaías. 235, 244.
Isla (P. Francisco José). 217.
Iturri (P. Francisco). 387, 390.

Jáuregui y Aldecoa (Agustín). 99, 218.
Jenner. 68.
Jerónima (Doña). 164.
Jerónimo (San). 27.
Jesús (Santa Teresa de). 80, 81.
Jiménez (Pero). 374.
Jiménez de la Espada (Marcos). 8, 14, 10, 143, 135, 138, 140, 142, 278.
Jiménez de Quesada (Gonzalo). 7, 8, 11, 17, 274.
Job. 68.
Jolis (P. José). 389.
Joubert (Mr.). 255.
Jovellanos (Gaspar Melchor de). 116, 224, 225, 406.
Jovio (Paulo). 8.
Juan V (Rey de Portugal). 216.
Juan (Jorge). 95.
Juan de la Cruz (San). 82, 435.
Juana (Doña), madre de Carlos V. 144.
Juárez (P. Gaspar). 387, 390.
Jurado (Juan). 38.
Jussieu (Mr.). 95.
Justino. 299.

Kant (Manuel). 448.
Klopstock. 170, 293.
Kohler (P. A.). 388.
König (Abraham). 209, 295, 307.

Labardén (Manuel José de). 390, 391, 392, 395, 398, 399, 400, 401, 420, 456.
Ladrón de Guevara (Diego). 205, 212, 215.
Ladrón de Guevara (Luis). 83.
Lafinur (Juan Crisóstomo). 407, 408, 420.
Lafontaine (Juan). 418.
Lafuente Alcántara (Emilio). 133.
Lagomaggiore (Francisco). 289.
Laguna (El presbítero). 237.
Lagunas (Josefa Bravo). 214.
Lamar (El General). 125.
Lamartine (Alfonso). 68, 266, 282, 289, 448, 452.
Lamas (Andrés). 390, 415, 480, 485.
Lamennais (F. Roberto). 445.
Landecho (Juan de). 337.
Lapuente (Laurindo). 486.
Lara (El General). 125.
Laromiguière (Mr.). 351.
Larra (Mariano José). 76, 251, 455.
Larrañaga (Dámaso). 480.
Larrea (Ambrosio). 92.
Larrea (Benigno). 102.
Larrea (Fortunato). 102.
Larrea (José Modesto). 94.
Larrea (Juan). 102.
Larrea (Lucas). 102.
Larrea (P. Joaquín). 92.
Larriva y Ruiz (José Joaquín). 240 á 242.
Laso y Rebolledo (Baltasar de). 184.
Lassala (Manuel). 400.
Lastarria (José Victorino de). 357, 359, 360, 366, 371.
Latorre (Carlos). 431.
Lavalle (General). 451.
Lavalle (D. J. A. de). 187, 222, 244.
Laverde Amaya (Isidoro). 77, 78.
Legouvé (Mr. Gabriel). 365, 410, 433.
Leguizamon (Martiniano). 219.
Leiva (Antonio de). 177, 377.
Lemierre (Mr.). 223, 350.
Lemos (Conde de). 324.
Lennox (Mr.). 331.
Lens (Benjamín). 289.
León (Cristóbal). 21.

*

León (Fr. Félix de). 137.
León (Fr. Luis de). 38, 105, 107, 131, 235, 244, 259, 273, 362, 418, 435, 448, 454.
León (Fr. Martín de). 181.
León (J. de). 380.
Leopardi (Giacomo). 127, 260, 262.
Lerma (Duque de). 309.
Lerminier (Mr.). 445.
Leroux (Pedro). 445.
Lillo (Eusebio). 349, 368, 370, 471.
Linneo (Carlos). 31.
Liniers y Bremont (Santiago). 402, 403, 404.
Lira (Francisco de). 321.
Lira (Luis de). 186.
Lira (Martín José). 372.
Lista (Alberto). 49, 248, 249, 252, 363, 434, 450, 481.
Lizarazu (Juan de). 272.
Loaisa (Dr. Fr. Jerónimo de). 138.
Loarte (D.). 450.
Loaysa y Zárate (Diego de). 189.
Lobo (Gerardo). 89.
Lobo Guerrero (Bartolomé). 10.
Locke (Juan). 395.
Longino. 98.
López (El P.). 339.
López (Francisco). 312.
López (Hilario J.). 54.
López (Vicente Fidel). 279, 359, 360, 364, 390, 407, 415, 455.
López de Gamboa (Lieenciado Benito). 141.
López de Gomara (Francisco de). 146.
López Guarnido (Jerónimo). 319.
López de Herrera (Jorge). 277.
López Mexía (Francisco). 189.
López Peñalver (Juan). 432.
López Planes (Vicente). 405, 406, 420.
López de Solís (Fr. Luis). 80.
Lorente (Sebastián). 255, 256.
Loreto (Marqués de). 391.
Losier (Carlos). 351.
Loubayssin de la Marca (Francisco). 336.
Loyola (San Ignacio de). 22, 86, 175.
Loza (José Manuel). 282, 283.
Lozano (Pedro). 388.
Lozano (José Tadeo). 39.
Lozano y Martín (Abigail). 60.
Luanco (José Ramón). 272.
Luca (Esteban de). 407, 408, 420, 421.
Lucano. 98, 129, 298.
Lucrecio Caro. 110, 129.
Ludeña (Fernando de). 177.
Lugo (Fr. Bernardo de). 12.
Luis I. 203, 215.
Luis XIV. 207.
Luján (R. P. Fr. Mariano). 217.
Luna y Bohórquez (Ignacio). 215.
Lunarejo (El), apodo de Juan de Espinosa Medrano. 190.
Luzán (Ignacio). 209.
Lyra (Juan de). 189.

Llano Zapata (José Eusebio de). 220, 221.
Llona (Numa Pompilio). 258.
Llorente (Juan Antonio). 343.

Maciel (Juan Bautista). 390, 391, 392.
Madariaga (P.). 390.
Madiedo (Manuel María). 74, 77.
Madramany. 36.
Madrid (Dr.). 15, 40 á 43.
Madrigal (Pedro). 306.
Maffei (Andrés). 223, 270, 272.
Magallanes (Juan de). 176.
Mayans (Gregorio). 221.
Magariños Cervantes (Alejandro). 444, 486 á 488.
Maldonado (Fr. Fulgencio). 180.
Maldonado (Pedro). 100, 101.
Maldonado de Silva (Licenciado Antonio). 179, 337.
Maldonado de Torres (Alonso). 169.
Maluenda (Carlos de). 141.
Maluenda (Jacinto Alonso de). 198.
Manco-Capac. 125, 275, 276.
Manrique (José Angel). 36.
Manso de Velasco (José). 216.
Mantilla (Foción). 76.
Manzoni (Alejandro). 64, 68, 429.
Maqueda (Duque de). 311.
Marañón (Sancho). 142, 179, 389.
Marcial. 265, 482.
Marcó del Pont (Casimiro). 342.
Marcos (San). 311.
Marcos (Antonio). 100.
Marchena (Abate). 437.
Margarita (Santa). 153, 169.
María Magdalena (Santa). 27.
María Cristina (Reina). 431, 432, 434.
Marín (Mercedes). 368.
Marín de Poveda (Ventura). 341, 351.
Mármol (José). 421, 458 á 460, 480
Marmontel (Mr.). 148, 230.
Márquez (Arnaldo). 258.
Martín (Lorenzo). 9.
Martín Villa (Antonio). 224.
Martínez (Dr.). 176.
Martínez (Andrés). 248.

Martínez (Valentín). 36.
Martínez Abad (Francisco). 306, 324.
Martínez de Arrona (J.). 181.
Martínez de los Prados (Antonio). 25.
Martínez de Rivera (Diego). 149.
Martínez de la Rosa (Francisco). 49, 122, 123, 251, 306, 308, 353, 440.
Martínez Silva (Carlos). 40, 78.
Martínez y Vela (Bartolomé). 274.
Martínez Villergas (Juan). 72, 359, 432.
Martinto (Domingo). 461.
Marroquín (José Manuel). 77.
Masías (J.). 244.
Matienzo (Licenciado Juan de). 141.
Matta (Guillermo). 370.
Maury (Juan María). 59, 113.
Mazza (Angelo). 261.
Medina (José Toribio). 30, 97, 98, 145, 279, 306, 310, 312, 320, 322, 327, 336, 337, 339, 386.
Medina y Barrientos. 176.
Medrano (Manuel). 399.
Mejía (José). 101, 133.
Meléndez Valdés (Juan). 104, 100, 116, 415, 359.
Melesville (Mr.). 280.
Melgar (Mariano). 237 á 240, 258.
Melo de Portugal (Pedro). 394.
Mena (Juan de). 15, 135, 190, 299.
Méndez (Pedro). 275.
Méndez de Haro (Luis). 189.
Mendiburu (Manuel). 183, 190, 191, 199.
Mendieta (Fr. Alonso de). 321, 375.
Mendoza (Antonio). 204.
Mendoza (Fr. Diego de). 31, 75, 278, 379.
Mendoza (García de). 301, 311, 313, 314, 317, 318, 321, 322, 325.
Mendoza (José). 290.
Mendoza (Fr. Lucas de). 180, 182.
Mendoza y Lima (Juan de). 181.
Mendoza y Luna (Juan de). 172, 186, 307, 320, 327.
Mendoza (Pedro de). 374.
Mendoza y Monteagudo (Juan de). 325, 327, 328.
Meneses (Juan Francisco). 356.
Mera (Juan León). 79, 90, 94, 102, 129, 132.
Merchán y Calderón (Pedro). 181.
Mérimée (Prospero). 383.
Merlhiac (Gilibert de). 307.
Merlo de la Fuente (Luis). 327, 331.
Mesía de la Cerda (Licenciado). 380.
Mesonero Romanos (Ramón de). 76, 251.
Metastasio (Pedro B). 116, 350.
Mexía (Diego de). 163, 164, 166, 168, 169, 178, 311.
Mexia de Porras (Arcediano Francisco). 20.
Miana (Marqués de). 206.
Miguel Antonio (Don). 53.
Milton (Juan). 170, 171, 292, 293.
Mill (James). 352.
Millaleubu (Pancho). 339.
Millas (Joaquín). 390.
Miller (General). 113, 125, 239.
Millevoye (Mr.). 448.
Minvielle (Rafael). 366.
Miquel y Badía (Francisco). 172.
Mira de Amescua (Antonio). 172, 177.
Miralla (Juan Antonio). 45, 408 á 410.
Miramontes y Zuazola (Juan de). 185, 186.
Miranda (Conde de). 140.
Mitre (Adolfo). 466.
Mitre (Bartolomé). 144, 266, 444, 456.
Moisés. 236.
Molestina (Vicente Emilio). 129, 132.
Molière. 196, 364, 439.
Molina (Gaspar de). 213, 279, 387.
Molina (Tirso de). 453.
Mommsen (T.). 370.
Monclova (Conde de). 182.
Monforte y Vera (Jerónimo). 199, 202 á 205, 215.
Montaigne (Miguel de). 255.
Montalvo (José Miguel). 36.
Montalvo (Juan). 133.
Montalvo (Miguel de). 271.
Monteagudo (Bernardo). 241, 279.
Montenegro (Fray Alonso de). 79.
Montenegro (El P.). 388.
Montesclaros (Marqués de). 172, 181, 185, 186, 320.
Montes del Valle (Agripina). 163.
Montesdoca (Pedro de). 151, 152, 165.
Montesinos (Licenciado). 146.
Montesquieu (Barón de). 350.
Monti (Vicente). 423.
Montoya (Bernardo). 181.
Montt (Luis). 331.
Montúfar (D. Juan Pío). 95.
Moore (Tomás). 240.
Mora (Cristóbal de). 248, 249, 280, 282, 366, 374.
Mora (José Joaquín de). 244, 247, 279 á 281, 351 á 353, 356, 357, 360, 364, 425, 426.
Morales (El P.). 387.
Morales y Duares (Vicente). 237.

Moratín (Leandro Fernández de). 223, 249 á 251, 439, 440.
Morcillo Rubio de Auñón (Diego). 212, 215, 216.
Morel-Fatio (Alfredo). 169.
Moreno (Félix). 163, 279, 404.
Moreno (René). 277.
Moreno de Almaraz (Francisco). 179.
Moreto (Agustín). 215, 263.
Moreyra (Baltasar). 184.
Morillo (General). 36, 40, 41.
Moro (Tomás). 148.
Moscoso Melgar (Manuel). 240.
Mosquera (Tomás Cipriano de). 37, 55, 75.
Mosquera de Figueroa (El licenciado). 307.
Motte Houdard (Mr. La). 265.
Moya (Marquesa de). 322.
Moya (Marqués de). 323, 324.
Múgica (Lorenzo). 339.
Mujia (María Josefa). 287.
Müller (Juan). 287.
Munarriz (José Luis). 351.
Muñiz (Dr.). 312.
Muñiz (Francisco J.). 467.
Muñoz (Juan Bautista). 8, 15, 390.
Murat (Joaquín). 425.
Muratori (Lodovico). 98.
Muriel (P. Domingo). 389.
Murillo (Miguel). 98.
Musset (Alfredo de). 461.
Mutis (José Celestino). 31, 32, 39, 95, 96.

Nájera (Duque de). 711.
Nariño (Antonio). 30, 33, 97.
Narváez (Juan). 97.
Natal (P. Jerónimo), S. h. 169.
Navarrete (Martín Fernández). 270.
Navarro Navarrete (Antonio). 22.
Navarro Viola (Miguel). 285, 392.
Naveda (Fr. Acacio de). 337.
Necochea (El General). 125.
Neira Acevedo (Pedro). 76.
Nevares Santoyo (Marta de). 154.
Nicolás (Alejandro). 307, 308.
Nicolás (Antonio). 153, 380, 381.
Nidos (Mencia de). 309.
Nieremberg (P. Juan Eusebio). 385.
Novoa (Ignacio). 255.
Núñez (Cristóbal). 176.
Núñez (Fr. Cristóbal). 337.
Núñez (Pedro). 277.
Núñez de Balboa (Vasco). 488.
Núñez de Bonilla (Licdo. Francisco). 79.
Núñez Cabeza de Vaca (Alvar). 314.
Núñez Castaño (Diego). 337.
Núñez de Pineda (Francisco). 333, 336.

O (Cristóbal de la). 153.
Obligado (Rafael). 443, 444, 454, 455, 461, 468.
Oblitas (Arturo). 289.
Obregón (Secretario). 175.
Ocampo (José Gabriel). 403, 406.
O'Connor (Reynal). 404.
O'Connor d'Arlach (Tomás). 289.
Ochoa (Eugenio de). 60, 284.
Ochoa (Fr. Diego). 28, 29.
Odriozola (Manuel de). 192, 195, 211, 237, 242, 321.
O'Higgins (Ambrosio). 339, 343.
Ojeda (Fr. Diego de). 165, 170, 171, 172, 173, 175, 266, 305, 319.
Olavide (Pablo de). 100, 221 á 230, 232 á 236, 248.
Olivares (El P.). 304.
Olmedo (José Joaquín). 39, 42, 50, 86, 101 á 106, 109 á 115, 117 á 123, 125 á 129, 148, 237, 249, 250, 280, 281, 351, 407, 425.
Ollendorf. 258.
Oms de Santa Pau de Sentmanat y Lanuza (Manuel). 198, 201.
Oña (Gregorio de). 310.
Oña (Licenciado Pedro de). 144, 152, 165, 169, 175, 178, 179, 181, 307, 309 á 314, 317, 319 á 322, 329, 353, 374, 377, 457.
Oñez de Loyola (Martín). 331.
Ordax (Diego de). 140.
Orga (Impresor). 231.
Oria (Gabriel de). 179.
Orleans (Princesa de). 213.
Orozco (P. José). 90, 91, 93, 181.
Orosz (P. Ladislao). 389.
Ortega y Pimentel (Isidoro José). 217.
Ortis (Jacobo). 409.
Ortiz (José Joaquín). 45, 54, 64, 71.
Ortiz de Zárate (Juan). 65, 67 á 70, 374, 375.
Orrego Luco (Augusto). 371.
Osio (El obispo). 210.
Oteiza (Fr. Mauuel). 340.
Otero (Luis). 486.
Otero (Fr. Pacífico). 404.
Ovalle (El P.). 329, 338, 339, 357, 387.
Ovalle (El Presidente). 356.
Ovidio. 166, 167, 168, 237, 335, 417, 481.
Oviedo Herrera y Rueda (Luis Antonio de). 199, 203, 205, 206.
Oyarvide (Andrés de). 397.
Oyuela (Calixto). 454, 461.

Pablo (San). 153.
Pacheco (Francisco). 273.
Pacheco y Obes (Melchor).
Padilla (Fr. Pedro de). 380.
Padilla Atoche (Hilarión). 282.
Palafox (D. Juan de). 122.
Palata (Duque de la). 196, 210.
Palma (Ricardo). 181, 183, 191, 192, 199, 201, 218, 219, 222, 242, 243, 254, 255, 258, 260, 263, 266, 267, 268, 283, 289.
Pando (José María de). 244 á 247.
Paniagua de Loaisa (Pedro). 142.
Pardo y Aliaga (Felipe). 219, 247 á 253, 255, 267, 268, 281, 366.
Pardo (Luis). 381.
Pardo de Andrade (Manuel). 405.
Pardo de Figueroa (José). 221.
Paredes y Solier (Andrés de). 182.
Parera (Blas). 406.
Parini (satírico). 249.
Parma (Duque de). 207, 213.
Parthenio (El). 62.
Passo (El boliviano). 279.
Patricio (Francisco). 271.
Patrón (El boliviano). 279.
Pauke (P. Florián). 388.
Paulo V. 338.
Pausanias. 44.
Paz (Francisco Santos de la). 202.
Paz (Manuel María). 75.
Paz Arauco (Manuel). 290.
Paz y Meliá (D. A.). 14, 15, 223.
Paz-Soldán (Pedro). 258, 268.
Pedrero (Fr. Alberto). 20.
Pedro Nolasco (San). 182.
Pelópidas. 42.
Pellico (Silvio). 267, 365.
Peralta Barnuevo (Pedro de). 99, 186, 191, 199, 200, 202, 205, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 215, 220,
Peralta Barnuevo Rocha y Benavides (Pedro). 207, 209.
Peramás (P. Juan Manuel). 387 á 389.
Pereda (José). 62.
Pereira (Adrián). 289.
Pereira Gamba (Benjamín). 67.
Perey (Mr.). 286.
Pérez (Diego). 172, 279.
Pérez (Enrique). 77.
Pérez (Felipe). 74 á 77.
Pérez (Santos). 467.
Pérez Angel (Luis). 165, 169.
Pérez del Camino (Manuel Norberto). 410.
Pérez Pastor (Cristóbal). 308.
Perochena (seudónimo del Dr. Espejo). 100.
Petrarca (Francisco). 259, 271, 272, 298, 299.
Petronio. 190.
Pezuela (Joaquín de la). 240 á 242.
Picado (General Alonso). 141, 149.
Picard (Mr.). 352.
Piedrahita (Lucas Fernández). 12, 19, 20.
Piedrahita (Vicente). 133.
Pilo (Conde del, ó sea D. Pablo de Olavide). 230.
Pindemonte (Hipólito). 130.
Pineda (Juan de). 397 á 309.
Pinel y Monroy. 322, 323.
Pinelo (Diego León). 153, 183 á 185. 187, 188, 327.
Pinzón Rico (José María). 74, 76.
Piñeyro (Enrique). 116, 129.
Pío V (San). 144.
Pizarro (Francisco). 41, 57, 126, 136, 139, 140, 154, 176, 211.
Pizarro (Gonzalo). 77, 136, 141, 142.
Platón. 33, 388.
Pola Argentaria. 82.
Pólit (Manuel M.). 95.
Polo de Medina (Salvador Jacinto). 198.
Pombo (José Ignacio). 36, 63.
Pombo (Rafael). 46, 48, 54, 103, 129.
Ponce de León (Manuel). 75.
Pope (Alejandro). 52, 114, 117, 127, 128.
Porcel (Cristóbal). 176.
Portales (Diego). 247, 356, 357, 366.
Portegueda (J. B.). 405.
Portilla (Juan de la). 165.
Portillo (Eugenio del). 399.
Portugal (María Bárbara de). 216.
Posadas (Joaquín Pablo). 72, 73, 76.
Portocarrero Laso de la Vega (Melchor). 214.
Potau (Joseph). 217.
Prego de Oliver. 395, 399, 401, 402, 403.
Prescot (Guillermo H.). 147.
Prieto (Guillermo). 461.
Prince (Carlos). 254.
Puelles (Pedro de). 156.
Puente (Luis de la). 184.
Pueyrredón (General). 406.
Puig (Juan de la C.). 399, 407, 408.
Pulgar (Hernando del). 322.

Querol (Vicente W.). 70.
Quesada (Ernesto). 466.
Quesada (Vicente G.). 270, 285, 392.
Quevedo (Juan, impresor). 27, 195, 105, 108, 188, 196, 197.

Quevedo (Francisco). 454.
Quevedo y Zárate (Juan de). 189.
Quinet (Edgar). 464.
Quintana (Manuel José). 42, 49, 50, 64, 65, 67, 103 á 107, 110, 111, 113, 116, 119, 122, 124, 166, 170, 171, 259, 306, 308, 405, 423, 424, 425, 428, 429, 434, 445, 448.
Quintiliano. 98.
Quiñones (Francisco de). 327.
Quiroga (Facundo). 467.
Quiroga (P. José). 389.

Racine (Juan). 212, 223, 364.
Ramallo (Dr. Mariano). 282, 283.
Ramírez (Leonardo). 179.
Ramírez (Tomás). 33.
Ramón (Juan). 187.
Ramos Gavilán. (Fr. Alonso). 186, 278.
Rayón (José Sancho). 211, 212.
Real de Asuá (Gabriel). 368, 369.
Real Consulado (Marqués del). 395.
Regnard (Juan Francisco). 223.
Reguera (José Francisco de la). 206.
Reinoso (Francisco). 49, 188.
Renaut (Andrés). 324.
Renaut (Juan). 324.
Rendón (Víctor María). 129.
Rengifo. 25.
René Moreno (Gabriel). 280, 282 á 285.
Restivo (P.). 386.
Restrepo (José Manuel). 31, 40.
Reyes Ortiz (Félix). 289.
Reynal O'Connor (Arturo). 392, 401.
Rhodez (Obispo de). 231.
Ribera Flórez (Dionisio). 381.
Ricardo (Antonio). 144, 178, 319.
Ricci (P.). 91.
Rico (Gregorio). 172.
Río (Fr. Alonso del). 215.
Río (Guillermo del). 207.
Riofrío (Miguel). 133.
Rioja (Francisco de). 52, 86.
Rikle (P. Jodoco). 79.
Risco (Juan). 218.
Riva Agüero (José de la). 146, 148, 205, 210, 213, 255, 259, 266.
Rivadavia (Bernardino). 351, 421, 408, 418, 423 á 426.
Rivadeneyra (Cristóbal de). 182.
Rivadeneyra (Manuel). 361.
Rivadeneyra (Pedro). 14, 15, 17, 145, 172, 177, 200, 223, 274, 320, 385.
Rivadeneyra Villarroel (Dr.). 175.
Rivarola (Pantaleón). 402, 404.
Rivas (Duque de). 446.
Rivas (Medardo). 63.
Rivas Groot (José María). 21, 78.
Rivera (Constanza María). 273.
Rivera (P. Juan Antonio). 217.
Rivera (Luis de). 273.
Rivera (Sancho de). 150, 271.
Rivera Indarte (José), 458, 480.
Robles y Maldonado (Francisco de). 211.
Roca (Vicente Ramón). 128.
Rocha (El minero). 191.
Roda (Manuel de). 227, 228.
Rodríguez (Fr. Cayetano). 403, 404.
Rodríguez (Francisco Antonio). 34.
Rodríguez (José). 206.
Rodríguez (Julio). 289.
Rodríguez (Manuel del Socorro). 34, 38.
Rodríguez (Zorobabel). 372.
Rodríguez Bravo (Joaquín). 360.
Rodríguez Carracido (José). 272.
Rodríguez Gamarra (Alonso). 168.
Rodríguez de Guzmán (Diego). 199.
Rodríguez de León (Antonio). 182.
Rodríguez de León (Juan). 153.
Rodríguez Marín (Francisco). 133.
Rodríguez de Mendoza. 237.
Rodríguez Rubi (Tomás). 432.
Rodrigo de Valdés (M. R. P. M.). 187.
Roger (A.). 308.
Rojas (Fermín). 289.
Rojas Caicedo (Juan Ramón). 71.
Rojas Garrido (José María). 76.
Rojas y Sandoval (Francisco). 309.
Rojas y Solórzano (Juan Manuel de). 199, 203, 205.
Romero (El presbítero). 237.
Ronsard (Mr.). 105.
Rosa (José Nicolás de la). 30.
Rosa y Bouret (Librería de). 236, 244, 266.
Rosa de Lima (Santa). 182, 206.
Rosales (El P. Diego). 337, 339.
Rosas (Juan Manuel). 429, 446, 451, 455, 456, 458 á 460, 480.
Rosell (Cayetano). 172, 318, 320.
Rosende (Petrona). 486.
Rosquellas (Luis Pablo). 289.
Rousseau (Juan Jacobo). 225, 227, 247, 342, 350.
Rubió y Lluch (Antonio). 71.
Ruiz (Bernardino). 240.
Ruiz de Alarcón (Juan). 456.
Ruiz de Beresedo (Francisco). 338.
Ruiz de Castro y Andrade (Fernando). 324.
Ruiz Huidobro (Pascual). 402.
Ruiz de Montoya (P. Antonio). 386.
Russell Bartlett (John). 331.

Saenz Cascante (Miguel). 199.
Safo. 82.
Sáinz de Valdivieso Torrejón (Miguel). 216.
Sajonia (María Amalia de). 214, 217.
Salamanca (José). 432.
Salas (Francisco Javier de). 63, 177.
Salas (Gregorio de). 483.
Salas (Mariano). 282.
Salaverry (Carlos Augusto). 253, 263, 265, 281.
Salazar (José María). 35, 36, 408.
Salazar (General Francisco Javier). 132.
Salazar y Torres (Agustín de). 215.
Salazar y la Vega (D. Juan). 25.
Salcedo (Francisco de). 82.
Salcedo Villandrando (Juan de). 152, 153, 165, 179.
Sales Arrieta (Francisco de). 248.
Salustio (Cayo Crispo). 488.
Salvá (Vicente). 280, 362, 369.
Salvatierra (Conde de). 182.
Sampayo (Fulano). 310.
Samper (José María), 74, 77.
Sanabria y Salas (María de). 186, 187.
Sancha (Justo de). 115, 163, 237, 273, 274, 306, 383.
Sánchez Labrador (P.). 389.
Sánchez de Tagle (Francisco Manuel). 351.
Sancho Rayón (José). 211, 212, 310.
Sand (Jorge). 286.
Sanfuentes y Torres (Salvador). 364, 365, 368.
Saint-Hilaire (Mr.). 140.
San Alberto (Fr. José Antonio de). 392, 394.
San Bruno (Sor Clara de). 21.
San Esteban (Juana María de). 28.
San Gabriel (María de). 28.
San Gregorio (Feliciana de). 21.
San Jerónimo (Sor Ana de). 25.
San Jorge (Marqués de). 39.
San Juan (Marqués de). 212.
San Martín (José de). 126, 241, 404, 421, 456.
San Nicolás (Fr. Andrés de). 12.
San Ramón (Fr. Luis Galindo de). 188.
Santa Cruz (Andrés). 280, 281.
Santa Cruz y Espejo (Francisco Eugenio de). 97.
Santa Cruz (General). 253, 263.
Santamaría de Manrique (Manuela). 34.
Santa Rita Durão (Fr. Benito de). 487.
Santa Teresa (Sor Gregoria de). 25.
Santibáñez (José María). 286.
Santillán (Licenciado Hernando de). 138.
Santillana (Marqués de). 15.
Santistéban Osorio (Diego). 306, 307, 323, 324, 325.
Santistéban del Puerto (Conde de). 184.
Santo Buono (Príncipe de). 213, 215.
Santos de la Paz (Francisco). 205.
Santos Saldaña (Julian). 184.
Santoyo de Palma (Juan). 187.
Sanz (Fr. Agustín). 199.
Sanz (J. Pablo). 79.
Saravia (Hermógenes). 76.
Sardou (Victoriano). 366.
Sarmiento (Dr.). 176.
Sarmiento y Carvajal (Diego de). 153.
Sarmiento de Acuña (Diego). 307.
Sarmiento (Domingo Faustino). 359, 360 á 363, 452, 460, 467.
Sarmiento de Gamboa (Pedro). 271.
Sastre (Marcos). 480, 488.
Saviñón, 437.
Scot (Walter). 57.
Scribe (E.). 365, 432, 433, 437, 438.
Schmidel (Ulrico). 373.
Schiller. 445.
Schwartz (Adán). 96.
Sedaine (De). 223.
Sedeño (Juan). 165.
Segneri (P.). 229.
Seguín (José María). 255.
Segundo (Juan). 411.
Segura (Manuel Ascensio). 254, 255, 267, 268.
Selgas (José). 76.
Selva Alegre (Marqués de), D. Juan Pío Montúfar. 95.
Seminario (P. M. Fr. José). 248.
Sempere y Guarinos (Juan). 223.
Séneca (Lucio Anneo). 299.
Serna Roldán (Miguel Mudarra de la). 211.
Serra (Narciso). 254.
Serrano (José Mariano). 279.
Serrano (P. José). 385.
Shakespeare (G.). 255, 258, 289, 435, 441, 445.
Shelley. 464.
Sheridan (Mr.). 366.
Sigüenza (Fr. Jerónimo de). 15.
Silio Italico. 335.
Silva (Bartolomé de). 216.
Silva (Fr. Tadeo). 350.

Simón (Fr. Pedro). 19, 236, 244, 274.
Sixto V (Papa). 80.
Sobreviela (El presbítero). 237.
Sobrino (Francisco). 205, 211, 215.
Sobrino (Juan). 274.
Sobrino y Minayo (Blas). 99.
Socorro Rodríguez (Manuel del). 33.
Solano (P.). 133.
Solano (Fr. Vicente). 248.
Solar (Enrique). 368.
Solar (José Miguel del). 368.
Solís (Antonio de). 193, 212.
Solís (Dionisio). 421, 437.
Solís de Valenzuela (Bruno). 21, 22.
Solórzano (Alonso de Castillo). 82.
Sommervogel (El P.). 373.
Sonora (Marquesa de la). 97.
Sossa (Dr. Francisco de). 179.
Soto (Hernardo de). 145, 146.
Soto (Pedro de). 169.
Soto Posadas (Sr.). 143.
Sotomayor (Alonso de). 329, 336.
Soulié (Mr.). 366, 460.
Soumet (Alejandro). 251.
South. 389.
Spencer (Herberto). 465.
Sprecher de Bernegg (J. A.). 140.
Suárez (argentino). 387.
Suárez (Cristóbal). 175.
Suárez (Victoriano). 31, 388.
Suárez de Figueroa (Cristóbal). 177, 309, 311.
Sucre (Mariscal). 55, 108, 121, 125.
Sué (Eugenio). 460.
Superunda (conde de). 216, 217.

Tadeo Lozano (Jorge). 31.
Tamayo y Baus (Manuel). 440.
Tansillo (Luis). 178.
Tapia (Lucas de). 188.
Tarazona (Bartolomé). 163.
Tarquino el Soberbio. 355.
Tassara (Gabriel García). 59, 257, 465.
Tasso (Torquato). 58, 183, 292, 293.
Techo (El P. Nicolás del). 388.
Téllez (Fr. Gabriel). 196.
Téllez Girón (J.). 380.
Temístocles. 42.
Teócrito. 62.
Teresa de Jesús (Santa). 24.
Ternaux-Compans. 142, 179.
Terralla y Landa (Esteban de). 216, 218, 219.
Terrazas (Francisco de). 149, 279.
Tesillo (Santiago de). 312.
Ticknor (Jorge). 140, 320.
Tirapegui (Domingo). 339.
Tirteo. 206.
Tobar (D. Miguel del). 38.
Toledo (Francisco de). 272, 379.
Tomás de Aquino (San). 24, 185, 200.
Toribio Alfonso de Mogrobejo (Santo). 213.
Torre (Fr. Alonso de la). 377.
Torre Escobar (Francisco de la). 15, 21, 280.
Torrejón (Fr. Tomás de). 215.
Torres (Fr. Cristóbal de). 12.
Torres (P.). 384.
Torres Caicedo (José María). 444.
Torres Guerrero (Juan de). 337.
Torres y Villarroel (Diego). 210.
Torres Villa Real (Juan de). 337.
Torrico (Rigoberto). 287.
Tossi (Adelaida). 431.
Tournefort (Mr.). 101.
Tovar (Manuel José). 286.
Tovar Buendía (Agustín). 27.
Trejo y Sanabria (Fr. Fernando de). 384.
Trelles (Manuel Ricardo). 386.
Trigueros (Cándido). 343, 344.
Trissino (Juan Jorge). 293.
Thurriegel (Juan Gaspar). 225, 226.
Trueba (Telesforo). 76.
Turco (Fr. Tomás). 186.
Turgot (Mr.). 424.
Turia (Ricardo del). 309.
Tyrnau. 389.

Ullauri (P. Juan). 92.
Ulloa (Antonio de). 95.
Ulloa (Francisco). 31.
Unamuno (Miguel). 473, 474.
Unanue (Hipólito). 237, 248, 397.
Urdaide (Juan de). 188.
Ureña (Duque y Conde de). 380.
Uriarte (Ramón). 412.
Urquijo (D. Mariano Luis de). 234.
Urquiza (El General). 469.
Urquiza (Pedro de). 206.
Ursúa (Pedro). 16, 138, 141.

Vaca de Guzmán (Francisco). 428.
Vaca de la Vega (Diego). 142, 143.
Vadillo (Fr. Bartolomé). 182.
Valbuena (Bernardo). 160.
Valcarce Velasco (El Licenciado). 338.
Valdés (Antonio). 265, 266.
Valdés (José Manuel). 244.
Valdés (José María). 34.
Valdés (Juan). 15.
Valdés (Rodrigo de). 185.
Valdespina (Fr. Cristóbal). 337.
Valderrama (Adolfo). 310, 318.
Valdizan (Manuel Antonio). 163.

Valenzuela (Eloy). 31.
Valenzuela (Fr. Jerónimo). 271.
Valenzuela Faxardo (María). 26.
Valera (Juan). 78, 430, 463.
Valera (Blas), jesuíta. 146, 147.
Valmar (Marqués de). 199.
Valverde (Fr. Fernando). 182, 185, 186.
Valverde Maldonado y Xaraba (Francisco de). 189.
Valle y Caviedes (Juan del). 191 á 198.
Valle (J. I.). 363.
Vanière (P.). 220, 221.
Varaix (Francisco). 12.
Varas (José Miguel). 351.
Vargas Machuca (Capitán). 21.
Vargas Ponce (José). 307.
Vargas Tejada (Luis). 39, 44, 45, 54, 409.
Varela (Florencio). 429, 444, 448, 480, 485, 486, 488.
Varela (José Pedro). 486.
Varela (Juan Cruz). 408, 415 á 419, 421, 422, 425, 426, 428, 451, 486.
Varez de Castro (Licenciado). 324.
Vázquez (Juan Andrés). 486.
Vázquez de Herrera (Jerónimo). 188.
Vázquez de Molina (Juan). 140.
Vázquez de Solís (Juana). 21.
Vedia (Enrique de). 410, 411, 413.
Vega (Bernardo de la). 252, 380, 381.
Vega (Garcilaso de la). 314.
Vega (El Inca Garcilaso de la). 145 á 149, 266.
Vega (Lope de). 145, 148, 149, 172, 178, 183, 309, 321, 381, 383, 439, 454.
Vega (Ventura de la). 430 á 432, 434 á 442, 450, 488.
Vega (Santos). 467.
Velarde (Fernando). 256 á 258.
Velasco (Diego de). 188.
Velasco (Fanor). 371.
Velasco (Jerónimo de). 82, 83.
Velasco (Joaquín). 133.
Velasco (P. Juan de). 89, 92, 94, 387.
Velasco (Luis de). 179.
Velázquez (José). 274.
Vélez (Bernardo). 420.
Vélez (Luis). 177.
Ventemilla (Dolores). 129.
Vera é Isla (V.). 236.
Vera y Pintado (Bernardo). 342, 347 á 350.
Vera de la Ventosa (Justo). 229.
Veragua (Duque de). 405.
Verdejo (Luis). 99.
Verdugo (Fr. Pedro). 20.
Vergara y Vergara (José María). 7, 14, 21, 22, 24, 30, 34, 37, 63, 75, 76, 77.
Vernei (Luis Antón de), *el Barbandinho*. 96.
Vértiz (Juan José de). 390 á 393, 401, 456.
Vicentelo y Toledo (Juan Eustaquio). 199.
Vicuña Mackenna. 457.
Vicuña (Manuel). 368.
Vida (Jerónimo). 170.
Vidaurre (Manuel Lorenzo). 247, 248.
Viescas (P. Ramón). 91.
Villademoros (Carlos G.). 483.
Villagarcía (Marqués de). 213.
Villafuerte (Marqués de). 199.
Villalba (Conde de). 324.
Villalobos (Mariano). 101.
Villalta (Poeta limeño). 212.
Villamediana (Conde de). 99.
Villar del Tajo (Marqués de). 199.
Villarroel (Fr. Gaspar de), Obispo. 82, 165, 341.
Villarroel y Coruña (Gaspar de). 319.
Villarroel (Licenciado). 271.
Villasandino (Alfonso Álvarez de). 72.
Villegas (Esteban Manuel de). 51.
Villegas (Diego de). 177.
Villegas (Juan de). 188.
Villela (Juan de). 168, 319.
Viñals (Francisco). 38.
Virgilio. 25, 33, 38, 51, 61, 67, 84, 107, 110, 129, 188, 292, 293, 298, 317, 335, 409, 418, 419, 435, 436, 450.
Viscarra (Eufrosio). 289.
Voltaire. 44, 148, 223, 227, 233, 280, 303, 308, 350.

Walter (Guillermo). 450.
Wall (Ricardo). 226.
Washington (Jorge). 42, 345, 457.
Wickersham Crawford (J. P.) 311.
Wilde (Santiago). 420.
Winterling (C. M.). 307.

Xamares (Nicolás). 83.
Xarque (Francisco). 388.
Xavier de Villalta y Núñez (Francisco). 216.
Xenofonte. 305.
Xufré del Aguila (Melchor). 308, 331, 332.

Yarpe y Montenegro (Pedro de). 184.
Yauch (José Antonio). 226.
Young (Bartolomé). 34.

Zabala (Bruno Mauricio). 479.
Zaldumbide (Julio). 129, 130 á 132.
Zalles (Luis). 289.

Zambrana (Florián). 289.
Zamora (Poeta). 206.
Zamora (F. Alonso de). 27.
Zamudio (Adela). 289.
Zapata de Cárdenas (Luis). 11.
Zarco del Valle (M.). 145.
Zaragoza (Justo). 177.
Zárate (Agustin). 20, 146.
Zárate (Luis de). 176, 377.
Zárate (Fr. J. de). 182.
Zea (Francisco Antonio). 31, 33.
Zegarra (Félix Cipriano). 199, 206.
Zegarra Pacheco. 265.
Zinny (Antonio). 457.
Zorrilla (José). 60, 256, 257, 259, 453, 458, 459.
Zuazo (Licenciado). 18.
Zumárraga Ibarguen (Juan de). 374.
Zúñiga (Gonzalo de). 138.
Zúñiga y Avellaneda (Diego de). 140.

ÍNDICE

	Págs.
Capítulo VII.—Colombia	7
Capítulo VIII.—Ecuador	79
Capítulo IX.—Perú	135
Capítulo X.—Bolivia	269
Capítulo XI.—Chile	291
Capítulo XII.—República Argentina	373
Capítulo XIII.—Uruguay	479
Índice del tomo I	489
Índice del tomo II	493
Índice de personas del tomo I	497
Índice de personas del tomo II	513

De la presente edición de las «Obras completas» del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, se imprimen

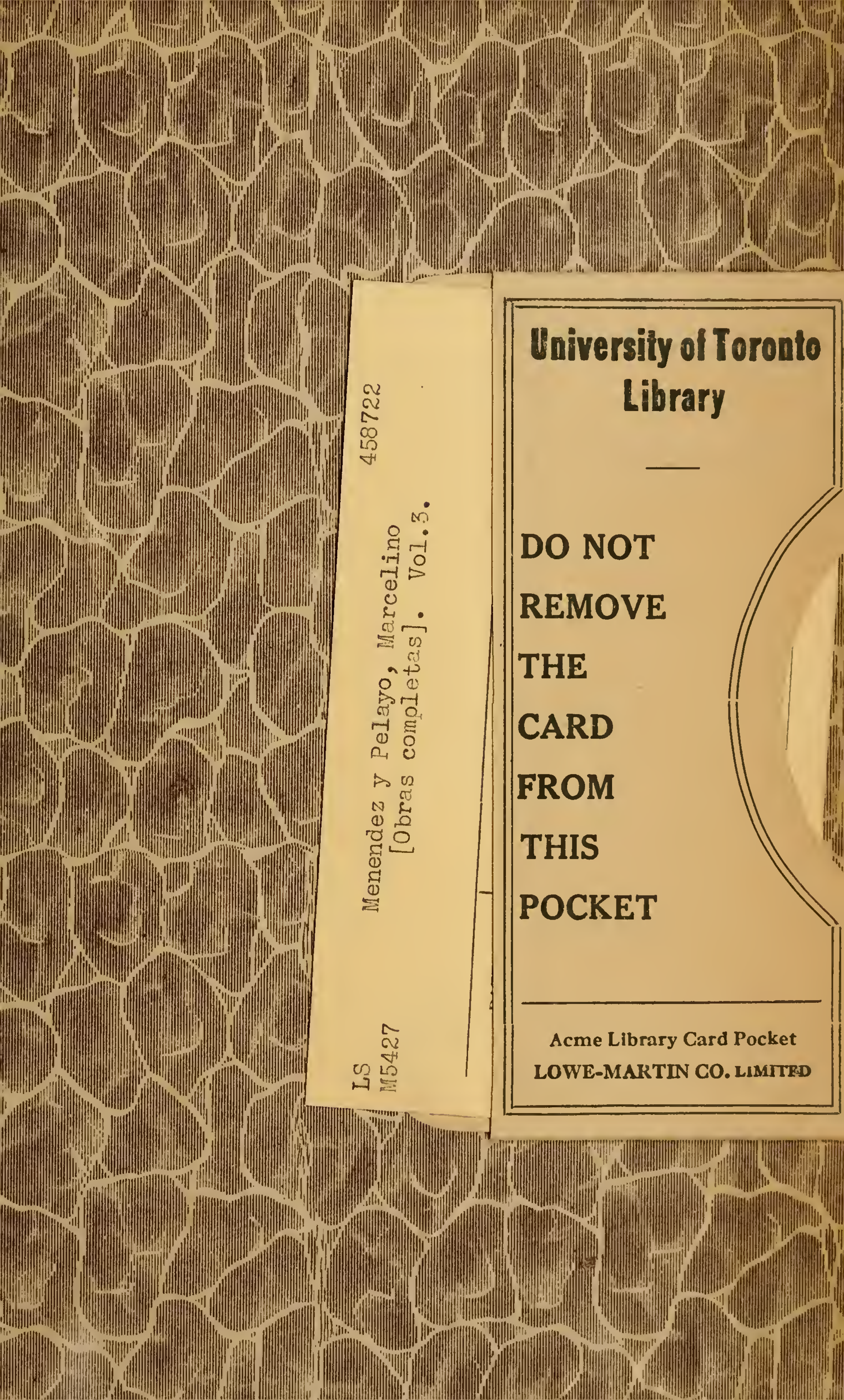
25 ejemplares en papel japonés, y
100 en papel de hilo, con filigrana propia.

No se venderán por separado los tomos de ninguna de estas ediciones especiales. La persona que adquiera el tomo I de una de ellas se entiende comprometida para los tomos siguientes, hasta que se dé por terminada la publicación de todas las obras.

NOTA DEL EDITOR

El Sr. Menéndez y Pelayo sólo llegó á corregir las pruebas de este volumen hasta la página 417 inclusive. Después de su muerte, acaecida en 19 de Mayo de 1912, se ha terminado la impresión, reproduciéndose fielmente, desde la página 418 en adelante, el texto de la primera edición.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
LS
M5427
Menendez y Pelayo, Marcelino
[Obras completas]. Vol.3.
458722

